LA AMANTE CAUTIVA

Shirlee Busbee

PRIMERA PARTE

Inglaterra, 1808

La Fugitiva

CAPÍTULO PRIMERO

Era uno de esos días cálidos y perezosos de agosto que de tanto en tanto acariciaban las onduladas colinas y valles de Surrey, cerca de la pequeña aldea de Beddington's Corner. Los rayos de sol se filtraban en la habitación de Nicole Ashford como dorados hilos de telaraña irresistiblemente tentadores y, sin embargo, por unos minutos más, Nicole rehusó abandonar la mullida comodidad del colchón de plumas. Ignoró con firmeza el impulso de levantarse y encarar el nuevo día. Hundió más la cabeza en la almohada tibia y acogedora y arrebujó la fina sábana de hilo alrededor de su cuerpo espigado. Pero el sueño la esquivó, y con un suspiro indolente se dio la vuelta hasta quedar tendida de espaldas sobre el amplio lecho cubierto de una colcha bordada. Lánguidamente, su mirada de topacio vagó sin rumbo por la encantadora habitación, observando la cómoda de brillante palisandro, el armario de madera de cerezo y los brillantes tonos de la alegre alfombra floreada que Cubría el suelo. De las altas ventanas colgaban cortinas blancas ribeteadas con la misma tela bordada de la colcha del lecho; un arcón de caoba, repleto ahora de juguetes descartados, se hallaba debajo de una de las ventanas y a su izquierda estaba la mecedora de roble sobre uno de cuyos brazos había caído descuidadamente el vestido arrugado que usara ayer.

La vista de esa prenda le recordó que muy pronto tendría que levantarse, puesto que hoy era un día especial; esa tarde sus padres iban a dar una fiesta en el jardín y tanto Giles, su hermano gemelo, como ella misma, estaban autorizados a asistir. Una fiesta en el jardín podría no parecer un acontecimiento social muy excitante para algunos, pero como Nicole aún no tenía doce años y ésta sería su primera fiesta de adultos, su regocijo era bien comprensible. Además, no era frecuente que Annabelle y Adrian Ashford pasaran una temporada en Ashland, la casa de campo de la familia, y Nicole apreciaba mucho los pocos momentos que compartía con sus padres. Con una sensación de dichosa anticipación, el largo cabello enmarcando unas delicadas facciones que ya llamaban la atención por su belleza, echó las sábanas atrás para levantarse cuando se detuvo bruscamente al ver que la puerta del dormitorio se abría de golpe y Giles irrumpía en la habitación.

-¡Nicky! ¿Todavía estás en la cama, grandísima holgazana? ¡Vístete de prisa, Sombra tuvo su potrillo anoche! -gritó Giles y su voz juvenil sonó llena de orgullo y excitación. Sus ojos color topacio, tan semejantes a los de su hermana, brillaban con destellos leonados y un mechón de pelo castaño oscuro caía sobre su frente.

La carita de Nicole se iluminó súbitamente con un arranque de júbilo y salió de la enorme cama al tiempo que dirigía a su hermano una sarta de preguntas:

- ¿Por qué no me has despertado antes? ¿Estabas allí cuando nació el potrillo? ¿De qué color es? ¿Es una potranca o un potro?

Giles se rió a carcajadas.

-¡Dame una oportunidad, parlanchina! No, no estaba allí cuando nació, así que quita esa expresión enfurruñada de tu rostro... no te gané por pies. Es una potranca, hermosa y negra, igualita a Sombra. Nació apenas pasada la medianoche. ¡Oh, espera a verla, Nickyl Está muy bien formada y es muy suave. Tiene los ojos grandes... -Con el pecho infantil henchido de orgullo, terminó altivamente-: ¡Papá dice que ha de ser mía!

-¡Oh, Giles! ¡Qué suerte tienes! ¡Me alegro tanto! -exclamó Nicole con auténtico placer. Había recibido su propio caballo, Maxwell, el año anterior y estaba realmente encantada de que ahora Giles tuviese el suyo. .

Se puso precipitadamente el vestido arrugado del día anterior y se preparó mentalmente para la reprimenda que le daría su doncella más tarde. Se lavó rápidamente la cara y se pasó un cepillo por la enmarañada masa de pelo rizado. Un segundo más tarde, los gemelos corrían escaleras abajo, cruzaban el amplio y elegante vestíbulo y salían por las sólidas puertas dobles de la entrada principal a la mansión. Les llevó sólo un momento descender a saltos los pocos escalones de mármol de la entrada y desaparecer por un costado de la magnífica casa de campo. Asidos de la mano y casi sin resuello llegaron a las caballerizas situadas detrás de la casa unos minutos después. De puntillas y respirando el olor acre y fuerte que exudaban los caballos y el más dulce y fresco de la paja recién cortada, se acercaron a la cuadra del fondo. Adrian Ashford, alto y elegante, enfundado en unos pantalones de ante y una ceñida chaqueta azul de botones de plata, ya estaba allí, así como también el caballerizo principal, el señor Brown. Adrian miró por encima del hombro y les sonrió, al tiempo que con un gesto les indicaba que podían acercarse más.

- Ya veo que la has despertado. ¿No podías esperar? - inquirió con una amplia sonrisa curvándole la boca aristocrática. Unas chispas burlonas centelleaban en sus grandes ojos oscuros.

- ¡No! Además, Nicky se habría puesto hecha una furia si no se lo hubiera dicho inmediatamente. ¡Ya sabes lo cascarrabias que es! - respondió Giles con ojos alegres. Nicole le sacó la lengua, y sonriendo con dulzura a su padre, aclaró:

- Estoy creciendo. ¡Las señoritas no son cascarrabias!

Giles se desternilló de risa y tanto Adrian como el señor Brown lo imitaron, para mayor

disgusto de Nicole. Apiadándose de su hija, Adrian la levantó en brazos y murmuró cariñosamente:

-Casi estás demasiado crecida para esto, mi pequeña. Dentro de unos pocos años tendré que recordar que ya no eres mi niñita mimada.

- ¡Oh, papá! ¡Siempre seré tu niñita mimada! - prometió Nicole apasionadamente, arrojándole los brazos al cuello y abrazándolo con desesperación, casi convulsivamente. Su padre la besó en la frente y volvió a depositarla en el suelo. Le retiró un mechón de pelo castaño rojizo oscuro de detrás de la oreja y dijo:

- Estoy seguro de que lo serás, amorcito. Pero venid, admiremos a la hermosa hijita de Sombra. La potranca era exactamente como la había descrito Giles: negra, tan negra y lustrosa como el ébano y con enormes ojos color café. Con un suspiro de puro deleite y sin preocuparse por su vestido, Nicole se arrodilló sobre la mullida paja que servía de lecho a los animales y, acariciando la potranca, canturreó:

- ¡Oh, qué bonita! ¡Qué hermosa eres!

Sombra, una extraordinaria yegua pura sangre de patas largas, tan negra como su hija, frotó la nariz contra aquella zanquilarga y desgarbada réplica de sí misma y resopló por los ollares. Nicole soltó una carcajada.

-Creo que Sombra está muy orgullosa de su hija. - Alzando el rostro de facciones exquisitas hacia su hermano, preguntó, excitada-: ¿Cómo vas a llamarla?

- Pensaba que te gustaría ponerle el nombre tú me dejaste elegirlo para Maxwell - musitó Giles, un tanto cohibido.

-¿Puedo? ¿De verdad, Giles? ¿Me dejarás que le elija un nombre?

- ¡Por supuesto, tonta! ¿A quién si no podría permitírselo?

Sus ojos topacio brillaron como gemas cuando Nicole volvió la mirada a la potranca. Arrugó la frente, pensativa, y dijo al cabo de unos minutos:

-Sé que no es muy original, pero me gusta el nombre Medianoche. ¡Dijiste que nació apenas pasadas las doce y desde luego es tan negra como la medianoche!

- ¡Es perfecto, Nicky! - Una elección excelente - comentó Adrian. Luego, ayudando a Nicole a ponerse nuevamente de pie, dijo-: Creo que nos hemos entretenido demasiado en las caballerizas. Probablemente vuestra madre se estará preguntando dónde nos hemos metido todos. No olvidéis que en unas pocas horas empezarán a llegar nuestros invitados.

- ¡Como si pudiera olvidarlo! - protestó Nicole.

Giles la miró con una sonrisa burlona y le dijo:

- ¡Bien, si eso es lo que vas a llevar puesto y si vas a dejar que esa melena rebelde caiga así

por tu espalda, parece que sí lo has olvidado!

- ¡Sabes muy bien que no es así! Espera a verme dentro de un rato. - Y escapó corriendo con la larga melena roja flotando al viento como un estandarte.

Dos horas más tarde, mientras Nicole estaba de pie en la ancha escalinata de mármol que llevaba a la entrada de Ashland, saludando a los invitados que iban llegando, nadie habría relacionado a aquella encantadora criatura con el revoltoso diablillo que se había arrodillado sobre la paja del establo. Nicole, con porte airoso y confiado entre su padre y Giles, el largo cabello rojo oscuro recogido en una profusión de bucles que caían en cascada por la espalda casi hasta la cintura, lucía ahora un elegante vestido de fina muselina amarillo oro y falda amplia hasta los tobillos, por donde asomaba el encaje de las exquisitas enaguas. La niña era todo lo que debía ser la hija de un aristócrata. Desde la brillante cinta amarilla que sujetaba su cabello hasta los pequeños escarpines de cabritilla blanca que enfundaban sus pies, era una hija de la que cualquier hombre podría enorgullecerse. Adrian Ashford estaba realmente satisfecho tanto de su hijo como de su hija, y era evidente por las miradas que les dirigía mientras recibían a los invitados.

Nicole adoraba cada momento de aquella ceremonia. Lo único que la decepcionaba era que su madre, Annabelle, decidiera recibir a los amigos y vecinos en los jardines, en vez de en la ancha escalinata de acceso a la mansión junto con su esposo y sus hijos. Pero era un defecto tan leve en un día tan maravilloso, que Nicole no le dio importancia.

La fiesta era todo un éxito; los perfumados jardines estaban llenos de miembros de la clase más rica y elegante de Inglaterra alegremente ataviados y de sirvientes con libreas blancas y doradas que iban de un lado a otro ofreciendo gigantescas bandejas de refrescos dispuestos de manera tentadora. Se habían colocado delicadas mesitas blancas con sillas haciendo juego debajo de los majestuosos robles y los nogales de frondosas ramas para aquellos que desearan sentarse a la sombra y observar a los demás.

Nicole y Giles, saciados de limonada helada y deliciosos pasteles de crema, pasaban rápidamente de un grupo a otro, disfrutando de la atención de que eran objeto. Con todo, ambos sabían muy bien que era su primera fiesta de adultos y por lo tanto se esmeraban por comportarse bien, lo cual no dejaba de resultar sorprendente, pues todo el mundo en la vecindad sabía que los gemelos podían ser los diablillos más traviesos y revoltosos que pudieran encontrarse.

- Ni un gramo de maldad en ninguno de ellos - recalcó el coronel Eggleston con pomposidad-. ¡Pero qué de problemas pueden causar esos dos! ¿Os he contado la vez que cazaron un zorro y lo encerraron en el gallinero de lord Saxon? Y esa pequeña Nicole es una pilluela alocada y

revoltosa como la que más. ¡Caramba, si la semana pasada sin ir más lejos, trepó a lo más alto de la copa del viejo nogal que está a la entrada de ingesta casa! ¡Sin duda una actividad poco digna de una jovencita a punto de convertirse en una señorita!

Nicole, al acercarse al coronel y a la señora Eggleston mientras charlaban con el vicario y su esposa, oyó el comentario y por un momento un arrebato súbito de rabia le sacudió el cuerpo. ¡Ese coronel tenía que contárselo a todo el mundo!, pensó con furia. ¡No era más que un viejo charlatán y pretencioso! Pero el estallido de cólera desapareció tan rápidamente como había venido y los saludó con rostro sonriente.

- Buenas tardes, coronel Eggleston, señora Eggleston, vicario y señora Summerton.

- Hoy estás preciosa, querida - exclamó la señora Eggleston rápidamente tras haber advertido la mirada ceñuda que había ensombrecido por un instante el rostro radiante de la niña.

Y porque la señora Eggleston, con su cabello blanco y gentiles ojos azules, era lo más parecido a una abuela para los gemelos, y porque verdaderamente se estaba portando lo mejor posible, Nicole olvidó al instante los comentarios del coronel. Sin embargo, no se quedó con ellos mucho rato, ya que al ver a su padre solo en una esquina de la casa encaminó sus pasos hacia él. Adrian le rodeó los hombros con el brazo y la estrechó contra su cuerpo.

-¿Feliz, hija mía?

-Oh, sÍ... pero me estoy cansando un poco de sonreírle a todo el mundo y de portarme tan bien. ¿No querrán volver pronto a sus casas?

Adrian soltó una carcajada.

-¡Qué falta de tacto! ¡Pero es exactamente lo que yo pienso! - Mirando a su alrededor, preguntó con indiferencia -: ¿Dónde está tu madre? Hace unos minutos que no la veo.

- Está caminando por la rosaleda con el señor Saxon, creo. Al menos fue allí donde la vi la última vez.

Asombrada, Nicole sintió que se tensaba el cuerpo de su padre y levantó la carita para verle el rostro. Súbitamente pareció más tenso y más severas las arrugas marcadas por la risa. Pero entonces se rió con una risa peculiar que Nicole no había oído antes en él.

- Bien, ¿por qué no vamos a buscarlos?

Y como a ella nada le agradaba más que estar en compañía de su encantador padre y muy hermosa madre, aceptó alegre la sugerencia y trotó detrás de su padre que ya había emprendido el camino a grandes zancadas hacia las rosaledas que se extendían a la izquierda del césped.

Encontraron a Annabelle y a Robert Saxon pocos minutos después en el fondo del jardín. Annabelle, que lucía un hermoso vestido de talle alto color verde hoja que dejaba al descubierto

sus senos más de lo conveniente, estaba lánguidamente recostada sobre los almohadones amarillo brillante de un sillón de jardín situado debajo de un sauce que le brindaba su sombra. Robert Saxon se hallaba sentado a su lado con la cabeza inclina- da atentamente en dirección a Annabelle. En un arranque de inocente orgullo, Nicole no pudo menos que admirar la deslumbradora belleza de su madre, su llameante cabellera roja, las facciones absolutamente perfectas y los ojos de gata de color esmeralda. Annabelle Ashford era sin duda una de las mujeres más adorables y bellas de toda Inglaterra.

-Ah, estabas aquí, querida -dijo Adrian-. ¿No crees que tratas a tus invitados con cierta descortesía al abandonarlos?

Annabelle se encogió de hombros con displicencia, y tendiéndole los brazos a Nicole le brindó una de sus deslumbrantes sonrisas. La niña corrió ansiosamente a sus brazos. No era frecuente que mama le demostrara su afecto y Nicole atesoraba esos raros momentos. Con la cabecita apoyada sobre los adorables senos de Annabelle, Nicole sonrió tímidamente a Robert Saxon, que le devolvió la sonrisa con un dejo burlón.

Dirigiendo a su esposo una mirada calculadora, Annabelle murmuró:

- Hace demasiado calor, Adrian, y sabes bien que estas fiestas campestres no son de mi agrado. Regresaré en un momento.

Tan sólo quería gozar de unos minutos de paz y quietud, y Robert se ofreció tan galantemente a acompañarme lejos de todos esos palurdos charlatanes, que no pude resistirme.

Nicole alzó los ojos redondos de asombro y los clavó en los de su madre.

-¿No te gusta la fiesta, mamá? ¡A mí me parece magnífica!

- ¡Desde luego que sí, cariño! Lo que sucede es que esta clase de reuniones sociales no son tan excitante s como las que solemos frecuentar tu padre y yo en Londres. No prestes atención a las palabras de tu madre.

Satisfecha con la explicación, Nicole volvió a reclinarse sobre el pecho de su madre sin darse cuenta del cuadro encantador que presentaban. Fue Robert Saxon quien hizo un comentario al respecto:

- He de felicitarte, Ashford, por poseer una esposa tan adorable y, al parecer, una criatura también adorable en extremo. Con ese cabello y esa boca yesos inmensos ojos color topacio, en unos pocos años más tendrás a los pretendientes vociferando a tu puerta.

Nicole se ruborizó y volvió la cabeza, aunque se sentía muy complacida por el cumplido. Adrian miró largamente a Saxon sin sonreír siquiera e hizo un comentario evasivo. Percibiendo que los tres mayores sólo estaban dándose conversación delante de ella, después de un último abrazo Nicole se incorporó.

-Si me disculpáis, iré en busca de Giles.

- Puedes irte, amor mío - respondió Adrian, y sin pensarlo más Nicole se marchó por el sendero empedrado en dirección a la casa.

El aire estaba impregnado de un suave olor a lavanda que se mezclaba con el fuerte perfume de los rosales que bordeaban el sendero. Respirando a fondo, Nicole saboreó la embriagadora fragancia que la rodeaba. Hoy había sido un día especial. Tan perfecto que lo recordaría para siempre. Su primera fiesta entre adultos, y mamá tan adorable y papá tan elegante y bondadoso. Era maravilloso. Maravilloso vivir aquí en Ashland, maravilloso tener un hermano como Giles y ser la hija de tales padres. Con una sensación de orgullo creciente se acercó a la casa majestuosa que llamaba su hogar pensando en las generaciones de Ashford que habían vivido en esa misma casa de los Ashford que habían navegado con Drake, de los Ashford que habían luchado contra Cromwell y habían ido al exilio con su príncipe, de los Ashford que habían sido consejeros y amigos de los diferentes monarcas, y sintió que se le henchía el pecho de orgullo. ¡Algún día ella también haría grandes cosas! ¡De veras que sí! Y Giles y mamá y papá estarían muy orgullosos de ella.

Luego, riéndose de su propia vehemencia, empezó a correr en busca de Giles. Lo encontró como era de esperar en el henil de las caballerizas, que era el sitio perfecto para mirar desde lo alto a Sombra y a Medianoche, y los gemelos pasaron varios minutos juntos observando los movimientos todavía torpes e inseguros de la potranca. De pronto, Nicole se puso nuevamente de pie y se sacudió la falda para desprender la paja que se había adherido al vestido.

-Será mejor que regresemos, Giles. Papá considera que es una descortesía abandonar a nuestros invitados.

Giles asintió con desgana y lentamente empezó a descender los peldaños de la escalerilla que llevaba al suelo de la cuadra. Nicole lo seguía cuando le resbaló el pie y comenzó a caer. Trató de salvarse, sólo que no pudo recobrar el equilibrio y su cuerpo se precipitó hacia abajo, abajo, abajo...

Ahogando un grito, Nicole se sentó en la cama y sus ojos enfebrecidos recorrieron la habitación. Era su dormitorio, como debía ser, sólo que diferente. Los muebles eran los mismos, pero el arcón ya no estaba lleno de juguetes ni había un vestido arrugado sobre el brazo de la mecedora. También se sentía diferente en su interior, porque se dio cuenta, desconsolada, de que había estado soñando de nuevo con aquel día maravilloso de hacía poco más de un año, con la vida que habían llevado entonces, soñando que Giles y mamá y papá aún estaban vivos.

Reprimió un sollozo, echó las mantas atrás y clavó la mirada en la puerta. Sabía que nunca más irrumpiría Giles en su dormitorio, que su padre nunca más volvería a llamarla su niñita mimada, que jamás volvería su madre a estrecharla contra su pecho. Escapó de su garganta un gemido de dolor y con movimientos torpes avanzó, tambaleante, hacia la ventana que daba al prado posterior, ese prado donde hacía sólo un año se había llevado a cabo aquella fiesta inolvidable. Se detuvo delante de la ventana y clavó la mirada vacía en la distancia. Sólo podía angustiarse y extrañarse de la rapidez con que podía cambiar todo. Seis semanas después de la fiesta del jardín viajaron a Brighton. Adrian había decidido que el aire marino sería un cambio muy agradable para todos ellos. Y lo fue... al principio.

Giles y ella amaban el mar y toda la familia, con bastante frecuencia, salía a navegar en la bahía de Brighton, deleitándose en el aire tonificante y el oleaje. Adrian hasta les había comprado un pequeño yate que bautizó Nicole, cosa que casi había hecho estallar de orgullo a la niña. Oh, sí, fue algo maravilloso... hasta aquel día.

Aquel día el cielo estaba ligeramente encapotado y un fuerte viento soplaba por la bahía, el mar estaba picado y el tiempo no tenía trazas de mejorar. Adrian y Annabelle planearon con cierta precipitación salir a navegar solos en el Nicole porque Annabelle había alegado que quería tener a su esposo para ella sola por una vez. Pero Giles, como el diablillo travieso que era, decidió sorprender a sus padres escabulléndose a bordo y escondiéndose en la cabina, decidido a no dejarse ver hasta que el yate estuviera lo bastante lejos como para que no pudieran devolverlo al muelle.

Tal vez si Nicole no se hubiera torcido un tobillo y no hubiera tenido que guardar reposo, Giles se habría quedado con ella. Salvo por el tobillo dislocado, posiblemente Nicole también se hubiese unido a esa travesura. Pero el destino decidió otra cosa: Nicole había estado confinada en la residencia de verano observando desde el balcón que daba a la bahía cuando ocurrió el accidente. Con el pie cómodamente levantado sobre una pila de mullidos cojines, vio al Nicole alejarse raudamente del muelle y deslizarse sobre las olas encrespadas de la bahía. Sonriendo, imaginó la aparición inesperada de Giles en cubierta. Pero de pronto la sonrisa se desvaneció, pues el pequeño yate que había estado navegando con el viento, viró de repente sin ton ni son y dio una vuelta de campana. Ante la mirada horrorizada de Nicole, el brillante yate blanco se hundió casi al instante bajo las aguas encrespadas de la bahía.

Las horas que siguieron al accidente habían estado dominadas por un miedo sofocante mientras ella aguardaba alguna noticia de su familia. No podían ahogarse, no podían, se repetía una y otra vez como si fuera una plegaria. Muy pronto empezaron a llegar varios amigos de los Ashford, la señora Eggleston entre ellos. Fue precisamente la señora Eggleston quien tuvo la

dolorosa tarea de informarle a la niñita pálida que sostenía entre sus brazos que sus padres habían muerto ahogados; sus cuerpos habían sido arrastrados hasta la playa por la marea antes del amanecer. Nada se supo de Giles y se creía que había quedado atrapado en la cabina del yate sin poder salir a la superficie.

El mero pensamiento de Giles para siempre atrapado en el fondo del mar hizo que el dolor volviera a ser tan intenso e insoportable que Nicole cerró los ojos y dejó escapar un grito ahogado de angustia, deseando creer con todas sus fuerzas que aquello no había sido más que una horrible pesadilla. Pero no era así.

En cierto modo, Nicole echaba de menos a Giles más que a Adrian o a Annabelle, pues siguiendo la costumbre de las familias aristocráticas de la época, sus padres habían estado a menudo demasiado ocupados para sus hijos, y Nicole y Giles estaban más familiarizados con niñeras e institutrices que con sus propios padres.

La muerte de toda la familia había sido para Nicole una tragedia en más de un sentido. No sólo perdió a su hermano gemelo, a su padre y a su madre, sino que esas muertes la dejaban completamente sola en el mundo, sin parientes cercanos. Y eso no resultaría tan desgarrador si el coronel Eggleston y su esposa hubiesen sido nombrados sus tutores. Al menos con ellos se habría sentido amada y querida. Pero Annabelle tenía una hermanastra, Agatha, que junto con su esposo William Markham reclamó la tutela alegando ser pariente directo de la familia.

Los Markham estaban relacionados sólo remotamente con ella, pero como su derecho era mayor que el de unos vecinos cariñosos como los Eggleston, Agatha y su esposo habían sido nombrados sus tutores. Tutores de la pequeña Nicole Ashford y administradores de su vastísima fortuna.

Fue y aún era un arreglo muy desgraciado para Nicole. Unos extraños ocupaban ahora las habitaciones donde su padre y su madre habían dormido. Ni siquiera se salvaron las habitaciones de Giles, pues Edward, su primo de diecisiete años, había exigido con arrogancia que le fueran destinadas.

Los Ashford jamás intimaron demasiado con los Markham, puesto que las dos hermanastras se habían demostrado mutua aversión a lo largo de los años. Y lo más importante de todo, Annabelle provenía de una familia noble y adinerada, mientras que Agatha, a despecho del oportuno matrimonio de su madre viuda con un viudo rico y aristócrata, apenas si era de buena familia. Y ahora Nicole estaba bajo la autoridad de una tía con quien no tenía nada en común, una persona a quien casi ni conocía y un tío cuya vulgaridad y ordinariez le granjeaban el desprecio de la aristocracia local.

Reclinando la cabeza en el quicio de la ventana, Nicole vio el día a través de ojos nublados por las lágrimas. Si Giles hubiese vivido, las cosas no serían tan malas. Si Giles estuviera con ella, los Markham tal vez no le habrían parecido tan abominables. Al menos entonces Giles y ella podrían encontrar consuelo uno en el otro. Pero ahora...

Sólo cuando empezó a vestirse recordó que la señora Eggleston vendría a visitarla esa mañana y se animó un poco. Al pensar en la reciente tragedia de la señora Eggleston olvidó por un momento sus propios problemas. El coronel había muerto hacía menos de dos semanas y ahora, se dijo Nicole, era hora de consolar a su viuda. «Podremos consolarnos mutuamente y juntas afrontaremos cualquier cosa», pensó la niña.

CAPÍTULO II

-¡No puede abandonarme! -estalló súbitamente Nicole-. ¡No puede hacerlo! Oh, señora Eggleston, dígame que no es verdad. ¿Por qué debe marcharse a Canadá? -lloriqueó Nicole compungida. Había empalidecido al oír lo que la señora Eggleston acababa de revelarle. Ambas estaban en el salón azul al frente de la casa, y la señora Eggleston con mucha suavidad y delicadeza acababa de darle la mala noticia de que se marcharía a la mañana siguiente rumbo a Canadá.

La voz de Nicole sonó tan desolada y triste que por un momento hizo tambalearse la resolución de la señora Eggleston. Ya sabía que la niña quedaría consternada y por eso mismo, cobarde y deliberadamente, dejó esta visita para el final. La reacción de Nicole la conmovió más de lo que había esperado o quisiera admitir, pero sonriendo con determinación, dijo:

-Querida, por más que quisiera quedarme aquí y por mucho que te eche de menos, no puedo seguir viviendo en Beddington's Corner por más tiempo. - Los descoloridos ojos azules parecían suplicar la comprensión de la niña -. De vez en cuando todos tenemos que hacer cosas que preferiríamos no hacer, y ésta, me temo, es una de esas ocasiones. Daría cualquier cosa por no tener que abandonarte ahora, pero me es imposible seguir viviendo en Rosehaven.

- Pero, ¿por qué? - inquirió Nicole. Sus enormes ojos, muy abiertos y suplicantes, brillaban a causa de las lágrimas contenidas.

Sintiéndose aún más culpable, si eso era posible, la señora Eggleston anheló poder brindarle a Nicole una migaja de consuelo. Pensó compasivamente en la pobre criatura al recordar cómo se había desvanecido la luz de su carita cuando recibió la noticia de la muerte de sus padres. Una luz que jamás había regresado a su rostro. Deliberadamente, la señora Eggleston se negó a pensar en los Markham y en lo que le estaban haciendo a la niña, y sólo consiguió seguir hablando tras recordarse severamente que no estaba en condiciones de hacer nada por la criatura que tenía delante.

-Querida, sé que las cosas son muy difíciles para ti en estos momentos, pero con el tiempo tal vez no las encuentres tan terribles como te parecen ahora. Dentro de pocos años serás toda una señorita y asistirás a todas las fiestas sociales de Londres. Entonces todo esto te parecerá sólo un mal sueño.

Fue una desafortunada elección de palabras. Nicole tenía muy fresco en la memoria el sueño sobre su vida tal como era en el pasado y las lágrimas que esa mañana había contenido a fuerza de voluntad, se derramaron súbitamente y rodaron por sus mejillas. La señora Eggleston sintió que se llenaban sus ojos de lágrimas, y soltando un murmullo inarticulado, estrechó a Nicole contra su pecho. El cuerpito de la niña se sacudía entre sollozos.

- ¡Oh, mi pequeña, no llores así! ¡Por favor, no lo hagas! En un momento yo también estaré sollozando y no lograremos nada.

Luchando para recobrar el control sobre sí misma, finalmente Nicole logró contener las lágrimas, pero continuó hipando. Se obligó a sí misma a separarse de la señora Eggleston y dijo casi sin voz:

- Lo siento, no debí actuar como una criatura. Es que nunca pensé que me abandonaría.

Transida de dolor, la señora Eggleston murmuró suavemente:

- Nicole, querida, no es el fin del mundo, ya lo verás. Te escribiré y debes prometerme que contestarás todas mis cartas. Continuaremos sabiendo cómo nos va en la vida y aunque sé que no es lo mismo que vemos a voluntad, será suficiente. Ya verás como tengo razón.

-¡Oh, cómo puede decir eso! Sabe que mi tía me escatima cada penique que le pido... ya me la imagino negándose a pagar la escandalosa suma de dinero que se necesita para enviar una carta a Canadá -exclamó Nicole con vehemencia, y en ese momento pareció recobrar un poco de su antigua vitalidad.

La señora Eggleston se mordió el labio. Lo que decía Nicole era verdad. La mansión, las tierras y la fortuna pertenecían a Nicole. Sin embargo, los Markham, tras mudarse allí con su hijo, actuaban como si Nicole fuera un estorbo innecesario con el cual tenían que vivir. Más de una vez, la señora Eggleston había visto a Agatha mandar a Nicole de acá para allá como si la niña fuese una pordiosera abandonada que, inadvertidamente, hubiese osado aparecer ante su augusta presencia. Y Edward no se andaba con rodeos en cuanto a demostrar su aversión por su prima, tratándola con tanta hostilidad que consternaba a la señora Eggleston. En cuanto a William, el esposo de Agatha, el pecho de la señora Eggleston se hinchó de indignación al recordarlo; pasaba todo el tiempo haciendo comentarios repugnantes y vulgares y parecía estar siempre pellizcando las mejillas o los brazos de Nicole, riéndose de su pequeña benefactora.

Al mirar la espigada figura vestida de muselina blanca, a la señora Eggleston le pareció increíble que esa niña delgada de rostro demacrado y ojos opacos que se encontraba

ahora de pie, abatida, al otro lado del salón, pudiera ser la misma Nicole que había retozado tan llena de felicidad y alegría el día de la fiesta del jardín. ¿Recobraría alguna vez ese aire de júbilo, volvería a irradiar felicidad otra vez?

Recordándose una vez más que no podía hacer nada para remediar su desgracia, la señora Eggleston cerró su mente a más pensamientos perturbadores. Comprendiendo que alargar esa despedida resultaría penoso para ambas, dijo con forzada alegría:

- Bien, escríbeme cuando puedas, amor mío. Y ahora me temo que debo marcharme.

Hizo falta mucho valor y resolución para abandonar a esa criatura solitaria y afligida, pero sabía que no podía ofrecerle otra alternativa ya que ella estaba, de hecho, en peores condiciones que Nicole. Al menos la niña tenía un techo donde cobijarse. La señora Eggleston salió del salón con paso vivo, mas con el corazón oprimido.

La congoja que afligía a la señora Eggleston no se debía sólo a los padecimientos de Nicole. Ella misma se encontraba en serias dificultades, en aprietos muy graves, pero por nada del mundo dejaría que nadie se enterara de ellos, y desde luego no se los iba a contar a Nicole, pues la pobrecita ya tenía bastantes amarguras en su vida.

La muerte inesperada del coronel Eggleston a causa de una inflamación pulmonar había sido un gran golpe para ella, pero otro más rudo había esperado a la reciente viuda. Poco después del fallecimiento se descubrió que el coronel no sólo no le había dejado ninguna fortuna, sino que además había estado terriblemente endeudado. Rosehaven, la elegante mansión donde la señora Eggleston había vivido durante más de veinte años, tendría que venderse, así como también todos aquellos objetos de valor que la pareja había ido reuniendo a lo largo de sus cuarenta años de matrimonio. Habría de enfrentarse al mundo sin un penique en un momento de su vida en que había esperado gozar de un futuro seguro y sin sobresaltos.

Nadie, y mucho menos Nicole, se enteró de la desgracia que le había tocado en suerte, y con orgullo gentil y obstinado estaba resuelta a seguir manteniéndolo en secreto. A sus amistades, y tenía muchas, les decía con una amplia sonrisa que Rosehaven guardaba demasiados recuerdos... que era una casa grande para una mujer vieja y sola como ella y que de todos modos anhelaba un cambio. A los que le preguntaban dónde viviría en el futuro les respondía que se alojaría con unos parientes lejanos de Canadá. En realidad, había sido muy afortunada al conseguir un empleo como dama de compañía de una vieja dama francesa que estaba a punto de partir de Inglaterra a Canadá. Y como la señora Borair pensaba embarcarse el miércoles, ése era el último día de la señora Eggleston en su

amado Beddington's Corner.

Retornó a Rosehaven y pasó el resto de la mañana haciendo las maletas. Pasaría esa noche en The Bell and Candle, la única posada que había en Beddington's Comer, y partiría a la mañana siguiente para Londres. Y así, deprimida y triste, continuó doblando aquellas prendas que consideraba más adecuadas para su nuevo empleo. Luego le quedaron varias horas libres antes de que llegara el carruaje que la llevaría al centro de Beddington's Corner. Durante esas horas vagó por las amplias habitaciones vacías de su casa por última vez, despidiéndose de todo lo que tanto había querido en su vida.

La casa guardaba muchos recuerdos, pensó con melancolía, algunos desdichados, otros felices. Se detuvo delante de un mirador que daba al estanque, y como si fuera ayer, vio a Christopher Saxon, riendo alegremente, su juvenil rostro moreno y el espeso cabello negro azulado dándole apariencia de bandolero salvaje, mientras pescaba del estanque de aguas poco profundas a una Nicole de sólo cuatro años que gritaba a todo pulmón.

Se preguntó con pesar qué habría sido de ese jovencito brillante y distinguido. No había pensado en Christopher desde hacía años, pues era un recuerdo doloroso, y se preguntó si el muchacho aún seguiría con vida. Había sido tan guapo durante aquella primavera de hacía nueve años - alto y apuesto, cutis de bronce y ojos de increíble fulgor ámbar dorado-, que parecía imposible que pudiera estar muerto, o que hubiera sido capaz de cometer las atrocidades que se murmuraban de él.

La señora Eggleston conocía a Christopher y a Nicole desde que eran niños y él también, como los gemelos, había sido un visitante asiduo de su casa. Sonriendo con ironía, reconoció que parecía ser su destino encariñarse siempre con las criaturas y sin embargo, no poder tener una propia. Pero Christopher casi había sido el nieto que nunca tendría, y aún no se resignaba a creer las historias que se contaban de él. Dejando de lado esos pensamientos tristes, se regañó con dureza a sí misma: no tenía sentido remover el pasado. Resueltamente dio la espalda al estanque, pero al recordar lo que había sucedido la última vez que se alejara de Beddington's Corner, vaciló. Si aquel verano no se hubiera marchado con su esposo a España, tal vez Christopher aún estaría con ellos, un joven de veinticuatro años, y no vagando por el mundo y en desgracia si es que todavía seguía vivo. La atemorizaba dejar a Nicole convencida de que estaba en una situación desgraciada. Pero sabiendo que no había más que ella pudiera hacer, la señora Eggleston se dijo que sólo porque al dejar a Christopher había sufrido una desgracia no tenía por qué sucederle lo mismo a Nicole. ¡Desde luego que no!

Y no obstante, sin que la señora Eggleston fuera plenamente consciente de ello, su

partida de Beddington's Corner ciertamente marcaría el inicio de una nueva vida para Nicole; una vida preñada de engaños y peligros. Su partida de algún modo habría de despertar a Nicole de la apatía en que cayó después de la muerte de sus padres, y fue en un estado de ánimo pensativo e introspectivo que se reunió con los Markham y su hijo, Edward, a la hora del almuerzo.

Después de la comida, Edward, con un brillo burlón en sus ojos azules y un rictus malicioso en los labios que desmerecía la belleza de sus facciones, se dirigió ofensivamente a Nicole:

- Pobre bebé, ahora estás completamente sola. ¡Vaya! ¿Qué harás ahora? - Entornando los párpados al ver que Nicole no reaccionaba, continuó-: Bueno, ahora que la vieja «Eggie» se ha ido, quizá tengamos un poco de paz en esta casa y no nos tropezaremos con ella a cada rato. Y tal vez ahora serás un poco más amable conmigo... ¿no te parece, querida prima?

Nicole le dirigió una mirada desdeñosa. La mayoría de las veces podía azuzarla hasta hacerle perder la paciencia para luego sonreír beatíficamente cuando sus padres la regañaban por su aparente falta de control. Pero hoy Nicole estaba demasiado angustiada por la partida de la señora Eggleston como para rebelarse.

Edward, comprendiendo que su prima no le proporcionaría ninguna diversión, se encogió de hombros y salió del comedor, presumible mente en busca de compañía más alegre.

Agatha, cuyas facciones regordetas conservaban un vestigio de belleza, observó con evidente cariño la salida majestuosa de su único hijo. Tenía el descolorido cabello rubio artificiosamente arreglado en una cascada de bucles que sólo habría sido apropiada para una jovencita que tuviera la mitad de su edad, y el vestido que llevaba puesto, aunque muy a la moda, parecía haber sido hecho para una mujer que pesara varios kilos menos que ella. Al observar cómo se hinchaba el pecho de su tía de orgullo maternal cuando Edward traspuso la puerta, Nicole se quedó mirando fascinada la forma en que las costuras se tensaban casi hasta romperse y sin embargo conseguían no estallar.

Cuando Edward se hubo ido de la habitación, Agatha recogió la carta que le había estado leyendo a William. Era de una amiga particularmente íntima que vivía en Londres.

-¡Oh, escucha esto, William! ¡Beth escribe que ha conocido a Anne Saxon! - y Agatha empezó a leer en voz alta -: «La semana pasada tuve la suerte de conocer a algunos de tus vecinos. ¿No me dijiste que Ashland lindaba con la heredad del barón Saxon? Estoy segura de que así fue. Bien, querida mía, ahí estaba yo en la biblioteca Hookham's y ¿con quién

crees que me encontré? ¡Nada menos que con la joven Anne Saxon! Es una chica muy bonita con todos esos bucles dorados yesos ojos tan, tan azules. Tengo entendido que ha venido a pasar la temporada social en Londres y los caballeros ya la han calificado como la "incomparable". Se dice por ahí que hasta están apostando a que se comprometerá antes de que empiece realmente la temporada».

Poniendo la carta a un lado, la tía lanzó una mirada rencorosa a la pobre Nicole.

-¿Sabías que Anne estaría en Londres?

Nicole suspiró. Por encima de todas las cosas, su tía ambicionaba codearse con la aristocracia y se había sentido mortificada y furiosa cuando se le hizo entender casi a la fuerza que mientras todas las puertas estaban abiertas para la huérfana Nicole Ashford, éstas no se abrirían de par en par para sus tíos de menor prosapia.

Por lo tanto, tratando de evitar que su tía la sometiera a una de sus famosas diatribas llenas de frustración sobre la injusticia de «ciertas» personas, respondió en tono mesurado:

- No. Anne tiene dieciocho años. Es casi una adulta. ¿Por qué habría de decirme que se marchaba a Londres? - Y decidiendo que el paso más acertado era devolverle el ataque, Nicole preguntó-: ¿Por qué te interesa tanto lo que hace Anne?

Mirándola con disgusto, Agatha replicó con rabia:

- ¡Será mejor que tengas mucho cuidado con lo que dices, señorita!

William, el rostro hinchado y rojo por los efectos de varias copas de vino que se había servido durante el almuerzo, exclamó con sinceridad.

-¡Vaya! ¡Vamos! No debes regañar de ese modo a nuestra pobrecita Nicole, recuerda cuánto le debemos. Espero que cuando crezca un poco se interese más en esos chismorreos que te tomas tan a pecho.

Por una vez Nicole agradeció la intervención de su tío, aunque no por ello le tomó más afecto. Mantuvo los ojos bajos clavados en la mesa y por enésima vez deseó haber estado también en el balandro aquel día fatídico. Aborrecía aquellas constantes escaramuzas que estallaban por nada y la defensa protectora de su tío era, a veces, peor que las regañinas de su tía.

Agatha, no satisfecha del todo aún, murmuró:

- ¡Lo dudo! ¡Es la criatura más insípida que conozco!

William trató de aplacar los ánimos plácidamente.

- No pierdas los estribos, amor mío. Cuando Nicole sea presentada en sociedad, cambiará. No me cabe la menor duda.

-Pero es que Nicole no será presentada en sociedad -soltó Agatha bruscamente.

Nicole levantó la cabeza de repente al oírla y pudo interceptar la mirada furiosa que su tío le lanzaba a su esposa.

- ¿Por qué no seré presentada en sociedad? - preguntó, perpleja. Su tía pareció confundida y eludió la pregunta.

-¡Basta ya de hablar! Puedes levantarte de la mesa.

Sabiendo que algo andaba muy mal, Nicole se puso rígida y alzó la barbilla, desafiante.

- ¿Por qué no se me presentará en sociedad?

Fulminándola con la mirada y demostrándole abiertamente la aversión que sentía por ella, Agatha estalló:

- ¡Porque has de casarte con Edward! No hay necesidad de gastar todo ese dinero en una temporada en Londres para buscar esposo. Ya está todo arreglado.

Muda de asombro por un momento, Nicole sólo pudo quedarse mirando fijamente a su tía. ¡Casarse con Edward! ¿Casarse con ese haragán y perverso hijo de las dos personas que más detestaba en el mundo?

- ¡Edward! - exclamó finalmente con repulsión manifiesta -. ¡Jamás me casaré con él! ¡Debéis de estar completamente locos si creéis que lo haré!

De súbito su tío, con el rostro más enrojecido aún por la cólera, ordenó:

- ¡Ahora no seas tan engreída y escucha lo que tenemos que decirte! Posees una inmensa fortuna y nosotros somos tus únicos parientes. No queremos que nadie se aproveche de ti. - En tono más calmado continuó-: Tu matrimonio con Edward asegurará que todo quede en familia. No permitiremos que ningún aventurero cazadotes se case contigo por tu dinero.

- ¡No, para cazadotes ya basta y sobra con vosotros! - estalló Nicole con absoluto desdén, los ojos topacio casi negros de furia y el rubor encendiéndole las mejillas. Se levantó de un salto de la silla y con una voz que temblaba de ira apenas contenida, aclaró-: ¡Olvidáis que en realidad no sois parientes directos míos en absoluto! ¡Que la fortuna que tanto os preocupa no pertenece a vuestra familia sino a la mía!

Después, sin siquiera escuchar los gritos destemplados de William ordenándole que permaneciera en su lugar, salió corriendo del comedor, atravesó toda la casa y se refugió en la cuadra.

En la quietud de las caballerizas, respirando aún agitadamente, reclinó la frente acalorada sobre el cuello sedoso de su caballo. En realidad, ya no le pertenecía tan sólo a ella, pensó con amargura, pues antes de gastar dinero en comprarle un caballo a Edward, William había ordenado que su hijo podría usarlo cuantas veces quisiera.

Maxwell había sido un obsequio de su padre al cumplir los once años y la mortificaba tener que compartirlo con alguien que maltrataba tanto a los animales como Edward. Con dedos cariñosos acarició la herida a medio cerrar que le habían hecho las espuelas de Edward en la piel lustrosa. «Ojalá Edward montase otro caballo», pensó sintiéndose más desdichada aún.

Era verdad que había otros caballos en la cuadra, pero ninguno tan magnífico como Maxwell, pues su tío, en lo que proclamaba era una jugada acertada para economizar dinero, había vendido todos los caballos de caza y los pura sangre de su padre, dejando en la cuadra sólo unos cuantos jamelgos y un par de caballos de tiro para los carruajes. Maxwell también habría sido subastado con los demás, sólo que Nicole se había despertado del letargo en que la sumieran las muertes de la familia para desafiar a su tío, exigiendo saber con qué derecho vendía cosas que en realidad eran de ella. Su tío se había echado atrás, ya que no deseaba que le formulara demasiadas preguntas acerca de adónde iba todo ese dinero.

Un ruido de pasos devolvió a Nicole al presente. De inmediato se acurrucó en el rincón más lejano de la cuadra, puesto que en estos precisos momentos no deseaba hablar con nadie. Ansiaba que quienquiera que fuese se alejara de allí cuanto antes, pero en vez de hacerlo, un momento más tarde alguien más se reunió con el primer intruso. Nicole oyó un suave murmullo, luego una carcajada ahogada y después silencio. Curiosa, espió por el borde de la cuadra y quedó paralizada al ver a Edward, con los pantalones bajados, tendido sobre un montón de heno con Ellen, la moza de cocina. Las manos de Edward desaparecieron debajo de las faldas de Ellen y Nicole parpadeó incapaz de creer lo que estaba viendo.

-Oh, señorito Edward, ¿qué pensaría la señorita Nicole si pudiera verlo en este momento? - bromeó Ellen abriendo los muslos ante la mirada horrorizada de Nicole, mientras Edward se tendía sobre su cuerpo. Nicole no era tan niña como para ignorar lo que estaban haciendo, y asqueada giró la cabeza para no seguir contemplándolos.

Edward gruñó en voz alta y murmuró con voz pastosa:

- La pequeña Nicole hará lo que se le mande.

Nicole probó el sabor de la bilis que había subido hasta su garganta, y creyó que vomitaría. Pero resistió la oleada de náuseas y, con los ojos cerrados y la mente en blanco, esperó a que terminaran su despreciable acto. Después de lo que pareció una eternidad, creyó oírlos ponerse de pie y luego, más claramente, oyó la voz de Edward.

-¿Vendrás esta noche a mi habitación?

El murmullo de Ellen no llegó hasta Nicole, por lo cual se sintió agradecida. Había oído bastante y no deseaba escuchar nada más. Después de que se hubieron marchado de la cuadra, ella continuó como petrificada en su lugar durante unos cuantos minutos más. Luego, como una zorra perseguida por una jauría salvaje, salió a tropezones y emprendió una veloz carrera hacia el bosque que crecía detrás de los establos. A ciegas, encontró el camino que llevaba al desierto pabellón de verano que se había convertido en su refugio preferido.

El pabellón no se alzaba en las tierras de los Ashford, sino que pertenecía al vecino más próximo, el barón Saxon. Siempre había tenido un atractivo especial para Nicole, y últimamente sólo encontraba un poco de consuelo y solaz entrando allí a hurtadillas como una intrusa y subiendo al ático del edificio para olvidar sus pesares soñando despierta. El pabellón se asociaba en su mente con épocas más felices, momentos en que había sido muy jovencita y en que los Ashford y los Saxon se visitaban mutuamente con frecuencia. Todos esos recuerdos la llevaban siempre a ese lugar.

El pabellón se había ido deteriorando con el paso de los años. Los canapés y sillones alguna vez verde suave con sus descoloridos cojines escarlata estaban gastados y opacos, las paredes estaban agrietadas y desconchadas. El edificio ya no era de un amarillo alegre y brillante, sino de un tono triste y parecido al de la tierra mojada, que no daba ninguna pista sobre su pasado encanto.

Años atrás, Giles y ella habían descubierto el pequeño ático que en el pasado se utilizaba como almacén de invierno. Los gemelos lo habían convertido, inmediatamente, en su sitio secreto; un lugar donde nadie los molestaba, un lugar donde podían acostarse en el suelo y mirar el cielo azul por el agujero del techo mientras compartían secretos y soñaban en voz alta. Pero eso pertenecía al pasado, cavilaba Nicole mientras trepaba por los peldaños que conducían al ático.

Los acontecimientos de ese día sólo habían agudizado los padecimientos que estaba soportando y la aflicción que la embargaba cada vez que consideraba su futuro. Nunca más podría consolarse diciéndose que las cosas se arreglarían solas, porque obviamente no lo harían. Los Markham creían a pie juntillas que tanto su fortuna como su propia persona les pertenecían para disponer de ellas como quisieran. Pero no les permitiría salirse con la suya, se prometió con firmeza. Y por primera vez en mucho tiempo, el espíritu indomable y la obstinación que siempre habían predominado en ella, despertaron y se agitaron tras un largo sueño.

¿Qué hacer?, se preguntó, consternada. ¡Jamás cedería a los planes de los Markham!

Edward era un ser despreciable y repugnante. Con una expresión de asco, frunció la naricita al recordar los jadeos que habían brotado de los cuerpos enfebrecidos que se retorcían en el heno. ¡Edward jamás, pero jamás, le haría eso a ella!

Habiendo tomado tal resolución, Nicole pareció sentirse mejor. Mas, sabiendo que a menos que los hados fueran propicios o que tomara ella misma el destino en sus débiles y delicadas manos, estaba condenada a casarse con Edward, empezó seriamente a considerar la posibilidad de escaparse.

Sin demasiado entusiasmo empezó a cavilar sobre los métodos que podría utilizar para lograrlo, y como a sus trece años era aún muy ingenua, no tenía conciencia de los obstáculos que se presentarían en su camino. Primero, su fantasía la llevó a pensar en convertirse en camarera en alguna posada desconocida y distante cuyo bondadoso propietario y su esposa terminarían encariñándose con ella. Luego, decidió que en lugar de eso, huiría a Londres y ofrecería sus servicios como doncella... o tal vez, como dama de compañía de alguna anciana encantadora... ¿O era demasiado jovencita para ello? Mejor aún, se disfrazaría de muchachito y emprendería una vida aventurera en las filas del ejército -o, mejor todavía, en la Armada Real-. ¿Acaso no había planeado Giles ser oficial de marina, no fue el almirante Nelson el héroe de su hermano como también el de ella misma? y cuando su padre, riendo, le informó que no podría seguir a su hermano a alta mar, ¿no habían planeado los dos gemelos que ella subiría a bordo clandestinamente en el barco asignado a su hermano para divertirse luchando contra los franceses? Cuanto más pensaba en ello, tanto más la atraía ese plan descabellado que casi había quedado en el olvido. Exhaló un largo suspiro y de súbito deseó con toda su alma la presencia reconfortante de Giles a su lado.

El sonido de los pasos de alguien que se acercaba al pabellón dispersó sus pensamientos y cautelosamente espió desde su refugio del ático. Se tranquilizó al reconocer la figura ligeramente rolliza de Sally

El padre de Sally había sido el caballerizo principal de Ashland hasta que William, en otro arranque de tacañería, lo despidió. Sally y Nicole se conocían desde la más tierna infancia. Sally Brown era mayor que Nicole, pronto cumpliría dieciséis años, y desde hacía algún tiempo la amistad que las unía había comenzado a cambiar debido al creciente interés de Sally por el sexo opuesto; algo que por el momento aburría a Nicole hasta el hastío.

-¿Nicky, estás allí arriba? -gritó Sally una vez que hubo entrado en el pabellón.

Y, con un gruñido, Nicole respondió de mal humor.

-Sí, aquí estoy. ¿Qué quieres?

-¡Bien, baja de una vez y te lo diré!

Nicole hizo una mueca, convencida de que Sally estaba a punto de recrearse contándole alguna historia tonta sobre el supuesto interés amoroso que sentía el hijo del hacendado del condado. Pero con todo, casi se alegró de ver a Sally hoy, pues era de naturaleza alegre y su charla le haría olvidar por el momento a la familia Markham y la inminente partida de la señora Eggleston.

Con mirada soñadora, Sally suspiró.

-Oh, Nicky, deberías ver la espléndida criatura que se hospeda en la posada. Acaba de llegar, pero Peg dice que sólo pasará allí esta noche. ¡Oh, cómo me gustaría trabajar en la posada! ¡Peg tiene la suerte de conocer allí a los hombres más guapos y encima le pagan por ello!

Nicole volvió a hacer una mueca y habló en tono de supremo hastío.

- ¡Eso era todo! Creí que tenías algo interesante que contarme.

-¡Pero lo es! Deberías verlo... alto, con el cabello tan oscuro que en realidad es negro azulado y sus ojos me recuerdan los de un león, dorados y peligrosos.

-¿Cómo lo sabes? ¿Le has visto? -preguntó Nicole, interesada a pesar de todo.

- ¡Oh, sí! Peg me permitió servirle el almuerzo y puedo decirte que apenas pude contenerme para no tocarle... es tan distinto a todos los de aquí. Su nombre es capitán Sable, es americano, y Peg dice que se detuvo en el pueblo para visitar a unos amigos esta noche y que mañana se marcha para Londres de nuevo. ¡Imagínatelo, tiene un barco todo suyo! Según Peg ha estado en Inglaterra comprando mercancías para vender en América, pero le oyó decir que no tendría inconveniente si uno o dos muchachos de Surrey desearan contratarse a su servicio.

-Salir soltó una risita nerviosa-. ¿Te imaginas a Jem o a Tim de marineros en alta mar? Si el capitán Sable lo supiera... ¡Beddington's Corner no es el sitio adecuado para encontrar lobos de mar!

Nicole miró fijamente a su amiga con sus ojos topacio.

- ¿Marineros? ¿Dices que ese hombre busca marineros?

- Bueno, eso creo, al menos es lo que le dijo a Peg cuando ella le preguntó, muy cortésmente, ya sabes, qué lo traía por aquí. -Como para disculpar la curiosidad de su hermana, Salir añadió-: No tenemos muchos visitantes desconocidos por estas tierras y Peg se preguntaba qué estaría haciendo en Beddington's Corner un caballero tan guapo como él.

Nicole, tramando en su mente febril un plan increíble, preguntó con impaciencia:

-¿Dónde está ahora?

Sally se encogió de hombros.

- No lo sé, salió de la posada después del almuerzo. Probablemente no regrese hasta tarde. -Sally exhaló otro suspiro-. Es probable que no vuelva a verle nunca más.

-¡Silencio!... -siseó Nicole de repente. Volviendo la cabeza en la dirección por la que había llegado Sally, escuchó atentamente por un segundo y luego exclamó:

- ¡Deprisa! ¡Al ático, alguien viene!

-¿Qué más da? -preguntó Sally, pero Nicole no le prestó atención y comenzó a subir al ático. Salir vaciló medio segundo y luego con aire resignado siguió a la niña. Apenas se había reunido con Nicole y situado para ver cómodamente lo que pasaba en el pabellón, cuando entró al edificio un hombre alto.

Sally ahogó una exclamación de sorpresa.

- ¡Es él! ¡Es el capitán Sable!

Aparentemente, el hombre alto que había entrado al pabellón no oyó la exclamación de la jovencita, pues ni siquiera levantó la vista. En cambio, permaneció en el mismo centro de la habitación y pareció examinarla lentamente mientras Nicole, fascinada a despecho de sí misma, observaba el rostro barbado de facciones marcadas y viriles.

Por unos minutos, el hombre continuó inmóvil, mirando a su alrededor y Nicole tuvo la extraña sensación de que el lugar guardaba recuerdos para él, recuerdos no muy felices. De pronto, el hombre cogió uno de los descoloridos cojines escarlata y en un arranque de furia lo arrojó lejos de sí con una exclamación de disgusto.

Nicole oyó que se acercaba un segundo hombre, y vio cómo el cuerpo del capitán se ponía rígido al volverse y clavar la mirada en la puerta. Y asombradas, tanto Salir como ella, vieron entrar al único hijo que aún le quedaba vivo a lord Saxon, Robert Saxon en persona.

- Me preguntaba si acudirías a esta cita después de todo - dijo Robert a manera de saludo.

El capitán Sable sonrió y sus dientes blanquísimos resplandecieron contra la barba negra.

- Ya no soy un adolescente para ser manipulado a voluntad. Y, además, estoy prevenido contra ti esta vez... la anterior confiaba en ti.

Robert lo estudió por un momento, advirtiendo el cuerpo fornido y alto, los hombros anchos y las piernas largas y nervudas. Sin dar señales de haber sido turbado por sus palabras, dijo con absoluta calma:

- Fue una suerte que te encontrara camino de casa. Sería intolerable que Simon te viera y se afligiera.

-¡Eso dijiste... pero me disculparás si dudo de tu palabra!

Robert esbozó una sonrisa y dijo:

- Pero, en realidad, no dudas del todo de mi palabra. Si lo hicieras, no habrías estado de acuerdo en encontrarte aquí conmigo primero. ¿Quieres oír lo que tengo que decir?

Los ojos dorados se entre cerraron peligrosamente y el capitán Sable replicó en tono ominoso:

- No mucho, pero como fui lo bastante necio como para reunirme contigo en lugar de seguir mi camino, tendré que hacerlo, ¿verdad?

-Así parece -asintió Robert y luego continuó-: Mi padre sufrió un ataque cardíaco casi fatal sólo el mes pasado y por algún tiempo temimos que muriera. Está bastante enfermo y más bien dudo que tu presencia pudiera ayudarle en algo. Nos ha sorprendido a todos, pero ahora su salud está mejorando, te lo digo para aquietar cualquier temor que pudieras tener de que esté en su lecho de muerte. Pero cualquier conmoción, cualquier sorpresa desagradable podría acarrearle un ataque fatal. Si estás tan resuelto a verle... a ver a un hombre que no desea verte... te sugeriría que esperaras unas semanas.

-¡Imposible! Sólo fue un capricho lo que me trajo aquí hoy. -El capitán Sable titubeó-. Me gustaría verle, Robert -dijo al fin -. Mi barco zarpa a fines de esta semana, y dudo mucho que pueda volver alguna vez a Inglaterra. Mi vida está en América y no hay nada que me retenga en estas tierras... así que no debes inquietarte creyendo que quiera imponerle mi presencia por la fuerza para despertar una vez más la maledicencia de la gente. Sólo deseaba verle para mejorar un tanto nuestras relaciones.

-¡Qué admirable de tu parte! -comentó Robert, seco, aparentemente impasible al tono vehemente de la voz del otro-. Pero desafortunadamente, imposible. Te sugeriría que te marcharas a tu barco esta misma noche y que te olvidaras por completo de volver a ver a lord Saxon. - Pero al reconocer el gesto obstinado en la boca de rasgos aristocráticos del otro, añadió cautelosamente -: Sé que no confías en mí y tal vez con motivos fundados, pero lo que hice sólo fue por tu propio bien. -Cuando el capitán Sable avanzó, furioso, Robert levantó una mano y ordenó-: ¡Escúchame hasta el final! ¡No quiero discutir contigo! Como empecé a decir hace un segundo, no confías en mí, pero en este caso creo que debieras hacerlo. Intentaré allanarte el camino si insistes. Déjame hablar primero con Simon. Trataré de introducir el tema gradualmente para que la conmoción no sea tan grande. Pero te pido que estés preparado por si fracaso.

-¿Por qué debo confiar en ti? ¿Cómo sé que no me estás mintiendo? - refunfuñó el capitán Sable con voz apagada.

- No lo sabes, ni puedes saberlo - respondió Robert, displicente -. Pero el estado de salud de lord Saxon puede verificarse muy fácilmente. Y créeme cuando digo que cualquier acontecimiento inesperado y perturbador podría precipitar un ataque fatal. Si deseas correr este riesgo, sigue adelante y preséntate ante él.

-¡Maldito seas! -estalló el capitán Sable con violencia-. Sabes que no osaría hacerla después de lo que me has dicho. Muy bien entonces, en ese caso haré lo que tú digas. Pero que Dios te ayude, Robert, si tú...

- ¡Mi querido joven! Olvidas que él es mi padre y que yo no haría nada que lo perturbara. En cuanto a ti... no me interesas en absoluto, pero trataré de concertarte un encuentro. ¿Dónde estás alojado?

Apretando las mandíbulas, el capitán Sable musitó:

- En *The Bell and Candle* Robert, hablé muy en serio cuando dije que no deseaba provocar un escándalo. Y debo regresar a Londres mañana. Tendrás que actuar esta misma tarde. No puedo aplazar más mi marcha. - Casi como disculpándose, añadió-: Reconozco que debí haber notificado a alguien de mi regreso en cuanto llegué a Inglaterra, pero ni siquiera había pensado entonces que intentaría verle. Fue sólo ayer cuando me pregunté si quizá no podía tratar de aliviar la tensión entre nosotros.

- Mm. Es una pena que la idea haya cruzado por tu cabeza. Pero puesto que así ha sucedido, haré lo que pueda. Y si no tienes noticias de mí mañana a las diez querrá decir que he fracasado y puedes estar seguro de que cualquier intento por tu parte de molestar a un viejo enfermo tendrá peligrosas consecuencias.

- Muy bien, entiendo. Si no tengo noticias de ti para entonces, sabré que nada ha cambiado -el capitán Sable respondió tragando saliva.

Los dos hombres no intercambiaron más palabras; salieron juntos, pero tomaron direcciones opuestas en cuanto abandonaron el pabellón.

Ahora que éste estaba desierto, Nicole y Sally se miraron.

-¡Vaya! -estalló Sally por fin-. Me pregunto de qué se trataba todo eso. ¿Por qué querría ese capitán Sable ver a lord Saxon con tanta urgencia?

Nicole no respondió; la conversación que acababa de oír no le interesaba demasiado. Lo que sí le importaba, sin embargo, era que el capitán Sable estaba en Surrey y que buscaba marineros.

Ese era el pensamiento predominante en su mente sin recordar siquiera todo lo otro que

se había dicho allí ¿A quién le interesaba saber por qué deseaba ver al viejo lord Saxon? ¿O por qué Robert Saxon estaba dispuesto a interceder por él? ¡A ella no! En voz alta, dijo:

- ¿Qué importancia tiene? Probablemente era un mayordomo segundo y birló algunas piezas de la vajilla de plata y ahora desea aliviar su conciencia de remordimientos.

- Tal vez. Pero no creo que fuera eso. Aunque es lo más probable -dijo Sally decepcionada-. Sin embargo, ¿no habría sido más excitante si hubiese sido algo más que eso? Como si...

-Oh, Sally, quieres callarte, por favor -murmuró Nicole, exasperada. De repente deseó que la dejara a solas con sus pensamientos.

Sally se ofendió por los malos modales de Nicole y replicó malhumorada:

-¡Bueno, si eso es lo que quieres! Dejaré que sigas enfurruñada aquí arriba sola. Eres tan niña, Nicole. De verdad que no sé por qué me molesto contigo.

Nicole se arrepintió inmediatamente pues no deseaba herir los sentimientos de Sally.

- Lo siento, y no estoy enfurruñada. Pero, Sally, me gustaría estar a solas, si no te importa.

-Muy bien, me iré. ¿Te veré la semana entrante en la feria de caballos o tu tía te ha prohibido ir? - respondió Sally con resignación.

Con la mente en otra parte, Nicole dijo distraídamente:

- Probablemente. Al menos eso creo.

Una vez sola, Nicole permaneció sentada pensando durante varios minutos. El mar, tal vez esa era la respuesta. América, lejos de los Markham. Se le presentaba aquí una oportunidad nunca soñada y magnífica. Seguramente la fortuna era quien había guiado a Salir hasta ella ese día. Con la cabecita infantil llena de planes y proyectos, con una llama de esperanza iluminándole el alma, Nicole descendió de su escondite y echó a correr en dirección a Ashland.

No fue hasta mucho después de la cena, que se desarrolló en medio de una atmósfera tensa e incómoda, cuando Nicole pudo al fin poner en acción su plan. Pero una vez que se le permitió levantarse de la mesa para retirarse a sus habitaciones, sorprendiendo a su tía al no discutir la orden, subió a su dormitorio y se encerró con llave. Paseándose por la habitación, con manos temblorosas de excitación febril, hurgó entre los pocos y precia- dos efectos de su hermano que se las había ingeniado para guardar. Entre ellos estaban los objetos que buscaba; un par de pantalones descoloridos, una de sus camisas y su chaqueta preferida de tweed marrón, suave y gastada por el uso. Se quitó el vestido deprisa y se puso las prendas de su hermano, usando el cinturón de uno de sus propios

vestidos para sostener el pantalón en la cintura. No había de dejarse acobardar por detalles tan nimios como pantalones abombados por el uso y una chaqueta cuyas mangas casi le cubrían las manos, así que con aire decidido se miró al espejo con optimismo.

Qué ridícula parecía, pensó riéndose nerviosamente, mientras estudiaba la cómica figura que reflejaba el espejo. Más seria ya, reparó en los largos bucles rojo oscuro con reflejos de fuego. ¡Tendrían que desaparecer! Sin piedad de ninguna clase, cortó irregularmente los largos cabellos sedosos. Con mucho cuidado recogió los mechones que habían caído al suelo y los guardó en la funda de una almohada con la idea de arrojarlos en el primer pozo que encontrara en el camino. El cabello, lo que había quedado de la espléndida cabellera rojiza, sobresalía en irregulares mechones, pero le daban una apariencia más masculina, la de un atractivo muchachito. Más satisfecha ahora, volvió a estudiar su figura en el espejo. Afortunadamente aún no se le habían desarrollado los pechos, pero frunciendo el entrecejo se estudió atentamente el rostro. Grandes ojos rasgados, castaños con iridiscencias de topacio bordeados de larguísimas y espesas pestañas negras la miraban desde el cristal azogado causándole cierta insatisfacción. La naricita era graciosa y recta si bien con rasgos aniñados todavía. Una boca grande y generosa, con el labio inferior carnoso y sensual y un mentón pequeño pero firme completaban el cuadro. Después de un escrutinio más severo quedó complacida con su aspecto. Parecía un muchachito, aunque demasiado guapo, salvo por esas larguísimas pestañas arqueadas. Bien, los actos desesperados requerían medidas extremas. Cautelosamente, con la carita muy pegada al espejo y las tijeras en la mano recortó con esmero las pestañas hasta que fueron prácticamente inexistentes. Echando otra larga mirada al espejo se convenció de que nadie adivinaría su verdadero sexo. Entonces, secretamente se juró que fuera cual fuese el resultado de su aventura, no regresaría nunca más. Esta noche vería a ese hombre en *The Bell and Candle* y le obligaría a llevarla al mar con él. Sin echar otra mirada al espejo ni cambiar de parecer, trepó ágilmente por la ventana y descendió por las ramas del viejo roble que crecía junto a la casa.

CAPÍTULO III

Si Nicole sentía aligerado su espíritu en el momento de escapar por la ventana de su cuarto, no le ocurría lo mismo al capitán Sable. Sentado en la sala privada de la posada con una espumosa jarra de cerveza espesa y amarga en la mano, consideraba intolerable la situación en que se hallaba. No obstante, por el momento le era imposible hacer nada al respecto. Después de un discreto interrogatorio a unos cuantos habitantes de la aldea, había tenido que aceptar que Robert no le había engañado en cuanto a la salud del barón. Simon Saxon había sufrido un ataque cardíaco en enero y las rabietas y los súbitos arrebatos de cólera del anciano eran proverbiales entre los aldeanos. Pero a pesar de esta noticia le irritaba tener que permitirle a Robert Saxon el derecho a decidir en sus asuntos privados. Desgraciadamente, parecía que tendría que confiar en la diplomacia de Robert. Sabía que se había comportado como un necio al regresar, como un necio al pensar que tal vez lord Saxon le había perdonado o averiguado la verdad. Y haber regresado solo y desarmado era peligroso. Era peligroso haber salido de Londres sin compañía y más peligroso aún habérselo confiado a Robert. Ahora se daba cuenta de que debía haber traído a Higgins consigo. Pero había dejado bien claro que no tenía intención de quedarse en la aldea, se repitió Sable tercamente, afirmando que partiría en breve para no regresar. Esa información debería bastar para que Robert se abstuviera de planear alguna sorpresa desagradable, como la que le había preparado la última vez. Se preguntó con rencor si Robert le habría contado a esa ramera de Annabelle que él había regresado.

Los labios de Sable se afinaron en un rictus amargo y un destello desagradable y ominoso brilló en sus ojos ámbar dorado. Le había costado cuatro largos años. Cuatro años de brutalidad y crueldad inenarrable s en la Armada Real, todo ello hábilmente dispuesto por el bondadoso Robert Saxon. Cuatro años en los que pasó de ser un muchacho idealista a un hombre duro y calculador que había luchado en sangrientas batallas navales y padecido las caricias del látigo de nueve colas sobre su espalda; las cicatrices lo acompañarían hasta el día de su muerte.

Recordando esos años su mano apretó la jarra hasta que se blanquearon los nudillos. Enojado consigo mismo por permitir que la furia surgiera tan deprisa, bebió de un trago el contenido de la jarra y luego la dejó sobre la mesa con golpe sordo. Inflexiblemente, se obligó a sí mismo a alejar esos recuerdos y pensó que, en cierto modo, Robert le había

hecho un favor. ¡Que Robert lo había enrolado en la marina por su propio bien era discutible! Una carcajada cortante y desgarradora brotó de su garganta y se levantó de la silla, impaciente, deseando no haber reservado la sala privada. Necesitaba la compañía de sus semejantes, no la soledad de aquel pequeño cuarto.

Beddington's Corner era una pequeña comunidad y *The Bell and Candle*, como las típicas posadas de la campiña inglesa, hospedaban y servían principalmente a granjeros y aldeanos del lugar. La sala privada no se utilizaba con frecuencia; pocas damas y caballeros de categoría se detenían en Beddington's Corner. En busca de compañía más agradable que sus sombríos pensamientos, salió de la sala, sin encontrarse con la señora Eggleston por escasos minutos, y se reunió con un grupo bullicioso en el austero salón de oscuras vigas de roble. Cuando la mirada anhelante y maliciosa de la rolliza cantinera llamó su atención, abandonó su plan de beber hasta emborracharse. Unos minutos más tarde, la chica estaba calentando las rodillas y soltando risitas nerviosas por sus insinuaciones y tanteos osados. Entre chillidos de risa y falsas protestas, le permitió saber que su nombre era Peggy, que quedaba libre a medianoche y que estaría más que contenta de compartir su lecho solitario. Sonriendo, Sable encontró una mesita en un rincón tranquilo y se dedicó a observar con interés el comportamiento ruidoso de los alegres labriegos del lugar reunidos en el bar. Peggy, de buen humor, rechazaba sus cachetes con sonoras palmadas y miraba con frecuencia al caballero alto de pelo negro repantigado a sus anchas con descuidada elegancia en un rincón del salón.

Ese hombre sí que era guapo, pensaba con deleite, y un verdadero caballero además, con esa barba recortada, corbata blanca almidonada y manos limpias de dedos largos. Al acercarse la medianoche un estremecimiento de impaciencia le recorrió la espalda. Pronto estaría subiendo sigilosamente por la escalera de servicio con ese caballero y, al ver la mirada indolente y divertida que él le dirigía a través de sus espesas pestañas negras, un agudo placer se hizo sentir en la boca de su estómago.

Sable, sabiendo que estaría placenteramente ocupado durante el resto de la noche, bebió poca cerveza de la que corrió en abundancia durante la velada. Minutos después de la medianoche, al subir por la escalera con Peggy, tenía la mente despejada y su paso era firme. Llegaron a su habitación al final de la escalera unos minutos más tarde. Sable abrió la puerta de un empujón y le cedió el paso a Peggy para que entrara en primer lugar. Ella dio unos pasos en la habitación en tinieblas y soltó un grito de dolor porque un objeto pesado golpeó violentamente su cabeza. La muchacha se desplomó. Cuando Sable comprendió lo que había sucedido, dio un salto hacia atrás y se apretó contra la pared del pasillo. En

guardia ahora contra el peligro repentino, sus dedos buscaron el pesado cuchillo marinero oculto entre sus ropas. Con el cuerpo tenso contra la pared, volvió la cara hacia la puerta abierta esforzándose al máximo para ver el interior de la habitación.

Dos figuras vagas parecieron desprenderse de la penumbra de la habitación. Un grosero juramento salió de la boca de uno de ellos al inclinarse sobre el cuerpo de Peg.

- ¡Es la maldita cantinera! ¿Dónde está el hombre?

Ambos se dieron la vuelta deprisa y salieron corriendo al pasillo en el preciso momento en que Sable, cuchillo en mano, salía de su escondite. Sorprendidos y sobresaltados, los dos hombres vacilaron antes de abalanzarse sobre él, pero Sable saltó ágilmente y de un puntapié envió a uno de los hombres contra el otro haciendo que ambos cayeran rodando por la angosta escalera. Luego, bajando a grandes saltos se lanzó sobre ellos antes de que pudieran recobrarse siquiera. Se contuvo de matarlos sólo cuando comprendió que si lo encontraban cerca del patio de la posada con dos cadáveres aún tibios, Robert se beneficiaría tanto o más que con su muerte o desaparición. Llamó al posadero a gritos y mantuvo ocupados a los rufianes esquivando la peligrosa puntería de sus botas lustrosas.

Pasó una hora antes de que todo quedara arreglado, y no precisamente a satisfacción de Sable. Peg había recobrado el conocimiento, pero le dolía de tal forma la cabeza que, de ahora en adelante, se lo pensaría dos veces antes de aceptar entrar en la habitación de algún caballero desconocido. Los dos hombres proclamaron su inocencia a gritos afirmando que se habían equivocado de habitación y que no habían tocado a la mujer; debía de haberse caído y golpeado la cabeza contra el suelo. Peggy no podía recordar nada y Sable supuso que ganaría muy poco presionándola, así que aceptó fríamente las falsas disculpas y dejó que el posadero los echara de la posada. Aparentemente eran dos conocidos matones del lugar y el posadero no deseaba tener problemas con ellos.

Sable, displicente, estudió y repasó los acontecimientos de la velada. Quedaba descartado su pasatiempo amoroso con Peggy. Pero lo más importante era que sabía que tampoco podría dormir, ya que permanecer unas horas más en Beddington's Corner era brindarle una segunda oportunidad a Robert Saxon para que lo atacara. Pagó su trago de licor y ordenó que le prepararan su caballo. Esos hombres no se habían equivocado de habitación y si, como había planeado en un principio, se hubiese emborrachado hasta alcanzar un agradable estado de euforia, habrían cumplido su cometido: ya fuera asesinarlo, como sospechaba, o meramente hacerle regresar a la Armada Real. Dudaba que Robert usara nuevamente ese truco y estaba convencido de que había planeado hacerlo degollar enseguida.

El percance de esta noche le hizo comprender que ganaría muy poco quedándose y que sería muy improbable que pudiera llegar a ver a Simon Saxon. Robert se encargaría de ello.

Era comprensible que el posadero se mostrara consternado por lo sucedido, y mientras Sable esperaba con impaciencia que le ensillaran el caballo, el buen hombre intentó minimizar el desgraciado incidente. A Sable no le reconfortaron sus palabras y se alejó a grandes zancadas en dirección a las caballerizas, resuelto a averiguar por qué motivo tardaba tanto el mozo de cuadra. A la luz mortecina de una linterna observó los movimientos torpes del muchacho soñoliento hasta que, exasperado, gritó:

-¡Suéltalo! Vuelve a la cama, yo mismo lo haré.

El muchacho, sin discutir órdenes, regresó dando tumbos a su lecho en medio del heno y con movimientos seguros y rápidos

Sable terminó la tarea. Estaba a punto de sacar al caballo fuera de la cuadra, cuando lo detuvo una vocecita ronca.

- Por favor, señor, ¿es usted el caballero de Londres que anda en busca de marineros?

Sorprendido, Sable giró sobre sus talones y observó con divertido asombro la pequeña figura que estaba frente a él. El muchachito, vestido con ropas demasiado holgadas para su cuerpo esmirriado, le devolvió la mirada con ojos redondos y bordeados de pestañas irregulares. Un sombrero alado y negro le cubría la cabeza y dejaba asomar mechones cortos e irregulares de pelo oscuro, todo lo cual le daba una apariencia muy extraña. Era casi un niño, no debía tener más de diez años, calculó Sable, y sonriendo bondadosamente dijo:

- Las noticias viajan deprisa... es verdad que necesitaba algunos marineros, pero me temo que las circunstancias son tales que me encuentro obligado a partir antes de lo que había planeado. ¿Te interesa una vida en el mar?

Con el corazón latiéndole con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo, Nicole jadeó:

-Sí, señor. ¿Me tomará usted? Soy mucho más fuerte de lo que parezco y trabajaría muy duro.

Meneando la cabeza lentamente, Sable trató de suavizar el golpe mientras se enfrentaba a los suplicantes ojos topacio del golfillo.

- Estoy seguro de que lo harías, pero eres un poco... joven. ¿Tal vez la próxima vez?

Saludó al niño con un cortés movimiento de cabeza y se volvió para montar a caballo. Un pie ya estaba en el estribo cuando una mane cita desesperada le aferró el brazo y una voz llena de pasión le suplicó casi llorando:

- ¡Por favor, señor! ¡Lléveme con usted! Le prometo que nunca se arrepentirá. ¡Por favor!

Desde lo alto miró aquellos grandes ojos suplicantes y vaciló, extrañamente conmovido por aquel muchachito. Percibiendo que el hombre empezaba a ceder, Nicole le rogó:

- ¡Por favor, señor, déme una oportunidad! Sable podría haberse alejado de allí al galope, pesaroso por haber rechazado a la criatura, si el mozo de cuadra no se hubiese despertado al oír las voces y hubiese intervenido en ese momento.

Aunque era una posada rural, *The Bell and Candle* era un lugar muy respetable donde no se toleraba que los mendigos importunaran a los huéspedes. Encolerizado, el mozo de cuadra se acercó y echó de allí a Nicole. Tomándola del cuello de la chaqueta, intentó arrojarla fuera de las caballerizas al tiempo que gritaba:

-¡Fuera de aquí, vagabundo despreciable! Vete a mendigar a otra parte. No importunes a este caballero.

Perdidas todas sus esperanzas, Nicole dio rienda suelta al enojo concentrado y casi escupiendo de rabia embistió contra el mozo de cuadra, arañando y pateando como un animal salvaje, hasta el punto de morderle el brazo al desprevenido muchacho.

-¡Suéltame de una vez! ¡Voy a ir al mar! ¡Lo haré! ¡Lo haré!

El mozo de cuadra era casi el doble de grande que Nicole, y una vez pasó su sorpresa, se abalanzó sobre ella resuelto a propinarle la azotaina de su vida. Pero Nicole luchaba como una loca y daba tantos golpes como recibía, consiguiendo que le hiciesen sangre en la nariz. Era una lucha injusta y sólo Sable podía darle fin. Arrancándola de las manos del mozo de cuadra mientras ella golpeaba con los puños cerrados, exclamó riendo:

- Muy bien, mi zorro. ¡Irás conmigo!

La sorpresa la dejó sin habla e inmóvil, mas luego, ignorando el dolor de la nariz ensangrentada y del ojo que se hinchaba a pasos forzados, sonrió. Y Sable, incapaz de comprender sus motivos, se encontró devolviéndole la sonrisa.

Sable montó sobre su caballo, se agachó y levantando el cuerpo ligero de la niña, la colocó a sus espaldas sobre la grupa. Entonces, cabalgando en la noche sin estrellas, abandonaron Beddington's Corner sin mirar atrás. Con la cabecita apoyada sobre la espalda de Sable, los bracitos flacuchos envueltos alrededor de su cintura como si en ello le fuera la vida, Nicole apenas podía contenerse para no gritar de júbilo. ¡Había resultado! ¡Ya estaba camino del mar!

SEGUNDA PARTE 1813

El joven Nick

«Que el mañana se encargue del mañana, deja las cosas del futuro al destino.»
Charles Swain, Males Imaginarios.

CAPÍTULO IV

La laguna parecía un espejo y Nicole contemplaba distraídamente el agua azul turquesa mientras sus pensamientos vagaban al ritmo indolente de las olas. Estaba tendida sobre la arena blanca y caliente de uno de los islotes que conforman el archipiélago de las Bermudas. Pero no estaba sola, un hombre la acompañaba. Habían bajado del barco no hacía mucho, en busca de unas horas de sosiego e intimidad. Hacía tiempo ya que esas islas se habían convertido en uno de los paraderos favoritos del capitán Sable, y el hecho de que gran parte de la Armada Real estuviera estacionada en la isla principal añadía una pizca de interés y de peligro al uso continuado que hacía de ellas.

Los cientos de islotes que se extendían como las cuentas verdes de un gigantesco collar a través del océano Atlántico eran escondites ideales para muchos de los corsarios norteamericanos que acechaban y pirateaban barcos británicos, franceses y españoles. Las Bermudas eran el último trozo de tierra hasta las Azores, y la cálida corriente del golfo que llevaba a los barcos, cargados de especias, tabaco y azúcar de las Antillas, hacia las aguas más frías y verdes del Atlántico norte, corría a poca distancia de los arrecifes de coral que las circundaban.

Eran demasiadas islas e islotes, la mayoría deshabitados, para que la Armada Real pudiera patrullarlos eficazmente, y los corsarios norteamericanos, ni cortos ni perezosos, supieron sacar rápida ventaja de ese hecho; además, a ellos no les asustaba ni la flota más poderosa que pudiera surcar el océano. Con el mayor descaro sobrepujaban en velocidad y maniobrabilidad a los barcos de guerra más pesados de los británicos, y los dejaban atrás, impotentes y humillados. Los insolentes norteamericanos no hacían ascos tampoco a atacar y hasta capturar de vez en cuando algún barco de guerra británico, puesto que la contienda declarada por el presidente Madison en 1812 brindaba a los corsarios la gloria adicional de estar cumpliendo una tarea patriótica cada vez que apresaban uno de esos barcos. Sus pillajes a la flota de combate inglesa no eran muy numerosos, pero la Armada Real no era el blanco preferido de los norteamericanos. Sí lo eran, en cambio, los barcos mercantes cargados camino de Europa procedentes de las Antillas, y éstos no sólo atraían a los corsarios sino también a los piratas que se abalanzaban sobre ellos como tiburones hambrientos. El capitán Sable, como muchos otros que navegaban con patente de corso de varios países, se había enriquecido con esos transportes repletos de la riqueza de las

islas.

Si bien últimamente, razonaba Nicole con aire pensativo, el capitán Sable parecía tomar su actividad de corsario como un mero pasatiempo. Actuaba más como un tigre bien alimentado, saciado pero aun así incapaz de resistir la tentación de atrapar las rollizas palomas que desfilaban debajo de sus narices en forma de barcos mercantes ingleses. La *Belle Garce*, su goleta de líneas elegantes y fuertemente armada sólo había hecho dos presas en los últimos seis meses y Nicole sospechaba que Sable había capturado ambas - un bergantín inglés procedente de Jamaica y un buque mercante español en viaje a Cádiz- para calmar el descontento creciente entre la tripulación, o simplemente porque estaba aburrido.

Frunciendo el ceño clavó la mirada en las tentadoras aguas de la caleta donde se encontraba, tratando de desentrañar el misterio de un hombre que podía bautizar a su barco La Belle Garce. Hacía rato ya que Sable actuaba de manera extraña y con desasosiego se preguntó si no sería que había descubierto su disfraz. Inquieta, se movió sobre la arena caliente, disgustada por el cariz que estaban tomando sus pensamientos.

Se preguntó por qué no podían quedar las cosas como estaban. Había crecido y madurado mucho en esos cinco años, pues estuvieron llenos de aventuras excitantes y peligros. A veces hasta ella misma olvidaba que era mujer y no el grumete alto y delgado de La *Belle Garce*. Su máscara la había resultado relativamente simple durante el primer año más o menos, pues la naturaleza, como si la apoyara, la había dotado de una estatura que estaba por encima de la de una chica normal y una voz grave que sería inusual en una mujer, pero que pasaba inadvertida en un jovencito.

El capitán, sin comprender aún el extraño capricho que se había adueñado de sus actos, la había dejado sobre cubierta descuidadamente y no había pensado más en ella. Nicole pasó varias semanas de angustia y terror indecibles viviendo en la estrecha bodega del barco antes de que Sable volviera a reparar en ella. Mientras tanto trabajó como una esclava durante horas interminables y arduas, de modo que al llegar la noche se desplomaba completamente exhausta en su hamaca colgada en cubierta junto con las de los otros miembros de la tripulación. Le cayeron en suerte las faenas más inmundas, desde vaciar los potes para la orina y las heces de los camarotes de los oficia- les hasta el trabajo duro y agotador de raspar el casco de la nave.

Siendo el miembro de más bajo rango de la tripulación, así como también el más joven y novato, estuvo a entera disposición de todos los de a bordo y durante aquellas primeras semanas aterradoras le pareció que había pasado más tiempo llevando recados que otra

cosa. Asombrosamente se las arregló para sobrellevar todo eso y seguir viviendo. La idea de haberse escapado de los Markham daba bríos a su ánimo alicaído y las brisas frescas y salobres que soplaban desde el océano calmaban los remordimientos de conciencia por haber dado un paso tan precipitado. También había otras compensaciones, pues adoraba que la enviaran a la arboladura, y le encantaba trepar por las escalas de viento como un mono ágil entre las velas, sin miedo al peligro y casi embriagada por la altura vertiginosa. Y también estaba el poder del mar para drogarla, sus incontables estados de i ánimo, desde la plácida mansedumbre hasta el regocijo del trueno y el estallido de la tempestad. Y la excitación; sí, la excitación...

Jamás, pensó soñadoramente, podría olvidar su primera batalla en el mar... Aquel día en que avistaron un barco mercante español y La *Belle Garce* cayó sobre su presa como un halcón. Cuando se dispararon los primeros cañonazos de aviso había sentido un estremecimiento de terror juvenil, pero por sus venas corría la sangre de otros guerreros navales y ansiosamente, con los ojos brillantes y el alma deseosa de aventuras, entró en la refriega dispuesta casi con impaciencia. Cuando el capitán advirtió su delgada silueta corriendo de un lado a otro de las cubiertas llenas de humo, le ordenó ásperamente que entrara en uno de los camarotes y se mantuviera lejos del peligro. Furiosa, ella exigió regresar a cubierta, pero él no se lo permitió bajo ningún concepto. Enternecido quizá por la evidente juventud del chaval, Sable destinó a Nicole a su servicio personal. En el barco se desataron las lenguas haciendo comentarios jocosos y burlones sobre el «chico bonito» del capitán Sable, mas Nicole, demasiado consciente del peligro que corría, por una vez contuvo su lengua prudentemente y pretendió no oír... ni comprender lo que querían decir.

En cuanto se convirtió en el criado personal del capitán disminuyó el peligro de ser descubierta, ya que él, con la misma indiferencia que concedería a un cachorro precoz, le había ordenado que durmiera en un rincón de su camarote, y por lo tanto, llena de indignación, colgó su hamaca en el rincón más alejado del ya no tan amado capitán Sable y con muy poco entusiasmo se encargó de la tarea de mantener en perfectas condiciones no sólo su camarote sino también sus armas y prendas de vestir.

La decepción que le producía su nueva posición en el barco era evidente y las miradas furiosas que le enviaba mientras se afanaba cumpliendo sus órdenes parecían proporcionarle al capitán una diversión perversa. Y a menudo regañaba a su antiguo grumete por su falta de gratitud:

-Sabes, joven Nick, en este mismo momento podría nombrarte a media docena de muchachos de la bodega que estarían encantados de encontrarse en tu piel... ¡Y para

colmo harían mucho mejor tu trabajo!

La lengua ingobernable de Nicole la impulsaba a hablar imprudentemente además de hacerla de modo irrespetuoso, lo cual siempre le acarreaba un fuerte tirón de orejas que le dejaba la cabeza zumbando durante una hora. Pero el capitán dejaba bien establecido su punto de vista y ella se resignaba a la monótona tarea de cuidar de sus efectos personales. Murmurando para sus adentros que estaría mucho mejor como camarera o doncella en alguna posada, Nicole rechinaba los dientes y se dedicaba a trabajar. Pero estaba a la vista el alivio de esas tareas cansadas y aburridas, aunque, una vez más, no era precisamente lo que ella habría deseado. Cuando él descubrió por casualidad que su desagradecido grumete también sabía leer y escribir, circunstancia que le hizo valorar de otra manera al muchacho, al instante lo puso a trabajar redactando listas del botín capturado. A la larga, la malhumorada Nicole fue no sólo su sirviente personal sino también su secretario.

En sus momentos de mayor calma se daba cuenta de que si se hubiese quedado con la tripulación de hombres rudos de La *Belle Garce*, era dudoso que su sexo hubiese permanecido oculto por mucho tiempo, y desde luego no durante cinco largos años. Pero como propiedad privada del capitán y su secretario además, había quedado aislada del resto de los hombres. En cuanto al propio capitán, en tanto cumpliera con presteza sus órdenes jamás desperdiciaba en ella una segunda mirada. Pero a veces ella se preguntaba si no sospecharía su secreto, y acostándose de costado sobre la arena, miró de frente a su acompañante y le preguntó de improviso:

- Allen, ¿crees que el capitán Sable está enterado de que soy una chica?

-¡Por todos los cielos, espero que no! Si así fuera, tu vida no valdría ni un cubo de agua sucia - respondió Allen con innecesaria rapidez.

Contemplando su rostro oscuro y franco, su pelo castaño y rizado que se movía levemente con la suave brisa marina, Nicole se preguntó una vez más las razones que habría tenido él para unirse a la tripulación del capitán Sable.

Allen Ballard era un enigma para Nicole. Se había alistado en La *Belle Garce* hacía menos de un año, después de desertar de la Armada Real, y ella a menudo se devanaba los sesos para descifrar los motivos que había tenido para hacerlo. Sabía muy poco de él, pero por la pulcritud de sus ropas y sus excelentes modales, era evidente que provenía de un ambiente más refina- do que la mayoría de la tripulación. Su aire de seguridad, tanto como sus maneras y sus trajes, indicaban que debía de haber sido un oficial, así que no era sorprendente que Sable lo hubiese elegido como segundo en mando para su último viaje. Nicole se había sentido atraída por Allen instantáneamente. Le recordaba a Giles por su

temperamento tranquilo y su actitud considerada, y uno de esos extraños lazos de amistad a bordo de un barco había surgido entre ellos.

Como pasaban la mayor parte de su tiempo libre juntos al tocar puerto, a Allen no le había llevado mucho tiempo descubrir que Nicole no era el muchachito esbelto por el que se hacía pasar.

Ello había sucedido en una ocasión muy parecida a la de hoy, cuando él se topó con ella cuando estaba tendida y completamente desnuda sobre la arena de una cala apartada. Al principio no había podido creer lo que veían sus ojos. De inmediato, Nicole le suplicó que no la traicionara. A él no le agradó la idea y menos aún cuando ella le confesó de mala gana toda su historia. En vano había discutido para que le permitiera arreglar su regreso a Inglaterra, al seno de su familia. Durante todo el tiempo Nicole, inflexible, le clavaba la mirada sin decir palabra. Se resistió a todas las súplicas que él empleó, pero había notado que era extraño que nunca empleara el único argumento contra el que ella no tenía defensa alguna: notificárselo al capitán. Se había preguntado con frecuencia el porqué, pero prefería no ahondar en el tema.

Algunas veces, sin embargo, la asaltaba la sospecha de que Allen era algo más de lo que aparentaba. Mostraba un interés excesivo en todo lo que sucedía en el camarote del capitán, especialmente en sus papeles oficiales y listas de barcos y cargamentos apresados. Nicole había pensado que Allen simplemente se interesaba por las ganancias que se sacarían de los pillajes hasta que, hacía muy poco, lo había encontrado revisando los papeles privados de Sable. En ese instante vio una mirada asesina en sus ojos hasta que la reconoció, y luego una expresión extraña había cruzado fugazmente por su rostro... ¿Arrepentimiento? ¿Turbación? ¿Resignación?

Fue una situación embarazosa y rápidamente Allen la había conminado a guardar el secreto prometiéndole que si ella no lo traicionaba, él no la traicionaría a ella.

Curiosamente ese pacto los unió más todavía, pues Nicole ya había dejado de mirar al capitán Sable con los ojos de adoración con que lo había hecho en un comienzo. Pero hoy no quería pensar en nada. Ansiaba disfrutar de esos momentos de libertad e, impaciente, se retorció debajo de la tela áspera de su tosca camisa de algodón.

En circunstancias normales, Nicole se habría despojado de toda la ropa en el instante de llegar a la playa. Pero Allen era un tanto peculiar en esas cosas, así que se cubría con una versión abreviada de su atuendo habitual, la camisa anudada debajo de los pechos y los pantalones de algodón recortados casi en el nacimiento de los esbeltos muslos. Tenía otro par de pantalones negros de algodón para ponerse antes de regresar al barco, pues

nadie que viera sus largas piernas delicadamente torneadas podría tener alguna duda sobre su sexo.

Poniéndose ágil y graciosamente de pie, estudió la figura yacente de Allen. Llevaba una ropa bastante parecida a ella, excepto que su espalda fuerte y musculosa estaba desnuda al calor del sol y de su cinturón colgaba un largo cuchillo marinero. Nada de camisas para Allen, pensó con resentimiento, pero como era habitual en ella su humor varió de súbito y le preguntó:

-¿Nos zambullimos desde la roca? -Aunque a Allen le gustaba, esa cala en particular no era una de las favoritas de Nicole por la atmósfera de melancolía y tristeza que se cernía sobre ella y que la desasosegaba. Tal vez se debía a las rocas volcánicas cortadas a pico que se elevaban a ambos lados internándose en el mar como dos brazos siniestros. La laguna era mucho más profunda que la mayoría, el agua era oscura y de un tono azul oscuro y amenazador en lugar del azul celeste preferido por Nicole. Pero poseía un alto risco al final de uno de los brazos que resultaba un lugar excelente desde el cual zambullirse en las frescas profundidades.

Con una mirada indolente en los ojos azules, Allen murmuró soñolientamente:

- Ve tú delante, Nick. Yate seguiré dentro de un rato.

Entonces Nicole escaló lentamente las rocas. Al llegar a la cima permaneció más de un minuto con la mirada perdida en el mar abierto antes de clavarla en las profundidades cristalinas y azuladas de la laguna a sus pies. En ese lugar las aguas tenían casi cincuenta metros de profundidad y el hecho de que no hubiera rocas ocultas lo convertía en un sitio ideal para zambullirse de cabeza. Echó un vistazo por encima del hombro y al ver que Allen por fin estaba empezando a trepar hacia la cima, lo saludó alegremente con la mano en alto. Entonces la grácil figura de cabello llameante y largas piernas doradas se zambulló en el agua. Se internó hasta el fondo y luego con golpes de tijera de sus piernas se impulsó de nuevo a la superficie. El agua era un verdadero deleite después de sufrir el calor abrasador del sol en la piel y por unos minutos Nicole nadó en amplios círculos a la espera de Allen, que aún se hallaba en la cima de la roca. No presentía ningún peligro, sólo gozaba de las caricias del agua de mar; entonces flotó de espaldas y dio una patada en el agua que levantó una columna de espuma en dirección a la roca.

-Zambúllete de una vez, es como estar en el cielo.

Allen, desde unos seis o siete metros de altura sobre la superficie del agua, le sonrió y miró apreciativamente el cuadro tentador que le ofrecía. Pero súbitamente se puso rígido y con voz áspera, dominada por el terror, gritó:

- ¡Cuidado, Nick! ¡Debajo de tus pies!

Dejó de retozar instantáneamente y clavó la mirada en el agua. y allí estaba, nadando en círculos a no más de quince metros de profundidad justo debajo de ella, la forma alargada y mortífera que teme todo hombre de mar: ¡un tiburón!

Un escalofrío serpeó por su espalda y el terror la paralizó. Luego, recobrándose un poco, empezó a dar brazadas torpes e inseguras, decidida a nadar los pocos metros que la separaban de lugar seguro. Su única esperanza era alcanzar la playa, puesto que los flancos empinados de la laguna no le ofrecían ninguna posibilidad de escapar del agua. Rogó ferviente mente que el tiburón sólo tuviera curiosidad y cuando su primer ataque de terror amainó empezó a nadar con su habitual estilo fuerte y rápido. Pero el tiburón tenía algo más que mera curiosidad. Había algo tan aterrador y amenazador en los círculos cada vez más cerrados que daba esa criatura que Nicole percibió que sólo sería cuestión de unos minutos antes de que el monstruo asestara una dentellada a sus largas piernas centelleantes en el agua.

Como si estuviera indeciso, el tiburón se deslizó con rapidez hasta unos cuantos metros delante de ella, cortándole de esta manera la retirada a la playa ya fuera por accidente o intencionalmente. Nicole paró en seco su carrera hacia la arena, pedaleando en el agua para mantenerse a flote y tragando un nudo de terror mientras observaba el tiburón que nadaba de un lado a otro a escasos metros de distancia frente a ella.

Echó una mirada incierta en dirección a Allen, que seguía de pie sobre el promontorio con el rostro tan blanco como el de Nicole y los ojos fijos en la bruñida criatura amenazadora que ahora estaba nadando a no más de tres metros de distancia.

Allen gritó con voz que quería ser alentadora:

-Sigue nadando, Nick. ¡Por lo que más quieras, no te dejes dominar por el pánico... eso sólo empeoraría las cosas! ¡Sigue nadando!

Tragando una bocanada de puro miedo y diciéndose inflexiblemente que su vida no podía acabar en la panza de un tiburón, siguió el consejo de Allen. Pero observó que el tiburón estaba otra vez justo debajo de ella y empezaba a subir lentamente hacia su cuerpo indefenso, con las mandíbulas abiertas dejando ver las hileras de dientes como lustrosas hojas de sierra. Sabía que iba a morir de un momento a otro.

Como en sueños oyó el chapuzón del cuerpo de Allen al zambullirse en el agua. El ruido y las vibraciones sorprendieron al tiburón, que detuvo el ataque mortal y salió disparado como si estuviera atemorizado. Al ver la cabeza de Allen emerger a la superficie, le gritó:

- ¿Qué diablos estás haciendo? Ahora ambos estamos en peligro.

-Supongo -gritó él severamente-, que debía permanecer allá arriba mirando cómo te desgarraba. Cállate, Nick, y empieza a nadar.

El tiburón, que en ningún momento se había alejado demasiado, retornó y esta vez lo hizo cerca de Allen, quien no lo perdía de vista. Con mano firme asió el mango del cuchillo marinero de hoja afilada.

- ¡Vete de una vez, Nick, maldita sea! -le gritó por encima del hombro.

-¡Pero tú! -argumentó ella sabiendo que él tenía razón pero incapaz de abandonarlo a su suerte.

-¿Y qué demonios puedes hacer tú? ¡Si me hicieras el grandísimo favor de irte de aquí inmediatamente, tal vez yo podría hacer lo mismo! ¡Ahora no es el momento de acciones heroicas!

Ahogando una risita histérica se preguntó cómo calificaría él sus propias acciones. Luego, con la velocidad nacida tanto del temor de sentir en cualquier momento esas mandíbulas serradas desgarrándole el cuerpo como del conocimiento de que Allen no intentaría salvarse hasta no verla a ella a salvo, se dirigió con rapidez a la playa. Pero por las brazadas lentas y regulares que daba Allen y por la forma en que mantenía su vista clavada en el agua, supo que el tiburón aún lo seguía. Desesperadamente sus ojos escudriñaron la pequeña playa desierta en frenética búsqueda de algo, cualquier cosa que pudiera utilizar para ayudar a Allen, pero no encontró nada.

Con gran cautela, Allen seguía nadando sin apartar los ojos ni por un segundo de la figura gris que continuaba deslizándose silenciosa y desalentadoramente a poca distancia. No era un tiburón enorme, apenas mediría unos tres metros de largo, pero hasta un tiburón de la mitad de ese tamaño era un enemigo mortal para un hombre en medio del mar. El cuchillo que aún asía en la mano le daba cierta tranquilidad, como también el hecho de que la costa estaba cada vez más cerca. Pero Allen estaba bastante familiarizado con los tiburones y no se confió demasiado.

En ese momento, el tiburón nadaba en paralelo a no más de dos metros de distancia, y una o dos veces cambió repentinamente de dirección, nadando justo debajo de Allen, con la espina dorsal a escasos centímetros de sus poderosas piernas que seguían dando fuertes golpes de tijera.

Estaban ya cerca de la playa y Nicole pudo ver por sí misma la larga forma destructora que parecía volverse más osada acercándose cada vez más al cuerpo bronceado de Allen. «¡Oh, Dios mío, sálvalo! ¡Él me salvó a mí, no permitas que muera! ¡Por favor!», se dijo a sí misma. Dio un paso adelante resuelta a lanzarse nuevamente al agua, pero si lo hacía,

conociendo la valentía de Allen, bien podría ser en vano. Así que se quedó petrificada en la playa con el cuerpo congelado hasta los huesos al ver que el tiburón volvía a deslizarse una vez más debajo de Allen. Momentos después, girando con movimientos sinuosos, la criatura empezó la misma embestida mortal con que sólo minutos antes la había amenazado a ella. Allen presintió el ataque inminente del tiburón y la afilada hoja de su cuchillo le pareció una protección endeble contra las hileras de dientes agudos y la piel áspera como papel de lija de su adversario. Pero sabía que un hombre podía ganarle a un monstruo semejante, pues lo había presenciado docenas de veces, y con una plegaria esperó poder repetir esa hazaña.

Al embate de una ola que hizo que la cabeza y los hombros de Allen salieran a la superficie, el tiburón se abalanzó sobre él a tal velocidad que lo dejó pasmado, pero conservó el valor y la sangre fría al afrontar la embestida mortal, y la distancia entre ellos fue de centímetros. Después, sólo a un pelo de distancia de las mandíbulas devastadoras, Allen se apartó bruscamente a un costado, sosteniendo ahora el cuchillo con ambas manos y la hoja apuntando a la cola del animal. Entonces se lo clavó en la parte más vulnerable. La fuerza del impulso del tiburón destripó a la bestia de las agallas hasta la cola. Echándole un vistazo apenas, Allen vio al animal, herido mortalmente, derramando sangre y tripas por la cavidad abierta, dirigiéndose enloquecido hacia mar abierto. Luego, nadando con intolerable impaciencia, alcanzó la costa y se tambaleó hasta los brazos abiertos de Nicole.

Se abrazaron largo rato, temblorosos y estremecidos hasta lo más recóndito de sus seres.

-¡Oh, Dios mío, Allen! ¡Estaba tan asustada! -musitó Nicole todavía pálida como una muerta.

Allen sonrió mientras trataba de recobrar el resuello a grandes bocanadas.

-¡Yo estaba un poquito inquieto!

Nicole soltó una risa nerviosa, una risa que rayaba en la histeria. Pero un momento después ambos estaban riendo sobre la arena por el puro placer de estar vivos. Nicole fue, sin embargo, la primera en ponerse seria.

- Te debo la vida, Allen. ¿Cómo podré corresponder dignamente a tanta valentía?

Por un segundo sus ojos azules estudiaron aquel rostro y aquel cuerpo esbelto cuyas curvas tentadoras eran evidentes bajo la ropa mojada, pero se limitó a sonreír.

-¡Tonterías, joven Nick! Pero no creo que volvamos a nadar en este sitio nunca más; no quisiera pasar por esto otra vez.

Con un escalofrío, Nicole contempló las aguas tranquilas de la laguna.

-¡No! ¡Desde luego que no!

No queriendo que ella le diera más vueltas a lo cerca que habían estado de la muerte, le revolvió con cariño el pelo mojado.

-¡Vamos! ¡No es para tanto! Olvídalo y recuerda la próxima vez que no debes alejarte tanto de la costa.

Esbozando una débil sonrisa, asintió, completamente de acuerdo con la sugerencia.

-Sólo nadaré en aguas poco profundas, no te preocupes.

Se vistieron rápidamente sin más charla, pero Nicole sabía que estaría por siempre en deuda con Allen y que le debía la vida. Su acto de arrojo había sido una valentía incuestionable y jamás lo olvidaría. ¡Jamás!

CAPÍTULO V

La *Belle Garce* estaba casi desierta cuando subieron a bordo un rato después. Ahora Nicole llevaba el cabello peinado hacia atrás y recogido bien tirante en una coleta que le estiraba las facciones, endureciéndose las y disimulando la femenina delicadeza de su rostro. Llevaba puestos unos pantalones baratos de algodón que le quedaban holgados, lo mismo que la camisa, y tenía toda la apariencia de un muchacho alto y delgado de quince años.

Había unos cuantos hombres jugando a los dados en la cubierta de proa y entre ellos Nicole reconoció fácilmente la cabeza rubia de Jake. Le echó un vistazo, extrañándose una vez más de todas las preguntas que formulaba ese hombre. Como si percibiera la mirada fija en él, Jake levantó la cabeza y Nicole vio que, como de costumbre, tenía la mejilla llena de aquel tabaco que mascaba eternamente. No era una persona agradable ni atractiva y Nicole decidió que cultivaba deliberadamente esa apariencia anodina y poco conspicua para pasar inadvertido. Nadie le recordaría a los cinco minutos de haberlo conocido. Pero Jake formulaba infinidad de preguntas, pensó Nicole al tiempo que lo saludaba con un ligero movimiento de cabeza antes de marcharse a toda prisa al camarote del capitán Sable.

- Hola, señor Higgins - saludó ella alegremente al encontrarse con el segundo oficial inclinado sobre un mapa extendido encima de una de las largas mesas del salón.

- Buenos días, Nick. ¿Buscas al capitán?

Nicole simpatizaba con el señor Higgins. Sus ojos color café siempre estaban risueños y parecía tener cierta debilidad por ella, ya que más de una vez había ocultado a los ojos de lince del capitán algunas de las faltas menores que ella había cometido.

- No. No precisamente. Pero creí que debía presentarme en el barco. He estado en tierra toda la mañana - admitió con una sonrisa culpable.

- Bien, el capitán ha salido de visita. - Una sonrisa socarrona le arrugó aún más el rostro apergaminado y murmuró-: Y nosotros sabemos bien a quién ha ido a visitar.

- A Louise Huntleigh - respondió Nicole en tono inexpresivo, sin entender por qué le deprimía la noticia.

Higgins asintió y sus ojos brillaron maliciosamente.

- Y si el capitán no tiene cuidado, sus días de corsario habrán acabado.

-Eso me parece muy difícil -dijo arrastrando las palabras una voz grave desde el umbral de la puerta.

Nicole dio media vuelta y sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho al encontrarse con la mirada ámbar dorada del capitán. Últimamente cada vez que se enfrentaba de súbito con él reaccionaba de la misma manera y ello le disgustaba, así como su desvergonzada masculinidad, más patente ahora que estaba a la puerta del camarote absolutamente desnudo, salvo por una toallita atada alrededor de las estrechas caderas. La piel atezada de intenso color bronce oscuro, el pecho ancho y con músculos bien desarrollados ostentando una maraña de fino vello oscuro, las piernas largas y nervudas y el resto de su cuerpo, representaban en ese momento para Nicole la viva imagen de una lustrosa pantera salvaje de pelaje leonado, mirándola con sorna con sus ojos dorados por entre espesas pestañas negras. Era evidente que acababa de regresar de un baño en el mar, pues a su paso había dejado un reguero de gotas de agua salada sobre el piso de madera de la cubierta. Haciendo caso omiso de los dos ocupantes del camarote, desató la toallita y se la quitó. Nicole desvió la mirada de la figura alta de hombros anchos completamente desnuda que se dirigía, imperturbable, a sus aposentos privados.

El movimiento instintivo de Nicole no pasó inadvertido para Higgins, quien la miró con expresión intrigada. Nicole le sonrió débilmente y después de un minuto, extrañándose todavía por la timidez del supuesto muchacho, Higgins se encogió de hombros y volvió a estudiar el mapa. Pero antes de que ella pudiera escapar de la turbadora presencia del capitán, su voz la detuvo:

- Nick, ¿dónde diablos has puesto esos pantalones negros que compré en Boston en el último viaje?

Con un suspiro de resignación, sabiendo que sus horas de libertad habían terminado, Nicole, reticente, entró en los aposentos privados de Sable.

Desnudo aún, estaba de espaldas a ella ante una cómoda de roble con un cajón abierto mientras revolvía y buscaba entre las ropas. Y por un momento Nicole quedó cautivada por la belleza sin igual de ese cuerpo viril, duro y bronceado por el sol. Era alto, unos centímetros más de metro ochenta, un Apolo perfectamente proporcionado desde la coronilla hasta las plantas de los aristocráticos pies. Nicole deseó ferviente mente poder ver su desnudez, su belleza casi pagana, con la misma indiferencia con que veía a cualquier otro miembro de la tripulación. Pero no podía. Sable la desasosegaba, haciendo que se agitara en ella su femineidad aletargada, y últimamente esos inoportunos sentimientos habían arreciado hasta el punto de volver sus movimientos torpes y vacilantes.

Esta vez no fue diferente, y cuando Sable volvió la cabeza y le echó una mirada impaciente por encima del hombro, ella cruzó la habitación y tropezó con un escabel de madera. La rápida reacción de Sable, que dio un salto y la sostuvo tomándola por los hombros, la salvó de caer de bruces al suelo delante de él.

- Espera, jovencito. Que yo tenga prisa no significa que espere que caigas a mis pies -le dijo con una sonrisa, y los dientes contrastaron con la negrura de la barba recortada.

Una vez más la asaltó esa extraña sensación de quedar sin aliento, y fue tan consciente de la proximidad de ese cuerpo desnudo, caliente y con el perfume salobre del mar, que por un momento aterrador creyó que se derretiría en sus brazos y ofrecería la boca a la inflexible crueldad experimentada de sus labios. Mas, ahogando un jadeo, se recobró con celeridad mientras una voz interior vociferaba: ¡recuerda que cree que eres un muchacho!

Se apartó de sus brazos con brusquedad y musitó:

- Esos pantalones están aquí en el baúl, exactamente donde me ordenó que los pusiera.

- Es verdad - respondió con estudiada indiferencia, pero se marcaron arrugas de desconcierto entre sus negras cejas al aceptar de ella la prenda en cuestión -. ¿Pasa algo malo, Nick? -le preguntó inesperadamente.

Nicole masculló:

- No. Me está resultando difícil acostumbrarme al balanceo del barco en este viaje. - Soltó un suspiro de alivio cuando finalmente él le dio permiso para irse después de echarle una mirada penetrante e inquisitiva con los ojos entornados.

No habría estado tan aliviada si hubiese sabido que esa mirada la seguía, profundizándose más las arrugas de desconcierto que tenía entre las cejas, al ver que se escabullía del camarote. Sable se preguntó qué demonios le ocurriría al muchacho. Nick había estado tan nervioso y asustadizo como un pez en el arpón últimamente y estaba decidido a averiguar el motivo. Pensándolo mejor, consideró que sería preferible preguntárselo a Higgins; éste parecía saber todo lo que pasaba en el barco. Y reme morando todos los años que él y Higgins habían pasado juntos, sonrió.

Se hicieron compañeros desde que el hombre mayor había tomado bajo su protección a un jovencito perplejo y confundido que fue arrojado a los brazos nada cariñosos de la Armada Real. Aquellos primeros meses resultaron un infierno hasta con la intervención protectora de Higgins. Su espalda llevaba las marcas de los resultados de aquellas veces en que Higgins, un felón condenado por falsificador, no había podido impedirle a su joven amigo, demasiado impetuoso, que cometiera locuras y sufriera los correspondientes castigos. Evocando aquellos años, Sable pensaba a menudo que se habría vuelto loco si

no hubiese sido por Higgins y sus consejos serenos y moderados. Pero hasta Higgins, cansado de aquel sistema brutal, cuando Sable juró que se fugaría del barco, lo acompañó, invirtiéndose súbitamente los papeles, pues era Sable quien dirigía ahora y Higgins quien lo seguía. Existían pocos hombres, y por el momento ninguna mujer, en quienes Sable pudiera confiar alguna vez, pero Higgins era uno de ellos; el otro habría asombrado a la gente de haberse sabido: era un negro ex esclavo llamado Sanderson.

También éste había conocido la adversidad antes de que Sable y Higgins se toparan con él poco después de haber desertado. Estaba en la tarima de subastas de esclavos en Nueva Orleans, y se decía que lo iban a vender por haberse insolentado con su amo. Fue sólo por casualidad que los dos se encontraran en la plaza aquella calurosa mañana soleada, pero el ver aquel cuerpo vigoroso cargado de cadenas que llevaba con orgullo, afectó profundamente a Sable cuando recordó los grilletes que él mismo había sufrido hacía poco. Reuniendo sus recursos hicieron una oferta por el hombre y muy pronto se encontraron cerca de la indigencia y dueños de un esclavo conocido por su carácter indeseable.

Un extraño trío había salido de la subasta de esclavos: un hombre cito semejante a un gnomo, un joven alto y de hombros anchos y un negro esbelto y hosco. Sus pasos los llevaron a la herrería de los hermanos Lafitte, y una vez allí, con una mueca de disgusto ante los pesados grilletes de hierro alrededor de los tobillos del hombre, Sable exigió que se los serrasen. Concluida la tarea, aplastó rudamente los documentos de la compra y la última moneda de oro que le quedaba contra la mano del sorprendido negro, dándole la libertad. En ese mismo instante había ganado un esclavo para toda la vida.

Con una sonrisa indolente en los labios, Sable desechó esos recuerdos del pasado y se dirigió a la oficina del barco. Higgins todavía se hallaba allí. Con la escena de Nick aún fresca en su mente, Sable preguntó:

- Higgins, ¿has notado algo extraño en el comportamiento de Nick últimamente? El muchacho me considera un monstruo y no puedo explicarme por qué.

Higgins vaciló por un momento antes de responder, recordando por un instante la timidez tan peculiar que parecía atacar al muchacho cada vez que el capitán, vestido o desnudo, se acercaba a él. Finalmente, dijo:

-No puedo decir que haya notado nada, creo que el chico está creciendo y quizás está un poco resentido por ser nada más que tu criado. Tal vez Nick sea ambicioso.

Sable soltó una risotada.

- Lo dudo. A veces se comporta conmigo con el mayor descaro y otras trata de

confundirse con la mampara para pasar inadvertido. Pero quizá tengas razón. Tendré que meditar sobre su futuro.

Nicole se habría horrorizado ante la idea de que el capitán planeara su futuro, pero por suerte no se enteró de la conversación que habían mantenido los dos hombres ni de las opiniones vertidas por ambos. Por consiguiente, continuó dedicándose a sus tareas habituales como si nada hubiese cambiado, aunque era consciente de que Sable parecía observarla con mayor atención y una vez más la inquietó la idea de que hubiese descubierto su engaño. Por la noche, mientras yacía en su hamaca, el capitán invadía su mente. Enojada, lo maldecía. Hasta cuando no estaba cerca tenía el poder de acosarla.

Algunos días después, esos pensamientos volvieron a asaltarla mientras estaba tendida sobre la arena caliente de otra pequeña cala. Estaba sola y se había recobrado en parte del terror que había paralizado su corazón la primera vez que entrara en el mar después del ataque del tiburón. El pánico abyecto había desaparecido, pues creía que había sido un capricho de la suerte y que no era probable que sucediera otra vez. Pero evitaba la laguna donde había ocurrido el incidente y jamás nadaba demasiado lejos de la costa; algo de lo que se burlaría el capitán si lo supiera, considerándola una cobarde. Suspirando, movió el cuerpo desnudo sobre la arena cambiando de posición, deseando que sus pensamientos no girasen siempre en torno al exasperante y autoritario capitán Sable.

Hasta hacía poco no había meditado mucho sobre la relación que le unía al capitán. Él sólo estaba allí, en segundo plano. Reflexionando sobre el tema, reconoció en silencio que lo había admirado enormemente durante los primeros años a bordo de *La Belle Garce*; él era esa criatura divina que había convertido en realidad sus fantasías más alocadas, quien la escamoteó de los Markham y llenó su vida de excitación. No había sido hasta la guerra con Inglaterra cuando empezó a cuestionarse sus sentimientos.

Era curioso, pensó de repente, que en los cinco años que habían estado juntos, nunca hubiese mostrado curiosidad por saber algo respecto de su joven secretario y mozo de a bordo al mismo tiempo. Nunca demostró interés alguno por saber qué la había impulsado a ir al mar, o si dejó atrás familia que pudiera estar preocupada por ella. Suponía que en parte se debía a que nadie preguntaba los motivos o los antecedentes de los individuos de mirada dura y gestos hoscos que navegaban en barcos corsarios y piratas y que él, simplemente, había extendido esa misma falta de interés a su caso. Existía una regla tácita por la cual nadie, ni siquiera el capitán, podía fisgar en las razones de un hombre para desear el anonimato de la vida en el mar. Sable jamás le había prestado demasiada atención más allá de asegurarse de que hiciera lo ordenado. Nunca fue innecesariamente

cruel, aunque sí fue un supervisor exigente y riguroso. Nicole jamás cuestionaba su relación con él a bordo del barco, ni la manera en que dirigía *La Belle Garce*, y descubrió que había mucho en él digno de admiración. Pero eso era antes, caviló sombríamente, antes de que exhibiera su absoluta sangre fría y pavorosa insensibilidad.

Sucedió hacía tres meses. Un miembro de la tripulación, un jovencito de no más de dieciocho años, había subido clandestinamente a bordo a una mujer al salir de un puerto de Francia rumbo a Nueva Orleans. Se trataba de una ramera, una de tantas que ejercían su oficio en la zona portuaria, y Nicole muchas veces se había preguntado cómo Tom, ese mozalbete, podía haberse enamorado de aquella criatura de facciones desagradables e innobles y ojos de mirada astuta y furtiva. Pero lo estaba y peor aún, se había dejado convencer por ella de que sin él su vida no tenía sentido. Se dejó cegar tanto por el amor y por aquella mujer, que lo manipuló hábilmente para que violase una de las reglas cardinales del barco: ninguna mujer a bordo cuando se estaba en alta mar. Hacía dos días que habían zarpado de Francia cuando se descubrió la ramera y Nicole se estremeció al recordar la ira sorda que demostró Sable cuando Tom y la mujer fueron llevados a su presencia. Se encargó de Tom rápidamente; treinta azotes delante de la tripulación y pasar el resto del viaje en el calabozo.

Nicole contempló el castigo sin estremecerse siquiera, pero la espalda del muchacho había quedado hecha una masa de carne desgarrada y sangrante cuando todo terminó. El castigo era cruel, pero Tom conocía los riesgos y Nicole comprendía, aunque le disgustase, que se necesitaba una mano de hierro para hacer cumplir las leyes por las que se regían las vidas de los corsarios. Podría haber estado en desacuerdo con el castigo impuesto por Sable, pero no le guardaba rencor por ello. No, lo que la asqueaba era el castigo que le había impuesto a la mujer.

Concluidos los azotes, la mirada fría de Sable cayó sobre la mujer. La miró fijamente durante mucho tiempo como si estuviera indeciso acerca de lo que quería hacer con ella. Entonces entornó los ojos; la mujer interpretó mal el interés que él le mostraba y le lanzó una tímida mirada de invitación. Observándola con rostro inexpresivo, dijo:

- ¡Llevadla abajo y dejad que la tripulación disfrute de una ramera!

Los ojos de la mujer se dilataron de horror, gritó y suplicó cuando un grupo de marineros, sonriendo socarronamente, la forzaron a descender a la bodega. Entonces, sabiendo lo que le aguardaba a la mujer, Nicole sintió verdaderas náuseas.

El corazón de Nicole había sufrido profundamente por el calvario de la prostituta. Ninguna mujer, pensó con furia, ni siquiera una vil ramera, merecía semejante castigo,

atender incesantemente a las exigencias de toda la tripulación de *La Belle Garce.*

Evocando el incidente con viveza y detalle, se agitó, inquieta y triste, en la playa. Todavía la angustiaba y se le formaba un nudo en la boca del estómago. Los hombres eran unos verdaderos salvajes, pensó con desdén. Después, un esbozo de sonrisa le curvó la boca grande y generosa; no, no todos los hombres, Allen no era así.

Pensando en Allen sonrió complacida. El querido, querido Allen. Fue precisamente él quien había sugerido a Sable que no era conveniente que Nick estuviese expuesto a todo lo que ocurría en los aposentos del capitán. Sable había mirado a Allen con frialdad, y luego esos ojos dorados y bordeados de espesas pestañas negras cayeron sobre el joven rostro de Nick. Y sin duda, recordando las veces que invitara a damas bastante ligeras de cascos a pasar la noche en su camarote mientras Nick supuestamente dormía en un rincón, la boca de Sable se torció en una sonrisa indolente y maliciosa y ordenó a Allen que encontrara algún sitio cercano donde acomodar al chico. Poco después, Nicole pasó a ser la orgullosa poseedora de una alacena junto a la puerta que conducía a los aposentos del capitán.

En realidad había sido una alacena, pero Allen ordenó al carpintero del barco que realizara algunas modificaciones sin importancia. Y así Nicole tuvo un cuarto diminuto apenas del tamaño suficiente como para colgar su hamaca y colocar el pequeño cofre forrado de cuero donde guardaba sus escasas pertenencias. Al pasar los meses agradecía frecuentemente a Sable que hubiera seguido la sugerencia de Allen.

El sol quemaba demasiado para seguir inmóvil por más tiempo, por lo que Nicole se levantó y caminó lentamente hasta la orilla del mar. El último vestigio de temor al ataque de algún tiburón desapareció y se internó en el agua transparente hasta que le llegó a la cintura; luego nadó cierto trecho hacia mar abierto, atraída por su azul intenso. Buceó hasta que se sintió algo cansada, luego se impulsó con indolencia hacia la costa. Creyendo que nadie la observaba, actuaba con tanta naturalidad y falta de inhibición como sólo los jóvenes pueden hacerlo, y risueña, se puso de pie y alzó el rostro para recibir la caricia del sol, mientras alrededor de sus esbeltas caderas se arremolinaban las aguas verde-azuladas como un magnífico manto de raso centelleante. Pero Nicole no estaba sola.

El hombre, que permanecía con el rostro transfigurado por el espectáculo que se presentaba a sus ojos, se hallaba oculto entre la maleza exuberante de la selva tropical, y petrificado en su sitio, no hizo ningún ruido. Al principio, asombrado y aturdido, sólo podía mirar con fijeza a la joven alta y esbelta que reía en el agua con el oscuro cabello rojizo cayendo alrededor de sus hombros como un manto de fuego.

Nicole se había convertido en una joven alta y elegante, pero no desgarbada. Era de huesos menudos y figura exquisita con hermosos hombros redondeados y pechos erguidos, no voluptuosos, pero aun así muy femeninos. Observando su cintura estrecha, su talle cimbreante y las caderas delicadamente redondeadas, el observador se preguntó cómo alguien podía haber ignorado cuál era su sexo. Y cuando ella avanzó por el agua hacia la playa de arenas blancas, con las piernas largas y flexibles brillando como oro mojado al sol, contuvo la respiración ante la belleza de aquella mujer de miembros largos y figura escultural. La suave piel dorada era inmaculada y la boca de labios carnosos desató en él un deseo imperioso de apresarla entre sus brazos y probar la dulzura de sus besos. Empezó a avanzar cuando un ruido a su izquierda detuvo sus pasos. Instantáneamente reconoció al hombre que se acercaba por la playa.

- ¡Maldita sea, Nick! ¿Cuántas veces tengo que advertírtelo? ¡Cualquiera podría venir y descubrirte!

Sorprendida, Nicole alzó la cabeza, temerosa, pero al ver quién era, sonrió.

- Allen, te inquietas demasiado. El barco está al otro lado de la isla y los hombres nunca dejan el pueblo... están demasiado ocupados bebiendo ron y saciándose con rameras. ¿Por qué demonios habían de venir tan lejos?

- ¡Ésa no es la cuestión! Alguien podría hacerlo y entonces sí que estaríamos en un lío. Te he dicho una y otra vez que si deseas nadar me lo hagas saber, así, al menos, puedo vigilar que nadie se acerque.

Haciendo una mueca y completamente despreocupada por su desnudez, Nicole gruñó:

- Creo que te preocupas más de la cuenta.

Allen meneó la cabeza, disgustado.

- No creo que te des cuenta del riesgo que estás corriendo. ¡Ponte algo de ropa encima!

De buen humor, Nicole se enfundó en sus largos pantalones de algodón, y sin ceñirse los senos como hacía normalmente, deslizó sobre su cuerpo la tosca camisa de algodón blanco.

- Ya está, ¿satisfecho? -dijo. Una sonrisa cruzó por el rostro tostado de Allen y sus ojos azules chispearon.

- Sí, estoy satisfecho, ¡pero creo que soy lo bastante hombre como para preferir verte como estabas! ¡Ahora ven aquí y deja que te arregle esa melena enmarañada!

Obediente, Nicole avanzó hasta detenerse delante de él. Allen se sentó sobre una de las piedras redondeadas de la cala y, haciéndola arrodillarse en la arena delante de él, procedió a desenmarañarle el pesado cabello rojizo. Luego lo echó hacia atrás sin ningún

miramiento y lo ató en una larga coleta trenzada que caía por su espalda. Cuando terminó, se puso de pie y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Al mirarse en sus grandes ojos topacio, oscurecidos por las espesas pestañas negras y el tono dorado de su cutis, se preguntó, inquieto, cuánto tiempo más podría durar esa mascarada. La boca de Nicole era demasiado sensual para ser masculina; su nariz, con esa pureza de línea ligeramente quebrada en la punta, era también demasiado femenina.

El hecho de que ella se hubiera quitado tres años de edad desde el principio la había ayudado mucho: en principio un joven delicado de quince años podía parecerse a Nicole. Le sonrió, pero no pudo por menos que preguntarle:

- ¿Cuánto tiempo más puedes continuar llevando este disfraz, Nicole? Tarde o temprano tendrás que terminar con esta parodia. No pensarás convertirte en un marinero de gran experiencia, ¿verdad?

Nicole encorvó la espalda y se alejó de la mirada inquisitiva de Allen. Con la vista en la lejanía, entornando los ojos contra el reflejo del sol en el agua, dijo muy despacio:

-Si hiciera lo que me dices y regresara a Inglaterra, no habría conseguido nada más que un respiro de cinco años. Todavía soy menor de edad, mujer, y los Markham aún tienen control sobre mi persona y mi dinero. Sólo tengo dos alternativas... esperar hasta alcanzar la mayoría de edad o casarme. -Girando sobre sus talones, preguntó en broma-: ¿Te casarías conmigo, Allen?

Mudo por la sorpresa, Allen la miró turbado y la risa de Nicole burbujeó al ver su expresión.

-Como ves, no tengo más remedio que esperar la mayoría de edad.

Al darse cuenta de que su silencio no era muy cortés ni halagador para ella, Allen intentó darle una explicación y empezó a tartamudear bajo la mirada fija y risueña de Nicole. Su autodominio a veces lo alarmaba. Esa jovencita carecía de pudor virginal y pensaba con tanta claridad y sagacidad como un hombre, tanto era así que algunas veces Allen se preguntaba si se daba cuenta de que era mujer. No estaba enamorado de ella, pero la quería entrañablemente como a un hermano menor, y de vez en cuando hasta él se veía en apuros para recordar que era una mujer. Pero otras veces, como ahora, era bien consciente de que era una mujer joven de linaje con una familia en Inglaterra que se estaría preguntando qué habría sido de ella.

Nicole carecía de gazmoñería y engreimiento. Era una muchacha franca sin nada de mojigatería. Nada de desmayos ni de rubores virginales. Allen se sonrió sin poder evitarlo al imaginar el efecto que causaría en el decoroso Londres la primera vez que abriera su boca

bonita y sensual y soltara una de las blasfemias más coloridas y pintorescas aprendidas durante su larga asociación con una tripulación de rudos y groseros hombres de mar. Pasando el brazo alrededor de sus hombros en un gesto lleno de afecto fraternal, la guió hacia el sendero que cruzaba la selva.

-Sabes una cosa, señorita, si creyera que iba a funcionar, me casaría contigo. Pero mucho me temo que me harías bailar una danza tan movida que iría a la tumba mucho antes de lo que lo tengo planeado.

-Ojalá quisieras casarte conmigo, Allen -dijo Nicole lentamente -. ¿Estás seguro de que no te avendrías a hacerlo? Después de todo, nos llevamos maravillosamente bien y sé que podrías expulsar a los Markham.

Allen simplemente meneó la cabeza al oír el tono persuasivo de su voz.

- Nicole, Nicole, ¡qué chica tan rara eres! ¿No sueñas con enamorarte algún día?

La sorpresa detuvo sus pasos y lo miró con perplejidad.

- ¡Pero yo te amo! ¡Te amo más que a nadie en el mundo! - protestó.

Allen respondió amablemente:

- Ésa es la clase equivocada de amor, Nicole. Algún día descubrirás lo que quiero decir y entonces me comprenderás cuando digo que lo que sientes por mí no es suficiente.

Ceñuda, lo miró largamente con ojos dubitativos, Allen le pellizcó la punta de la nariz.

-No te preocupes -le aconsejó-. Olvídalo. Ya sabrás muy pronto lo que quiero decir, en cuanto te consiga las ropas apropiadas.

Proclive a argumentar, Nicole abrió la boca para profundizar en el tema, pero Allen le dio un empujón y ella avanzó a desgana por el sendero.

Para mitigar su malhumor, Allen se echó a reír.

- Vamos, joven Nick, tengo una sorpresa para ti... espero que te guste.

Lentamente desaparecieron en medio de la maleza y fuera del alcance del observador furtivo. Unos minutos más tarde, el hombre salió de su escondite y emprendió el camino por la selva. Aunque no había podido oír la conversación de las dos figuras de la playa, vio claramente el aire de intimidad que existía entre ellos. Había una sonrisa desagradable en aquellos rasgos y labios bien marcados al pensar sombríamente que el joven Nick no sería el único que recibiría una sorpresa.

CAPITULO VI

Allen y Nicole, ignorando por completo que alguien los había estado observando, continuaron por la angosta senda de tierra entre el exuberante follaje tropical hasta llegar a un área donde la selva cedía paso a la toma de posesión de los humanos, A fuerza de tesón y golpes de machete habían hecho retroceder la selva para hacer lugar a las plantaciones de caña de azúcar, A lo lejos podía verse aquí y allá el destello blanco de una casa o de algún edificio contra el telón de fondo de un cielo azul brillante y una profusión de matices de verde, Bordeando la plantación que empezaba al final del sendero por donde habían venido, llegaron por fin a su destino: una casita encalada de una sola planta,

La casa pertenecía al capataz de la plantación, un escocés, un tal Jan MacAlister, a quien Allen había conocido casi al mismo tiempo que Sable descubriera los encantos nada despreciables de Louise Huntleigh, la única hija del dueño de la plantación, y mientras Sable cortejaba con cierta indolencia a Louise, nació una estrecha amistad entre Allen y MacAlister, Así pues, cada vez que *La Belle Garce* hacía escala en las Bermudas y Allen estaba libre de sus tareas a bordo, pasaba casi todo el tiempo con MacAlister, acompañado la mayoría de las veces por Nicole,

El sagaz escocés no necesitó muchas visitas para descubrir el secreto que Allen y Nicole trataban de ocultar, Pero aparte de mascullar que ambos eran unos necios por continuar con semejante mascarada, MacAlister hizo la vista gorda, Si aquella bonita muchacha quería pasar por muchacho, allá ella.

Jan estaba dispuesto a hacer la vista gorda, pero Marthe, su mujer, una mulata clara, menuda y graciosa, que además era la doncella de Louise, no pensaba lo mismo. La situación en sí era un verdadero ultraje a su sentido del decoro, pero una sola mirada y una orden severa de su amado Jan acallaron las palabras de censura en sus labios. Mas, a pesar de su desaprobación manifiesta, Marthe tenía un corazón tierno y admiraba secretamente el descaro de Nicole. Cuando Allen la abordó para pedirle ayuda, estuvo más que dispuesta a secundarlo en sus planes.

En cuanto entraron en la casa, Nicole miró en derredor del cuarto con curiosidad buscando algún indicio de la sorpresa que le prometiera Allen. Pero la vivienda de pulida madera oscura y paredes blancas estaba exactamente igual que siempre.

Marthe, levantándose del sillón de alto respaldo de caña, y luciendo un fresco vestido blanco, sonrió a Nicole. Jan, con su sempiterna pipa apretada entre los dientes y un brillo especial en los claros ojos azules, se rió.

- Vaya, vaya, muchacha, entre estos dos van a dejarte boquiabierta con todos esos trapos y adornos que ha estado reuniendo Marthe.

Nicole miró con suspicacia a su esposa y a Allen, pero Marthe protestó con su suave voz melodiosa:

- ¡Cállate tú! Señorita Nicole, venga conmigo y no le preste ninguna atención.

Casi como un animal que huele el peligro, Nicole echó una mirada llena de cautela en derredor del cuarto. Allen sonrió ante la evidente inquietud de la joven y le dio una palmadita en la espalda.

- Ve con Marthe. No te hará ningún daño.

Ésta, impaciente por empezar la transformación, le agarró de la mano y la condujo a una pequeña alcoba. Cerrando la puerta delante de las caras sonrientes de los dos hombres, giró y examinó a su pupila.

Nicole, rígida como una estatua en el centro de la habitación, miró la tina de bronce llena de agua perfumada como si fuera un escorpión. Un vestido de muselina amarillo oro estaba extendido sobre la cama, y con consternación creciente su mirada cayó sobre los cepillos y peines y los extraños potes de contenido desconocido que atestaban el tocador. Tragando saliva, retrocedió un paso, pero Marthe, con un brillo de determinación en sus ojos negros, le dijo:

- Vamos, no es para tanto, señorita Nicole. ¿No le gustaría ver lo que puede hacer Marthe? Es sólo para divertimos un rato. Además, ¿no le agradaría tomar un buen baño caliente de agua de lluvia en lugar de esa horrible agua de mar?

Cautelosamente, Nicole se acercó a la tina y hundió la mano en el agua. Desde luego era más suave al tacto, y estaba deliciosamente templada. Como sabía que pasaría por desagradecida si desdeñaba aquello que Marthe y Allen consideraban una agradable sorpresa, se rindió con resignación. Sin mucho entusiasmo dejó que Marthe la acomodara en la tina y luego se sometió a los servicios de la mujer. Asombrada, encontró el baño de su agrado y disfrutó más de lo que había imaginado. Además, era lo bastante femenina para decidir que también a ella le gustaba el jabón perfumado a la lavanda que Marthe usaba con tanta eficiencia. No le gustó que le lavara el cabello y protestó con vehemencia hasta que Marthe le vertió un cubo de agua helada sobre la cabeza. Después de eso permaneció sentada, furiosa y chorreando agua mientras Marthe pasaba por alto las amenazas que

susurraba Nicole y continuó con su tarea como si su pupila fuese una verdadera señorita acostumbrada a los servicios de una doncella en lugar de una salvaje malhumorada. Pero una vez que el baño y el consiguiente lavado de cabello quedaron atrás, la joven, envuelta en una inmensa toalla blanca y sentada en una cómoda silla, se encontró tan relajada que casi cayó dormida mientras Marthe le secaba los largos bucles rojizos. Hábilmente le recogió la brillante cabellera sobre la coronilla en largos bucles. Después de empolvarle generosamente todo el cuerpo, Marthe la instó a ponerse una camisa de seda delgadísima antes de deslizarle el vestido de muselina amarillo oro por la cabeza. Era una prenda a la última moda, pero por supuesto, Nicole no lo sabía, ni que había sido incluido, accidentalmente, en un pedido que había hecho Louise unos meses atrás. Cuando se descubrió que el vestido era demasiado grande para la diminuta Louise, Marthe, recordando el plan apenas esbozado de Allen, le rogó a su señora que se lo regalara. Luego, lo había alterado ligeramente y de memoria para que se adaptara al cuerpo alto y esbelto de Nicole, y ahora el atuendo le sentaba como si hubiese sido hecho a medida.

Algo desconcertada, Nicole se miró largamente al espejo, incapaz de creer que esa criatura que la contemplaba desde el cristal pudiera ser ella. El corpiño tenía un escote profundo que dejaba los hombros al aire y cubría apenas sus jóvenes pechos erguidos. Debajo del busto había una cinta de raso color verde musgo que se ataba en un lazo, mientras que el resto del vestido caía en suaves pliegues hasta los pies descalzos. Desgraciada- mente, Marthe no había podido conseguir zapatos del tamaño de los pies delgados y largos de Nicole. Pero la joven le restó toda importancia a la falta de calzado adecuado. Agitadamente, como la criatura turbulenta que era, irrumpió en la habitación donde Jan y Allen estaban sentados charlando sobre los últimos acontecimientos de la guerra del señor Madison.

Los dos hombres levantaron la vista al unísono y sus semblantes fueron un tributo a la destreza de Marthe. Ni siquiera en sus fantasías más alocadas había esperado Allen que Nicole fuera tan hermosa y la contempló con la boca abierta como si fuera la primera vez que la veía. Era una jovencita adorable, pensó asombrado mientras su mirada se deleitaba en los brillantes bucles de fuego para luego descender por la frente ancha, las cejas negras y las pestañas espesas y largas. Marthe le había oscurecido levemente las cejas y las pestañas y le había aplicado una capa muy fina de polvo de arroz antes de pintarle la boca. Allen aplaudió en silencio la habilidad de aquella mujer. Pero no había nada de artificial en la luminosidad de los ojos topacio y mientras Nicole danzaba por el cuarto con la falda del vestido revoloteando alrededor de sus piernas, gritó:

- ¡Miradme! ¿No estoy espléndida? ¿Me creéis bonita? - Bajando los ojos, preguntó maliciosamente -: Dime, Allen, ¿soy tan bonita como las mujeres de madame María que Sable y tú visitáis?

Como la casa de madame María era un famoso burdel de Nueva Orleans, Allen evitó el rostro colérico de Marthe. Aclarándose la voz, incómodo, la reprendió:

-Nick, Nick, no has de compararte con ellas... ¡Y las señoritas no hablan de esas cosas!

- Pero yo no soy una señorita y no conozco otras mujeres - confesó con un candor que los paralizó, para luego añadir con picardía -: Salvo a Marthe.

Allen no sabía si echarse a reír por aquella afirmación tan ingenua o ceder al deseo imperioso de tirarle de las orejas. Juzgando que la risa era el curso más seguro para seguir, dijo:

- ¡Bien, tenemos la esperanza de poder remediar ese grave fallo de tu educación!

Al ver la expresión rebelde en el rostro de la joven, Allen levantó una mano en señal de advertencia y ordenó:

-Ahora escúchame hasta el final, Nick, y presta atención a lo que voy a decir.

La respuesta que recibió fue un bufido impropio de una dama, pero para sorpresa de todos, sin discutir la orden, Nicole se desplomó en un sofá cercano y masculló:

- Dejadme en paz, no me molestéis. ¡Soy dichosa como soy y lo que hago no es de vuestra incumbencia!

Pasando por alto sus palabras de enojo, Allen se sentó frente a ella y tomándole una mano, le habló en tono de ruego:

- Ahora escúchame. Lo que me propongo hacer no te hará daño... de hecho, te ayudará. Tienes que aprender a ser una chica y una dama tarde o temprano. Marthe y yo nos proponemos hacerte recordar cómo debe actuar una señorita. Si alguna vez regresas al lugar que te corresponde en la sociedad, no puedes hacerlo usando ropa de hombre y blasfemando como un marinero. Piensa en lo que estoy diciendo -concluyó en tono severo.

Nicole apretó los labios y apartó la mano con brusquedad. Le habría gustado salir del cuarto como una tromba y arrancarse el vestido a jirones, pero el sentido común le aconsejó quedarse sentada. La verdad de sus palabras era obvia. Nicole no había considerado su retorno a la herencia familiar. Era algo que ocurriría en un futuro nebuloso y remoto. Tan sólo albergaba la esperanza de regresar algún día, expulsar de allí a los Markham y luego vivir feliz por siempre jamás. Indecisa, se mordió el labio y reconoció para sí que lo que decía Allen tenía sentido. En este preciso momento ni siquiera estaba segura de querer regresar a Inglaterra. A regañadientes, preguntó:

- ¿Qué es exactamente lo que queréis hacer?

Allen se sonrió ante su aparente desgana. Era tan niña... no, ya no era una niña, ni siquiera la vista de sus pies descalzos asomando por debajo del elegante vestido podía disimular el hecho de que era una jovencita muy hermosa. Pero también era una pequeña descarada y la tarea no sería fácil ni sencilla. Albergaba la esperanza de poder manipularla con habilidad hasta conseguir que sintiera el deseo de ocupar su lugar en sociedad como la joven de alcurnia que era. Cautelosamente, tanteando el terreno, contestó la pregunta:

- Marthe y yo hemos decidido que podría gustarte que te trataran como a una jovencita. Pensábamos que si estuvieras de acuerdo, siempre que La *Belle Garce* toque puerto aquí, ella actuaría como tu doncella y Jan y yo, con la ayuda de Marthe, te instruiríamos sobre los modales de una verdadera dama. Será una experiencia diferente para ti. Estoy seguro de que disfrutarás. Desde luego no tienes nada que perder.

Nicole lo observó con el ceño fruncido. No podía hallar ningún defecto en el razonamiento de Allen, pero aun así recelaba de ese plan. ¿De qué le valdría aprender a ser una dama si carecía de planes inmediatos para poner en práctica esos conocimientos? Echó una ojeada a Marthe y Jan, luego a Allen. Los tres rostros sólo mostraban un interés lleno de afecto. De mala gana resolvió que si era tan importante para ellos, ¿por qué no hacerlo?

Y durante aquella velada descubrió que, efectivamente, se divertía y disfrutaba más de lo que había podido imaginar. Allen estaba encantador mientras le hacía cumplidos provocativos que le arrebolaban las mejillas y acentuaban el brillo de sus ojos topacio. Jan y Marthe lo acompañaban tratándola como si fuera una visita. Lo único que no le agradaba era cuando los tres al unísono le corregían la lengua ingobernable o le hacían notar que las señoritas no se desploman sobre las sillas, ni tragan y farfullan cuando beben champán.

Allen se burlaba de la fascinación que el espejo ejercía sobre ella. Pero no podía remediarlo. Estaba hipnotizada por su propia imagen reflejada en él; sin embargo, no era vanidad lo que atraía sus ojos al espejo una y otra vez, ¡era asombro! Tenía que seguir mirando para tranquilizarse y convencerse de que la jovencita del espejo era ella misma.

Allen estaba entusiasmado con los resultados de aquella velada, pero no le reveló lo que pensaba cuando ambos emprendieron el camino de regreso al barco. Aún le quedaba mucho que aprender antes de que él deseara verla en Almack's, pero esta noche había sido el primer paso para hacerle tomar conciencia de que existía otra manera de vivir. Por enésima vez deseó que ella hubiese aceptado quedarse con Jan y Marthe. A ellos les habría encantado y aunque un capataz y su amante mulata no eran la compañía ideal para

Nick, era muchísimo mejor que la que tenía en *La Belle Garce*, bajo la mirada perspicaz... lasciva, se corrigió rápidamente, de Sable.

Se habría entusiasmado mucho más si hubiese sabido que Nicole se quitó el vestido y observó a Marthe mientras le quitaba hasta el último vestigio de polvos y carmín con verdadera tristeza. No estaba preparada para admitir que deseaba conservar su atuendo de señorita, pero la había asaltado un deseo extraño y desconcertante de que ese exasperante capitán Sable la viera ataviada con el espléndido vestido de muselina amarillo oro y con el cabello recogido en lo alto de la cabeza. Ese pensamiento la alarmó y estaba inquieta al trepar a su hamaca en la pequeña alacena de *La Belle Garce*.

Lo sucedido esa tarde y esa noche había agitado viejos recuerdos y preceptos olvidados a medias. Nunca pensaba en su «otra» vida, la vida mimada de la señorita Nicole Ashford, pero esa noche se despertaron esas reminiscencias: recuerdos de su madre, tan hermosa y siempre sonriente, con la luz de las velas centelleando en su cabello rojo como las llamas del hogar y su vestido de satén arremolinándose alrededor de los pies cuando se apoyaba en el brazo que le ofrecía su esposo. Su padre, guapo y elegante, vestido de seda, con el encaje blanco de la camisa como espuma cerca de la garganta. Juntos descendían por la majestuosa escalera de roble para recibir a sus invitados mientras Giles y ella espiaban por entre los barrotes de la balaustrada superior; se abrían de par en par las puertas talladas del comedor y los niños vislumbraban la larga mesa de caoba oculta bajo un mantel de hilo blanco como la nieve, el cristal lanzando destellos a la luz de las velas y la plata brillando en el salón. ¡Cuánto tiempo había pasado desde aquellos días! Sin embargo, sus recuerdos eran tan claros y vívidos como si hubiera sido ayer.

Consciente de que pasaba demasiado tiempo pensando el Sable y en cosas que era mejor olvidar, Nicole intentó dormirse Fue inútil. Su mente estaba demasiado ocupada y por primer: vez la pequeñez del cuarto pareció asfixiarla. ¡Maldición! ¿Por qué tenía Allen que entrometerse en su vida? ¡Él era el único culpable de este desasosiego que la atormentaba! Si la dejara en paz ella sola resolvería sus problemas.

¿Qué iba a hacer ahora? No poseía mucho más que la ropa que llevaba puesta. Su parte de los cargamentos saqueados en estos cinco años había sido ínfima y, para peor, no había ahorrado nada, ni un penique. Simplemente se dejó llevar a deriva viviendo cada día como si fuese el último.

De pronto comprendió que regresar a Inglaterra no sería nada fácil, que tendría problemas y dificultades que nunca antes había imaginado siquiera. No podría presentarse a la puerta de su hogar así como así. Con toda seguridad tendría que probar su identidad y

sobrevivir de alguna manera hasta que se le reconocieran sus derechos. Para consternarla aún más se le ocurrió la idea de que nadie le creería y apretó los labios. Ella era Nicole Ashford e iba a recuperar su fortuna... pero, ¿cómo?

Se revolvió, inquieta, en la estrecha hamaca. ¡Maldito Allen! ¿Por qué no podía dejarla en paz? Así estaba feliz, se dijo con furia. ¿A quién le apetecía esos viejos vestidos ridículos yesos jabones perfumados? ¡A ella no! A ella le gustaban los baños de agua de mar, su gastada camisa y los pantalones de algodón. Pero, por otra parte, dejó escapar un suspiro al recordar la suavidad de la camisa de seda. ¡Qué suave la había sentido en contacto con su piel!

La preocupación de Allen de que Nicole pudiera olvidar a veces que era mujer era infundada. Recientemente, hacía uno o dos años aproximadamente, había empezado a ser cada vez más consciente de un desasosiego e inquietud que estaban directa- mente relacionados con su engaño. No lo hubiera reconocido por nada del mundo, pero sin darse cuenta había empezado a interesarse por la vestimenta y los modos de las pocas mujeres con quienes entraba en contacto; no precisamente las prostitutas con las que retozaban los marineros la primera noche que tocaban puerto tras semanas interminables en el mar, sino las damas un tanto refinadas que invitaba Sable a sus aposentos.

Era muy tarde y Nicole airadamente echó a un lado la manta que le cubría el cuerpo. No quería pensar más en todo eso. Estaba cansada y algo mareada por la cantidad desacostumbrada de vino que había bebido durante la velada. Reflexionó sobre lo sucedido, suspiró profundamente y una sonrisa de placer le curvó los labios. Adormilada ya, se preguntó si su transformación habría impresionado a Sable, pero al punto se irritó consigo misma por pensar en él de ese modo. ¿Qué le importaba lo que opinaba Sable... de nada? Sabía ya qué tipo de mujeres le gustaban, rubias melindrosas como la adorable Louise, no mozas descaradas, altas y de cabello castaño rojizo, que se sentían más cómodas en ropas de muchacho que en sedas y encajes.

CAPÍTULO VII

Nicole dirigía miradas coléricas en dirección a Sable. Era algo que hacía con frecuencia, pero desde que habían partido de las Bermudas, le daba la sensación de que él se estaba esforzando extraordinariamente en molestarla. La hacía trabajar todo el santo día, corriendo primero tras una cosa y luego otra. Cuando no la mandaba a hacer recados inútiles, la obligaba a copiar cuidadosamente con su hermosa letra cursiva un duplicado completo de la lista de cada cargamento que habían apresado durante el último año. Nicole no veía ninguna razón para esa tarea y sospechaba, enojada, que sólo quería tenerla encadenada a su mesa de trabajo. Pero lo que le irritaba de verdad era el cambio repentino en sus hábitos, que lo había convertido en el hombre más desordenado del mundo. Se deleitaba en desarreglar adrede todo lo que tenía a su alcance. Después, en lugar de dejarla sola para encargarse del aseo, se recostaba indolentemente contra el marco de la puerta y observaba con ojos críticos cómo ordenaba su cuarto retándola a que se quejara. Nicole se mordió el labio y pasó por alto el desafío que veía en sus ojos mientras terminaba de hacer la cama que había dejado completamente deshecha.

- ¿Esto es todo, señor? - preguntó ella estoicamente.

- Hmm, supongo que es todo por ahora.

Nicole, feliz de escapar de su presencia, que la turbaba más cada vez, dio unos Cuantos pasos hacia la puerta, pero él seguía parado en el umbral. Se paró en seco a corta distancia de él. No estaba segura de cuál era su estado de ánimo y además se sentía ligeramente inquieta. Había un brillo extraño en los ojos amarillo dorados de Sable, y no le gustaba la manera en que la estaba observando. Aquella mirada alimentó su inquietud, y odiándose por su nerviosismo, Nicole preguntó:

- ¿Puedo pasar, señor? ¿O hay algo más que desee?

Sable se enderezó lentamente llenando el hueco de la puerta con su cuerpo alto y fornido hasta que la cabeza morena casi rozó la viga de madera.

- ¿Qué edad tienes, Nick? - preguntó de pronto.

Sobresaltada y abriendo los ojos topacio, tartamudeó:

- Tengo... quince.

Una desagradable sonrisa distorsionó por un instante las facciones del capitán.

-Quince, hmm. ¿No opinas que ya eres demasiado mayor para ser grumete?

Tomada por sorpresa, Nicole lo observó con cautela mientras pasaba a su lado camino del escritorio donde se veía una colección de garrafas de licor. Después de servirse una generosa ración de oscuro ron de Jamaica, giró, se sentó a medias sobre el borde del escritorio con una larga pierna balanceándose sin tocar el suelo y volvió a clavarle la mirada. Al mirarlo sintió por un momento un curioso temblor en la boca del estómago. Pensó que era una de las criaturas más viriles y vitales que había visto en su vida. Y ahora mismo, con la blanca camisa abierta casi hasta la cintura que dejaba ver un pecho musculoso cubierto de fino vello negro y rizado, las caderas estrechas y las largas piernas enfundadas en ceñidos pantalones negros, hizo que Nicole, más incómoda que nunca, le mirara como hombre, un hombre de irresistible atractivo para las mujeres. Ciertos recuerdos íntimos de él con otras mujeres en ese mismo cuarto se agolparon en su mente y un rubor incontrolable le tiñó las mejillas. Furiosa consigo misma, lo fulminó con la mirada y preguntó con agresividad:

-¿Me está diciendo que no requiere más de mis servicios... señor?

- ¿He dicho eso acaso? - preguntó arrastrando las palabras mientras esa sonrisa desagradable volvía a curvarle los labios. Tenso, añadió-: Si escucharas lo que yo digo, Nick, con tanta atención como escuchas todo lo que dice Allen, nuestra relación sería más llevadera. Pero aparte de eso, me he limitado a comentar que quince años es una edad un poco avanzada para las tareas que realizas. Probablemente debiera asignarte al carpintero del barco, o tal vez podrías estar interesado en adiestrarte como asistente de artillero. ¿Te gustaría eso?

Era por lo que había suspirado alguna vez, pero ahora estaba pasmada. No podría continuar con su engaño si estaba en contacto directo e íntimo con la tripulación. La primera vez que fuera incapaz de realizar una actividad que requiriera musculatura masculina su situación sería realmente crítica. Confiando en que el semblante no la hubiera delatado, levantó la barbilla y dijo con la mayor desfachatez:

- ¡Me gustaría más que nada! Especialmente ser aprendiz del maestro artillero.

La boca del capitán se torció en un rictus al oír las valientes palabras de la joven y su tono desafiante. Dejando el vaso sobre el escritorio con un ruido sordo, replicó con acidez.

-¡Bien, puedes olvidarlo! ¡Después de cinco años me he acostumbrado a tu insolente eficiencia!

Con una furia irracional por el susto que le había dado, olvidando otra vez el peligro de dejar que su lengua mordaz la gobernara, colocó las manos sobre las delgadas caderas y replicó:

-Usted sacó el tema. ¡Yo sólo estaba prosiguiendo con mi usual insolente eficiencia!

-Cuidado, Nick -dijo él en voz baja-. No me provoques o te trataré como mereces.

La amenaza subyacente en aquella voz la volvió a sus cabales y bajó los ojos. A continuación dijo inexpresivamente:

- Le pido excusas, señor. Si me disculpa, ¿puedo continuar con las listas de los cargamentos?

Los papeles en los que había estado trabajando todavía estaban desparramados sobre el escritorio y después de retirar una pesada silla de roble, se sentó muy tiesa y empezó a escribir. Le resultaba muy difícil concentrarse con Sable a tan corta distancia de ella. Su descarada masculinidad y la fuerza de su cuerpo la distraían demasiado, turbándola más de lo debido. Por el rabillo del ojo pudo ver una mano tostada por el sol jugando distraídamente con un cordel que estaba sobre el escritorio y deseó con vehemencia que se fuera de allí y la dejara sola. Sabía que la estaba observando, sabía que tenía la vista fija en su cabeza inclinada; podía sentirla y los músculos de su cuello se agarrota- ron. Peor aún, tuvo ganas de gritar de rabia cuando al tomar otra hoja de papel vio que le temblaba ligeramente la mano.

- Relájate, Nick. Ya sabes que no te morderé. - Era obvio que se estaba divirtiendo a costa de ella y a Nicole le rechinaron los dientes. Entonces, olvidando una vez más el papel que representaba y dominada por el fuego que brillaba en su pelo, le lanzó una mirada llena de veneno.

Él le devolvió una sonrisa falsa y un destello burlón en los ojos color ámbar.

-Joven Nick, se me ha ocurrido que a pesar de estos largos cinco años de estrecha asociación sabemos muy poco uno del otro. Ahora, ¿por qué supones que es?

Esforzándose por aparentar una calma que no sentía, respondió, tensa:

- Dudo que la mayor parte de los capitanes se interesen demasiado en sus grumetes. - Incapaz de dominar el impulso, añadió con sarcasmo-: Todo lo que tenemos en común es ropa sucia, potes de orina y camas deshechas... temas de conversación nada excitantes. No es necesario saber mucho de mí mientras realice mis tareas satisfactoriamente.

-Pero no lo haces -comentó él, sombrío-. Eres insolente y no simpatizas conmigo... un hecho que no te tomas demasiado trabajo en ocultar, podría agregar. Considerando que te traje al mar porque me lo suplicaste, tendría que pensar que te agrado hasta cierto punto. - Endureciendo la voz, la azuzó-: Pero no es así, ¿verdad, Nick?

- No creía que mis gustos y aversiones fueran tan importantes para usted - respondió con cautela -. Nunca antes hizo ningún comentario acerca de mi actitud y si mi... -vaciló un

momento-, aversión fuera tan aparente como usted dice, seguramente habría dicho algo antes. -Con absoluta osadía, terminó-: Creo, señor, que imagina cosas.

- ¿Te parece, Nick? ¿He imaginado acaso la ojeada que me echaste hace unos segundos? ¿Y he estado imaginando esas miradas ominosas que me siguen cuando salgo de este mismo camarote? - preguntó secamente.

Oh, Dios, ¿dónde estaba Allen?, pensó ella, inquieta. ¿Dónde estaba cualquiera que pudiera interrumpir esa conversación tan tirante? Cobrando ánimo, se enfrentó a la mirada de aquellos ojos dorados y habló quedamente:

-Sólo me queda disculparme si ha encontrado mi actitud poco agradable. Lamento haberle disgustado y en el futuro trataré de no darle motivo de queja.

Era una contestación pomposa y lo sabía, pero deseaba terminar de una vez esa confrontación y que él saliera del camarote.

Sable había apretado los labios al oírla y dejando el vaso otra vez sobre el escritorio con un golpe más rudo aún, casi escupió las palabras:

-¡No quiero tus disculpas, maldita sea! ¡Eres todo un experto en eludir preguntas, amigo mío! -Inclinándose hacia adelante y con el rostro a escasos centímetros de ella, gruñó-: Ahora dime, joven Nick, ¿por qué te resulta tan odioso servirme? ¡Quiero una respuesta esta vez... no una excusa o una disculpa!

Mirando fijamente aquella cara barbada que tenía tan cerca, Nicole se sintió abrumada por emociones encontradas. En primer lugar era consciente de su hombría y virilidad, del tenue olor a tabaco y salado aire marino que se desprendía de él. Además le resultaba insoportablemente penoso que la boca de Sable estuviera tan cerca de sus labios y se preguntó cuál sería la reacción de ese hombre si ella llegara a inclinarse hacia adelante y presionara sus propios labios trémulos contra esa boca firme y sensual.

- Estoy aguardando, Nick.

Sus palabras hicieron pedazos sus pensamientos caprichosos y la devolvieron a la realidad. Toda inocencia y candor, dijo lentamente.

-Creo que todos los muchachos tenemos épocas de rebeldía y resentimiento contra aquellos que tienen autoridad sobre nosotros. Si doy la sensación de tenerle antipatía algunas veces, debe ser por ese motivo.

Un bufido de exasperación precedió a las palabras de Sable:

- Muy listo, Nick. Una respuesta que no es una respuesta. - Se echó hacia atrás y cogió el vaso-. Algún día de estos tú y yo vamos a tener otra pequeña charla. En cierto sentido tú eres mi... er... pupilo y creo que no he sido muy justo contigo. Tal vez me ocuparé más de ti

en el futuro... mucho más que en el pasado

Se puso de pie después de vaciar de un trago todo el contenido del vaso de ron. Contempló el semblante de asombro y desconcierto de Nicole con una sonrisa y terminó:

- ¡Disfrutarás, estoy seguro! - Y salió majestuosamente.

Durante varios segundos Nicole sólo pudo mirarlo con fijeza mientras se alejaba. ¿Qué demonios había querido decir con eso?, se preguntó. Con un suspiro volvió a las listas de cargamentos, pero no podía concentrarse en el trabajo. No era propio de Sable indagar de esa manera, y podría haber jurado, antes de aquella mañana, que él apenas era consciente de la existencia de su grumete. ¿Qué había detrás de su extraño proceder?

Tampoco le había gustado la forma en que sus ojos le habían recorrido el cuerpo. En el pasado casi no la había mirado. ¿Acaso esos ojos de lince descubrieron algún fallo en su disfraz? ¿Había adivinado algo? ¿Se habría vuelto su rostro demasiado femenino? Echó un vistazo nervioso a sus pechos aplanados, que, como era habitual, estaban fajados debajo de la camisa de lienzo. No, solamente podía llamarle la atención su falta de musculatura viril. Su disfraz no le había fallado, estaba segura... o casi.

Tal vez, concluyó, estaba aburrido y se divertía azuzándola. Si hubiese sabido o siquiera sospechado algo, ella no estaría ahora sentada ante aquella mesa. Un escalofrío serpeó por su columna vertebral al recordar el destino de la ramera pelirroja y se puso a trabajar.

Se dedicó a su tarea por algún tiempo. El cuarto estaba en silencio y sólo la perturbaba el golpeteo suave de las olas contra el casco de la nave y el agradable susurro del viento en el velamen.

La *Belle Garce* se había construido hacía cuatro años siguiendo las órdenes precisas y el diseño detallado del capitán Sable. Era una goleta de cuatro mástiles, larga, baja y más bien angosta. La nave no era sino una amenaza de trescientas diecinueve toneladas, armada con veinte cañones cortos y gruesos de cinco kilogramos y medio y dos cañones largos de proa de ocho kilogramos para la captura del enemigo.

El cuarto donde se encontraba trabajando Nicole era la oficina del capitán; a pesar del fino tapete que cubría el piso y de las cortinas de damasco color albaricoque que colgaban de las portillas de popa, el pesado escritorio de roble del rincón así como las cartas de navegación y los mapas que cubrían las paredes daban clara prueba de ello. La mesa de Nicole estaba situada a estribor y en el centro de la habitación destacaba otra mesa muy pulida con varias sillas bajas de cuero alrededor.

El ruido producido por una puerta al abrirse hizo que Nicole alzara rápidamente la cabeza.

-Gracias a Dios que eres tú, Allen -musitó.

Él se rió al tiempo que se apoyaba en el borde de la mesa donde ella trabajaba.

-¿Qué sucede, Nick? ¿Te ha estado fastidiando otra vez el capitán?

Nicole arrojó la pluma y preguntó seriamente:

- Allen, ¿piensas que Sable sabe que soy una chica?

El brillo malicioso de sus ojos azules se desvaneció al instante. Preocupado, preguntó:

- ¿Que te hace preguntarlo? ¿Ha dicho algo?

Mostrando cierta impaciencia, respondió:

- Está actuando de una manera extraña. Esta mañana dijo una sarta de tonterías acerca de no conocernos mutuamente y de ocuparse más de mí en el futuro.

Allen soltó un silbido casi inaudible. Ceñudo, se frotó el mentón.

- Hmm, ¡no me gusta nada! Sable no es ningún tonto y cual- quiera que te mirara con atención se daría cuenta de tu disfraz. Nick, esto resuelve el asunto. Cuando lleguemos a Nueva Orleans tendrás que permitirme que me haga cargo de ti.

-¡Oh, Allen, no me vengas otra vez con eso! El no puede saberlo. Si lo supiese, puedes estar seguro de que no estaría sentada ahora aquí.

- No estés tan segura. Es como un gato en muchas cosas y es muy capaz de jugar con una ratita de cabeza rojiza. Hablo en serio, Nick, cuando toquemos puerto esta vez has de desembarcar conmigo y me encargaré de ti. He estado meditando mucho sobre esto, Nick... no puedes continuar como hasta ahora. Si rechazas mi ayuda no me dejarás otra alternativa que contárselo a Sable.

Consternada, Nicole le suplicó con la mirada. Pero su rostro era una máscara de determinación absoluta.

-Estoy hablando muy en serio, Nick. Toda esta mascarada se acaba en cuanto toquemos el puerto de Nueva Orleans.

Lo estudió en silencio. Era curioso que por fin se decidiera a usar la amenaza definitiva. Y se preguntó por qué elegía este momento para usarla. Por supuesto, ella podría vengarse...

-¿No estás olvidando que puedo contarle a Sable... lo que sé de ti?

El semblante de Allen se petrificó y una mirada terrible asomó a sus ojos.

- ¿Me estás amenazando, Nick? Debo advertirte que no lo hagas. Corre en busca de Sable si lo prefieres, pero no podrás probar nada y seguramente se revelará tu disfraz hagas lo que hagas. Por otra parte -continuó blandamente-, podrías mantener la boca cerrada en cuanto a lo que sospechas y dejar que me ocupe de ti hasta que estés en

posición de ánimo favorable para regresar a Inglaterra. -Gentilmente, añadió-: Me agradas, Nicole, y me encargaré de llevarte sana y salva a tu familia en el instante en que lo digas.

- Ya veo -comentó ella, fríamente-. Muy bien, me temo que no tengo otra alternativa que aceptar tu bondadoso ofrecimiento. - La voz de Nicole acentuó la palabra bondadoso y Allen se encogió de hombros.

Tomó una mano de Nicole entre las suyas.

- No lo tomes así, Nick. Si lo meditas un poco te darás cuenta de que tengo razón. Ahora es la única solución y debí habértelo exigido hace mucho tiempo. No te preocupes demasiado de que pague tus gastos de ahora en adelante... me hace feliz hacerla. Si te disgusta mucho, puedes llevar una cuenta precisa y pagarme una vez que recuperes tu posición social y tu fortuna. - Después le rogó-: Seamos amigos, Nicole. Hemos sido compañeros durante demasiado tiempo para separarnos enojados... especialmente cuando sólo estoy pensando en tu bienestar.

Una sonrisa involuntaria curvó los labios de Nicole.

- ¡Oh, maldito seas, Allen! Que se haga como dices. Estoy cansada de luchar contra ti y tal vez tu plan es el más sensato. - De mala gana, admitió-: Desde luego no tengo nada que perder con probarlo. Pero te pagaré hasta el último penique.

Se oyó una tosecita discreta detrás de ellos y girando en redondo Nicole se quedó con la boca abierta al ver a Sable recostado contra la puerta; con los brazos cruzados sobre el pecho los observaba atentamente.

- ¿Le pasa algo a la mano de Nick? - inquirió, cáustico.

Allen la soltó como si fuera un carbón al rojo vivo y se puso de pie con brusquedad al tiempo que decía entre dientes:

- Er... Nick creyó que se le estaba formando un forúnculo y la estaba examinando.

En tono sarcástico, Sable murmuró:

- Médico también, nada menos. Debo comunicarle al cirujano del barco que cuando necesite un asistente la próxima vez estarás encantado de cooperar con él. - Apartándose de la puerta con un movimiento felino, la abrió de par en par y ordenó con voz helada -: Se necesitan tus servicios en cubierta, Ballard. En caso de que no lo hayas notado, hay mucha actividad en el barco. Hemos avistado una nave y creo que es muchísimo más importante que el forúnculo de la mano de Nick. Además -añadió con voz de seda-, Nick está a mi cargo... no al tuyo.

El rostro de Allen no mostró ninguna emoción, pero apretó los labios al oír el comentario final de Sable y sus hombros se pusieron rígidos al salir. Cuando se hubo marchado, Sable

cerró la puerta y giró en redondo.

-¿Y desde cuándo ocurre esto? -preguntó con voz fuerte.

Eludiendo una respuesta directa, Nicole se esforzó por mantener el semblante en blanco.

- ¿Qué? No entiendo lo que dice. - Con aire inocente, preguntó-: ¿El señor Ballard no debe entrar aquí?

Sable sofocó un juramento y la fulminó con la mirada.

- ¡No me tomes por estúpido! Creo, joven Nick, que tendremos esa charla muy pronto, una agradable, tranquila y privada charla persona… ¡solos tú y yo!

Unos golpes rápidos a la puerta del camarote impidieron continuar la conversación. Abriendo la puerta de golpe, Sable le gritó a Jake, que estaba delante de él.

- ¡Sí! ¿Qué pasa ahora?

-Señor, nos estamos acercando con rapidez. La nave es un paquebote inglés fuertemente armado, pero trata de evitar combate. ¿Lo perseguimos?

Sable sonrió con cinismo y dio una palmada en el brazo de Jake.

- Bien, ¿tú que opinas? Lanzando una mirada a Nicole por encima del hombro, le ordenó con voz tajante:

-¡Tú te quedas aquí! No quiero ver tu cara en cubierta. ¿Entendido?

Nicole asintió mientras se le iba formando un nudo en la boca del estómago. Sobre su cabeza ya podía oír los pies descalzos de los hombres corriendo por cubierta preparados para la acción, así como el retumbar de los cañones. Los tiradores más diestros, con los rifles cargados y listos, estarían trepando por los cordajes hasta sus puestos y Nicole sabía que la cubierta principal sería un hervidero de actividad febril mientras quitaban de en medio todo aquello que estorbara la batalla inminente y lo almacenaban en la bodega. Sable, desde su posición ventajosa en el puente de mando, estaría vociferando las instrucciones de último momento mientras los barcos se iban acercando uno al otro.

Nada de ello la molestaba cuando se atacaba algún barco español o francés. Pero cuando el barco era inglés, sus sentimientos entraban en conflicto. Más tarde, cuando traían a los prisioneros a bordo y traspasaban a las presas al barco vencido, se sentía inquieta y alterada por tener que unirse a los demás en el saqueo a sus propios compatriotas.

Intentó ignorar lo que estaba sucediendo a su alrededor y se enfrascó en las listas de cargamentos. Mas, incapaz de pasar por alto el estruendo de los cañones y los ruidos de la lucha encarnizada, se puso a observar el desarrollo de la batalla por la portilla.

La lucha que siguió fue feroz. Los rugidos y estampidos de los cañones retumbaban en el mar bajo los rayos del sol y el aire se llenaba de humo y gritos de los heridos. Mientras Nicole seguía mirando, el paquebote, en un desesperado intento de inutilizar a *La Belle Garce*, descargó una feroz andanada. Pero no hizo mucho daño ya que sus cañones no tenían el alcance de los de *La Belle Garce*, y Sable, habiendo anticipado esa maniobra del capitán del barco enemigo, ya había ordenado que *La Belle Garce* cambiara bruscamente de rumbo y los disparos jamás llegaron al barco.

Cuando al fin se hizo el silencio, Nicole se introdujo en el camarote privado de Sable y espió por la escotilla. El paquebote había luchado con valentía, pero no había podido competir con *La Belle Garce* en un plano de igualdad. Había caído el mástil mayor y las velas colgaban hechas jirones mientras la nave se mantenía a flote a duras penas. Los heridos atestaban la cubierta y Nicole se hallaba mirando la nave cuando arrió su bandera para rendirse. Con un nudo en la garganta, Nicole volvió la cabeza para no ver las escenas de carnicería. ¿Por qué tenía que atacar barcos ingleses?, se preguntó.

Era fácil olvidar que Estados Unidos estaban en guerra con Gran Bretaña; se necesitaba un acontecimiento como éste para hacerle recordar a Nicole la guerra del señor Madison. La campaña militar de Canadá era algo remoto para ella. Era como si los países beligerantes fueran otros. Las violentas batallas en los Grandes Lagos y el bloqueo a la Bahía de Chesapeake no significaban mucho para ella. No veía razón para preocuparse por una batalla que se había librado semanas o meses atrás y cuyo resultado ya estaba establecido. Nueva Orleans y el Caribe estaban a gran distancia del ataque británico al Fuerte Stephenson sobre el río Sandusky al norte de Ohio. Mas ahora, con la tripulación victoriosa de *La Belle Garce* abordando el paquebote inutilizado y sus oficiales y tripulación tomados prisioneros, la guerra del señor Madison -la «Guerra del Impresor»- era muy real y estaba muy cerca.

Se abrió la puerta y Nicole levantó la cabeza. Al ver a Sable el corazón le dio un vuelco en el pecho. Tenía una herida leve en la frente y traía un pequeño cofre de piel y bronce bajo el brazo. Sus ojos ardían con fuego dorado por la victoria y el viento había revuelto su pelo negro azulado, añadiendo aún más encanto, pensó Nicole, a su gran atractivo. Con una jubilosa sonrisa, arrojó el cofre sobre la mesa y exclamó.

- ¡Hemos hallado un tesoro, Nick! La Armada Real pagará mucho para recuperarlo de nuestras manos.

Su natural curiosidad hizo que Nicole se acercara a la mesa. La cerradura que sellara el cofre había saltado con el disparo de una pistola, pero quedó desilusionada cuando, al

atisbar el contenido, vio solamente unos cuantos libros negros y algunos documentos.

- ¿Qué son? - preguntó con una mirada perpleja en los ojos.

Quien contestó fue Allen, que se acercaba silenciosamente por detrás de ella:

- Libros de claves británicos.

Un silencio ominoso siguió a las palabras de Allen. Con la vista fija en el cofre abierto, Nicole sabía que Sable la estaba observando con atención. Mantuvo imperturbable el semblante, ocultando la consternación que sentía. Entristecida, se preguntó cuáles serían los sentimientos de Allen con respecto a la captura de esos libritos negros que revelarían los secretos de los despachos cifrados británicos que habían tenido la mala fortuna de caer en manos de los norteamericanos; esos libritos, pensó Nicole, confundida por sus emociones encontradas, que proporcionarían a los norteamericanos una injusta ventaja sobre los ingleses.

Sable se sentó sobre la mesa cerca del cofre, encendió un cigarro fino y negro y sacó uno de los libros. Allen no pudo evitar un movimiento involuntario hacia adelante como si quisiera arrancarle el libro de la mano. Sable lo miró socarrona- mente con una sonrisa desagradable torciéndole la boca.

- ¿Estás interesado en ellos, Ballard?

Allen supo contenerse y responder con absoluta calma:

- No, no en particular. Pero ellos explican por qué el paquebote luchó con tanta desesperación. Simplemente me interesaría saber qué motivos tuvo el capitán de ese barco para no destruir- los antes que permitir que cayeran en manos enemigas.

Sable se encogió de hombros.

- Fue lo bastante necio como para esperar hasta el último minuto antes de tratar de desembarazarse de ellos. Lo pillaron en el preciso momento en que iba a arrojarlos por la borda. -Clavando una mirada penetrante en el rostro de su interlocutor, añadió-: Es una verdadera lástima que no haya sido más listo y veloz.

Allen guardó silencio y Sable, perdiendo al parecer todo interés en él, comenzó tranquilamente a hojear el libro.

- Hmm, no puedo sacar mucho sentido de todo esto, pero estoy seguro de que los militares apostados en Nueva Orleans estarán encantados con ellos. - Luego, como Allen no daba señales de querer marcharse, lo miró significativamente y le preguntó-: ¿No tienes nada que hacer en cubierta?

El rostro de Allen se tiñó de rojo y sin una palabra más, giró sobre sus talones y salió. Sable lo observó, cerró la puerta a sus espaldas y su mirada cayó una vez más sobre el

rostro de Nicole. Daba la sensación de estar esperando que hablara, pero que la mataran si podía pensar en algo que decir.

Librando una batalla interna, desgarrada entre la lealtad a Estados Unidos y a Sable y el conocimiento de que esos libritos podrían costar la vida a cientos de británicos, tuvo que contenerse violentamente para no arrancar los libros de la mano delgada y aristocrática que los sostenía, coger el cofre y arrojarlo por la escotilla. Sus pensamientos debieron traicionarla porque Sable soltó una carcajada áspera y murmuró:

- Yo no lo intentaría, Nick. Y si estuviera en tu lugar, aprendería cuanto antes a no dejar traslucir mis sentimientos tan abiertamente.

Nicole se enfrentó a los ojos del capitán con osadía, aunque el corazón le golpeaba el pecho como un tambor.

- Me temo que no le entiendo, señor. ¿Qué quiere decir?

Quitándose el cigarro de entre los dientes y arrojando el libro en el cofre, se puso de pie. Instintivamente, Nicole dio un paso atrás pues se sintió alarmada al tenerlo tan cerca. La carcajada de Sable sonó más como un gruñido de satisfacción, pensó Nicole con recelo al ver que se acercaba más a ella. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no continuar retrocediendo, ya que tenía la plena seguridad de que era precisamente eso lo que estaba tratando de obligarla a hacer. Dominándose, permaneció en su lugar y alzó el rostro hacia el del capitán, que lucía una sonrisa siniestra en la boca a sólo centímetros de distancia. Se sostuvieron la mirada por un momento y a Nicole se le ocurrió la peregrina idea de que él tenía la intención de besarla. Con demasiada frecuencia había visto danzar en sus ojos la llama del deseo cuando quería acostarse con alguna mujer como para no saber reconocerla, y podía jurar que por sólo un instante, una fracción de segundo, aquella llama había brillado en sus ojos. El desconcierto y la confusión iban en aumento, así que la muchacha tragó saliva con gran esfuerzo y repitió estúpidamente.

-¿Qué ha querido decir?

- Me parece que sabes muy bien lo que he querido decir, Nick. - Entonces la dejó prácticamente paralizada cuando le pasó un dedo largo y delgado por la cara, al tiempo que murmuraba-: Un cutis muy suave para un muchacho, Nick. Me pregunto si de verdad eres un muchacho.

Sacudida por el terror, echó la cabeza atrás bruscamente y con dos saltos se alejó al otro extremo del cuarto. Con la voz ronca y más áspera ahora por el miedo, exclamó:

-¡No sea ridículo! ¡Por supuesto que soy un muchacho! ¿Qué otra cosa podría ser? Últimamente ha estado de un humor muy extraño, señor, y desearía que no descargara

todo su malhumor riñéndome.

- ¿Dices que mi humor es extraño? ¿Quién sabe? - replicó en tono meditativo.

La miró a los ojos con expresión enigmática y Nicole deseó que se fuera de allí. Por un momento creyó que seguiría con sus preguntas desconcertantes, pero la mirada de Sable se desvió a los libros de claves. Encogiéndose de hombros como si se hubiera cansado de aquel juego, Sable se acercó a la mesa y recogió los libros negros.

- Éstos, creo, estarán más seguros si los guardo en la caja fuerte. - Sin más, giró y se dirigió a su camarote privado. Dominada por emociones contradictorias, lo vio depositarlos en la caja de seguridad que estaba cerca de su cama. Él poseía la única llave que la abría; era una caja enorme y muy pesada, así que no había cuidado de que pudieran robarla.

No podía hacer nada en absoluto para detenerlo, reflexionó con desconsuelo, sin saber a ciencia cierta si realmente quería hacer algo. Al menos, mientras los libros estuvieran guardados en la caja fuerte no podrían hacer daño a nadie.

No era tan descabellado que Nicole se encontrara en un verdadero dilema: sentía gran aprecio por los Estados U nidos, pero aún seguía considerándose inglesa. Yesos libritos negros la colocaban en una posición muy incómoda. Una parte de su ser deseaba destruirlos y sin embargo, en el fondo, simpatizaba con los norteamericanos. Más desdichada que nunca al descubrir que ya no sabía qué pensar de la guerra, dejó escapar un largo suspiro.

Esa noche, cuando salió en busca de un poco de aire fresco, vio a Allen cerca de la proa del barco y le comentó que deseaba que esos libros desaparecieran. Allen la miró de un modo peculiar y le preguntó:

- ¿No te molesta que los norteamericanos vayan a usar la información contra tus propios compatriotas... que muchísimos marineros ingleses vayan a morir a causa de ello?

Sintiéndose avergonzada, como si fuera culpa suya que se hubiesen encontrado aquellos malditos libros, Nicole respondió débilmente:

- Sí, desde luego. Pero, Allen, estamos en guerra y estoy segura de que los barcos británicos también se las ingenian para robar secretos de los norteamericanos.

El semblante de Allen se endureció.

-Escucha bien -refunfuñó en tono áspero y a media voz-, Gran Bretaña está luchando por su vida... ¿Crees acaso que está en esta guerra por pura diversión?

Se intensificó su lucha interior y Nicole susurró en tono lastimero:

- No. Pero, Allen, por favor, compréndeme... me resulta muy difícil tomar partido... he estado lejos de Inglaterra desde hace cinco años y todos los que he tratado durante ese

tiempo han sido norteamericanos.

Las facciones de Allen se endurecieron aún más y sus ojos azules casi se volvieron negros debido a la violencia de sus emociones. Su puño se cerró con fuerza y Nicole tuvo la inquietante sensación de que si estuviesen en alguna otra parte, lejos de miradas curiosas, él le habría sacudido llevado por la ira.

Entonces ella formuló en voz alta la pregunta que durante tanto tiempo había estado flotando en el aire.

- Tú no eres realmente un desertor de la Armada Real, ¿Verdad, Allen?

En la oscuridad no pudo ver la expresión de su rostro, pero percibió la tensión de su cuerpo. Permanecieron callados durante varios segundos, con la mirada perdida en el mar infinito hasta el horizonte.

Al fin, Allen rompió el silencio.

- ¡Digamos que me gustaría ver el fin de esta maldita guerra! y que haré todo lo que esté a mi alcance para que termine cuanto antes.

Nicole tragó saliva sin saber si debía alegrarse o no de que Allen hubiese rehusado responderle. ¿Tenía alguna importancia? Lo principal era que la guerra terminara y, ¿era realmente imprescindible que se tomara partido por alguna de las partes en conflicto? Nicole creía que no. Pensativa, murmuró:

- Yo también haría cualquier cosa que ayudara a darle término. No es correcto que dos países con vínculos tan estrechos estén en guerra.

Allen dijo entonces:

-¡Entonces ayúdame, Nick! Esos libros de claves traerán más derramamiento de sangre, más hombres y barcos perdidos para los dos bandos. Pero si se los robásemos a Sable y los destruyésemos, no los tendría ninguno de los dos contendientes.

- ¿Robárselos a Sable? - preguntó ella, indecisa, ya que no le alegraba la idea de tener que habérselas con él.

-¡Sí! Tenemos que hacerla, Nick. ¡Si se destruyen esos libros, no sólo no los tendrán los norteamericanos sino tampoco los británicos! ¿No te das cuenta...? Se ahorrarán las vidas de muchos hombres... norteamericanos y británicos. ¡Ayúdame!

Sin embargo, Nicole vacilaba, pues sabía que Sable se pondría furioso y que ella sería una traidora. Pero por otra parte, convencida de que estaría ayudando a terminar la guerra, y comprendiendo que al compartir la suerte de Allen estaría cortando para siempre la relación tan extraña que la unía a Sable, accedió. No capituló con entusiasmo sincero, pero dejó de lado sus dudas con determinación. Ayudaría a Allen y cumpliría con su obligación

para dar término a las hostilidades entre Estados Unidos e Inglaterra.

-Sí, te ayudaré -respondió con desgana mientras sus ojos reflejaban el torbellino de sentimientos encontrados que se debatían en su alma -. ¿Qué quieres que haga?

Allen la estudió severamente, pues estaba convencido de que no se había comprometido de corazón, pero luego se encogió de hombros; necesitaba la ayuda de Nick y sabía que estaría dispuesta cuando llegara el momento decisivo.

- No nos conviene actuar ahora... suponiendo que pudiéramos hacerlo. No tendríamos ninguna vía de escape y una vez que desaparecieran los libros, Sable sabría que los había robado alguien del barco. Esperaremos hasta llegar a Barataria. Todo lo que puedes hacer mientras tanto es vigilar estrechamente a Sable y avisarme en cuanto los saque de la caja fuerte.

Se separaron poco después. Nicole regresó silenciosamente a su alacena y Allen se quedó apoyado sobre la barandilla de la cubierta con los ojos perdidos en la inmensidad cambiante del mar. Quería tener esos libros con tanta desesperación que tenía que recurrir a todas sus fuerzas para dominar el impulso de robarlos de inmediato, aquella misma noche, a cualquier riesgo. Su único consuelo era saber que los libros no servían de mucho a Sable. Por desgracia, muy pronto estarían en manos de las autoridades norteamericanas. Ojalá hubiese sido él quien descubriera al frenético oficial, un tal teniente Jennings-Smythe, en el momento de tratar de destruir aquella información decisiva. Ahora, en vez de reposar a salvo en el fondo del mar, reflexionó furioso, descansaban en la caja fuerte de Sable. Esos libros no debían caer en manos de los norteamericanos, decidió Allen con rabia. ¡No debían caer en manos enemigas!

CAPÍTULO VIII

Si bien Sable no volvió a provocar más escenas inquietantes, Nicole vivía en constante conflicto con su conciencia por lo que hacia a él. Soñaba con que esos detestables libros de claves se desvanecían en el aire evitando de ese modo la necesidad de enemistarse con Sable. Cuando se hallaba a solas en el camarote del capitán, pasaba horas con la mirada clavada en la caja fuerte tratando de hacerlos desaparecer por fuerza de voluntad. Pero era inútil: sabía que estaba comprometida a robar aquellos libros negros.

El regreso a la bahía de Barataria se llevó a cabo sin dificultades y Nicole lo vivió como una llegada al hogar cuando divisó los contornos de las islas *Grand Terre y Grand Isle* en el horizonte.

Durante cinco largos años *Grand Terre*, el cuartel general de Jean Lafitte, el aristocrático contrabandista de terrible fama, había sido como su segundo hogar, ya que el primero era *La Belle Garce*. Era precisamente en Grand Terre, al este de .Grand Isle, donde Lafitte había construido enormes almacenes para guardar el producto de los pillajes cometidos por los numerosos barcos que pululaban en la había. También allí había hecho construir un gran barracón de esclavos bien provisto, burdeles, casas de juego y cafés para diversión de los piratas. Lafitte era el rey de los contrabandistas y se paseaba descaradamente por Nueva Orleans, con su porte erguido y gallardo, codeándose con los ricos y aristócratas como si les desafiara a negarle el derecho de estar allí.

Muy pocos lo hacían, pues el contrabando era un modo de vida casi respetable en Louisiana del sur, y había más de una familia aristocrática que debía su fortuna al contrabando, para gran consternación de los norteamericanos. Los criollos, blancos de ascendencia francesa y española que dominaban esa región, no hallaban nada malo en ello, y cuando los funcionarios y comerciantes norteamericanos intentaban hacerles comprender que era una actividad ilegal, se topaban con miradas de incomprensión y tonos de protesta.

- Indudablemente, *monsieur* está equivocado, ¡mi abuelo fue un gran contrabandista! Es sólo una forma más de vida, *n'est ce pas*?

Era en efecto una forma de vida, y los incontables brazos pantanosos del río al sur de Nueva Orleans constituían un marco ideal para los contrabandistas. La zona pantanosa era como una catacumba, con escondrijos donde almacenar las mercancías antes de transportarlas secretamente por las vías de agua de los brazos cenagosos hasta los almacenes de la ciudad.

Se llevaban a cabo muchísimas operaciones de contrabando en pequeña escala, pero el

grupo de Lafitte, ubicado en *Grand Terre*, era con mucho el más numeroso, ya que contaba con más de mil hombres. La bahía de Barataria estaba llena de barcos de todos los tamaños y calados: faluchos, lugres de velas rojas y goletas; algunos buques capturados y reparados para volver al mar; barcos piratas y unos pocos buques corsarios; y allí, arrogante, con sus tres presas a la zaga, *La Belle Garce*

Como ocurría siempre que regresaba un barco a puerto, había una actividad febril tanto a bordo del barco como en tierra. De ordinario, Nicole adoraba ese período de intensa excitación, pero ese viaje había sido diferente y desagradable en muchos sentidos, y estaba tensa y con los nervios de punta sabiendo que dentro de poco Allen y ella misma bajarían a tierra para quedarse allí indefinidamente. Una vez que esos libros de claves estuvieran en sus manos, no habría regreso. Nunca más navegaría en *La Belle Garce* como el grumete-secretario del capitán, y nunca más volvería a dormir en su estrecho cuchitril ocultando su identidad bajo apariencia de muchacho. Era el final de una aventura que había comenzado al ser izada a la grupa de un caballo hacía años. La pobre Nicole no sabía si estar contenta o triste.

Allen y ella habían acordado seguir un plan muy sencillo. Como sabían que la mayoría de la tripulación estaría en tierra y que el capitán se quedaría a bordo hasta después de la primera salida, decidieron reducirlo en su camarote en el barco casi desierto. Después de atarlo y amordazarlo, sería fácil quitarle la llave que llevaba colgada al cuello, abrir la caja fuerte, recuperar los libros y escapar hacia la costa remando. Lo dejarían atado en su litera con la esperanza de que lo descubrieran horas más tarde. No sorprendería a nadie verlos llegar juntos a tierra, ya que el joven Nick siempre seguía los pasos de Ballard. Tampoco les extrañaría que llegaran con un pequeño baúl ni que partiese inmediatamente en dirección a Nueva Orleans. Muchos miembros de la tripulación ya estaban haciendo proyectos para la orgía de vino y mujeres que encontrarían en aquella ciudad de vida licenciosa. Sólo Allen y Nicole sabían que su destino fina no sería Nueva Orleans.

El único fallo del plan era que Sable abandonase el barco antes de lo previsto llevándose los libros de claves. Era imprescindible que el barco estuviera casi vacío; sería catastrófico que algún marinero entrara inoportunamente al camarote del capitán con alguna petición de última hora. Allen permanecería afuera, aunque cerca, y le tocaría a Nicole ocuparse de que Sable se quedara en su camarote hasta que se hubiese dispersado la tripulación. Para ello, Allen había deslizado una pequeña pistola con cachas de marfil en las manos de Nicole advirtiéndole que la usara sólo en el caso de que Sable intentara abandonar su camarote. Tenían la esperanza de que no lo intentase hasta que Allen estuviera listo para entrar en acción.

Nicole estaba tan nerviosa como una potranca asustadiza e vísperas de su primera carrera.

La pequeña pistola que llevaba escondida en la cintura le pesaba como un cañón y cada vez que Sable hablaba, estaba segura de que había descubierto el complot. Se esforzó por mantenerse fría y distante y fingió estar ordenando su mesa de trabajo mientras ignoraba la turbadora proximidad de Sable.

Higgins entró para conversar brevemente con el capitán, Sable mandó a Nicole a hacer una diligencia en el pañol. Casi se negó a hacerla, pero con Higgins allí, no tuvo más remedio que obedecer. Se apresuró cuanto pudo, temerosa de que Sable se fuese antes de su regreso; el trayecto de vuelta lo hizo a carrera, y entró al camarote casi sin resuello. Sable estaba solo y recibió la información con un gruñido indiferente.

Parecía no tener prisa por abandonar el barco y Nicole le dio gracias a su suerte. Pero eso no quería decir que dudara de su habilidad para retenerlo allí: pocos hombres se atreverían a discutir con una pistola. Sin embargo, se hubiese sentido mucho más segura si Allen estuviese a su lado. A decir verdad, Nicole estaba desgarrada. En el fondo estaba convencida de que le debía cierta lealtad a Sable, pero no podía permitirle que entregara esos libros de claves a los norteamericanos. Inconscientemente, frunció el ceño.

- ¿Preocupado por algo, Nick? - preguntó Sable, y Nicole se sobresaltó al oír sus palabras.

Dejó de revolver los papeles y se volvió para mirarlo de cara.

- Pues no, señor. Sólo estaba concentrado en mi trabajo. Ya sabe lo que pasa cuando se tiene la mente ocupada.

Un resoplido de desconfianza recibió sus palabras. Sable estaba descansando en uno de los amplios sillones de cuero situados junto al escritorio. Estaba a medio vestir, con la camisa blanca de hilo abierta casi hasta la cintura, y Nicole súbitamente cayó víctima de un deseo desconcertante de pasar sus manos por aquel pecho musculoso. Una mano de Sable se apoyaba sobre el escritorio y sostenía un vaso de ron oscuro a pesar de la hora tan temprana. Además estaba fumando un fino cigarro negro y su aroma embriagador flotaba en el aire. Observándolo por debajo de las pestañas, percibió una vez más esa sensación de energía y poder contenidos que emanaban de él. Por una fracción de segundo cuestionó la cordura de ganarse su enemistad; sabía de sobra que podía convertirse en el enemigo más devastador y cruel. Los rodeaba el silencio excepto por el suave golpeteo de las olas contra el casco. Presintiendo que se esperaba más de ella, preguntó con acritud:

- ¿No le ha gustado mi respuesta, señor?

Aplastando el cigarro en un platillo de porcelana y aparentemente absorto en la tarea, dijo en tono pensativo:

- No, no me ha gustado tu respuesta, pero nunca me agradan del todo.

Nicole contuvo su lengua, pues no deseaba que se desatara otra discusión entre ellos. Al no obtener una respuesta ni un comentario mordaz sobre sus palabras, Sable desvió la mirada a la cara de la joven.

-¿Nada que decir, joven Nick?

Nicole meneó la cabeza y le volvió la espalda deliberadamente. Lo oyó levantarse del sillón y le dio un vuelco el corazón cuando él comentó:

-Un Nick callado es algo inusual. ¿Estás planeando algo acaso?

Nicole mantuvo la cabeza gacha deseando con todas sus fuerzas que la dejara en paz. No podría soportar otra de esas conversaciones inquietantes y extrañas que parecían no llevar a ninguna parte.

Fue una suerte que no pudiera ver a Sable en ese momento, pues estaba mirando fijamente la parte posterior de su cabeza con una mirada penetrante y especulativa. Lo hizo así durante varios segundos, pero como Nicole no reaccionaba, se encogió de hombros con indiferencia y se dirigió a su camarote privado.

Nicole supuso que se estaba vistiendo para abandonar el barco. Sintió la boca reseca y supo que, a menos que Allen apareciera de inmediato, tendría que impedirle salir. Su mano se deslizó hacia la pequeña pistola, y volvió la cabeza para mirar por el umbral de la puerta precisamente en el momento en que Sable regresaba al cuarto vestido y con el cofre negro de cuero bajo el brazo. ¡Bien, se dijo valerosamente, ha llegado el momento!

Sable arqueó una ceja al ver que se levantaba de la mesa y se dirigía a la puerta de salida.

-¿Te vas, Nick? Si aguardas un minuto puedes venir conmigo.

Sin duda ignorante de la traición que estaba a punto de cometerse, no le prestó más atención. Dejó el cofre sobre el escritorio y lo abrió, dándole la espalda. Después de revisar el contenido, cerró la tapa de un golpe e hizo girar la llave. Poniéndose lo una vez más bajo el brazo, se dio la vuelta, deteniéndose de pronto cuando su mirada cayó sobre Nicole, que de pie y muy erguida delante de la puerta, sostenía una pistola en la mano.

-¡Vaya, vaya! -exclamó casi divertido-. ¿Significa eso lo que creo que significa?

Nicole tragó saliva, ignoró el comentario inoportuno y dijo con los dientes apretados.

- Deje ese cofre sobre el escritorio.

- Por supuesto. Lo que digas, se hará. Espero que no seas una persona nerviosa, Nick. Aborrecería que me hicieras un agujero por accidente - murmuró Sable mientras seguía sus instrucciones. El cofre quedó sobre el escritorio y a salvo, luego él se sentó sobre el borde y se cruzó de brazos al tiempo que preguntaba, fascinado-; ¿Esperamos que aparezca Allen o vas a hacerlo tú solo?

La pregunta la sobresaltó, sobre todo la referencia a Allen. ¿Habría adivinado el complot? Ciertamente su tono era demasiado tranquilo y esa actitud desconcertaba a Nicole. Había esperado un acceso de cólera, no esa indiferencia divertida. Lanzó un vistazo inquieto al rostro de Sable y advirtió que si bien parecía estar seguro y tranquilo, tenía una línea tensa alrededor de la boca y sus ojos estaban deliberadamente inexpresivos.

- ¿No vas a responder? Bueno, es una actitud prudente. Veo que Allen te ha enseñado muy bien. - Sus ojos se desviaron de la cara de Nicole y se alzaron por encima de ella -. Aquí llega el bueno de Allen.

Con alivio infinito, Nicole giró en redondo hacia la puerta y en ese preciso instante Sable atacó. Nicole sólo tuvo un segundo para comprender que se había dejado engañar por uno de los trucos más viejos de este mundo. Los brazos de Sable le ciñeron el cuerpo como dos bandas de hierro y sus manos casi le destrozaron las suyas mientras le arrancaba la pistola. Luchando denodadamente, Nicole le golpeó los brazos para poder escapar, pero él la dominó sin esfuerzo y la apretó más contra su pecho en un abrazo doloroso.

-¡Necio! -le susurró al oído-. ¿De verdad creíste que te saldrías con la tuya?

Demasiado enfurecida para tener miedo, los ojos de Nicole se volvieron negros de furia.

-¡Suélteme! -le escupió-. ¡Déjeme ir!

Luchó en silencio hasta que se dio cuenta de que los extraños ojos ambarinos la estaban mirando con fijeza, que la boca lucía una sonrisa satisfecha y que las manos que la sostenían con firmeza se habían vuelto casi acariciantes. Echó bruscamente la cabeza atrás dominada por el recelo y se le agrandaron los ojos ante la expresión que vio en la cara de Sable.

-Lo sabes -afirmó ella.

Él la estrechó más contra su cuerpo si eso era posible y musitó:

-Por supuesto que sí, pequeña hechicera -y de inmediato sus labios le cubrieron la boca.

Su aliento olía a tabaco, sus labios eran duros y ásperos y, por momentos, salvajes o tiernos al moverse sobre los de ella. Al sentir su contacto los sentidos de Nicole giraron vertiginosamente; era incapaz de pensar con claridad mientras permanecía rígida entre sus brazos deseando que la soltara. Después de lo que parecieron horas, los labios de Sable abandonaron la boca magullada de Nicole y los brazos se aflojaron. Con una expresión inquisitiva en el rostro, Sable le preguntó:

- ¿Es porque soy yo o es Allen el único con quien compartes tus encantos?

Tensa y hablando entre dientes apretados, estalló:

- ¿Por qué no se lo preguntas a él?

- Tengo la intención de hacerlo, muchacha. Me propongo formularle infinidad de preguntas al

bueno de Allen - aclaró alzando una ceja.

Como si ésa fuera una señal, la puerta se abrió de par en par y dos marineros fornidos entraron en la habitación sosteniendo entre ellos a un Allen sanguinolento.

Al ver a Allen, Nicole avanzó hacia él, pero la mano de Sable la retuvo a su lado.

-Compórtate -la amenazó en voz queda-. ¿Te gustaría unirte a él? Estoy seguro de que a los hombres les encantaría.

Helada por lo que sugerían aquellas palabras, se quedó inmóvil, incapaz de figurarse dónde había fallado el plan, o cómo había sabido Sable que era mujer. ¿Cuánto tiempo hacía que lo sabía?, se preguntó, mareada. ¿Desde el principio? No, seguramente no; ni siquiera él habría expuesto a sabiendas a una niña a un estilo de vida tan crudo y a menudo tan cruel. Entonces ¿cuándo? De pronto tuvo conciencia del murmullo de conversación que la rodeaba, pero fue la voz de Sable la que se destacó:

- Llevadle abajo y encadenadlo. Me encargaré de él más tarde. - Y sus palabras la sacaron de su estupor.

- ¡No! - gritó, y pillando desprevenido a Sable casi se zafó de la mano de hierro que le presionaba el brazo.

Pero ese puño apretó más su carne tierna haciéndole daño. Consciente de que sería imposible escapar de la mano de acero que la tenía presa, le arañó la mejilla barbada con todo el odio contenido.

Soltando un juramento, Sable la soltó, pero la tomó por el otro brazo inmediatamente y, haciéndola girar, le dio una bofetada. Asombrada, Nicole exclamó:

- ¡Me has golpeado, bastardo!

Con los ojos brillantes y entrecerrados, Sable refunfuñó.

- ¡Y te golpearé otra vez si repites ese truco!

Luego, ignorándola, les gritó a los marineros boquiabiertos:

- Ya me habéis oído, ¡fuera de mi vista! Y mantened vuestras bocas cerradas - añadió en tono amenazador.

Si Nicole creyó antes que la habitación había estado silenciosa, ese silencio había sido casi estruendoso comparado con el que descendió ahora después de haberse marchado los hombres arrastrando a Allen entre ellos. Nicole rehusó mirar a Sable dándole la espalda y manteniendo la vista fija en la portilla. Estaba tan confundida por los acontecimientos y furiosa con Sable por haber descubierto su sexo, que por un momento se sintió agotada, sin saber a ciencia cierta cuál sería su próximo paso. Con cierto dolor y pesar se le ocurrió pensar, mientras contemplaba por la portilla las verdes olas coronadas de espuma, que era improbable que

tuviera derecho a decidir lo que sucede- ría de ahora en adelante.

Aunque muy joven e insensible a la pasión, Nicole conocía más de lo debido acerca de los apremios animales que impulsaban a los hombres. Sabía que Sable la deseaba: su cuerpo había traicionado ese hecho de la manera más explícita cuando habían luchado minutos antes. Ahora mismo recordaba el calor que había emanado de él cuando la mantenía agarrada, y podía evocar muy claramente la presión del endurecido venablo de potencia viril que había cobrado vida súbitamente cuando los cuerpos se retorcían juntos.

Tragó saliva con dificultad, se le había resecado la garganta. Parecía injusto que tuviera que convertirse en mujer antes de haber tenido la oportunidad de ser una chica, reflexionó con pesar. Sus pensamientos abordaron entonces lo ineludible y se preguntó si Sable trataría su virginidad con gentileza... o si la tomaría con pasión brutal. Al menos sabía qué esperar de él, lo cual era mucho más de lo que sabían las niñas de su edad y crianza. Pero, por otra parte, retornaron a su mente ciertos recuerdos, desconcertantemente claros y detallados, de Sable teniendo relaciones sexuales con otras mujeres - algunas en ese mismo cuarto- y tragó saliva una vez más. Sabía que podía ser amable y gentil porque lo había visto serlo; también sabía que podía ser un animal y pidió fervorosamente que fuera tierno con ella.

Resignada a su suerte, cuadró sus frágiles hombros y lentamente se volvió a mirar a Sable. Estaba reclinado junto a la puerta con los ojos entornados mirando el fino hilo de humo de su cigarro. Se había despeinado durante la corta lucha mantenida y unos cuantos rizos caprichosos caían sobre su frente amplia aumentando su apariencia de pirata. Al enfrentarse a esos ojos duros desde el otro extremo de la habitación, se sintió incómoda por la rapidez de los latidos de su corazón. Para combatir su propio nerviosismo, levantó la barbilla en gesto de desafío y habló con voz fría:

-¿Qué pretendes hacer con nosotros?

Sonriendo desagradablemente, dijo en tono casual:

- Lo has hecho muy mal. En lugar de un silencio pétreo deberías mostrar todas las señales de inocencia ultrajada y exigir saber qué ha hecho el bueno de Allen para estar en esta situación. Aceptaste la derrota con demasiada facilidad. Me has desilusionado, Nick. Estaba seguro de que intentarías afrontarlo descaradamente.

Nicole se endureció al oír el tono burlón y provocador e, incapaz de contenerse, estalló:

-¿De qué me hubiera servido? Obviamente conocías todo el plan.

- Hmm, es verdad... pero nunca, pequeña arpía, nunca reveles tan descaradamente que has perdido. Podrías haberme con- vencido de que no estabas involucrada en el intento de Allen. Y si hubiésemos conservado nuestra relación actual, habrías podido ayudar a tu cómplice. Es una

lástima que no seas más lista.

Nicole se contuvo haciendo un esfuerzo sobrehumano y clavó la vista en un punto por encima de la cabeza de Sable ignorando sus provocaciones. Sable sonrió, complacido. Qué pequeña arpía más obstinada era. Y qué inconsciente de su propia belleza. Un sentimiento de intensa satisfacción lo inundó mientras la contemplaba. Nunca más se levantaría a medias de su cama tentado por los pensamientos del adorable cuerpo de miembros largos y esbeltos que dormía a corta distancia; nunca más volvería a perseguirlo el recuerdo de esa joven saliendo del agua en las Bermudas.

No le importaba quién era, ni por qué estaba en su barco disfrazada de hombre. Era una mujer, una mujer deseable, que había conspirado contra él. Se entrecerraron sus ojos al recordarlo y durante un largo rato su dura mirada se clavó en la cabellera oscura donde un rayo de sol arrancaba destellos rojizos como llamas encendidas. Qué se podía esperar de ella, pensó injustamente. Las mujeres de pelo rojo, cualquiera fuese el matiz, no eran de fiar. Qué bien había aprendido esa lección, reflexionó con amargura. Y de repente apareció ante él el rostro de Annabelle... Annabelle la del cabello de fuego y los ojos verdes... Annabelle que había mentido y engañado y urdido su ruina al tiempo que él depositara su joven corazón a sus pies... ¡perra mal nacida! ¡Perra mendaz y conspiradora!

Nicole, que seguía con la mirada perdida detrás de él, se estaba cansando de su incertidumbre. No iba a permitir que la provocara o la amedrentara. Desgraciadamente, no era hábil en ocultar sus emociones y su actitud beligerante se reflejaba claramente en su rostro.

Los negros recuerdos de Sable se desvanecieron al verle la cara y con algo cercano a una carcajada, preguntó:

-¿Piensas quedarte así para siempre? Puedo asegurarte que te cansarás de ello después de algunas horas.

Le lanzó una mirada fría y distante al tiempo que respondía:

-¿Qué otra cosa podría hacer? -Su voz sonó fría como el hielo y al ver la rápida sonrisa que asomó a sus labios podría haberle clavado un puñal en el corazón.

Él se apartó de la pared y se acercó lentamente a ella, le puso un dedo en la barbilla y le alzó el rostro para que lo mirara a los ojos. Entonces agachó la cabeza y burlonamente le acarició la boca con los labios.

- Pareces impaciente. ¿Estás ansiosa de que comiencen tus nuevas tareas? - murmuró contra la boca. Luego sus labios se deslizaron por la mejilla y le besó la oreja -. Desde luego que si así lo deseas, podemos empezar inmediatamente. Ha pasado mucho tiempo desde que estuvimos en las Bermudas y no puedo pensar en nadie que hubiera preferido para romper mi

celibato forzoso.

Nicole se apartó bruscamente de él.

-¿Ni siquiera Louise Huntleigh?

Los ojos dorados relumbraron de furia entre las espesas pestañas negras y Nicole percibió el súbito arrebato de mal genio.

-¡La dejaremos fuera de esto! -ordenó. Impulsada por una emoción oculta y desconocida, argumentó:

-¿Por qué? ¿No es tu amante? ¿Crees que se sentirá complacida cuando se entere de que has estado retozando con otra?

- Eres muy jovencita, ¿no es así, Nick? - se mofó él. Luego, al ocurrírsele otra idea, preguntó-: ¿Qué edad tienes? Sin duda no los quince años que me has hecho creer. Mientras estamos en ello también podrías decirme tu verdadero nombre. No puedo seguir llamándote Nick. Aunque debo confesar que, a pesar de todo, probablemente siempre pensaré en ti como Nick.

No podía decidir qué contestarle, pero eran preguntas tan insignificantes para resistirse que le dio las respuestas que le pedía.

- Bien, Nicole, otra pregunta con tu permiso. ¿Cuánto hace que eres la amante de Allen?

Esa pregunta, vociferada ásperamente, hizo que Nicole se tomara una pausa. Seguramente no le creería si afirmaba que jamás había sido la amante de Allen ni de ningún otro. Por otra parte, cuando él la tomara como haría sin lugar a dudas, su virginidad sería evidente. Resignada, murmuró:

-Jamás he sido su amante.

- Mi querida criatura, ¿esperas que me trague eso? - preguntó burlón.

Sosteniéndole la mirada, lo desafió:

- ¿No hay una manera de averiguarlo acaso? - Al ver el brillo especulativo en los ojos ambarinos, añadió-: ¡Juro que me defenderé y puedes estar seguro de que no lo disfrutarás!

-¿Qué? ¡No disfrutar de ser el primero! -se burló-. Eres demasiado joven y cándida para pensar así. La virginidad de la mujer es el don más preciado por un hombre.

- Pero yo no soy tu mujer - replicó ella, enojada pero aun así extrañamente excitada.

-No -respondió con una sonrisa en sus labios-. ¡No por el momento! Ni tampoco hemos probado la verdad de tu afirmación. Debo admitir que me resulta difícil creer que Allen no se haya aprovechado de ti. Desde luego que -finalizó él a la ligera -, estoy deseoso de que se me demuestre lo contrario.

Pasó por alto el reto y consideró más prudente cambiar de tema.

- ¿Qué te propones hacer con Allen?

La sonrisa se desvaneció al instante y se endurecieron sus facciones en una máscara de severidad implacable.

- Te convendría olvidar a Allen. No es beneficioso para ti por ahora.

-¿Olvidarle? ¡Debes de estar loco! ¡Le quiero! ¡No puedo apartarle de mí como si nada hubiese pasado! -gritó apasionadamente.

- ¿Le amas? - preguntó él, tajante -. Hace un momento afirmaste que no erais amantes. Decídete, Nick. ¿Cuál es la verdad?

-¡Maldito seas! Tergiversas todo lo que digo. No te diré nada más. Piensa lo que te venga en gana. Lo harás de todos modos - añadió con resentimiento.

Los ojos de Nicole eran casi negros por el fuego de la pasión y el sufrimiento al arrojarle estas palabras, pero Sable no se mostró conmovido. La observaba como si fuera una criatura divertida. Exasperada por su actitud, Nicole dio una patada en el suelo y poniendo los brazos en jarras, gritó:

- ¡Dios te maldiga, Sable! ¡No te quedes ahí sentado! Contesta mi pregunta. ¿Qué pretendes hacer con Allen?

Sable soltó una carcajada burlona y dijo en tono desdeñoso:

- ¿No estás olvidando que soy el único que está en condiciones de preguntar y exigir respuestas? Recobra la calma, jovencita impetuosa.

Rechinando los dientes, Nicole se tragó su rabia impotente. ¡Cómo se atrevía a permanecer tan frío, tan insensible, cuando había hecho un caos de su vida y encarcelado a Allen, Allen que le había salvado la vida! Giró sobre sus talones resuelta a salir dando un portazo, pero la voz de Sable, severa ahora, la detuvo en seco.

-Siéntate, Nick. No vas a ir a ninguna parte, al menos por el momento. Tu lealtad hacia tu... er... cómplice, aunque admirable, es innecesaria. Ese hombre es perfectamente capaz de apañárselas por su cuenta. ¡Tú no! Si yo no te deseara como te deseo... sólo Dios sabe por qué... estarías encadenada en la bodega con él. Y hasta te colgarían con él - añadió con deliberación.

Conmovida y escandalizada, Nicole estalló:

- ¡No puedes colgarlo! ¡No tienes ningún derecho!

Él continuó imperturbable.

- No le colgaré yo. Dejaré esa tarea a las autoridades de Nueva Orleans. -Endureció la voz y continuó-; Tu precioso Allen es un espía británico.

-¿Cómo lo sabes? ¡No tienes ninguna prueba!

- No necesito ninguna prueba. Da la casualidad que sé que es miembro de la Armada Real, de hecho capitán. En caso de que lo hayas olvidado, Estados Unidos está en guerra con Inglaterra. Aun cuando no hubiese tratado de robar el libro de claves, podrían colgarlo por el solo hecho de estar en mi barco.

- ¿Qué dices? Allen no ha hecho nada mientras ha estado a bordo de tu barco. Ni siquiera puedes probar que estaba haciendo algo indebido hoy -replicó Nicole con desdén tratando de ocultar el miedo que le oprimía el corazón.

Sable respiró a fondo y sofocó el impulso de ponerla boca abajo sobre sus rodillas y propinarle una buena paliza para hacerla entrar en razón. No parecía darse cuenta de la gravedad de su situación y su fe ciega en Allen le fastidiaba considerablemente.

- Allen perteneció a las tripulaciones de otros dos barcos antes de incorporarse a *La Belle Garce*. ¿Dirías que fue pura casualidad que esos dos navíos anteriores fueran tomados por los británicos a los pocos días de haber subido él a bordo y que ambas veces escapara milagrosamente el señor Ballard, sólo para reaparecer más tarde sobre otro barco de los Estados Unidos?

Nicole, perturbada, se revolvió en su silla, pero se aferró a su actitud agresiva.

- Lo estás inventando para desacreditarlo. Además - persistió-, ¿para qué querría permanecer en *La Belle Garce* un capitán de la Armada Real? Se trata de un barco civil... no lleva secretos militares.

Sable casi sonrió por la referencia posesiva que utilizó para el barco, pero su voz no reveló sus pensamientos al responderle.

-¡Allen no es ningún tonto! Sólo tenía que permanecer de incógnito en *La Belle Garce* y suministrar a sus superiores las fechas de salida y las rutas de otros corsarios.

Ante la mirada de incredulidad de Nicole, añadió:

- Yo también tengo mis propios métodos para averiguar cosas. Fue una tarea sencilla conseguir que cierto... er... amigo en Jamaica pidiera algunos datos sobre un supuesto espía de la armada. Naturalmente, no se dio ninguna información en cuanto a las órdenes que tenía Allen o su paradero, pero el testimonio que recibí revela claramente que la Oficina del Almirantazgo Británico en Londres tiene en muy alta estima al joven capitán Allen Ballard.

Horrorizada y no poco consternada al descubrir que efectivamente Allen era el espía que ella había sospechado, Nicole palideció. Era indudable que Sable presentaría su información a las autoridades apropiadas y colgarían a Allen. Por el momento el peligro que ella misma corría pasó a segundo plano ante el peligro de muerte que corría Allen, y estudió atentamente a Sable.

Según todas las apariencias, éste no se había alterado en absoluto por los acontecimientos

del día, hasta se podría decir que era indiferente a todo. Si le hubiese convenido que Allen continuara en su puesto, se lo habría permitido, al igual que habría hecho la vista gorda con respecto a su propio disfraz indefinidamente. No estaba segura de su papel en aquel drama, pero sospechaba que él se había aburrido de la situación y había decidido ponerle término. Tenía la plena convicción de que el deseo que sentía por ella había sido un factor decisivo, y consideró la posibilidad de usar la pasión de Sable en provecho propio. Cautelosamente, preguntó:

- ¿Si obtuvieras algún beneficio personal, olvidarías la identidad de Allen y le permitirías escapar?

- Mi querida Nick, ¿estás tratando de sobornarme? - preguntó, curioso.

La joven asintió lentamente mientras la excitación hacía hervir la sangre en sus venas. Pero Sable hizo añicos su ilusión riendo cruelmente.

- ¿Qué tienes para ofrecer? Ni un penique, y no creo que Allen esté en condiciones de negociar conmigo.

Era una situación delicada y Nicole estaba jugando con la suposición muy aventurada de que Sable la deseaba dispuesta a satisfacer sus requerimientos y no pateando y arañando. Era una realidad muy dura, pero respirando profundamente, dijo con osadía:

-No tengo nada que ofrecer excepto mi propia persona. Te propongo un trato... yo voy a tu cama voluntariamente y me quedo contigo todo el tiempo que desees y tú liberas a Allen... tienes mi palabra.

CAPÍTULO IX

La proposición estrafalaria de Nicole dejó estupefacto a Sable. Después de varios minutos de desconcierto, preguntó con curiosidad:

-¿Estás diciendo que te convertirías en mi amante si libero a Ballard?

-¡Exactamente! -contestó con más confianza de la que sentía.

Durante largo rato la mirada de Sable se paseó sin prisa por el cuerpo esbelto de la joven. Inconscientemente, ella se puso rígida de furia por la evidente apreciación que hacía de su cuerpo y, olvidando toda prudencia, alzó la barbilla, desafiante:

- Bien, ¿aceptas el pacto?

Con una leve sonrisa burlona curvándole los labios, Sable se alejó del escritorio y caminó con lentitud hacia ella. Cuando la encerró entre sus brazos, el cuerpo de Sable estaba caliente y duro. En ese momento Nicole sintió un temblor en las piernas que no tenía nada que ver con el miedo.

- ¿Por qué no? - inquirió él en un murmullo y luego sus labios le cubrieron la boca, sondeando y explorándola.

Nicole permaneció entre sus brazos, dócil e insegura, repitiéndose que lo hacía por Allen. Sus labios eran blandos, suaves e ignorantes bajo los de Sable y después de un momento él levantó la cabeza y bromeó:

- Tendrás que esmerarte más que eso, Nick.

Incurablemente sincera y ligeramente picada, Nicole replicó:

-¿Cómo podré hacerlo si no sé qué debo hacer?

Sable volvió a arquear una ceja, pero esta vez incrédulo e irónico.

- ¿Vas a continuar con esa absurda pretensión de virginidad? En tu lugar yo no lo haría. Te vi aquella tarde cuando te encontraste con Allen en la laguna y fui testigo del abrazo que os disteis. Jamás, mi querida Nick, intentes hacerme pasar por tonto.

- Estoy diciendo la verdad - afirmó ella, inflexible -. Además, sería muy necio por mi parte tratar de mentir sobre algo que puede verificarse con tanta facilidad.

Observó las facciones barbadas con suma atención y anheló que él no fuera tan diestro en ocultar sus emociones. ¿Qué había detrás de aquellos inescrutables ojos dorados? El semblante no lo traicionó y Nicole se agitó, inquieta, entre sus brazos de acero mientras los segundos pasaban y él continuaba callado. Finalmente, él comentó:

- Hay una sola forma de averiguarlo, ¿no es así?

Nicole asintió lentamente y el corazón le latió con furia en la garganta. Observándole el rostro fijamente, Sable la soltó y dijo con brusquedad:

- Lo dejaremos aquí. - Una sonrisa repentina iluminó su rostro y echándole una mirada maliciosa, añadió-: Preveo un respiro muy placentero para ambos.

Nicole no abrió la boca. Él había aceptado su ofrecimiento temerario y precipitado y ella estaba obligada a cumplirlo. Por lo menos tenía el consuelo de saber que Allen estaba a salvo. Inquieta, recordó que Sable no había aceptado exactamente, pero lo había dejado entender con claridad.

La mirada de preocupación de Nicole cayó en el cofre cuando él se lo echó al hombro. Al advertir el interés de Nicole, Sable sonrió con frialdad y aclaró sin piedad:

- No os habría servido de nada en absoluto, Nick. Esos libros de claves abandonaron el barco esta mañana cuando estabas en el pañol. Higgins ya debe de estar casi a mitad de camino de Nueva Orleans en estos momentos.

Nicole se puso blanca y casi tartamudeando de rabia exigió:

-¿Cómo es posible? Ni siquiera te acercaste a la caja fuerte esta mañana.

- No eres tan lista como crees, Nick. Fue muy sencillo sacarlos anoche y confiárselos al segundo oficial esta mañana. Un individuo muy leal ese Higgins -concluyó con ese tono cansino tan irritante que solía emplear.

Nicole se sintió culpable al oír hablar de lealtad, pero odiaba el tono irónico de la voz, así que con el cuerpo tan tieso e insensible como era posible, le permitió guiarla fuera del cuarto. La cubierta estaba desierta a excepción de unos cuantos tripulantes que paseaban ociosamente.

Nadie habló mientras se bajaba el bote al agua y se subían en él. Fue un silencioso trayecto hasta la costa; los únicos sonidos que rompían el pesado silencio que los envolvía eran el batir de los remos, el silbido de las olas al azotar el casco y el ocasional grito de una gaviota en el aire salobre.

Sable prestaba poca atención a Nicole y por un segundo, mientras se alejaban del bote, consideró la idea de echar a correr a toda velocidad por la playa y guarecerse en los edificios de techos de paja tras las primeras hileras de árboles.

- Yo no lo intentaría si estuviera en tu lugar, Nick. - La fría advertencia de Sable hizo que tropezara en la arena y, desechando la desalentadora idea de que debía haberle leído el pensamiento, preguntó con inocencia:

-¿A qué te refieres?

- ¡Sabes muy bien a qué me refiero! Basta ya de tratar de engañarme. -Luego, con toda

deliberación, añadió-: Recuerda al pobre Allen.

Reconoció, dolida, que casi había olvidado a Allen y abandonó la idea de escapar.

Algunas horas más tarde, mientras se deslizaban hacia un pequeño desembarcadero, Nicole cayó en la cuenta de que había estado ensimismada en sus propios pensamientos mientras remontaban lentamente las negras aguas pantanosas del río. Clavó la mirada vacía en los inmensos cipreses en sus colgajos de musgo gris como velos espectrales. De pronto se sobresaltó al advertir que habían llegado a su destino y, como alguien que despierta de un sueño desagradable, reaccionó mentalmente y adoptó una máscara de serenidad para ocultar el torbellino interior.

Thibodaux House era una antigua plantación. Las tierras se habían arrebatado a la selva virgen cuando Nueva Orleans no era más que un manojo de chozas de madera apiñadas a lo largo de un recodo plagado de pantanos y alimañas del turbio río Mississippi. Donde alguna vez habían reinado las ciénagas y los espectrales bosques de cipreses y robles, se extendían ahora los campos de algodón y de caña de azúcar hasta las mismas márgenes de los malecones que retenían el río y los siempre cambiantes brazos pantanosos que de otro modo habrían rodeado y cubierto otra vez la tierra.

Hacía tiempo ya que se había destruido la casa original, y la había reemplazado otra mansión más moderna y elegante. La casa actual tenía menos de veinte años, si bien los robles imponentes que bordeaban la ancha avenida que llevaba a ella eran casi centenarios. Sus enormes ramas nudosas por poco se tocaban por encima del camino y de ellas colgaban las barbas de monte como una niebla sutil gris verdosa, formando una larga arcada sombría por donde ahora caminaban Sable y Nicole. La avenida terminaba abruptamente y ante ellos se erguía Thibodaux House, majestuosa bajo el sol invernal. Magnolias, pacanas y los siempre presentes robles se hallaban diseminados en estudiado descuido por las inmediaciones del edificio como el marco de un hermoso cuadro. Y la casa, sabedora de su extraordinaria belleza, emergía, orgullosa y magnífica, de ese parque natural de césped verde esmeralda que la circundaba. Galerías, anchas y frescas, rodeaban la casa por los cuatro costados. Una baranda de hierro trabajado en filigrana de color verde claro bordeaba el piso superior, mientras que las gráciles columnas de ladrillo enlucido que rodeaban la planta baja eran de un blanco increíble. Las persianas que adornaban las numerosas ventanas altas y angostas eran del mismo tono verde que la baranda superior, al igual que las dos escaleras a ambos lados de la casa.

Por unos momentos Nicole se permitió el placer de admirar la serena y casi arrogante belleza de aquella mansión. Pero poco después no pudo menos que preguntarse a qué se debía la presencia de Sable en el lugar. ¿Tenía amigos tan ricos y de tan buena disposición que podía

visitarlos a voluntad? ¿O había obtenido esa casa por medios ilícitos? Y gracias a sus sospechas y recelos, pudo disimular toda la admiración que sentía.

Ni siquiera le arrancaron comentario alguno los pisos de mármol blanco y negro del inmenso vestíbulo principal cuyas baldosas estaban dispuestas en un encantador diseño de diamante. Con el cuerpo rígido y la cabeza alta permanecía al lado de Sable mientras él hablaba en voz queda con un negro alto y esbelto de austero traje negro y camisa blanca que acentuaba la negrura de su piel. Nicole no prestó atención a la charla mantenida en voz baja sino que dejó la mirada perderse en el espacioso vestíbulo, sin ver ni oír nada. Tan absorta estaba en sus esfuerzos por aparentar indiferencia que el leve roce de Sable sobre su brazo, al llevarle en dirección a la imponente puerta principal, le hizo dar un respingo.

Sonriendo, Sable comentó con frescura y aplomo:

-¿Nerviosa, querida? No temas. Te aseguro que no tengo ninguna intención de atacarte como un lobo hambriento.

Sus palabras mordaces no tranquilizaron a Nicole, pero sospechaba que no había sido ésa la intención. Recobrándose, le lanzó una mirada de odio. Sable se rió, y apretando la mano que le rodeaba el brazo, la empujó disimuladamente hacia la galería baja. Ignorando el evidente rechazo de la joven, continuó empujándola en dirección a una de las escaleras. En el primer escalón los recibió una negra joven y sonriente con la cabeza envuelta en un pañuelo grande de vivos colores. Sable saludó a la joven con amabilidad, y Nicole, viendo con amargura cómo se iluminaba de alegría la cara negra de la muchacha al oír sus palabras, se preguntó cómo era capaz de cautivar sin el menor esfuerzo a quien se propusiera y cuando lo deseaba. Al menos a ella no la estaba cautivando, pensó.

Sable bajó la vista y la observó. Como si adivinara sus pensamientos, afirmó:

- Estoy seguro de que pasarás por alto la efusiva alegría de los sirvientes a mi regreso, pero ellos por alguna extraña razón se complacen en trabajar para mí. No tienen, supongo, tu misma opinión desfavorable en cuanto a mi carácter.

- Mi querido señor, tu relación con los sirvientes no es de mi incumbencia en absoluto -dijo con displicente hastío-. En este momento lo único que me interesa es mi cama y mi baño.

- Entonces sin duda te complacerá mucho el servicio de Galena. Será tu doncella mientras permanezcas aquí. No dejes de pedirle todo lo que necesites - añadió en tono enérgico.

- No tengas ninguna duda de que lo haré - ronroneó dulcemente Nicole.

Sable sonrió; luego se alejó en dirección a la oficina del capataz, un edificio pequeño de ladrillo ubicado al otro lado de la cocina de la plantación.

Como era típico de las casas de Louisiana, la cocina era una construcción separada detrás

de la casa principal; luego venía la oficina del capataz, detrás de ésta los palomares y un poco más allá las dos hileras de pequeñas cabañas de ladrillo que servían de alojamiento a los esclavos. A lo lejos, detrás de éstas, el capitán Sable pudo ver los campos verdes de caña de azúcar. Por un momento se compadeció de la familia que había perdido toda esa riqueza tan sólo en una partida de dados, pero los olvidó con rapidez al abrir de un empujón la puerta de la oficina de su capataz.

Nicole se paseó por el espacioso dormitorio elegantemente decorado en el que se encontraba, preguntándose cómo llegó Sable a rodearse de semejante lujo. Era un cuarto espléndido: suaves alfombras de lana cubrían la mayor parte del lustroso piso de madera; una enorme cama de caoba tallada con alegres colgaduras de seda amarilla estaba situada contra una pared; aquí y allá se veían mesitas adornadas con incrustaciones; unas cuantas sillas y sillones tapizados en damasco de excelente calidad se agrupaban cerca del hogar; y encima de la repisa de la chimenea un magnífico espejo dorado reflejaba toda la habitación.

Volviendo la espalda a la chimenea, caminó hasta una de las ventanas altas y angostas con cortinas de raso del mismo matiz amarillo que las colgaduras de la cama y se quedó con la mirada fija en la lejanía. La vida era realmente endemoniada, decidió con tristeza. Ayer a esa misma hora, Allen y ella tenían el mundo en las palmas de las manos y ahora el maldito capitán Sable lo había mandado todo al mismísimo infierno. Se quedó contemplando la gran extensión de césped a la mortecina luz del atardecer y trató de imaginar cómo se sentiría al día siguiente... ¡después de aquella noche!

En silencio observó la puesta del sol y deseó, al verlo desaparecer lentamente detrás de altísimos robles, que la noche hubiera pasado ya. Mas, a pesar de una cierta timidez, Nicole no era cobarde y había dado su palabra. Era verdad que le agradaría cambiar de opinión y mientras Galena se ajetreaba en la alcoba a sus espaldas y extendía sobre el lecho una bata de seda de color verde intenso y un camisón de un tono más claro, pero no menos transparente, sintió el deseo apremiante de salir corriendo de la habitación y suplicarle a Sable que olvidara ese necio pacto que había hecho en el barco. Sin embargo, al pensar en el destino de Allen comprendió que no podía hacerlo. Sabía que los planes de Sable con respecto a Allen se habían alterado por su intervención, y el capitán le haría cumplir lo prometido.

Sombríamente, como un gladiador preparándose para la arena, dejó que Galena le soltara y lavara el cabello, y con el mismo aire de resignación se sometió al baño de agua perfumada de jazmín. Cerrando los ojos, deseó que su cuerpo entumecido se relajara en el agua caliente y para su sorpresa así fue. Lamentó dejar el baño, pero permitió que la doncella la envolviera en una enorme toalla esponjosa y la guiara a la cama. Las manos suaves y diestras de Galena le

dieron un masaje, relajándola poco a poco. Luego con un aceite ligeramente perfumado con una mezcla de jazmín y madreselva le frotó la piel hasta dejarla suave y elástica. Con docilidad, Nicole se puso el camisón y la bata que cubrieron su cuerpo desnudo con suaves pliegues hasta el suelo. De pronto, se preguntó adónde había ido a parar su voluntad de pelear, y recordó que no debía haber ninguna resistencia por su parte, que tenía que estar dispuesta y deseosa: ése había sido su propio pacto.

Su aturdimiento era tal que ni siquiera la aparición de Sable con una bata de seda dorada con brillantes dragones chinos en negro logró hacerla reaccionar.

Actuando como si recibir a caballeros en su alcoba fuera frecuente, permaneció impasible mientras Sanderson, el negro con quien había hablado Sable al llegar, ponía la mesa y procedía a servirles la cena. Era una comida digna de la realeza, pero por lo mucho que saboreó Nicole los suculentos camarones, el *filet de boeuf aux champignons*, y el arroz de la India con ostras, podría haber estado comiendo corteza negra de pan reseco. Con el segundo plato se sirvió un vino de borgoña rojo intenso y Nicole vaciaba su copa tan deprisa como la llenaban.

Sable, arrellanado en su sillón y saboreando un cigarro después de la cena, sonrió al verla vaciar otra copa de vino con aire desafiante. La joven miró a Sanderson, pero el criado, al ver el decidido gesto negativo de Sable, fingió no verla, e interpretando correctamente la mirada que le enviaba su amo, quitó la mesa con rapidez. Luego Sanderson salió de la habitación no sin antes dejar una botella de coñac para Sable.

Ella lo vio partir, consternada, y luego decidiendo precipitadamente que el ataque era la mejor defensa, respiró a fondo y dijo:

-¿Y ahora?

Sable le sonrió con cierta indolencia, pero después de apagar el cigarro a medio fumar aplastándolo en el cenicero, se desvaneció su sonrisa.

- Y ahora, mi pequeña arpía... ¡averiguaremos cuánto de verdad hay en todo lo que me has estado diciendo!

CAPÍTULO X

Las palabras la sacudieron como una ráfaga de viento helado.

Petrificada, lo observó con ojos oscurecidos por la emoción cuando él se puso lentamente de pie y comenzó a acercarse. Sable se quedó junto a ella por un momento y le estudió el rostro de facciones levemente turbadas, ojos casi negros por el torbellino de emociones que la embargaban y boca generosa e incitante. La cabellera oscura de reflejos rojizos le caía sobre los hombros y le enmarcaba la cara dándole la apariencia de alguna extraña criatura de los bosques; una criatura salvaje jamás rozada por los hombres. Sus ojos se demoraron por un momento sobre la boca entreabierta y después se deslizaron hasta las suaves curvas de los pechos, contemplándolos como hechizado al verlos subir; y bajar cada vez más aprisa bajo el velo verde de su camisón.

Nicole jamás se había sentido tan consciente de su propio cuerpo, pero por otra parte nunca había llevado una prenda tan transparente en su vida, ni, lo más importante de todo, nunca había sido el objeto del interés sensual de Sable.

Percibió una rara sensación de indiferencia a todo lo que la rodeaba, casi como si aquello le estuviera pasando a otra persona. La sensación continuó incluso mientras él la envolvía con sus brazos. No era a ella a quien estaba besando con labios apasionados; los brazos que la estrechaban contra aquel cuerpo delgado y alto, sostenían, en realidad, a otra chica, mientras ella, Nicole, era simplemente una espectadora.

Sable percibió su falta de atención y tuvo conciencia de su indiferencia, así que apartó los labios de la boca de Nicole. Podía sentirlo en el cuerpo grácil que apretaba entre sus brazos y en la blandura de los labios que había cubierto con su boca. La observó con los ojos más ambarinos que nunca, ocultos por las espesas pestañas negras. Tal vez era virgen como afirmaba, pero tenía sus dudas. Y como la creía más proclive al engaño que a la lealtad, perdió poco tiempo en preliminares. De un ligero manotazo le arrancó el camisón agarrándolo del escote y tirando hacia abajo.

Nicole quedó desnuda e inmóvil ante él y la luz de las velas bañó el cuerpo esbelto y marmóreo. Al contemplar la belleza de ese cuerpo de pechos erguidos con pezones de coral intenso, el estrecho tronco sobre una cintura pequeña y cimbreante, el estómago tenso y plano y el adorable triángulo oscuro entre las largas piernas, Sable se quedó sin respiración y el deseo hizo erupción en él como un volcán ardiente. Levantándola en sus brazos la llevó a la cama.

Sable se acostó al lado de Nicole que permanecía inmóvil sobre las sábanas perfumadas, con la larga cabellera cayendo como un manto de fuego alrededor de los hombros. Tendido de

costado cerca de ella, tocándola apenas, inclinó la cabeza y la besó despacio a pesar del deseo apremiante de su cuerpo, pero sin obtener respuesta una vez más. Disgustado, se incorporó apoyándose en un brazo y la miró a la cara.

Con el semblante serio y esa sensación de total indiferencia desvanecida levemente, Nicole clavó la mirada en el duro rostro barbudo. De él emanaba un deseo animal que perturbó aún más su calma exterior.

- Mírame, Nick -le ordenó suavemente, y tomándole el mentón la obligó a contemplarlo de frente. Con voz que traicionaba su ira contenida y creciente, refunfuñó-: Cuando te beso, maldita sea, quiero sentir que estoy besando a una mujer de verdad y no a una solterona de labios resecos.

Le estrujó la boca con un beso violento obligándola a entreabrir los labios. Exploró y saqueó su boca sosteniéndole firmemente la barbilla en la mano sin permitirle ni un respiro durante el asalto. Sacudida por la cruda impaciencia de la boca de Sable, Nicole se sintió impotente contra el súbito flujo de deseo que emergía en todo su cuerpo. Incapaz de resistirse, sus labios se tornaron suaves y complacientes debajo de los de él. Cuando percibió que Nicole se le entregaba sin resistencia, le soltó la barbilla y sus dedos comenzaron a acariciarle la barbilla y el cuello antes de que su mano se deslizara a los hombros y descendiera por la espalda, dejando una estela de fuego a su paso. Nicole se sintió como una posesa, como si otra criatura, un animal sensual y ardiente, hubiera entrado en su cuerpo. Sus brazos se extendieron por voluntad propia para abrazar a Sable. Sus manos, siguiendo los dictados de su propio deseo, acariciaron la cabeza oscura de Sable y luego, osadamente, se deslizaron hacia abajo para explorar su cuerpo largo y esbelto, la espalda ancha surcada de ásperas cicatrices y los brazos de músculos suaves y tensos como el hierro. Las manos de Sable eran como tenazas de fuego deslizándose con delicadeza sobre el cuerpo de la joven; su boca ya no saqueaba, pero seguía hambrienta y exigen- te mientras intentaba despertar y agitar el deseo en ella. Nicole se estaba hundiendo en un mar de nuevas sensaciones sin poder pensar con cordura ni por un segundo, devorada por una pasión que ardía con más intensidad con cada nueva caricia. El cuerpo duro y caliente de Sable parecía arrastrarla hacia las profundidades de esa pasión devoradora: el suave roce del vello del pecho sobre sus senos, la fortaleza de aquellas piernas contra las suyas, y el símbolo de su misma masculinidad entre ellas, caliente y vibrante.

Cuando el deseo borró todo pensamiento coherente de su entendimiento, Sable ya no pudo dominar más sus emociones. Ya no pudo tocar y explorar con igual delicadeza la carne sedosa de la muchacha. Olvidando su posible virginidad, ciegamente, su mano buscó la satinada suavidad entre las piernas y sus dedos se introdujeron en ella sin previo aviso.

Al sentir esa primera caricia violenta entre los muslos, todo el cuerpo de Nicole se tensó. Invadieron su mente los recuerdos de Sable con otras mujeres y supo que no podría seguir adelante. Los pensamientos mataron la pasión que había nublado su entendimiento y separando la boca de la de Sable, se apartó temerosa ingeniándoselas para eludir sus manos. Mitad sobre el lecho y mitad de rodillas sobre el suelo, le clavó la mirada mientras él fruncía el ceño y seguía con los ojos vidriosos por la pasión. Tratando de explicarle sinceramente los motivos que la llevaban a su rechazo, tartamudeó:

-¡Yo... yo no puedo! ¡Por favor, entiéndelo!

Las palabras parecieron dejar pasmado a Sable y por más de un minuto se quedó mirándola fijamente, incapaz de entender lo que le decía. Pero después recordó su posible virginidad y cambió toda su actitud: sus ojos se volvieron cálidos e insinuantes al posarse sobre el rostro tenso de Nicole.

-Silencio, cariño. Ven a mí y déjame enseñarte. No te lastimaré... lo prometo. Por Dios, Nicole, déjame amarte -dijo con voz ronca, y desarmándola con su gentileza, tomó entre sus brazos su cuerpo dócil hasta acostarlo junto a él.

Permanecieron así, juntos, durante varios segundos y Nicole tomó conciencia de los cuerpos desnudos rozándose; cuando él la besó moviendo los labios en suave ritmo sensual, se hundió nuevamente en un embriagador mar de deseo. Las manos viriles exploraron las esbeltas curvas y hondonadas, lentamente esta vez, enloquecedoramente, acariciándola, tocándola con dulzura. Mareada, trató de liberarse de la tela de araña que Sable estaba tejiendo alrededor de ella, pero su cuerpo ya estaba atrapado en el deseo ardiente que él había despertado con tanta pericia. Un débil gemido escapó de su garganta cuando los labios de Sable dejaron su boca, magullada por los besos ardientes, para deslizarse lentamente hasta los pezones endurecidos. No estaba preparada para el placer que le proporcionaron sus dientes al mordisquearle con ternura la carne tibia enviando un escalofrío de puro deseo animal por su espalda. Sus manos se movían sobre la piel con energía sensual, acariciándole lentamente la parte posterior del cuello, descendiendo por la columna hasta las caderas, excitándola más allá de toda razón. La atrajo hacia él y ambos quedaron de costado, con los senos rozando el rudo vello del pecho viril. Entonces Sable le hizo sentir que estaba pleno y listo para ella. Rápidamente le tomó una mano y la guió a él ignorando la sorpresa de la muchacha.

Instintivamente Nicole supo lo que deseaba y experimentó una súbita oleada de ternura cuando le oyó contener el aliento y ponerse tenso mientras sus manos inexpertas exploraban su esencia. Un gemido ahogado surgió de él cuando ella continuó acariciándolo y Sable sintió crecer su necesidad de ella, hasta que supo que debía poseerla cuanto antes.

Despacio, la depositó sobre la cama mientras le exploraba la boca con apremio creciente. Nicole estaba tan turbada por todas aquellas sensaciones nuevas para ella que por su mente no pasó ni un solo pensamiento coherente. Cuando la mano de Sable tanteó suavemente entre los muslos, Nicole se sobresaltó, mitad de miedo, mitad de impaciencia, pero él la tranquilizó hablando contra su boca.

- No te muevas, amor... no te resistas, cariño. Será maravilloso... lo prometo.

Con un estremecimiento Nicole se apretó contra él y Sable cambió levemente de posición mientras sus dedos, gentiles y expertos, facilitaban el camino para la posesión. Se puso entre sus muslos, le separó las piernas con las rodillas y liberando la boca por un segundo, musitó:

- Déjame, amor, déjame llenarte y perderme en ti.

Aturdida y presa de un exacerbado frenesí de deseo, Nicole apenas le oyó. Sintió que se alzaban sus caderas y luego experimentó la primera presión de su entrada. Él la poseyó dulcemente, tan dulcemente que apenas si hubo un instante de dolor, y luego se deslizó dentro de la suavidad tibia y húmeda de sus muslos. Asaltada por un cúmulo de emociones y sensaciones, Nicole pudo sentir que su cuerpo se expandía para tomarlo, para amoldarse a aquella invasión. Besándola, él le susurró tiernamente:

-Sí, mi pequeña, eras virgen después de todo. - Pero luego el tono ligeramente cariñoso se perdió y su voz adquirió un tono ronco-: Dios, no sé si podré contenerme... te deseo con tanta desesperación.

Su boca tomó posesión de los labios entreabiertos de Nicole y su cuerpo, a pesar de sus palabras atento a la inexperiencia de la joven, empezó a mecerse contra ella hasta que no pudo aguantarlo más, y embistió violenta y casi dolorosamente dentro de ella. Aunque trató de no lastimarla, Nicole no estaba preparada para los movimientos súbitos y violentos del cuerpo viril y dejó escapar un grito de dolor. Al oírlo, Sable se obligó a aminorar la fuerza de sus movimientos, pero el cuerpo suave de Nicole le impulsaba a llenarla, a tomarla como jamás tomara a ninguna otra mujer. Llevado de un impulso incomprensible, deseó marcarla con su posesión, tomarla con tal intensidad y potencia que fuera por siempre suya. Y Nicole, ajena a todo menos al cuerpo sólido y compacto que estaba unido al suyo, súbitamente, con un arrebato febril se emparejó con él, alzando su cuerpo al encuentro de su embestida mientras sus manos le asían atrayéndolo contra ella como si no pudiera saciarse de él. Y cuando al fin hubo agotado la última emoción increíble convirtiéndose en una ráfaga salvaje de exquisito placer, Sable acunó el cuerpo tembloroso de Nicole entre sus brazos. Ella estaba exhausta por la tormenta que él había desatado y confundida por la facilitad con que había sucumbido a su pasión. Ni una sola vez había pensado en Allen y ahora recordaba con sentimientos de culpabilidad que se suponía

que se había entregado a Sable por Allen.

Quedó allí entre sus brazos, consciente de cierta incomodidad entre las piernas y de pronto se llenó de tristeza su corazón. Sable había sido gentil y tierno, no podía negarlo, pero aun así no se borraba la sensación de que lo sucedido aquella noche era algo de lo que nunca se podría sentir orgullosa. Se dijo que lo había hecho por Allen y no se lo echaba en cara: le debía la vida y había pagado un precio muy bajo por ello. Y con todo, aún había una pregunta que le corroía el alma... ¿fue sólo por Allen que se había entregado a Sable? No podía responderla y no quería enfrentarse a la verdad. Intranquila, se apartó un poco del cuerpo relajado de Sable y después de unos minutos empezó a dormitar a ratos, pero no pudo conciliar un sueño profundo. Pasados unos veinte minutos más o menos, con las lágrimas no derramadas atenazándole la garganta, se sentó en la cama ignorando a Sable que yacía junto a ella con la mano sobre la almohada donde había estado jugueteando con su cabello.

-¿Adónde vas? - No sé. Has tenido lo que deseabas. Ya no puedes sacar más de mí.

Sable se limitó a sonreír y sus ojos se volvieron aún más dorados y cálidos al contemplar sus bellas y delicadas facciones.

-Oh, no. A ti, te desearé una y otra vez durante algún tiempo. Ya estoy hambriento de ti otra vez, ¿lo sabías?

Nicole le miró y luego rápidamente desvió la vista de la prueba creciente de lo que decía. Acostada junto a él, con la mente confusa, tomó una decisión. Allen odiaría el pacto que hizo por él y ahora ella sabía que no podría continuar con ello. Ya le había entregado su inocencia a aquel hombre. No podía dar más y no quería dar más, temerosa de lo que podría revelarle de sí misma.

Ajeno por completo a su agitación y desconcierto, Sable le estaba acariciando la espalda con la punta de los dedos mientras su boca se deslizaba sobre el hombro.

- Ven de nuevo a mí, Nick -pidió con voz ronca por la pasión.

- ¡No, jamás! - replicó Nicole súbitamente asqueada por la sordidez de todo aquello. Se alejó de él de un salto con los ojos oscurecidos por la vergüenza -. Hice un pacto estúpido. No puedo convertirme en tu amante. Creí que podría, pero ahora descubro que, ni siquiera por salvar a Allen, puedo convertirme en una vulgar prostituta... y mucho menos en una de las tuyas.

Sable endureció el gesto y sintió la furia subir a su garganta al ver que ella pudiera pensar que todo terminaría tan fácilmente.

- ¡Puedes estar bien tranquila por lo que hace a tu pacto! - gruñó él-. No tengo ninguna intención de soltar a Allen Ballard y nada que puedas hacer cambiará mi decisión. - Ante la mirada incrédula de Nicole, se rió suavemente-: Nunca dije que lo soltaría con esas mismas

palabras, tienes que reconocerlo.

- Pero tú... tú - Nicole se quedó sin palabras mientras trataba desesperadamente de recordar sus palabras exactas.

- Yo dije «¿por qué no?». Debo reconocer que podría estar implícito. Pero debías haberte asegurado antes de dar por sentado que estaba de acuerdo.

Su furia se aminoró un tanto al ver la expresión turbada de Nicole y casi cariñosamente añadió:

- No se encuentra en manos de los norteamericanos en Nueva Orleans por el momento, así que podrías decir que he cumplido con el pacto. Pero, óyeme bien, Nicole, no soltaré a Allen... al menos no inmediatamente. Cuando decida que no va a causar más problemas, lo consideraré.

-¡Pero lo prometiste! -protestó Nicole acaloradamente, sin comprender muy bien lo que estaba diciendo Sable.

- ¡También tú! - replicó él-. Prometiste ser mi amante todo el tiempo que yo lo deseara... pero ibas a echarte atrás, no lo niegues.

-¡Eso es diferente! -argumentó a la defensiva. - Me temo que no puedo ver la diferencia. Y aunque los acontecimientos no estén dando los resultados que habías planeado, yo he cumplido mi parte. Allen todavía está vivo y hasta ahora no está en el calabozo de Nueva Orleans - resopló Sable.

-¡Eres un canalla traidor! ¡Una bestia monstruosa! ¡Me engañaste deliberadamente! - gritó Nicole, furiosa, despidiendo rayos por los ojos color topacio-. ¡Sabías que yo creía que lo liberarías después de esta noche!

- Y tú te habrías ido por la mañana, ¿no es verdad? - gruñó él-. Te habrías ido a reunir con tu cómplice después de engañar astutamente al capitán.

A Nicole la dejó pasmada que él pudiera considerarla capaz de semejante perfidia.

- Por favor, ¿podríamos olvidamos por un momento de Allen y del pacto? - preguntó en tono humilde -. ¿Podríamos hacer ver que he cambiado de opinión? No quiero ser tu amante, Sable... y Allen no tiene nada que ver con esto.

- Pero faltarías a tu palabra. Me la diste, no lo niegues -estalló, tajante.

- También tú la diste... y tampoco la has cumplido. Sabías que creía que dejarías libre a Allen mañana. ¡Así que estás faltando a tu palabra también!

-¡No exactamente! -respondió sonriendo-. Yo nunca te di mi palabra. ¡Tú sí y ahora no quieres cumplir lo prometido! Bien, déjame decirte, muchacha, que no me agrada que no me paguen las deudas. ¡Olvidaremos tu pacto, de acuerdo! Lo olvidaremos y te trataré como debí hacerlo cuando descubrí tu traición.

Lleno de rencor, alargó los brazos para atraparla. Y en ese instante, antes de saltar fuera de la cama, pensó que todas las mujeres eran iguales... mentirosas, tramposas y traidoras, y que ni siquiera Nicole era distinta de la primera mujer que había hecho que lo desterraran y vendieran a la armada. ¡Prostitutas... todas ellas, hasta la última!

Nicole había visto la determinación en la mirada de Sable un momento antes de que se moviera y se ocultó detrás de la mesa donde habían cenado. Al verlo avanzar sintió un escalofrío por la espalda. Percibió que lo impulsaba una emoción extraña, una emoción en la cual ella sólo había influido en parte y con temor creciente observó su avance.

Tenía el cabello negro revuelto y la luz vacilante de las velas proyectaba sombras siniestras sobre su rostro barbado y su cuerpo alto y esbelto. Sus ojos tenían una mirada helada y penetrante y el rictus malvado de su boca le hizo comprender que sólo matándolo podría salvarse. Giraron lentamente alrededor de la mesa, cazador y presa, y buscando frenéticamente una vía de escape o alguna forma de detenerlo, los ojos de Nicole dieron con la copa que él había usado durante la cena. Sin pensarlo dos veces, la agarró y de un golpe contra el canto de la mesa le rompió la parte superior; empuñándola por la base se aprestó a usar los afilados bordes como arma.

Relumbraron los ojos dorados y él se rió suavemente.

- ¿Crees que eso me detendrá?

Nicole asintió vigorosamente abriendo muy grandes los ojos y decidida a todo.

- No me detendrá, lo sabes - respondió él con frialdad -. ¡Me propongo tenerte y nada, nada, me detendrá!

Arremetió contra la mesa y Nicole tuvo que abandonar su protección. Ahora no había nada entre sus cuerpos desnudos, salvo el borde afilado y brillante de la copa. La sostuvo como si fuera un cuchillo y cautelosamente empezó a retroceder alejándose de él. El corazón golpeaba furiosamente en su pecho y se sintió un tanto mareada. Debía de haber estado loca para haber sugerido un pacto tan monstruoso y más loca aún para haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Y mientras Nicole seguía retrocediendo, se endureció la expresión de Sable y apareció un brillo glacial en su mirada antes de atacar. Nicole, sorprendida por su movimiento brusco e inesperado, tropezó con un sillón y no pudo recobrar el equilibrio ni protegerse. Sable asió la mano que sostenía la copa y le torció el brazo detrás de la espalda. La empujó por toda la habitación y le hundió la cara en la cama.

El dolor del brazo era inaguantable y, por un momento, con la cara hundida en el colchón de plumas, creyó que iba a asfixiarla. Entonces la mano se aflojó y su brazo quedó libre; antes de que pudiera tomar aire, las manos viriles de Sable le agarraron las caderas y le levantaron la

mitad del cuerpo fuera de la cama. Luchó y se retorció para liberarse, pero él le había rodeado la cintura con el brazo y la sostenía firmemente y, llena de incredulidad y un extraño cosquilleo de impaciencia, sintió la otra mano deslizarse entre sus muslos. Supo instintivamente qué pensaba hacer y luchó con mayor denuedo y fiereza, reacia a ceder al deseo que se agitaba en su interior, pero su forcejeo excitó aún más a Sable. El brazo soltó la cintura y con ambas manos en sus caderas la penetró por detrás.

Incapaz de liberarse, ni siquiera segura de desear estar libre, Nicole sólo tenía conciencia de ese cuerpo potente que estaba penetrándola y, con horror, experimentó un repugnante estallido de placer cuando él continuó embistiéndola hasta lo más profundo. Y entonces esa posesión mitad salvaje, mitad excitante, llegó a su fin cuando Sable soltó un gruñido gutural de pura satisfacción camal y se separó de ella. El cuerpo violado se desplomó sobre la cama. Sentía dolor entre los muslos y en su cerebro ardía un fuego colérico que nubló su razón. Vagamente oyó a Sable decir sin emoción en la voz:

- Lo siento, no merecías eso y no debía haber perdido la paciencia... pero, Nick, me temo que te lo buscaste. - La disculpa indiferente inflamó sus turbulentos sentimientos y soltando un gruñido salvaje se incorporó de espaldas y se dio la vuelta en dirección suya con el brazo extendido y la copa rota en la mano.

Aunque Sable se movió con la velocidad del rayo, no pudo escapar ileso. El tajo dio de lleno en el pecho de Sable, bajó en diagonal sobre las costillas de izquierda a derecha y descendió por el estómago y la ingle hasta terminar en el muslo. Sable se apartó de un salto, pero Nicole, empuñando el arma improvisada, siguió acechándole como un animal enfurecido, resuelta a destruir esa parte de él que le había quitado la virginidad hacía tan poco.

Sable la observaba con cautela. Era evidente que estaba resuelta a castrarlo y más evidente aún que gozaría al hacerlo. Retrocedió cautamente, manteniéndose a distancia de aquel trozo de cristal afilado como una navaja. Ni por un segundo apartó la mirada de los ojos de Nicole mientras se movían por la habitación con los papeles invertidos: ella la cazadora y él la presa ansiada.

Pero Sable tenía la mente ágil. Le permitiría acercarse; luego, en el último segundo, con habilidad la esquivaría apartándose bruscamente del arma. Una y otra vez escapó fuera de su alcance llevándola con habilidad hacia donde él quería.

Más enfurecida aún por esos saltos de bailarín que ejecutaba Sable, Nicole blandía la copa cada vez más frenéticamente. De repente, cuando la misma furia la volvió descuidada, apartó la mirada de los ojos de Sable... y en ese preciso instante él agarró su pesada bata de seda. Usándola como haría un matador con su capa, la hizo girar en el aire y la envolvió alrededor del

brazo de Nicole cubriendo la copa, que quedó inutilizada. De inmediato se abalanzó sobre ella y la aprisionó entre sus brazos mientras con una mano asía la que aún empuñaba el arma.

-¡Suéltala, Nick! -ordenó, pero Nicole la apretó con más fuerza. Sable la sujetó firmemente mientras le apretaba la mano a Nicole cada vez con más intensidad y causándole más dolor.

- ¡No lo haré! -jadeó ella retorciendo la delgada muñeca para liberarla del abrazo de hierro-. ¡Jamás!

El puño de Sable se cerró con más fuerza y Nicole se dio cuenta de que le rompería la muñeca si no soltaba la copa. La presión era casi inaguantable y luego, de repente, desapareció. Los dos oyeron el desagradable sonido del hueso al quebrarse y ella cayó sobre él mientras la copa se desprendía de sus dedos entumecidos. Sable dejó escapar un gran suspiro de alivio al sentir que ella se relajaba y casi con ternura levantó el cuerpo de la derrotada Nicole entre sus brazos y la depositó en la cama. El dolor de la muñeca era como un sordo latido, y mientras yacía en la cama sintió brotar estúpidas lágrimas femeninas detrás de los párpados. «¡No voy a llorar!», pensó más furiosa aún. Su humillación era lo bastante grande sin necesidad de deshacerse en lágrimas. Yacía de costado, ignorando a Sable por completo, con el cuerpo acurrucado y dolorido. Sable se quedó contemplándola con rostro inexpresivo, presa de una multitud de emociones concentradas. Confusamente descubrió que la deseaba. ¡Otra vez, ahora! Con el deseo se mezclaba una momentánea ternura y un agudo remordimiento por el trato que le había dado. Y por increíble que fuera, admitió que sentía una extraña satisfacción por haber comprobado que no le había mentido acerca de su virginidad. Agitado por estos pensamientos contradictorios, se alejó de ella con impaciencia. En la habitación reinaba la confusión y el desorden debido a la lucha que habían mantenido. En dos zancadas estuvo junto a la cuerda de campana y llamó al sirviente. Luego volvió a la cama, se puso la bata y cubrió el cuerpo de Nicole con la manta. Cuando Sanderson acudió a su llamada, Sable le pidió varias cosas y le mandó que pusiera orden en la habitación. Las facciones de Sanderson no traicionaron lo que pensaba acerca de tal petición a esas horas de la noche ni del estado de la habitación. Callada y eficientemente enderezó las sillas y sillones volcados, puso las mesitas de caoba en sus lugares correspondientes y recogió los trozos de cristal del suelo. Regresó poco después trayendo el coñac y las demás cosas que Sable había pedido en una gran bandeja de plata. Después de depositarla sobre una mesa, preguntó:

-¿Es eso todo, señor?

Sable lo despidió con un leve movimiento de cabeza, se sirvió una copa de coñac y encendió un cigarro. Durante largo rato permaneció de pie mirando fijamente el cuerpo inmóvil de Nicole.

Ésta, por su lado, estaba del todo exhausta. En esos momentos deseaba estar muerta. No,

reflexionó súbitamente, deseaba que Sable estuviera muerto. Rodó penosa y dolorosamente sobre el otro costado. Era mejor, se dijo, tener al enemigo siempre a la vista.

Con semblante impenetrable él le devolvió la mirada, aunque arqueó una ceja como cuestionándole la imprudencia de mostrar tan a las claras lo que sentía. Sin ninguna prisa, cogió la jarra de agua caliente y la palangana, así como los paños que había pedido, y fue hacia ella. Al mirarla desde lo alto le recordó una zorra que había visto una vez con la pata casi cercenada por sus propios dientes en sus desesperados esfuerzos por escapar de la trampa. La criatura había mirado al cazador furtivo que se acercaba de la misma manera: temerosa, y no obstante lista para luchar por su vida. Conmovido por la mirada de Nicole, vaciló.

-No tengo el propósito de lastimarte otra vez -dijo al fin. Después, anulando toda la compasión que podrían haber transmitido sus palabras, agregó con brusquedad -: A menos que me fuerces a ello.

Nicole se encogió de hombros, apretó los labios en gesto de rebeldía y lo maldijo con sus ojos topacio.

Indiferente a su hostilidad, dobló las mantas destapándola otra vez y dejó el cuerpo desnudo ante su vista. Nicole se dominó para permanecer inmóvil mientras la mano de Sable le acariciaba el muslo y la cadera. Mas, con un suspiro de pesar, reprimió su deseo y tomó delicadamente la mano herida de la joven. Nicole se encogió de dolor a pesar de la suavidad del roce y Sable sonrió compasivamente.

- Lo siento. No te habría lastimado a propósito, pero no tenía ningún deseo de pasar el resto de mi vida hablando con una vocecita chillona y aniñada.

En cualquier otra circunstancia, Nicole se habría echado a reír ante sus palabras, pero aquella vez no estaba de humor. Sin embargo, por más que trataba de negarlo, ese hombre la atraía irresistiblemente. Lo observó con la mirada opaca y resentida y se preguntó, desconsolada, por qué todavía podía mirarlo y encontrarlo atractivo. Pero es que era tan llamativo, pensó enojada, con esas facciones crueles y sardónicas, los ojos amarillos oro brillando en el rostro barbado y el cabello tan negro que tenía reflejos azulados.

Las manos de Sable la tocaban con suma delicadeza. Estaba seguro de que la muñeca no estaba rota pues sabía exactamente cuánta presión había ejercido, pero estaba hinchada y debía dolerle muchísimo. Se la vendó casi como un profesional, usando las tablillas y las tiras de hilo que había pedido antes. No le haría ningún daño tener la mano en reposo uno o dos días y tenía un poco de láudano para calmarle el dolor. Sirvió un poco de coñac en una copa, le agregó unas gotas de láudano y se la ofreció.

- ¿Piensas drogarme ahora? - preguntó con desprecio.

- Precisamente, mi pequeña zorra. Para tu propio bien. Sé una buena niña y bébetelo todo - dijo sonriendo débilmente.

Con una mueca de resignación tomó la copa que le ofrecía y bebió todo el contenido de un solo trago. Recostándose en las almohadas levantó la mirada hacia él, curiosa acerca de cuál sería su próximo paso. Se iba desvaneciendo el miedo que había sentido antes. Con la muñeca vendada, el calor agradable del coñac corriendo por sus venas y lo peor ya pasado, descubrió que podía mirar el porvenir con más ánimo del que había creído posible hacía unos minutos.

Sable dejó la copa vacía sobre la mesa al lado de la cama. Y luego, para sorpresa de Nicole, procedió a lavarle todo el cuerpo con el resto del agua tibia. No había rastro de deseo en el rostro barbado al inclinarse sobre ella y frotarla con la esponja para borrar todo vestigio de la virginidad perdida y de su propia pasión brutal. Qué extraño era que después de aquellos acontecimientos llenos de violencia pudiera ahora comportarse como el amante más tierno y considerado. Su inesperada bondad y ternura la dejaron perpleja. El láudano estaba surtiendo efecto, amodorrándola, y deseó que se fuera y la dejara en paz. Había tomado lo que quería, ¿no era así? Se agitó, nerviosa y resentida, bajo sus manos, contenta cuando él por fin arrojó la esponja y el paño dentro de la palangana.

Pero parecía que Sable no había terminado con ella. Nicole lo observó con ojos dilatados de asombro cuando comenzó a quitarse la bata y se acostó a su lado. El láudano entorpecía sus reflejos, pero levantó los puños para golpearle el pecho. Sable soltó una carcajada y le agarró las dos manos, con cuidado para no causarle dolor en la muñeca herida. Le sujetó firmemente los brazos y cuando se inclinó sobre ella, misterioso y determinado, Nicole exclamó con rabia:

- ¡Otra vez no! ¡Ni siquiera tú podrías ser semejante bestia!

Una sonrisa burlona curvó la boca de Sable. Luego bajando el peso cálido de su cuerpo sobre el de ella, separándole las piernas con las rodillas para poder penetrarla, le susurró contra los labios:

- Ya descubrirás que puedo ser muchísimas cosas.

CAPÍTULO XI

Sable, como de costumbre, abrió los ojos en cuanto las primeras luces del alba se filtraron en la habitación. Nick era una verdadera fierecilla, pensó con ternura. Si llegara a despertarla ahora, ya no descansaría tan confiada junto a él, sino que se aprestaría inmediatamente para la lucha lanzando rayos desafiantes por los ojos, maldiciéndole y odiándole a cada palabra que dijera.

Era una lástima, pensó amodorrado. Si quisiera aceptar lo que había sucedido como algo natural, no sufriría tanto. Tenía que pasarle tarde o temprano, si no con él con algún otro hombre.

Era algo tan simple. Él siempre había tratado bien a sus amantes, como Nicole sabía de sobra. Sonriendo, recordó la expresión de asombro de su rostro cuando le dio, como regalo de despedida a cierta dama muy especial, un carruaje y dos parejas de bayos. Seguramente, era consciente de que no haría menos por ella, más en realidad, si tomaba en consideración su virginidad. ¿Por qué no podía ser razonable? Ella le brindaba una mercancía que él estaba dispuesto a pagar; era algo de lo más sencillo.

La proximidad de Nicole turbó sus divagaciones y con un apetito que no conocía la saciedad sintió que su cuerpo se endurecía de deseo. Rozó apenas el brazo extendido de la joven y perezosamente frotó la nariz contra su oreja. Pero incluso dormida le rechazó, girando la cabeza.

La dejó tranquila muy a pesar suyo. Tal vez fue la muñeca vendada, tan indefensa, o podría haber sido la dulce suavidad de su semblante lo que le detuvo. Fuera lo que fuera, en modo alguno enfriaba la pasión que se había despertado en él; sin embargo, reprimió sus deseos naturales y la dejó dormir en paz.

Una hora más tarde, después de vestirse y desayunar, estaba de camino a Grand Terre. Tenía que ocuparse de ciertos asuntos allí. Y el más importante de todos era el destino de Allen. Lo discutiría con Lafitte, decidió pensativamente. Juntos estudiarían el medio más provechoso de desembarazarse de su antiguo lugarteniente. ¿Pedir un rescate, quizás... o vendérselo a los funcionarios norteamericanos? A Nick no le haría ninguna gracia, pero Sable se encogió de hombros. Eso no le importaba en absoluto.

Algunas horas más tarde Grand Terre estaba ya a la vista; Sable, tras dejar el bote, cruzó la playa. Detrás de la hilera de árboles que bordeaba la isla se habían construido cabañas de

techumbre de paja que albergaban a muchos de los piratas y contrabandistas con sus mujeres. Burdeles, casas de juego, cafés y otros establecimientos que proporcionaban abundante bebida y diversión a aquellos hombres, siempre ansiosos de nuevos placeres, se apiñaban cerca del centro de la isla. En el extremo sur se encontraba el barracón para los esclavos y no muy lejos de allí los amplios y sólidos almacenes. Como un lirio brotado de una montaña de basura, en el mismo centro de la isla, se elevaba la mansión de ladrillo y piedra de Lafitte.

Estaba suntuosamente amueblada: alfombras finas cubrían los pisos de todas las habitaciones, cuadros realizados por los principales artistas de la época y pesados espejos barrocos de marcos dorados adornaban las paredes, y lámparas colgantes de cristal centelleaban y resplandecían en los techos. Hombres de negocios, tenderos, dueños de plantaciones y traficantes de esclavos, todos sin excepción acudían a Lafitte en busca de la mejor mercancía. En Louisiana del sur difícilmente se hallaba una rama del comercio que no se abasteciera, al menos en parte, de las mercancías de Jean Lafitte. En sus almacenes se vendía tan sólo la mejor calidad en sedas, encajes, coñacs, vinos, tabaco, especias y muchos otros artículos costosos y de gran demanda.

Como se había prohibido la importación de esclavos hacía algunos años, tan sólo en Gran Terre el dueño de una plantación podía comprar, a un precio razonable, mano de obra adicional. Sólo con el tráfico de esclavos tenía ya un negocio floreciente. Y las suyas no eran operaciones secretas ni mal vistas, pues hombres respetables y prominentes acudían abierta- mente a comerciar con él. En Nueva Orleans tanto el gobernador Claiborn como los funcionarios norteamericanos hacían rechinar sus dientes de rabia e impotencia, ya que les resultaba imposible poner coto a ese comercio en extremo lucrativo y del todo ilegal.

Claiborn se había extralimitado hasta el punto de mandar hacer circular carteles en que se ofrecía una recompensa de quinientos dólares para la persona que le llevara al notorio pirata lean Lafitte. Este, riendo, hizo una contraoferta de inmediato: él pagaría mil quinientos dólares a cualquier persona que le llevara al gobernador a Grand Terre.

Mientras recordaba ese incidente no tan lejano, Sable sonreía y seguía al sirviente que lo conducía a la oficina de Lafitte.

- ¡*Mon ami*, qué gusto volver a verte! Te he estado esperando hora tras hora desde que recibí la noticia de la llegada de *La Belle Garce* al puerto. ¿Cómo es que te has retrasado tanto?

Sonriendo, Sable tomó uno de los excelentes cigarros que reposaban en una caja de cristal sobre el escritorio de Lafitte.

-Tenía un asunto que requería mi atención -respondió mientras lo encendía.

- Ah, sí, el asunto del jovencito que no es tal jovencito y a quien descubrieron abrazándose

con el capitán en su camarote - murmuró Lafitte con socarronería.

-¡Que el demonio me lleve! -rezongó Sable con fastidio, pero encogiéndose de hombros eligió una de las sillas de terciopelo rojo del amplio salón y se sentó cruzando las piernas.

Lafitte, todavía sonriendo, volvió a tomar asiento detrás de su escritorio. Era evidente por la profusión de papeles que había allí que Sable le había interrumpido mientras estaba trabajando, pero eso sucedía a menudo y Lafitte siempre se complacía en ver a uno de sus mejores capitanes.

Los dos eran hombres de gran estatura; quizá por muy poco, Sable era el más alto. Lafitte, unos años mayor, era un hombre muy guapo. Su tez oscura y sus vivaces ojos negros delataban su ascendencia francesa. Su cabello era oscuro, tan negro como el de Sable, y su porte y modales tenían un no sé qué de elegancia y refinamiento que lo hacían aún más atractivo. Ciertamente nadie lo habría tomado jamás por un contrabandista.

El pasado de Lafitte estaba envuelto en el misterio y más allá del hecho de que con su hermano Pierre había abierto una herrería en Nueva Orleans algunos años atrás, se conocía muy poco de su vida anterior. Ya en aquella época los hermanos se ocupaban de vez en cuando en traficar con mercancías de contrabando. De la humilde herrería pasaron a una agradable casita de campo cerca de las calles St. Philip y Bourbon, y finalmente expandieron sus negocios hasta tener que utilizar un almacén en los muelles. Descontento con los descuidados métodos de los proveedores piratas, Lafitte, juntamente con su hermano, había tenido la osadía de viajar a Grand Terre y ponerse al frente de toda la desorganizada estructura de las bandas; uniéndolas a las de los corsarios formó una de las redes más grandes en la historia del contrabando. Hombres como Dominique You, de quien se rumoreaba que pertenecía en realidad a la familia Lafitte; los notorios piratas Gambi y Chighizola, más conocido como *Nez Coupé* por su nariz cortada; y el experimentado hombre de mar, contrabandista y artillero Renato Beluche, a quien Lafitte llamaba *oncle* como si fuera su tío, todos ellos reconocían a lean Lafitte como su jefe, el Boss. Y el capitán Sable era uno de sus lugartenientes de mayor confianza.

Los dos hombres charlaron de cosas intrascendentes durante unos minutos hasta que Sable hizo mención del tema que más le interesaba: Allen Ballard.

Lafitte frunció el entrecejo.

-¿Cómo deseas disponer de él? Al fin y al cabo es tu prisionero y en tanto no esté en condiciones de pasar más información, no me preocupa demasiado cuál sea su suerte. Podemos entregarle a los norteamericanos, con lo cual nos ganaríamos su benevolencia... o podríamos devolverlo a los británicos previo pago de una bonita suma. Lo mismo da; nos beneficiamos de ambos modos. -Desarrugó el ceño y mostrando una sonrisa particularmente

seductora, murmuró-: Una situación agradable, ¿no?

-Creo que me gustaría retenerle prisionero por ahora y sacarle un poco más de información - dijo Sable lentamente-. Por otra parte, podemos desembarazamos de él en cualquier momento... pero quizá llegue a necesitarle mientras tanto. ¿Te molestaría mucho si hago que le trasladen del barco a tu calabozo aquí en la isla?

Lafitte dio su consentimiento de inmediato y a petición de Sable llamó a un sirviente para que llevase a *La Belle Garce* la orden del traslado de Allen. Cuando el criado hubo partido, Sable preguntó:

- ¿Deseas estar presente cuando le interrogue?

Los ojos negros de Lafitte brillaron con un destello de sorna al contestar:

- En modo alguno, y a ti tampoco te gustaría que lo hiciera. No me dejo engañar por tu actitud indiferente, *mon ami*. Quieres a este hombre para tus propios fines y por razones personales deseas que esté en mi calabozo. Si no fuera por eso, jamás me habrías mencionado su existencia.

Sable sonrió irónicamente sin que lo desconcertara en lo más mínimo la correcta interpretación hecha por Lafitte.

- Bueno, se me ocurrió que quizás uno o dos miembros de mi tripulación podrían estar en desacuerdo con mi decisión - reconoció-. Ballard era muy popular entre mis hombres.

- ¡Desde luego! Un espía siempre lo es -replicó Lafitte, tajante-. Pero, hablando de espías - continuó-, me llegó la información al poco tiempo de haberte embarcado por última vez de que se hacen preguntas indiscretas sobre ti en Grand Terre.

Obviamente sorprendido, Sable preguntó:

- ¿Qué clase de preguntas?

- Mm, algunas como: ¿Cuál es el verdadero nombre del capitán Sable? ¿De dónde vino? ¿Cuándo?

Perplejo, Sable miró fijamente a Lafitte.

- ¿Por qué se interesaría alguien de ese modo por mí? ¿Sabes quién es?

- Eso no lo sé. Los rumores corren como un reguero de pólvora en Grand Terre, pero no se sabe nunca de dónde nacen. Puede que no sea nada, pero creí conveniente advertírtelo. Tal vez alguien te quiere mal. ¿Algún marido celoso? ¿O alguien que se beneficiaría si llegaras a sufrir un desastre? ¿Quién sabe?

Por un segundo Sable pensó en Robert Saxon, en Inglaterra, pero desechó la idea por absurda. Ni su brazo podía ser tan largo.

Sin alarmarse demasiado por la noticia que le había dado Lafitte, Sable obvió el tema

encogiéndose de hombros y hábilmente cambió de conversación. Contemplando por la ventana la bahía distante más allá de las ralas copas de los árboles, preguntó:

- ¿Cuánto me darías por *La Belle Garce*?

- ¿Cómo has dicho? - La voz de Lafitte reflejó su estupefacción-. Debo haber entendido mal... creí que acababas de preguntarme si compraría tu barco.

-Hmm, eso hice. He decidido venderlo. Tengo ganas de llevar una vida respetable.

Si Sable hubiese declarado la intención de convertirse en monja de la Orden de las Ursulinas de Nueva Orleans, Lafitte no podría haberse horrorizado más. Con voz casi inaudible, repitió:

-¡Vender *La Belle Garce* y convertirse en un caballero respetable! - Escupió la última palabra con manifiesto desagrado. Clavando la mirada en el rostro barbado de Sable con consternación, gritó-: ¡Debes de estar completamente loco! ¿Por qué?

Por el momento Lafitte no podía encontrar palabras para expresar sus sentimientos. Era simplemente incomprensible y Sable, compadeciéndose de él, aclaró con amabilidad:

- He disfrutado mucho de nuestra sociedad, he sacado provecho de ella, pero ya no soy el joven impetuoso de hace diez años. Estoy hastiado de jugar al pirata, aunque me disfrace bajo el nombre más aceptable de corsario. Hablando francamente, no necesito más *La Belle Garce*. He conseguido una fortuna considerable que me permite dejar mi papel de corsario, o si prefieres que lo diga en términos más directos, de pirata.

Recobrándose un poco, Lafitte suspiró.

- Así que abandonarás a tus amigos y serás como esos caballeros dignos y respetables de Nueva Orleans. Sable se echó a reír.

-Jamás le volvería la espalda a un amigo y dudo que pueda convertirme en un modelo de decoro.

Lafitte permitió que una sonrisa apenas esbozada distendiera sus hermosas facciones por un segundo.

-Estoy de acuerdo. -Luego, más serio, preguntó-: ¿Estás seguro de que eso es lo que te propones hacer? ¿No cambiarás de opinión, digamos dentro de seis meses, más o menos?

La risa se desvaneció por completo de los ojos dorados de Sable mientras estudiaba el cigarro encendido con cierta melancolía.

-Sí, estoy seguro y te daré un pequeño consejo... si no lo tomas a mal.

Lafitte levantó una ceja con expresión divertida. ..

- ¿Le vas a enseñar a mamar a tu propia nodriza?

El joven capitán sonrió fugazmente, pero luego dijo con deliberación:

- Yo de ti, seguiría mi ejemplo y me alejaría de Grand Terre y de todo lo que significa.

Lafitte se puso rígido, y consciente de ello, Sable sostuvo su mirada de enojo. Suavemente, añadió:

- Jean, préstame atención. Los días turbulentos casi han acabado. Estamos en una época de decadencia, y si interpretaras todas las señales correctamente, lo verías tan claro como yo. Los norteamericanos no van a aguantarte mucho tiempo más a sus puertas, y lo que es peor, están convenciendo a los blancos reaccionarios de ascendencia francesa de que somos una verdadera amenaza que debería erradicarse del país. Es sólo cuestión de tiempo que tomen medidas drásticas. - Deliberadamente, añadió-: Esa pequeña rebelión de esclavos de la Parroquia de San Juan Bautista unos años atrás te hizo bastante daño.

Lafitte asintió con un gruñido. Todo lo que decía Sable hasta ahora era verdad. Se había producido una rebelión instigada por el baño de sangre que había asolado Haití varios años antes. Y cuando se descubrió que los cabecillas eran esclavos traídos de contrabando de África por Lafitte, la gente más respetable de la comunidad se indignó y atemorizó. Pero a diferencia de Sable, Lafitte no veía el comienzo del fin en esos pequeños contratiempos. Había indignado a muchos otros antes; no era nada nuevo.

- ¿Eres una rata que abandona el barco antes de que se hunda, *mon ami*? -preguntó sin animosidad.

Sable apretó los labios y asió con fuerza la copa que tenía en la mano.

- No. Si lo fuera, esperaría seis meses o un año antes de alejarme. -Luego en tono inexpresivo, dijo-: Deslígate, Jean, antes de que lo pierdas todo.

- ¡Bah, eres un fastidio! Sintiendo como sientes, creo que es mucho mejor que dejes de pertenecer a la organización. No quiero hombres que duden de mí.

Sable se puso de pie, dejó la copa de vino y se inclinó muy, pero que muy correctamente. Giró sobre sus propios talones dispuesto a marcharse, pero Lafitte musitó:

-¡Aguarda!

Mostrando sólo una curiosidad cortés en sus facciones, Sable se dio la vuelta. Lafitte, levantándose de detrás de su escritorio, dijo:

- Lo siento. Somos amigos, ¿no es así? Como tales deberíamos ser capaces de hablar francamente sin que el otro se ofenda. Debo admitir que estoy contrariado, y mucho, pero no deseo que nos separemos como enemigos.

La boca de Sable se extendió en una sonrisa lenta y perezosa mientras le chispeaban los ojos.

- Tú estabas enojado, yo no. Simplemente consideré apropiado permitir que se te pasara el malhumor antes de volver a verte.

- ¡Malhumor! - Lafitte se sintió insultado de que se usara semejante palabra para referirse a él, pero luego comprendió que Sable tenía razón, se sonrió y le tendió la mano. Mientras se las estrechaban, dijo-: Te daré un buen precio por tu goleta, *mon ami*. ¿Cuándo quieres que se ultimen todos los detalles?

- No me corre mucha prisa, pero ahora que me he decidido, preferiría terminar con todo lo antes posible. ¿Digamos antes de que acabe la semana, el primero de diciembre? Ya habré decidido qué hacer con el bueno de Allen para esa fecha.

- Muy bien. Lamento mucho perder a uno de mis capitanes, pero espero retenerte en el futuro como un asiduo y buen cliente. Pasarás aquí la noche, por supuesto, y espero tenerte a mi mesa a la hora de cenar. ¿De acuerdo?

Sable asintió riendo.

-Siempre el hombre de negocios ante todo.

- Por supuesto, *mon ami*. ¿Qué otra cosa podría ser?

Unos minutos después se separaba de Lafitte y emprendía camino hacia el calabozo. Se alegró de la protección que le brindaba el grueso abrigo contra las ráfagas cortantes del viento helado que soplaba desde la bahía mientras avanzaba hacia el sólido edificio de ladrillo en que se encontraba el calabozo. Le resultaba extraño pensar que llegaba a su fin esta etapa de su vida, pero había servido para sus propósitos y ahora estaba resuelto a tomar un nuevo rumbo.

Al entrar en la prisión inexpugnable que Lafitte y sus piratas llamaban calabozo, descubrió con mucha satisfacción que Allen había llegado hacía sólo unos minutos y ya estaba encadenado en una de las celdas al fondo del edificio. El famoso calabozo no era demasiado grande, constaba de una pequeña habitación principal y cuatro celdas diminutas, si bien no se presentaban muchas ocasiones para emplearlas en Grand Terre. La mayoría de las disputas se resolvían a puñetazos o a cuchilladas y el calabozo era tan sólo un símbolo de la ley y el orden impuestos por Lafitte. Pero eso no quería decir en modo alguno que no fuera absolutamente sólido.

Allen se hallaba en la última celda y Sable frunció la nariz de asco mientras caminaba por el pasillo angosto y oscuro hasta su destino. El olor rancio de cuerpos que jamás veían el agua y otros tufos aún más desagradables viciaban el aire; se preguntó burlonamente si su nuevo alojamiento sería del agrado de Allen. A juzgar por su aspecto macilento era evidente que no, pensó Sable, mientras observaba, impasible, al hombre con las muñecas encadenadas al muro. Tenía la ropa rasgada y ensangrentada; algunos cardenales le manchaban el rostro. Al ver una magulladura reciente, Sable preguntó, interesado:

- ¿Intentaste escapar mientras te traían a tierra? No recuerdo que estuvieras tan

desmejorado la última vez que nos vimos.

Allen levantó la cabeza al oírlo y dio un tirón instintivo de las cadenas.

-¡Bastardo! -gruñó echando fuego por los ojos-. ¿Qué has hecho con Nick?

- ¿No querrás decir Nicole?

Allen contuvo la respiración.

- ¿Te lo dijo? - gritó con voz ronca sin poder creer lo que oía.

- Digamos que pude descubrirlo por mí mismo. Al igual que tú, ella no se mostró muy amigable.

Allen estudió al hombre que tenía enfrente. Como oficial asumía su propio peligro y lo daba por descontado, ya que siempre había sido consciente del riesgo que corría. Nicole era harina de otro costal.

- ¿Dónde se encuentra ahora? - preguntó, inflexible. Sable arqueó las cejas y lo miró con desdeñosa reprobación. -Su destino es cosa mía.

-¡Sable, escúchame! -comenzó con la mayor seriedad, y olvidando toda cautela, habló sin tino contándole toda la historia, mucho más de lo que Nicole le había dicho. No le había dado más que su edad y su nombre de pila. Pero Allen, impulsado por su preocupación por Nicole, no se detuvo ante nada y se lo contó todo a Sable: su nombre completo, sus antecedentes familiares, ¡todo! Sólo al vacilar por un momento cayó en la cuenta de la curiosa inmovilidad del otro hombre y de la sonrisa burlona de sus labios. Era una sonrisa melancólica y si Allen hubiese podido leer sus pensamientos se habría quedado perplejo y consternado.

Sable conocía muy bien el apellido Ashford, lo había maldecido durante años. Estaba marcado para siempre con fuego en su mente, asociado con ignominia, deshonra, mentiras y traición. No pudo sino maravillarse de la ironía de la situación, de que la huérfana Nicole Ashford cayera en sus manos.

- ¿No lo entiendes? - preguntó Allen interrumpiendo sus pensamientos-. Nicole Ashford proviene de una buena familia. Debe ser devuelta a su hogar antes de que se meta en problemas más graves.

Recobrándose un poco y con una expresión de franco escepticismo, Sable preguntó:

- ¿Por qué no dijiste algo antes? ¡Ahora es un poco tarde para lamentaciones!

Allen se mordió los labios, reacio a confesar que había tenido sus razones o que sus motivos estaban lejos de ser altruistas. Sable aguardó en silencio, imperturbable, pero al ver que Allen no ofrecía ninguna respuesta, empezó a impacientarse. Cuando el silencio se volvió embarazoso, Allen le preguntó:

-¿Qué te propones hacer con ella?

Sable, estudiando descuidadamente las uñas de su mano elegante y bien formada, dijo con frialdad:

-¿Hacer? Me propongo no hacer nada. De ese modo me resultará más entretenido. Es probable que me divierta observándola mientras se esfuerza por ocultarme los verdaderos hechos... esos hechos que tú, su mejor amigo, te has mostrado tan ansioso de comunicarme.

-Sable, ¿no has entendido ni una palabra de lo que te he dicho? ¿Eres acaso un hombre tan falto de escrúpulos que arruinarías el futuro de una chica tan joven e inocente?

Sus ojos dorados brillaron burlones cuando Sable le miró por un instante antes de decir de manera contundente:

- ¡Sí, por supuesto que lo soy!

Un rictus de ira impotente desfiguró la boca de Allen, pero Sable se limitó a reír y se dirigió a la puerta. Antes de cruzarla, se volvió y miró una vez más al prisionero.

-No te preocupes más por el futuro del joven Nick -se burló-. De ahora en adelante pienso tomarla bajo mi protección. -Con los ojos súbitamente velados e inescrutables, añadió-: Supongo que sabes bien a qué me refiero.

Allen se debatió en sus cadenas.

-Sable, ¡maldita sea! ¡Escúchame! - Pero sus palabras cayeron en oídos sordos, ya que Sable, con una burlona inclinación de cabeza, lo saludó y partió.

Una vez a solas, los pensamientos de Allen volvieron irresistiblemente a Nicole. Lo horrorizaba la idea de que la joven se convirtiera en la amante de Sable. ¿Y qué pensar de su propio destino? ¿Cuánto tiempo más lo retendría prisionero ese hombre y cuáles serían sus planes para deshacerse de él? Intentó ver con objetividad los acontecimientos que habían tenido lugar últimamente, pero sus pensamientos eran erráticos. De algún modo, Sable debía haberse enterado de su complot. ¿Por qué si no envió a aquellos dos marineros a apresarlo? Lo supo desde el mismo instante en que entraron a su camarote el día anterior, estuvo seguro de que algo había salido mal, y como un necio intentó escapar. Esa sola acción destruyó cualquier esperanza de poder aclarar su situación mintiendo. ¡Maldito Sable! ¿Cómo demonios se enteró de cuándo debía atacar? Una media hora más y Nick y él hubieran estado lejos de su alcance. ¿Y qué iba a ocurrirle a Nick? ¿La habría violado ya? Y lo más importante de todo... ¿Dónde estaba ella en estos momentos?

En ese preciso instante Nicole iba camino de Grand Terre. Se había despertado alrededor de la hora en que Sable partió para la isla. Permaneció acostada, quieta y sin hacer ruido durante unos minutos, todavía un poco atontada por efecto del láudano, hasta ir gradualmente tomando

conciencia de todo lo que la rodeaba. El lecho era blando y su primer impulso fue arrellanarse aún más en su acogedora calidez. Pero un movimiento imprudente de su muñeca lastimada la despabiló súbita y dolorosamente y todos los acontecimientos desagradables de la no- che anterior acudieron en tropel a su memoria.

Con suma cautela miró en derredor y exhaló un suspiro cobarde de alivio cuando descubrió que Sable se había marchado y el cuarto estaba vacío. Se incorporó y con movimientos torpes debido a la muñeca dolorida, acomodó dos almohadas debajo de la espalda y estudió la situación.

Lo peor ya había pasado. Se había descubierto su engaño, Allen estaba encadenado y ella misma era prisionera de Sable. Había sido convertida en mujer a manos del experimentado corsario y en el proceso se había lastimado una muñeca. Sentía el cuerpo rígido y magullado y le dolía un poco entre los muslos. Gracias a Dios todo había acabado. Estaba viva, si bien un poco maltrecha, pero con todo alerta.

El ruido de una puerta al abrirse distrajo sus pensamientos y, enderezando los hombros, vio que se abría del todo. Al aparecer la cara redonda de Galena soltó una risa de alivio.

- ¿Deseas un poco de café o chocolate tal vez? - preguntó la doncella alegremente.

Nicole le sonrió, decidida a actuar con la mayor naturalidad posible.

-Café, por favor. -Titubeó un segundo y luego preguntó-: ¿Dónde está Sable?

Galena la miró extrañada.

-¿Sable? ¡Oh, debes referirte al amo! Se fue por asuntos de negocios y no regresará hasta mañana o pasado. Mientras tanto, dejó órdenes para que estuvieras lo más cómoda posible y tuvieras todo lo que desees.

Nicole observó a Galena con aire pensativo. ¿Cuánto le habría dicho Sable a sus sirvientes? ¿Conocerían la verdadera situación? ¿Y hasta qué punto la obedecerían? A menos que Sable hubiese dejado órdenes en contra, nada le impedía desaparecer mientras él estaba ausente. Bueno, sólo había una manera de averiguarlo.

-Me gustaría darme un baño -dijo ella de pronto-, y tráeme vestimenta y algo para comer. Por favor, ¿podrías encargarte de todo eso?

Galena desapareció y regresó minutos después con varios vestidos colgando del brazo.

- El amo no estaba seguro de que hubiera algo aquí que te viniera bien -aclaró con expresión de incertidumbre-. Me temo que estos vestidos sean muy cortos.

Nicole se quedó rígida al darse cuenta del significado implícito en esas palabras y reprimió su mal genio a duras penas. En cambio, sonrió débilmente.

- Prefiero andar desnuda antes que cubrirme con las ropas de alguna de sus amantes. Me

pondré las mías.

Galena se escandalizó.

- ¡Pero no puedes! Las damas no usan pantalones.

- ¡Dudo mucho que tu amo haya tenido una dama de verdad en esta casa antes! -replicó, furiosa, Nicole-. Trae mis ropas o consígueme otras prendas. Seguramente habrá una camisa limpia y pantalones de alguno de los sirvientes que pueda tomar prestados. Por el momento no puedo ser muy exigente.

Los ojos de Galena se dilataron de espanto, pero se fue de la habitación y echó a correr por el pasillo. Una dama vistiendo ropas de sirvientes, y para colmo de hombre. Meneando la cabeza por las cosas extrañas que estaban pasando, Galena comunicó la petición a Sanderson. El mayordomo se extrañó, pero le entregó una camisa blanca y pantalones de algodón gris.

Después de un baño y vestida con ropa de hombre, Nicole exploró la casa de Sable. En realidad estaba buscando ciertos artículos, y se le iluminaron los ojos cuando descubrió la sala de armas al fondo de la casa en la planta alta.

Era una habitación muy masculina. Sobre una pared se veían unas pocas cabezas de animales disecados - un zorro, un puma y un ciervo- colocadas artísticamente, y en otra algunos grabados con escenas de caza en marcados en madera. Los muebles eran grandes, cómodos y parecían usados. Había un armario bien surtido de licores contra una pared, pero lo que más interesó a Nicole fue el armero.

Después de abrir el estuche de roble, se puso a examinar las diversas armas hasta que encontró lo que quería: un afiladísimo cuchillo de caza, una pequeña pistola de dos cañones, algunos proyectiles y pólvora. Después de mucho cavilar, resolvió esconderlo todo en el cajón de una mesita de caoba larga y angosta. A continuación abandonó la sala.

Desayunó con mucho apetito descubriendo que, a pesar de lo ocurrido anoche, estaba hambrienta. La vida seguía su curso sin importar lo que sucedía, pensó con tristeza. Pero recobraba el ánimo a cada minuto que pasaba y después de terminar la comida, pidió prestada una vieja chaqueta de caza que a todas luces pertenecía a Sable y salió a dar un paseo.

El tibio sol de finales de noviembre no brindaba mucho calor y soplaba un viento frío. Contenta por el abrigo que le brindaba la cazadora de Sable, deambuló por la ancha avenida de robles que llevaba al río. Deteniéndose al borde de un largo muelle de madera que se internaba en las aguas turbias y cenagosas del Mississippi, planeó su próximo paso.

Era obvio que Sable no había informado a nadie de la verdadera situación que existía entre ellos. Los sirvientes actuaban como si fuera una invitada, un poco loca, pero invitada al fin. Pero ¿obedecerían sus peticiones hasta el punto de darle un guía que la llevara a Grand Terre?

Nicole sabía bien que terminaría perdida o dando vueltas en círculos por los pantanos si intentaba el viaje sin ayuda. Distraída, dio un puntapié a un terrón de tierra que cayó en el río; su mente estaba ocupada con el problema que tenía entre manos. No esperaría sumisamente el retorno de Sable; debía huir de inmediato.

Volvió la espalda al río con determinación y emprendió el regreso a la casa con paso vivo. Al encontrarse con Sanderson en el vestíbulo principal, dijo con indiferencia:

- He decidido no esperar el regreso de tu amo. Partiré dentro de una hora. Por favor, ordena que preparen una cesta con comida para el viaje y encuentra a alguien que me conduzca a Grand Terre. Lamento esta decisión intempestiva, pero si quiero llegar a la isla antes del anochecer, debo partir de inmediato.

Ignorando la expresión de censura de la cara del mayordomo, se dirigió con resolución a la sala de armas y metió las que había elegido antes en los espaciosos bolsillos de la cazadora. Salió de la sala y poco después se dirigió a la alcoba que había compartido con Sable. Empujó la puerta y entró, contenta al verla vacía. Sin desperdiciar ni una mirada en el lecho donde la noche anterior Sable le había hecho el amor tan apasionadamente, se dirigió a la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Estaba sin llave y después de revisarla para cerciorarse de que también estaba vacía, entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Evidentemente ésa era la alcoba de Sable. Muebles sólidos y pesados de madera oscura y una cama enorme con colgaduras de terciopelo color vino tinto. Pero a Nicole no le interesaban las preferencias de Sable en asuntos de mobiliario y decoración, así que cruzó la habitación y sin vacilar revolvió su estuche de joyas, que estaba abierto sobre una enorme cómoda de varios cajones. Sacó uno de los pañuelos de hilo de Sable y envolvió en él un alfiler de corbata de diamantes, una esmeralda, un anillo de perlas, otro alfiler de corbata -de rubíes esta vez- y otras alhajas valiosas. Cerca del estuche de joyas había unas cuantas monedas de oro y sin ningún escrúpulo también se apoderó de ellas. Allen y ella necesitarían cuanto objeto de valor cayera en sus manos.

Llena de confianza, esperó con impaciencia en su cuarto por unos minutos. Cuando decidió que había pasado suficiente tiempo, recorrió el pasillo y bajó la escalera fingiendo hastío.

- ¿Está todo listo? - preguntó a Sanderson sin mucho interés-. Me gustaría partir lo más rápido posible.

Antes de que pudiera responderle, un negrito con una cesta de mimbre casi tan grande como él entró a tropezones en el vestíbulo. Mirando al chico, Sanderson respondió con renuencia:

- Así lo creo. Aquí está la comida que pidió y Jonah, que será su guía, está aguardándola en el muelle. - Hizo una pausa, indeciso, pero Nicole encaró su mirada con altivez al tiempo que

arqueaba una ceja como en señal de reto.

-¿Es eso todo, señora? -dijo finalmente-. Samuel la escoltará hasta el muelle.

Nicole inclinó la cabeza cortésmente y siguió al niño que cargaba la cesta. Tuvo que reprimirse para no arrancársela de las manos y echar a correr como un animal salvaje en dirección al río. El corazón golpeaba con ruido sordo contra sus costillas, pero una sonrisa de satisfacción le curvaba los labios. Después de acomodarse en la piragua y ver cómo se ensanchaba la distancia entre ella y el muelle, no pudo controlar la risa que escapó de su garganta. El joven negro que conducía la embarcación la miró con extrañeza, pero a ella no le importó. ¡Tenía provisiones, una pistola, dinero y libertad!

CAPITULO XII

Nicole no se había equivocado al calcular que casi sería de noche cuando llegaran a la isla. Por consiguiente, no le causó sorpresa que la recibieran las primeras sombras del crepúsculo al arribar a su destino. Se despidió del guía y le entregó una moneda de oro, luego recogió la cesta y cruzó la playa a grandes zancadas. Una vez perdida de vista la piragua, se metió precipitadamente entre la maleza que bordeaba la isla y, oculta entre la broza, se sentó a meditar.

Había logrado escapar. Estaba armada y llevaba provisiones. El próximo paso era liberar a Allen. ¿Estaría aún en el barco? ¡Ojalá no! Le resultaría imposible planear su rescate de *La Belle Garce*. Ya habría corrido la voz acerca de su disfraz entre toda la tripulación, así que correría un riesgo gravísimo si llegaba a poner pie en cubierta.

Un largo suspiro brotó de su pecho. ¡Maldición! La vida no podía ser tan injusta. ¡Necesitaba a Allen, le necesitaba con urgencia!

Destapó la cesta distraídamente y al descubrir un pollo entero asado al horno, se puso a mordisquear un muslo absorta en sus pensamientos. Era probable que Allen no estuviera en el barco. Podría encontrarse ya camino de Nueva Orleans. No, tal vez no. Allen quizá permanecía todavía en *La Belle Garce*, a menos que Sable hubiese regresado a Grand Terre. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y deseó desesperadamente que Sable estuviera a más de veinte millas de distancia. Debió haber interrogado a los sirvientes acerca de su destino. A lo mejor se hallaba en Nueva Orleans o -tragó saliva nerviosamente- tal vez allí mismo en la isla.

Contrariada, arrojó el hueso de pollo al suelo y se puso de pie mientras se limpiaba las manos frotándolas en los pantalones como haría un muchacho. No le permitiría que la asustara. Si estaba en la isla, lo más seguro era que estuviera con Lafitte, y en tanto ella se mantuviese a buena distancia de la mansión, podría evitar encontrarse con él. Pero nada de eso resolvía el problema de Allen.

Desde su escondite, un montículo cubierto de arbustos, tenía una excelente vista de la isla y la bahía. Casi por casualidad su mirada cayó sobre el pequeño calabozo de ladrillos. Lo examinó a la débil luz del crepúsculo. Allen bien podría estar allí. Era una posibilidad bastante remota, pero valía la pena averiguarlo. Aun cuando descubriera que no era así, al menos reduciría los lugares en los que pudiera estar.

Ocultando la cesta de la comida debajo de un matorral, dejó su escondite y empezó a avanzar tímida y cautelosamente hacia el interior de la isla, yendo de un árbol a otro y de una

casa a otra hasta llegar por fin a la prisión. Estaba nerviosa y le temblaban las piernas cuando se apoyó contra la pared trasera del edificio. Dos veces durante el trayecto había visto a miembros de la tripulación de *La Belle Garce* caminando borrachos y a tropezones de un burdel a otro, y cada vez ella había tenido que esconderse entre las sombras. Sin embargo, ello no hacía sino recordarle el grave peligro que corría. ¡Si llegaban a reconocerla, que Dios la ayudara! Sería mil veces peor que todo lo que pudiera idear Sable para mortificarla.

Después de recobrar el aliento y un poco de su valor, empezó a tratar de localizar a Allen deteniéndose debajo de cada ventana enrejada y llamándole por su nombre. El le respondió en la tercera y Nicole suspiró de alivio.

-¿Estás solo? -le preguntó en un susurro-. ¿Estás ileso?

- ¡Por amor de Dios, Nick! ¿Qué estás haciendo aquí? - Echando un vistazo nervioso al pasillo oscuro por donde había desaparecido Sable hacía sólo una hora, añadió-: Habla deprisa. Podría regresar Sable. ¿Te encuentras bien?

Nicole afirmó con la cabeza; entonces, al darse cuenta de que Allen no podía verla, respondió:

-Sí, pero no perdamos tiempo hablando. He venido a liberarte.

En la celda a oscuras Allen sonrió. ¡Bendita fuese! Con qué calma lo decía, como si fuese la cosa más sencilla del mundo.

- Nick, no quiero desanimarte, pero estoy encadenado al muro y la puerta de la celda tiene una cerradura muy sólida.

- ¡Bah! ¿A quién le importa? Estoy armada, llevo una pistola en el bolsillo. Ya pensaré en algo -dijo con más confianza de la que sentía.

No obstante, al mismo tiempo la cercanía de Allen le hacía abrigar la esperanza de que estaba cambiando su suerte. Apoyándose contra los ladrillos de la prisión y escudriñando la oscuridad en busca de algún indicio de haber sido descubierta, le habló una vez más-: ¿Quién tiene las llaves? ¿Hay algún guardia contigo?

- No. El único guardia es el viejo Manuel y se encuentra en el cuarto de delante. Él tiene las llaves de la celda, pero me temo que es Sable quien tiene la de los grilletes, Nick. - La voz sonó desolada y triste.

¡Maldito capitán! ¿Era acaso infalible? De pronto, el significado de las palabras de Allen se abrió paso en su mente. ¡Sable estaba allí! Se tensó todo su cuerpo. Pero después del primer sobresalto, se empeñó en no dejarse vencer por el pánico. Sable no era nada más que un hombre y no el mismísimo diablo como quería hacer creer. Cometía errores; el hecho de que ella estuviera allí era prueba de ello. Aun así, sus ojos taladraron la oscuridad con inquietud

creciente. La idea de que Sable pudiera estar oculto en la noche, observándola, era amenazadora, pero la desechó resueltamente sacudiendo la cabeza. No era ninguna niña miedosa para asustarse de las sombras.

-¿Estás seguro, Allen? ¿No le habrá dejado las llaves al viejo?

Allen frunció el ceño.

-Podrías tener razón, Nick -dijo lentamente. Era verdad, se usó una llave aparte para cerrar las cadenas, pero no había motivo para creer que no se hubiese agregado a la enorme argolla que servía de llavero y que estaba colgada en el cuarto principal de la prisión. Él había dado por hecho que Sable se la había quedado. Sin embargo, la pregunta de Nick tenía sentido, ya que Sable no había contado con la huida de la joven. Sonrió con gesto sombrío. El capitán había subestimado al joven Nick.

Todavía sonriendo débilmente, dijo:

-Hay una forma de averiguarlo, Nick. Tendrás que conseguir que el viejo Manuel te entregue las llaves. ¿Puedes hacerlo?

Nicole levantó la barbilla, desafiante. ¡Conseguiría esas malditas llaves aunque le fuera la vida en ello! Con más optimismo ahora, susurró:

- No te preocupes, en el peor de los casos, cortaré las cadenas a tiros. Dame unos minutos, ya pensaré en algo. - Y lo hizo. Su arrojo y descaro le habían sido útiles para escapar de Sable, y si habían servido una vez, servirían otra.

En la isla la disciplina no era rígida y el empleo de Manuel como carcelero servía más bien para salvar las apariencias y darle algo que hacer. En las contadas ocasiones en que se usaba la cárcel, de ordinario los prisioneros recibían a sus compinches, que acudían a darles ánimos. Era costumbre inveterada del viejo Manuel en esas circunstancias entregarles las llaves a los visitantes para que entraran y salieran a su antojo. Nadie nunca se había aprovechado de esa negligencia, principalmente porque si bien los prisioneros podían gruñir y quejarse a voluntad, todos tenían un temor reverente por Lafitte. Jean era justo, pero sabían que era mejor no contrariarlo.

A partir de sus visitas a Grand Terre como miembro de la tripulación de Sable, Nicole sabía que la disciplina era inexistente. Caminó con serenidad hacia el frente de la prisión y entró. La inquietaba la idea de que hubiesen alertado al viejo español de su huida, pero desechó ese pensamiento cobarde y habló con osadía.

- He venido a visitar a Allen Ballard de *La Belle Garce* -dijo en tono tajante -. ¿Dónde está?

El viejo, amodorrado por el ron de todas las noches, señaló vagamente en dirección de las llaves.

- Tómalas tú mismo. Está en la última celda a la izquierda.

Nicole bajó las llaves con la sangre golpeándole las sienes mientras le temblaban los dedos de júbilo por el éxito que había tenido. Con la mayor indiferencia caminó a lo largo del corredor angosto y oscuro hasta la celda de Allen y buscó con torpeza la llave de la puerta. Le temblaban tanto las manos que perdió unos minutos preciosos antes de que la puerta se abriera de par en par. Con el corazón en la garganta, corrió al encuentro de Allen. Por un rato permanecieron mirándose el uno al otro, y luego, con un grito ahogado de agonía al ver su aspecto magullado y macilento, Nicole se arrojó sobre su pecho y lo abrazó con fuerza.

- ¡Allen, tu pobre cara! ¿Qué te ha hecho? ¿Fue muy duro?

Allen le sonrió con ternura y susurró contra su pelo suave con labios maltrechos-:

-No es nada, Nick. Y ahora que estás aquí, todo saldrá bien.

Nicole volvió a abrazarle mientras se llenaban de lágrimas sus ojos; con la misma naturalidad de una hermana besando a su hermano adorado, posó los labios sobre los de Allen. Desgraciadamente, el hombre alto y de barba negra que apareció de súbito en el umbral de la puerta abierta no pensó lo mismo. Para él tenía toda la apariencia de una reunión de amantes. Sus labios se fruncieron en un rictus de furia al tiempo que soltaba un gruñido, y sus ojos dorados brillaron como fuego amarillo.

- ¡Conmovedor! - masculló.

Nicole y Allen quedaron paralizados al unísono. Nicole se dio la vuelta, asiendo la pistola en la mano. Sable se alzaba como un gigante delante de la puerta con las piernas separadas y el rostro muy negro en la penumbra reinante.

Allen percibió la intención de Nicole y gritó:

-¡No, Nick! El ruido del disparo atraerá una multitud. No podrías escapar.

En tono sarcástico, Sable murmuró:

- ¿Estás seguro de que no quieres decir que no tendría tiempo de liberarte?

Allen miró con furia al capitán, pero fue Nicole quien replicó:

-¡Cierra la boca, Sable, o te dispararé!

Él se inclinó burlonamente.

- Tus deseos, señora, por el momento, serán mis deseos más fervientes.

Observándolo con ira en los ojos, Nicole mantuvo la pistola en dirección al pecho del capitán y ordenó:

- Ve hacia allí, contra la pared.

Sable, con una mueca que podría haber sido de ira o, peor aún, de risa, obedeció la orden. Con expresión de hastío, preguntó:

-¿Te propones encadenarme como al bueno de Allen?

Por toda respuesta asintió brevemente con la cabeza, luego se acercó, con cautela. La aparente docilidad de Sable no la engañaba en absoluto. Apuntarle con la pistola con una mano y tratar de encadenarlo con la otra resultaría una tarea difícil. Miró ceñuda al capitán y luego alentadoramente a Allen. Sería prudente liberar primero a Allen: así los dos tendrían a Sable a su merced. Mas, para exasperación de Nicole, ninguna de las llaves que tenía en su poder encajaba en la cerradura de los grilletes.

-Si me lo hubieras preguntado, querida, podría haberte ahorrado el trabajo -comentó Sable-. La llave que buscas descansa en un cajón de la cómoda de la habitación que me ofreció Lafitte para pasar la noche. - Nicole fulminó con la mirada al hombre que descansaba cómodamente apoyado contra la pared, en apariencia tranquilo.

- ¡A callar! - musitó tensa mientras avanzaba hacia él.

Sólo le quedaba una solución. Encadenaría a Sable ella sola y luego rompería las cadenas a balazos. Después tendrían que correr deprisa para esquivar la multitud que seguramente se reuniría al oír los disparos. No era lo que habría deseado, pero parecía ser la única alternativa.

De pie delante de Sable, ordenó:

-Si haces un solo movimiento que me desagrade, dispararé a matar. ¿Me entiendes?

Observándola con atención, asintió despacio, con los ojos, duros y especulativos, clavados en el rostro pálido pero decidido de la joven.

-Coloca la muñeca en ese grillete de ahí -ordenó Nicole-. Hazlo con cuidado, Sable, y recuerda que me encantaría matarte.

Pero él se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho y dijo:

- No tengo intención de hacer nada tan imbécil. Adelante, dispara si te atreves.

Tartamudeando de ira, gritó:

- ¡Maldito seas, Sable, haz lo que te ordeno!

- No - respondió con absoluta calma.

Viendo la expresión de Nicole, Allen la advirtió:

-Ten cuidado, Nick. Te está provocando deliberadamente.

La joven intentó tragarse la ira haciendo un gran esfuerzo. Pero fue inútil, las llamas que ardían en sus ojos traicionaban su temperamento ingobernable. El tener a su enemigo delante burlándose de ella hizo que perdiera toda cautela. Estallando de cólera se abalanzó sobre él y tiró furiosamente de sus brazos al tiempo que gritaba:

- ¡Harás lo que digo aunque tenga que obligarte yo misma!

Ignorando su muñeca herida, levantó la pistola y le propinó un golpe feroz en la mejilla.

Un gemido de dolor escapó de su garganta a causa de la muñeca lastimada, pero al instante se convirtió en un alarido de furia cuando Sable entró en acción. Envolviéndola con sus brazos de acero, la atrapó en un abrazo nada gentil. Allen luchaba inútilmente con las cadenas mientras ellos forcejeaban ante sus ojos. De pronto, Nicole sintió que la pistola le resbalaba de la mano. Estaba atrapada como una zorra en una trampa y lo sabía. Tenía el pecho apretado contra el de Sable y sus brazos la estrujaban hasta dejarla sin aliento. El amor propio le impedía suplicar y el sentido común le indicaba que era inútil desperdiciar sus fuerzas. Condenado mal genio, pensó, disgustada consigo misma. ¿Por qué habría permitido que la dominara de ese modo? Cerró los ojos, despreciando su propia estupidez, y se maldijo por ser tan impetuosa como era.

-¿Hacemos las paces, Nick? -preguntó él, con severidad.

Los ojos de Nicole se abrieron de golpe; odiándole y tratando de imitar su propio aplomo arrogante, dijo arrastrando las palabras:

- ¿Me lo estás pidiendo? ¡Qué extraño! Hasta ahora siempre has ordenado.

Sonriéndole, Sable se sorprendió al sentir algo semejante a la admiración por aquella jovencita intrépida.

-¡Qué revoltosa que eres! -dijo con ironía-. ¿Nunca te quedas donde te dejan?

Sin dignarse responder, Nicole miraba fijamente y en silencio la boca dura y cruel que estaba a la altura de sus ojos. No quería entablar un duelo verbal con semejante individuo.

- ¡Sable, escúchame! - exigió Allen desde el otro extremo de la celda -. No quisiste oírme antes, pero debes comprender que es justo que devuelvas a Nicole a su familia. Llévala a Nueva Orleans y déjala en el primer buque que salga para jamaica... de allí conseguirá pasaje para Inglaterra. Tengo el dinero para pagarlo, así como también lo suficiente para una dama de compañía. Las diferencias que existen entre tú y yo son entre tú y yo. Ella no tiene nada que ver en esto. ¡Te lo suplico, déjala partir!

El rostro de Sable adquirió una expresión glacial y sus ojos dorados miraron con aversión al hombre encadenado.

- ¡Dejarla partir! ¿Has perdido el seso? ¿Por qué había de hacerlo? ¿Qué ganaría con ello?

También el semblante de Allen estaba tenso mientras su cerebro trabajaba frenéticamente buscando algo que sedujera a aquel hombre. No tenía nada que ofrecer y apelar a la nobleza de sus sentimientos era por completo inútil. ¡Sable carecía de sentimientos y de nobleza!

Nicole puso término a la angustiosa situación.

- No supliques por mí, Allen - pidió suavemente -. Lo hecho, hecho está. No tienes la culpa de nada. - Echó la cabeza atrás, desafiante, y añadió-: Me forjaré mi propio futuro y no lo haré pactando con gente como Sable. - Lanzó una mirada feroz al hombre que la aprisionaba entre

sus brazos con los ojos llenos de desprecio.

Sable sonrió con ironía.

-¿Tú crees? -Echando una ojeada retadora a Allen, estrechó más su abrazo e, inclinando la cabeza, atrapó los labios desprevenidos y confiados de Nicole con su boca. Como si fuera consciente de la rabia enfermiza que dominaba a Allen, besó profundamente a Nicole, buscando la dulzura de sus labios sensuales.

Nicole no intentó resistirse a aquella boca voraz, suponiendo que lo hacía para atormentar a Allen y recordarle a ella misma que le pertenecía por completo. El beso no le proporcionó ningún placer; lo soportó, y cuando hubo llegado a su fin, un estremecimiento de alivio sacudió su cuerpo.

Sable frunció el ceño por la reacción de Nicole, pero la soltó encogiéndose de hombros. Recogió la pistola del suelo y la aseguró debajo del ancho cinturón de cuero que ceñía su cintura. Volviendo la atención a Nicole, la examinó concienzudamente, acariciándole los pechos y muslos deliberadamente, sin ninguna reserva. Lágrimas de humillación brillaron en sus ojos por semejante vejación delante de Allen. Sin embargo, el comportamiento de Sable tenía un propósito bien definido. Le estaba haciendo ver claramente a Allen, de la manera más cruel posible, que Nicole le pertenecía por completo. La imagen de Nicole besando a Allen estaba grabada a fuego en su cerebro y al recordarlo sintió el impulso de tomarla allí mismo, sobre el piso mugriento de la celda y hacerle el amor delante del otro hombre. Como si poseyéndola ante él pudiera probar su título de propiedad, igual que un chico provocando a otro y diciendo: «¡Fíjate bien, es mía!». Mas al ver la expresión tensa de Nicole, el impulso se desvaneció, y por primera vez, casi a mitad de su vida, dejó de lado sus propios deseos y apetencias por respeto a otro ser humano. El rostro de Nicole, que reflejaba con tanta claridad las emociones que la embargaban, hizo que le resultara insoportable la idea de degradarla aún más.

Sin decir palabra guardó en los bolsillos el cuchillo, las monedas y las joyas que encontrara minutos antes. La guió luego hacia la puerta de la celda, rodeándole el brazo con la fornida mano para que no opusiera resistencia. A regañadientes, Nicole obedeció a la presión que ejercía sobre su brazo. La situación era tan similar a la escena de la mañana anterior en *La Belle Garce*, que no pudo contener el estallido de carcajadas histéricas que brotó de su pecho.

- No, no voy a deshacerme en llanto - dijo al ver la mirada severa de Sable -. Simplemente me resulta muy divertido ver que dos veces en tan pocos días te las has ingeniado para salir triunfante.

- Eres muy obstinada - murmuró él con un brillo burlón y divertido en los ojos-. Pareces tener la ridícula idea de que puedes manejarme a tu antojo por ser mejor estratega que yo. ¡Qué

vergüenza, joven Nick, cómo se te ocurre!

Exasperada, estuvo a punto de abrir la boca para trabar batalla, pero recordando discusiones pasadas, volvió la cabeza al otro lado.

Sable, contemplando con ojos apreciativos los destellos de fuego en el pelo oscuro, sonrió. Después, al volver la vista hacia Allen, la sonrisa se desvaneció y le dijo:

- Deja de preocuparte por ella. Como bien puedes ver, todo lo que dije antes era verdad: tengo el futuro de Nick perfectamente controlado.

En silencio, pues no había nada más que decir, Allen observó con desconsuelo cómo Sable echaba la llave a la puerta de la celda y desaparecía de su vista llevándose a Nicole casi a la fuerza. Se desplomó contra el muro completamente abatido.

¡Pobre Nick! Jamás debió haberle hecho caso. ¡Si en el mismo instante en que descubrió su sexo la hubiese despedido con cajas destempladas! Ahora era demasiado tarde. Era su prisionera tanto como él y no podía hacer nada para ayudarla. Pero por todos los demonios, qué intrepidez la suya, pensó, admirado, al recordar con súbito afecto lo resuelta que estaba a liberarlo. Se daba cuenta de que habría sido mejor enviarla con un mensaje a sus superiores con la noticia de su captura. Pero ya era demasiado tarde. Al menos ella estaría libre y sus aliados se pondrían de inmediato en acción para liberarlo. Sable se las había ingeniado; dos veces para superarles en astucia y Allen se preguntó, más abatido que nunca, si siempre habría de ser igual.

Sabía que no había cometido errores. Fue cuidadoso en extremo y dudaba mucho que Nicole hubiese revelado algo. Además, ella no podía confesar nada, ya que nada sabía sobre sus planes.

De pronto otra idea surgió en su mente y le brillaron los ojos: no existía ninguna prueba de sus actividades, estaba plenamente seguro de ello. No obstante, se hallaba indefenso ante el capricho de Sable. Ni siquiera le había culpado de delito alguno. Pero ese hombre obraba por cuenta propia y pocos, si los había, se atrevían a cuestionar sus acciones. Sí, era bien sabido por todos que hasta el mismo Lafitte hacía la vista gorda a ciertas faltas de su capitán favorito. Y de ese modo siguieron torturándole sus desdichados pensamientos: preocupación por Nicole, pesar por no haber actuado antes y especulaciones sobre Sable.

La joven, al tener de carcelero a Sable una vez más, no se encontraba de muy buen humor precisamente. Le dolía mucho la muñeca y se preguntaba si esta vez no se la habría roto de verdad. No podía hacer nada por Allen en esos momentos. Se compadeció un segundo de él y luego dedicó todas sus energías a simular una actitud de absoluta confianza en sí misma, tanta como le fuera posible en esas circunstancias adversas. La llenó de satisfacción el aire de hastío

y despreocupación que asumió al entrar en la casa de Lafitte del brazo de Sable. Por nada del mundo les habría revelado la inquietud que palpitaba en su garganta ni el nudo de ansiedad en la boca del estómago. Su espalda estaba tiesa como una tabla; la cabeza bien erguida y los ojos brillantes de desafío. No estaba vencida, sino que había sufrido un ligero revés, eso era todo.

Como sólo había servido como grumete, jamás había visitado el interior de la mansión de Lafitte, así que con mucha curiosidad observó todo lo que la rodeaba. Después de haber mirado con penetrante minuciosidad la profusión de magníficos espejos de marcos dorados que cubrían las paredes, las innumerables mesas con intrincadas incrustaciones de nácar y otras gemas y las lámparas colgantes de cristal, decidió que los gustos de Lafitte rayaban en la vulgaridad y frunció los labios con desdén.

Al ver su reacción, Sable sonrió levemente.

- ¿No es un poco excesivo? Jean cree que es lo que se espera de él. Pero además es una manera no demasiado sutil de asegurarles a sus clientes que es perfectamente capaz de satisfacer sus exigencias. Todo lo que nos rodea es una prueba fehaciente de ello.

Habiendo llegado a la conclusión que sería mejor si trataba a Sable como a alguien fastidioso a quien había que soportar, Nicole asumió una expresión de absoluto aburrimiento y se encogió de hombros, dando a entender que estaba por encima de esas frivolidades y que sólo la educación, algo que Sable desconocía por completo, la retenía a su lado. Las carcajadas del capitán no ayudaron a suavizar su irritación, así que le volvió la espalda.

No serviría de nada insultarlo y era necio pensar que otro ataque físico pudiera tener éxito. Como todo buen jugador, sabía cuándo la suerte estaba en su contra. Suspiró, pensando que la fortuna la había abandonado últimamente sin lugar a dudas. Todavía estaba demasiado ofendida en carne viva debido a las calamidades sufridas para poder pensar clara y serenamente. Y con Sable se necesitaba estar calmada y despierta. Por el momento su única defensa era la indiferencia. Donde había fracasado su mal genio, tal vez su reticencia glacial tendría éxito. Echó una mirada imprudente por encima del hombro y pilló a Sable con una sonrisa radiante en los labios. Echó chispas por los ojos y preguntó de mala manera:

-¿Algo te divierte?

Los espléndidos dientes blancos de Sable brillaron entre la espesa barba negra cuando respondió:

- ¡Sí, tú! Juro que no puedo recordar cuándo, fuera de la cama, por supuesto, una muchacha me ha brindado tanto deleite y diversión como tú.

El jadeo estrangulado de rabia de Nicole no llegó a oídos de Sable, pues en ese preciso instante Lafitte hizo su entrada en la sala con rostro sonriente.

- Ah, ya has regresado, *mon ami*. Partiste tan de repente al recibir ese mensaje de que alguien estaba merodeando por el calabozo que me preguntaba si ibas a regresar esta noche.

Al ver la figura alta y esbelta de Nicole, se detuvo al pasar el umbral de la puerta, mientras sus ojos negros observaban con detenimiento el rostro inexpresivo y tenso y la postura rígida de la joven, con franca apreciación. Durante un momento se vio sometida a un examen minucioso y de pronto Lafitte, volviéndose a Sable, murmuró:

- ¡Ya veo! Se comprende cómo lo logró. Es alta para ser mujer y con esas ropas holgadas sus formas quedaban ocultas. ¿Qué edad me dijiste que tenía?

Sin hacer caso del rostro iracundo de Nicole, Sable respondió:

- Dieciocho años y unos meses, creo. Y desde luego, el pelo echado hacia atrás tan tirante era otra forma de disimular su sexo. Suelto es harina de otro costal.

Para alguien tan grande, Sable se movió con gracia felina, y antes de que Nicole pudiera adivinar sus propósitos se acercó a ella de una sola zancada y con manos diestras y rudas le soltó el cabello.

Liberado de la trenza que lo sujetaba, cayó en suaves ondas de fuego caoba alrededor de los hombros y Lafitte entrecerró los ojos, admirado.

- Muy bonita - murmuró -. ¿Estarías interesado en venderla? Te daría un buen precio.

Los ojos de Nicole se dilataron de horror y volvió rápidamente la mirada a Sable. Inconsciente la expresión de súplica que reflejaban sus propios ojos, Nicole le clavó la mirada induciéndole a decir que no.

Él la observó con cierta ironía y volviéndose a Lafitte dijo blandamente:

-Tal vez más adelante. Todavía no me he acostumbrado a ella. Vuelve a preguntármelo dentro de una o dos semanas.

De ordinario, Nicole habría reaccionado furiosa ante esas palabras indiferentes, pero no le agradaba el brillo calculador de los ojos de Lafitte y de inmediato decidió que le gustaría aún menos compartir con él las intimidades que Sable la había obligado a aceptar. Le encantaría arrancarle el hígado a Sable y dárselo de alimento a los tiburones, pero, al mismo tiempo, era reacia a permitir que Lafitte advirtiera que las cosas no andaban bien entre ellos dos. Pudo notar la mirada curiosa que le echó Sable cuando permaneció muda a pesar de la pulla.

Después de esperar unos segundos, se encogió de hombros y recalcó para enfurecerla más:

- Ya ves, Jean, la mujer casi perfecta... ¡ella sí que sabe cuándo mantener la boca cerrada!

Los ojos de Nicole, ardiendo de indignación, volaron al rostro de Sable, pero prudentemente, por una vez, no dijo nada. Él le sonrió y la desafió a demostrarle que estaba equivocado.

Observando a la pareja, el gigante de barba negra y la esbelta muchacha insolente, Lafitte

sonrió. Sable, sin duda alguna, estaba a punto de descubrir que todas las mujeres no eran iguales, que existían algunas pocas que podían resistirse a sus zalamerías y lisonjas. Pero eso no quería decir que el capitán se estuviera esforzando mucho por seducir a la esbelta joven; parecía complacerse en provocarla, algo que Lafitte jamás había visto antes en él. Todo ello resultaba muy interesante teniendo en cuenta la conversación de horas antes. ¿Habría caído por fin Sable en el lazo más viejo del mundo? ¿Habría esa jovencita sido capaz de abrir brecha en su parapeto? Si en realidad era así, resultaba más que evidente que ninguno de los dos protagonistas era consciente de ello.

Entre las preferencias de Lafitte, hacer dinero ocupaba el primer lugar e inmediatamente después estaba su afición hacia lo romántico, y la idea de su amigo de corazón de hielo atrapado en las garras de un amor no correspondido le hizo sonreír con aire bonachón.

- ¿Piensas retirarte temprano, *mon ami*? -le preguntó con un destello particular en los ojos-. Había pensado que podríamos jugar una o dos manos antes de ir a dormir. Por supuesto -dijo, más sonriente todavía-, comprenderé muy bien si ya no consideras esos planes de tu agrado.

Sable lo miró con tranquilidad y meneó la cabeza.

- Me parece bien. En cuanto instale a Nick me reuniré contigo en la biblioteca.

-¡Qué desconsiderado de mi parte! Desde luego, debemos ocupamos de su comodidad. Daré las órdenes pertinentes ahora mismo.

Sable desechó con un ademán el ofrecimiento de Lafitte de llamar a un sirviente y salió resueltamente de la habitación llevándose a Nick rumbo a la majestuosa escalera. Una vez en el piso alto, la condujo por el vasto vestíbulo alfombrado hasta la serie de cuartos que Lafitte había puesto a su disposición.

Cerrando con firmeza la puerta a sus espaldas, estudió el semblante furioso de la joven con desaprobación. Súbitamente se le ocurrió a Nicole que, a pesar del tono provocador y su modo natural de comportarse, Sable estaba colérico, dominado por una furia glacial, tanto más alarmante por su falta de fuego. Pero ella no se amilanaba fácilmente y lanzándole una mirada iracunda, dijo entre dientes:

- No te detengas por mí. Estoy segura de que Lafitte ansía tu compañía. - Le volvió la espalda desdeñosamente, pero una mano férrea la agarró del hombro y la hizo girar sobre sus talones hasta quedar cara a cara.

Su semblante ya no estaba sereno y sonriente: tenía la mandíbula tensa, la boca afinada en una línea dura y cruel y sus ojos brillaban como oro helado. Cuando habló, sus palabras fueron afiladas y tajantes como dagas:

- ¡Lafitte puede esperar! Antes tenemos que arreglar algo entre tú y yo. Si recuerdo bien,

debías de permanecer en la plantación. Pienso que debiera record arte que no suelo dar órdenes sólo para oír el sonido de mi propia voz. Que te hayas convertido en mi amante no altera el hecho de que cuando te ordeno que hagas una cosa, espero que la cumplas. ¿Me entiendes? - La sacudió ligeramente al decir esto último.

- ¡Te entiendo, barriga de tiburón! - replicó airadamente. Clavándole un dedo en el pecho, estalló-: ¡El que no entiende eres tú! ¡Yo no soy un botín que has apresado, y por nada del mundo seré tu amante... ni ninguna otra cosa! -Se sacudió con furia tratando de liberarse de la mano que la retenía por el hombro, pero la apretó tanto que creyó que el hueso estallaría.

Controlando su mal genio con más paciencia de la que creía tener, Nicole exigió con frialdad:

- ¡Suéltame! Ya me rompiste la muñeca, ¿pretendes quebrarme también el hombro?

Las manos se aflojaron un poco, pero no la soltó del todo.

- ¡No me tientes, pequeña zorra! ¡Como me siento en este momento podría romperte fácilmente todos los huesos del cuerpo, y lo que es más, disfrutaría haciéndolo!

- Si sientes de ese modo, ¿por qué me tienes prisionera? - replicó acaloradamente.

Una sonrisa despiadada curvó sus labios y bruscamente la atrajo con rudeza contra su cuerpo nervudo. Pegada a él, Nicole pudo sentirle rígido de deseo y creyó que iba a tomarla otra vez ahí mismo y en ese momento. Protestando, Nicole intentó echarse hacia atrás, pero las manos de Sable se deslizaron por su espalda hasta cubrirle las nalgas, atrayéndola más contra la pelvis. La embistió repetidas veces para que tomara conciencia de que estaba excitado de deseo ardiente y dijo gruñendo:

-¡Ésa es la razón por la cual te retengo a mi lado!

Alterada, más de lo que podía recordar haber estado nunca, no pudo menos que echarse a llorar.

-¿No tienes piedad? ¿Ninguna conmiseración por otro ser humano? ¿Has olvidado toda noción de moralidad? - Era una necedad, lo sabía, pero las palabras habían salido precipitadamente desde lo más hondo de su ser desgarrado. La muchacha se lo quedó mirando con ojos oscuros y brillantes de lágrimas contenidas.

Él la contempló por un momento con ojos como líneas rasgadas y dijo en tono glacial:

-¡Carezco de toda noción de moralidad! Te deseo, Nicole, y nada ni nadie en la tierra me impedirá tomarte cuantas veces me plazca. No me hagas perder el tiempo con peticiones de gracia o lágrimas. Los ruegos me fastidian y las lágrimas me aburren. Si en el futuro recuerdas esta conversación, te ahorrará muchas amarguras y angustias. Confórmate con saber que cuando me harte de ti, cumpliré muy bien contigo.

Estúpidamente preguntó:

-¿Y si nunca te hartas de mí?

Súbitamente, los ojos dorados de Sable reflejaron una risa genuina. Con una carcajada, se burló:

- Eres muy presumida, Nick. No existe una sola mujer en el mundo que pueda satisfacerme durante mucho tiempo, y tú estás muy lejos de pertenecer al tipo de mujer que prefiero.

CAPÍTULO XIII

La estancia quedó como una tumba tras la partida de Sable. Durante varios segundos Nicole permaneció rígida como una estatua con la mirada perdida en la puerta que acababa de cerrarse. Él no podía haber dicho esas palabras atroces, pensó en medio de su aturdimiento. Luego, un estremecimiento le sacudió el cuerpo. Sí, sí podía. Las había dicho y, peor aún, con toda su mala intención.

Con el espíritu abatido, se encaminó a la cama de lujosas colgaduras de raso y se arrojó de bruces sobre ella. Por mucho, mucho tiempo permaneció tendida allí sin querer pensar, y no obstante, presa de sus pensamientos.

Ojalá existiera alguna manera de volver atrás en el tiempo, se dijo con más deseos que esperanzas. Luego se encogió de hombros filosóficamente. Sable ya hacía tiempo que sabía que era mujer, y aunque jamás hubiese intentado robarle los libros de claves con Allen, igualmente habría capturado al oficial, y sospechaba que de todas formas la habría obligado a compartir su lecho, de buena o de mala gana. Ese hombre aprovechó astutamente el pacto precipitado que le había ofrecido y ella fue lo bastante imbécil como para creerle dispuesto a cerrar un trato y cumplirlo. Pero la había engañado tan fácilmente que se le revolvía el estómago de vergüenza cada vez que pensaba en ello. Por un momento fugaz acarició la idea de ver a Sable reducido a adorarla con servilismo y arrastrándose a sus pies mientras que ella gozaba pisoteando sus sentimientos más íntimos.

La idea, al principio, había sido un mero ensueño de venganza, pero frunciendo el ceño en súbita concentración, empezó a meditar seriamente en ello. ¿Y si llegara a ser imprescindible para sus necesidades, tanto que no pudiera pasarse sin ella? ¿Quizá se invertirían los papeles? ¿Y si lograra ser lo bastante habilidosa y astuta como para tenderle un lazo a algún sentimiento tierno que tuviera, no caería en sus propias manos el poder? ¿No estaría Sable dispuesto, hasta ansioso, de complacerla? ¿De hacer lo que ella quisiera? Tal como liberar a Allen o... -y le brillaron los ojos de entusiasmo- echar a los Markham de sus propiedades de Inglaterra.

¿Cómo se las ingeniaba alguien para esclavizar a un hombre? Había observado, aunque no detenidamente, a varias mujeres tratando de seducir a Sable con todos sus encantos y artimañas, pero sin resultado. Jugaba con ellas, las manipulaba para sus propios fines y después las olvidaba. Ceñuda, intentó recordar si alguna había retenido su interés, lo cual le indicó una cosa: su tarea no iba a ser sencilla.

La ventaja que tenía sobre las otras era que no estaba enamorada de él, a pesar del fuego físico entre ellos, y que estaba resuelta a usarlo de la misma forma en que él había hecho con las otras mujeres. También comprendió que gran parte del atractivo que ejercía sobre Sable era, sin duda alguna, su reconocida antipatía por él y su carácter desafiante.

La idea de habérselas con el capitán, de derrotarlo en su propio juego, reanimó el espíritu de Nicole. Se paseó por la estancia con planes apenas bosquejados en su mente hasta que se desvaneció el primer acceso de entusiasmo. De pronto se dio cuenta de que era muy tarde y de que estaba rendida. Echó una ojeada indecisa a la cama, pues no le agradaba demasiado la idea de que al regresar Sable la encontrara dormida. Al mismo tiempo le encantó la posibilidad de desconcertarle por completo, ya que si esperaba encontrar a su regreso una arpía furiosa, se toparía en cambio con una mujer tan absolutamente indiferente a él que podía ir a dormir tranquilamente sin ningún escrúpulo. Sonriendo se quitó la ropa y se metió entre las sábanas. Mientras iba cayendo dormida se le ocurrió que su presencia repentina e inesperada seguramente alteraría los planes de Sable; entre sueños deseó que los cambios fueran desagradables para él.

En realidad, la llegada imprevista de Nicole causaba pocos inconvenientes a Sable, aunque habría preferido no tener que presentársela a Lafitte. Pero aparte de eso, su presencia apenas alteraba sus planes. Pensaba regresar a Thibodaux House por la mañana yeso aún seguía en pie, sólo que ahora contaría con la compañía colérica de Nick en el viaje de regreso.

Al volver a la biblioteca ignoró la obvia curiosidad que asomaba a los ojos de Lafitte, y sirviéndose una copa de exquisito coñac francés se sentó cómodamente en uno de los amplios sillones. Sable procedió a actuar como si nada hubiese pasado y los dos hombres pasaron el resto de la velada como planearon en un principio, jugando, fumando cigarros y bebiendo coñac de contrabando. Si Lafitte esperaba que Sable se retirase pronto, se llevó una desilusión. El capitán se quedó hasta bien pasada la medianoche discutiendo de todo menos de la mujer que estaba arriba.

Cuando resultó evidente que Sable no mencionaría siquiera a Nicole, Lafitte bostezó y se puso de pie.

- *Mon ami*, ¿estás dispuesto a retirarte como lo estoy yo? ¿O tu silencio se debe a que tus reflexiones están en el piso de arriba con esa chica?

Contrariado por haber dejado vagar sus pensamientos, Sable respondió de modo tajante:

-Si quieres irte a la cama, hazlo. No te detengas por mí.

Con el semblante apenado, Lafitte comentó:

-Sin duda debe de ser hora de irnos a la cama. Te estás volviendo absolutamente soez o... -

sus ojos adquirieron un brillo burlón de risa contenida al añadir-: ... ¿Será que tienes problemas con el *amour*?

Soltando un suspiro de exasperación, Sable se levantó del sillón.

- ¡*Amour*! - Pronunció la palabra como si fuera una maldición -. Vosotros los franceses vivís parloteando sobre este tema. Esa jovenzuela delgaducha no es nada fuera de lo común. No significa ni un poquito más que media docena de otras mujeres que podría nombrarte. - Tratando de disimular su irritación, se despidió de Lafitte con un tibio *Bonne nuit* y cruzó a grandes pasos el vestíbulo para dirigirse a sus habitaciones.

Le sorprendió encontrarla a oscuras y su asombro llegó al colmo al ver a Nicole profundamente dormida. Cuanto más la miraba, más crecía su enojo. «¡Por todos los diablos! », pensó furioso. Tenía más descaro que un gitano.

Nicole se agitó en la cama como presintiendo su presencia, y al abrir los ojos y ver la mirada fría y dorada clavada en ella quedó paralizada. Dominado el impulso instintivo de retroceder al ver el rostro barbado sobre ella, se quedó quieta y con el semblante impasible para no delatar sus sentimientos. Se sostuvieron la mirada durante unos cuantos segundos sin poder desviarla ninguno de los dos. Luego, sin apartar la vista de ella, Sable retiró las mantas que le cubrían el cuerpo con lenta deliberación... Nicole no hizo nada para impedírselo y permaneció inmóvil incluso cuando su mano le acarició suavemente un pecho frotándole el pezón con insistencia. Sin embargo, en su interior libraba una cruel batalla contra la ardiente pasión que se iba apoderando de su ser.

Había planeado que la próxima vez que se encontraran no cedería a esa... esa... ansia de que le hiciera el amor, y sin embargo, ahora que había llegado el momento, tenía que resistirse a los dictados de su propio cuerpo. Con una terrible sensación de impotencia percibió la dureza que iba adquiriendo el pezón bajo la mano acariciadora y se avergonzó por ese signo traicionero. Su cuerpo tenía voluntad propia y una idea diferente de la que había ordenado su cerebro. Una sensación dulce y tibia se abría paso hacia sus muslos y con determinación febril clavó los ojos en los del hombre despreciando la expresión fría e insensible que halló en sus doradas profundidades. Percibió que se estaba conteniendo, jugando con ella como si no le interesara realmente.

En ese instante le odió de verdad, le odió por el poder que parecía ejercer sobre su cuerpo indefenso. Le deseaba a pesar de todo lo que había pasado, pero no obstante estaba furiosa de que él pudiera contemplar su desnudez, acariciarla y permanecer impasible mientras a ella la devoraban sus propios deseos.

Mirándola con fijeza a los ojos, dejó de acariciarle el pecho y con angustiosa deliberación

deslizó la mano por la piel tibia hasta la cintura. Casi juguetonamente los dedos avanzaron hasta el ombligo y entonces la mano bien abierta se deslizó por el vientre hacia las piernas. Al oír el jadeo, mezcla de terror e impaciencia que escapó de Nicole, los labios del hombre apenas se curvaron en una fugaz mueca cruel.

Nicole no podía evitar el latir acelerado de su corazón y estaba furiosa por saber que la traicionaban sus ojos mientras él, maldito fuese, todavía parecía impasible. Trató desesperadamente de mantener la compostura, pero la delataban una docena de indicios: sus ojos estaban dilatados y oscuros de pasión y los pezones rígidos de deseo.

Eran dos verdaderos duelistas: ella luchando por mantenerse fría y hostil, y él excitándola deliberadamente y exigiéndole respuesta mientras él mismo se mostraba distante y reservado.

-¡Te odio, maldito! -le espetó a la cara con voz ronca. Pero él no se dio por enterado siquiera. Mareada, se preguntó si la estaría castigando por lo ocurrido anoche. Luego todo pensamiento coherente la abandonó cuando los dedos viriles, que habían dejado de atormentarla jugando sobre su vientre, penetraron en su interior. Todo su cuerpo vibró con el impacto de esa suave caricia y su placer creció en intensidad al continuar él sus movimientos. Nicole luchó todo lo que pudo contra la sensación de deleite que se apoderaba de su cuerpo; después, con un gemido atormentado, se retorció alejándose de él.

Yacía en el lecho mitad de costado, mitad de bruces cubriéndose los pechos con los brazos. En vano intentó atrapar una docena de pensamientos fugaces y emociones huidizas mientras una punzada casi dolorosa y penetrante exigía alivio entre sus muslos.

El semblante de Sable ya no era impasible y una delgada capa de sudor sobre su frente delataba su propia lucha para contenerse. Se arrancó la ropa con feroz rapidez y, antes de que Nicole pudiera recobrarse, presionó su cuerpo nervudo contra la espalda de la joven. Su aliento suave y cálido le acarició la oreja y Nicole sintió cómo ese cuerpo viril y ardiente se amoldaba al de ella mientras yacían de costado sobre la cama. El contacto se extendía a todo lo largo de los cuerpos: el pecho velludo contra la espalda grácil, las nalgas redondeadas y turgentes curvándose contra el estómago plano y las piernas en armoniosa curvatura. Quiso separarse bruscamente, pero un brazo nervudo y vigoroso le rodeó la cintura y en un susurro él le dijo:

- Lo de anoche fue un error y me propongo remediarlo ahora mismo. Déjame, Nick, déjame... déjame amarte.

Apenas si lo oyó, pues ya le había cubierto un pecho con la mano antes de deslizarse una vez más entre sus piernas. Era consciente, y al mismo tiempo ajena, de otras cosas además del fuego que ardía en sus ingles: el otro brazo vigoroso debajo de sus caderas, la respiración agitada del hombre cuando la sintió derretirse contra él abandonándose por completo, y su

masculinidad caliente y pulsante moviéndose con suavidad entre sus muslos. No la penetró de inmediato sino que la exploró una vez más y con toda deliberación le hizo probar por primera vez la dulce experiencia del pleno goce sexual. Nicole se oyó gritar cuando, con la mano entre las piernas, él la llevó a la cima del placer, pero sus sensaciones y emociones giraban en un torbellino fuera de control y en ese instante nada importaba salvo que aquella sensación no cesara. Y no cesó. Apenas había vuelto a la cordura cuando él, todavía de costado, embistió suavemente dentro de ella, haciendo que su cuerpo penetrara hasta el fondo de su acogedora suavidad mientras sus manos la apretaban con fuerza contra él. Como un fuego mortecino que de súbito cobrara nueva vida, sintió que todo su cuerpo le respondía con pasión renovada y ávida; completamente ajena a lo que hacía, curvó más su cuerpo para facilitarle la posición, arqueándose contra él. Al alcanzar la culminación, esta vez fue como si todos los nervios de su cuerpo estallaran de placer.

Jadeante y todavía en medio de una nebulosa, con los ojos muy abiertos de asombro por la experiencia vivida, se quedó tendida, casi sin tener conciencia del hombre que estaba junto a ella y lenta, muy lentamente fue volviendo a su estado consciente. Ahora sabía sin lugar a dudas por qué le perseguían con tanta desvergüenza todas aquellas mujeres, y habría dado cualquier cosa para no hacerlo ella también.

Con cierta desgana se dio la vuelta para mirarlo de cara. Estaba tendido de espaldas con un brazo debajo de la cabeza, observándola. Lo contempló durante más de un minuto mientras se preguntaba cómo podía odiarlo y al mismo tiempo no poder impedir que todo su cuerpo se convirtiera en una masa temblorosa ante la sola idea de sus besos. En voz baja y tono desafiante, declaró:

- ¡Todavía te odio!

Por increíble que fuera, él sonrió, no ya con esa expresión temeraria y burlona que ella conocía tan bien, sino con cierta pesarosa ternura.

-¿Sabes que eso es exactamente lo que pensaba que dirías? Puede ser que me odies, Nick, pero tu cuerpo no me odia.

Sable se tendió de costado y sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia. Su mano le recorrió delicadamente el cuerpo por su mismo centro y se detuvo cuando encontró el triángulo oscuro de las piernas. Desesperada, Nicole se puso rígida ignorando el súbito e inesperado acceso de deseo en el estómago.

-¿Ves? -Se rió por lo bajo al percibir la respuesta del cuerpo femenino-. Podría hacer que me desearas otra vez, a pesar de lo que dices sentir por mí. - Bruscamente le cubrió la boca con los labios sin darle oportunidad de responder. Fue un beso totalmente distinto a todos los que le

había dado antes. Era suave y apremiante a la vez, cálido y profundo. Alzando la cabeza, la contempló y con voz pastosa por la pasión que crecía en su interior, susurró-: ¿Puedo, Nick? ¿Puedo demostrártelo?

Nicole negó sacudiendo la cabeza sin poder hablar y con la mirada perdida en las profundidades doradas de su mirada. No era necesario, pensó con desdicha, no se necesitaba probar lo que ambos sabían tan bien.

Ante su negativa, Sable suspiró y se alejó de ella con desgana, pero sin intento alguno de hacerle cambiar de opinión. En cambio, sobresaltándola un poco, le envolvió el cuerpo dócil con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Luego le acarició la frente con los labios y murmuró:

- Duérmete, Nick. Tenemos un largo día por delante.

Para su sorpresa, el cuerpo frágil y femenino se acurrucó confiadamente en el hueco que le brindaba el suyo propio y le obedeció de inmediato, al instante cayó en un sueño profundo. No así Sable, quien por algún tiempo, después de oír la respiración serena de Nicole que revelaba que ya dormía con placidez, siguió desvelado pensando en el futuro.

Lafitte y él habían finalizado las transacciones para la venta de *La Belle Garce* durante la velada y al llegar la mañana Nick y él estarían camino de casa con una pesada bolsa de monedas de oro. También esa noche habían convenido sobre el destino del molesto Allen Ballard, quien pasaría los próximos meses como huésped involuntario del calabozo de Lafitte. Sable aún no había tomado una decisión sobre el destino final del oficial, pero mientras tanto estaría a buen recaudo.

Habiendo resuelto los problemas de *La Belle Garce* y del traidor Ballard, sólo le quedaba una duda por resolver, que estaba ahora, tibia y confiada, junto a él: ¡Nick! Pronto sería partícipe de su secreto y se preguntaba cómo reaccionaría al enterarse de que el capitán Sable y Christopher Saxon eran una sola persona.

Christopher Saxon. Se sentía extrañamente satisfecho al pensar que en menos de veinticuatro horas volvería a usar su verdadero nombre. Desaparecería por fin la doble personalidad del corsario barbado llamado Sable y el elegante y bien afeitado dueño de la plantación.

La superchería había empezado hacía mucho tiempo, cuando Higgins y él escaparon del barco. Para evitar que le descubrieran las autoridades británicas en busca de desertores, se hizo llamar Sable Lacey. Pero cuando se unió a la banda de Lafitte, éste le sugirió las grandes ventajas de una doble personalidad. Christopher estuvo de acuerdo con él. Fue así como el capitán Sable había salido a navegar y Christopher Saxon había ganado una fortuna, incluyendo Thibodaux House, en los lujosos salones de juego de Nueva Orleans.

Sable jamás había aparecido por esa ciudad, si bien Saxon lo hacía periódicamente. Éste vivía varios meses al año en Thibodaux House. Era verdad que desaparecía durante meses y meses, pero ¿a quién le importaba? ¿Y quién iba a advertir que durante esas prolongadas ausencias de Saxon reaparecía el capitán Sable en Grand Terre y *La Belle Garce* volvía a hacer estragos en los mares? ¡Nadie excepto Nick!

Fingiendo indiferencia se dijo que no tenía importancia. Y no obstante... Nicole podría fácilmente destruir su prestigio entre los miembros más respetables de la sociedad de Nueva Orleans.

¿Le importaba mucho acaso?

La actividad de corsario no era una profesión deshonrosa, pero se alzarían unas cuantas cejas, le seguirían algunos susurros malintencionados y ya no sería bienvenido en algunos hogares. Pero era un riesgo que tenía que correr... Además, ¡maldito lo que le importaba la «sociedad»! Naturalmente que también podía dejar a Nick con Lafitte... pero la idea le desagradaba en exceso.

La memoria era una cosa esquiva y traicionera. Mientras yacía desvelado volvieron a él otros recuerdos de Nick: su cuerpecito esbelto trepando por las jarcias como un mono; la llameante excitación ardiendo en sus ojos topacio al menor indicio de una batalla; la forma en que fruncía los labios con determinación mientras trabajaba en el escritorio de su camarote. Miles de imágenes de ella como Nick cruzaron con rapidez por su cabeza y se preguntó cómo había estado tan ciego para no haber vislumbrado la verdad a través del disfraz durante tanto tiempo.

Quizá lo hizo sin saberlo. La trató de una manera muy especial y provocadora que nadie podía entender, había tolerado su insolencia hasta lo inconcebible y de algún modo, deliberadamente o no, se preocupó de que estuviera a salvo durante las batallas. Admitió a regañadientes que siempre existió un afecto despreocupado aunque ilógico hacia Nick. Por supuesto que no había pensado ni una sola vez en su grumete durante los períodos en que desaparecía para convertirse en Saxon, y se preguntó cómo se las había arreglado durante sus ausencias. Recordó a Ballard con disgusto. Desde luego. Con toda seguridad se quedaba en *La Belle Garce* mientras estaban en Grand Terre, y como la mayoría de los miembros de la tripulación vivían retirados de todos, no le habrían prestado demasiada atención. Pero había corrido gravísimos riesgos.

Desvelado por completo por esos pensamientos, se separó delicadamente del cuerpo dormido de Nicole y bajó de la cama. Sobre la mesa del otro lado del cuarto había una bandeja con licores. Sirviéndose una copa de coñac se paseó con impaciencia por la estancia, mientras sus pensamientos, inexplicablemente, tomaban un rumbo que le desagradaba sobremanera. Si

le perseguían los recuerdos de Nick como grumete, esos pensamientos evocaron otros, que como a una bestia dormida, había mantenido a raya en los recovecos más profundos de su mente. Cuando pensaba en la joven era inevitable que recordara a su madre y hechos que era mejor olvidar. Pero aquella noche no podía negar sus recuerdos y con desesperación evocó a la hermosa madre de Nicole, Annabelle, y a su tío.

Meditando sobre cómo le usaron con tanta habilidad casi enfermó de furia. Durante cuánto tiempo, se preguntó, habría sospechado el esposo de Annabelle que existía otro hombre en la vida de su mujer. No pudo ser por un largo período o no le habrían utilizado como chivo expiatorio. Volviendo la mirada al pasado lo vio todo con suma claridad: la aventura amorosa entre su tío Robert y la voluptuosa esposa del vecino, ambos cogidos en las redes de matrimonios que no podían o no querían afrontar. ¿Fue el miedo al escándalo lo que los guiara a utilizarle y sacrificarle? ¿O acaso su tío tenía otro móvil más ruin aún? Con cuánta facilidad, pensó ahora, podía haber muerto en la marina dejando a Robert como heredero de la fortuna y del título del abuelo, además de todas las propiedades de la familia Saxon.

En su interior ardía una furia controlada mientras cavilaba acerca de aquellos días tan lejanos. ¡Cielos! Cómo había adorado a la deslumbrante Annabelle, la mujer de cabello como llamaradas y un cuerpo que consumía a un hombre como el mismo fuego. Oh, con qué astucia le había engatusado, y él, como un tonto, le había ofrendado todo su amor juvenil. Fue incapaz de ocultar su adoración y a los mayores les divertía su amor pueril. Pero nada sabían de los encuentros secretos que mantenían en el pabellón donde le había introducido en los misterios del deseo físico. Estaba seguro de que Robert estaba enterado de ellos. ¿Supo también Robert lo apasionados que habían sido, cómo Annabelle le había desprovisto de su virginidad y le había iniciado minuciosamente en las artes del amor? ¡De algún modo dudaba de que su tío lo hubiese sabido! Annabelle resultó como un narcótico en sus venas, recordó Christopher asqueado, mientras lo atormentaba y jugaba con él, haciendo eco burlón de sus promesas de amor eterno y enseñándole el engaño y la seducción. Pero por su diosa él podía soportar cualquier cosa, hasta la actitud despectiva con que le trataba delante de los demás, porque sabía que al caer la noche se perdería dentro de su cuerpo. Resopló de disgusto por su propia vanidad. Debió haber estado completamente loco para creer que una mujer diez años mayor que él y en la plenitud de su belleza se enamorara de un muchachito de quince, inseguro y larguirucho.

Ella jamás lo había amado. Por supuesto que ahora lo sabía, lo supo desde aquel momento terrible y negro en que su abuelo, con el rostro tenso por la ira, le había arrojado a la cara aquellas palabras de condenación mientras ella, esa perra traidora, sollozaba piadosamente

enjugándose las lágrimas con un pañuelo y gritaba que él la había violado y luego amenazado con contárselo a todo el mundo para seguir aprovechándose de ella y satisfacer su lascivia. Aún ahora podía sentir la cólera que se apoderó de su ser, y su desesperación ante aquel final tan cruel de su sueño de amor. El esposo de Annabelle había permanecido rígido al lado de su esposa, mientras sus ojos oscuros reflejaban el desconsuelo que sentía al ver que Christopher era sólo un niño con quien no podía batirse a duelo. Y el orgullo impidió que Christopher respondiera a las acusaciones. Tenía el semblante petrificado y algo en su interior había muerto ese día. Al borde de un acto violento, salió del salón casi corriendo sólo para caer en las garras de Robert. Con desagrado recordó con qué facilidad se dejó manipular. Ignorando en ese momento la relación entre Robert y Annabelle, fue como arcilla en manos de su tío, que aparentó compadecerse de su sobrino y le sugirió abandonar la casa por un tiempo y retirarse a alguna oscura posada del campo donde podrían discutir a fondo el problema. Luego Robert, en tono conciliador, había tratado de restañar las profundas heridas de su alma mientras bebían cerveza en la trastienda de la posada; después le arrebataría incluso aquella ilusión de consuelo y comprensión. Con rabia apenas contenida, volvió a ver la última escena repulsiva del drama: él mismo, atado y amordazado, cruelmente azotado por su tío, y Annabelle en los brazos de Robert. Le habían obligado a contemplar, con fascinación y repugnancia, cómo ellos, ajenos a su presencia copulaban como animales en el suelo, y con aversión todavía podía ver la mirada de Annabelle mientras alisaba y enderezaba la falda arrugada y preguntaba:

- ¿Qué pasará con él? Ahora que ya ha servido su propósito, ¿cómo vas a librarte de él?

Robert había soltado una carcajada abrazándola con pasión.

- No te preocupes. Mañana a esta misma hora estará en alguna parte del mar, otra víctima infortunada de las rondas de leva...sólo que mi padre y tu esposo no lo sabrán. Ellos supondrán que ha preferido escapar antes que afrontar la deshonra.

Ella sonrió y sus ojos verdes brillaron de júbilo.

- Eres tan listo, Robert. ¿Quién podría haber ideado un plan tan perfecto para responder a las sospechas de Adrian? Él está plenamente convencido de que Christopher es el hombre con quien me he estado viendo. -Se rió, divertida, obviamente complacida por la situación. Pero sus preocupaciones no se habían calmado del todo-. Pero, ¿qué pasará si regresa? -preguntó con cierta ansiedad en la voz.

Robert se había encogido de hombros con indiferencia.

- Eso, mi amor, es dudoso en extremo. Ya se encargarán de él los rigores de la armada. Además, estamos en guerra con Francia. Y aunque llegara a sobrevivir, no podría perjudicamos. ¿Quién le creería?

-Supongo que tienes razón. -Anabelle se fue sin echarle ni una sola mirada y una hora más tarde Christopher estaba en las fornidas manos de una ronda de leva después de que Robert les guiara a la habitación con una sonrisa radiante en el rostro.

El cuerpo de Christopher temblaba por la fuerza y la intensidad de las emociones que le asaltaban en tropel y apretaba tanto los puños que los nudillos estaban blancos a pesar de la piel bronceada. ¡Malditos fuesen!, pensó enfurecido. ¡Así se pudriesen en el infierno! Se sirvió otro coñac con manos que temblaban con el furor desatado por el odio profundo que le consumía. Lo tragó de un sorbo cegado de ira. Regresó del pasado haciendo un esfuerzo sobrehumano. Se acabó, ya todo eso había pasado y estaba terminado, se dijo con pesadumbre, y seguir obsesionándose con ello sólo conseguiría destruirle.

«Ah, necio», pensó con desagrado, «nadie puede herirte, hace muchísimo tiempo que has cercenado violentamente esa habilidad a todos aquellos que se te acercan. Olvida el pasado. Nada puedes hacer para remediar lo que ya ocurrió, y Annabelle está fuera de tu alcance, ¡muerta, ahogada en el mar!»

Mas, la venganza era una violenta emoción difícil de rechazar, y deliberadamente, clavó la mirada en Nicole. Qué ironía del destino que la hija de Annabelle tuviera que caer en sus manos. Debía reconocer que sentía cierto placer en atormentarla, en doblegar la voluntad de Nick a sus deseos y - su propia honestidad le obligó a añadir- en castigarla por los pecados horrendos de su madre.

TERCERA PARTE

Christopher

«Pero el amor es ciego, y los amantes no pueden ver las hermosas locuras que ellos mismos cometen.»

Shakespeare, El mercader de Venecia.

CAPITULO XIV

Christopher Saxon, con una expresión de tedioso desdén en el rostro delgado y bien afeitado, escuchaba la charla ociosa que se desarrollaba a su alrededor.

Jamás lograría entender por qué diablos había permitido que su amigo Eustace Croix le persuadiera de asistir a la *soirée* de los Laville. ¡Por Dios, se aburría soberanamente! Debió suponerlo. Los Laville eran personas entradas en años y también lo eran la mayoría de sus invitados. Anoche, cuando Eustace le suplicó que le acompañara, debió de haber estado fuera de sus cabales para no negarse en rotundo.

Christopher Saxon no era, en realidad, un hombre particular- mente sociable. Callado y retraído, se mantenía apartado de aquellos que habrían buscado su amistad. Frío, duro, impasible e insensible eran algunos de los epítetos que se decían a sus espaldas. En apariencia los merecía de sobra: se limitaba a encoger sus elegantes hombros y a girarle la espalda a todo aquello que le disgustaba. Ello no significaba que le esquivaran o que fuera impopular. ¡Muy al contrario!

Todas las mañanas durante sus esporádicas estancias en la ciudad, su sirviente le presentaba una pequeña bandeja de plata con varias invitaciones para asistir a esta tertulia o aquella fiesta, o para acompañar a un conocido u otro a alguna pelea de gallos o a ver las últimas bellezas en el Baile de los Cuarterones, como se conocía en todo el sur a las personas que tenían un abuelo negro entre sus antepasados. En virtud de su gran fortuna y rostro atractivo, era el favorito de las damas con hijas casaderas. Y la mayoría de los hombres le consideraban bastante agradable, si bien un tanto insolente.

Pero jamás le hacían falta compañías o diversiones y siempre se había guardado deliberadamente de hacer amigos íntimos. Las amistades por lo general tenían la costumbre de formular preguntas indiscretas, presentarse de visita en momentos inoportunos y de interesarse en asuntos que no eran de su incumbencia.

Al principio se abstuvo de intimar con la gente por necesidad, y luego

porque se había convertido en un hábito. Le convenía sobremanera que nadie conociera demasiado bien a Christopher Saxon.

La sociedad refinada lo aceptaba como era. De modales correctos, su familia estaba bien relacionada en Inglaterra y nadie podía decir nada en su contra. Seguramente algunos miembros de la aristocracia criolla todavía se acordaban de la forma en que había adquirido su fortuna -la confortable mansión de Vieux Carré, y la plantación, Thibodaux House- pero eran pocos y ni siquiera ellos ponían en duda la necedad del joven Eugene Thibodaux de jugarse toda su fortuna a las cartas.

Una pregunta intempestiva de la voluminosa matrona que estaba a su lado le hizo volver al presente y con hábil desenvoltura disimuló su falta de atención y se incorporó a la charla. El resto de la soporífica velada pasó con lentitud y casi no pudo contener su alegría y alivio cuando pudo al fin escapar de allí. Jamás volverían a engatusarlo para concurrir a otra de aquellas interminables cenas de los Laville.

En el trayecto de regreso a su propio caserón de ladrillo y estuco a pocas calles de la mansión donde se había celebrado la velada, descubrió que aún no tenía sueño. Por un momento contempló la idea de acudir a alguno de los burdeles o casas de juego en busca de diversión, pero no le sedujo del todo. Después de ordenar que llevaran una botella de whisky a sus habitaciones, despidió al sirviente hasta la mañana siguiente. Quitándose el traje de etiqueta, se puso una pesada bata de seda negra, se sirvió un vaso de whisky y abriendo la puerta ventana salió al balcón que daba al patio.

Permaneció allí largo tiempo con la mirada perdida mientras bebía el whisky. Sabía que debía darse por satisfecho, pero no era así y tanto los lugares como las diversiones que antes absorbieran su atención ahora le resultaban francamente aburridos. Se sobresaltó al comprender que se encontraba en punto muerto sin saber a ciencia cierta en qué dirección encarrilar sus energías.

El capitán Sable había muerto. La plantación estaba organizada hasta el punto de no requerir más que una somera supervisión para funcionar a la perfección. No era un hombre a quien le atrajera una respetabilidad sedentaria y en ese momento no estaba seguro de que hubiese sido sensato vender La Belle Garce.

Tal vez no estaba hecho para una vida indolente y cómoda, pensó con ironía. Las últimas semanas no habían sido tan agradables como había pensado, pues faltó esa chispa de desafío y excitación que necesitaba para sentirse a gusto con la vida. La visita de aquella noche no era distinta a las otras. En verdad ahora sabía que nunca más se convertiría en el capitán Sable, pero eso sólo no explicaba su descontento. Tuvo que admitir con cierta desgana que estaba hastiado y aburrido. Debía haber traído a Nick consigo, decidió irónicamente. Sonriendo, pensó que ella sí habría ayudado a animarle la vida creando incidentes a cada rato. Y contra su voluntad, se preguntó qué estaría haciendo aquella noche. Probablemente de visita en la cabaña de alguna reina del vudú para obtener una poción que le causara una muerte prematura.

Cada vez más contrariado, descubrió que sus pensamientos volaban a Nick en los momentos más inoportunos. Bailando con unas de las beldades reinantes en la sociedad y contemplando sus ojos café verdaderamente hermosos, descubría que prefería los de Nick. Los suyos eran más profundos, más brillantes y desde luego mucho más vivaces. En una *soirée* donde le presentaron a la encantadora sobrina de su anfitrión, llegó a la conclusión de que si bien tenía una boca deliciosa, la de Nick era más suave y más incitadora. Una noche en la ópera, al advertir a una llamativa beldad de cabello castaño rojizo, consideró que sus bucles eran insípidos y descoloridos comparados con los reflejos llameantes del cabello oscuro de Nick. Para alguien como él tener estos pensamientos inquietantes le irritaba y perturbaba y se maldijo por su necio embeleso por aquella arpía rebelde de ojos topacio. Con un bufido burlón entró de nuevo en su alcoba.

Y al despertar a la mañana siguiente, disgustado por su sensiblería de la noche anterior, expulsó adrede todos los pensamientos sobre el futuro y se lanzó a una orgía de actividad.

Durante la semana previa a Navidad se le vio en tertulias y *soirées* de las casas más elegantes de Nueva Orleans. Con todos los minutos de esos días llenos de compromisos agradables, se convenció de que esto era precisamente lo que quería. Esta vida de juerga en juerga podría haber continuado indefinidamente a no ser por dos incidentes que ocurrieron la noche del famoso baile de Navidad en la casa del gobernador.

Christopher, junto con cientos de miembros prominentes de la sociedad de Louisiana, asistió al acontecimiento social, y fue justamente allí donde se topó con

un inesperado espectro de su pasado.

Era una mujercita menuda y vivaracha de alrededor de sesenta y cinco años, brillantes ojos azules y esponjoso cabello blanco; estaba pulcramente vestida aunque con un atuendo muy sencillo, y era evidente que actuaba de acompañante. No la vio al principio pues, ¿quién presta atención a personajes tan opacos?

Nunca pudo explicarse muy bien por qué había advertido su presencia. Pudo ser la forma en que mantenía la cabeza erguida o los rápidos movimientos de su cuerpo lo que evocó algo en su memoria. Desde el otro extremo del salón se encontró observándola con el ceño fruncido, del todo perplejo.

Estaba convencido de que tenía que hablar con esa mujer y finalmente se las ingenió para que le presentaran a la señorita Leala Dumas, quien parecía ser la joven a su cargo. Entonces se enteró del nombre de la dama de compañía... ¡la señora Eggleston en persona!

Al oír ese nombre se desvanecieron los años y volvió a ser el muchachito de doce que a fuerza de halagos y zalamerías conseguía siempre algún confite de la mujer del coronel. Ella no había cambiado mucho en los años transcurridos, aunque sus suaves ojos azules ya no eran tan risueños y su rostro, aún terso, observaba un cierto aire de melancolía.

Quedó verdaderamente sorprendido cuando, al oír su nombre, ella le miró a la cara y exclamó:

- ¡Caramba, Christopher, qué alegría volver a verte después de todos estos años!

Le sonrió con cierta pesadumbre y murmuró:

- Y yo a usted, señora. Pero cuénteme, ¿cómo es que se encuentra aquí?

Ella titubeó y a él no se le escapó la mirada inquieta que echó a la joven a su cargo, la presuntuosa señorita Dumas, cuya expresión revelaba a las claras el disgusto que sentía porque el esquivo monsieur Saxon prestaba más atención a su humilde gobernanta que a su bonita persona. Así que Sable no se sorprendió cuando la señora Eggleston se agitó, nerviosa.

- Es una historia demasiado larga y te aburriría. ¿Querrías pedirle el próximo baile a la señorita Dumas? Creo que está comenzando uno ahora.

Garbosamente, Christopher obedeció su ruego y condujo a la señorita Dumas, ahora radiante de alegría, hacia el salón de baile. Pero no había de

dejarse apartar de su propósito, y hábilmente extrajo toda la información que deseaba de su presumida compañera de baile.

La señora Eggleston había quedado reducida a ganarse la vida sirviendo a todo aquel que necesitara de sus servicios. No contento con lo que consiguió sonsacar a su compañera, al final del baile llevó de regreso a la señorita Dumas hasta donde estaba la señora Eggleston y luego esperó cerca de allí hasta que un caballero criollo invitó a bailar a la joven. Bajo el pretexto de una conversación cortés, convenció a la señora Eggleston de que se reuniera con él en privado dentro de dos días. Ella se mostró indecisa, pero no pudo resistir a sus zalamerías. Logrado su objetivo, Christopher se dirigió al salón de juego.

Estaba ceñudo al entrar allí. La señora Eggleston había sido siempre una de sus favoritas y le asqueaba la idea de que tuviera que estar a merced de una criatura tan exigente, consentida y vanidosa como aparentaba ser la señorita Dumas. De ordinario no hubiera vuelto a pensar en ello, pero aquel caso era diferente pues había querido entrañablemente a la señora Eggleston. Fue bondadosa con él cuando era un jovencito y se asombró al descubrir que aún conservaba gratos recuerdos casi olvidados de deliciosas tardes pasadas en la casa de esa mujer. Mas entonces volvió a prevalecer en él su habitual espíritu sardónico y la excluyó adrede de sus pensamientos. Si no tenía cuidado se empezaría a preocupar por otra persona. Yeso, decidió, sonriendo cruelmente, era del todo inaceptable.

La señora Eggleston quedó relegada a un oscuro rincón de su t mente y un momento más tarde se había reunido con un grupo de amigos junto a una de las mesas del salón. Muchos de los hombres entrados en años, felices de haber escapado a las miradas vigilantes de sus esposas, disfrutaban de unas partidas de whist. La mayoría de los jóvenes se encontraban en el salón de baile, pero a Christopher no le resultó difícil dar con tres conocidos que necesitaban un cuarto jugador para completar un: partida de naipes en un rincón aislado. Fue sólo después de haber jugado unas cuantas manos cuando empezó a tomar conciencia de la conversación que tenía lugar prácticamente al lado.

La referencia al nombre de Lafitte llamó su atención y con aire indolente desvió la mirada de las cartas que tenía en la mano al grupo de hombres a su izquierda. Reconoció vagamente a uno de ellos, pero estaba mucho más familiarizado con los otros dos, Daniel Patterson y Jason Savage.

El primero estaba al mando de las fuerzas navales estaciona- das en Nueva Orleans, y a él precisamente le había enviado los libros de claves de forma anónima. Naturalmente, Christopher tenía poco en común con él, pero como era el comandante en jefe, había considerado oportuno y prudente conocerlo. Jamás dañaba a nadie cultivar la amistad de aquellos que podrían perjudicarle y Patterson era un franco opositor de Jean Lafitte.

El conocimiento que poseía de Jason Savage no se basaba en ninguna relación personal. Lo que sabía lo había recogido de los chismorreos y las charlas de salón y era bien consciente de que Savage no era un hombre a quien se pudiera contrariar impunemente o ignorar. Parecía gozar de la más absoluta confianza del gobernador Claiborn y tanto la facción norteamericana como los criollos le tenían en muy alta estima. A Christopher le habían presentado a la bella esposa de Savage, Catherine, unos años atrás en una fiesta y estuvo de acuerdo con aquellos que decían que era una de las mujeres más encantadoras que habían pisado Nueva Orleans desde hacía años. Pero aparte de su bellísima esposa, el interés que Jason Savage había despertado en Christopher se debía a su conocimiento de que aquel hombre era el centro alrededor del cual giraban muchas cosas. Aunque parecía ajeno y desligado de las circunstancias, se rumoreaba que tenía firmemente asido en sus manos el corazón del estado de Louisiana y por lo tanto, Christopher se interesaba en todas sus actividades con algo más que mera curiosidad. Pero en ese momento lo que excitaba su atención eran las palabras de Patterson:

- ¡Os lo repito, no puedo entenderlo! Ni cómo llegaron a mi despacho, ni por qué haría semejante cosa ningún esbirro de Lafitte.

Con su modo lento de hablar, Jason murmuró:

- Tal vez pensó ganar algo por ello... una recompensa, o quizás hasta el perdón. ¿Quién sabe? - Su voz sugirió la pregunta: «¿Ya quién le importa?», pero no la formuló.

Patterson se enfadó por su tono indiferente y estalló:

-¡No, maldita sea, Jason, nada de eso! Esos libros se materializaron misteriosamente en el interior de mi despacho. No había nada que los acompañara... ni mensaje, ni identificación, nada. Solamente los libros. He interrogado exhaustivamente a todos mis hombres y nadie sabe ni se explica cómo

pudieron llegar allí. Quienquiera que los dejara no estaba interesado en recompensa alguna, o de otro modo habría habido algún mensaje con esos malditos libros.

- ¿Estás bien seguro de que son auténticos? Enviarte libros falsos sería una jugada magistral de los británicos y muy astuta. Ellos, estoy seguro, se encargarían de que sólo recibieras aquellos despachos que quisieran hacerte conocer.

Uno de los otros hombres aventuró una sugerencia procaz que pareció molestar a Patterson, y Christopher, que continuaba escuchando furtiva pero desvergonzadamente, se sonrió. Patterson, con bastante altanería, replicó:

-¡Éste no es un asunto para tomar a risa... y sí, los libros son auténticos! ¡No somos ningunos novatos en nuestro trabajo!

La conversación cambió de tema y cuando Christopher empezaba a aburrirse y estaba a punto de partir, Patterson nuevamente dijo algo que volvió a cautivar su atención dispersa.

-… atacar a Nueva Orleans.

- ¡Oh, vamos, Daniel! Los británicos no están para desplegar más tropas y buques de guerra para atacamos. Están demasiado ocupados a todo lo largo de la frontera canadiense y en la región de los Grandes Lagos para inquietar a Nueva Orleans - refutó un comerciante.

Patterson enmudeció como si comprendiera que había sido un tanto indiscreto y se encogió de hombros. Fue Jason, sin embargo, quien continuó con el tema:

-Yo no diría eso, John -dijo en tono cansino-. Atacar y conquistar Nueva Orleans sería una jugada estratégica por parte de los ingleses. Necesitan una victoria para dar aliento a las tropas y continuar con la guerra, y esta ciudad les brindaría una ventaja decisiva en las conversaciones de paz en San Petersburgo. Si bien estoy al tanto de que los británicos han rechazado la mediación ofrecida por el Zar, sé que han expresado el deseo de mantener negociaciones directas. Es posible que la razón por la cual no han seguido adelante con las negociaciones se deba a que quieren contar con una victoria decisiva para reforzar su poder cuando se sienten a negociar. En este momento creo que es como he dicho... quieren sentarse a la mesa de la paz con una buena jugada en las manos. Así que no desechéis un ataque a Nueva Orleans con tanta facilidad. - Jason desvió sus ojos

verdes del semblante turbado de su compañero y los volvió a Patterson -: ¿Se ha establecido con certeza que tienen planeado un ataque a la ciudad? ¿Tienes pruebas de ello... o sólo estás especulando al respecto?

Incomodo, Patterson murmuro:

- No se ha establecido fehacientemente, deberías saberlo. Sólo ha habido indicios, y uno de los despachos capturados hace poco menciona una campaña que se habría de desarrollar en el sur.

- Daniel, ¿tratas de decirme que el gobernador está enterado de esto y no está haciendo nada para verificarlo? - gritó uno de los hombres.

Patterson se revolvió en la silla, incómodo, deseando no haber introducido ese tema en la conversación. Dijo algunas palabras que Christopher no pudo oír, pero que parecieron tranquilizar a los demás, aunque uno de ellos se volvió resueltamente a Jason. .

- Tu tío actúa en las altas esferas del gobierno inglés. ¿Piensas que podrías enterarte de algo por medio de él?

Jason sonrió con ironía y en ese momento sus ojos se toparon con los de Christopher. Se sostuvieron las miradas y éste tuvo la curiosa convicción de que Jason sabía muy bien que el suyo era algo más que interés ocioso. Durante algo más de sesenta segundos los ojos verdes se enfrentaron a los dorados, y luego, como si ya se hubiese formado una opinión, su atención volvió a sus compañeros de mesa. Habló con cierta nota de tedio en la voz:

- Roxbury está viejo y es del todo leal a Inglaterra. Si yo estuviera tan loco como para viajar a Gran Bretaña en busca de pruebas definitivas, mi tío, un hombre muy astuto, sabría perfectamente para qué estaría yo ahí en el instante en que pisara tierra inglesa. No sólo me resultaría imposible averiguar cosas de importancia, sino que además, *mon oncle* se encargaría de que mi visita fuera muy corta y muy desagradable para mí. ¡Encuentra algún otro tonto que vaya tras de tus sueños de hadas! - Y súbitamente, la mirada de Jason se clavó, desafiante, en los ojos de Christopher.

Una vez más se sintió sometido a esa ojeada esmeralda de ojos brillantes y entrecerrados que parecían medirlo. Christopher, haciendo un gran esfuerzo, la ignoró y no dio señales de ser consciente de ella. Pero un rato después, al abandonar el salón de juego, estuvo seguro de que aquellos ojos verdes le

seguían y que en un futuro muy cercano se formularían unas cuantas preguntas directas y agudas sobre su persona.

En realidad, había muy poco que Jason Savage no supiera ya acerca de Saxon. Durante largo rato después de la partida de Christopher, permaneció con la vista clavada en el lugar por donde se había ido, hasta que una pregunta repetida por segunda vez por Parterson le devolvió a la realidad. Simulando estar completamente enfrascado en el tema, reanudó la conversación con sus amigos.

Poco después Jason se excusó y salió a dar un paseo por el jardín. Para cualquiera que lo mirara parecería que había escapado del bullicioso salón de juego en busca de un poco de aire fresco. Una vez fuera y lejos de la indiscreción de posibles curiosos, apresuró el paso al cruzar el magnífico jardín del gobernador, lóbrego y húmedo ahora por las persistentes lluvias caídas durante varios días, hasta llegar a una verja de hierro forjado en filigrana. Abriéndola, cruzó cuidadosamente por el lodazal en que se convertían las calles de Nueva Orleans en invierno y se deslizó con sigilo en el interior de un cobertizo para carruajes.

- ¿Jake? -llamó en voz baja.

- Por aquí - respondió una voz áspera desde una pila de paja en un rincón.

Una sonrisa distendió sus facciones y Jason se relajó un tanto cuando de entre la paja apareció Jake, un hombrecito desaliñado de cabello rubio mal cortado y barba hirsuta. Podría tener desde treinta a cincuenta años, con toda la apariencia de un tipo grosero, lo cual se confirmó cuando un momento después escupió descuidadamente por encima del hombro un bocado de tabaco mascado y un chorro de saliva color café.

La figura alta y elegante de Jason, vestido con traje de etiqueta, chaqueta de terciopelo negro y chaleco blanco de raso, no podía haber contrastado más con la del otro sujeto.

- ¿Le viste? - preguntó directamente Jake. Jason asintió.

- Acabo de verle. No es un hombre que pueda pasar inadvertido con facilidad. Jake, ¿estás seguro de que podemos confiar en él? Me molestaría muchísimo que los británicos se enteraran de cuánto le preocupa a Claiborn un ataque a la ciudad... o de lo desprotegida que se halla Nueva Orleans.

- ¡Que me parta un rayo, Jason! ¿No he vivido acaso estos últimos cuatro meses con ese infame libertino? - Hizo una pausa sólo para lanzar otro escupitajo de tabaco por un lado de la boca y continuó-: Es posible que Saxon sea un pirata y

que se haga llamar capitán Sable, pero no guarda ningún amor por los británicos. Yo estaba ahí cuando capturó esos libros de claves. Si no se sintiera norteamericano hasta el fondo de su negro corazón, jamás habría enviado a Higgins con los libros para entregárselos a Patterson. Además, si eres espía no atacas a los de tu propio bando. ¡No les tiene ningún cariño a los británicos, eso es seguro!

Entrecerrando los ojos verdes para concentrarse, Jason comentó finalmente:

- Muy bien, tendré que confiar en tu palabra. Y como nunca me has fallado en cinco años, sospecho que sabes de qué estás hablando.

- ¡Por supuesto! ¡No por nada me llaman Jake el gato!

La vehemencia de aquellas palabras hizo sonreír a Jason, y hurgando en el chaleco, sacó unas monedas de oro que depositó en la mano sucia que se extendía con ansiedad.

-Considero que con esto te arreglarás por un tiempo y te sugeriría que partieras esta misma noche para Terre du Coeur... por si acaso alguien te ha descubierto. Quiero que estés a salvo, libre de todo peligro.

-¡No estoy asustado! -replicó Jake, belicoso. Ya no tan sonriente, Jason reconoció;

-¡Ya me doy cuenta de ello! Pero, mi *petit* amigo, no te salvé de que te destrozara la cabeza a golpes aquel batelero enfurecido en «Natchez bajo la colina» sólo para que la pierdas ahora. ¡Te ordeno que vayas a Terre du Coeur!

-¡Si hubiese sabido que eras tan bastardo y tan mandón, con gusto habría dejado que me destrozara la cabeza! - refunfuñó Jake con rudeza.

- ¡No me cabe ninguna duda de que lo habrías hecho, puesto que eres el hombre más terco que conozco! -le contestó Jason, crispado, camino de la puerta -. Haz lo que se te antoje -le dijo por encima del hombro.

- Me marcho, me marcho - rezongó el otro con resignación.

Sonriendo para sus adentros, Jason rápidamente regresó al baile del gobernador. Vio a Christopher Saxon una vez más antes de finalizar la velada y observó con atención la gracia y desenvoltura del joven al moverse por todo el salón de baile. Sí, pensó, Christopher Saxon encajaría a la perfección en el papel que le habían asignado.

CAPITULO XV

La noche siguiente al baile, después de la cena, Christopher pasó a su gabinete, y estaba descansando frente a la chimenea cuando entró el mayordomo a la habitación.

-Señor, un tal señor Jason Savage está aquí y desea verle.

Un momento después, sorprendido y bastante intrigado,

Christopher se puso de pie para recibir a Jason Savage.

- ¡Qué suerte encontrarle a usted en casa esta noche! -dijo Jason al estrechar la mano tendida de Christopher-. Tenía pensado visitarle más temprano por la tarde, pero las circunstancias conspiraron contra ello.

Christopher sonrió con cortesía y se mantuvo cauteloso en extremo.

- Eso suele sucedemos a veces. ¿Puedo ofrecerle alguna bebida? ¿Jerez, oporto o tal vez una copa de coñac?

- Un coñac, gracias.

Una vez servidas las copas, los dos hombres se acomodaron frente al fuego de la chimenea.

Savage echó un vistazo a la habitación con sus verdes cortinajes de damasco, corridos ahora para evitar el frío invernal, la fina alfombra de Bruselas, las imponentes librerías de caoba y comentó:

- Veo que el gabinete ha sufrido muy pocos cambios desde que dejara de pertenecer a la familia Thibodaux.

Circunspecto ahora, Christopher alzó una ceja y tomó un sorbo de coñac.

-¿Es ése el motivo de su visita -comentó en tono frío-, ver qué renovaciones he hecho en la casa?

- En absoluto, y estoy convencido de que usted se hace cargo de ello.

- ¿Para qué ha venido entonces? No es mi intención parecer poco hospitalario, pero no creo que esté aquí por cortesía. ¿Hay algo en que pueda ayudarle?

Su franqueza sin rodeos puso a Jason en un dilema. ¿Cómo iba a encarar el objeto de su visita? Indudablemente, esperaba contar con un poco más de tiempo, y aun así no estaba seguro de querer discutirlo en la primera entrevista con Saxon. Por desgracia éste no parecía estar de humor para intercambiar agudezas, ni para dejarse embaucar con mentiras corteses. Y como Jason también prefería la franqueza antes de andarse por las ramas, declaró con brusquedad:

I - ¡Me gustaría que fuera a Inglaterra por mí!

Christopher lo miró, estupefacto.

-¡Perdone usted! ¿Ha perdido el juicio? ¡Estamos en guerra con Inglaterra!

- Muy cierto, pero a alguien como usted le sería posible ir allí.

-¿Y por qué diablos habría de hacerlo?

Jason volvió a sondearlo con la mirada, luego se decidió a dar una explicación.

- ¡Porque me interesa saber exactamente qué hay de serio en ese supuesto ataque británico a Nueva Orleans!

Christopher, súbitamente pensativo, se hundió con lentitud en el sillón mientras sus pensamientos volaban en una docena de direcciones. Podría haber esperado cualquier cosa de la visita de Savage menos esto.

- ¿Por qué yo? - inquirió varios segundos después.

Jason fingió estudiar el líquido ambarino de su copa.

- ¿Por qué no usted?

Christopher, impaciente, se puso de pie y, dando la espalda al fuego, encaró a Jason.

-¡Nadie en su sano juicio se acerca a un completo desconocido con el tipo de proposición que usted acaba de presentarme! ¡No soy tonto! Me gustaría saber qué clase de juego está jugando, Savage.

Las pestañas negras de Savage realzaron el brillo de sus ojos verdes mientras escrutaba a aquel hombre hostil de mirada penetrante, y casi con indiferencia, admitió:

- No es ningún juego. Desde hace unos meses he estado pensando en enviar a alguien a Inglaterra... La idea estaba fija en mi mente aún antes de que surgiera el más leve indicio de un ataque británico a Nueva Orleans.

Todavía bastante desconcertado, Christopher volvió a exigir una respuesta aclaratoria:

- ¿Por qué yo para tal misión? No soy un diplomático ni, podría añadir, he mostrado nunca tendencia alguna hacia la política... y somos dos desconocidos. ¡Por todos los cielos! -estalló por fin -. ¡Hasta podría muy bien ser un espía británico!

-¿Lo es? -inquirió Jason apaciblemente.

Lanzándole una mirada de disgusto, Christopher exclamó de modo abrupto:

- ¡Por supuesto que no! Pero usted no lo sabe, sólo tiene mi palabra de que no lo soy.

Jason esbozó una sonrisa.

- Pero yo sí lo sé, mi amigo. Como dije hace un momento, no estoy jugando. Y como la idea de enviar a alguien a Inglaterra se me ocurrió hace varios meses, he estado buscando al

hombre que, según mi opinión, pudiera llevar con éxito esta misión. -En tono apaciguador, continuó-: No le tomé en cuenta en un principio... lo admito. Pero usted despertó mi curiosidad, y desde hace algunos meses le he hecho vigilar con atención. - Jason calló y luego deliberadamente dijo-: ¡capitán Sable!

Christopher se puso tenso, pero no brindó ningún otro indicio de que las palabras de Savage le afectaran en lo más mínimo. Siempre había corrido el riesgo de ser descubierto, pero no era un golpe fatal. Preferiría mantener separadas sus dos vidas, mas no había razón para sobrecogerse de terror porque se hubiera descubierto su secreto. Todo dependía de lo que Savage pensara hacer con ese conocimiento. Y de algún modo, Christopher no creía que pensara entregarlo a las autoridades. Encogiéndose de hombros, murmuró:

- Así es, lo admito ante usted, soy el capitán Sable... pero no soy ningún pirata infame. Muchos hombres menos honorables que yo se han hecho a la mar haciéndose llamar corsarios. ¿Qué importancia tiene?

Jason sonrió profundamente admirado por la evidente arrogancia de Saxon.

- *Mon ami*, usted me ha comprendido mal, a mí me agrada un hombre de acción. El que usted sea el capitán Sable me tiene sin cuidado. Si yo hubiese descubierto que usted estaba saqueando barcos norteamericanos y que en realidad era un espía británico, como sospechaba en un principio, entonces esta entrevista jamás habría tenido lugar. ¿Puedo ser del todo franco?

Una risotada de indignación precedió al estallido de exasperación de Saxon.

-¿No lo ha sido bastante ya?

- Tal vez. Me preguntó por qué le abordaba y seré sincero. No hay nadie más. Tengo una opinión formada de usted, gracias a un espía muy experto que trabaja para mí. Sé que ha jugado a ser corsario, pero eso no le desmerece ante mis ojos. También sé que no guarda cariño a los británicos... a pesar de serlo de nacimiento.

-Savage, creo que sería mejor dejar una cosa bien clara... yo no soy británico y no lo he sido desde que me secuestró una patrulla de leva y me alistó en la armada hace casi quince años. Soy norteamericano por adopción. - Christopher escupió las últimas palabras un poco avergonzado de su ferocidad.

- Muy bien, entonces. Estamos de acuerdo. Si es tan norteamericano como dice ser, creo que deseará hacer algo por su patria de adopción. - Jason hizo una pausa, pero al ver que Saxon le escuchaba con toda atención, continuó animadamente -: Esta guerra del señor Madison no está marchando tal cual se había previsto en un principio, como sabrá usted muy bien. Si no andamos con pies de plomo, acabaremos derrotados de una manera absoluta y humillante. La grandiosa conquista de Canadá que originó este maldito asunto es un desastre.

Estados Unidos tendrá suerte si puede conservar sus propias fronteras, mucho menos ganar un solo centímetro de tierra canadiense. No concibo cómo Madison pudo permitir que semejantes halcones de guerra como Henry Clay y John Calhoun influyeran en su ánimo. ¡Y cualquiera que crea que en esta maldita guerra se está luchando por nuestros marineros apresados en la Armada Británica necesita que le examinen la cabeza! Sirve como una bonita justificación sentimental, pero no está consiguiendo absolutamente nada... fue un pretexto tras el cual esconder nuestra decisión de invadir Canadá. Ojalá Dios... - Jason calló en mitad de la frase, consciente de que se había dejado arrastrar por su apasionamiento-. ¡Discúlpeme! No era mi intención aburrirle con mis puntos de vista personales sobre esta guerra. Pero lo que he dicho es verdad y me convence de la conveniencia de seguir adelante con mi propósito... ¡debemos detener esta acción detestable lo antes posible! Y no quiero ver a Nueva Orleans envuelta en una guerra en contra de su voluntad.

Christopher, absorto en sus pensamientos y con el brazo apoyado sobre la repisa de la chimenea, preguntó:

- ¿Considera verdaderamente posible que los británicos nos ataquen? Admito que tienen una flota bastante eficaz hostigándonos en el Golfo de México, pero el grueso de sus tropas, buques y hombres, está en el norte.

- Es verdad. Pero, por favor, recuerde que Napoleón ha sufrido una contundente derrota en Leipzig, Alemania, en octubre y ahora se está batiendo en retirada de Moscú y sufriendo pérdidas aún mayores. Por los informes que he recibido, Napoleón se encuentra en una situación nada envidiable. El mariscal de campo británico, Wellington, cruzó los Pirineos hace unos meses y está ahora en territorio francés; aunque la batalla sea sangrienta e intensa, no me cabe duda de que Wellington logrará la victoria. Tan pronto como les hayan arrancado los dientes a todas las fuerzas armadas de Napoleón, nada impedirá a los británicos volverse contra nosotros. La captura de Nueva Orleans fortalecería su posición, y posiblemente asestaría un golpe mortal a nuestro país.

Jason pasó la mano por su espeso cabello negro.

- Todos mis informes indican que los británicos se están preparando para un gran ataque, que confían será por sorpresa, en alguna parte del sur de los Estados Unidos. No se ha podido identificar positivamente a Nueva Orleans como ese objetivo, pero la lógica indica que nuestra Reina Criolla es, sin lugar a dudas, la ciudad que los ingleses esperan tomar.

Con aire pensativo, Christopher se llevó la copa de coñac a los labios, habiendo decidido ya que iría a Inglaterra. Las ideas y las palabras de Jason con respecto a la guerra coincidían con las suyas propias y estaba convencido de la gravedad de la situación.

Los norteamericanos habían sido forzados a salir de Fort George en la desembocadura del Niágara; los británicos habían incendiado el pueblo de Newark y continuaban su avance hacia Fort Niágara, mientras sus aliados indios estaban empeñados en saquear el pueblo de Lewiston, Nueva York. Las noticias eran todas malas, a pesar de la victoria del teniente... ahora capitán Perry, tras ganar el control del lago Erie. Era verdad que habían matado a Tecumseh en septiembre y las esperanzas de los indios de formar una gran confederación se habían desbaratado; el general Andrew Jackson había asumido el mando en la guerra contra los Creeks, pero el cuadro no era nada alentador. Existían demasiados frentes en esa guerra, desde Canadá hasta Florida, con escaramuzas que se libraban en una docena de sitios diferentes y sin victorias ni derrotas bien definidas. La guerra de 1812 se estaba convirtiendo en un fiasco aparentemente sin propósito ni fin determinado y absolutamente inútil. La noticia de un posible ataque a Nueva Orleans, sin embargo, arrancó a Christopher de su apatía y de su casi ciega aceptación de la guerra. Y descubrió que deseaba con toda su alma hacer lo que estuviera a su alcance para impedir tal cosa.

-Si quiere que vaya a Inglaterra, lo haré -dijo con brusquedad-. Pero debo admitir que no veo cómo puedo ser de alguna ayuda para usted. Era apenas un muchacho cuando me arrancaron de mi país y tengo pocas fuentes de información, si las hay, que pudieran ser de utilidad.

- No espero un milagro, amigo mío. Sé que usted quizá no descubra nada. Soy consciente de la situación, y no podré abrir muchas puertas para usted... por razones obvias.

-¿Su tío? -preguntó Christopher, inflexible.

Jason asintió y preguntó secamente:

- ¿Conoce mis antecedentes familiares? ¿O, como sospeché, alcanzó a oír la conversación anoche en el baile del gobernador?

Una sonrisa fugaz pasó por el rostro de Christopher.

-¡Naturalmente! Usted quiere un hombre que tenga buenos oídos y bastante ingenio, ¿me equivoco?

-Ya ve -dijo Jason, divertido-, usted es el hombre que necesito. Pero recuerde, estará completamente solo, no contará con ayuda de nadie. Puedo recomendarle que vea a ciertas personas... pero la cosa debe quedar entre nosotros dos. Mis cartas de presentación le harían más mal que bien. Si llegara a saberse que nos conocemos, sospecharían de cada movimiento que hiciera. Tal como están las cosas, las pasará negras allí.

Christopher se encogió de hombros.

-Haré lo que pueda, pero usted debe ser más preciso. ¿De qué me servirá descubrir que es

inminente un ataque si no cuento con pruebas? ¿Y cuántas pruebas necesita?

Jason, juntando las manos por las yemas de los dedos, le clavó la mirada por unos segundos. Luego habló con gran lentitud.

- Sólo su palabra bastará.

Al ver la sorpresa reflejada en el semblante de Christopher, continuó:

- Todo lo que necesito es algo más tangible que los rumores que circulan por ahí para exponerlo ante los militares. Yo responderé por usted, y sin engreimiento puedo asegurarle que se fiarán de mi palabra. -Con una mueca, Jason añadió-: Y si un hombre de mi elección viene directamente de Inglaterra con la noticia de un ataque a la ciudad y ellos no nos envían tropas y pertrechos, no sabré qué hacer. -Se le endureció la voz al continuar-: el gobernador Claiborn escribe constantemente pidiendo refuerzos, pero se le ignora. No se puede permitir que esa situación continúe en vista de un probable ataque... de aquí que le hiciera esta proposición.

- ¿No se está arriesgando demasiado? ¿Cómo puede estar seguro de que no le traicionaré?- preguntó Christopher, curioso.

-Usted podría hacerlo -admitió francamente Jason-. Es muy posible que me esté arriesgando de modo imprudente. Pero conozco cuáles son sus sentimientos hacia los británicos. Sé también que posee tierras aquí en Louisiana, tierras que dudo mucho que quiera ver devastadas por la guerra. Se ha hecho una posición aquí en Nueva Orleans antes de que empezara la guerra.

Christopher aún se mostraba escéptico. Y entonces Jason sonrió con esa sonrisa tan seductora y dijo con amabilidad:

- Además hay veces en que debo confiar en mis propios instintos.

- ¿Cuánto tiempo tengo antes de partir?

- Naturalmente yo desearía que saliera en el primer barco que podamos hacer zarpar del puerto. Pero debe tener un motivo legítimo para regresar a su tierra natal, ¿o ha pasado por alto ese detalle?

Christopher hizo una mueca.

- Ya he pensado en ello y se me ha ocurrido una idea que podría resultar. El problema es el tiempo. Por lo menos necesitaré un mes, o tal vez dos.

Ceñudo, uniendo las espesas cejas negras en la frente amplia, Jason preguntó en tono severo:

-¿Se da cuenta de que el tiempo es un factor importantísima?

- ¡Soy bien consciente de ello! Pero por la misma razón, no habrá desplazamientos rápidos en esta época del año, y por ahora sabemos dónde se halla el enemigo. Usted mismo admite

que no sabemos con certeza que Nueva Orleans sea el blanco. Con eso en mente, me arriesgaría a conjeturar que, cualesquiera sean sus planes, no pondrán en marcha nada concreto antes del próximo otoño, y eso presumiendo que Napoleón sea derrotado en todos los frentes europeos. Hasta que le inmovilicen o le aniquilen por completo, los británicos y sus aliados estarán ocupadísimos. -Christopher calló por un momento mientras medía el efecto de sus palabras sobre Jason.

Savage le estaba observando con suma atención y Christopher tuvo la curiosa sensación de que, a pesar de lo que Jason había dicho minutos antes, él aún estaba sujeto a juicio. Escogiendo las palabras con cuidado, continuó:

-Si usted está de acuerdo con mi evaluación de la situación, creo que admitirá que mientras llegue a Inglaterra para media- dos de abril, tendría tiempo más que suficiente para descubrir qué se planea y regresar antes que el enemigo. Admitiré que podría estar calculándolo todo con demasiada precisión y sin dejarme ningún margen de tiempo, pero sin una razón legítima para regresar a Inglaterra, no le seré útil.

- Exactamente, ¿cuál es este plan que requiere dos meses para ser perfeccionado? - preguntó Jason con frialdad.

Christopher vaciló. Era un proyecto muy endeble, pero el único que se le ocurría en ese momento, y dependía de muchísimas cosas. Ante todo, de la señora Eggleston y Nick. Y no le agradaba tener que dar explicaciones a nadie. Estaba acostumbrado a hacer las cosas a su antojo.

Jason podía barruntar el dilema ante el que se encontraba Christopher. Después de todo, éste no le conocía lo suficiente, y por lo que Jason sabía acerca de Saxon, no era un hombre acostumbrado a dar razones de su proceder.

Después de llegar a una decisión, Christopher dijo en tono del todo inexpresivo:

- Anoche me encontré con una vieja amiga mía, una tal señora Eggleston.

- ¿La gobernanta de la señorita Dumas?

Sorprendido, Christopher le miró largamente: ¿había algo que ignorara Savage? y asintiendo con la cabeza, admitió:

- La misma. Sólo que cuando yo la conocí, vivía cerca de la heredad de mi abuelo y era la esposa de un coronel retirado.

-¿Y bien?

Rápidamente y sin revelar más de lo imprescindible, Christopher le explicó acerca de Nicole Ashford, omitiendo la relación personal que los unía. Pero Jason captó el levísimo cambio de inflexión en la voz profunda de Christopher cada vez que se mencionaba el nombre de la

chica y sacó sus propias conclusiones: el joven Saxon no era del todo indiferente a aquella muchacha. Mas sus palabras no revelaron nada de esto cuando preguntó con aire pensativo:

- ¿Y cree que podrá borrar los últimos cinco años en unos cuantos meses y tener presentable a esa chica para marzo?

Christopher se encogió de hombros.

- No tiene por qué ser imposible. Después de todo, sus primeros trece años fueron como los de cualquier otra señorita, y creo que la señora Eggleston será competente para pulir todas sus asperezas.

- Bien, sólo nos queda esperar. Le reconozco el mérito de pensar con rapidez e improvisar.

Christopher inclinó la cabeza en señal de agradecimiento; se le distendieron las facciones y una sonrisa le curvaba las comisuras de los labios cuando murmuró:

-Gracias. Confío en que le resulten igual de satisfactorias el resto de mis actividades.

Jason arqueó una ceja en gesto burlón.

- Estoy seguro de que cumplirá su cometido. No me equivoco a menudo en los tratos con mis semejantes, y decididamente no tengo intención alguna de equivocarme esta vez.

Christopher se limitó a asentir con la cabeza. Jason se puso de pie y exclamó con sorpresa:

- Parece que hemos cubierto los puntos más importantes en poquísimo tiempo. Por ahora, usted la emprenderá con sus propios planes, pero manténgame informado de cualquier problema o retraso. Por mi parte, le tendré al tanto de cualquier nuevo acontecimiento que pueda hacer necesaria una mayor rapidez.

-Conforme. Me encontraré con la señora Eggleston el miércoles como había planeado y, de acuerdo con el resultado de esa reunión, me pondré en marcha hacia Thibodaux House de inmediato.

Después de que Jason se hubo marchado, Christopher se puso a dar vueltas por la biblioteca como una bestia enjaulada. En un momento dado decidió que debía de ser el hombre más imbécil del mundo por considerar siquiera la posibilidad de involucrarse en semejante intriga, pero sabía que aquello apaciguaría el descontento que le había estado fastidiando tanto, al tiempo que le permitiría hacer algo por aquel país que le había adoptado.

Aunque no se consideraba un patriota, Nueva Orleans era su ciudad. Y le disgustaría sobremanera que la guerra devastara sus tierras. La idea de las fuerzas británicas sobre el suelo de Louisiana era intolerable, y que le condenaran al infierno si iba a permanecer impasible dejando que eso sucediera. Se felicitó en silencio por haber sido capaz de urdir el plan para devolver a la heredera Nicole Ashford al sitio que le correspondía legítimamente.

Jason Savage, paseándose también por su elegante biblioteca, estaba atormentado por la incertidumbre. El plan de Saxon para hacer regresar a Nicole era admirable, pero Jason, mayor y menos impetuoso que Christopher, veía varios escollos ocultos. Después de mantener la mirada perdida en el fuego por un buen rato, se sentó detrás de su escritorio y comenzó a escribirle al secretario de Estado, James Monroe. Era una carta breve, y después de releerla, la selló. Christopher, decidió, no tenía necesidad de estar enterado de ello. Si fracasaba, fracasaba; pero si Monroe aprobaba su sugerencia, tendría algo de valor que ofrecerle a aquel joven.

Christopher, mientras tanto, continuaba analizando su plan desde todos los ángulos. Desconfiaba tanto o más que Jason de su posible éxito, pero por el momento era todo lo que tenía.

Nick no le causaría ningún problema. La señora Eggleston se mostraría deseosa de aprobar la idea, si creía la historia que iba a contarle. Naturalmente, no podría decir nada sobre sus verdaderas razones para desear volver a Inglaterra, ni confiarle la verdad sobre su relación con Nicole.

Le había conmovido mucho ver a la señora Eggleston la noche anterior. Todavía no estaba seguro de si esa emoción fue desagradable o agradable.

De niño, abandonado a menudo a sus propios recursos por padres más preocupados por las bufonadas de su círculo de amistades aristocráticas que por su propio hijo, se había volcado en la señora Eggleston y ella le había proporcionado el único afecto profundamente humano que conociera jamás, aparte del de su irascible abuelo. Apenas había alcanzado la adolescencia cuando sus padres se mataron en su carruaje al caer estrepitosamente por un precipicio. Esa tragedia le impulsó a aferrarse aún más a la calidez y cordura que ella le brindaba. Tal vez, consideró, si ella no se hubiese ausentado con el coronel aquel catastrófico verano, él jamás habría sucumbido al hechizo siniestro de Annabelle y su tío nunca habría podido atraparlo con tanta destreza.

No le gustaba tener que engañar a la señora Eggleston, pero se consoló con la idea de que estaría mucho mejor bajo su cuidado que en la situación actual.

El miércoles, cuando salió para encontrarse con ella, todavía seguía considerando a fondo los planes apenas bosquejados. Se encontraron delante de la tienda de una modista famosa, y tras una breve charla Christopher logró convencerla de que subiera a su carruaje.

Había llegado a la conclusión de que esperaría antes de revelarle la presencia de Nick. Una vez que la señora Eggleston estuviera bajo su protección, podría, o al menos así lo

esperaba, urdir una historia convincente para explicar por qué Nick se encontraba actualmente en la plantación, sin dama de compañía, y por qué había estado con él esos últimos cinco años.

Aunque le confesaría que había actuado como corsario con Nick a la zaga, no había necesidad de que se enterase de su relación con Lafitte, ni que navegara bajo el nombre de capitán Sable. No, decidió Christopher, pensativo, no había ninguna razón para que lo divulgara todo.

No dudaba de su habilidad para conseguir sus propósitos; el verdadero problema llegaría más adelante cuando tuviera que convencer a la señora Eggleston de que aceptara mentir sobre sus propias actividades en esos cinco años y decir que Nicole y ella habían estado juntas. El primer paso debía ser arrancar a la señora Eggleston de las garras de la señorita Leala Dumas. Había decidido que le ofrecería la protección de su hogar ocupando el lugar de una tía preferida. En esto era sincero, y aun cuando Jason Savage no le hubiese visitado, Christopher no habría permitido que continuara en su situación actual.

Ahora podría valerse del estado de dependencia en que ella se encontraba, aunque ello no era precisamente lo que había planeado para ella en un principio. El engaño no perjudicaría en nada a la señora Eggleston y decidió que, cuando todo hubiera acabado, continuaría encargándose de su bienestar. Pero primero debía convencerla de que sería bienvenida bajo su techo.

Le presentó la idea de la manera más cortés y afectuosa posible, y estaba tan seguro de tener éxito que había pensado instalarla en su casa de la calle Dauphine esa misma tarde. Pero no había contado con la gentil determinación de la señora Eggleston de ganarse su propio sustento.

Con los ojos llenos de lágrimas por las palabras cariñosas de Christopher y una sonrisa trémula en los labios, murmuró:

- Es muy bondadoso por tu parte. - Pero sobreponiéndose a la emoción, dijo tristemente - No puedo, Christopher, no sería conveniente. Algún día te casarías y llegarías a lamentar este gesto tan noble de ahora. Me las he ingeniado hasta este momento y aunque algunas de mis pupilas han sido... – Titubeó antes de decir- ariscas, procuro aceptar de buena gana todo lo que me depara el destino. No puedo permitirte semejante sacrificio y que cargues con el cuidado de una vieja como yo. Tengo un poco de dinero ahorrado y cuando llegue el momento de no encontrar empleo, me mantendré, si no con todos los lujos de la vida, por lo menos con lo necesario.

- Y mientras tanto -estalló él de ira-, está a merced de una chiquilla arrogante que es indigna de barrer el suelo que usted pisa. ¡Por Dios, señora, tenía mejor opinión de usted! ¿Por

qué tiene que esclavizarse cuando le estoy ofreciendo con toda sinceridad una manera de liberarse de todo esto?

Plan aparte, estaba furioso de que no aceptara su ayuda.

-¡Qué temperamento, Christopher! -desaprobó ella gentil- mente-. Había tenido la esperanza de que cambiarías al madurar.

Casi a punto de sofocarse con las palabras de furia que deseaba lanzar a la canosa cabeza de la anciana, Christopher cerró la boca. Controlando su mal genio con gran esfuerzo, habló en tono moderado

-Señora, se está comportando usted de la manera más ilógica que haya visto. Dice que prefiere seguir a merced de bellezas malcriadas y obligada a ir de aquí para allá mientras ellas se casan y usted vuelve a buscar empleo. ¿Es eso lo que desea?

Inquieta, contestó:

- Bueno, no precisamente. Me encantaría tener a cargo algunos niños adorables y quedarme en un hogar con una sola familia durante el resto de mi vida. -Suspiró-. Pero todos quieren institutrices jóvenes... dicen que soy demasiado vieja y tal vez tienen razón. Como ves, no me queda si no trabajar como acompañante o ama de llaves. La señorita Dumas no es desagradable, Christopher. He sido dama de compañía de una dama *émigré* francesa entrada en años y ella sí me exasperaba un poco. - Animosamente, añadió-: La señorita Dumas es un ángel comparada con madame Bovair -dijo, brindándole a Christopher un cuadro real de lo que debió de haber sido su existencia infernal. Profundamente conmovido, se concentró en los caballos, ya que no podía hablar. La señora Eggleston posó una mano blanca con finas venas azules sobre el brazo de Christopher y preguntó-: ¿No estás enfadado conmigo?

Sí que lo estaba. Terriblemente enfadado con ella, pero no se lo dijo.

- Por supuesto que no - respondió fríamente -. Me encanta que se me eche en cara mi generosidad y que encima la rechace de esta manera. - Hablaba en serio. Por algún motivo quería tenerla a su cuidado, él que no sentía afecto por nadie, o así se había convencido desde hacía mucho tiempo, y ella no se lo permitía.

Conmovida por sus palabras, ella desvió la mirada. Continuaron de este modo durante algunos segundos; luego, incapaz de soportar su mirada por la aflicción que la consumía, le preguntó en tono más suave:

- ¿Cuál es su objeción principal? ¿Vivir en la casa de un soltero? Si es así -dijo impetuosamente-, le daré su propia casa. Pero déjeme asegurarle que no nos estorbaríamos en lo más mínimo. Confieso que sería agradable compartir mis comidas con otra persona y saber que habría alguien esperándome cuando regresara.

Ella se sonrió apenas y observó:

- Si es eso lo que deseas, ¿por qué no te casas? Con toda seguridad preferirías que fuera una esposa la que te esperara... no una vieja como yo. - Después, soltó un ligero suspiro y comentó-: Es una lástima que no estés casado, pues de ese modo podría preparar el cuarto de los niños... tú no me considerarías demasiado vieja para ser la institutriz de tus hijos.

-¿Está diciendo que trabajaría para mí? -quiso saber, incrédulo.

-¡Bueno, por supuesto que lo haría!

Elevando sus ojos al cielo, maldijo aquel orgullo tan obstinado como gentil y exclamó:

-¡Dios, dame fuerzas! Muy bien, señora, no vivirá en mi hogar sin ganarse su sustento. Déme una semana, dos a lo sumo, para hacer ciertos arreglos y después regresaré para presentarle otra proposición que espero encuentre más de su agrado.

Poco tiempo después dejaba a la señora Eggleston a menos de una calle de donde se habían encontrado, y viendo alejarse por la acera la frágil figura de aquella mujer admirable, se sintió lleno de divertida frustración... ¡mujeres!

CAPÍTULO XVI

La biblioteca de Thibodaux House era una sala estrecha que se extendía a lo largo de toda la casa; tenía altas ventanas en ambos extremos que ocupaban casi todo el ancho de la habitación. Un magnífico hogar de mármol verde musgo se destacaba en el centro de una de las paredes y algo más lejos se veía una puerta tallada que comunicaba con el vestíbulo principal de la mansión. Un espejo imponente de marco dorado se apoyaba sobre la repisa de la chimenea y frente al fuego que ardía en el hogar había dos elegantes sillones de terciopelo escarlata de apariencia frágil, pero cómodos en extremo, entre los cuales se veía una gran mesa de caoba. En un extremo de la habitación había un escritorio español de madera oscura y líneas gráciles con su correspondiente sillón de cuero negro, y en el otro extremo, debajo de una de las ventanas, una mesa larga y angosta de patas muy finas. Una exquisita alfombra oriental alegraba el piso con sus brillantes tonos de piedras preciosas. En la pared opuesta a la chimenea se abrían dos puertas ventana que daban acceso a la galería. En conjunto, era un salón elegante y seductor, y Nicole pasaba gran parte de su tiempo allí, especialmente en días grises y de frecuentes lloviznas como aquella tarde. A pesar de las protestas de Galena seguía vestida de muchacho, y afirmaba con solemnidad que andaría desnuda antes que usar un vestido descartado por alguna antigua amante de Sable. Sólo se quitaba los pantalones grises y la camisa blanca de lino por la noche para ir a dormir y cuando la necesidad exigía que fueran lavados.

Por lo normal Nicole se encontraba en la biblioteca al atardecer, y ahora estaba mirando vagamente por la ventana, absorta en sus pensamientos. La Navidad había llegado y había pasado. Ya había transcurrido la primera semana de 1814 Y Sable aún no había regresado de Nueva Orleans. Las frías lloviznas como la de aquel día habían caído con frecuencia durante dos largas semanas, y la habían mantenido prisionera en el interior de la casa; sin el alivio que le proporcionaba recorrer a caballo la propiedad acompañada de un mozo de cuadra negro de semblante serio, se sentía como una pantera enjaulada. Había un libro en el suelo que acababa de arrojar hacía unos minutos en un inusual arranque de violencia. Normalmente no hubiese maltratado un libro de esa manera, pero aquella sensación de impotencia y la forzada inactividad estaban crispándole los nervios.

Las tensiones sufridas en las últimas semanas dejaron rastros bien visibles en su persona. Palideció el color de canela y su tez ahora lucía un suave y lechoso tono de magnolia, que era extremadamente atractivo sin ella saberlo o importarle siquiera. Había perdido peso y los

delicados huesos del rostro se notaban más. Y, a pesar de su talla espigada, había un algo de fragilidad en ella que resultaba desconcertante.

Los ruidos provenientes del vestíbulo la arrancaron brusca- mente de sus erráticos y sombríos pensamientos y con el semblante ceñudo se puso a escuchar con atención los sonidos apagados que se filtraban por las paredes cubiertas de libros. ¡Sable había llegado!

Estaba absolutamente convencida de que tenía que ser él. ¿Por qué si no había estado de tan pésimo humor todo el día? Sin prestar atención alguna al vuelco que dio su corazón al pensar en su regreso, reunió toda su fuerza de voluntad para permanecer quieta, exactamente donde estaba. No se engañaba creyendo que no estaba excitada por la idea de su vuelta: lo estaba, pero sólo porque una pelea con Sable, y estaba segura de que habría alguna, la arrancaría de aquel terrible tedio en que se debatía.

Escuchando ahora con todas sus fuerzas, se puso tensa cuando resultó obvio que había una mujer con él. A través de las paredes las palabras sonaban imperceptibles, pero estaba muy claro el suave murmullo de una voz femenina. Apretó los labios con disgusto: ¡probablemente otra de sus queridas! Al diablo con su esperanza de esclavizarle.

Pasaron varios minutos durante los cuales Nicole pudo advertir, por los ruidos que hacían los bultos al ser arrastrados o golpeados unos contra otros, que había traído una buena cantidad de equipaje con él. Al pensar de nuevo en la voz femenina, soltó un bufido... ¡debían ser de esa mujerzuela seguramente!

Estaba tan concentrada en forzarse a permanecer en la biblioteca y en ocultar sus emociones detrás de una máscara de indiferencia, que el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse con firmeza la sobresaltó. Esperando que fuera Sanderson para anunciarle la llegada de Sable, echó un vistazo por encima del hombro y quedó estupefacta al ver al elegante caballero de pie junto a uno de los sillones escarlata.

Al principio no reconoció a Sable vestido a la última moda. Llevaba pantalones gris claro, chaqueta azul con hermosos botones de plata y un alegre chaleco de piqué: era la imagen de un hombre de gusto impecable.

Su esplendor hizo parpadear a Nicole y luego sus ojos volaron al rostro viril. Por primera vez veía sus facciones sin el adorno de la barba espesa que las había ocultado y se asombró de lo diferente que parecía. La boca, con su sensualidad inherente, tenía un trazo más firme y aristocrático; la línea dura de la barbilla y el mentón enérgico y agresivo eran más manifiestos, sin ser un rostro de belleza clásica; la nariz un poco demasiado larga y los ojos tal vez algo hundidos para semejarse a la pura y verdadera belleza viril. Pero era un rostro cautivador, hermosa- mente recio, y el impacto que producían esos ojos ámbar dorados sombreados por

espesas pestañas negras era suficiente para que la mayoría de los observadores, tanto hombres como mujeres, pasaran por alto los pequeños defectos de sus facciones.

Una débil sonrisa estaba curvándole los labios en aquel momento, y quitándose los guantes de ante, preguntó:

- ¿No me saludas, Nick? Había pensado que después de una separación tan larga estarías feliz de verme.

Consciente de la súbita aceleración de los latidos de su corazón, Nicole se esforzó por permanecer impasible, y arqueando una ceja, murmuró con ironía:

- ¿Los peces que nadan en el mar son felices al ver que el tiburón regresa? Lo dudo. Y sería conveniente que no olvidaras que hay una sola razón por la que todavía disfruto de tu... ah... hospitalidad, ¿o te has olvidado de Allen?

Aquellas palabras hicieron desvanecer la sonrisa de Christopher.

-Eres una pequeña víbora. No, no he olvidado al bueno de Allen, pero creo que te aferras demasiado a ese pretexto.

Nicole le brindó una exasperante sonrisa de superioridad y volvió la cabeza para mirar por la ventana. Sentía la poderosa presencia masculina detrás de ella, pero siguió dándole la espalda con obstinación.

El aliento de Christopher le acarició el cabello y fue dolorosamente consciente de su cercanía.

-¿Por qué -refunfuñó él en voz grave-, quiero estrangularte y al mismo tiempo besarte hasta que te derritas entre mis brazos?

Sin esperar una respuesta, la hizo girar sobre sus talones y antes de que ella pudiera defenderse o adivinar siquiera sus intenciones, las manos fuertes y peligrosas de Saxon se cerraron alrededor de su cuello, e inclinando la cabeza, con boca hambrienta e inflexible, descendió con pasión sobre sus tiernos labios. Una incontrolable llamarada de deseo abrasó a Nicole e instintivamente se apretó contra el cuerpo de Christopher, percibiendo su reacción instantánea al contacto de los cuerpos. Permanecieron abrazados largos momentos mientras la boca de Christopher exploraba la de ella con una impaciencia rayana en la desesperación. Las manos de Nicole, que segundos antes trataban de lastimarle el cuello, se aflojaron y sus dedos de forma inconsciente empezaron a acariciarlo.

Apartando la boca de sus labios con un esfuerzo sobrehumano, Christopher clavó la mirada en el rostro de la muchacha, y perdiéndose en las oscuras profundidades de aquellos ojos increíbles, musitó:

-¡Oh, Dios! ¡Eres una hechicera, Nick! -y luego envolvió aquel cuerpo frágil con sus brazos

estrujándolo contra él mientras su boca besaba febrilmente todo el rostro, antes de posarse una vez más sobre los labios entreabiertos de Nicole.

Aturdida, no luchó contra sus propias emociones ni indagó por qué sucedía aquello... estaba demasiado inmersa en el intenso placer de encontrarse otra vez entre sus brazos. Más tarde censuraría su proceder, maldeciría su estupidez... pero, ¡oh, Dios!... ¡ahora no!

Jamás se sabría cuánto tiempo hubieran permanecido perdidos en ese abrazo ni hasta dónde les habría llevado esa súbita oleada de pasión. Se oyó un golpecito discreto en la puerta, y con una fuerza de voluntad que desconocía poseer, Christopher dejó de besarla y apartándola casi con rudeza, contestó la llamada con voz impaciente:

-Sí, ¿qué sucede?

Sanderson entró como excusándose por la interrupción.

- La señorita Mauer desearía saber si tiene instrucciones para ella antes de comenzar a deshacer las maletas.

Respirando agitadamente y pasándose la mano por la espesa mata de pelo negro azulado, Christopher gruñó:

-¡Oh, que el diablo la lleve! -Segundos después, al comprender que no era eso lo que se esperaba de él, ignoró el silencio abatido de Nicole e inquirió con más calma: - ¿La has acomodado en sus habitaciones?

-Sí, señor. Está en el segundo piso como usted ordenó. Acaba de tomar un tentempié y está preparada para asumir sus funciones.

- Muy bien. Entonces dile que por hoy se encargue de establecerse en su nuevo hogar. No es necesario que comience con sus tareas hasta mañana.

Sanderson saludó con una inclinación y salió del cuarto. La conversación, si bien breve, dio a Nicole el tiempo que necesitaba para controlarse. Luchando por sofocar una emoción que era curiosamente parecida a los celos, habló con desprecio:

-¡Vaya, vaya, sí que eres codicioso! ¡Dos mujeres a la vez! ¿No te asusta la idea de que podríamos agotarte? Desde luego -añadió vivazmente-, si me estás reemplazando, no puedo decirte lo encantada que estoy. ¿Puedo ir a dar la bienvenida a mi sustituta? Desde luego me sentiría muy feliz de cambiar de habitación con ella. No hay razón para que la señorita... er Mauer, ¿no la llamó así Sanderson?, se instale en el segundo piso con los sirvientes. Haré el cambio con ella en un instante.

-Cállate la boca, Nick -dijo Christopher en tono amigable. Él también se había recobrado y estaba más inconmovible que nunca. Mirando el semblante airado de Nicole con cierta indiferencia, la confundió por completo al decir-: La señorita Mauer es una sirvienta. Qué mal

pensada eres, querida mía. Es tu doncella. La ropa a la que se refirió son algunas prendas que encargué para ti. Ella las ajustará a tu figura... intenté estimar tus medidas con exactitud y ella se ocupará de corregir cualquier equivocación que yo haya cometido.

Ante la expresión indignada de Nicole, continuó en tono más duro:

- ¡Mantendrás la boca cerrada hasta que haya terminado de hablar! Mauer es una doncella muy cara que ha estado siempre al servicio de grandes damas. Desde mañana mismo empezará a vestirte como es propio en una señorita de tu rango. Tú cuidarás muy bien tu lengua y seguirás sus indicaciones. También dejarás de usar esos juramentos y blasfemias de marineros a los que eres tan aficionada, cumplirás mis órdenes y comenzarás a prepararte para regresar a Inglaterra.

Muda de asombro, Nicole le contemplaba como en un trance hipnótico.

-¿Volver a Inglaterra? -pudo articular al fin con una voz que no se parecía en nada a la de ella.

Christopher asintió, consciente de un repentino dolor en la boca del estómago al darse cuenta de lo que se había comprometido a hacer. Prefirió no examinar en profundidad cuál era la causa de esa inesperada reacción, si la idea de las dificultades que debería arrostrar o el saber que Nicole muy pronto estaría fuera de su poder.

-¡Caracoles! ¡El tío se ha vuelto respetable! ¡Bueno, que me cuelguen de las barbas! -dijo Nicole con grosería poniendo los brazos en jarras.

Se crisparon los labios de Christopher.

- Estoy seguro de que puedes brindarme un excelente despliegue de lenguaje soez, pero conténte. De ahora en adelante, has de hacer todo lo que esté en tu mano para convertirte en lo que debes ser. Mauer es sólo el comienzo, ya que muy pronto espero instalar aquí a una institutriz. No tenemos -añadió, pensativo-, mucho tiempo, así que vamos a tener que damos prisa, querida, para convertirte de la noche a la mañana en una señorita distinguida.

-¿Por qué? -inquirió ella, perpleja.

- Porque yo lo digo - replicó Christopher tranquilamente, pero sus palabras estaban cargadas de significado.

El semblante de Nicole se demudó.

- ¿Siempre te sales con la tuya?

- Por supuesto.

Le miró con ira por un momento y luego, soltando una exclamación de rabia, emprendió el camino hacia la puerta. Ya con la mano en el picaporte, se detuvo cuando Christopher habló.

-Te han cambiado de habitación.

Giró en redondo y lo miró de cara.

- ¿Por qué? ¿Observando las reglas al detalle? - inquirió en tono helado.

Christopher asintió.

- De ahora en adelante olvidarás toda relación que haya existido entre nosotros. Para la señorita Mauer eres solamente mi pupila. Tu institutriz, una tal señora Eggleston dicho sea de paso, no se encuentra todavía entre nosotros debido a una inflamación pulmonar. Y como no tengo los años suficientes como para albergar en mi casa a una pupila joven y bella a solas, sin provocar habladurías, he permanecido ausente mientras tu institutriz estuvo enferma. Fue sólo cuando Mauer consintió en entrar a mi servicio que pude regresar. Aun así, será mejor cuando llegue la señora Eggleston. - Dijo esas palabras sin ninguna emoción, como si recitara una lección que Nicole debía aprender de inmediato.

Pero ella tenía otras ideas, y furiosa, gritó:

- ¿Esperas que me trague esa mentira?

Cruzando la habitación a paso vivo, Christopher agarró las manos de Nicole y las apretó entre las suyas. En tono firme, exclamó:

- Más vale que la creas y la recuerdes. De ahora en adelante, ésa es la única verdad. Eres mi pupila, la señora Eggleston tu institutriz y vas a contar esa historia a cualquiera que pregunte. Si no lo haces, si me contrarías, Nick, descubrirás que soy el hombre diabólico que siempre creíste que era. - Impulsado por sus propios demonios, añadió-: Recuérdalo, Nick, la vida de Allen depende de ti. ¡Intenta desafiarme y lo mataré con mis propias manos!

Nicole le miró fijamente y perturbada por la violencia que flotaba en el aire, susurró:

- ¿Por qué? ¿Para qué haces esto? ¿Qué te propones?

Al mirarla no pudo entender ninguna de las emociones que ella estaba experimentando. Como él mismo estaba confuso e inseguro, su voz fue áspera en exceso:

- ¡Porque me da la real gana! Te restituiré a Inglaterra lo antes posible. En poco tiempo habrás progresado hasta el punto de ser aceptable para tu familia, o al menos eso espero. Así podremos zarpar para finales de febrero... tal vez un poco antes, si eres muy aplicada y diligente. Mauer te tomará las medidas oportunas y yo volveré a marcharme a Nueva Orleans dentro de una semana. Un nuevo guardarropa reemplazará al que supuestamente perdiste cuando el barco, también imaginario dicho sea de paso, se fue a pique. Era el navío en que la señora Eggleston y tú viajabais desde el norte, donde ambas habíais estado viviendo hasta que pude traerte aquí. - Esbozando una débil sonrisa, añadió-: Fue entonces cuando enfermó la señora Eggleston. Una experiencia muy traumática. Fuisteis muy afortunadas de escapar con vida.

-¿Por qué - preguntó Nicole con voz apagada -, estábamos viviendo en el norte?

-Oh, eso -exclamó él con gran soltura-. ¿No sabías que cuando escapaste de Benddington's Comer hace cinco años te fuiste con la señora Eggleston?

Mirándole como si le creyera loco, Nicole musitó:

-¿Yo me escapé con la señora Eggleston?

-Sí. Fue un acto muy irresponsable por tu parte, pero la señora Eggleston se compadecía de tu calvario... y no se dio cuenta de que te habías escondido en su carruaje hasta que hubo llegado a Londres.

Los ojos de Nicole le escudriñaban el rostro con una expresión rayana en la histeria.

- ¡Debes de estar completamente loco! Nadie se creería ese cuento... además, ¿quién es esa dichosa señora Eggleston? -Su expresión se alteró por un instante antes de exclamar en tono de incredulidad -: ¡La señora Eggleston! ¿La viuda del coronel Eggleston?

Christopher asintió.

- La misma. La encontré casualmente en Nueva Orleans.

Por un segundo estudió a Nicole preocupado. Luego se encaminó a los dos sillones llevando a Nicole casi a rastras. Se sentó en uno de ellos y con un gesto le indicó que debía sentarse en el otro. Ella le obedeció como alguien que se mueve bajo los efectos de un trance hipnótico. Finalmente, Nicole pudo articular:

-¿Cómo conoces a la señora Eggleston? - Frunciendo el ceño, añadió-: ¿Y qué está haciendo aquí?

Christopher titubeó. ¿Cuánto debía confiarle a Nick y cuánto debía mantener en secreto? Decidió que lo único que era vital mantener en secreto era la visita de Jason Savage y la verdadera razón que les llevaba a regresar a Inglaterra. Que Nick pensara que había sufrido un repentino ataque de remordimientos y estaba deseoso de devolverla a su hogar. Con cautela, Saxon preguntó:

-¿Jamás te has preguntado quién soy yo exactamente o qué estaba haciendo en Inglaterra hace cinco años?

- Fuiste a contratar marineros - respondió ella, perpleja -. Al menos eso fue lo que dijo Sally.

- ¿Sally?

-Sally Brown. Su hermana Peggy trabajaba en la posa Peggy te oyó preguntar por ahí.

Christopher sonrió.

- ¡Así que por eso supiste que andaba buscando marineros! Me lo he preguntado a menudo, pero nunca pensé demasiado en la respuesta.

Con suma impaciencia, Nicole preguntó:

-¿Y pues?

Y con cierta desgana, Christopher admitió:

- Nick, soy el nieto de lord Saxon. Y de ahora en adelante, será mejor que olvides que alguna vez existió el capitán Sable y que recuerdes que mi nombre es Christopher... no Sable.

Durante varios segundos, Nicole se quedó mirándole, atónita. Al fin, recobró la voz.

-¿El Christopher que huyó?

El rostro de Sable se convirtió en una máscara rígida de rasgos crueles al asentir.

- El mismo.

- Entonces claro que conoces a la señora Eggleston -comentó maravillada-. ¡Conoces a todos los de Beddington's Corner!

-No a todos -corrigió él en tono tajante-. Nunca he tenido el placer de conocer a tus tutores, los Markham.

-Oh -exclamó Nicole sin expresión. Tenía docenas de preguntas que volaban en todas direcciones en su cerebro entumecido. ¿Por qué se hizo pirata? ¿Y por qué diablos quería regresar ahora a Inglaterra?

Con una sonrisa en los labios, Christopher se burló:

- ¿Es esto todo lo que tienes que decir?

Nicole estaba intentando encontrar palabras.

- Hmm, no, es que me he quedado anonadada al descubrir que en realidad eres alguien que conozco casi de toda la vida... que nuestras familias fueron vecinas, hasta amigas. - Recobrándose un poco, hizo una conjetura astuta -: Además, no me dirás nada que no quieras, de todos modos. - Y de repente, como si comprendiera del todo el significado de lo que él le había revelado, estalló su mal genio y exclamó-: Eres una bestia infame, Sable, y lo sabes. ¡Haberme tratado como lo has hecho! Podía entenderlo en parte cuando eras sólo el capitán Sable, pero tuviste la crianza de un caballero. ¡Tu abuelo es un lord! ¡Habría esperado algo mejor de ti!

Los ojos de Christopher se volvieron impenetrables y se desvaneció su sonrisa, dejando el semblante frío y ominoso.

- ¡Cuidado, Nick! -le advirtió suavemente -. No te he erigido en mi juez. Soy lo que soy... no importan los motivos; todo lo que importa es el cuento que vamos a contarle al mundo. ¡Y lo haremos aunque me vaya la vida en ello!

Nicole se tragó más palabras airadas y, poniéndose de pie de un salto, dijo con desprecio:

- ¡Parece que eres un hombre de gran talento para las intrigas! Estoy segura de que

inventarás algún cuento creíble... así que, dime, ¿por qué estábamos en el norte? ¿Cómo hemos vivido todos estos años la señora Eggleston y yo? ¿Y de qué manera tuvimos la gran desgracia de caer bajo tu protección?

Furioso ahora también él, sobre todo al pensar que si la maldita perra de su madre hubiese mantenido las piernas juntas él no estaría en esta situación ignominiosa, se levantó y refunfuñó:

-¡Una desgracia, ya lo creo! Tienes mucha suerte de que no te estrangule y te arroje al río. ¡No me presiones demasiado, Nick!

Después de exasperarlo, Nicole deseó, irracionalmente, no haberlo hecho y en tono más calmado, dijo:

- No puedes esperar que acepte con mansedumbre lo que has hecho, y creo que si nuestros papeles estuvieran invertidos, tú también devolverías golpe por golpe.

Christopher, interiormente, reconoció, aunque a regañadientes, la justicia de esas palabras, pero se limitó a menear la cabeza.

Al ver que seguía callado, Nicole estalló, airada:

- ¡Cuéntame ese relato que he de aprender y terminemos de una vez con esta farsa!

- Muy bien, te fugaste con la señora Eggleston hace cinco años cuando ella salió de Inglaterra. Desde entonces habéis estado viviendo en un pequeño pueblo del Canadá británico. Debido a las luchas fronterizas, la señora Eggleston consideró que sería más seguro abandonar el área. Además también creyó que era hora de que regresaras y reclamaras tus bienes. Desgraciadamente, vuestro barco fue hundido por un corsario norteamericano y os llevaron a Charleston. Yo estaba allí con la idea de comprar mi propio barco mercante cuando nos encontramos por casualidad. Como es natural -y Christopher aquí le hizo una reverencia burlona-, al enterarme de vuestro calvario me comprometí de inmediato a velar por vosotras. Viajamos a Nueva Orleans, donde cayó enferma la señora Eggleston y se vio obligada a quedarse en la ciudad. Yo te instalé en Thibodaux House y volví de inmediato a Nueva Orleans. Ahora acabo de regresar con una doncella respetable y unas cuantas prendas de vestir en sustitución de las que perdiste en el mar. En unos pocos días volveré a marcharme para ocuparme del resto de tu nuevo guardarropa y para escoltar hasta aquí a la señora Eggleston, repuesta ya del todo. - Miró severamente a Nicole tratando de ver cómo se estaba tomando la historia. Pero también Nicole podía, de vez en cuando, ocultar sus emociones, y durante todo el relato su semblante se mantuvo inescrutable. Ignorando su falta de interés, Christopher continuó-: Dentro de poco me encargaré de hacer todos los arreglos necesarios para nuestro viaje a Londres. Además -añadió provocadoramente-, si haces todo lo que digo y

no me creas problemas, liberaré a Allen... dentro de un período de tiempo razonable.

Christopher estaba bastante satisfecho con su historia. Era coherente y tenía consistencia. Además, lo más importante de todo era que iba a haber un océano de por medio entre ellos y los verdaderos hechos, un océano y una guerra. Resultaría casi imposible que alguien pudiera refutar su historia, ¿y quién querría hacerlo? La señora Eggleston era un dechado de respetabilidad y ella misma le había confesado que tuvo tanta vergüenza de su condición económica que no permitió que ninguna de sus amistades conociera la verdad. Todos creían que abandonó Inglaterra por serle imposible vivir allí después de la muerte del coronel, y que había decidido alojarse con unos parientes lejanos del Canadá. Una coincidencia que Christopher bendijo con fervor.

Con la señora Eggleston aportando credibilidad y su propio regreso como el joven disoluto que había hecho una fortuna en Norteamérica, no tendrían muchos problemas durante los primeros encuentros con los antiguos conocidos. La explicación de aquellos cinco años era sólida; el deseo de la señora Eggleston y de Nick de regresar a la patria tampoco podía dar lugar a conjeturas. Su propia aparición providencial en la escena era lo menos convincente de todo, pero sólo para alguien que fuera suspicaz acerca de sus razones para volver a Inglaterra.

Seguramente los Markham crearían algunas dificultades, si estaban tan resueltos a controlar la vida y la fortuna de Nick como parecía. Pero esta vez ella no lucharía sola, ya que tendría a su lado tanto a la señora Eggleston como a él mismo para apoyarla, y tenía el presentimiento de que si su abuelo estuviera vivo aún, el viejo Simon Saxon extendería la lucha al mismísimo campamento enemigo.

Una vez que se demostraran los derechos de Nick y ella tuviera el control de sus bienes, ya no le serviría más para sus fines. Para ese entonces esperaba haber conseguido toda la información posible y emprendería el regreso dejándola atrás. Por un momento se dio cuenta de que esa perspectiva le entristecía, pero rechazó con fuerza ese sentimiento. Ella no significaba nada para él, simplemente se había acostumbrado a su presencia. Y como estaba enfadado por algo que no podía o no quería entender, habló con irritación:

-¿Crees que podrás recordar lo que he dicho? Eres bastante lista, así que no tendrás muchos problemas.

Nicole afirmó sintiendo un nudo helado en el pecho. Dominándose con gran esfuerzo, preguntó en tono inexpresivo:

- ¿Es eso todo? ¿Puedo retirarme ahora a mis habitaciones?

Enfadado y sin conocer el motivo, Christopher estalló:

-¡Sí, por Dios! ¡Sal de mi vista de una vez!

Sin una palabra más, Nicole se marchó con precipitación de la biblioteca, corrió por la galería y subió también corriendo al primer piso... a su nueva habitación. En el amplio vestíbulo se topó con Galena, quien, con el semblante imperturbable, la condujo al aposento que ahora habría de ocupar. Preguntarle a Sable... o Christopher, como quería que se le llamara ahora, dónde estaba su nueva habitación, habría sido más de lo que podía soportar.

Sin entenderse a sí misma, ni por qué tenía ese doloroso vacío en el estómago en lugar de sentirse plenamente feliz, ignoró los baúles y bultos que estaban diseminados por la habitación, y con algo parecido a un sollozo se echó de bruces sobre el lecho adornado con colgaduras de seda verde.

Desde luego que no eran lágrimas, Nicole jamás lloraba, pero estaba peligrosamente cerca de ello. Se mordió el labio para que dejara de temblar y se dijo que debería considerarse la chica más feliz del mundo. Allen quedaría libre... andando el tiempo. Ya no tendría que soportar más que Sable, no, Christopher le hiciera el amor, y pronto la llevaría a su hogar en Inglaterra, la colocaría en la posición que le correspondía por derecho y desalojaría de allí a los Markham como ella siempre había planeado. Perpleja, se preguntó por qué todo lo que realmente deseaba era seguir peleándose con Sa... Christopher, luchar con él y luego perderse entre sus brazos.

Esos pensamientos no debían ser tolerados. Diciéndose que era la conmoción, la forma intempestiva en que se hacían realidad todos sus sueños, los responsables de esa terrible depresión que la agobiaba, arrancó sus pensamientos de aquel tema tan penoso y se obligó a sí misma a concentrarse en todas las cosas adorables que había traído consigo Christopher.

Llamó a Galena, y a los pocos minutos empezaron a deshacer los baúles y los bultos. Christopher le dijo que sólo había traído unas cuantas prendas, pero al ver la media docena o más de espléndidos vestidos y trajes, no veía cómo podría llegar a necesitar más alguna vez. Los recorrió con la mirada una y otra vez: uno de color verde manzana de finísimo raso; delicadas zapatillas de seda; una capa de seda deliciosamente rizada; tres camisones del más fino percal con batas haciendo juego, primorosamente bordadas con motivos de rosas; un elegantísimo traje de montar de tela verde brillante adornado con trencilla negra a la *militaire*; un pequeño sombrero de montar de castor negro con cordón de oro y borlas y una larga pluma de avestruz color verde; dos pares de botines negros, un par con cintas y ribeteado de verde; una esclavina de encaje a la *Duchesse d' Angouléme* con borde de encaje Vandyke... era realmente increíble.

Para una jovencita que durante años había tenido por única vestimenta las prendas

varoniles que ahora llevaba puestas, parecía un guardarropa de cuento de hadas, y al recordar que pronto habría más cosas, casi se quedó sin aliento.

Un baúl más pequeño contenía todos los diversos objetos que encantaban a la mayoría de las mujeres y Nicole, a pesar de sí misma, descubrió que en eso no era diferente a las demás. Con deleite sacó de allí delicadas camisolas de seda, algunos chales adornados con lentejuelas, un juego de peines, cepillos y un espejo de mano oval con incrustaciones de nácar, jabones y aceites deliciosamente perfumados, así como también varias botellitas de perfume de finísimo cristal.

Nicole corría de un objeto a otro con júbilo infantil y sus manos parecían acariciar los hermosos vestidos y chales. De puro gozo se metió en el baño preparado con precipitación y generosamente perfumado con uno de los aceites que había sacado de un frasco. Durante un rato disfrutó de la suavidad del agua satinada y luego Galena la ayudó a ponerse uno de los camisones nuevos con su correspondiente peinador. Más tranquila, se sentó delante del pequeño fuego que ardía en su alcoba mientras Galena le cepillaba la larga melena ondulada.

Con la mirada clavada en las llamas saltarinas, Nicole tomó varias decisiones. No pensaría en Sable... o Christopher, como debía recordar llamarle. Sin embargo, por alguna razón, presentía que él siempre sería Sable para ella, sin importar lo que el futuro pudiera depararles. Pero de ahora en adelante se esforzaría al máximo por recobrar sus buenos modales y seguir los dictados de la sociedad refinada. Fuera lo que fuese que él estuviera tramando, quedaba el hecho de que ella haría exactamente lo que siempre había deseado. El único inconveniente era que Allen no quedara libre de inmediato. Frunció el ceño al pensar en Allen. Christopher, y le llamó así firmemente en sus pensamientos, había dicho que lo soltaría... pero, ¿se podía fiar de su palabra? Sí, decidió tras meditarlo mucho. Christopher estaba lleno de mañas, pero si decía que iba a hacer algo, se ocuparía de llevarlo a término. Y había afirmado directamente que Allen quedaría en libertad. ¿Ileso? Se le heló súbitamente la sangre. Christopher era perfectamente capaz de liberar a Allen y entregarlo a los militares norteamericanos.

Cayendo en la cuenta repentinamente de que debía haberle interrogado más a fondo, empezó a ponerse de pie, pero Galena la detuvo con brusquedad recomendándole que permaneciera sentada y muy quieta. Y por supuesto, ella no podía ir a su encuentro vistiendo ropa tan inapropiada. Con qué rapidez volvía a imponerse las reglas de urbanidad, pensó con mucha sorna y cinismo.

Esa noche durmió mal, dio vueltas y vueltas en la cama y despertó media docena de veces sólo para volver a caer en un sopor inquieto. Aunque trató de convencerse de que aquel sueño intranquilo se debía al cambio de alcoba, en lo más hondo de su ser sabía que no tenía nada

que ver con ello.

En algún recóndito lugar de su conciencia siempre había albergado la idea de que algún día regresaría a Inglaterra y a su hogar. Cómo, cuándo y por qué carecía de importancia. Nicole no era proclive a ahondar en sus sentimientos y sólo conocía sus emociones de modo superficial, pero la forma intempestiva en que esto había sucedido, hizo que, por primera vez en su vida, examinara sus emociones más profundas. ¡Y no le agradó en absoluto lo que descubrió!

Intentar ignorar la atracción física entre Christopher y ella era inútil. Existía y habría sido una necia si lo negaba. Le gustara o no, parte de su intranquilidad se debía a la desagradable idea de que su cuerpo deseaba al de Christopher, y que habría dado cualquier cosa para estar en la alcoba contigua a la suya, sabiendo que vendría a su cama cuando se le antojara. Estaba secretamente consternada y avergonzada, pero reconocía que era la verdad.

No estaba, en cambio, tan segura con respecto a su regreso a Inglaterra. ¿Realmente deseaba volver? Creía que no, si eso significaba separarse para siempre de Christopher.

Incómoda y un poco asustada al ver adónde la conducían sus pensamientos, revolvió la ropa de cama de tal manera que cerca del alba tuvo que levantarse para estirarla. Volvió al lecho y se quedó tendida renunciando a todo simulacro de sueño. Estaba prisionera de una trampa que ella misma había tendido; su orgullo no le permitiría echarse atrás en lo que siempre fue su deseo más ferviente, sacar a los Markham de su heredad. Y estaba el convencimiento adicional y doloroso de que por más que ella arrojara al viento todos sus sueños primitivos, no era probable que Christopher cambiara sus planes. Al contrario, con toda seguridad la interrogaría y se preguntaría a qué obedecía su cambio de actitud se preguntaría y tal vez barruntaría algo que ni siquiera ella estaba dispuesta a calibrar. Por lo tanto, en vista de la noche que acababa de pasar, la señorita Mauer se encontró con una joven taciturna y soñolienta al presentarse en la alcoba por la mañana.

La señorita Mauer tenía toda la apariencia de ser lo que Christopher había afirmado de ella -una doncella muy eficiente- desde la coronilla de sus oscuros cabellos entrecanos, pulcramente peinados y recogidos en un moño sobre la nuca, hasta las resistentes zapatillas negras que calzaba. No era una mujer grande ni particularmente bonita, pero sus chispeantes ojos negros, su sonrisa animosa y sus movimientos ágiles y diestros hacían de ella una persona muy agradable. De voz suave, al hablar se notaba su acento francés.

Después de asegurarse con un rápido vistazo de que toda la ropa estaba colgada en el gran armario de madera de cerezo en un rincón de la habitación, se cruzó de manos y preguntó en tono respetuoso:

- ¿Desea empezar a vestirse, mademoiselle?

Nicole, sentada en la cama y presintiendo que el día no sería nada fácil para ella, estudió a la mujer por unos momentos. Le habría agradado echarla de la habitación, pero sabiendo que eso sólo causaría una escena con Christopher y que la señorita Mauer no era culpable de aquella situación, dijo con desgana:

-Supongo que debo hacerlo. - Luego, en un arranque de sinceridad que le granjeó el cariño y la estima de la doncella en ese mismo Instante, confeso-: Sabrá que nunca he tenido mi propia doncella hasta ahora, así que tendrá que enseñarme cómo debo hacer las cosas.

Nada podría haber sido más idóneo para hacer de la señorita Mauer su esclava. Acostumbrada a las caprichosas mujeres de sociedad y envejecidas beldades que luchaban desesperadamente contra los estragos del tiempo, Nicole era un cambio refrescante y placentero. Y una vez que ésta se decidió a aceptar lo inevitable, todo marchó rápida y alegremente.

La mañana resultó muy agradable para Nicole, quien, a petición de la señorita Mauer, se probó primero un vestido y después otro, mientras la doncella tomaba nota a toda prisa de los cambios necesarios. Tan pronto como terminaron las pruebas, Mauer se dispuso a modificar un vestido para que Nicole lo luciera ese mismo día, y como era una excelente costurera, prometió que los otros estarían listos en un dos por tres.

Después de un animado intercambio de opiniones, la prenda elegida en primer término fue un traje de sarga color ámbar con mangas largas y diminutos botones en las muñecas, todo a la última moda. Tenía el talle alto, que una vez más estaba muy solicitado, y lo que habría sido un corpiño escandalosamente escotado fue disimulado con un vuelillo de encaje de color crudo.

Mientras la señorita Mauer manejaba la aguja con diligencia, las dos mujeres mantuvieron una amena charla.

Naturalmente, ese intercambio de agudezas y comentarios fue muy cauteloso por parte de Nicole, que deseaba haber interrogado a Christopher más a fondo acerca de lo que le había confiado exactamente a la señorita Mauer.

En realidad, no tenía que haberse inquietado por la impresión que podrían causarle a la doncella sus respuestas cautelosas. Mauer sabía muy bien que no era conveniente averiguar vida y milagros de sus señores, y si por casualidad descubría algo escandaloso, su boca estaba firmemente sellada, puesto que nadie emplearía a una chismosa que divulgara todo lo que sabía.

Una vez que hubo terminado el vestido a su entera satisfacción, Mauer sugirió en tono vacilante que tal vez antes de ponérselo deberían encargarse del cabello de Nicole. Sorprendida y un tanto recelosa, Nicole preguntó:

-¿Qué quiere decir exactamente?

- Mademoiselle, tiene usted un hermoso cabello y un tono castaño rojizo tan oscuro e intenso, *oh, la la*, pero quizás un poquito largo y mal cortado, *n'est-ce pas*?

Observando en el espejo la bruñida mata de fuego oscuro que caía hasta la mitad de la espalda, Nicole reconoció con cierta reticencia:

-Sí, probablemente está un poquito largo y no le he dado muchos cuidados.

Más animada, la señorita Mauer sugirió:

-¿No le parece que si lo recorto un poco sería más manejable y podría peinarse más a la moda?

Con una chispa de malicia en los ojos, Nicole aceptó la sugerencia sin pensarlo dos veces, segura de que Christopher lo prohibiría si lo supiera. Y así, de perfecto acuerdo, si bien no por las mismas razones, emprendieron la creación de la «nueva» Nicole.

Alrededor de dos horas después, el gran espejo de la alcoba reflejaba la imagen de una hermosa jovencita ataviada con suma elegancia. El cabello caía un poco más abajo de los hombros y un delicado flequillo cubría su frente. Pero Mauer lo recogió en rizos sobre la coronilla, dejando caer sólo un largo bucle que después de mucho trabajo y paciencia se hizo descansar sobre uno de los hombros. El traje ámbar se amoldaba perfectamente a su cuerpo y el color hacía un placentero contraste con el bruñido cabello rojizo. Un chal adornado con lentejuelas sobre los hombros y zapatillas de seda color bronce completaban el atuendo. Durante mucho tiempo Nicole miró con fijeza a aquella criatura alta e indudablemente elegante que estaba ante ella.

Parecía increíble que esa joven de grandes ojos oscuros y esbelta figura, de pechos redondeados y turgentes, vestida tan a la moda, pudiera ser ella.

Con el corazón saltándole en el pecho, se preguntó si Christopher encontraría más apetecible a esa «nueva» Nick. O si continuaría haciéndole ese amor mitad salvaje y mitad tierno en un momento y al siguiente la heriría con su irritación y mordacidad.

CAPÍTULO XVII

Si los acontecimientos del día anterior habían desconcertado profundamente a Nicole, tuvieron exactamente el mismo efecto sobre Christopher. Jamás había esperado la ola de intenso placer que se abatió sobre él al ver la esbelta figura de Nicole vestida con ropas varoniles, ni había esperado sentir ese hondo pesar ante la eventualidad de una separación. El hecho de experimentar ambas emociones le torturaba y le dejaba desgarrado entre la ira de que alguna mujer pudiera despertar tal sentimiento en él y el miedo, mezclado con inquietud, acerca de las causas de aquellas emociones tan anormales.

No tenía ninguna intención de caer en la misma trampa de hacía años, y menos con la hija de esa perra de Annabelle. Desahogó parte de su ira dando un portazo al salir de la biblioteca. Luego llamó a Sanderson y le exigió que hiciera preparar una bandeja con licores y que la enviara a la sala de armas. Más sereno ya, cruzó el amplio vestíbulo a grandes pasos. Minutos después, repantigado a sus anchas en la cómoda poltrona de cuero con la mirada perdida en el fuego del hogar, procedió a beber un vaso de whisky tras otro. Era algo que rara vez hacía, pero en aquellos momentos no quería pensar en nada.

Deseaba convencerse de que todo iba saliendo a pedir de boca y que cualquier sentimiento de pesar por su parte se debía tan sólo a que aún no se había cansado del cuerpo de Nicole. Ella no significaba nada en absoluto para él. No era nada más que un peón que debía usar, como lo era la señora Eggleston.

Christopher estaba terriblemente confundido e inquieto. Creía ser un hombre duro y lo era. Sin embargo, desde que había decidido retirarse de toda relación con Lafitte y su vida de corsario, la máscara de insensibilidad que usara durante tantos años estaba mostrando las primeras grietas.

Podía decirse a sí mismo que su preocupación por la seguridad de Nueva Orleans era del todo egoísta; no quería que se perjudicaran sus propios intereses, ¿no era así acaso? También podía buscar alguna excusa por su comportamiento con la señora Eggleston. Después de todo, debatía consigo mismo, ella siempre había sido buena con él. Además, la usaría para sus propios fines, ¿verdad? Y si estaba haciendo lo correcto al restituir a Nicole Ashford a sus parientes de Inglaterra, era sólo porque servía a sus propósitos. Habiendo denigrado su propio carácter a su entera satisfacción hasta convencerse de que era realmente la bestia obscena e inmunda que Nick proclamaba, procedió a beber hasta emborracharse.

A la mañana siguiente se despertó con un genio de mil demonios, pero algunas cosas se

habían aclarado en su mente. No iba a devanarse más los sesos tratando de buscar las razones por las que actuaba de aquella manera; lo hacía porque convenía a sus Intereses.

Vistiéndose precipitadamente con pantalones de ante y botas altas, se dispuso a pasar toda la mañana con su administrador, Hans Barrel, revisando los libros de cuentas de la plantación y discutiendo los planes que deberían llevarse a cabo durante su ausencia.

Después de pasar agradablemente la mañana con Hans y de convenir que al día siguiente visitaría algunas innovaciones que se habían hecho, regresó a la casa de mejor ánimo, negando con vehemencia que pudiera hacerle ilusión ver a Nick luciendo alguno de los costosos vestidos que él le había traído. Sea como fuere, cuando se preparaba para subir a sus habitaciones y cambiarse de ropa para el almuerzo, precisamente Nicole estaba bajando. Al encontrarse cara a cara, ambos quedaron petrificados durante largos segundos; Nicole casi en mitad de la escalera y Christopher con un pie sobre el primer peldaño.

El semblante de ella se demudó al tiempo que pareció quedar sin respiración al verlo tan de repente, y Christopher no pudo ocultar la llama fugaz que iluminó de oro sus ojos mientras contemplaba, embelesado, a la adorable criatura vestida de ámbar.

Ambos se recuperaron con rapidez, aunque todavía se crispaba un músculo en la mejilla de Christopher cuando recobró la voz

-Estás muy guapa. Serás un motivo de orgullo para mí, querida.

Olvidando su papel, Nicole estalló:

- ¡Yo no contaría con ello! ¡Las plumas lujosas no convierten al grajo en pavo real!

Christopher se limitó a sonreír.

- En tu caso te convierten en una avecilla... er... deliciosamente bonita.

-¿Te estás refiriendo a las avecillas de paso como las prostitutas? -replicó Nick-. Una paloma mancillada para ser más exactos.

Christopher entornó los ojos y endureció la voz:

- ¡Con eso es suficiente! Sabes muy bien que no deberías decir nada de prostitutas ni de palomas mancilladas. ¡Recuérdalo en el futuro!

Descendiendo con lentitud por la escalera, Nicole se le acercó y cuando sus miradas estuvieron a la misma altura, le sonrió con dulzura y susurró:

-¿Quién tiene la culpa de que sepa de esas cosas? ¿Quién mancilló a la paloma?

Christopher la atrajo con brutalidad contra su cuerpo, cogiéndola por la muñeca. Ambos estaban furiosos ahora, pero Christopher luchaba, además, contra el deseo repentino de llevársela a la cama. Se dominó a duras penas.

- ¡Si hablas de ese modo delante de cualquier persona, estarás arruinada para siempre! - Y

porque su sola presencia le conmovía profundamente y reavivaba el recuerdo del beso que ella le diera a Allen en la penumbra del calabozo, quiso herirla aún más-: ¡Y Allen morirá!

-¡Bastardo! -siseó Nicole con furia en los ojos mientras forcejeaba por soltarse.

Asqueado tanto de sí mismo como de la escena que había creado, le soltó la muñeca y preguntó con severidad:

-¿Me has entendido bien?

Nicole le fulminó con la mirada mientras se frotaba la muñeca dolorida.

- Perfectamente - musitó.

Christopher le brindó una sonrisa tan fría y cruel que ella ansió borrársela de una bofetada, pero él murmuró:

- Entonces, ¿puedo confiar en que dominarás tu lengua rebelde en el futuro?

Ignorándole y demasiado ofuscada para que le importara lo que él pensaba, giró sobre sus talones y se alejó con paso airado. Por unos momentos, Christopher se quedo inmóvil, contemplándola y admirando el balanceo de sus faldas. Y una vez más tuvo que reprimir el impulso salvaje de arrancarle la ropa mientras se alejaba. Encogiéndose de hombros, subió corriendo la escalera y se cambió deprisa los pantalones de ante por otros de vestir de la misma tela y una chaqueta azul de corte inmaculado. Higgins, otra vez en su papel de ayuda de cámara, le calzó un par de botas negras adornadas con borlas, la última moda introducida en Inglaterra por los mercenarios alemanes.

Echándole una mirada a su viejo amigo, Christopher preguntó:

-¿Ya te has instalado? ¿Todo a tu satisfacción?

Una amplia sonrisa arrugó aún más el rostro apergaminado del marinero y Higgins respondió con tono alegre:

-¡A la perfección, señor! Es bueno estar de regreso, y estoy contentísimo de que no volvamos al mar. Me siento demasiado viejo para seguir yendo de acá para allá por todo el mundo.

Christopher le brindó una sonrisa que muy pocos le habían visto.

- Bien, no te acostumbres demasiado a la comodidad, amigo. Recuerda que zarpamos para Inglaterra dentro de seis semanas, tal vez menos.

Higgins asintió, pero su sonrisa se desvaneció y las dudas se reflejaron con claridad en su semblante.

- ¿Le parece que es prudente, señor? Aún estamos en guerra con Inglaterra y en principio nosotros somos todavía desertores. Y dudo que su tío se muestre muy complacido cuando usted aparezca por allí.

-Soy bien consciente del peligro que corro con mi tío Robert, Higgins. Pero es nuestro deber devolver a la señorita Ashford a su hogar. En cuanto a la guerra, recuerda que no es más popular en Inglaterra de lo que lo es aquí. Nos las ingeniaremos para movemos con rapidez y salir sanos y salvos. -Christopher habló con desenvoltura y suma confianza. Estaba contento de no haberle explicado a Higgins la verdadera razón de aquel viaje a Inglaterra. Lo que éste ignorara no le perjudicaría y podría, de hecho, salvarle la vida si por desgracia se llegara a descubrir la verdadera misión y fuera capturado.

Y sin conocer los pensamientos que cruzaban por la cabeza de Christopher, pero sabiendo por experiencia propia que nada le haría retroceder una vez que había tomado una decisión, Higgins se encogió filosóficamente de hombros y se puso a doblar los pantalones de ante que Christopher había dejado caer sobre una silla.

- Como usted diga, señor, pero no me gusta nada.

A Christopher tampoco le gustaba, por diversas razones, y no todas concernientes a los riesgos que implicaba, pero rehusó pensar en ello.

Mientras tanto, Nicole consiguió apaciguar su mal genio, y estaba tan furiosa consigo misma como lo estaba con Christopher. Su intención había sido mostrarse tranquila y amable, pero no había hecho otra cosa que perder la compostura tan pronto como le tuvo delante. Midiendo la biblioteca a grandes zancadas del todo impropias de una dama, procedió a regañarse severamente con palabras que habrían enorgullecido a la mujer de un pescador. Poco a poco fue recobrando la calma y cuando se reunió con él en el comedor para almorzar, su actitud era de una cortesía glacial.

Comió en absoluto silencio y los comentarios de Christopher sólo consiguieron sonsacarle monosílabos. Para el final del almuerzo, Christopher estaba iracundo. Empujando la silla hacia atrás con más fuerza de la necesaria, se puso de pie y ordenó:

- Me gustaría tener unas palabras contigo en la biblioteca. ¡Ahora mismo!

- Lo siento mucho - murmuró Nicole -, pero la señorita Mauer y yo estaremos muy ocupadas esta tarde. ¿Te parecería bien esta noche antes de la cena?

Christopher se puso a su lado en dos zancadas, la levantó de un tirón de la silla, y la arrastró al interior de la biblioteca ante los ojos atónitos de Sanderson.

El pecho de Nicole subía y bajaba de rabia contenida al levantar los ojos relampagueantes al rostro impasible de Christopher. Luchando para mantenerse fría e indiferente, preguntó:

- ¿Era necesaria esta exhibición de fuerza? Tienes la desfachatez de esperar que yo actúe como una dama, mientras que tu actitud está lejos de ser la de un caballero.

-Si deseas que yo actúe como un caballero, no me trates como si no existiera. No espero

que estés contenta con la situación, pero será mejor que aprendas a darme el trato cortés que se le brinda a un tutor. Tampoco espero tu gratitud, pero sí respuestas corteses y no rencorosas y altaneras.

Nicole le volvió la espalda y se mordió el labio, mortificada.

Pasando por alto sus palabras ásperas e hirientes, dijo con voz contenida:

-Siento mucho que no te agraden mis modales, pero debes recordar que no he estado en contacto con gente cortés y culta desde hace mucho tiempo.

- Tus modales son aceptables, querida. Es tu actitud la que necesita un cambio -comentó con sequedad Christopher, desvaneciéndose su ira con la misma rapidez con que había surgido.

Al oír sus palabras, los ojos de Nicole se volvieron dos ascuas.

- Mi actitud es ni más ni menos la que tú te mereces. No se me olvida que la vida de Allen pende sobre mi cabeza... ni tampoco dejo de recordar lo sucedido entre nosotros.

Christopher se le acercó y la tomó por los hombros. Contemplándole el enfadado rostro, preguntó:

- ¿Crees que me complace utilizar a Allen como un arma contra ti?

A Nicole de pronto le faltó el aliento y se asustó de la oleada de emociones que había provocado en ella el mero roce de sus manos.

- ¿Lo crees? - insistió él.

-¡No lo sé! -gritó ella.

Esa respuesta no proporcionó mucho placer a Saxon.

- Me dejas muy pocas opciones -le confesó con amargura-. Debes obedecerme sin discusión... y Allen parece ser la única persona que significa algo para ti. -En tono acusador, añadió-: ¡Hasta estabas dispuesta a prostituirte por él!

Nicole se encogió de hombros, enfrentándose a su mirada.

-No lo he olvidado -murmuró-. Ni que me engañaste. ¿Piensas que olvidaré alguna vez lo que ha sucedido?

-No -asintió él, abatido-. Tú no lo olvidarás, pero... -y soltó una carcajada cruel-, yo tampoco.

La soltó y Nicole se apartó de él de inmediato. Por un segundo él la contempló con cierta tristeza en la mirada. Finalmente dijo:

-¿Hacemos una tregua?

Nicole asintió con cautela.

- Intentaré tratarte como a mi tutor, pero no esperes que me agrade.

-Bastará con eso -dijo a la ligera-. Más sería exagerar tu actuación.

Nicole pasó el resto de ese día en un estado de total confusión. No podía entenderle: un momento era un hombre cruel y brutal, al siguiente, exigente, y luego le pedía su opinión como si realmente le importara.

Christopher debía partir el miércoles para Nueva Orleans y pasaron esos pocos días hasta su partida tratándose con meticulosa cortesía.

La mañana del día anterior a su marcha, después del desayuno, Nicole formuló una pregunta que había estado rondándole en la cabeza por algún tiempo:

-¿Qué sabe la señora Eggleston de mí? ¿Le has explicado el porqué de mi presencia en tu casa?

- No lo he hecho.

Sorprendida, le miró a los ojos.

- ¿Quieres decir que ella no sabe que estoy aquí?

- No, todavía no. Pero lo sabrá antes de llegar. Me propongo contarle una parte de la verdad... que te disfrazaste de muchachito y estuviste a mi servicio como grumete hasta hace muy poco tiempo, cuando descubrí tu secreto. Naturalmente -continuó en tono burlón -, en cuanto supe quién eras, tomé de inmediato las medidas necesarias para corregir el problema, de ahí que te encuentres en la situación actual.

Más confundida aún, Nicole siguió mirándole y dijo:

-Pero... pero -tartamudeó-, ¿qué hay de la historia que me contaste... que he vivido todo este tiempo con ella en Canadá?

- Hmm. No te preocupes. A la larga, la señora Eggleston corroborará todo ese embuste, pero por ahora sólo necesita saber lo que yo quiero que sepa. - Vaciló un momento y luego preguntó-: ¿Puedes recordar las dos versiones sin confundirte... la expurgada de la verdad para la señora Eggleston y la de la vida en Canadá cuando estemos en Inglaterra?

-Más vale que pueda, ¿no es así? -contestó Nicole en tono sombrío.

-Esperemos que así sea -dijo él arrastrando las palabras. Christopher pasó el resto del día ocupado con los asuntos de Thibodaux House; apartando deliberadamente de sí todo pensamiento relacionado con Nicole y forzándose con obstinación en negar lo deseable que la encontraba.

Cuando esa noche él bajó a cenar, Nicole ya estaba en el comedor luciendo un encantador vestido de seda color verde manzana que daba un realce especial al tono marfileño de su tez. El corpiño tenía un gran escote de acuerdo a los dictados de la moda y Christopher tuvo que esforzarse por apartar sus ojos de la piel satinada que dejaba al descubierto. Le habían

peinado el cabello en suaves rizos que le enmarcaban el rostro cayendo en estudiado desorden, y él sintió el impulso de besar el lugar donde el cuello esbelto se unía a la tersa piel desnuda del hombro. Mientras la contemplaba apreciando su belleza, le abrumó la necesidad casi imperiosa de arrancarle el vestido del cuerpo y desordenarle salvajemente ese peinado tan primoroso con sus requerimientos amorosos.

Pudo sentir que su propio cuerpo le traicionaba, endureciéndose de deseo mientras caminaba hacia ella. El aroma del perfume que llevaba era tentador, y tuvo que resistirse a todos sus instintos carnales, que habían cobrado vida tan imperiosamente; Saxon cuidó que ella se sentara antes de encaminarse al otro extremo de la mesa. Furioso consigo mismo y con ella por excitarlo de ese modo, indicó fríamente a Sanderson que sirviera la mesa. A lo largo de toda la comida fue plenamente consciente de la erección en los pantalones ceñidos a su piel. Los amables intentos de Nicole para entablar conversación fueron recibidos con tal frialdad y brusquedad que muy pronto le hicieron renunciar a todo simulacro de buenos modos.

Al término de la comida Nicole se levantó de la mesa con alivio, se despidió de él con un buenas noches nada cordial y salió del salón deprisa e inexplicablemente deprimida. Christopher casi no se dio por enterado del saludo; estaba demasiado ocupado reprimiendo sus instintos más bajos para inquietarse por lo que pudieran pensar los demás. Tan sólo varios minutos después de la partida de Nicole pudo levantarse de la mesa con su cuerpo una vez más bajo control.

Colérico y perturbado, salió de la casa con la intención de dar un largo paseo y así aplacar su mal genio. Desgraciadamente, había empezado a lloviznar una vez más, y después de andar unos cuantos metros, renunció al paseo y volvió a la casa de peor talante y más colérico que antes, si era posible. Se dirigió a su habitación con paso airado, se puso una bata y se sirvió un vaso de whisky.

Se le veía tan hosco y malhumorado que Higgins, que siempre disfrutaba de una breve charla con él por la noche, le echó una sola mirada y se cuidó de hacer sus tareas vespertinas cuanto antes y salir de la habitación soltando un suspiro de alivio.

La leve llovizna se había convertido en una verdadera tempestad. De pie en el umbral de la puerta abierta que daba a la galería, se quedó contemplando los relámpagos que zigzagueaban fugazmente iluminando la negrura del cielo. No tenía sueño y la fuerza arrolladora de la tormenta despertó en él una especie de excitación primitiva. Salió a la galería y dejó que la lluvia le azotara el rostro sin piedad. Por un momento casi pudo imaginar que estaba caminando por el puente de mando de La Belle Garce como había hecho tan a menudo

en el pasado. Entonces, como en un sueño, se encontró caminando lentamente en dirección a la alcoba de Nicole.

La tormenta la había despertado y había permanecido varios minutos tendida en el lecho, observando los relámpagos por una ventana debajo del alero de la galería y escuchando el redoble y la furia de los truenos con soñoliento regocijo. Se sentó en la cama y el aire frío dio de lleno en su piel desnuda. A pesar del deleite que le brindaban sus camisones nuevos, prefería el contacto sensual de las sábanas sobre el cuerpo desnudo. Se llevó las piernas cubiertas con la manta al pecho y las rodeó con los brazos, apoyó la barbilla sobre las rodillas y se quedó contemplando, fascinada, el cielo siempre cambiante.

Aunque estaba sentada en su dormitorio cómodo y acogedor, aquello le recordaba las tormentas en alta mar; sin embargo, no era tan formidable como aquéllas, pues faltaba el movimiento ondulante y vigoroso de La Belle Garce bajo sus pies. Recordó con melancolía el sabor agridulce de la lluvia en los labios y las ráfagas de viento revolviéndole el cabello cuando permanecía inmóvil sobre las cubiertas del barco azotadas por el vendaval. Se levantó de la cama con rapidez y cubriéndose con una de las batas nuevas corrió descalza hacia la puerta ventana.

En el preciso momento en que abría de par en par las dos hojas se oyó el retumbar de un trueno, seguido de un relámpago gigantesco que iluminó todo el cielo y destacó en plata la figura inmóvil de Christopher contra la barandilla, de espaldas a ella, absorto en la tormenta.

Cuando le vio, su ímpetu murió y se quedó petrificada con un pie en la galería. La furia de la tormenta le dio de lleno pegándole la bata al cuerpo, perfilando sus pechos enhiestos, las piernas brillando tenuemente al abrirse la bata y flotar en el viento. La conmoción que le produjo su presencia hizo que aflojara la mano que sostenía la puerta, y con una súbita violencia que la sacudió de pies a cabeza, el viento se la arrancó de la mano y la batió con fuerza contra la pared.

Christopher giró en redondo al oír el estrépito y ambos se miraron durante lo que les pareció una eternidad. Él tenía el rostro mojado por la lluvia, y a la luz intermitente de los relámpagos su cabello parecía veteado de plata cuando la luz hacía centellear las gotas de lluvia que descansaban sobre su pelo negro. Ninguno de ambos habló y Nicole, al correr los segundos, sólo fue consciente de un súbito sofoco y un nudo apretado en el estómago. Asustada por las emociones que él le provocaba soltó un grito inarticulado y retrocedió, tambaleante, al interior de la habitación, pero Christopher se movió con la velocidad del rayo y con un grito ahogado dijo:

-¡Nick! - Y la estrechó contra su pecho.

Luchando contra Christopher tanto como contra ella misma, Nicole forcejeó para escapar, pero no hubo escapatoria posible cuando la boca húmeda y exigente de Christopher se empezó a mover con urgencia entre furiosa y tierna sobre sus labios. No podía agitar los brazos y tenía el cuerpo oprimido contra el de él, fornido y duro. Mientras se retorcía entre esos brazos poderosos, Nicole era consciente de muchísimas cosas: del dulce sabor de sus besos, del contacto íntimo de las piernas largas y musculosas con las de ella, y por encima de todo, de la desnudez de ambos, ya que cuando se abrió su bata durante el forcejeo, la de Christopher también lo hizo. De pronto Nicole contuvo la respiración, pues al rozarle la ingle advirtió que estaba enloquecido de deseo.

Christopher, perdido en su propio infierno, no tenía ninguna intención de luchar contra sí mismo y lo que deseaba. Nick estaba en sus brazos, donde él la quería, y no pensaba en nada, salvo en las exquisitas sensaciones, extraña mezcla de dolor y placer, que le provocaba el cuerpo flexible y suave de Nicole retorciéndose contra él. Ella le llenaba los brazos como nadie lo había hecho nunca, y ese cuerpo alto y esbelto se adaptaba a sus propias formas como si hubiese sido modelado para él y nada más que para él. En algún lugar recóndito de su mente deseó, con toda seguridad, que ella no lo rechazara de ese modo, pero no tenía importancia... todo lo que importaba era aliviarse de esa terrible presión entre las piernas. Le consumía y atormentaba, y parecía que Nick era la única mujer que tenía el poder de mitigarla. Y mientras continuaba besándola, sosteniéndole ahora la cabeza entre las manos para que no apartara la boca de sus labios, los forcejeos de Nicole fueron debilitándose poco a poco hasta cesar del todo. Y fue entonces cuando ella permitió que el anhelo ignorado hasta entonces la avasallara por completo, sabiendo que, fuera por lo que fuese, sólo Christopher era capaz de aplacarlo.

Al percibir que ella se fundía en él, Christopher levantó la cabeza, y entornando los ojos clavó su mirada inquisitiva en los dilatados ojos oscuros de Nicole. Los suyos propios brillaban de pasión y al ver sus propios deseos reflejados trémulamente en aquellas pupilas insondables, dijo en un susurro:

-¡Oh, Dios! Te deseo y ese deseo es tan potente que me hace daño, Nick. ¡Remédialo!

Ajena a lo que él había dicho, o siquiera a lo que sus palabras hubiesen implicado si Nicole las hubiese oído, él le soltó la bata lenta y deliberadamente. Y Nicole, estremeciéndose con la idea de lo que él iba a hacer con su cuerpo -deseándolo tanto o más que él- no intentó huir cuando él la soltó el tiempo suficiente para dejar caer su propia bata al suelo junto con la de ella. Luego la levantó en sus brazos y la llevó a la cama.

Lo que siguió no tuvo comparación con ninguna de las otras veces en que habían unido

sus cuerpos en el pasado. Se movieron lenta y sensualmente como dos personas en trance y Nicole, por primera vez en su vida, descubrió el verdadero significado de hacer el amor. Porque esta vez sí se hicieron el amor, no sólo para satisfacer la lujuria o la pasión animal, sino expresando de la manera más natural y hermosa posible todo aquello que ninguno de los dos se atrevía a reconocer.

El cuerpo de Christopher parecía hecho de cálido terciopelo al contacto con las puntas de los dedos vagabundos de Nicole, que le exploraba lentamente, deslizando sus manos hacia abajo por el rostro, la nariz, la boca, curvada ahora de pasión, hasta el pecho cubierto de vello negro y curiosamente suave, resbalando luego hasta la espalda donde pudo percibir las cicatrices que la marcaban para siempre, y que le hicieron fruncir el ceño sin que lo supiera, y luego ascendiendo otra vez hasta que los dedos tropezaron con la áspera seda oscura de sus cabellos. Y fue ella quien le llevó los labios a su boca sosteniéndole el rostro entre las manos mientras le rozaba en dulce y tentadora provocación.

Al primer intento de Nicole de tocarle, Christopher se había quedado inmóvil, atrapado en la sutil telaraña que ella estaba tejiendo con toda deliberación. Temblando con la fuerza irresistible de la pasión que le dominaba, le permitió descubrir el peligroso placer de seducir y sucumbir cuando los dedos le abandonaron el rostro y bajaron, indecisos, por su cuerpo hasta que las palmas se curvaron sobre sus nalgas, explorando la forma y la textura de su cuerpo.

Christopher soportó ese exquisito y penoso placer todo lo que pudo, pero cuando los senos turgentes rozaron con delicadeza su pecho y las manos femeninas encontraron al fin su masculinidad, gimió y, rodando ágilmente, la atrapó debajo de él. Apresando entre los dientes el labio inferior de Nicole, gruñó con voz pastosa:

- Tortúrame, ¿quieres?

Soltándole la boca, los labios emprendieron un lento y ardiente camino a lo largo del cuello hasta los senos, acariciándola suavemente con manos que seguían la curva de su cuerpo hasta llegar a la suave redondez de las caderas.

Mientras los labios de Christopher atormentaban la piel sensible de sus senos, Nicole sintió que todo su cuerpo se estremecía al endurecerse los pezones y crecer más y más el deseo. Luego, la respiración se estranguló en su garganta cuando las manos de Christopher, con gentil insistencia, se deslizaron entre sus muslos en busca de la suavidad aterciopelada que guardaban celosamente. Su roce, delicado y al mismo tiempo exigente mientras los dedos le acariciaban la parte más íntima de su ser, provocó una punzante agonía de deseo, y su cuerpo empezó a retorcerse por voluntad propia al ritmo de los movimientos de aquella mano. Pero esta vez no se contentó con un papel pasivo, y con un apremiante tirón de cabello acercó la

boca a sus labios, y su mano fue directa adonde Christopher más lo deseaba. Cuando sus dedos le abarcaron, hinchado y a punto de estallar de deseo, él dejó escapar un extraño sonido gutural desde el fondo de la garganta, entre un gemido y un suspiro, y rápidamente se echó encima de ella. Los cuerpos se encontraron y se fundieron uno en el otro cuando él se deslizó profundamente en esa calidez que ella le brindaba.

La llenó y le expandió la delicada suavidad hasta que escapó de Nicole un profundo gemido de placer y dolor, pero cuando, al oír el sonido de su grito casi animal, él vaciló, Nicole le abrazó con las piernas y susurró roncamente:

- ¡No! ¡No me dejes... todavía no, por favor! - El cuerpo de Christopher dio un salto convulsivo al oír la súplica y sus ojos se entornaron hasta quedar convertidos en dos rayas de oro de fulgurante intensidad. A ritmo lento, casi perezoso, empezó a embestirla mientras ella levantaba con ansiedad las caderas y la boca viril se movía con apremio creciente sobre la cara de la joven.

Nicole estaba llena de él, lo estaban todas las fibras de su ser. Era como si se estuviera impregnando de él... de su aroma, del débil, pero persistente olor del tabaco que fumaba, del aroma acre del whisky y de ese masculino olor almizclado que constituía la esencia de Christopher. Estaba girando locamente en un sueño sensual, embriagada con su sabor, la boca abierta deslizándose a lo largo del cuello musculoso y tenso, la lengua saboreando el gusto salado de su hombro, sólo para retornar con avidez en busca de la ternura salvaje de sus besos, mientras él le exploraba la boca hambrienta con una crueldad tan dulce que era más embriagadora que el vino.

El suave cosquilleo del vello del pecho sobre los pezones y el roce de las piernas duras sobre los muslos, la excitaban hasta el paroxismo y se retorcía de modo incontrolable debajo de él. Las manos de Christopher volaron a las caderas de Nicole, guiando sus movimientos con la desesperación que nacía de su necesidad de liberación. La llama lacerante del deseo que los devoraba los tenía prisioneros a ambos, mientras sus cuerpos se unían con intensidad febril. .

El dolor de sus costados creció hasta que ella quedó rígida en medio de una dulce agonía que la traspasaba y que de súbito estalló en una oleada de placer tan intenso que, inconscientemente, le clavó las uñas a Christopher en la espalda y sollozó en voz alta, gritando su nombre, con el cuerpo tembloroso y húmedo por la fuerza aniquiladora del éxtasis exquisito que él prodigaba a su cuerpo.

Flotando, dejándose llevar, casi aturdida por el placer que él provocaba, se quedó tendida en la cama, saboreando el roce de su piel, el espasmo de su cuerpo cuando él, también, no

pudo soportar más la intensidad de la pasión y dejó que la esencia misma de su ser se derramara dentro de ella.

Y después no hubo ninguna palabra entre ellos, sólo silencio y plenitud y esa sensación de ebriedad que sigue a un placer tan agudo e intenso. Colmada y saciada, Nicole volvió la cabeza y la apoyó sobre el hombro de Christopher, y con sorprendente rapidez, cayó dormida como una criatura, con el cuerpo todavía apretado contra el de él.

Él no se durmió tan fácilmente, y teniendo una experiencia considerablemente mayor del aspecto físico del deseo, supo que esa noche la unión de los cuerpos había sido algo que estaba más allá del sexo. Contempló el rostro dormido de Nicole con actitud pensativa: sus facciones adquirían la dulce inocencia de la juventud, las cejas oscuras como espesos abanicos negros sobre los ojos, la boca suave y tiernamente curvada, y el pelo bruñido serpeando gentilmente sobre una mejilla. Mirándola, tuvo conciencia de las sensaciones y emociones más extrañas: perplejidad por las raras emociones conflictivas que ella despertaba en él y el deseo obsesivo de posesión. ¡Ella le pertenecía! Y ésa era una idea en exceso extraña viniendo de un hombre para quien las mujeres eran meros juguetes... ni siquiera enteramente humanas. Y enterrado en lo más profundo de su alma existía cierta cantidad de cariño y ternura... si no por Nicole Ashford, al menos por Nick. Ahora mismo podía recordar con viveza la sensación que le produjo el contacto de aquel cuerpecito delgaducho apretado contra su espalda aquella noche cinco años atrás cuando se alejaban de Beddington's Corner. Sonrió en la oscuridad, recordando también cómo había atacado con ferocidad al mozo de cuadra. Había sido como una pequeña arpía. Y si existía algo que él admiraba por encima de todas las cosas era el espíritu combativo. Sin ninguna duda, Nick era uno de los diablillos más valientes y animosos que había conocido en su vida. Y súbita, inexplicablemente, pensando en el peligro que ella había vivido durante todos esos años en La Belle Garce sus brazos la rodearon de modo instintivo como para protegerla. Mataría a cualquiera que le hiciera daño. Después, sonrió. Pobre Nick, estaba a salvo de todos, menos de él.

Amodorrado, apoyó la mejilla sobre el cabello de Nicole. Bien, no iba a desperdiciar más energías pensando en Nick esa noche. Jamás le hizo ningún bien dejar que sus emociones se enredaran con mujeres: eran criaturas divertidas y hacerles e amor era una manera agradable de pasar una velada o dos. Jamás había que dejar que la ternura cobrase fuerza por ninguna de ellas, pensó soñoliento.

CAPÍTULO XVIII

A la mañana siguiente Nicole abrió lentamente los ojos. Permaneció acostada e inmóvil, no del todo despierta, con el cuerpo y las emociones saciados y en reposo por primera vez desde hacía muchas semanas. Una sonrisa asomó a sus labios, se desperezó sensualmente y se abrazó a la almohada que conservaba aún la huella de la cabeza de Christopher.

No sabía exactamente a qué hora se había marchado, pero sospechaba que debía de haber sido al rayar el alba. Y a juzgar por la débil luz que se filtraba al interior de la alcoba, seguramente no había pasado mucho desde entonces. A su lado, donde él había dormido, las sábanas conservaban algo del calor de su cuerpo. Los brazos de Nicole se ciñeron más alrededor de la almohada como si ésta, por arte de magia, se hubiese convertido en el cuerpo vital y grande de Christopher. Estaba amodorrada y con el cuerpo relajado, plenamente feliz.

Apoyó la mejilla en el hueco de la almohada y reconoció que estaba enamorada de Christopher Saxon. Y por alguna razón inexplicable, esa idea no engendró el espanto y repugnancia esperados por ella. No podía negarlo más, cualquiera que fuese el precio para ella y sin importar los sufrimientos que quizá le reservara el futuro.

Un poco avergonzada, cayó en la cuenta de que buena parte de la furia y aversión dirigidas al capitán Sable habían sido una forma de autodefensa, un intento de cerrar los ojos a la atracción creciente que sentía por él. Hasta el hecho de ponerse de parte de Allen en contra del capitán había sido sólo para ocultarse a sí misma los inciertos anhelos de su corazón.

Una sonrisa melancólica cruzó fugazmente por su rostro al recordar a las otras mujeres y las otras noches de pasión en la vida de aquel hombre y sacudió la cabeza. Aquella noche había sido diferente, pensó con apasionamiento. Ceñuda, clavó la mirada en su almohada. La había abandonado al alba sin ninguna explicación. Con absoluta firmeza se dijo que no querría que los sirvientes cuchichearan por haberlo encontrado acostado en su cama. La idea de que no deseara que sus relaciones amorosas fueran pasto de las murmuraciones la reconfortó un poco.

Se sentó en la cama y llamó a Mauer al tiempo que echaba las mantas a un lado. Si él se ceñía a su plan original no habría partido aún para Nueva Orleans. Rogó con el mayor fervor que lo sucedido entre ellos aquella noche le hubiera hecho cambiar de opinión con respecto al futuro.

Después de bañarse a toda prisa, con la ayuda de Mauer se puso un vestido de suave muselina color amarillo y se pasó con rapidez un cepillo por la cabellera oscura y lustrosa.

Impaciente, se sentó quieta sólo el tiempo suficiente para que Mauer entretejiera una cinta amarilla de seda entre sus brillantes rizos.

Christopher tenía que sentir algo por ella algo distinto de lo común, pensó obstinadamente. Si después de lo de aquella noche él la trataba con frío desdén, le odiaría con toda su alma. Sus sentimientos eran demasiado nuevos para ella, demasiado frágiles para soportar un rechazo o siquiera indiferencia. Necesitaba confianza, algún pequeño gesto que le permitiera saber que aquella noche había sido especial para él también.

Al cruzar el vestíbulo principal y ver el equipaje de Christopher apilado con esmero junto a la puerta, dejó escapar un suspiro de alivio. Aún no se había ido, pero la simple presencia de esas maletas no era nada favorable. Todavía seguía pensando en partir esa mañana. Trató de convencerse de que tendría alguna explicación aceptable... sin duda no se había marchado aún porque estaba aguardándola para hablar con ella.

Nicole ansiaba creer que su súbito reconocimiento del amor que sentía por él había engendrado el mismo reconocimiento en Christopher. Estaba dispuesta a hacer toda clase de concesiones en cualquier tipo de relación que pudieran llegar a mantener. Si quería que fuese su amante, lo aceptaría sabiendo que a la larga podría hacer que la amara. Pero si la rechazaba, estaba convencida de que no soportaría semejante dolor. No quería odiarle, deseaba con toda su alma amarle con pasión. Y estaba del todo segura de que él debía sentir algo especial por ella.

Por un momento se quedó de pie en el centro del vestíbulo sin saber dónde encontrarle. Luego, al dar un paso vacilante en dirección a la biblioteca, Sanderson la sobresaltó al salir de improviso del comedor por el lado opuesto del vestíbulo. Al verla allí, la saludó:

-¡Buenos días, señorita Nicole, se ha levantado usted muy temprano hoy!

Ella le brindó una sonrisa radiante y le preguntó:

-¿Ha visto al señor Saxon? Todavía no se ha marchado, ¿verdad?

- ¡Oh, no! No se marchará hasta dentro de una hora o más. Le acabo de servir el desayuno. ¿Se reunirá con él?

- ¡Gracias, eso es precisamente lo que deseo hacer!

Cuando ella entró en el comedor segundos después, Christopher levantó la cabeza sorprendido. Nicole estaba excepcionalmente hermosa y adorable esta mañana, pensó, con ese bonito rubor en las mejillas y un brillante destello en sus ojos topacio oscuro que realzaban aun más su belleza. El vestido amarillo contrastaba con los reflejos de fuego de sus rizos oscuros, y al recordar ese cabello esparcido sobre la almohada, sintió que algo se apretaba con dolor en lo más profundo de su ser.

Con una sonrisa temblorosa en los labios, Nicole se encaminó a la silla que acostumbraba usar y murmuró con timidez:

- Buenos días.

Sanderson le sirvió una taza del fuerte café con sabor a achicoria que era el preferido de Christopher y luego se marchó, sin duda para encargarse de su desayuno.

A solas, los dos se miraron desde los extremos de la larga mesa, y Nicole quedó horrorizada de repente al no tener nada que decir. ¿Qué debía experimentar un hombre después de haber pasado una noche como la de ayer, y en especial alguien como Christopher?

Él vestía pantalones de ante y botas altas, preparado ya para remontar el río hacia Nueva Orleans. Le echó una mirada furtiva y vio con desaliento que su semblante tenía una expresión sombría e inescrutable que la llenó de temores. Pero cuando al mismo tiempo advirtió sus ojos soñolientos que delataban una noche pasada en vela, una sonrisa complacida asomó a las comisuras de sus labios. Ella conocía la causa de esa somnolencia.

Fue una especie de sonrisa satisfecha y reservada la que curvó sus labios. Christopher la reconoció y pudo recordar que era exactamente igual a la de la madre cuando estaba particularmente encantada con algo: Annabelle había sonreído así con mucha frecuencia en aquellos días previos a su traición. Mirando con severidad la suave curva de esos labios, montó súbitamente en cólera al pensar con qué facilidad podía haber vuelto a caer en la misma trampa. Pero la sonrisa le recordó intensa y dolorosamente algo en lo que no quería pensar.

-¿Te divierte alguna cosa? -preguntó con voz irritada-. No me vendría mal reírme a carcajadas esta mañana.

La sobresaltó el tono ofensivo y sarcástico de su voz y la sonrisa se desvaneció de sus labios.

- No, nada en particular. Es que esta mañana es encantadora -contestó. Su malhumor la volvió cautelosa, e ignorante de la causa de su enfado, bebió el café y deseó que hubiera alguna forma de disipar las corrientes peligrosas que percibía en la habitación.

Mas Christopher no había de privarse de la discusión que estaba buscando con afán:

- ¿Siempre sonríes así porque es una mañana hermosa? - preguntó de malos modos -. ¿Tienes que sentarte al otro extremo de mi mesa sonriendo como una idiota?

La taza de Nicole chocó contra el plato. Su temperamento explosivo se inflamó como una tormenta de verano. Tratando de evitar una discusión, pero sin estar dispuesta a pasar por alto la provocación, preguntó con frialdad:

- ¿Siempre tienes un carácter tan espantoso al levantarte?

- ¿No lo recuerdas, Nick? No hace tanto tiempo que dejamos La Belle Garce. Seguramente, unas pocas semanas no te habrán hecho olvidar cómo soy después de una noche pasada con una prostituta. - Pronunció las últimas palabras impulsado por la ira contra sí mismo. Estaba más allá del raciocinio; todo lo que comprendía era que la hija de Annabelle estaba sentada delante de él, ¡la hija de Annabelle, adorable, poseedora de una belleza y calidez que habrían eclipsado el bello cascarón vacío de Annabelle con la misma facilidad que un diamante desluciría una cuenta de vidrio!

Estaba aterrado y era incapaz de confiar en sus propios instintos, pues ya le habían traicionado una vez. Estaba actuando torpemente y al mismo tiempo se hallaba furioso... furioso contra Nicole por despertar en él emociones y sentimientos que creía muertos hacía tiempo, y colérico contra sí mismo por no poder juzgar con exactitud si esas emociones y esos sentimientos eran verdaderos o falsos. Deseaba con ardor recuperar su acostumbrada indiferencia hacia las mujeres y convencerse de que la noche anterior no había sucedido nada.

Al oír aquellas palabras tan desagradables algo estalló con fuerza en el interior de Nicole. Al ver sus sueños hechos añicos, aturdida por la palabra que él había usado para referirse a ella, irrumpió en la peor rabieta de toda su vida.

-¡Cómo te atreves! -gritó con la voz estrangulada. Estaba vibrando con la fuerza de su propia ira, prácticamente chisporroteando de furia, y sin pensarlo ni un instante, su mano se cerró alrededor de la taza de frágil porcelana que acababa de depositar en su plato. Soltando un grito de indignación, la arrojó a la cabeza de Christopher.

Él se agachó y la taza no dio en el blanco, pero un poco de café caliente le salpicó cuando pasó volando a su lado. Él también se puso en pie de un salto y se enfrentaron por encima de la larguísima mesa cubierta con el mantel blanco de lino.

-¡Basta ya de estas tonterías! -tronó la voz de Christopher conteniendo a duras penas su ira.

Pero los labios de Nicole se fruncieron en una mueca de soma cuando respondió:

- ¿Tú crees? ¡Ni siquiera he empezado! - Entonces el platillo pasó zumbando muy cerca de su cabeza, y apenas pudo esquivar el pesado pimentero de plata maciza que lo siguió raudamente. Se encontraba tan consternado y sorprendido que no fue lo bastante rápido para esquivar el salero de mesa del mismo juego, y éste le dio de lleno en la boca del estómago.

La furia que sentía Nicole le daba más fuerzas. Veía todo rojo y buscó con desesperación algún otro objeto pesado para arrojárselo a su torturador. Sus ojos se posaron sobre un magnífico candelabro de plata labrada que dominaba el centro de la mesa, y con un juramento

que habría enorgullecido a cualquier marinero, lo lanzó en dirección a Christopher. Afortunadamente no dio en el blanco, pero por desgracia se estrelló contra la pared justo en el momento en que Sanderson, con la bandeja cargada con el desayuno de Nicole, entraba en el salón.

La joven no perdió tiempo y arrancó la bandeja de plata con el plato de jamón y huevos de las manos del sorprendido Sanderson. Con una puntería infalible se la arrojó a Christopher.

- ¡Bastardo! -le gritó. El plato le dio de lleno en el pecho y los huevos se adhirieron a la pechera de la camisa hasta que él, con cierta afectación, los desprendió con las puntas de los dedos.

Con los ojos dilatados de estupor, Sanderson contemplaba a Christopher mientras éste trataba de limpiar la masa adherida a la camisa y la chaqueta con una servilleta. Con absoluta calma, Christopher dijo:

- Puedes marcharte, Sanderson. La señorita Nicole y yo terminaremos de desayunar muy pronto.

El servidor clavó la mirada atónita en él, pero se limitó a decir:

-Como usted ordene, señor. - Y desapareció.

En el comedor reinó el silencio. Las palabras serenas de Christopher habían atravesado la roja neblina de furia que envolvía a Nicole, y con ojos horrorizados contempló el estado en que había quedado el comedor.

Christopher la observó con cautela. Había visto rabietas antes, pero sin duda Nick se llevaba la palma. Mientras que por una parte estaba furioso con Nick, por otra luchaba para contener la risa. En realidad no la culpaba por su estallido. Él estuvo buscando una pelea desde el momento en que despertó esa mañana, y la había conseguido. Y al pensar en el aspecto ridículo que presentaba, preguntó:

- ¿Pasó ya la tormenta o debo correr a buscar refugio?

Nicole estaba enferma. La furia la había abandonado tan deprisa como había llegado, y ahora sólo deseaba salir arrastrándose hasta algún lugar y morir. Se dirigió ciegamente hacia la puerta, pero Christopher la tomó de un brazo.

- No te vayas - pidió con suavidad.

La congoja de Nicole era tan obvia que él se sintió inexplicablemente conmovido.

- Nick, lo siento. No debí haber dicho lo que dije. - Sonriéndole tiernamente, continuó-: Estoy de un humor de mil demonios esta mañana, querida. Olvida lo que acabo de decir y empecemos de nuevo.

Nicole alzó la vista y le estudió por un momento, sin confiar en el tono persuasivo de su

voz, ni creer en el brillo cálido que chispeaba en sus ojos dorados. La había engañado demasiadas veces en el pasado y no podía perdonarle que hubiese empequeñecido algo que para ella fue una ocasión trascendental. Aun pasado el primer estallido de cólera, todavía estaba muy enfadada.

- No - respondió quedamente -. No empezaremos de nuevo. Has aclarado perfectamente tu posición. Las cosas están igual que ayer por la tarde. Lo de anoche fue una equivocación. Puedes estar bien seguro de que no volverá a ocurrir.

Le retiró con firmeza el brazo que la retenía y dijo con cortesía al dirigirse a la puerta.

-Confío que el viaje será placentero y estoy esperando con mucho interés volver a encontrarme con la señora Eggleston... en el pasado fue una buena amiga mía. -Sin más, desapareció dejando a Christopher, pálido y tenso, mirando con verdadera consternación y bastante enojo la puerta que acababa de cerrarse. Le quedaba la sensación de haber dañado algo de manera irreparable. Desasosegado, descubrió que deseaba la oportunidad de volver a vivir esos últimos minutos. Pero se recobró rápidamente y haciendo un esfuerzo recordó las perfidias de Annabelle y en un arranque de cólera maldijo a todas las mujeres... y a Nick con más vehemencia que a ninguna.

¿Qué le estaba pasando?, cavilaba poco después mientras la piragua avanzaba lentamente río arriba hacia Nueva Orleans. ¿Qué demonios le ocurría últimamente? ¡Nick estaba siempre en sus pensamientos! Y además, descubría que se despertaban en él sentimientos y emociones que había creído arrancados de cuajo por las acciones despiadadas de Annabelle. No quería que nadie atravesara la muralla de indiferencia y crueldad que había erigido para proteger su sensibilidad. Y resolvió que mantendría a Nick a distancia prudencial. No se dejaría persuadir por la idea de enamorarse de ella: era inconcebible a su edad, y mucho menos de Nick. Durante el resto del viaje procedió a acorazarse contra Nicole. Con meticulosidad erigió una barrera muy alta y muy fría entre ellos y se persuadió a sí mismo de que ahora tenía la situación bien controlada.

Convencido de ello, estaba muy satisfecho de sí mismo cuando esa tarde fue a visitar a la señora Eggleston. La familia Dumas había salido y no regresaría hasta la noche. La señora Eggleston estaba disfrutando de un merecido descanso de su voluntariosa pupila. La señorita Dumas había estado molesta y exasperante la semana pasada, y la señora Eggleston casi dispuesta a dejar de lado su orgullo y aceptar lo que le había ofrecido Christopher.

El relato de las vicisitudes de Nicole conmovió a la señora Eggleston y se mostró deseosa de aceptar el empleo que él le proponía.

Permaneció sentada y como hipnotizada mientras Christopher narraba la historia de la

aventura vivida por Nicole.

- ¡Esa Nicole Ashford! - dijo ella al fin con un brillo malicio- so en sus pálidos ojos azules-. Siempre fue una niña revoltosa. Y si bien me escandaliza que una señorita de su alcurnia intachable hiciera algo tan indecoroso, debo admitir que no me sorprende. La muerte de sus padres y su hermano gemelo fue un golpe terrible para ella, y sus tutores, los Markham, no eran personas de buen corazón. Claro que sí, me sentiré muy dichosa y más que dispuesta a tomarla a mi cargo y acompañarla desde ahora en adelante.

Meneando la cabeza blanca y con una mirada de aprobación hacia Christopher que le hizo sentir realmente incómodo, continuó:

- ¡Eres tan bueno! Y Nicole es muy afortunada de que fueras tú quien descubriera su engaño. Qué terrible si hubiese caído en manos de algún monstruo sin escrúpulos que se hubiese aprovechado de lo que era, estoy segurísima, sólo rebeldía infantil.

Sintiéndose más incómodo que nunca y bastante avergonzado, Christopher desechó los cumplidos con un gesto.

- Fue un privilegio y, se lo aseguro, nada de importancia.

-¡Oh, Christopher! -protestó, exaltada-. ¿Qué habría sucedido de encontrarse en las garras de alguien que... -la voz se redujo a un susurro horrorizado- hubiera destruido su inocencia? ¡Da horror sólo pensar en ello! Ella es muy, muy afortunada de que fueras tú. ¡Podría haberle pasado cualquier cosa!

Christopher nunca se encontró en una situación tan denigran- te en su vida, y cambió de tema con rapidez:

-Sí, bien, todo eso afortunadamente quedó atrás.

Luego respiró hondo y se agitó en el sillón al comenzar la parte más delicada de su engaño.

- Naturalmente, deseo verla de nuevo en su hogar y con su familia -dijo con energía-. Creo que es importante que se haga algo para que regrese a Inglaterra lo antes posible, a pesar de esta guerra desafortunada.

Con el semblante preocupado, la señora Eggleston aventuró, vacilante:

-Christopher, no creo que sea tan sencillo como lo pintas.

Odiándose por llevarla exactamente adonde quería de manera tan descarada, y por otro lado convencido de la imperiosa necesidad de hacerlo, Christopher se mostró muy sorprendido:

- ¿Qué quiere decir, señora? - Luego, fingiendo interpretar erróneamente el sentido de sus palabras, concedió-: Desde luego, tendremos que encargamos de que esté a la altura de las

circunstancias, pero usted será capaz de hacer eso, sin lugar a dudas.

Marcándose aún más las arrugas de preocupación que surcaban su frente, la señora Eggleston habló con lentitud:

- No estaba pensando tanto en eso como en el posible escándalo que se producirá si llega a saberse que Nicole ha estado navegando todos estos años disfrazada de muchacho. - Seriamente, añadió-: ¡Querido, eso no puede consentirse jamás! Estaría completamente desprestigiada. ¡De ninguna manera podemos permitir que eso se sepa!

-¿Qué sugiere usted? -preguntó Christopher en tono inexpresivo.

La anciana le dirigió una mirada nerviosa. Estaba segura de que si no hubiese abandonado a Nicole, eso no habría sucedido. Ahora se sentía deseosa de hacer cualquier cosa para poner las cosas en su lugar... hasta mentir, lo cual iba en contra de sus principios. Como no quería que Christopher creyera que era una mujer que podía engañar con facilidad, jugueteó con el gastado encaje que rodeaba su cuello y al fin dijo con precipitación:

- Podríamos decir una mentira... podríamos decir que ha estado conmIgo.

Cada vez más disgustado consigo mismo, Christopher se aferró rápidamente a sus palabras.

-Sí, claro. Debí haberlo pensado. Permítame hilvanar una historia adecuada, y después, si no lo toma a mal, la usaremos para ocultar las desventuras de Nick.

Se sintió agradecida de que le quitara la decisión de las manos, sonrió con expresión bondadosa y pregunto:

-¿Cuándo debo dar aviso a los Dumas?

- Hoy mismo - afirmó él, tajante -. Quiero que esté fuera de su dominio esta misma noche.

Cuando ella mostró señales de obstinación, rápidamente la convenció de que el tiempo urgía, que cada día que Nick pasaba sin una dama a su lado, su situación se tornaba menos apropiada. Se ablandó su tierno corazón al pensar en la posible desgracia de la pobre Nicole, y sin discutir nada más, se dedicó a hacer las maletas.

Dejó una nota en la que se disculpaba por abandonar el servicio tan de repente y rogaba que la perdonaran. Dimitir de ese modo iba contra su naturaleza, pero con Christopher urgiéndola con insistencia no tuvo tiempo de cambiar de opinión y fue así como salió rápida y definitivamente de la casa de los Dumas.

La señora Eggleston y Christopher permanecieron en Nueva Orleans sólo dos días más dedicados a diversas tareas. Él dejó las medidas que la señorita Mauer le había tomado a Nicole en la tienda de la modista y persuadió con maña y halagos a la señora Eggleston de que si había de hacerse todo de manera apropiada, ella también necesitaría un guardarropa

completo.

Al principio protestó, horrorizada de que un caballero le comprara sus vestidos, pero Christopher, aceptando sus puntos de vista con la mayor inocencia, continuó diciendo:

- Desde luego que usted tiene razón. No había reparado en cómo se sentiría. Sólo espero que nadie comente sobre el guardarropa costoso de Nick y crea que usted se ha privado de todo por ella. Recuerde también que no se sabrá nada de los aprietos por los que ha pasado, ni que se ha estado ganando la vida con su trabajo. Pero, por otra parte, para que no haya una gran diferencia entre ustedes, habremos de suprimir algunos de los trajes que he encargado para Nick y mandaremos hacer otros diferentes. Ya me entiende usted, algo más práctico y duradero.

Al meditar en todas las privaciones que había padecido la pobre Nicole durante esos años, la señora Eggleston se sintió despreciable, tal como él había previsto. Escudriñando el semblante inexpresivo de Christopher, exclamó angustiada:

- ¡Oh, no! No creo que sea necesario. La pequeña Nicole se merece algo alegre y frívolo después de esos atuendos varoniles que ha estado llevando.

Christopher no contestó. Tras luchar con su conciencia durante unos segundos más, la señora Eggleston murmuró débilmente:

- Antes que privar a la pequeña Nicole, tal vez deba aceptar uno o dos vestidos para completar mi guardarropa. -Se le iluminaron entonces los ojos y añadió-: Y naturalmente te devolveré el dinero gracias al fabuloso salario que quieres pagarme.

Reprimiendo una sonrisa, Christopher la vio andar a paso vivo hacia el fondo de la elegante tienda de la modista. Mientras la señora Eggleston estaba ocupada con una costurera que le tomaba las medidas y le enseñaba un pequeño muestrario de las telas para sus nuevos vestidos, Christopher mantuvo una charla muy satisfactoria con madame Colette, la modista. Cuando la señora Eggleston descubriera su treta sería demasiado tarde: se encontraría con más prendas de vestir de las esperadas, ¿y qué se puede hacer con prendas hechas a medida salvo usarlas?

Aparte de encargarse de los guardarropas de las damas, Christopher pasó varias horas con su banquero y su agente de negocios, discutiendo la marcha de sus asuntos durante los seis meses en que estaría ausente del país. Y se las ingenió para entrevistarse con Jason Savage durante unas cuantas horas en la víspera de su partida hacia la plantación.

Después de una agradable cena, Jason dijo con bastante satisfacción:

- Parece ser que no está desperdiciando el tiempo y que su plan ya está bien encaminado.

Christopher hizo una mueca.

-Oh, sí. Me estoy convirtiendo en un experto en embaucar ancianitas confiadas.

Jason arqueó las cejas, divertido.

- ¿Le resulta una tarea muy pesada?

-¡Demasiado! -exclamó Christopher, desanimado-. No creí que servirme de ella me iba a contrariar tanto, pero he descubierto que es así. El único consuelo que puedo encontrar es que todo es por una causa noble y que la señora Eggleston saldrá beneficiada.

Esas pocas palabras complacieron a Jason en buena medida. Lo que estaba haciendo era arriesgado y, aun cuando tenía el informe de Jake sobre Saxon y sus propios instintos para guiarle, era un gran alivio descubrir que Christopher no era tan insensible e inescrupuloso como aparentaba. Jason se preguntó qué clase de hombre era en realidad. Un caballero de buena familia, un corsario, el dueño de una plantación, un tahúr, un cómplice de Lafitte y ahora... ¿un patriota o espía? ¿Cuál era la verdad sobre él? Los ojos verdes de Savage escrutaron pensativamente ese semblante duro y casi desdichado y Jason llegó a la conclusión de que Saxon guardaba con celo su verdadera personalidad y lo más recóndito de sus pensamientos y sentimientos. El tiempo diría si había sido acertada su decisión de requerir sus servicios. Dejando esos pensamientos de lado, preguntó:

- ¿Cuándo considera que podrá estar listo para partir? Debe avisarme con suficiente tiempo, pues tengo que encontrar un barco que esté dispuesto a afrontar el riesgo del bloqueo británico del Golfo de México.

- Todavía debo aguantar, por lo menos, un mes más, pero si el tiempo lo permite, supongo que podremos zarpar a mediados de febrero. Nick no es en realidad la golfilla que yo temía. Y la señora Eggleston y yo tendremos seis semanas en el mar para completar su transformación. Seguramente el tiempo nos brindará más incertidumbre que los progresos de Nick.

Jason asintió, recordando con un escalofrío su propia travesía invernal hacía unos años.

-Sí, estoy de acuerdo. Con todo, empezaré ya a buscar un capitán de barco dispuesto a arriesgarse a ser capturado por los británicos. Después de todo, no hay razón para esperar hasta el último minuto.

Christopher se alzó de hombros.

- Puede ser que su tarea y la mía concluyan al mismo tiempo. Tener que zarpar una o dos semanas antes de lo planeado no nos vendría mal.

-Sí. No encuentro palabras para expresarle lo inquieto que estoy por el retraso, suponiendo que tuviera a mano en este instante al capitán y el barco -confesó Jason con sinceridad.

-Creí que habíamos decidido que no intentaríamos nada antes del otoño como fecha más

cercana, y eso si derrotan completamente a Napoleón en Europa -apuntó Christopher.

-Oh, probablemente tenga usted razón, pero no me gusta la incertidumbre -se quejó Jason con una mueca.

Christopher sonrió compasivamente; tampoco él rebosaba de alegría por las dificultades a que tendría que hacer frente. La empresa era arriesgada y estaba plagada de incertidumbres.

-Si tuviésemos más en qué basamos y una persona en particular de quién recabar información, personalmente me agrada- ría más. Pero como no es así, tendré que nadar a ciegas por mi cuenta y esperar que todo salga bien al final.

- Es verdad - murmuró Jason sin mucho entusiasmo.

-¡Vaya! -dijo Christopher, exasperado-. Si pude vencer a los británicos en el mar, cosa que hice, no veo motivo para dudar de mi habilidad para superarlos con maña en tierra. -Sonriente, agregó-: ¡De todos modos no tienen seso!

Fríamente, Jason remarcó:

-Olvida que yo soy inglés en parte y que usted tiene sangre enteramente inglesa en las venas.

-Sí, pero como ve, ambos tuvimos el sentido común de caer en la cuenta de la poca perspicacia que tienen los británicos y rápidamente nos aliamos a nuestra nueva patria -replicó Christopher con un destello burlón en los ojos dorados.

Jason se limitó a gruñir:

- Yo nací aquí.

Con la mirada más brillante aún, Christopher volvió a replicar de inmediato:

-¡También Benedict Arnold!

Riendo a carcajadas, Jason meneó la cabeza.

- No se muerde la lengua... y es un argumento eficaz, debo admitirlo. -Pero después se apagó su risa e inquirió-: Hablando de traidores... ¿cómo se las ingenió para desertar de las huestes de Lafitte y que no le acusaran de traidor?

Christopher hizo una pausa; no se sintió muy complacido por el giro de la conversación, pero encogiéndose de hombros apuntó:

-Jamás estuve involucrado en el contrabando; no estoy tratando de separarme de Jean para disculparme. Yo era corsario. Desde luego, sabía que los artículos de mis presas serían introducidos de contrabando en Nueva Orleans, y supongo que eso me hace en teoría un contrabandista, pero conozco muy poco sobre las actividades de Jean. Él sabe que no le traicionaría, aunque Claiborn suba la recompensa a cien veces su valor actual. Jean es un buen amigo para mí y para el estado de Louisiana. Cree que está ofreciendo algo que la gente

desea, y tal vez sea cierto. Con toda seguridad que no le faltan compradores.

- Pero sin embargo, él viola la ley con cada carga de contra- bando que afluye a la ciudad - argumentó Jason, sombrío-. Claiborn no va a tolerarlo mucho más.

- Lo sé - admitió Christopher, serio -. Le dije a Jean cuando renuncié que él también debía retirarse, pero no lo hará. Y en un enfrentamiento entre ellos, no estoy tan seguro de que lean no salga triunfante.

- Tal vez, pero se vuelve más descarado cada día, y Claiborn no puede permitirse pasar por alto eternamente una afrenta tan grande.

Y fue con esa nota de tensión como se separaron.

CAPÍTULO XIX

En la semana que siguió a la catastrófica confrontación en el comedor, Nicole había logrado controlar su furia y superar la herida infligida a su amor propio. Con amargura llegó a comprender que Christopher jamás permitiría que mujer alguna significara algo para él; resolvió, entonces, desterrar de su mente todo pensamiento relacionado con ese hombre insensible. Desde ese momento se dedicó con afán a permitir que Mauer la transformara en una dama.

-¡No camine a zancadas como un hombre, *ma chere! ¡Non*... no se siente en la silla como si fuera un hongo, *petite, s'il vous plait*! ¡Debe moverse con suma gracia, como una flor mecida por la brisa... *oui*! *Non, non*. ¡De esa manera no... de este modo! - Y así se sucedían las horas y los días. Al principio Nicole se rebelaba, herida y enojada salía de la habitación como una tromba, pero regresaba al rato, contrita y avergonzada de su estallido de cólera.

Esta vez Higgins se quedó en la plantación, pues Christopher, después de la escena del comedor, no confiaba plenamente en Nicole. No era de extrañar que la compañía de quien fuera en un tiempo el segundo oficial de La Belle Garce alegrara un poco la vida de Nicole. Estaba familiarizada con él y siempre le había apreciado cuando vivieron juntos como camaradas de a bordo. Con Higgins podía refrescar recuerdos de los incidentes de los últimos cinco años y reírse de las jugarretas de los tripulantes, pero por encima de todo, podía ser ella misma. Sólo con Higgins podía sentarse en el suelo con las largas piernas cruzadas en una postura del todo impropia de una dama, ganando y perdiendo inmensas sumas de dinero imaginario mientras jugaban a los dados.

Por desgracia Christopher y la señora Eggleston llegaron una tarde cuando los dos estaban enfrascados en los dados, sentados en el suelo delante del hogar con la alfombra enrollada lo suficiente como para que los dados pudieran rebotar y rodar sobre el piso de madera pulida. Nicole, inclinada ansiosamente hacia delante con los ojos fijos en los dados que acababa de lanzar Higgins, no se percató de su llegada.

- ¿Molestamos? - inquirió Christopher de repente.

Al oír el tono glacial de su voz, Higgins, con una expresión culpable en el rostro, se puso de pie de un salto, masculló algo sobre que sería mejor ayudar a deshacer las maletas y desapareció con notable rapidez.

Nicole no demostró ningún interés en levantarse. Se apoyó sobre las palmas de las manos

echada hacia atrás y lanzando una mirada provocativa al rostro ceñudo de Christopher, murmuró:

- ¡Oh! ¡Ya has regresado! Ojalá hubiéramos podido terminar esta partida. Estoy perdiendo y le debo medio millón de libras.

Apretando los labios y al mismo tiempo reprimiendo un deplorable deseo de reírse de ese comportamiento extravagante, la levantó de un tirón y dijo a la señora Eggleston:

-Como ve, su tarea no será fácil.

Y la señora Eggleston, contemplando a la joven alta y bella como una diosa que tenía delante, desechó para siempre todas sus ideas acerca de la «pequeña» Nicole. Pero luego, al verla vestida con un traje muy a la moda de fina lana verde pastel ceñido a su talle esbelto que llegaba hasta el suelo en una graciosa falda amplia, y su cabello peinado con exquisito gusto en suaves rizos alrededor de los hombros, se sintió más tranquila. La jovencita no era irrecuperable. Y la señora Eggleston agradeció al cielo que Nicole tuviera al menos todo el aspecto de una dama.

Ladeando un poco la cabeza y con una sonrisa afectuosa en los labios, la señora Eggleston dijo en voz queda:

- Hola, querida Nicole. ¿Quién habría imaginado cuando nos dijimos adiós aquel día en Ashland, que nos volveríamos a encontrar en esta tierra extraña? Y debo decir, además, lo mucho que has llegado a parecerte tanto a tu madre como a tu padre.

Desprendiéndose de la mano de Christopher con una ligera sacudida, Nicole sonrió, llena de picardía, para ocultar el regocijo que sentía al volver a ver a su vieja amiga.

- Por lo que recuerdo, siempre ha tenido usted mucho tacto -le respondió.

Mas, a pesar de su rostro sonriente, la señora Eggleston estaba muy fatigada por el viaje, y sentía ya remordimientos por las mentiras que iba a tener que decir.

Cuando Nicole advirtió la postura cansada de los frágiles hombros de la anciana, se acercó con rapidez a ella y rodeándole el talle con el brazo, sugirió:

- ¿Me permite que la conduzca a su habitación? Estoy segura de que estará deseando poner los pies cerca del fuego. Me encargaré de que lo enciendan inmediatamente.

-¡Oh, sí! ¡Me encantaría! -respondió la señora Eggleston con gran alivio.

- Tal vez hasta le vendría muy bien una taza de té. ¿Estoy equivocada? -la tentó Nicole.

-Oh, vaya, eso sería muy agradable. Querida Nicole, qué considerada por tu parte.

Christopher observaba la pequeña escena con cierta ironía. Pero estaba satisfecho de que las dos mujeres no hubieran demostrado una inmediata aversión mutua, y se sentía muy agradecido de no haber encontrado a Nicole en una travesura mayor que la de estar jugando a

los dados con su ayuda de cámara. Más le valía a Higgins tener una buena excusa para ese cuadro enternecedor que les había ofrecido hacía unos momentos... podría haber servido fácilmente para que la señora Eggleston tomara instantánea aversión a Nick y arruinara sus planes por completo.

Pero a la señora Eggleston, escoltada por Nicole, la complacía comprobar que la querida jovencita no había perdido la cálida espontaneidad que poseyera de niña. Siempre era mucho más gratificante instruir a una pupila a quien se quería, y la señora Eggleston amaba mucho a Nicole Ashford. Estaba segura de que podría enseñarle todo lo que necesitaba saber.

Nicole también estaba más resignada y casi feliz de ese primer paso de su definitivo retorno a Inglaterra. En su interior temía reencontrarse con la señora Eggleston y no sabía qué habría hecho si la buena señora la hubiese desairado o tratado con arrogancia.

Comprendía ahora que su comportamiento había sido poco comedido. Al repasarlo en su mente, se maravilló de su propia temeridad y se sintió profundamente agradecida de que Christopher, cualesquiera que fuesen sus motivos, le allanara el camino de su regreso a Inglaterra.

Súbita e inexplicablemente deprimida, dejó escapar un suspiro al introducir a la señora Eggleston en su habitación.

Era una estancia digna de una dama de su edad, acogedora y cálida con sus paredes rosadas; una gruesa alfombra de apagados tonos rosa, azul y verde cubría el piso de madera lustrosa; también podían verse varios sillones de damasco rosado y una cama muy tentadora con colgaduras del color rosa más pálido que pudiera imaginarse.

La eficiente Galena ya había encendido el fuego en el hogar y después de ayudar a la señora Eggleston a despojarse de las prendas de abrigo, le preguntó en su tono suave y deferente si madame querría tomar algo caliente.

Nicole dejó a la señora Eggleston tras cerciorarse de que estaba cómoda y que le habían servido el té.

-Nos veremos a la hora de cenar -se despidió Nicole. Se retiró con discreción para permitir que la anciana descansara un rato y cobrara fuerzas después de un viaje tan largo.

Algunos minutos más tarde, mientras sorbía lentamente una taza de té aromático, la señora Eggleston contemplaba con actitud pensativa el fuego del hogar con los pies apoyados sobre un pequeño escabel de terciopelo. No estaba del todo satisfecha con la historia que le había contado Christopher, aunque fingiera estarlo. Le conocía de niño y sabía, como si él mismo se lo hubiese dicho, que estaba mintiendo. Por una parte estaba segura de que algo de lo relatado era verdad, pues comprendía que Christopher era lo bastante sagaz como para

incluir una pizca de verdad en su historia.

Pero, ¿dónde empezaba la mentira? Y ¿por qué? Con una tranquilidad que habría sorprendido a Christopher, casi distraídamente, consideró la posibilidad de que éste hubiera deshonrado a Nicole. Suspirando, depositó la taza sobre el plato. No quería pensar que fuese capaz de semejante cosa, y al recordar con una sonrisa el trato considerado que le había dispensado, desechó la idea por indigna.

Con todo, advertía con claridad que existía tensión en el ambiente y una atracción evidente entre esos dos jóvenes. Al fin y al cabo, los conocía a ambos desde la cuna y los había visto crecer desde que eran unos mocosos hasta convertirse en unos apuestos jovencitos. Meneó lentamente la cabeza y deseó por enésima vez no haber estado ausente con el coronel cuando Annabelle contara aquella malévola historia.

La señora Eggleston supo, desde el primer momento en que oyó los rumores, que éstos no podían ser verdad y al recordar al jovencito gentil y sensible que había sido Christopher y compararlo con el hombre duro y receloso que era ahora, su corazón se endureció más aún contra la difunta Annabelle. Siempre fue consciente de que era una ramera sin principios morales, pero nunca habría imaginado lo cínica y poco escrupulosa que era en realidad hasta aquel fatídico verano. Todo eso había quedado atrás, reflexionó, agradecida. Ahora Christopher y Nicole eran adultos, y tal vez algo bueno y noble podría resultar de ese reencuentro extraño pero providencial de ellos tres tan lejos de Inglaterra. Más tranquila, se adormeció frente al fuego, en paz consigo misma por primera vez desde que partiera de Beddington's Corner cinco años atrás.

Si la señora Eggleston estaba tranquila y Nicole resignada, no sucedía lo mismo con Christopher, puesto que sabía que lo que les esperaba en el futuro no iba a ser tan fácil de sortear como les parecía a las dos mujeres. Estaba satisfecho, sin embargo, con el curso de los acontecimientos, excepto por la situación existente entre Nick y él. En las semanas siguientes habría de maldecir una y mil veces su preocupación creciente por Nicole. Continuamente se veía forzado a su compañía. Desde luego, la señora Eggleston estaba siempre presente, sonriéndoles, mientras Christopher escoltaba a Nicole a un sillón y le ayudaba a sentarse con compostura; a continuación entablaban la requerida conversación cortés durante unos minutos, sólo para tener que repetirla porque la señora Eggleston decía que Nicole había estado demasiado tiesa y rígida en sus movimientos. Sonriendo y con un brillo especial en sus bondadosos ojos azules, la señora Eggleston repetía:

-Querida, debes aprender a relajarte cuando estés en compañía de caballeros. No te quedes tiesa como un palo. Ahora lo intentaremos de nuevo. Os reunís en el vestíbulo como

antes y Christopher te escoltará hasta aquí y esperará a que te sientes.

Y lo hacían otra vez, y entonces Nicole lo hacía con menos rigidez y pomposidad, pero durante todo el tiempo era más que consciente de la cercanía de Christopher.

Con determinación, Nicole puso todo su afán en borrar los últimos cinco años de su vida. Aprendió a sonreír a Christopher con la debida cordialidad cuando él fingía solicitarle la mano para un baile; se volvió una experta en conversaciones refinadas cuando los tres cenaban juntos; y bajo la dirección de la señora Eggleston aprendió a dominar los intrincados detalles de la hora del té. Tampoco se descuidaba su educación intelectual, aunque era discutible que pudiera aprender mucho en tan poco tiempo. Y como había comentado la señora Eggleston, a las señoritas no se las examinaba para comprobar si sus mentes estaban bien entrenadas. Todo lo que la sociedad tomaba en cuenta era la gracia de sus movimientos, la conversación cortés que podían entablar y sus modales exquisitos.

Muy pronto Nicole se habituó a esperar los servicios de Mauer y de Galena y las deferencias de los demás sirvientes. Y tan sólo en alguna que otra ocasión añoraba la libertad de que había gozado hasta hacía tan poco tiempo. Pero ese modo de vida también tenía sus compensaciones, y la presencia de la señora Eggleston hacía más fácil de soportar la situación entre Christopher y ella. Así corrieron los días y ella fue adquiriendo cada vez mayor naturalidad en sus modales y en las conversaciones que la señora Eggleston consideraba indispensables en una señorita de alcurnia. Cuando todo eso quedó bien claro, la esfera social de Thibodaux House se ensanchó de modo considerable.

El acontecimiento social más fácil y con mucho el más ameno fue tomar el té con Hans y su joven esposa. Con una gracia y encanto dignos del papel que representaba, Nicole hizo que se sintieran cómodos como si en realidad fuera la pupila de Christopher. A esto siguió una cena en una plantación vecina, y a pesar de cierto nerviosismo al principio, la velada pasó sin ningún esfuerzo.

Christopher contemplaba a la naciente Nicole con cierta admiración y hostilidad a la vez, pues mientras estaba satisfecho con la rapidez con que se iba convirtiendo en un modelo de joven bien educada, detestaba la aparente facilidad con que lo lograba. Observando la manera en que le sonreía, como si él no fuera más que el tutor que fingía ser, recordaba con dolor el engaño de su madre. Así había fingido Annabelle delante de los demás, sonriéndole con la misma indiferencia y luego escabulléndose para permitirle derramar besos fogosos en su boca ávida y complaciente. Ambas eran iguales, pensaba con desdén.

Sin embargo, tendido en la cama y desvelado noche tras noche sabiendo que ella dormía al otro lado del amplio vestíbulo, no se sentía tan seguro. Durante el día podía fingir

indiferencia, interpretando su papel ante la señora Eggleston, pero las noches eran interminables Y el sueño esquivo, especialmente aquellas veladas en que la señora Eggleston insistía en perfeccionar la gracia y el donaire de Nicole en el salón de baile. Era tanto un exquisito placer como un doloroso tormento sostenerla entre sus brazos mientras giraban alrededor del pequeño salón de baile de Thibodaux House.

Para Nicole la intimidad de los brazos de Christopher alrededor de su cintura, la mano apoyada en la de él y los cuerpos rozándose casi, era una agonía que no creía poder soportar por mucho tiempo más. Por suerte la señora Eggleston no tenía intención de dedicar demasiado tiempo a esas frivolidades.

Llegó el día en que Christopher, después de consultar con la señora Eggleston, decidió que estaban listos para regresar a Nueva Orleans. En cuanto llegaron a la ciudad, él fue de visita a la casa de Jason Savage. Una vez que hubieron intercambiado saludos, Jason dijo:

- Debe de haber leído mi pensamiento, pues ayer mismo le envié un mensaje en que le pedía que regresara a Nueva Orleans si la señorita Ashford estaba presentable. ¿Debo considerar que lo está?

Christopher asintió.

-Sí, así lo creo. De cualquier modo, considero que cualquier deficiencia que tenga que ser erradicada puede desaparecer aquí en la ciudad. Necesita salir y ponerse en contacto con la sociedad y no seguir moviéndose como una marioneta delante de nosotros dos.

-¡Excelente! En su ausencia he hecho algunos arreglos que espero reciban su aprobación. Debo disculparme por uno en particular que no discutimos antes, y que confío no le haga considerarme demasiado arbitrario.

Una sombra de recelo cruzó por el semblante de Christopher antes de preguntar:

-¿Qué es?

Los dos hombres estaban sentados en la biblioteca de la casa de ciudad de los Savage, Jason detrás de su imponente escritorio y Christopher al otro lado. Jason recogió uno de los papeles que estaban encima del mueble y se lo alargó.

Era una breve carta, y a Christopher le llevó sólo unos segundos recorrer el contenido con la vista. Con semblante inexpresivo, comentó:

- Así que he de ir como representante extraoficial de los Estados Unidos. ¿Puedo preguntar qué le dijo a Monroe para que aceptara?

Sonriendo, Jason se arrellanó en el sillón.

- Le expliqué que deseaba enviar a mi propio representante a Inglaterra, tener a alguien en escena, por así decir, pero que tal individuo sería más efectivo si contara con alguna

aprobación expresa del Departamento de Estado. Y como ve, el secretario estuvo de acuerdo conmigo.

Con una mueca de soma, Christopher comentó pensativo:

- Veo que hasta cierto punto esto servirá bastante mejor que mi plan original, salvo que ahora quedaré definitivamente marcado como norteamericano. En el otro caso podría haber habido algunas sospechas, pero con una carta de presentación del Secretario de Estado de los Estados Unidos no habrá ninguna duda a qué partido he apostado.

-Sí, me doy cuenta de ello. Pero esto no altera en absoluto nuestros planes, sólo refuerza lo que yo consideraba un punto débil. Todavía tiene que llevar a cabo la misma misión.

- De acuerdo -le interrumpió Christopher-. La sanción oficial allanará mi camino, y tal vez si los ingleses creen que sólo soy un observador, no se sorprenderán cuando les formule ciertas preguntas. Si la suerte me ayuda, y si soy muy astuto, no profundizarán más allá de lo superficial. Estas cartas de introducción que comenta Monroe en la carta harán que mi misión sea más fácil por un lado y más difícil por el otro.

- Estoy seguro de que estará a la altura de las circunstancias -observó Jason con sequedad.

- Naturalmente. Quizá hasta le agreguen cierto encanto... burlar a los británicos es algo en lo que me he vuelto muy ducho.

- Por cierto, dará mayor credibilidad al hecho de escoltar y actuar como tutor de la señorita Ashford.

-Sí, eso también -dijo, tajante. Jason se extrañó por la falta de entusiasmo en su voz y la expresión sombría que cruzó por el rostro severo de Christopher.

Con aparente despreocupación, Jason cambió de tema.

-Como acaba de llegar a la ciudad, supongo que no acudió a la venta de los hermanos Lafitte en el Temple.

- No, no lo hice - respondió sin interés Christopher, pero sus ojos se entrecerraron de repente y se ensombrecieron -. ¿A qué se debe esta súbita curiosidad acerca de mis relaciones con Lafitte? -Se le endureció la voz ligeramente al agregar-: No soy un instrumento que pueda ser usado en contra de Jean.

Con gesto compungido, Jason admitió:

- No puede culparme por intentarlo, sobre todo en vista de lo que sucedió en la última venta.

Con la atención fija en Jason, pero sin que sus facciones delataran nada, excepto cierta vivacidad en la mirada, Christopher inquirió:

- ¿Qué sucedió en realidad? ¿Debo suponer que fue algo fuera de lo normal?

-¡Oh, sí! Muy fuera de lo normal -replicó Jason con los dientes apretados-. Lafitte fue demasiado lejos esta vez; un inspector de aduanas y una fuerza de doce hombres, enviados por el gobernador, se presentaron para detener la venta. Por desgracia, los esbirros de Lafitte les tendieron una emboscada, mataron a Stout e hirieron de muerte a otros dos. El resto están prisioneros en la fortaleza de Lafitte en Grand Terre. Y como puede imaginar, el gobernador está fuera de sí... y no le culpo. Las actividades de Lafitte son un ultraje para Nueva Orleans y Louisiana.

-Otros discreparían.

Jason le echó una mirada penetrante.

-¿Usted?

La sombra de una sonrisa burlona asomó a sus labios.

-Oh, no, yo no. Jean se ha enredado demasiado con los piratas y, como usted dice, los asesinos de su isla Grand Terre. Ha cambiado todo mucho desde la época en que se hacía contrabando en pequeña escala y con cierto apego a la respetabilidad. Le advertí que llegaría su hora si no cambiaba, pero hizo oídos sordos a mis consejos.

- Eso es muy desafortunado. Su Jean Lafitte posee muchas cualidades admirables. - Jason vaciló y luego añadió-: ¿Consideraría la posibilidad de ir a Grand Terre e intentar convencer a Lafitte de que libere a los aduaneros que retiene prisioneros, es decir, a los que todavía están vivos?

-Estaba esperando esa petición -confesó Christopher con ironía.

-¿Lo hará?

Christopher se encogió de hombros.

- Digamos que tengo algunos asuntos pendientes en Grand Terre y que no me importaría transmitirle su petición a Jean. No puedo prometer nada más.

- Muy bien. Tendrá que bastar con eso - aceptó Jason a regañadientes.

Christopher, creyendo terminada la reunión, empezó a levantarse del sillón, pero Jason le indicó que se quedara.

- Además de la carta de presentación de Monroe, yo tenía otra razón para enviar por usted -empezó Jason-, pero me temo que permití que la conversación se apartara del tema principal. Ya he hecho arreglos con un barco holandés que zarpará dentro de unos diez días. El barco es el *Scheveningen*. Estoy familiarizado tanto con el barco como con el capitán; tendrán una travesía tan agradable y tranquila como sea posible en esta época del año.

- No me deja mucho tiempo para ver a Lafitte.

- No. El viaje a Inglaterra es más importante. Si le causa demasiados problemas, concéntrese en los preparativos del viaje.

-No creo que mientras yo esté ausente en Grand Terre, usted y su adorable esposa consideren una carga tomar bajo protección a Nicole y a la señora Eggleston, ¿verdad? Después de todo, ellas no conocen a nadie en la ciudad, y Nicole debe alternar en sociedad.

Jason le lanzó una mirada divertida pero exasperada al mismo tiempo. Finalmente, dijo en tono burlón:

- ¡Le reconoceré una cosa, es muy hábil para aprovecharse de una situación! Sí, maldición, Catherine y yo nos ocuparemos de la educación de Nicole.

Sonriendo ahora, Christopher se puso de pie.

- Nicole no arruinará vuestra reputación en sociedad. - Y añadió con picardía-: Eso sí, yo no confiaría en ella donde hay juegos de azar: parece gustarle demasiado apostar con mi ayuda de cámara.

Jason cerró los ojos con angustia imaginando el escándalo si Nicole invadiera los salones de juego reservados a los caballeros.

-Creo que sena conveniente que esta noche trajera a cenar a Nicole y a la señora Eggleston. Luego le haré saber si me atrevo a apadrinarla.

-Perfectamente -respondió Christopher en tono amistoso-. ¿A qué hora debemos llegar?

- Alrededor de las siete, más o menos. Y espero que mi esposa no se disguste mucho conmigo por traer invitados en el último minuto. Adiós... casi espero con interés conocer a su pupila.

Silbando por lo bajo y tan satisfecho como era posible estarlo en su situación, Christopher caminó a paso vivo hacia su propia casa. Al llegar, se quitó al instante la capa y se reunió con las damas en el saloncito de la parte posterior de la vivienda.

En el hogar chisporroteaban los leños, disipando la humedad que por lo general invadía las casas de Nueva Orleans durante el invierno. Nicole estaba de pie mirando por la puerta que daba al patio enladrillado y la señora Eggleston se hallaba sentada en el sofá de damasco rosa con las manos ocupadas en algún bordado. Ambas mujeres le miraron al entrar, y Nicole, observándole, mientras cruzaba el saloncito y se sentaba junto a la señora Eggleston, creyó que era una injusticia que la sola presencia de esa figura alta y garbosa hiciera correr la sangre por sus venas como caballos fogosos. Detestaba su debilidad por él y deseaba con ardor que tuviera un ojo tuerto y el rostro picado de viruela; entonces quizá podría combatir la atracción física que la consumía. Con añoranza, admitió que, desde la llegada de la señora Eggleston, Christopher había sido la cortesía personificada, y que la había tratado con tal

indiferencia y falta de pasión que la herían y al mismo tiempo la enfurecían. Si sólo pudiera olvidar aquellos momentos pasados entre sus brazos, olvidar que ese cuerpo fornido y duro le había enseñado el placer exquisito del amor... Si aún fuera la virgen intacta que creía la señora Eggleston, no sería tan doloroso, pero ahora conocía la magia que podía obrar su boca, y verle actuar como si fueran extraños era una forma de tortura intolerable. Pero no podía esperarse otra cosa de él, se dijo con tristeza. ..

Christopher le lanzó una mirada apreciativa de soslayo. Ella estaba hermosa con ese vestido azul que realzaba admirablemente su silueta alta y esbelta. El cabello parecía una cascada de bucles sueltos que le rozaban los hombros y a la luz difusa del saloncito no tenían su habitual tono rojizo; eran sólo una exuberante profusión de rizos oscuros. No le veía los ojos ocultos tras las pestañas espesas y oscuras que había bajado con modestia, y se preguntó cómo tomaría la noticia que había venido a darles.

Nicole aceptó la información de la cena inminente y de la próxima ausencia de Christopher por algunos días sin pestañear siquiera, pero la noticia de que zarparían en diez días, a más tardar, hizo que le mirara a los ojos con actitud inquisitiva.

- Diez días - repitió casi sin aliento-. ¿Estaremos preparadas para entonces?

-Oh, sí, mi amor -se apresuró a intercalar la señora Eggleston, animada-. No tienes nada que temer, no hay cosa que pueda ponerte en evidencia, y como el señor Savage y su querida esposa se han ofrecido a introducimos en sociedad, tendrás una espléndida oportunidad de perfeccionar tus modales. - Y añadió con una sonrisa picaresca-: ¡Si es que eso fuera necesario!

Nicole no tuvo más que decir y encogiéndose de hombros contestó:

-Si usted lo dice...

Por más que Christopher la observaba con atención, no podía discernir cómo la había afectado la noticia; Nicole se estaba convirtiendo con rapidez en una experta en ocultar sus emociones. Por un segundo deseó, irracionalmente, que le lanzara una de las tenebrosas miradas del «joven Nick», ya que le irritaba sobremanera aquella muñequita a la moda que había ocupado el lugar de Nick. Debía rebosar de alegría por esa súbita transformación, pero estaba enfadado. Y como reconocía que sus pensamientos eran ilógicos y ridículos, también se sentía furioso consigo mismo. Contempló con alivio la perspectiva de su viaje a Grand Terre, pues quizás allí podría encontrar algún recurso para la situación conflictiva en que se encontraba. Pero no tenía muchas esperanzas.

La cena con los Savage transcurrió en medio de un clima agradable. Catherine, encantadora en un traje color lavanda claro que realzaba el tono violeta de sus ojos, simpatizó

de inmediato con la señora Eggleston. Nicole, por su parte, sufrió un súbito y agudo ataque de timidez, pero pronto se halló enfrascada en la conversación que Catherine mantuvo con fluidez durante toda la velada.

Al término de la cena dejaron a los caballeros solos con sus l copas de coñac y sus habanos y las tres mujeres, guiadas por Catherine, se dirigieron a una espaciosa sala de estar decorada en atractivos matices de oro. Mientras charlaban de frivolidades, la mente de Catherine estuvo ocupada en hacer conjeturas sobre la relación entre Christopher y Nicole.

¡Qué bella era!, pensó Catherine con una punzada de envidia al comparar el cuerpo escultural de Nicole con el suyo propio, tan menudo. Pero luego se sonrió: las mujeres pequeñas como ella deseaban, invariablemente, ser diosas altas, y las espigadas, como Nicole, probablemente ansiaban también ser distintas. Se preguntó cuáles preferiría Christopher Saxon.

Cuando los invitados se hubieron marchado y Catherine se estaba preparando para ir a la cama, le hizo a Jason algunos comentarios sobre Nicole. Jason, sentado en un sillón de la alcoba y vestido con una bata color esmeralda como sus ojos, observaba a su esposa mientras ella se cepillaba el ondulado cabello negro ante el espejo. Daba gusto verla con la pesada mata de pelo colgando hasta la cintura todavía esbelta y cimbreante a pesar de los cinco hijos que había dado a luz. Vislumbrando el cuerpo curvilíneo a través del camisón transparente de fina gasa, Jason no estaba prestando demasiada atención a sus palabras hasta que Catherine comentó en tono preocupado:

- Nicole Ashford es una de las jóvenes más adorables que he conocido. Espero que Christopher Saxon se comporte como es debido con ella. No me agradaría en absoluto que ella saliera herida... ¡los hombres podéis ser muy desconsiderados!

Cruzando la habitación en dos zancadas hasta donde estaba ella, Jason la tomó entre sus brazos con el semblante muy serio.

-Creí que hacía tiempo que habías cambiado tu opinión sobre mí.

- ¡Oh, y así es, querido mío! No me refería a como eres ahora, pero no pude remediar recordar lo desdichada y miserable que me hiciste sentir alguna vez. No le desearía a Nicole que pasara por el mismo sufrimiento.

Jason se encogió de hombros.

-Ellos tendrán que resolver sus propias diferencias. Todo lo que a mí me importa eres tú. - Contemplándole el rostro, musitó con voz pastosa-: Te amo, Catherine, te amo con locura. Y en este momento lo único que deseo es hacerte el amor. - Inclinó la cabeza oscura y la besó con ardor. Catherine olvidó con prontitud a Nicole Ashford y se dedicó a la agradable tarea de

probarle a su esposo que sus sentimientos eran correspondidos plenamente.

CAPÍTULO XX

Mientras la piragua se acercaba a Grand Terre, Christopher percibía la atmósfera enrarecida aun antes de avistar las islas. No había nada tangible que reforzara sus sospechas de ser vigilado por ojos hostiles al irse acercando; con todo, su instinto le aseguraba que detrás del espeso follaje se escondían espías de Barataria que seguían todos sus movimientos. Mientras chapoteaba camino de la playa volvió a sentir la misma oleada de suspicacia, aun cuando exteriormente la isla parecía la misma de siempre.

Había descartado su ropa elegante y una vez más estaba vestido como el capitán Sable. No se había molestado en afeitarse en dos días y una barba incipiente le sombreaba el rostro.

Nadie le interceptó el paso mientras se encaminaba a la i mansión de Lafitte, pero en el aire seguía flotando esa molesta sensación de vigilancia continua que indicaba bien a las claras que los mismos piratas estaban muy inquietos por el último encuentro con los hombres del gobernador. A juzgar por los chillidos y las risas que salían de los burdeles por los que pasaba, el juego y la prostitución no habían cesado, y la bahía estaba tan atestada de barcos como en sus mejores épocas, pero era innegable que existía una atmósfera de expectativa y de hostilidad.

También advirtió cambios en el calabozo; un contingente de guardias armados patrullaban el área, y a Christopher no le cupo ninguna duda de que los hombres de Stout se encontraban prisioneros en ese lugar. Algunos individuos armados, Dominique You entre ellos, también retrasaron su avance hacia la casa de Lafitte, pero no le impidieron el paso, ya que muchos le reconocieron como el capitán Sable.

Jean le recibió con afabilidad, pero sus ojos estaban alerta y vigilantes. Sabiendo que no ganaría nada con una charla convencional, Sable preguntó con cierta ironía:

-Supongo que sabes por qué estoy aquí.

Lafitte se encogió de hombros con indiferencia.

- Pues claro, *mon ami*. Sólo se me ocurre una razón para haber regresado en este momento, a menos que hayas venido para preguntar por el espía de La Belle Garce.

Christopher meneó la cabeza.

- Ah, ya me parecía. Has venido a buscar la libertad de los hombres del gobernador, ¿no es así?

Arriesgando una sonrisa, Christopher inquirió:

- ¿Hay algo que no sepas?

Con la mirada dura, Lafitte dijo en voz queda:

- Hay muchas cosas que no sé. Lo que no sé acerca de ti, *mon ami*, es hasta dónde te tiene el gobernador en su bolsillo.

La sonrisa se borró del rostro de Christopher, que bramó:

- ¡Oh, por todos los demonios, no creerás que cambiaría de camisa con tanta facilidad!

Lafitte se encogió de hombros una vez más.

- ¿Quién sabe? Ha ocurrido antes.

Christopher le lanzó una mirada asesina, inseguro por primera vez en los largos años de tratar con este hombre. Lafitte le sostuvo la mirada sin que sus ojos negros revelaran gran cosa. Finalmente, Christopher dijo con serenidad.

-Si es eso lo que piensas, no tengo nada que decir. -Aguardó un segundo y al ver que Lafitte no respondía, se levantó y preguntó-: ¿Soy libre de marcharme?

Lafitte le miró pensativamente, y luego con expresión avergonzada y enfadada al mismo tiempo, murmuró:

- ¡Siéntate! No tengas tanta prisa, *mon ami*.

Circunspecto ahora, Christopher se hundió en el sillón, pero la curiosidad le impulsó a preguntar:

-¿En realidad crees que Claiborn me compró?

Un bufido recibió sus palabras y Lafitte gruñó con amabilidad:

- Si así fuera *mon ami*, no estarías sentado donde estás, ni siquiera habrías pisado Grand Terre.

Sabiendo que era una verdadera imprudencia, pero incapaz de contenerse, con los ojos dorados brillantes y burlones, Sable inquirió:

-¿Crees que podrías detenerme?

Lafitte no sabía si enfadarse o reír, pero ganó la risa y soltó una estruendosa carcajada.

- Hay una cosa que siempre he admirado en ti, Sable, y es tu arrogancia. Y no, no estoy del todo seguro de poder detenerte. Tal vez sí, tal vez no... ¿Quién sabe? Pero la pregunta no viene al caso. Ya estás aquí y no te guardo rencor ni animosidad.

Relajándose apenas, Christopher aventuró:

-¿Escucharás lo que tengo que decir?

- ¡Bah! Sé para qué has venido. Estás aquí para solicitar la libertad de los hombres del gobernador.

-Muy bien, ¿y qué si fuera así? -replicó Christopher-. Alguien tiene que negociar su libertad... ¿por qué no yo?

- Muy bien, hablaremos, pero te lo advierto, Sable, estoy muy, pero muy disgustado con ese mojigato y santurrón de Claiborn.

- Jean, has violado la ley, todavía estás violando la ley, y no puedes culpar al gobernador por intentar poner fin a tus actividades.

Encolerizado y lanzando llamas por los ojos, Lafitte se puso de pie de un salto.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué ley estoy violando? ¿Una ley promulgada por esos dichosos comerciantes norteamericanos para monopolizar el comercio a su favor? ¡Me importa un bledo tu ley! -se jactó Lafitte haciendo chasquear los dedos en el aire-. ¡Yo les vendo artículos mejores Y más baratos a los ciudadanos de Nueva Orleans y por ello estoy fuera de la ley! Dime, ¿por qué se debe favorecer a los norteamericanos y por qué debo pagar un impuesto de importación por mis productos?

Inflexible, Christopher le advirtió:

- No estoy aquí para discutir contigo; he venido para convencerte de que sueltes a los hombres del gobernador y me los entregues.

- ¿Por qué debo hacerlo? Son buenos rehenes - dijo Lafitte malhumorado.

-¡Eres un necio si crees eso! -estalló Christopher, exasperado-. ¡Escucha, Jean, esta vez has ido demasiado lejos! ¡Has matado tres agentes fiscales! ¿Crees acaso que Claiborn va a quedarse quieto? Está resuelto a reunir tropas y dinero para aniquilarte. Si liberas a esos hombres, se tranquilizarán algunos ánimos y dará la impresión de que no eres un pirata cualquiera, que asesina o pide rescate por el primero que se le antoja.

Los ojos de Lafitte brillaron de astucia.

- No me parece que Claiborn llegue muy lejos con esas peticiones. El oro, *mon ami*, en los bolsillos adecuados vuelve sordos los oídos de ciertos hombres a las peticiones del gobernador.

Montando en cólera, Christopher refunfuñó:

- ¡Muy bien, líbrate del problema con sobornos... esta vez! Pero te lo advierto, Jean, un día llegará tu hora. Las leyes y su cumplimiento están incrementando y no puedes burlarte de ellas eternamente. ¡Eres un maldito imbécil si no te das cuenta de que el sentimiento público va creciendo en contra tuya!

-¡Bah! ¡Qué sabes tú del sentimiento público! Todavía afluyen como rebaños a mis ventas. La última en el Temple, a pesar de esa jugada estúpida de Stout, fue un éxito fabuloso. Un día sí y otro no, sigo enviando contrabando a Donaldsonville y todavía encuentro compradores ansiosos, compradores que no están dispuestos a pagar el precio de tus comerciantes honestos. Deja que esos presumidos compitan a la descubierta conmigo y ya veremos quién

beneficia más a los compradores.

Christopher apretó la mandíbula y se puso de pie.

- Desde luego no estamos de acuerdo. Pero por el demonio, Jean, entrégame a esos hombres.

Lafitte le observó por encima de sus dedos unidos por las yemas. Christopher podía verlo sopesar las ventajas y las desventajas de conservar los rehenes. El silencio se prolongó por unos minutos.

- Muy bien, lo haré, pero sólo para probar que soy un hombre honesto y que estaba protegiendo mis mercancías y mis hombres.

Christopher no le quiso discutir. Todo lo que quería ahora eran los prisioneros y piraguas para transportarlos de regreso a Nueva Orleans.

- ¿Podemos partir hoy? - preguntó con frialdad.

-Si lo deseas. Puedo prestarte tres botes. Unos pocos prisioneros están ilesos, salvo algunas magulladuras y cosas por el estilo, y ellos podrán manejar sus botes. También puedo darte suficiente comida para el viaje como muestra de mis buenas intenciones. Mis propios hombres os escoltarán hasta algunas millas de la ciudad... ¿Alguna objeción?

Sí que la tenía, pero no podía hacer nada al respecto. Sólo esperaba que los hombres de Lafitte no los degollaran en los pantanos. Ocultando sus reservas, respondió con indiferencia:

- ¡Ninguna!

Se estudiaron mutuamente; después de tantos años de amistad estaban en bandos opuestos por primera vez.

- Es una lástima, ¿no crees?, que estemos tan lejos de la concordia y armonía que teníamos hace apenas unos meses -comentó Lafitte, al fin -. Confío en ti, amigo mío, no me traiciones.

Christopher no le respondió. Tanto Lafitte como él sabían que por más que pudieran estar en bandos opuestos en el futuro cercano, el pasado había forjado un vínculo que sería imposible de romper.

- ¿Qué me dices de Allen Ballard? - preguntó de súbito Lafitte, rompiendo el incómodo silencio.

- Todavía deseo que lo mantengas prisionero, si no te importa.

- Pues claro, aún somos lo bastante amigos como para dispensamos favores el uno al otro - asintió Lafitte lentamente.

Pasando por alto ese comentario, Christopher siguió hablando:

- Puedes desencadenarlo, pero asegúrate de que no se escape. Zarparé para Inglaterra

dentro de una semana, y ya regrese o no en septiembre, me gustaría que lo liberaras para entonces.

La sorpresa hizo levantar una ceja a Lafitte.

-¿Soltarlo? ¿A un espía?

El semblante de Sable no mostró ninguna expresión.

-Sí. Prometí hacerlo. Para entonces tendremos muy poco que temer de él. La información que posee será anticuada en ese momento y por lo tanto, inútil.

- Por lo visto, has cambiado mucho, amigo mío. En otra época habrías ordenado que le rompieran el cuello sin un solo remordimiento.

-Quizá. Puede ser que liberarlo sea tan sólo una concesión a mi propia vanidad.

Lafitte hizo un gesto expresivo con las manos.

- Muy bien, será como tú digas.

Nada retenía ya a Christopher en Grand Terre, así que se levantó de su asiento.

- Me agradaría partir lo antes posible, si no te importa; sigamos adelante con lo que debemos hacer.

No intercambiaron más palabras, y unas dos horas más tarde Christopher, los prisioneros y los escoltas estaban camino de regreso a Nueva Orleans.

No fue un viaje pesado ni difícil, aunque sí desagradable. Pasó en vela toda la noche porque no confiaba en los hombres de Lafitte. Y también los prisioneros le preocupaban: tres o cuatro estaban gravemente heridos y los otros débiles; rogaba que, ninguno se muriera antes de llegar a la ciudad.

Nadie murió y no pudo reprimir un suspiro de alivio cuando los esbirros de Lafitte los abandonaron a unas millas al sur de la ciudad. Navegaron los últimos tramos en completo silencio. En a penumbra del anochecer Christopher vislumbró al poco tiempo el muelle y el almacén de la ribera cerca de la calle Tchoupítoulas que Jason y él habían elegido como punto de reunión.

Las piraguas se deslizaron en silencio hasta los pilotes, y mientras Christopher ganaba el muelle de un ágil salto, advirtió un pequeño grupo de hombres que se apartaba del almacén ruinoso y avanzaba en su dirección. Reconoció a Jason que iba a la cabeza y, con sorpresa, a Daniel Patterson cuyo uniforme parecía fuera de lugar en ese sórdido distrito de la ciudad. No sabía a ciencia cierta cómo se llevaría a cabo el intercambio, y el hecho de que Jason estuviese allí en aquel momento, le llenó de malos presentimientos; su primer pensamiento fue para Nick... ¡algo le había pasado! Pero la mirada inquisitiva que le envió a Jason hizo que éste meneara la cabeza.

- No, ella no me ha arruinado socialmente; sólo creí conveniente estar aquí. Patterson no está muy contento con mi manera de hacerme cargo del asunto, y daría cualquier cosa por saber cómo averiguó nuestro plan. Parece que los espías de la marina no son tan inútiles como yo pensaba. Además, tengo noticias para usted: zarparán pasado mañana, el jueves. Pero basta ya de eso, le explicaré todos los detalles más tarde. Dígame, ¿cómo fue todo?

Para entonces los hombres de Patterson estaban en tomo a las tres piraguas y ayudaban a desembarcar a los maltrechos prisioneros. Algunos lo hacían por su cuenta, pero otros, incapaces de caminar, fueron colocados rápidamente en las camillas y llevados lejos de allí.

Observando con atención la escena, Christopher contestó con indiferencia:

- Todo marchó como era de esperar. Jean los devuelve en señal de buena fe, y dice que sólo estaba tratando, como todo buen ciudadano, de proteger sus mercancías. Jason gruñó de exasperación.

- ¡No es tan sencillo, y Lafitte lo sabe de sobra!

Christopher se limitó a encogerse de hombros, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, Patterson avanzó hacia ellos con paso vivo y semblante adusto.

El oficial Daniel T. Patterson era un hombre joven, muy formal y serio. A juzgar por el frío saludo que le brindó se notaba a las claras que desaprobaba no sólo la interferencia de Jason sino también la de Christopher Saxon.

- Me agradaría tener unas cuantas palabras con usted, si es posible.

La pregunta se parecía más a una orden que a otra cosa y Christopher ya estaba bastante harto de todo aquel asunto. Arqueando una ceja como en rechazo del tono desabrido de su interlocutor, preguntó:

-¿Ahora?

- ¡Ahora! - replicó Patterson, irritado.

Christopher, lanzando una mirada penetrante a Jason, se preguntó a qué lo había expuesto exactamente. Pero el semblante de Jason era inescrutable en la oscuridad y Christopher tuvo la convicción de que Jason estaba tan ansioso de interrogarlo como el mismo Patterson.

Christopher suspiró, en apariencia resignado a su destino.

- Muy bien, acabemos con esto de una vez. No he dormido muchas horas en estos dos días y no estoy del mejor humor, pero si insiste...

Entraron y una oleada de humedad y olor a moho mezclado con un aroma de especias rancias les invadió. El edificio de madera estaba vacío y sus pasos resonaron lúgubres al cruzarlo. Patterson les condujo hasta lo que debía de ser la oficina cuando el almacén se usaba. El cuarto estaba desierto, salvo por dos sillas de mimbre desvencijadas y un escritorio

de pino destartalado. Un pequeño quinqué sobre la mesa iluminaba con luz mortecina la habitación y Christopher se preguntó de pronto si no había sido el tonto más grande del mundo. Rechazó sentarse en la silla que le ofrecían y se recostó contra la pared con los brazos cruzados en aparente descuido y los ojos alerta mientras Patterson cerraba la puerta.

Jason, con una desenvoltura que revelaba sus frecuentes visitas a aquel lugar, abrió cuidadosamente un cajón del escritorio y sacó tres vasos sucios y una botella de licor barato.

- Espero que disculpéis la calidad del licor -dijo con una sonrisa sardónica -. La mayoría de los habitantes de la zona responden mejor a este whisky barato que a otros más refinados. ¿Un trago?

Patterson meneó enérgicamente la cabeza, disgustado por el intento de Jason de convertir un asunto de estado en una reunión social. Pero Christopher, desechando la sospecha de que el whisky pudiera estar adulterado con alguna droga, y más para fastidiar a Patterson que por desear un trago, asintió y observó a Jason servirle una medida generosa y luego otra para él mismo.

Después de esperar hasta que Jason comenzara a beber de su vaso, Christopher hizo lo mismo y echó una ojeada a los dos hombres que tenía delante de él. Se preguntaba cuánto había descubierto Patterson por su cuenta y cuánto le había contado Jason. Era evidente y hasta comprensible que el hombre se mostrara hostil, pues estaba muy claro que el oficial le consideraba casi en un plano de igualdad con el notorio Lafitte. Las preguntas, cuando llegaron, fueron las esperadas ¿Con cuántos hombres contaban los hermanos Lafitte? ¿Cuántas municiones? ¿Qué clase de fortificaciones? ¿Qué rutas usaba Lafitte para introducir sus mercancías de contrabando en la ciudad? ¿Cuántos barcos estaban amarrados en Grand Terre?

El interrogatorio continuó, en apariencia durante horas, y a todas las preguntas Christopher, imperturbable, respondía de modo desesperante:

- ¡No lo sé! Nunca los conté y la verdad es que no me interesa tanto como para pensar demasiado en ello. ¡Está usted perdiendo su tiempo y el mío!

Jason no parecía interesarse en otra cosa que en el contenido de su vaso, y lo contemplaba como si estuvieran allí todas las respuestas que buscaba Patterson. Como pasaba el tiempo y Christopher no se mostraba más dispuesto a ayudar que al principio, Patterson montó en cólera y estalló:

-¡Maldición! ¡Déme las respuestas debidas o le haré arrestar, y entonces veremos lo poco que le interesa!

- Ya le he tolerado demasiado, Patterson - replicó Christopher con un gruñido-. ¡Arrésteme

si se atreve! Si es tan estúpido como para hacerlo, le prometo que en menos de cuarenta y ocho horas nos encontraremos en el campo de honor de *Les Trois Capelines* junto al camino de Metarie.

El oficial palideció ostensiblemente. Ya fuera de ira o por el reto descarado de Christopher, antes de que Patterson pudiera hablar intervino Jason:

-Daniel -dijo suavemente-, no se pueden presentar cargos contra él, y además ha negociado la libertad de esos hombres.

- ¡No lo he olvidado, y tampoco que el señor Saxon ha mantenido estrechas relaciones comerciales con ese proscrito! -contestó Patterson, inflexible.

- Estoy de acuerdo, pero también te advertí que el señor Saxon es un hombre muy obstinado -acotó Jason pacientemente.

Volvió a mirar a Christopher y éste, obedeciendo a un impulso perverso, le guiñó el ojo con descaro y murmuró:

- Es verdad, se trata de algo desafortunado desde su punto de vista, pero debe admitir que se lo advertí.

Jason torció levemente el gesto.

- Algún día tengo la sospecha de que le colgarán... ¡tanto por su rebeldía ante la ley como por su lengua ingobernable y mordaz!

Por única respuesta, Christopher sonrió exhibiendo sus dientes blancos y regulares. Tras apartarse del muro, dejó el vaso sobre el escritorio y preguntó como al azar:

- ¿Puedo marcharme ahora?

-¡No! -replicó Jason severamente-. ¡Patterson ha terminado con usted, pero yo no! ¡Y me admiro de mi propia decisión de usarle como instrumento en este asunto!

Patterson soltó un resoplido evidenciando su opinión sobre la utilidad de Saxon, pero no dijo nada más y se marchó bruscamente no sin antes despedirse de Jason con un seco buenas noches y pasando por alto a Christopher de modo descortés. Cuando Christopher quedó a solas con Jason, sus ojos dejaron de mirar con descaro, pero se volvieron fríos y amenazantes.

-No me ha gustado su último comentario -dijo deliberada- mente -. Ni la intromisión de Patterson por su culpa.

Jason le observó de soslayo.

- No hice ningún secreto de mis sentimientos hacia Lafitte y no puede culparme si trato de arrancarle tanta información como sea posible. - Irónicamente, añadió-: No saqué nada en limpio de este fiasco, si le sirve de algún consuelo, excepto que es usted un hombre de

palabra.

Entonces se le ocurrió a Christopher que todo ese episodio había sido una prueba: Jason había querido comprobar si podía negociar la libertad de la desafortunada fuerza de Stout, y estaba una vez más tanteando su lealtad. Casi distraídamente, dijo:

- Todo esto podría muy bien haber sido una farsa.

Al ver la mirada penetrante de Jason, agregó con sequedad:

- Jean y yo pudimos habernos confabulado. Él quizás ha entregado esos hombres simplemente para infundirle más confianza en mí.

-¡Y a mí me lo dice! ¿Cree que no lo he pensado? Debo confesarle que todavía no tengo una opinión formada sobre usted. Dormiré más tranquilo cuando se encuentre camino de Inglaterra, porque no le tengo demasiada confianza, amigo Saxon, en lo concerniente a Lafitte. - Jason lo miró fijamente.

- Me sorprende que me encomiende la misión de ir a Inglaterra -comentó Christopher sin expresión en la voz-. ¿Desea cambiar de planes?

- ¡No sea ridículo! ¡Claro que no! Es sólo con respecto a su relación con Lafitte donde radican mis dudas -exclamó con exasperación. Luego, al tiempo que una sonrisa seductora iluminaba sus facciones severas, le ofreció otro trago-. Basta ya de discusiones. Hablemos ahora de su misión en Inglaterra.

Christopher aceptó con rapidez el cambio de tema, así como un segundo vaso de licor, aunque se preguntó cómo le sentaría a su estómago vacío.

-¿Usted mencionó que se había adelantado la fecha de partida? -dijo Saxon.

-Sí. Como dije, es pasado mañana. Tuve la intención de comunicárselo en nuestra última reunión, pero me aparté del tema. Monroe ha aceptado la propuesta del ministro de guerra de Inglaterra, Casclereagh, para empezar las negociaciones directas.

- Mmm. Mi único comentario es que Monroe debió haber hecho eso hace algún tiempo. Ahora los británicos tratarán con mayor ahínco de apoderarse de todo lo que puedan antes de que se declare la paz.

-Sospecho lo mismo. Por cierto que ahora es aún más imperioso que antes tener a alguien en Inglaterra que esté de nuestro lado.

-¿No tenemos un representante oficial? -preguntó Christopher.

-Sólo un caballero llamado Reuben Beasley, agente de nuestros prisioneros de guerra. Creo que Monroe ha incluido una carta de presentación para él. Y también reside en Londres en estos momentos un joven secretario de Albert Gallatin. Creo que tan sólo está allí para observar e informar a Gallatin de la disposición de ánimo de Londres. Como usted, está allí

extraoficialmente; de hecho más que usted, pues ni siquiera tiene cartas de presentación del secretario de Estado.

-¿Me entrevisto con él?

- No. Me parece que no nos será de mucha utilidad. Pero mañana le entregaré toda la información que tenga al respecto.

Se sirvió otra ronda de whisky, y bebiéndolo lentamente, disfrutando de su sabor, Christopher consideró que iba a ponerse más borracho que una cuba si se quedaba más tiempo. Pero Jason parecía no tener prisa y comentó divertido:

- Debo felicitarlo por su pupila.

Casi con aprensión y muy receloso, Christopher repitió:

- ¿Felicitarme?

-Sí. Usted dijo que no me avergonzaría y no lo hizo. Pero debo admitir que me derrotó en una partida de cartas... ¡es una excelente jugadora! Y es una suerte que zarpen el jueves, pues los pretendientes estarán pronto clamando a su puerta. Sus modales son encantadores. El sábado cenamos en la mansión del gobernador y el mismo Claiborn se sintió muy atraído por ella, pero sólo de forma platónica, me comprende usted, ya que es un hombre devoto de su esposa. Y el domingo la llevamos a la ópera. La ópera en sí no fue un gran éxito, pero Nicole sí lo fue. Juro que pensé que tendría que abrirme paso a la fuerza.

Un destello indefinible brilló en los ojos de Christopher, pero el tono glacial de su voz fue inconfundible al preguntar:

-¿Y Nicole encontró alguno que le agradara?

-Eso no podría decirlo. Pero estoy seguro de que lo descubrirá por sí mismo... ella es, después de todo, su pupila.

-Tal vez. -y bruscamente cambió de tema-. Si Monroe ha aceptado la sugerencia de Castlereagh, ¿se ha acordado ya dónde se desarrollarán las negociaciones?

- No. Recuerde que Monroe escribió la respuesta hace apenas un mes... ni siquiera ha llegado a Inglaterra todavía. También hemos nombrado una nueva comisión: John Adams será el jefe y los otros son un federalista llamado James Bayard, el presidente de la Cámara de Representantes, Henry Clay, Jonathan Russell y Albert Gallatin. Finalmente Madison nombró a Campbell para el puesto de Gallatin como ministro. Es un grupo formidable.

- ¿Pero lograrán algo? - inquirió Christopher, sarcástico.

- Bien, Gallatin y Bayard están en la corte del zar en estos momentos, al parecer haciendo negociaciones de paz con Inglaterra. ¿Quién sabe lo que pueden lograr? Usted, espero, tendrá más éxito del que ellos han conseguido hasta ahora.

Siguieron charlando unos minutos más y resolvieron dos temas de vital importancia. El primero, y con mucho el más fácil, era una clave simple a disposición de Jason para cualquier noticia que quisiera enviar a Christopher. Sabiendo las dificultades por las que pasaría el correo durante la guerra, había que tener en cuenta que las cartas podrían no llegar nunca a Inglaterra. Pero Jason quedó en que haría lo imposible para mantener a Christopher al corriente de los sucesos de Nueva Orleans.

El segundo tema era más difícil. El medio de dejar Inglaterra en un momento en que estaba en guerra con los Estados Unidos fue algo que discutieron con detalle. Obviamente, ningún barco inglés zarpaba con destino a los puertos norteamericanos. Si Christopher tenía éxito y conseguía documentos de valor, la rapidez sería de la mayor importancia, y no habría tiempo para tomar una ruta indirecta, como ir de un puerto a otro antes de zarpar hacia los Estados Unidos.

Después de muchos razonamientos y discusiones, se acordó que utilizarían los servicios de varios corsarios que pululaban por las costas inglesas según la información que tenía Jason. Christopher estuvo en todo de acuerdo, pero se burló de él, pues encontraba muy divertido que los usara en vista de la opinión que tenía de Lafitte. Pero Jason dijo en tono tajante:

-¡Éstos, mi joven amigo, son corsarios honestos! - Y Christopher se mordió prudentemente la lengua.

Lo más difícil de todo era escoger el momento oportuno.

Ninguno tenía idea de cuánto tiempo pasaría Christopher en Inglaterra y no se atrevieron a fijar una fecha para el regreso. Tendrían que fijar varios días y horas diferentes en los cuales Christopher pudiera tomar contacto con el barco norteamericano. Finalmente se decidió que cada mes, empezando desde el 25 de abril, un corsario permanecería a la expectativa cerca de la costa de Sussex, en las proximidades de la pequeña aldea de Rottingdean. El barco quedaría anclado durante varias horas desde el crepúsculo hasta la medianoche, y partiría si no se veía la señal de Christopher en la playa. La fecha cambiaría a intervalos mensuales, siendo un día más tarde cada vez. El capitán lo ignoraría todo, excepto que debía recoger a uno o dos pasajeros y luego hacerse a la vela de inmediato con destino a Nueva Orleans. Se usaría una señal simple, como la luz de una linterna.

Tal vez no era el mejor plan -resultaba arriesgado y dejaba mucho al azar- pero fue lo mejor que se les ocurrió.

Solucionado el problema a su satisfacción, tomaron otro vaso del whisky barato, y fue sólo cuando se terminó la botella y ambos estaban borrachos cuando Christopher y Jason

empezaron a pasearse por las calles en dirección a sus respectivos hogares. Había empezado a llover, y maldiciendo por lo bajo, Christopher se ciñó la chaqueta al cuerpo. Al verle, Jason se echó a reír.

- Espere a llegar a Inglaterra, amigo mío. Espere hasta que llueva en Inglaterra.

CUARTA PARTE

El bribón y la zorra

«Odio y amo. Por qué, tal vez os preguntéis. No lo sé, pero siento y vivo atormentado.»
Catulo

CAPÍTULO XXI

En febrero, mientras la señora Eggleston y Christopher se dedicaron a pulir el porte y el comportamiento de Nicole, Londres se vio paralizado por las heladas más prolongadas y severas que había sufrido desde hacía siglos. El río Támesis entre el puente de Londres y Blackfriars se había convertido en un camino de hielo sólido, y el populacho se paseaba por esa extensión helada como si fuera la «Calle Témpano».

Todas las arterias que daban al río ostentaban en las esquinas grandes letreros donde se anunciaba que se podía cruzar sin peligro, y al poco tiempo se levantó una feria sobre el hielo. Fue algo digno de verse. Las casetas de los panaderos, carniceros, barberos y cocineros se apiñaban cubriéndolo todo. Había columpios, puestos de libros, boleras, jugueterías... exactamente igual que en una feria común. La «Gran Helada» terminó, pero le siguieron nevadas extraordinarias que continuaron sin interrupción durante seis semanas.

El tiempo era aún atroz uno de los últimos días de marzo, cuando Christopher y su grupo desembarcaron en Inglaterra. Maldiciendo el viento y la lluvia, Christopher consiguió llevarlas rápidamente al Grillions, un hotel de moda, en la calle Albermarle.

En conjunto, los tres primeros meses de 1814 habían sido penosos y gélidos en Inglaterra, pero más allá de esa turbulenta cortina de nieve y hielo, al otro lado del Canal de la Mancha, el imperio de Napoleón se derrumbaba. Schwarzenburg conducía a los austriacos y von Blücher a los prusianos al mismo centro de París. Wellington derrotaba a Soult en Toulouse, y el 6 de abril de 1814, Napoleón aceptaba su derrota y abdicaba. Abandonó París a medianoche camino de su exilio en la isla de Elba, y Luis de Borbón, que había envejecido y engordado en el destierro, era ahora rey de Francia, Luis XVIII.

En abril llegó a su fin el invierno más cruel desde hacía siglos, así como la larga guerra contra Napoleón. En Inglaterra el júbilo popular se manifestaba en las escarapelas blancas de los sombreros y en los blancos estandartes de los Borbones enarbolados por todas partes. A pesar de la atmósfera festiva que reinaba por doquier, ni Christopher ni Nicole tuvieron la sensación de haber vuelto al hogar. Era comprensible en el caso de él, que había partido de mala gana y bajo circunstancias crueles y penosas. Inglaterra no era sino un país extraño para él, y además ahora se encontraba en guerra con su propia patria de adopción. Nicole, por su parte, no tenía sentimientos muy arraigados por Inglaterra, ya que también la había abandonado siendo casi una niña hacía muchos años. Pero la alegró salir del confinamiento del barco, donde

la cercanía constante de Christopher durante el larguísimo viaje fue una verdadera tortura para ella.

De los tres, sólo la señora Eggleston estaba en realidad feliz por el regreso. Ella sí estaba de nuevo en el hogar, ¡Y tenía a Nicole y Christopher con ella! Durante la semana que siguió a su llegada a la ciudad se dedicaron a empaparse de las últimas noticias y de los chismes que circulaban por Londres. Christopher oyó con cierta pena la noticia de la abdicación de Napoleón. La guerra con el imperio francés había llegado a su fin y ahora las tropas británicas estaban libres para servir en América. Maldijo lleno de amargura la necesidad de actuar con cautela. Por el momento no podía hacer más que sonreír y representar el papel del hijo pródigo que retorna a su tierra natal.

La primera semana de abril pasó con rapidez. Christopher se dedicó a una gran variedad de asuntos que, aunque triviales, le exigían mucho tiempo, como ver a un banquero de la ciudad, establecer su crédito, alquilar un carruaje con caballos, seleccionar un agente para los negocios que podrían presentársele y, sobre todo, acostumbrarse al ambiente de una ciudad extraña.

Muy pronto las damas descubrieron las delicias de las tiendas de Bond Street, y después de vencer cierta resistencia por parte de la señora Eggleston, se dedicaron a agregar unas cuantas bagatelas a sus guardarropas. Para entretenerlas, Christopher las suscribió a la Biblioteca Colburn y hasta las acompañó a visitar algunos lugares de interés como la Galería Nacional, el Museo de Londres y los animales salvajes que se exhibían en Exeter, por nombrar unos pocos.

Sin embargo, entre las actividades de Christopher hubo dos omisiones notables y curiosas: no hizo uso de ninguna de sus cartas de presentación ni se esforzó por encontrar a los tutores de Nicole. En su segundo día en Londres, sin embargo, realizó una discreta visita a Somerset House, institución monumental donde se registraban y conservaban todos los nacimientos, matrimonios y defunciones y descubrió, para su gran alivio y satisfacción, que Simon Saxon era aún el sexto barón de Saxony. Su abuelo vivía, y no por primera vez Christopher se preguntó cómo recibiría la noticia de su regreso ese anciano irascible.

Sin embargo, se guardó bien de comentar nada al respecto y aparte de averiguar que Simon Saxon estaba actualmente en su residencia de Londres, no hizo nada para provocar un encuentro entre ellos. Estaba ocupado adaptándose a Londres, descubriendo la disposición de ánimo de las masas, familiarizándose con la ciudad y empapándose de las corrientes, rumores y noticias que corrían como un reguero de pólvora. Después de alrededor de diez días comprendió que no podía permanecer más en las sombras.

Su primera visita oficial fue a Alexandre Baring, director de la importante institución bancaria de Hope y Baring que atendía los intereses norteamericanos en Europa. Baring era, además, un miembro destacado del Parlamento que había llevado a cabo una vigorosa campaña contra la guerra con los Estados Unidos y por la abolición de las nefastas órdenes de la Asamblea que daban a Gran Bretaña el derecho de interceptar los barcos norteamericanos y llevarse a quienquiera que se les antojara. Recibió cordialmente a Christopher, y tras ofrecerle asiento, cigarros y un refrigerio, procedió a leer la carta de presentación de Monroe. Levantando la vista de la carta, recalcó:

- No es mi intención desalentarle, pero por el momento es muy poco lo que puedo hacer por usted. Su estancia aquí es extraoficial y todavía estamos en guerra. Puedo introducirle en sociedad, pero me temo que sólo hasta allí podrá llegar mi influencia.

Christopher asintió con los ojos muy brillantes

- Desde luego. No es más de lo que esperaba y me doy cuenta de sus dificultades. -Sonrió-. Sólo confío que usted continúe con sus esfuerzos en favor de nuestro país en el Parlamento.

- Puede estar tranquilo en ese punto, pero es una situación detestable que no puede cambiarse con facilidad. Al menos vosotros habéis nombrado una comisión para las negociaciones de paz. -Con una sonrisa melancólica, añadió-: Ojalá que nosotros los británicos hagamos lo mismo y escojamos por fin un sitio para llevar a cabo las conversaciones.

- ¡Perdone usted! Yo tenía entendido que el lugar para las conversaciones había de ser Gotemburgo, en Suecia -exclamó Christopher, sorprendido.

- No, ya no es allí. Al principio así era, pero ahora existe un movimiento, Dios sabe por qué, para trasladar las conversaciones a Gante, en Flandes Oriental - explicó Baring.

- Comprendo - musitó Christopher lentamente -. Y este cambio de lugar demorará sin duda unos cuantos meses el comienzo de las conversaciones, o por lo menos varias semanas.

- Eso me temo. Pero tenga presente que Gran Bretaña desea la paz.

Christopher asintió con cortesía, poco dispuesto a discutir sus puntos de vista, que eran muy diferentes. Baring, después de todo, era miembro del Parlamento británico, y como tal, aunque deseara la paz, debía velar por los intereses de su propio país. Christopher partió poco después sin haber agregado mucho más. Regresó a sus habitaciones en Grillions y pasó varios minutos paseándose por su elegante salón privado.

Era posible que Gran Bretaña deseara la paz, pero no antes de otra resonante victoria en Norteamérica. Un golpe maestro que enseñase a esos desvergonzados súbditos coloniales de antaño quién era la verdadera potencia. El hecho de que el lugar para las conversaciones de paz estuviera en duda todavía, apuntaba a una demora segura. Aunque Monroe y Castlereagh

acordaron finalmente concertar negociaciones directas y los norteamericanos ya habían nombrado sus delegados, parecía que Gran Bretaña no había hecho nada, creando, en consecuencia, más retrasos. Una demora que tal vez les permitiría capturar Nueva Orleans. Christopher resopló con desdén. Aunque dependía de él encontrar pruebas contundentes, maldijo el hecho de no poder hacer mucho por ahora, excepto introducirse en la vorágine de la sociedad británica y esperar toparse por azar con algo o alguien que le brindara la información deseada.

Se reunió con las damas en la sala de estar de las habitaciones que les habían asignado. Era la hora del té y esperaba compartirlo con ellas. Fue la señora Eggleston quien sacó a relucir el tema:

-¿Cuándo iremos a visitar a tu familia, Christopher? Ya hemos pasado una semana en Londres y considero que es una descortesía por nuestra parte no haber avisado a ningún miembro de tu familia de nuestra llegada.

Christopher la miró con cierta consternación. Evitaba a su familia porque no se sentía seguro de poder soportar las posibles recriminaciones y las terribles repercusiones que semejante visita pudiera acarrear. ¿Cómo iría a reaccionar su abuelo al enterarse de su presencia en Londres? ¿Y Robert... el querido y bondadoso tío Robert... tramaría algún nuevo complot para deshacerse de él? Su familia era una complicación que no necesitaba por ahora, meditó.

Por desgracia, la señora Eggleston estaba dispuesta a insistir:

-¿Y bien, Christopher? -preguntó al ver que él se mantenía en silencio.

Ahogando un juramento contra las viejecitas entrometidas y sabiendo al mismo tiempo que tenía razón, le contestó con cierta reticencia:

-Supongo que podría presentarme en Cavendish Square esta misma noche y al menos dejar una tarjeta si no hay nadie en la casa.

La señora Eggleston le echó una mirada inquisitiva, pero antes de que pudiera seguir con el tema, Nicole formuló las preguntas que tanto ella misma como Christopher habrían preferido ignorar:

- ¿Mis tíos están al tanto de mi regreso? ¿Les has escrito o debo hacerlo yo misma?

También a Nicole le había agradado vivir sin propósito fijo durante todo ese tiempo, pero la pregunta tan atinada de la señora Eggleston le hizo imposible seguir eludiendo su propia ambigua situación.

Christopher juró por lo bajo ante la pregunta inesperada de Nicole. Deliberadamente había evitado informar a los Markham del regreso de su sobrina debido a un problema que le dejaba

perplejo: le resultaba imposible soportar la idea de que Nicole no permaneciese bajo su protección. Se dijo con severidad que ese sentimiento pasaría pronto, que la razón de que existiera se debía a los largos años que habían pasado juntos, a las aventuras compartidas en alta mar; la había visto crecer, la había ayudado a madurar del impetuoso Nick a la señorita extremadamente deseable que estaba sentada delante de él.

Y como la mayoría de los caballeros enfrontados a dos damas determinadas a formular preguntas inconvenientes, se sentía acosado y un tanto exasperado.

- ¡No, no les he informado, maldición! ¡No me había dado cuenta de que estabas tan ansiosa por volver a su seno! - Estaba siendo injusto, y se arrepintió al instante de las provocativas palabras que habían salido de sus labios.

Los ojos de Nicole se oscurecieron de cólera y la señora Eggleston asumió de inmediato el papel de conciliadora.

- Estoy segura de que Nicole no ha querido decir nada por el estilo, y la verdad, Christopher, no deberías utilizar ese lenguaje delante de damas.

Reprimiendo con gran esfuerzo la ira inexplicable que crecía dentro de él, dijo con voz apretada:

-Os pido mil disculpas. Y ya que estáis descontentas con mi proceder, me ocuparé inmediatamente de cumplir vuestros deseos. -Sin más, se inclinó con rigidez y se marchó de allí.

-¡Vaya! -exclamó la señora Eggleston, bastante sorprendida por aquel estallido de mal genio-. ¿Qué le pasa a Christopher? Jamás le había visto actuar de este modo.

«No sabe usted ni la mitad de lo que es capa2», pensó Nicole, furiosa. Dejó la taza de té sobre el platillo con un golpe seco revelando su irritación.

Mas la sonrisa que le brindó a la señora Eggleston un segundo más tarde fue tan amable como podía esperarse de una señorita bien nacida. Con un encantador encogimiento de hombros, comentó en tono ligero:

- Tal vez no se encuentra bien, o podría ser que la visita que efectuó a las oficinas del señor Baring no resultara de su agrado. No podemos saberlo.

La señora Eggleston aceptó la explicación con reservas.

-Sí, supongo que puede ser eso. ¡Sin embargo, presiento que detrás de su indecoroso estallido de mal genio se esconde algo más que una mañana desperdiciada!

Por supuesto la señora Eggleston había acertado. Christopher, para su gran consternación, se veía obligado a hacer cosas que no deseaba. Al abandonar a las damas, maldijo su mala suerte por haber puesto los ojos en Nicole Ashford, en su madre - ¡esa maldita y cautivadora Annabelle! -, en su tío Robert y en Jason Savage.

Una vez en sus habitaciones, dedicó las horas siguientes a redactar cartas a los Markham, que terminaban, inexorablemente, retorcidas y arrojadas al hogar vacío. No tenía ningún pretexto ni motivo para no haberles avisado antes del regreso de Nicole. Y como sabía a la perfección, cuanto más tiempo dejara pasar sin notificarles la presencia de la joven en Londres, más sospechas recaerían sobre su historia. Estiró la mano en busca de una nueva hoja de papel y luego, soltando una maldición, la estrujó entre las manos y la arrojó lejos de sí.

Al fin hubo de reconocer que no iba a escribirles a los parientes de Nicole, por lo menos no por ahora, y la razón para no hacerlo era asunto suyo. ¡Y que se llevara el diablo a quien le cuestionara esa decisión... Nicole inclusive!

Era imposible, lo sabía, mantenerla en la casa de un hombre soltero por más tiempo, aun con la compañía de la señora Eggleston. Legal y hasta moralmente, debía haberles escrito en cuanto pisaron Inglaterra, y una vez que sus tutores supieran dónde estaba Nicole, él no podría hacer nada para evitar que se la llevaran de su lado.

Christopher había intentado aplazar lo más posible el encuentro tanto con su familia como con los tutores de Nicole, pero se le estaba acabando el tiempo. Absorto en sus pensamientos, clavó la mirada en el brillo de sus botas altas. Si actuaba solo no tendría esperanzas de hacer nada por Nicole. Pero su abuelo era un lord, y si todo lo que Nicole le había contado a Allen era verdad, lord Saxon sin duda podría ejercer gran influencia en beneficio de la joven. ¿Suficiente tal vez para conseguir que Nicole quedara libre de su tutela? Posiblemente. Pero entonces surgía otro problema: si a los Markham se les despojaba de su autoridad sobre ella y su vasta fortuna, ¿quién ocuparía su lugar?

Si llegaba a contraer matrimonio, su esposo heredaría esos bienes, pensó distraídamente. Al darse cuenta del hilo de sus pensamientos, dio un respingo como si alguien le hubiese asestado una puñalada por la espalda. ¿Esposo? ¿De Nicole?

¡Santo cielo, no! ¡Era ridículo! Se tenían mutua antipatía, salvo esa extraña química que generaban sus cuerpos y eso, pensó con desdén Christopher, eso se debilitaría hasta desaparecer. No, definitivamente no le ofrecería el matrimonio como salida a sus dificultades. No encontró ninguna solución sentado en su habitación, pero sí llegó a una decisión: buscaría a su abuelo inmediatamente.

Llamó a Higgins y se vistió con especial cuidado para la entrevista: pantalones gris claro, chaleco blanco y chaqueta negra de terciopelo con botones dorados. El espeso cabello oscuro, algo más largo de lo que dictaba la moda, fue cepillado hasta brillar como el ala de un cuervo al sol. Con su cuerpo alto y elástico, facciones aristocráticas y firmes, y su elegante desenvoltura, era un joven que enorgullecería a cualquier abuelo... ¿pero enorgullecería a lord Saxon?

Diversas emociones asaltaron a Christopher al acercarse a la imponente mansión de Cavendish Square. No temía a su abuelo ni a Robert, pero sentía ciertos recelos y se encontraba inquieto. Simon era muy capaz de hacerle arrojar de su casa y Robert, si veía la posibilidad de salir impune, no vacilaría en identificarle como desertor de la Armada Real.

Irguió la cabeza con arrogancia. Si Simon no quería reconocerle, que se fuera al diablo. Sin embargo, en lo más profundo de su ser ansiaba hacer las paces con su abuelo.

Tras dar un golpe corto y seco a la pesada puerta de roble, fue recibido con amable desdén por un mayordomo muy tieso, quien, sin hacer ningún comentario, le hizo pasar y tomó su tarjeta de presentación. Fingiendo indiferencia, Christopher dijo rápidamente:

-Quisiera ver a lord Saxon ahora mismo, si es que se encuentra en casa. Puede decir que es por un asunto personal.

Hubo un fugaz destello de interés en los ojos descoloridos del mayordomo al leer el nombre impreso en la tarjeta.

-Si aguarda aquí, señor, veré si lord Saxon está libre para recibirle -dijo antes de desaparecer por el largo corredor blanco y dorado.

Ahora que faltaban escasos instantes para el reencuentro, se impacientó y, desasosegado, midió el suelo lujosamente embaldosado con pasos cortos y nerviosos, sin reparar siquiera en la elegancia del ambiente que le rodeaba.

Se puso tenso de repente al oír una puerta que se abría de golpe y el rugido de una voz que nunca había olvidado:

- ¿Dónde diablos está? ¡Eres un necio cabeza hueca! ¡No le hagas esperar como si fuera un pordiosero... es mi nieto que ha l vuelto al hogar!

Un hombre alto vestido de etiqueta muy similar a la ropa de Christopher, con ojos llameantes como oro bruñido, la tez oscura surcada de arrugas y marcada por el tiempo, y espeso cabello oscuro irrumpió en el vestíbulo. El parecido entre ellos, Simon y Christopher, era increíble. Este se vería así dentro de cuarenta años; para Simon era como asomarse al pasado y ver su propio rostro liso y firme devolviéndole la mirada. Se produjo un brusco silencio. Ambos se estudiaron sin pronunciar palabra. Christopher, con el corazón palpitante, reprimía una sonrisa impaciente mientras el júbilo reemplazaba sus antiguos temores.

-Bueno -dijo el anciano con irritación-, veo que has vuelto, y ya era hora de que lo hicieras.

Ahora sí los labios de Christopher se torcieron en una amplia sonrisa.

-¡Eso mismo creo yo! Usted está igual, señor, si puedo decirlo. Luego se desvaneció la sonrisa y los ojos de Christopher escudriñaron aquellas facciones tan conocidas y queridas.

- Por lo que había oído decir, esperaba encontrarle muy cambiado -comentó Christopher

lentamente-. Me alegra verle con salud, señor.

Observándole por debajo de las espesas cejas, sin poder ocultar su regocijo, Simon replicó con voz tonante:

-Jovencito desconsiderado, ¿por qué desapareciste de ese modo? ¡Casi me mandas a la tumba! ¡Y ahora tienes la desfachatez de preguntar por mi salud! ¡Bah! ¡Tengo ganas de echarte con cajas destempladas de mi casa!

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando se volvió con brusquedad al mayordomo que aguardaba sus órdenes y le gritó:

- Y tú, cabezota, ¿por qué te quedas ahí parado? ¡Encárgate de que preparen habitaciones para mi nieto! - La mirada feroz se volvió sobre Christopher y preguntó en tono perentorio-: ¿Dónde están tus maletas y el equipaje? ¡No me digas que has viajado sin nada!

Sin dejarse perturbar por el tono mitad enojado, mitad conciliador de su voz, Christopher respondió con tranquilidad:

- Estoy por el momento en el Grillions, y antes de que haga más planes, debo advertirle que no estoy solo.

- ¿Casado, eh? Bien, me alegro mucho, dijo. Siempre que ella sea una buena chica, por supuesto. No permitiré la entrada a esta casa de nada que deba pasar por la aduana, ¡sea o no tu esposa! ¡Pero ven! ¡Entra en mi estudio!

La mano fornida del anciano le tomó de un brazo, mientras con la otra le daba una vigorosa palmada en la espalda. Ambos pasaron al interior del estudio.

- ¡Que me condenen, muchacho, pero ésta es una gratísima sorpresa! - musitó al fin como si le arrancaran las palabras de lo más hondo de su ser.

A solas volvieron a observarse mutuamente. Christopher comprendió, apenado, que su abuelo había ignorado completamente lo que había sido de su vida hasta aquel momento, y se encontró sin saber qué decir. ¿Qué se podía expresar después de casi quince años de ausencia?

Simon también se formulaba una pregunta parecida, pero por el momento no necesitaba palabras. Se contentaba con regalarse los ojos con aquellas facciones amadas que había temido no volver a ver jamás. Y estaba orgulloso de lo que veía. Gracias a Dios, el muchacho estaba a salvo, pensaba. A salvo y de regreso al hogar.

Con gesto adusto para ocultar la emoción que le embargaba, Simon ordenó:

-¡Siéntate! ¡No te quedes ahí mirándome! -Se encaminó a los licores que había en un rincón del salón y sirvió generosas raciones de coñac francés en finas copas de cristal. Le ofreció una a Christopher y se sentó. Después de tomar un trago, Simon preguntó directamente

-: Bien, ahora, jovencito, di me por qué escapaste de esa manera. ¡Debiste comprender que se me pasaría el enfado! ¡Condenación, muchacho! De haber esperado, te habría explicado las cosas.

Sorprendido, Christopher le miraba sin comprender.

- ¿Explicarme las cosas?

- ¡Naturalmente! Maldición, Christopher, ¿qué había de hacer yo sino darle la razón a Adrian Ashford? Ahí estaba Annabelle, llorando como una Magdalena, jurando que la habías violado. Adrian estaba dispuesto a matarte, y yo no tuve más remedio que actuar como lo hice. - Había un tono de súplica en la voz del anciano-. Sé que fui muy duro contigo y que no te lo merecías. - Hizo una pausa al advertir la mirada azorada de Christopher-. Tuve que decir lo que te dije... no podía, bajo ningún concepto, decirle a Adrian que su esposa era una mentirosa y una libertina que se abría de piernas con la mayor facilidad... ¡Y que su amante era mi hijo, no mi nieto!

Mudo de asombro, Christopher le miró con fijeza. Por último habló con voz ronca:

- ¿Lo sabía usted?

-¡Naturalmente! No que planearan usarte como chivo expiatorio. Pero ya hacía algún tiempo que me había dado cuenta de que existía una relación amorosa entre Robert y Annabelle, y que se aprovechaba de ti y alentaba tu enamoramiento de muchacho. A pesar de todo, nunca sospeché que se proponían ponerle los cuernos a Adrian y hacerle creer que tú eras el amante. - Luego añadió con pesar-: Sinceramente, jamás pensé que tú cargarías con las culpas. Seré honesto... estaba furioso contigo por ser semejante necio romántico, con Annabelle y Robert por crear aquella situación y conmigo mismo por no haber salido antes al paso de aquel plan maquiavélico y cortarlo de raíz. -Clavando los ojos apenados en Christopher, preguntó suavemente -: ¿Era tan necesario para ti desaparecer de ese modo? Tendrías que haber comprendido que jamás te hubiese condenado sin antes oír tu versión de los hechos... tu versión y a solas. ¿Por qué nunca me enviaste noticias tuyas durante todos estos años? ¿Pensabas que no me interesaría saber algo de ti? ¿Pudiste creer que no me volvería medio loco de preocupación?

Era el momento más embarazoso de la vida de Christopher, de ninguna manera lograría justificar su actitud de todos esos años. Era obvio que Simon no sospechaba que Robert casi lo había vendido como un esclavo, ni sabía, al parecer, de su intento de verlo hacía cinco años para reconciliar sus diferencias. Por más que odiara y despreciara a su tío, no podía delatarlo ante Simon. Simplemente no podía volver para difamar a su único hijo vivo. Si le revelaba toda la verdad, su abuelo quedaría destrozado, así que Christopher llegó a una decisión inamovible:

lo que había entre su tío y él quedaría en secreto entre los dos. Mirando con fijeza a los ojos de su abuelo y con una sonrisa melancólica en los labios, le mintió:

- Me temo, señor, que tomé su palabra al pie de la letra cuando dijo que no deseaba verme nunca más.

Se demudó el rostro de Simon y Christopher maldijo su torpe lengua. Le rogó sinceramente:

-Se lo suplico, señor, no se enfade. Mi propia insensatez fue la causante de toda esta situación y a mí me llevaban los demonios cuando le abandoné. Nadie podría haber impedido que hiciera lo que hice aquel día... ni siquiera si me hubiese llamado de nuevo a su lado un instante después le habría prestado atención. No se culpe. - Viendo que la angustia se desvanecía de su rostro arrugado, Christopher continuó en tono ligero-: Todo condujo al bien a la larga. Hice como muchos otros jóvenes y ofrecí mis servicios a la armada. Debo decir que me ha ido bastante bien y que mi decisión no fue errada, aunque he vivido precariamente a veces.

- La armada, ¿eh? - estalló Simon mientras sus ojos escudriñaban el rostro de Christopher.

Odiándose intensamente, éste respondió, imperturbable:

-Sí. Después de salir de casa, me dirigí como un loco a la pequeña aldea detrás de Beddington's Corner. Y me topé por casualidad con varios marineros de permiso. La vida que llevaban sonaba tan excitante que antes de pensarlo siquiera, me había alistado. -Agregó en tono firme-: Y jamás lo he lamentado, señor, excepto por haber partido de su lado con tanta amargura en el alma.

Simon desechó sus palabras con un ademán.

- ¡Basta! Todo eso pertenece al pasado, y ahora estás de nuevo en casa. Menos mal - gruñó-. Eres mi heredero, no lo olvides. Cuando yo muera, tuyo será el título y todo lo que va con él.

Se le ocurrió de nuevo que Robert podría haber tenido otro motivo más siniestro para deshacerse de él y desear su muerte. La fortuna de los Saxon era inmensa y nada despreciable. El título de barón de Saxony era muy antiguo y respetado y enorgullecería a cualquier hombre que lo ostentara... pero ¿mataría Robert por él?

Nada en las facciones de Christopher traicionó sus pensamientos.

- Mi regreso es demasiado reciente para que hablemos de su muerte. Confío en que pasarán muchos años antes de que me convierta en lord Saxon.

-¡Ja! ¡Poco te importa, si hubiese muerto en cualquier momento en estos años tú nunca lo habrías sabido! ¡Al menos puedo exculparte de estar sospechosamente interesado en el estado de mi salud! - resopló Simon.

Christopher sonrió: Simon ocultaba siempre lo que sentía realmente detrás de una apariencia hosca y a veces hasta ruda.

Su abuelo jamás dejaría que supiera la intensidad de sus emociones por la reaparición de su nieto mayor. Lo más cerca que podía llegar eran esos comentarios, como de disculpa, concernientes a los hechos que condujeron al alejamiento de Christopher y esas preguntas llenas de reproches sobre el paradero de su nieto durante todos esos años.

Al ver la sonrisa displicente de Christopher, Simon estalló:

-Sí vas a regresar para quedarte ahí sentado sonriendo como un idiota sería preferible que volvieras a marcharte.

Un incontrolable estallido de carcajadas recibió esas palabras, y después de un momento de ofuscación, Simon también sonrió con cierta reticencia.

-¡Ahora basta ya de eso, demonio, y cuéntamelo todo!

Desapareció parte de la alegría de Christopher y titubeando a veces, pero ciñéndose lo más posible a la verdad, entretuvo a su l abuelo con sus aventuras. La extensa narración se tomó difícil en ciertas partes, especialmente al tratar de explicar por qué, después de alistarse en la marina con tanto entusiasmo, tuvo que desertar del barco y no volver más a Inglaterra. Simon, desde luego, desaprobó con vigor el hecho de que Christopher hubiese abandonado una carrera naval con tanta facilidad. Y él, al no poder implicar a Robert, no podía justificar sus acciones. Así que se limitó a encoger sus anchos hombros y dijo:

- Había cumplido un período y hecho mi aprendizaje; andando el tiempo descubrí que la vida de un marinero británico no era para mí.

-¡Y naturalmente, jamás se te pasó por la cabeza que yo podría haber conseguido que te convirtieran en oficial! -replicó Simon con amargura -. ¡Maldita sea, Christopher! Si me hubieses escrito, me habría encargado con gusto de ver que te pusieran en el lugar apropiado. Te lo aseguro, se me hace cuesta arriba pensar en un nieto mío, mi heredero, como un humilde marinero, ¡cuando ahora ya podrías ser capitán o más aún! ¡Un Saxon, el futuro barón de Saxony, un modesto marinero! ¡Qué vergüenza!

Ociosamente, Christopher se preguntó cómo reaccionaría e anciano si llegara a enterarse de que no sólo había sido un modesto marinero ¡sino también un pirata! Durante las horas siguientes urdió un relato coherente e ingenioso de barcos mercantes, de cómo había hecho una fortuna en Nueva Orleans y de su deseo de volver al hogar. Mencionó a la ligera sus andanzas de corsario, dejando la impresión de que la mayor parte de sus riquezas y tierras provenían de su buena suerte en las mesas de juego, lo cual, en realidad, era cierto en la mayoría de los casos. Y como todas las noches cambiaban de mano inmensas fortunas de ese

mismo modo en las mesas de juego de los clubes de Pall Mall, no resultaba nada degradante.

Cuando concluyó su relato, Simon le miró fijamente a los ojos durante unos segundos que le parecieron un siglo, y Christopher se preguntó hasta qué punto habría creído la historia su abuelo.

A decir verdad, Simon estaba convencido de que lo único cierto de toda esa fábula era la parte referida a cómo había ganado dinero en el juego; en cuanto al resto, aunque podría ser verdad, se reservaba su opinión, pues a pesar de un intervalo de quince años, detectaba cierta falsedad en el relato de Christopher. Pero Simon era astuto y se reservó sus dudas.

- Al menos has tenido el sentido común de regresar a tu hogar.

Christopher estuvo en un tris de señalar que estaba sólo de visita y que ahora era su hogar la plantación de Louisiana. Pero era impensable decir semejante cosa. Tendría que esperar y confiar en que más adelante pudiera hacerle entender que no regresaría a su antigua vida en Inglaterra. Por suerte, Simon no continuó con el tema, pero abordó otro tan delicado como aquel:

- Veamos -ordenó Simon-, he notado que no has mencionado a tu esposa. ¿Por qué?

Con una sonrisa apaciguadora, Christopher respondió:

- Porque no tengo esposa, señor. Debo explicarle mi situación con más detalle.

-Bien, sigue adelante entonces, no pierdas el tiempo.

Christopher comenzó a hablar del encuentro fortuito con la señora Eggleston y Nicole Ashford, pero apenas había mencionado el nombre de la primera cuando advirtió una expresión muy peculiar en el semblante de Simon.

-¿Letitia Eggleston? -exigió Simon, impaciente-. ¿Letty, sabes dónde se encuentra?

Sorprendido, Christopher balbuceó:

-¿Letty? ¿Se refiere a la señora Eggleston?

-¡Maldición, por supuesto que sí! ¡Nunca la llamé de otro modo en mi vida! Y si ella, una jovencita tan arrebatada y temperamental se hubiese dejado convencer... -Simon se interrumpió de golpe para lanzar miradas feroces a su nieto que le miraba perplejo-. ¡No te dejes engañar por esos aires de mosquita muerta que tiene! ¡Pero era la mujer más terca del mundo y yo un joven necio, arrogante y de genio vivo! ¡Ella pudo haber sido tu abuela!

Aturdido, se quedó mirando fijamente a Simon, sin poder asimilar la idea de que la digna y dulce señora pudiera haber sido calificada alguna vez de arrebatada y temperamental y que su abuelo, aquel hombre malhumorado y gruñón, hubiese contemplado la posibilidad de casarse con ella. Todo aquello le dejaba estupefacto. Tragó saliva y preguntó débilmente:

- ¿Estaban comprometidos?

-Sí. ¡Maldición, acabo de decírtelo! Pero tuvimos una pelea atroz por algo insignificante, y yo salí como un energúmeno jurando que no volvería a verla jamás. Dos semanas después, por puro despecho, le propuse matrimonio a tu abuela. ¡Ése, muchacho, fue el error más grande de mi vida!

Fascinado por aquella parte de la historia familiar, desconocida para él, Christopher le impulsó a seguir:

-¿Y entonces?

Simon se agitó incómodo.

- Nunca amé a tu abuela, no lo negaré, pero las personas de nuestro rango raras veces se casan por amor y fui bueno con ella. Pero Letty fue siempre la única mujer para mí. - Enojado, masculló-: ¡Sin embargo, podría haberla estrangulado el día que se casó con ese sinvergüenza de Eggleston!

Simon clavó la mirada en la copa de coñac intacta en su mano y sus ojos reflejaron toda la amargura que sentía.

- ¡No cometas el mismo error, muchacho! ¡He tenido que sufrir por mis acciones y causado dolor también a muchas otras personas!

Christopher guardó prudente silencio. Simon, comprendiendo que se había desahogado y revelado sus sentimientos como nunca lo había hecho, miró a su silencioso nieto con ojos de hielo, como si le retara a hacer algún comentario, y gruñó:

- Probablemente todo esto es muy aburrido para ti, y a decir verdad, lo es. Ahora bien, cuéntame cómo llegaste a tener a Letty viajando contigo.

Christopher pasó a contar la historia que habían preparado para explicar aquella situación. Simon la escuchó hasta el final en completo silencio; ni siquiera la presencia de Nicole Ashford pareció desconcertarle.

- Entonces esa chiquilla ha estado con Letty todo este tiempo - musitó Simon cuando Christopher puso fin a su historia-. Siempre me preguntaba dónde estaría. Sabía que Letty se había encariñado con esa criatura y que los tíos de ella eran un par de pájaros de cuenta, lo supe la primera y única vez que los vi. Ahora, ¿qué debemos hacer? - Escudriñó el rostro cuidadosa- mente inexpresivo de Christopher y bufó-: Quieres que las acoja en mi casa, ¿eh?

-Si usted acepta -respondió Christopher de inmediato y con sinceridad -. No está bien que siga ocultándoles el paradero de Nicole a sus tutores. Y sé que en cuanto les notifique su presencia, descenderán sobre ella como cuervos y la encerrarán en el campo sin ninguna duda. Por cierto, no permitirán que la señora Eggleston la acompañe.

-Sin duda. Puedo decirte, muchacho, que van a levantar una polvareda de mil demonios.

Durante años han estado viviendo de su fortuna, todos lo saben. Hasta intentaron que declararan muerta a la chica el otoño pasado. Pero los tribunales rechazaron la petición, dijeron que tendrían que aguardar a cuando hubiera sido su mayoría de edad, es decir hasta sus veintiún años, antes de tomar esa decisión. Al tío no le gustó, pero el hijo, Edward, se puso furioso. -Simon soltó una risita socarrona-. ¡Me va a gustar verle la cara cuando descubra que la chiquilla ha vuelto!

Christopher sonrió con desgana.

- Descubrirá también que tendrá que vérselas conmigo si tiene algún comentario que hacer al respecto -dijo el joven con ardor.

«¡Oh, oh, el viento sopla en esa dirección!» Le brillaron súbitamente los ojos.

- Esta noche ya es demasiado tarde para traer a las damas, pero mañana a primera hora espero que los tres estéis aquí sin falta.

«¡Voto a Dios!», pensó Simon divertido una vez que Christopher se hubo marchado. Esto sí que era agradable, e iba a resultar de lo más entretenido. Su nieto en casa, Letty con él, y la batalla por la pequeña Ashford para darle más emoción aún al reencuentro. Jubilosamente decidió que superar en mañas a los Markham le proporcionaría más solaz del que había disfrutado en toda su vida.

CAPÍTULO XXII

La perspectiva de un traslado a Cavendish Square era halagüeña. Con todo, a pesar de haberse avenido rápidamente a las exigencias de Simon, Christopher tenía sus reservas. No le agradaba la idea de engañar y aprovecharse de su abuelo, pero se consolaba sabiendo que se habría sentido muy ofendido si se hubiese negado.

La señora Eggleston, al enterarse del plan a la mañana siguiente durante el desayuno, también tuvo sus reservas, pero las suyas fueron de índole puramente social.

-Christopher -preguntó-, ¿es correcto? Para ti sí lo es, pero Nicole y yo no estamos ni por lo más remoto emparentadas con lord Saxon. ¿No podría murmurar la gente de nosotras por vivir en su casa?

Era una pregunta válida y un problema que Christopher no había tenido en cuenta. La sola presencia de una dama tan respetable aseguraba la reputación de Nicole mientras viviera con él, pero, ¿quién asumiría ese mismo papel para preservar el buen nombre de la señora Eggleston mientras viviera bajo el mismo techo que Simon?

Era una situación muy inusual, puesto que ni su abuelo ni él eran tutores legales de Nicole, y sin duda se especularía bastante sobre cómo estaban las cosas. No tenían necesidad alguna de que los chismosos inveterados y los propagadores de escándalos se interesaran en el papel que cumplía la señora Eggleston en todo aquel asunto. Era ridículo si se consideraba la edad de los involucrados, pero en vista de aquel antiguo compromiso matrimonial entre ellos - y habría algunos que lo recordarían con toda seguridad- era un problema que debía ser resuelto.

Afortunadamente Simon, mucho más listo y perspicaz que Christopher y la señora Eggleston, cuando su nieto le visitó esa mañana y le explicó la nueva complicación, dijo con un bufido.

- Así que acabas de pensar en ello, ¿eh? Bueno, muchacho, ¡yo lo pensé anoche mismo! - Muy complacido consigo mismo, Simon continuó-: Ya hice arreglos para que mi hermana Regina venga de visita. Ha quedado viuda, como sabrás, y vive en una pequeña residencia de Chigwell, en Essex. Le envié un mensaje con un mozo de cuadra anoche después de que te fueras y no hace más de diez minutos que volvió con su contestación. Regina llegará esta noche, así que todo está perfectamente solucionado.

Christopher regresó a Grillions y le comunicó a la señora Eggleston los arreglos que había hecho Simon. La anciana murmuró con un deje de admiración en la voz:

- ¡Qué listo ha sido! Claro que siempre lo fue. - Y sin más, los sirvientes comenzaron a

prepararlo todo para el traslado a Cavendish Square.

Nicole permaneció absorta en sus pensamientos toda la mañana. No podía entender por qué Christopher parecía reticente de informar a los Markham de su presencia en Londres. ¿Por qué? De pronto se le había ocurrido que quisiera retenerla a su lado por cariño, pero desechó el pensamiento con firmeza. ¡No iba a dejarse engañar por él nunca más!

Nicole se estaba acostumbrando a dejarse llevar por la señora Eggleston y por Christopher. Había perdido su espíritu de lucha. Llevaba una vida placentera; la anciana era buena y cariñosa con ella; Mauer, competente y divertida; Christopher, por lo general muy considerado, casi como un tío, encargándose de todo lo necesario. Era poco menos que imposible hacer otra cosa que aquello que se pedía de ella, y todo lo que se le exigía era que usara vestidos hermosos y elegantes y que actuara de modo encantador.

Le resultaba cada vez más difícil acordarse de los días de La Belle Garce y de la criatura revoltosa que había sido. Le parecían un sueño las veces que Christopher la poseyera y hasta casi creía que era la señorita recatada, dulce y algo coqueta que aparentaba ser.

Simon les brindó una amable bienvenida y muy pronto se ausentó, pues odiaba ver la casa revuelta.

Alrededor de las cinco de la tarde las damas estaban cómodamente instaladas en una impresionante serie de habitaciones del primer piso, cada una con alcoba y vestidor privados. Compartían una elegante sala de estar decorada en suaves matices de amarillo con una llamativa alfombra de intenso tono azul zafiro. Las habitaciones de Christopher se encontraban en el ala opuesta, separada por un amplio corredor alfombrado de color rubí y presumiblemente eran tan elegantes como las de la señora Eggleston y Nicole. Los sirvientes tenían sus propios cuartos, como la mayoría del personal de lord Saxon, en el segundo piso de la mansión.

La llegada de Regina esa noche, casi tres horas más tarde de lo esperado, causó una pequeña revolución, pues viajaba con una doncella personal, un ayuda de cámara y su propio criado, además de su mozo de cuadra y su cochero.

Lady Darby era una mujer alta de espalda erguida cuyas facciones podrían describirse como distinguidas más que bellas. Tenía la nariz larga, la boca grande y un mentón firme y decidido. Como su hermano, Simon, tenía el cabello oscuro, pero aunque era quince años menor, sus rizos oscuros estaban generosamente veteados de hebras de plata. Una vez que le quitaron las suntuosas pieles forradas de seda, quedó ataviada con un elegante vestido de intenso color castaño rojizo. Llevaba el cabello tirante y recogido en un severo pero atractivo moño que acentuaba sus rasgos distinguidos. Regina estaba envuelta en un aire de majestad e indiferencia que la hacía descollar entre todos. Pero nada de eso era verdad, ya que su

apariencia formidable ocultaba un ser bondadoso y ecuánime.

Irrumpiendo en el salón, exclamó:

- ¡Queridos míos! Me siento muy apenada por llegar tarde, pero simplemente me ha resultado imposible hacerla antes. - Mirando burlonamente a su hermano, le regañó-: ¡Vaya, Simon, nunca pensé que a tu edad fueras tan impetuoso! - Mientras él farfullaba y le echaba miradas feroces, Regina cruzó el vasto salón y abrazó cariñosamente a la sorprendida señora Eggleston -. ¡Queridísima Letitia, es maravilloso volver a verte! ¿Cómo pudiste marcharte de ese modo? Es tan grato encontrarte otra vez, ¡Y qué maravilloso es que estés en casa de Simon! Tendremos tiempo de sobra para charlar a nuestras anchas.

Dejando a la señora Eggleston en un estado rayano en la estupefacción, los ojos de Regina cayeron sobre Nicole, que estaba de pie junto a un sofá de raso.

-¡Querida! ¡Qué criatura tan adorable te has vuelto! ¡Los caballeros se agolparán a nuestra puerta! Harás furor en muy poco tiempo. ¡Oh, voy a divertirme muchísimo, estoy segura! Me comprometo a afirmar que dentro de dos semanas no tendremos una sola velada libre.

Nicole estaba fascinada. ¡Qué mujer tan encantadora era lady Regina Darby! Le hizo una graciosa reverencia y. dijo:

-Agradezco sus amables palabras. Es muy gentil de su parte y de lord Saxon acogemos en esta casa. Espero no ser una decepción para ustedes.

-¿Decepción? ¡Querida mía, yo jamás me decepciono! ¡Nadie se atrevería a decepcionarme! - replicó Regina con un guiño malicioso.

Al volverse con lentitud, la mirada inquisitiva de Regina cayó sobre la figura displicente de Christopher recostado con descuido contra la repisa de la chimenea. Con su atuendo habitual de chaqueta negra de terciopelo y pantalones claros, era un hombre que atraía las miradas de todas las mujeres. Le observó con atención durante unos segundos sin revelar qué pensaba de él.

-¿Y bien, Christopher? -dijo fríamente-. ¿Has regresado para quedarte? ¿O tienes la intención de desaparecer sin avisar y romperle el corazón a tu abuelo otra vez? -¡Regina! -tronó Simon.

-¡Oh, vaya! -suspiró la señora Eggleston, consternada. Todo se estaba desarrollando de modo tan placentero hasta aquel momento, pensó. Había olvidado que Regina no tenía pelos en la lengua.

Nicole, un poco apartada de los demás, observaba la escena con muchísimo interés. El capitán Sable, como aún seguía pensando en Christopher en ocasiones, siempre fue un enigma para ella, y por más que se esforzara, no podía acordarse de haberlo visto antes en

Beddington's Comer, aunque sabía que así debía de haber sido. Tenía mucha curiosidad por saber algo de él, y ésa era la primera oportunidad que se le presentaba de conocer algo más de su misterioso pasado. Por lo tanto no fue nada extraño que observara atentamente mientras Christopher, imperturbable en apariencia a pesar de las palabras mordaces de su tía abuela, hacía una reverencia y, con una sonrisa burlona en los labios, decía con aire conciliador:

- ¿Considera oportuno brindarme este recibimiento inquietándose por mi partida?

- ¡*Touché*! Te concedo una cosa, jovencito, es indudable que te has convertido en un hombre muy atractivo y sin pelos en la lengua. ¡Pero no intentes embaucarme! - replicó acremente Regina. Y cuando Simon abría la boca, se volvió a él, exclamando-: ¡Oh, cállate, querido! ¡Todos somos familia, y en las familias siempre se formulan preguntas embarazosas! ¡Vamos! ¡No es para tanto! Y ahora, hablando en plata... ¡dadme un atracón! ¡Os lo juro, me estoy muriendo de hambre!

La velada pasó con rapidez mientras Regina les ponía al tanto de los últimos chismes de la sociedad. Formuló pocas preguntas acerca de la llegada repentina de los huéspedes, y dio la sensación de aceptar como auténtico el relato que le contaron. Pero Christopher recelaba mucho de lady Darby; intuía que su tía abuela de ninguna manera se tragaría ese cuento sin reservas.

Varias veces, durante la velada, observó en sus ojos oscuros un brillo especulativo al mirarle.

Esa noche una sensación de frustración y de duda le mantuvo desvelado. «Debo de ser el necio más arrogante de nuestra época», pensó disgustado, «por haber creído que podía regresar a Inglaterra, deshacerme de Nicole y de la señora Eggleston como si fueran maletas inservibles, engañar a mi abuelo, descubrir los planes de ataque a Nueva Orleans y luego partir a toda vela.»

A la mañana siguiente Simon y él proyectaron dar un paseo por St James Street; lord Saxon quería hacer gala de su nieto en los diversos clubes de hombres a los que pertenecía y que se encontraban allí. Mas, cuando Christopher descendió para desayunar, le esperaba una carta que había sido entregada en mano. Después de echarle un vistazo al contenido, frunció el ceño. ¿Para qué querría verlo Alexandre Baring lo antes posible? Se encogió de hombros, ya lo averiguaría dentro de poco.

Buscó a Simon y se disculpó por no poder acompañarle. Al rato salió para la residencia de Baring en la ciudad. Al llegar minutos más tarde, le condujeron a la biblioteca, donde éste estaba charlando con un hombre de edad madura. Se encontraban cómodamente sentados en sendos sillones de respaldos muy altos tapizados de cuero marroquí rojo. Al verle entrar, Baring se puso de pie de inmediato.

-Muy amable de su parte venir tan pronto. En realidad, esperaba que lo hiciera. ¡Pero pase, tengo aquí algo que será una agradable sorpresa para usted! -Diciendo esto, Baring llevó a Christopher hasta el sillón donde se hallaba sentado el hombre mayor.

- Albert, éste es el caballero de quien te he estado hablando. Monroe, podría agregar, me ha escrito muy favorablemente sobre él. Christopher Saxon, le presento al señor Albert Gallatin Albert, te interesará saber que Saxon llegó de Nueva Orleans hace no más de dos semanas. Estoy seguro de que tendréis mucho de qué hablar más tarde.

Christopher miró a Gallatin lleno de asombro. Después de estrecharse las manos, exclamó:

- ¡Señor! Nunca esperé verle en Londres. La última noticia que tuve de usted era que estaba en San Petersburgo, Rusia.

- Así era... sin nada en absoluto que hacer, excepto pasar por turista durante meses. Como no estaba logrando nada, Bayard y yo decidimos partir. Tenía la esperanza de que al llegar aquí Alexander tendría buenas noticias que darme, pero parece ser que no se ha avanzado nada.

Baring pareció incómodo.

- Lo he explicado en las cartas, mi gobierno rechaza de plano toda mediación, pues considera que no se justifica una intromisión extranjera en esta guerra. Al menos, ahora que vuestro señor Madison ha aceptado la idea de Castlereagh de entablar negociaciones directas, se ha salvado uno de los mayores obstáculos.

-¿Y la cuestión de la leva injustificada? -inquirió Gallatin tajante.

Más incómodo que antes, Baring respondió:

-Simplemente, no podemos aceptar vuestras demandas al respecto sin perder nuestra armada. Es inútil y poco realista discutir ese tema en forma abstracta cuando es una necesidad, imperiosa por nuestra parte. ¡Maldición, Albert, hemos estado luchando por nuestras vidas!

Gallatin no se mostró conmovido por los comentarios apasionados de Baring, pero Christopher los encontró intrigantes en extremo. Los Estados Unidos, en apariencia, habían declarado aquella guerra por la leva injustificada de marineros norteamericanos, y ahora daba la sensación de que, a pesar de la propuesta de iniciar las conversaciones de paz, Gran Bretaña se negaba a considerar siquiera ese tema en las conversaciones. Entonces Christopher preguntó con frialdad:

- ¿Considera que es correcto que sus barcos de guerra intercepten nuestros navíos en alta mar y saquen de ellos a ciudadanos norteamericanos para hacerles servir por la fuerza en la armada británica? - Era un tema que calaba hondo en los sentimientos de Christopher, pues ¿no le habían enganchado a él mismo? Y si esa experiencia le marcó para toda la vida... ¿cuánto más no la padecerían los norteamericanos?

Baring hizo oídos sordos a la pregunta. No aprobaba aquella práctica, y no podía hacer mucho para impedirla. Pero en esos mismos barcos había desertores británicos que eran necesarios para luchar contra Napoleón. Estaba convencido, por otra parte, de que muy pocos marineros norteamericanos fueron enganchados, y tenía sus dudas de que se hubiese reclutado realmente a alguno.

Fue Gallatin, un hombre paciente y moderado, quien disipó la ligera hostilidad que flotaba en el ambiente, al afirmar con calma:

- No creo que sea tanto una cuestión de derecho como de saber si llegará a detenerse de una vez. - Miró inquisitivamente a Baring antes de continuar-: Entonces, no hemos de discutir el asunto de la leva; sin embargo, nuestros gobiernos han acordado negociaciones directas. ¿Qué hemos de discutir? ¿El tiempo?

- Lo sé, lo sé -comentó Baring, exasperado-. No sé con certeza en qué dirección se encarrilarán las conversaciones. Por ahora, me contento con saber que se está avanzando para que los diálogos comiencen. -Sonriendo, agregó-: Ya sabéis cómo son estas cosas.

Gallatin sí que lo sabía. Primero se produjo la oferta de mediación del zar durante la cual, según Ramanzov, el embajador ruso, los norteamericanos demostraron «demasiado ardor en sus aspiraciones de paz. Ahora habían aceptado las negociaciones directas y nombrado una nueva comisión, sólo para descubrir que el bando británico no sólo no había nombrado la suya sino que además quería cambiar el lugar donde debían llevarse a cabo. A veces pensaba que jamás se sentarían alrededor de la mesa de negociaciones. De ahí la visita nada ortodoxa que habían realizado a Inglaterra James Bayard y él mismo.

No consiguieron nada durante los meses pasados en Rusia, absolutamente nada. Y cansados de aguardar en vano, Bayard y él habían dejado a John Quincy Adams en su papel de enviado de Estados Unidos a Rusia en San Petersburgo. Gallatin admitía ante sí mismo que todo el viaje a ese lejano país había resultado un fiasco. Bayard y él habían llegado a aquella capital hacía casi un año y sólo media hora más tarde habían descubierto que los británicos habían rechazado la mediación del zar.

Intentaron partir de inmediato para los Estados Unidos, pero se encontraron con que los formalismos diplomáticos les obligaban a permanecer en el país. Como enviados especiales a la corte de San Petersburgo debían visitar al zar y presentar sus credenciales. De ahí en adelante, sólo éste podría decidir cuándo se considerarían terminados sus esfuerzos para mediar entre ambos países. Y durante los últimos nueve meses, Bayard y Gallatin fueron turistas involuntarios. Sí, desde luego que sabía muy bien «cómo son estas cosas». Christopher también tenía sus propias ideas de cómo eran aquellas cosas. Gallatin podía pensar que la

causa de la demora era un asunto de mera circunstancia y formalismo, pero Christopher tenía la creciente certeza de que los británicos, deliberadamente, estaban dando largas al asunto para ganar tiempo y dar un golpe mortal a los Estados Unidos. Sin embargo, no podía, bajo ningún concepto, hacer un comentario semejante delante de Baring. Con esa idea en mente, se las ingenió antes de partir para concertar un encuentro privado con Gallatin.

La llegada de éste y Bayard a Londres era una contingencia que ni Jason ni él habían considerado. No le afectaría en nada y de hecho podría prestar mayor atención a las razones que él mismo había dado para estar en Londres. Se preguntaba, con todo, qué creerían poder conseguir esos dos hombres.

Como él mismo, eran visitantes sin rango diplomático en una nación hostil. Por supuesto se les excluiría de todas las recepciones oficiales, y daba la sensación de que se encontrarían en una posición bastante incómoda sin poder hacer gran cosa, salvo permanecer al margen y recoger la información que pudieran. Esperaba casi lo mismo en su caso, pero por otra parte, su propósito era infiltrarse y, por cualquier medio que estuviera a su alcance, averiguar con exactitud cuáles eran los planes de los británicos para los Estados Unidos del Sur, en especial para Nueva Orleans.

Gallatin y Bayard estaban en una situación del todo diferente. Eran comisionados de paz designados directamente por el gobierno de los Estados Unidos. En su caso, atendía intereses privados, los suyos propios y los de Jason Savage, a pesar de la excelente carta de presentación de Monroe.

Impaciente por la reunión con Gallatin, pasó el resto de la mañana inquieto y con los nervios de punta. Y como no deseaba que nadie impidiera la entrevista, evitó pasar por Cavendish Square y se las arregló para matar el tiempo hasta la hora de la cita vagando sin rumbo por las calles de Londres.

Se presentó en el domicilio de Gallatin quince minutos antes de la hora fijada y se alegró al ser recibido de inmediato en sus habitaciones.

Christopher estudió con atención a aquel hombre. No era extraño que sintiera curiosidad por ese ex ministro cuyo mandato para la comisión se había impedido durante tanto tiempo y causado tal furor en el Congreso. Albert Gallatin no era un individuo a quien pudiera encontrarse en medio de una pelea parlamentaria. Era paciente, tolerante y moderado, un pensador cabal, no dado a obrar con precipitación. Christopher abrigaba esperanzas de que los otros comisionados designados por el gobierno fueran del mismo calibre.

Gallatin le recibió con una sonrisa y esperó hasta que Christopher estuviera sentado frente a él para preguntar:

- Ahora, mi joven amigo, ¿qué puedo hacer por usted?

- No estoy seguro de que pueda hacer algo por mí. Tan sólo quería hablarle en privado.

- ¿Tiene algo que decir que no pueda ser mencionado delante de Baring? -Gallatin se mostró un tanto sorprendido.

Sintiéndose en situación desventajosa, pero resuelto a expresar sus puntos de vista, Christopher habló:

-Sí. Así es, en efecto. Creo que el señor Baring está trabajando sinceramente en nuestro beneficio, pero también estoy convencido de que todo este retraso es deliberado. - Y considerando que, ya puestos, merecía la pena hablar con absoluta claridad, concluyó desafiante -: Creo que el gobierno de Castlereagh está impidiendo intencionadamente el comienzo de las conversaciones de paz. Estoy del todo convencido de que los británicos ansían otra victoria resonante en América para reforzar su posición en la mesa de negociaciones.

-Oh, estoy convencido de que eso es exactamente lo que están planeando.

- ¿De veras? - inquirió Christopher, confundido por la serena aprobación de Gallatin.

-Oh, sí, mi joven amigo, estoy persuadido de que nuestros compañeros británicos tienen en mente la conquista territorial -respondió Gallatin con un suspiro de fatiga-. Tal y como están las cosas, tienen una buena baza, y su posición es fuerte tras la guerra con Napoleón, pero estoy de acuerdo en que les gustaría derrotamos por un amplio margen.

Esto me enseñará a jugar a intrigas internacionales, pensó sarcásticamente Christopher. Al parecer había subestimado al sosegado señor Gallatin.

Éste, mirándole con suma atención, adivinó sus pensamientos y dijo con lentitud:

- Me estoy habituando a que la gente diga una cosa y haga otra. Creo que no hay nada que podamos hacer usted y yo. Le he comunicado a Monroe mis sospechas y espero que se dé cuenta de que tendremos suerte si podemos conservar nuestras fronteras como estaban antes de la guerra. Me propongo advertirle enérgicamente de que los británicos lanzarán una ofensiva masiva antes de fin de año y que sería prudente firmar la paz cuanto antes. Podríamos estar en grave peligro como nación si no lo hacemos. Es mucho más aconsejable olvidar cualquier idea sobre conquistar Canadá antes de encontramos de nuevo bajo el dominio británico.

- Eso es precisamente lo que yo pienso. Me alegra saber que le ha escrito al respecto. Por donde quiera que voy compruebo la supremacía británica -dijo Christopher con absoluta sinceridad -. Y le confieso que me ha preocupado sobremanera. Nuestro Congreso debe de estar viviendo en un mundo de ensueños si cree que podremos ganar algo más en esta guerra inútil.

Gallatin lanzó una mirada llena de ironía a Christopher.

- Nuestro Congreso vive en un mundo de ensueños. - Luego, como no había mucho más que agregar, dijo- Le agradezco profundamente su visita y el hecho de darme a conocer su opinión. Usted ha tenido más oportunidades que yo de observar la situación, y confieso que es reconfortante saber que no estoy solo en mis sospechas. Abrigo la esperanza de convencer a Monroe y a Madison.

- Yo coincido del todo con usted y le expreso mis sinceros deseos de que logre su propósito. -Se puso de pie y agregó-: Señor, si en algo puedo servirle, por favor, no vacile en comunicármelo de inmediato. Me haría profundamente feliz hacer todo lo que esté a mi alcance para ayudarle. - Fue un ofrecimiento sincero, pues Christopher instintivamente respetaba y admiraba a Gallatin.

Poniéndose también de pie, Gallatin le extendió la mano y dijo:

- Tenga la absoluta seguridad de que le llamaré si es necesario. Y no pierda ni un segundo en acudir a mí, si yo puedo servirle en algo. Los norteamericanos debemos mantenemos muy unidos.

- ¡Especialmente cuando nos encontramos en un país que está en guerra con el nuestro!

Soltando una carcajada, Gallatin asintió.

-¡Especialmente!

Fue un final agradable para la reunión, y Christopher partió de allí sintiéndose más confiado y seguro de no estar perdiendo el tiempo en una investigación inútil. Habría una invasión sin lugar a dudas. Pero, ¿cuándo? Y lo más importante de todo, ¿dónde?

Como era de esperar, Simon estaba bastante enojado por la deserción de Christopher en su primer día en Cavendish Square, y cuando reapareció minutos antes de la cena, el anciano refunfuñó:

- Bien, es muy amable por tu parte reunirte con nosotros esta noche. ¿No hay nada más que tengas que hacer?

Como única respuesta Christopher le sonrió, lo cual enfureció aún más a su abuelo. Las damas no tardaron en llegar y entonces el disgusto de Simon se volcó al otro tema que le preocupaba. Fulminando con la mirada a su hermana, exclamó, irritado:

- ¿Qué es esa tontería que he oído de una fastuosa fiesta en casa el mes que viene? ¡Maldición, Gina, te lo advierto seriamente, no permitiré que pongas mi casa patas arriba con tus maquinaciones! ¡Estás aquí como mi huésped, no lo olvides!

- ¡Oh, qué va! ¡Éste también fue antaño mi hogar! ¿Y cómo - preguntó no sin razón -, hemos de presentar a Nicole si no es con un gran baile de etiqueta? Cualquier otra cosa sería miserable e indigna. ¡Hasta Letitia está de acuerdo conmigo!

-Oh, sí, Simon, es imprescindible - intervino la señora Eggleston -. ¿No es verdad que en realidad no te importa? - rogó, y sus ojos azules se agrandaron y se clavaron, suplicantes, en el rostro de Simon.

Algo que se parecía peligrosamente al rubor tiñó las facciones enjutas de Simon, y estupefactos, Nicole y Christopher vieron cómo se derretía bajo la mirada suplicante de la señora Eggleston. Hundiéndose en las profundidades azules de aquella mirada, musitó:

- Bueno, no creo que un solo baile sea una experiencia demasiado penosa. - Después, frunciendo el ceño con furia, arrancó los ojos de los de la señora Eggleston y le gruñó a Regina:

- ¡Pero recuerda bien esto, no quiero ver esta casa envuelta en sedas rosadas ni ninguna otra tontería semejante!

Regina se limitó a sonreír con candidez, feliz con el resultado. Pero por otra parte, en ningún momento albergó dudas al respecto: su hermano siempre había sido un tonto cuando Letitia estaba de por medio y Regina con toda desvergüenza se había aprovechado de ello.

Más que sorprendida del brusco cambio de lord Saxon, Nicole le echó una ojeada a Christopher como si él pudiera resolver el misterio, y éste, adivinando su perplejidad, articuló con los labios:

- Más tarde.

Sin embargo, pasaron varios días antes de que tuviera oportunidad de charlar a solas con Nicole. Esa noche su abuelo había cenado en el club con varios de sus amigos, y después de la comida en Cavendish Square, la señora Eggleston y lady Darby se habían encerrado en el saloncito azul ocupadas en los preparativos de la fiesta.

Nicole, a quien las horas y los días se le hacían siglos, estaba practicando apáticamente en el piano del salón de música cuando Christopher, que salía para pasar la velada afuera, entró esperando encontrar a las tres damas reunidas.

Al ver que Nicole estaba sola, vaciló, pero como la relación entre ellos había sido casi amistosa últimamente, juzgó que no era necesario alejarse de repente. Cerrando la puerta a sus espaldas, cruzó el vasto salón hasta donde ella estaba sentada detrás del brillante instrumento de palisandro.

-¿Te propones seguir una carrera musical? -preguntó él, bromeando.

- ¡Nada de eso! Tu tía abuela y la señora Eggleston me han desterrado de sus intrigas después de que les preguntara por qué es tan importante invitar a la princesa Esterhazy y a la condesa Lieven -dijo con una mueca Nicole.

- ¿Por qué es tan importante? - inquirió Christopher, interesado.

Los ojos topacio de la muchacha brillaron con picardía.

- Bien, verás, las dos son patrocinadoras en Almack's, y lady Darby dice que se me deben otorgar documentos probatorios. Cada semana se prepara una lista para las invitaciones y si mi nombre no aparece en ella, estaré arruinada socialmente.

Al ver la expresión de desdeñosa incredulidad de Christopher, Nicole exclamó con convicción:

- ¡Es verdad! Lady Darby hasta citó un verso que se refiere a ello. Déjame ver si lo recuerdo. - Frunciendo levemente la frente, se concentró y luego se le iluminó el rostro al decir con aire de triunfo-: ¡Lo tengo!

«*De esa mágica lista todo depende,*
Fama, fortuna, amigos y amantes:
Es ella la que complace o irrita a
Todos sin distinción de rango, sexo o edad.
Si una vez en Almack's te aceptan,
Como los monarcas, nada indebido harás;
Mas, desterrado de allí la noche del miércoles,
Por Dios, ¡nada correcto te reconocerán!

Christopher sonrió con cierto cinismo; el famoso poemilla del señor Henry Luttrell había quedado grabado en la memoria de Nicole.

-¿Y todo tu éxito depende de esa lista y esas dos damas? -preguntó con sequedad.

-Sí, en lo que a la lista se refiere, pero hay más patrocinadoras. Lady Darby mencionó a lady Jersey, quien, según dijo, es muy veleidosa, y a lady Cowper. Parece ser que esta última es muy agradable y gentil. Hay otras más, creo, pero éstos son los únicos nombres que recuerdo en este momento. Darby dice que no tiene por qué haber ningún contratiempo, pero si la princesa Esterhazy o la condesa Lieven ponen reparos a causa de mis tíos y esta situación nada convencional, tendrá que abordar a lady Jersey. -Sonriendo irónicamente, concluyó-: Al parecer, a ésta le encanta armar gran revuelo y podría interesarse en protegerme, aunque sólo fuera para molestar a los demás. Y tu tía abuela está del todo convencida de que si fracasa todo el resto, lady Jersey hará precisamente eso.

- Hmm. Parece que mi tía abuela lo tiene todo muy bien calculado y que ha asido las riendas en sus manos. - Fingiendo gran consternación, Christopher gimió-: ¡Espero sinceramente que no decida hacerse cargo de mí!

Nicole soltó una risita alegre, pues era la primera vez en años que se sentía de verdad

cómoda con él.

- Te entiendo. Es la mujer más mandona que haya conocido, pero lo hace con tal encanto que no se puede menos que estar de acuerdo con sus planes. Ni siquiera tu abuelo le niega nada, por lo que he visto.

-¡Vaya, ahí es donde te equivocas! -replicó Christopher en tono burlón -. Fue la señora Eggleston quien consiguió que él diera su consentimiento para la fiesta, como tú bien sabes. ¡Estabas presente!

Bajando la vista de los ojos risueños de Christopher y casi respetuosamente, inquirió:

- ¿Hubo algo entre ellos? No es mi intención fisgar, pero fue tan evidente que tu abuelo dio su consentimiento para el baile por causa de la señora Eggleston que no pude menos que sentir curiosidad.

Christopher, apoyado con displicencia contra el piano, al contemplar la cabeza gacha de Nicole, tuvo súbita conciencia de la encantadora masa de bucles artísticamente enmarañados que dejaban a la vista su cuello blanco. Sintió un impulso casi irresistible de inclinarse y besar ese punto tentador donde el cuello se unía a los hombros satinados, y a duras penas logró dominarse. Aquella pose recatada y casi tímida que había asumido hechizaba a Christopher. Tan encantado estaba que se sorprendió contemplándola con el mismo semblante con que Simon había contemplado a la señora Eggleston, hasta que Nicole, azorada por el largo silencio, levantó los ojos y él se recuperó al instante. Maldiciéndose por dentro por su propia estupidez, dijo en tono frío:

-Sí, hubo algo entre ellos. Parece ser que estuvieron compro- metidos en su juventud. Debido a una discusión u otra, la señora Eggleston rompió el compromiso y cada uno se casó por su lado.

- Entiendo - respondió Nicole lentamente, aunque en realidad no entendía nada. Era difícil imaginar a la señora Eggleston discutiendo con alguien, y en especial tan acaloradamente como para llegar a una ruptura de compromiso, algo que no se podía tomar a la ligera; hasta en estos días un compromiso matrimonial obligaba tanto como el casamiento, y casi cincuenta años atrás lo habría sido mucho más. Pero esta relación de épocas remotas no podía haber convertido de manera tan visible a lord Saxon en esclavo de los caprichos de la señora Eggleston, pensó con rapidez Nicole, y sorprendida, exclamó:

-Todavía está enamorado de ella.

La boca de Christopher se roció en una mueca sarcástica.

- Así parece. Es increíble, ¿no crees? ¿Un Saxon amando a alguien y a lo largo de tanto tiempo?

- ¡Calla! - gritó Nicole, enfadada por sus comentarios despreciativos-. ¿Por qué tienes que decir cosas como ésas? -clamó con apasionamiento y lanzando dardos con los ojos-. ¡Creo que disfrutas mucho causando trastornos, haciendo declaraciones tan cínicas como ésa!

-¿Y tú no? -replicó él, tenso y por alguna razón tan enfadado como ella -. ¡Creo que has provocado más trastornos que yo en toda mi vida!

- ¡Eso es injusto! ¡Oh! - Con lágrimas brillando inexplicablemente en sus ojos, gritó-: ¡Oh, te odio Christopher Saxon! ¡Te odio con toda mi alma!

El joven la contempló mientras se crispaba un músculo en su mandíbula, y luego, olvidando todos sus buenos propósitos, la atrajo a sus brazos y murmuró con voz pastosa:

-¡Bien, aquí tienes otro motivo para odiarme aún más! -Capturó los labios suaves de la muchacha con su boca dura y despiadada en un beso colérico sin pasión y sin ternura, pero cuando Nicole se debatió con violencia contra él, la llama agridulce y ardiente del deseo que se encendía siempre entre sus cuerpos cobró vida.

Para vergüenza propia, Nicole se sintió apretándose con ardor contra el cuerpo musculoso de Christopher y gozando perversamente del dolor que le causaba su abrazo. Pero después, cuando su beso se hizo más intenso y cálido, él la soltó empujándola con rudeza de su lado como si ella fuera un ser vil y despreciable. En sus ojos llameó el desprecio y algo parecido al odio. A continuación giró sobre sus talones y sin una sola palabra salió a toda prisa del salón dejando a una Nicole confundida a sus espaldas.

Conmovida tanto por el beso como por su inesperado final, se dejó caer con lentitud sobre el taburete del piano. Se habían sentido tan cómodos el uno con el otro, pensó aturdida, tan cómodos por una vez, sin ningún trasfondo ni corriente traicionera, y de pronto todo había estallado en algo tenebroso, violento y desagradable. ¿Conseguiría alguna vez permanecer impasible cuando él estaba cerca?, se preguntó sombríamente. Contuvo el aliento, angustiada, al comprobar que le odiaba tanto como le amaba. ¿Por qué, pensó con desdicha, tenía que ser precisamente él? ¿Por qué todos esos recuerdos espantosos que nos destruyen?

Christopher avanzaba a grandes zancadas en dirección a su club mientras deseaba que las cosas fueran diferentes. Pero, a pesar de todo, desconfiaba de la señorita Nicole Ashford y se preguntaba hasta qué punto se parecería a su madre debajo de aquel exterior inocente y tentador. Sabía por experiencia propia que Nicole era como un camaleón, cambiando con tanta celeridad ante sus mismos ojos, de Nick a Nicole Ashford, que le dejaba maravillado.

Pero esa noche, por más que lo intentara, no podía culparla de nada. Fue él quien había hecho añicos la frágil paz que había reinado entre ellos. No tuvo motivos para decir lo que dijo, ni razón alguna para enfurecerla. ¡Si no fuera tan deseable, pensó con brusquedad, y él no

estuviera tan endiabladamente ansioso de poseerla otra vez! Esa mirada de desprecio y de odio a Nicole había sido tanto para ella como para él mismo; desprecio por no poder mantener sus manos lejos de ella, porque pudiera conmoverle todavía como lo hacía; y odio porque ninguna mujer podía arrancarle de su glacial indiferencia.

Más ceñudo que nunca y con un genio de mil demonios, se unió a unos conocidos y se sentó a una mesa de faraón en uno de los salones de juego de Boodle's. Christopher no había estado ocioso en aquellos últimos días. Las presentaciones de su abuelo le valieron convertirse en miembro no sólo en Boodle's sino también en White's y Brook's, los clubes más afamados de la aristocracia inglesa.

Naturalmente, Simon también presentó a su nieto a los hijos y sobrinos de sus amigos, y en consecuencia, Christopher era ahora bien conocido entre los miembros de los círculos más aristocráticos. Pero resuelto a encontrar la prueba de la invasión que tanto necesitaba, se había inclinado preferentemente hacia los militares. Y como le disgustaba sobremanera la idea de usar a los amigos de Simon, catalogaba a los conocidos recientes en dos categorías. Por un lado estaban esos alegres petimetres que sólo se preocupaban por el corte de sus chaquetas, los caballos y el juego, con quienes se reunía por el mero placer de pasar un rato divertido. Por el otro, estaban los militares serios que podían tener acceso a la información y de quienes sospechaba una naturaleza indiscreta y corrupta. Siendo más un hombre de acción que de mañas y engaños, su situación actual le hacía sentir paralizado e impotente, una circunstancia que tendía a mantener su genio apenas debajo del punto de ebullición. Mas, a pesar de todo eso, estaba haciendo algunos progresos. Se las había ingeniado para acordar un encuentro con un capitán de caballería de la Casa Real de Inglaterra, y luego estaba aquel joven teniente de marina, de permiso en aquellos momentos por una herida recibida en Orthes. El capitán Buckley, según suponía Christopher, tendía a ser indiscreto, y albergaba la esperanza de que el teniente Kettlescope resultara corruptible. Sus pensamientos abandonaron la mesa de faraón al reflexionar sobre los días que le esperaban en el futuro cercano, sobre las noches que pasaría bebiendo y jugando mientras trataba de captar cualquier información, cualquier comentario fortuito que pudiera convertirse en hecho sólido. Gruñó en su interior, maldiciendo a Jason. Después sonrió porque sabía que una vez presentada aquella idea, nada podría haberle impedido tomar parte en ella. Pero debajo de todas esas preocupaciones e inquietudes, había una gran satisfacción por volver a estar con su abuelo. Aún tenía algunas reservas respecto a su tía abuela Regina. Pero el otro miembro de la familia a quien había deseado ver y al mismo tiempo temía encontrar no había aparecido aún, ni lo habían mencionado Simon ni Regina. ¿Dónde diablos estaba Robert?

CAPÍTULO XXIII

Mientras Christopher jugaba al faraón, Robert Saxon estaba conduciendo furiosamente su cabriolé en dirección a Londres. Una expresión de odio distorsionaba sus facciones distinguidas, que ya mostraban las señales de una vida disipada.

«¡Maldito!», pensaba lleno de un furor maligno, «¡Por qué no murió y también murió Simon, ese viejo idiota!»

El corazón de Robert no albergaba mucho afecto por nadie, salvo por sí mismo. Era un hombre frío que había anhelado sólo dos cosas en toda su vida. Una se la negó la vida por nacer segundón y la otra una cruel jugarreta del destino.

Pero Robert no era un hombre que se dejara amilanar por tales insignificancias como un hermano mayor o el hecho de que la mujer que deseaba tuviera un esposo.

Su hermano había sido con mucho el más fácil de quitar de en medio. Cuando Gaylord y su esposa partieron en un viaje de placer a Comwall muchos años atrás, Robert les había acompañado, hasta que llegaron a un tramo especialmente peligroso y traicionero del camino que bordeaba la costa. En la posada donde se habían detenido para el último cambio de caballos, Robert sugirió que quedaría atrás para esperar a unos amigos que se reunirían con ellos. Gaylord había sido un hombre gentil y afable y aceptó la idea de inmediato sin sospechar jamás que su hermano menor tuviera algún motivo traicionero. Por lo tanto se despidieron alegremente Y Gaylord y su esposa partieron ignorando que Robert había cortado en parte los tirantes del carruaje. A unos tres kilómetros de distancia de la posta, el cuero debilitado se rajó por completo, y el carruaje se precipitó al mar; dejaron un hijo pequeño, Christopher, como único obstáculo en el camino de Robert. Pero era un hombre paciente y confiaba en que encontraría alguna forma de deshacerse de su sobrino.

El accidente de Gaylord había resultado tal como él lo había planeado, pero ni Annabelle ni Robert habían previsto que ella muriera en el aparente accidente de navegación que costaría la vida de su esposo, dejando a la joven viuda libre para volver a casarse. Nadie sabría jamás la fría furia que había sentido y el dolor lacerante que padeció al enterarse de la muerte de Annabelle. Eso y la sospecha... ¿qué demonios había ido mal ese día? ¿Por qué ese muchacho, Giles, estaba con ellos en el velero? ¿Acaso Adrian descubrió el complot demasiado tarde para salvarse y decidió que Annabelle muriera con él? ¿O ésta se había ahogado por tratar de salvar a su hijo? Ésas eran preguntas que nunca obtendrían respuesta, y como ácido le habían carcomido el alma durante aquellos largos seis años, corrompiendo lo poco bueno que existiera

en él.

Muerta Annabelle, se había convertido en un hombre endemoniado cuya única satisfacción era saber que, al menos, su otro deseo estaba a su alcance... él y nadie más que él sería el próximo barón de Saxony. Pero entonces, cinco años atrás, Christopher regresó, Christopher de quien esperaba que muriera en el mar, y se vio forzado a tratar una vez más de deshacerse de la única persona que frustraba sus ambiciones. Aquella vez había planeado un asesinato, pero su sobrino escapó otra vez.

Robert entrecerró los ojos y alzando el látigo fustigó salvajemente a los caballos exigiéndoles mayor velocidad. Una sonrisa torcida y cruel se dibujó en su boca mientras hacía un juramento lleno de veneno: «¡Esta vez no escaparás, mi querido sobrino! Esta vez no... aunque tenga que hacerlo con mis propias manos».

La carta de Simon que comunicaba la llegada de Christopher había llegado a manos de Robert mientras estaba de visita en casa de unos amigos en Kent, casi al anochecer. Presentó las excusas debidas y partió lo antes posible después de cenar, haciendo caso omiso de las objeciones muy razonables en contra de un viaje nocturno. Robert se había mostrado inflexible por más que sabía que no llegaría a Londres esa noche. Pero necesitaba descargar toda su furia atravesando la campiña de noche en aquel viaje raudo y enloquecido, al tiempo que reunía sus fuerzas para enfrentarse a Christopher.

No tenía idea de lo que éste podría haberle contado a Simon, y la carta de su padre era singularmente escueta, pues sólo le informaba de que Christopher se encontraba alojado con él en Cavendish Square. Al leer esas líneas nada gratas empalideció. ¡Christopher aún vivo y de regreso! Y no era difícil leer entre líneas que ambos se habían reconciliado. Maldiciendo, Robert arrojó con violencia la nota al suelo.

La relación entre padre e hijo era de cautelosa indiferencia. Simon vivía en Cavendish Square la mayor parte del año, disfrutaba de la temporada en Brighton, y luego, cuando esas diversiones le hastiaban o se volvían aburridas, buscaba refugio en la paz y quietud de Surrey. Robert también vivía en Londres, ya que poseía un piso muy elegante y muy costoso en Stratton Street. Pero su padre y él rara vez se encontraban, normalmente sólo cuando las deudas de Robert se volvían demasiado apremiantes o algún grave escándalo parecía estar a punto de arruinarle. De otro modo, sus únicos encuentros eran en algunos eventos notables de las temporadas de Londres y Brighton.

La esposa de Robert, una mujer enfermiza, había fallecido hacía siete años al dar a luz a un niño muerto. Y fue precisamente ese acontecimiento el que le había inspirado la idea de la muerte accidental de Adrian para liberar por fin a Annabelle. Robert siempre había creído que

era muy irónico que su propio plan le hubiera hecho perder a la única persona que le importaba de verdad.

Sus otros hijos, pues tuvo dos en su matrimonio, no le profesaban más amor y cariño que los que él les tenía. Anne estaba felizmente casada con un gallardo y joven par del reino y se encontraba en York esperando el nacimiento de su tercer hijo. Su otro vástago se hallaba todavía en Eton, y Robert tenía la esperanza de que Simon apadrinara al muchacho, encargándose de asignarle el dinero suficiente para vivir de acuerdo a su rango cuando terminara sus estudios y se instalara en Londres.

Si Christopher hubiera preguntado por qué no se había mencionado el nombre de Robert, Regina le habría contestado con acritud que era porque su tío era una bestia tan fría e insensible. Aunque poseía hasta cierto grado el encanto de los Saxon y podía seducir a los incautos con facilidad, no se granjeaba el cariño de sus familiares. Simon amaba a su hijo menor, pero no se le ocultaban sus fallos y excesos, pues demasiado a menudo había tenido que rescatarlo de negocios sucios y deshonrosos. Pero nadie conocía la verdadera gravedad y peligrosidad de esas faltas. Ni siquiera Regina, que veía más allá del amor paternal de su hermano, habría sospechado jamás que su sobrino hubiera cometido un crimen. Pero mientras el cabriolé rodaba con estruendo camino de Londres, Robert guardaba en su corazón un ansia terrible de matar.

Otra de las misivas de Simon despertó también furia y consternación en otras personas.

- ¡Dios mío, no puedo creerlo! ¡Nicole tiene que estar muerta! ¡El barón Saxon debe de estar refiriéndose a una impostora! -exclamó Edward Markham cuando sus padres esa noche le habían comunicado la mala noticia -. ¿Qué está haciendo ella en Londres, si en verdad es Nicole? ¡Se hubiera presentado aquí en su hogar! ¡Debe de ser una farsante! ¡No lo creo!

La misiva de Simon a los Markham fue redactada en los términos más corteses posibles, pero, como en la destinada a su hijo, sólo expuso los hechos desnudos. La señorita Ashford, su sobrina, estaba por el momento de visita en Cavendish Square. Había llegado a Inglaterra hacía una semana más o menos, procedente de Norteamérica. ¿Les parecería bien venir a visitarles?

-¿Visitarles? -gritó enfurecido Edward-. ¿Ella está también de visita? ¡Bien, abandonará Cavendish Square en el mismo instante en que ponga mis manos sobre ella! ¿Quién se cree que es lord Saxon? ¡Tú eres su tutor, no él!

Edward se había acostumbrado a considerar muerta a Nicole y a creer que sólo era cuestión de tiempo que toda su fortuna y sus tierras pasaran a sus manos. La familia Markham en su totalidad se había vuelto confiada con el correr de los años, pues estaban convencidos de que Nicole debía de haber sido víctima de alguna perfidia.

Todos ellos se sintieron alarmados al conocer su paradero, mortificados y un tanto recelosos. William, su tío, se había dedicado a encauzar hacia sus arcas las rentas y gruesas sumas de dinero que pertenecían a Nicole para comprar propiedades a su nombre, y no ansiaba que se hiciera una revisión de cuentas sobre su tutoría. Edward, creyendo que todo sería suyo sin una esposa molesta atada a su cuello, estaba más que furioso. Y a Agatha le disgustaba sobremanera la idea de tener que compartir el papel de señora de Ashland con la detestable hija de Annabelle. Ninguno de ellos, sin embargo, dudaba de que el plan original de casar a Nicole con Edward se llevaría a cabo ahora. Éste la desposaría, y no habría entonces preguntas embarazosas sobre cómo y dónde se había gastado el dinero durante la minoría de edad de la joven. Y entonces, como una manada de lobos hambrientos, empezaron a prepararse para ir a Londres lo antes posible.

Simon escribió las misivas con singular entusiasmo y júbilo, lleno de malicia; ahora estaba esperando los resultados de su trabajo con suma impaciencia. Había jugueteado con la idea de poner sobre aviso a sus huéspedes de Cavendish Square de la probable invasión de la casa por Robert y los Markham, pero la desechó con rapidez, pensando que era más divertido que los cogiera por sorpresa.

Robert llegó a Londres a la mañana siguiente y se dirigió a su piso para descansar algunas horas después de ese viaje agotador de toda la noche. Al despertar por la tarde, se vistió con su habitual estilo descuidado para la visita que le haría a su padre.

A los cuarenta y tres años, Robert era todavía un hombre atractivo y de buena figura. A despecho de ese aire de disipación, de las profundas arrugas burlonas de su rostro, poseía un gran hechizo para el sexo débil. De algo más de un metro ochenta de estatura, su cuerpo era tan musculoso y delgado como hacía veinte años. El cabello moreno estaba realzado por dos alas plateadas que arrancaban de las sienes, y al igual que Christopher, tenía la tez aceitunada como la de los gitanos. Los ojos eran de un color extraño... ni verdes ni dorados; la boca era fina y recta, la contrapartida exacta de los labios curvados y sensuales de Christopher; sin embargo, Robert era un hombre de gran atractivo.

Mientras se vestía para la visita, todos los habitantes de Cavendish Square estaban en la mansión tomando el té. Se habían reunido en el salón principal, que ostentaba una imponente chimenea de mármol italiano y muros recubiertos de colgaduras de seda gris claro. Lady Darby, en su papel de anfitriona, estaba sirviendo té de una pesada tetera de plata, mientras Nicole, vestida con un traje de satén verde sauce, se encontraba sentada al lado de la señora Eggleston en un sofá chippendale tapizado en rosa.

Simon se había arrellanado a la izquierda de lady Darby y Christopher permanecía de pie

junto a su sillón. Los dos hombres estaban charlando amistosamente cuando se anunció llegada de Robert.

Las tres damas levantaron la cabeza, sólo un tanto sorprendidas, aunque Regina se preguntó qué querría Robert de Simon ahora y cruzó los dedos para que no causara una escena desagradable. Supuso que se sentiría desilusionado al ver a Christopher después de haberse creído heredero de Simon durante año pero esperaba que se comportara como todo un caballero por una vez en su vida.

Robert, dominado por completo después de haber descargado toda su furia, era demasiado hábil y ladino para mostrar su disgusto. Pero entonces algo pasó que le hizo olvidar a Christopher por completo.

La presencia de Regina detrás de la mesita de té no en sorprendente ya que siempre pasaba una temporada con Simon. Pero su padre no había mencionado en la misiva a la señora Eggleston ni a Nicole, y Robert no estaba preparado en absoluto para la presencia de la hija de Annabelle.

La habría reconocido en cualquier parte. Era verdad, pensaba mientras sus ojos devoraban la figura recatada de Nicole sentada junto a la señora Eggleston, que su cabello carecía del color rojo fuego que brillara en el de su madre, pero los destellos castaños rojizos de los rizos oscuros eran un innegable recordatorio de los de ella. La similitud radicaba en la textura de pétalo del cutis rosado, el arco burlón de las cejas finas y oscuras, en la curva tentadora de sus labios, en la nariz recta y casi arrogante y el cuerpo esbelto de pechos maduros y erguidos. La mayor diferencia estaba en el color de los ojos. No eran verdes como esmeraldas; sin embargo, la forma era la misma, y Robert se encontró de súbito perdido en sus profundidades color topacio.

Apartó la vista con gran esfuerzo y miró sin ver a la señora Eggleston. La recordaba con vaguedad, y durante la presentación que efectuó Regina pudo recobrar su aplomo.

- Es una agradable sorpresa volver a verla, señora Eggleston -dijo con una sonrisa fría en los labios-. Espero que disfrute de su estancia en Londres.

Ésta balbuceó alguna respuesta ininteligible, pues Robert siempre había tendido a hacerla sentir confundida. Habiendo saludado a la señora Eggleston, podía una vez más regalarse los ojos con la hija de Annabelle. Incapaz de remediarlo y enfureciendo más aún a Christopher, que los estaba observando con atención, Robert sostuvo la mano de Nicole más tiempo de lo estrictamente necesario para luego besarle los dedos delgados y elegantes.

Bajo su intensa mirada, la joven no pudo dominar el ligero rubor que tiñó sus mejillas, pero con una sonrisa insegura alzó los ojos y se enfrentó abiertamente a su mirada. Robert quedó

hechizado, y en ese momento transfirió la pasión que había sentido por Annabelle a su hija Nicole. Se olvidó de todo, salvo de la muchacha que tenía ante sus ojos, y sólo la voz tajante de Simon consiguió sacarlo de su ensimismamiento.

- ¡Deja de emplear tu indudable encanto con mis huéspedes y ven a saludar a tu sobrino! - exigió Simon, irritado en extremo.

El verdadero propósito de su visita a Cavendish Square volvió de pronto a su memoria, pero disimuló con habilidad su ira y con una sonrisa sardónica en los labios, se dio la vuelta hacia el anciano.

-¡Perdóname! -exclamó con serenidad-. Pero sucede tan pocas veces que te visiten personas tan encantadoras que me olvidé de mí mismo. Hola, Christopher.

El antagonismo entre los dos hombres fue instantáneo y tangible. Como poderosas bestias de presa, sus miradas chocaron como relámpagos en un cielo oscurecido mientras el aire casi chisporroteaba con la fuerza de emociones misteriosas e intensas contenidas a duras penas.

Christopher había quedado rígido en el mismo instante en que Twickham anunciara a Robert, pero ahora, con el rostro impasible y los ojos brillantes y retadores, se inclinó con estudiada cortesía, murmurando:

-Querido tío, es una gran satisfacción volver a verte después de todos estos años.

Robert arqueó una ceja, incrédulo.

- ¿Satisfacción?

Sonriendo burlonamente, Christopher replicó:

- ¡Sí! No tienes idea de con cuánto ardor he esperado encontrarme contigo... otra vez.

Se entrecerraron sus ojos al captar el doble sentido de sus palabras, se encogió de hombros y dijo con aparente ligereza:

- ¡Qué grato para mí! ¡Procuraré no decepcionarte!

- ¡Estoy plenamente seguro de que no lo harás! ¡Espero con sumo interés complacerte en todo! -prometió Christopher con velada amenaza en la voz.

Robert se puso tenso, pero antes de que pudiera responder, Simon advirtió que esa conversación había ido demasiado lejos y les interrumpió.

-¡Ejem! -carraspeó con fuerza-. Bien, hijo, tienes muy buen aspecto. Aunque no había esperado verte por aquí antes de la semana próxima.

- ¡Vaya, eso sí que lo dudo! - replicó Robert con una sonrisa siniestra -. Deberías haber sabido que la curiosidad por la llegada inesperada de Christopher me traería a toda prisa. Después de todo, no es frecuente que alguien surgido de entre los muertos, por así decir, regrese a la mansión ancestral.

De todos los ocupantes del salón, el único que captó la enemistad implícita en esas palabras fue Christopher, quien ya había decidido la conducta a seguir, y dejó pasar el comentario. Un momento después la conversación se generalizó y se permitió un suspiro de alivio, contento de que su primer encuentro borrascoso con su tío hubiera pasado ya. Con todo, apretó los labios y lanzó una mirada asesina a Simon. Ese viejo bribón iba a tener que darle algunas explicaciones, pensó.

Avanzada la velada, Christopher buscó a su abuelo para charlar con él en privado, pero Simon, ya fuera por accidente o a propósito, había salido rápidamente para el club y Christopher se vio obligado a postergar sus preguntas.

Esa noche, acostado en su lecho, repasó una y otra vez la conversación mantenida con su tío, sabiendo que éste todavía le odiaba y estaba furioso por su regreso a Inglaterra. Permaneció tendido en medio de la oscuridad durante largo tiempo, seguro de que su presencia en Cavendish Square era una maldición para Robert. Y toda la repulsión y odio que había creído superados le sumieron en la desesperación una vez más. Agitado y atormentado, no sólo por los viejos recuerdos sino también por la escena de Nicole sonriéndole a Robert, se revolvió en el lecho sin poder separar a la joven de Annabelle. Y esa tarde, al ver a Nicole y a su tío juntos, los recuerdos se habían agolpado en su mente.

«¡Oh, Dios mío! Estoy loco», pensó con dolor, «loco por permitir que el pasado me destruya, y loco por dejarme enredar en esa historia antigua en un momento como éste.»

Sin embargo, Christopher no era el único que se revolvía en la cama esa noche. La confrontación entre Christopher y Robert había desasosegado profundamente a Simon, ya que era consciente de que, a pesar de las palabras corteses que habían intercambiado, existía algo peligroso y siniestro entre esos dos hombres.

Había esperado que la presencia inesperada de su hijo sacudiera a Christopher y le hiciera tomar alguna actitud reveladora. Pero, reflexionaba apesadumbrado, su nieto sabía a la perfección cómo ocultar sus sentimientos, y aparte de una ligera rigidez en el cuerpo y la expresión impasible de su rostro, no había revelado absolutamente nada.

«¿Y qué esperabas?», se preguntó, «¿qué querías? ¿Que Christopher se arrojara al cuello de Robert para demostrarle su afecto? ¡Bah! Sólo porque sospechas que éste puede haber tenido algo que ver con la desaparición súbita de tu nieto y su repentina inclinación por el mar, no es excusa para buscar pruebas de lo que no existe. ¿Y qué ganarías, si se confirmaran tus sospechas? ¿Saber que tu hijo es más sinvergüenza aún de lo que ya sospechas? ¿Te haría feliz eso?»

Como ningún padre desea opinar lo peor de su descendencia, Simon no quiso pensar más

en el tema. Christopher había vuelto a él yeso era todo lo que importaba.

A la mañana siguiente, después del desayuno, el nieto solicitó una entrevista privada con su abuelo. Esperando una solicitud semejante después de la aparición de Robert, Simon se la concedió de inmediato y llevó a Christopher a su gabinete. Simon cerró la puerta a sus espaldas y luego, no del mejor humor a esa hora de la mañana, preguntó enfadado:

- ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que te está carcomiendo tanto que ni siquiera me permites desayunar en paz?

Sabiendo que había terminado de comer hacía más de media hora, Christopher pasó por alto sus quejas. Esperó hasta que se f hubo sentado detrás del escritorio antes de hablar con la mayor seriedad:

- No es nada de gran importancia, pero sospecho que no le agradará lo que tengo que decirle.

Simon se puso tenso temiendo que por fin oiría la verdad de lo que ya sospechaba. Y tan preparado estaba para las palabras abominables que estaba seguro debían llegar, que durante un segundo después de haber hablado Christopher, permaneció con la mirada clavada en el vacío. Después, cuando comprendió el significado real de las sencillas palabras de su nieto, repitió lentamente:

-¿Deseas mudarte? ¿Tener tu propia casa?

Eso era exactamente lo que quería Christopher. Durante toda la noche en vela llegó por fin a una decisión. Quedarse a vivir con Simon era imposible. En las próximas semanas, lo más probable era que tuviera que hacer algunas cosas y ver a varias personas, y tendría que conservar cierto secreto. Si quería conseguir algo necesitaba libertad de acción, libertad para ir y venir a su antojo a horas desusadas sin que nadie pudiera comentar o preguntarse qué hacía y por qué.

En las primeras horas de la madrugada había decidido que los espías trabajaban mejor en las sombras. Pero existía otra razón para que deseara tener su propio alojamiento lejos de aquella casa. No tenía ningún deseo de volver a ver a Robert inclinado solícitamente sobre la mano de Nicole. Le recordaba con demasiada intensidad a su tío y Annabelle. La joven misma le perseguía en sus sueños todas las noches en contra de su voluntad, y su cercanía podía derivar en una pasión física que él despreciaba como una debilidad. No era un experto en luchar contra la tentación, y creía preferible alejarse de su propia seductora. Había cumplido lo que se había propuesto, traerla de regreso a Inglaterra, y ya no estaba bajo su responsabilidad. Todo lo que existiera entre ellos había terminado para siempre; había muerto.

Christopher esperaba alguna discusión, pero Simon le sorprendió diciéndole con indiferencia:

- Haz lo que quieras. Ya eres demasiado mayor para que te dé órdenes. - Al ver la expresión de asombro de Christopher por debajo de sus cejas espesas e hirsutas, inquirió secamente-: Nos visitarás de vez en cuando, espero.

- ¡Oh, puede estar seguro de ello! ¿Debo interpretar entonces que no tiene ningún inconveniente en que consulte a mi agente sobre alojamientos adecuados para mí? -preguntó con cortesía Christopher aunque ambos sabían que era un mero formulismo.

-Sí, muchísimos inconvenientes, pero dudo que los tomes en cuenta. ¡Sólo estoy agradecido de que no hayas decidido arrebatar de mi lado a la joven Nicole ni a Letty! -Con una sonrisa afectuosa, confesó-: Durante la semana pasada me he encariñado mucho con esa criatura. ¡Gracias a Dios no se parece en nada a su madre! Brinda placer con sólo observarla y es dulce y encantadora en todos los sentidos. - Consciente de la repentina expresión de indiferencia en el rostro de su nieto, cambió de tema de inmediato-: Naturalmente, Regina nos tendrá a todos muy inquietos y apurados con ese baile que se le ha ocurrido ofrecer, y eres muy sensato al buscar una residencia distinta a ésta. ¡No te culpo en absoluto! Yo mismo lo haría, si ésta no fuera mi casa.

Riendo con verdadera alegría al oír el tono lastimero de su abuelo, le tentó:

-¿Desea venirse conmigo?

Pero Simon se limitó a reír.

- No, no huiré de Regina. - Aunque el nieto se sonriera, sintió una punzada en el corazón al observar a Simon. Las señales de su pasada enfermedad eran más evidentes de lo que Christopher había notado en un principio: su abuelo usaba bastón de vez en cuando, y su cuerpo parecía más frágil. El cutis se veía ajado sobre los pómulos prominentes. De pronto, aborreció toda esa superchería y las mentiras y verdades a medias en las que estaba envuelto y deseó con toda su alma que el relato que había contado fuera cierto. Pero no se podía retroceder ahora, era del todo imposible.

- Bueno, si esto resulta demasiado para usted, ya sabe que mis puertas estarán abiertas.

- ¡Ja! ¡Apuesto cincuenta libras a que te cuidarás muy bien de que no me mude contigo!

Los ojos ambarinos del anciano parecían bailarle en el rostro contrastando con la expresión apesadumbrada de Christopher.

- ¡Abuelo! ¡Pensar que yo pueda ser capaz de semejante cosa! -exclamó Christopher en tono de reproche.

Clavando una mirada penetrante en el rostro juvenil de su nieto, Simon declaró bruscamente:

-Creo que eres capaz de muchas cosas. Cosas que prefiero no conocer. - Y decidiendo que más valía que le tomara por lobo que por oveja, añadió con deliberación -: Eres igual a Robert

en eso.

La risa desapareció al instante de los ojos del joven, que dijo con voz apagada:

-¡Usted también es capaz de muchas cosas! ¿No pensó que me hubiese interesado saber que le había escrito?

Simon tuvo la benevolencia de demostrar cierto embarazo, pero fanfarroneó:

-¡Yo lo hice, y soy el único que necesitaba saberlo, jovencito!

No hubo ningún comentario por parte de Christopher, que siguió sentado sobre una esquina del escritorio con una pierna colgando mientras parecía absorto estudiando los pocos pelos negros que crecían en el dorso de su mano. Los segundos pasaban, y sin decir nada todavía enderezó parsimoniosamente los puños blancos de la camisa. Sin mirar a Simon, preguntó como al descuido:

-¿Hay alguien más a quien le haya escrito y que no consideró necesario hacérmelo saber? - Y mirando con rapidez en dirección a su abuelo, captó la expresión de culpa que cruzó fugazmente por su semblante -. ¿A los Markham, quizá? - ronroneó con voz sedosa.

- ¡Precisamente, sí! ¡Sí, lo hice! - replicó Simon, desafiante, irritado por ese juego del gato y el ratón.

-¿Y no creyó que me interesaría saberlo? ¿Que me gustaría estar preparado? -estalló Christopher lanzando chispas por los ojos.

-¡Yo estoy preparado! -rugió Simon-. ¡Y soy el único que necesita estarlo! -Como Christopher seguía mirándole con disgusto, añadió en tono conciliador-: No hay razón para inquietar a las damas. De todos modos, tan sólo conseguiríamos preocuparlas. Cuando lleguen ese Markham y su hijo, yo me encargaré de ellos. ¡Ya verás si lo hago!

Christopher observó el brillo de excitación en los ojos de su abuelo y todo se esclareció para él.

- ¡Esto le divierte muchísimo! ¡Está disfrutando! -le acusó Christopher reprimiendo la risa.

Echando una mirada colérica a su nieto, Simon se mantuvo en altivo silencio, pero segundos después sus labios se crisparon en un esbozo de sonrisa.

- Tal vez - admitió a regañadientes. Luego su rostro fue la imagen misma de la piedad hipócrita al decir lúgubre mente -: Me quedan tan pocos placeres a mi edad, y tú quieres negármelos.

Reprimiendo la risa a duras penas, Christopher meneó la cabeza.

- ¡Oh, no, abuelo! ¡Tiene mi bendición para divertirse como le venga en gana! ¡Especialmente cuando lo que le complace más es desconcertar y perjudicar a los Markham!

Ajenos a que les contemplarían con sorna, los Markham estaban preparados para invadir

Cavendish Square. Pero sorprendentemente, después de su llegada a Londres el jueves, Edward cambió de parecer y rehusó acompañar a sus padres a la mansión de Cavendish Square. Más astuto que William o Agatha, supuso correctamente que lord Saxon no tenía intención de poner a Nicole en las manos de sus tutores. También pudo imaginar la confrontación que se desarrollaría entre ellos: lord Saxon arrogante mente inflexible y su padre bramando y fanfarroneando mientras su madre se dejaba llevar por la histeria. No, pensó con un escalofrío, no les acompañaría.

Permitiendo, en cambio, que sus padres amenazaran y denostaran a su gusto, él aparecería con todo el candor de un primo cariñoso, y ocultando apenas la vergüenza que sentía por la actitud de sus progenitores, procedería a cortejar a Nicole por su cuenta. Consideró, muy complacido consigo mismo, que no había necesidad de jugárselo todo a una carta. Si sus padres fracasaban y no conseguían la custodia de Nicole de una manera, él lo haría de otra. No deseaba separarse de su prima tras una escena desagradable que ella no olvidaría fácilmente, y que con seguridad recordaría con desagrado.

William y Agatha, por supuesto, se sintieron molestos por su cambio de opinión. Era irritante en extremo en vista de lo enojado y furioso que había estado al principio. Ahora se mostraba indiferente y no encontraban motivo para ello, ya que Edward no les había hecho partícipes de sus propios planes.

En consecuencia, el viernes por la mañana, el día después de la reunión de Simon con Christopher, sólo William y Agatha acudieron a la elegante mansión de Cavendish Square. Salió a recibirles un Twickham extremadamente desdeñoso y altanero. Simon le había ordenado ser tan arrogante como le diera la gana, así que les miró de arriba abajo con desprecio y murmuró con desdén:

- Aguarden aquí, veré si el señor recibe esta mañana.

Dejó a la pareja de pie en el vestíbulo y majestuosamente desapareció por el corredor. Al encontrar a Simon solo en el saloncito donde se servía el desayuno, con un brillo conspirador en los ojos, Twickham, casi en un susurro excitado, dijo:

-¡Han llegado, señor! Les dejé esperando en el vestíbulo.

-¡Ja! -bufó Simon con satisfacción. Un destello combativo asomó a sus ojos en ese momento; luego observó a Twickham pensativamente -. ¿Crees que debemos hacerles esperar más de treinta minutos?

Reflexionando con placer que su señor no había estado tan animoso y activo como ahora desde hacía mucho tiempo, Twickham se permitió un esbozo de sonrisa que distendió sus severas facciones y respondió con serenidad:

-Sí, señor, creo que será suficiente dejarles esperar alrededor de treinta minutos. El caballero ya se mostraba algo impaciente. ¡Para entonces estará más que fastidiado!

A punto de frotarse las manos de júbilo, Simon comentó:

-¿Sabes una cosa, Twickham? ¡Voy a disfrutar mucho de esto! ¡Maldición, es una maravilla que mi nieto haya regresado a casa! ¡No me había divertido tanto desde hacía años!

CAPÍTULO XXIV

Mientras los Markham esperaban en el vestíbulo con cólera creciente, Simon se acomodó en el sillón para saborear aquel encuentro inminente y tan prometedor. Twickham se atareó en el gabinete mientras pensaba con cariño y satisfacción en lo afortunados que eran por tener de nuevo al señorito de regreso.

Arriba, en su cuarto de vestir, ajena por completo al desagradable encuentro que se avecinaba, Regina estaba pensando más o menos lo mismo. El retorno de Christopher había beneficiado mucho a su hermano y le estaba agradecida por ello, y en especial por haberse encontrado tan oportunamente con Letitia Eggleston.

Regina prefería el celibato para ella, pero no podía soportar ver a un hombre soltero sin urdir de inmediato algún plan para alterar su estilo de vida. Un soltero era de algún modo una afrenta personal a su honor, y consideraba un deber rectificar rápida y eficientemente ese estado tan deplorable.

Durante años había sermoneado a Simon para que volviera a casarse, sin escatimar esfuerzos para presentarle viudas y solteronas adecuadas, pero para su gran mortificación, Simon no quiso saber nada de ellas. Cuando murió el coronel Eggleston, después de elevar una breve plegaria por su alma, se sintió llena de alegría, casi hasta la indecencia, convencida de que, tras un corto período de luto, Letitia se casaría con Simon como deberían haber hecho hacía años. Cuando se enteró de la partida brusca e inesperada de la señora Eggleston casi se mordió la lengua de fastidio e irritación. Pero ahora todo marcharía bien. Ella misma se ocuparía de que así fuera.

Por el momento no le preocupaba mucho la soltería de Christopher, al menos no tanto como la de Simon. Pero sí la repasó en su mente y decidió con sensatez que una vez que casara a su hermano se encargaría de los asuntos del joven. Como se había encariñado mucho con Nicole, era lógico llegar a la conclusión de que sería muy deseable una unión entre Christopher y ella.

Ésta, sentada en su habitación, tenía la mirada perdida en el espacio, sintiéndose inexplicablemente deprimida. Un rato antes permitió que Mauer la vistiera, y cuando la señora Eggleston irrumpió en la alcoba para preguntarle si deseaba ir a la Biblioteca Colburn, se negó con desgana. Ni siquiera la noticia de que Christopher las acompañaría despertó en ella reacción alguna.

Bastante preocupada, la señora Eggleston había puesto al corriente de esa negativa al joven, pero Christopher se limitó a encogerse de hombros, y momentos después la señora

Eggleston y él salían de la casa en dirección a la biblioteca.

Sabiendo que ellos se habían ausentado, Nicole se paseó por la alcoba, y cediendo a un súbito arranque de inquietud, deseó haberlos acompañado. Cualquier cosa habría sido mejor que su propia compañía. Incapaz de tolerar su soledad un minuto más, empezó a bajar por la escalera en busca de Regina, sin saber que lady Darby seguía dando vueltas, indecisa, acerca de su atuendo matinal en el cuarto de vestir.

Nicole, absorta en sus pensamientos mientras trataba de averiguar por qué se sentía tan apocada y dócil últimamente, estaba ya a mitad de la escalera que desembocaba en el vestíbulo principal, cuando advirtió la presencia de un hombre y una mujer allá abajo. Se paró, sorprendida, porque era impropio de Twickham dejar a alguien de pie en ese lugar, y cuando miró a la pareja con creciente curiosidad, el reconocimiento fue instantáneo.

Dejó escapar un grito sofocado de sorpresa y consternación, y al oírlo William y Agatha, que habían estado susurrándose el uno al otro llenos de ira, alzaron la vista.

Si Nicole había reconocido a sus tíos, a ellos les llevó mucho más darse cuenta de que la joven alta y adorable con ese elegante vestido de batista francesa era su sobrina. La aureola intangible de desenvoltura aristocrática y gracia que parecía rodearla les hizo vacilar, y en esos pocos segundos en que se observaron atónitos, por la mente de Nicole pasó un pensamiento intrascendente. Se maravilló al ver que cinco años no les habían cambiado mucho.

Agatha estaba más gorda, su pelo era más brillante y pajizo, el vestido la ceñía con la misma indecencia de siempre, y había elegido para la mañana uno de seda castaño rojizo que no le sentaba nada bien. Y William tenía el rostro más rojo si era posible, el pelo lacio e indescriptible, mucho más ralo que antes, y había aumentado el perímetro de su cuerpo a la altura del vientre.

Con la vista clavada sin parpadear en la joven esbelta que estaba en la mitad de la escalera, William se sintió acometido por la furia al comprender de repente que podría resultar bastante complicado y difícil aplastar a aquella criatura indeseable bajo las leyes de la obediencia y la sumisión más absolutas. Desde luego, ya no era una niña a quien mandar a voluntad, ni estaba plenamente a la disposición de ellos; ahora contaba con la protección de lord Saxon. Ya no podrían reprenderla y despedirla a la ligera, ni su dinero podría ir a parar impunemente a manos de sus tutores. Al pensar lo que revelaría una investigación a fondo de los años de tutoría, aumentó la sensación de injusticia que le dominaba, y su ira, reprimida hasta entonces a duras penas, rompió las vallas de contención mientras se lanzaba escaleras arriba soltando un juramento.

Una mano de hierro se cerró dolorosamente alrededor de la frágil muñeca de la joven mientras intentaba arrastrarla escaleras abajo. Echándole una mirada malévola, ordenó:

-¡Tú te vienes conmigo! ¡Y ahora mismo! Qué propio de ti fue escapar de nuestro lado y avergonzamos después de todo lo que hicimos por ti. Eres una insolente y una desagradecida. Pero te lo prometo, vas a lamentar profundamente habernos abochornado de esa forma. ¡Ven conmigo ahora, te digo!

Nicole, después del primer momento de sorpresa, estaba furiosa, y retorciendo la muñeca en la mano de William, luchó con violencia para liberarse. Olvidando al instante todos los preceptos inculcados en su cerebro por la señora Eggleston, estalló:

- ¡Suéltame de una vez, viscosa rata inmunda, o te sacudiré los sesos de un buen golpe!

Pasmado por tal lenguaje propio de un marinero saliendo de esa imagen de refinamiento y elegancia, William aflojó los dedos, Nicole rápidamente le cruzó la cara con una sonora bofetada y, por añadidura, le dio un puntapié en la espinilla.

Aullando de rabia y de dolor, William la agarró de un brazo y la sacudió con brutalidad.

-¡Vaya, eres una perra! ¡Yo te...!

Simon acababa de indicar a Twickham que condujera a los Markham al gabinete cuando el alarido furioso de William vibro en el aire.

El ruido sacudió a Simon de su abstracción y se puso en acción de inmediato. Moviéndose con la velocidad de un hombre de la mitad de sus años, echó a un lado al estupefacto Twickham y marchó con resolución hacia el vestíbulo. Al ver a Nicole luchando con desesperación con un hombre a quien él no hubiera dudado en calificar de gusano mugriento y voraz, su cólera estalló.

-¡Cómo se atreve! ¡Suéltela en este mismo instante, sinvergüenza! - rugió con una voz que temblaba de furia. Sus ojos despedían chispas de oro fundido mientras avanzaba por el vestíbulo-. ¡Cómo se atreve! -volvió a atronar, y su voz resonó por toda la mansión atrayendo a varios sirvientes que llegaron a la carrera, además de Regina. Ésta, de pie en la escalera, abarcó la situación de un vistazo, pero sabiendo que su hermano aborrecía las interrupciones, contuvo la lengua.

William, irritado, comprendiendo demasiado tarde que había rebasado todos los límites imaginables, intentó congraciarse con una sonrisa desdichada mientras Agatha sufría un ataque de histeria. Balbuceando excusas incoherentes y sofocando ruidosa- mente sus lloriqueos, permanecía de pie en el centro del vestíbulo ignorada de todos, salvo por una o dos miradas nerviosas que le lanzaron los sirvientes más jóvenes.

Si William se hubiese contentado en concentrar su atención en Simon para disculparse, la escena podría haber tenido otro final, pero cometió el error fatal de tratar de usar a Nicole para salvarse. Con la misma sonrisa conciliadora en el rostro, le palmeó el brazo y murmuró:

- Vaya, vaya, esto no es lo que parece. La pequeña y yo sólo teníamos un altercado sin

importancia, ¿no es así, querida?

Ésta, todavía enfurecida y horrorizada por lo sucedido, pero deseando que el disgusto no pasara a mayores, tal vez habría seguido el ejemplo de William y tratado de serenar los ánimos si éste, desvanecida levemente la sonrisa y con una mirada maligna en sus ojos, no le hubiese apretado amenazadoramente el brazo e insistido:

- ¿No es así, querida?

Sacudiéndose la mano de encima con repugnancia, dijo con voz de hielo:

- ¡Por favor, suelte mi brazo en este mismo instante! ¡No, no era un altercado sin importancia! Usted me atacó y estaba intentando llevarme de aquí a la fuerza.

Todos los presentes contuvieron la respiración al unísono, azorados, y Simon, controlando su ira a duras penas, se acercó a la escalera a grandes pasos. Con un pie en el primer escalón, amenazó con voz fuerte:

- ¡Salga de mi casa inmediatamente y nunca más vuelva a asomar la cara por aquí! ¡Si es tan imprudente como para intentarlo, le haré echar a golpes de mi puerta como el perro cobarde que es!

Encolerizado por el trato desdeñoso de Simon, el rostro de William reflejó toda la maldad que albergaba su alma, y girando de súbito para mirar a Nicole, refunfuñó:

-¡Todo esto es por tu culpa, mujerzuela perversa! ¡Pero yo soy tutor y vendrás conmigo! - Echando una mirada de aversión a Simon, dijo con desprecio-: Se propasa usted, señor. Nicole es mi sobrina y yo soy su tutor legal. ¡Usted no tiene ningún derecho de impedirme sacarla de inmediato de esta casa!

Y William procedió a complicar aún más su posición, ya de por sí precaria, asiendo de nuevo el brazo de Nicole con mano torpe y ruda, al tiempo que ordenaba con altanería:

- Acompáñame ahora. Más tarde pueden enviar todas tus pertenencias a nuestra casa.

Sabiendo que Simon no lograría ayudarla si ella no daba el primer paso, Nicole pensó rápidamente que el dueño de la casa no permitiría que se la llevaran en contra de su voluntad, pero también que no podría hacer nada si ella no luchaba por su cuenta. El tono y los modales dictatoriales de William le habían demostrado que su tío no había cambiado en estos años, y cuando la hizo bajar un escalón tirando rudamente de su brazo, su decisión estaba tomada.

Irguiéndose con orgullo, dijo en tono quedo:

- No tengo intención alguna de ir a ninguna parte con usted. - Luego, retorciendo con rapidez el brazo para librarlo de la mano que lo asía, giró en redondo y subió dos escalones, intentando evitar un nuevo conflicto. Pero William, maldiciendo y soltando palabrotas, la agarró por el hombro. Haciéndola girar con brusquedad, y olvidando por completo a Regina en lo alto de la

escalera y a Simon y los demás que le observaban, golpeó salvajemente a Nicole en una mejilla y gritó:

- ¡Ya nos ocuparemos de eso, señorita! ¡Aprenderás quién es tu amo después de que haya terminado contigo!

Un fogonazo de ira soltó las riendas del genio de Nicole, y con la marca de la mano de William ardiéndole en el rostro, estalló con voz colmada de asco y odio:

-¡Toma ésta, sapo gordo y repugnante! -y devolvió su violencia con un puñetazo sorprendente a la mejilla izquierda.

William se bamboleó sobre los talones y Nicole, considerando que era mejor rematar la faena, le propinó otro de rechazo a su prominente barriga.

Todo había ocurrido con tanta rapidez que aquellos que observaban quedaron momentáneamente paralizados, pero mientras William retrocedía a tropezones por la escalera, Regina, a quien empezaba a cansar la teatralidad de Agatha, empezó a descender con resolución. Simon, sosteniendo el bastón como si fuera un garrote, subió con furia la escalera y empezó a dar golpes severos sobre los hombros de William, ya aturdido y tambaleante.

Este nuevo ataque fue suficiente para hacerle perder el equilibrio, y soltando un torrente de blasfemias, cayó rodando por los ocho o nueve escalones que le separaban del suelo hasta terminar hecho un ovillo a los pies de Agatha.

-¡Ja! -gruñó Simon, satisfecho y con un brillo de alegría en los ojos. Nicole le echó un vistazo y el guiño audaz que él le devolvió hizo que asomara la risa a sus ojos color topacio. Desviando rápidamente la mirada para no echarse a reír por la satisfacción evidente que mostraba Simon, observó a Regina mientras ésta pasaba majestuosamente junto al cuerpo caído de William y de la lloriqueante Agatha para tomar un jarrón lleno de rosas y arrojar el agua al rostro de la histérica.

El líquido acalló los lloriqueos de Agatha y hasta William se quedó mudo, conteniendo su retahíla de palabras soeces por un momento. Súbitamente, el silencio reinó en el majestuoso vestíbulo de Cavendish Square.

Luego, en el estilo más imponente y augusto, Regina dijo con calma pasmosa:

-¡Twickham, encárguese de que estos visitantes sean sacados de aquí de inmediato! - Lanzando una mirada severa con ojos en que bailoteaba una chispa de burla y alegría, a los dos culpables que aún estaban al pie de la escalera, ordenó:

- Nicole, vete a tu habitación. Discutiremos esto más tarde. Simon, creo que sería mejor que te retiraras también. Recuerda que el médico ha dicho que los esfuerzos son malos para tu salud.

Comprendiendo con rapidez la insinuación, Simon masculló:

-Sí, sí, tienes toda la razón. - Entonces, Nicole y él emprendieron una veloz retirada subiendo el resto de los escalones y se esfumaron.

William, al ver que desaparecía su presa, se puso de pie, tambaleante, y gritó en tono discordante:

- ¡No! Nicole se va con nosotros.

Regina le clavó una mirada de advertencia y dijo sin apasionamiento:

- ¡Eso ni pensarlo, señor! Habéis entrado, sin ser invitados, en casa de mi hermano y acosado y maltratado a nuestra huésped; usted me insultó usando un lenguaje que espero no volver a oír nunca más; y su esposa casi me ha ensordecido con sus chillidos destemplados. Con todos estos hechos frescos en mi mente, puedo asegurarle que jamás pondremos a Nicole en vuestras manos. Más aún, estoy pensando seriamente en presentar cargos contra usted y su esposa. ¡Sería muy prudente de su parte salir de aquí antes de que tome una determinación!

Mudo por una vez, William se quedó mirándola con la boca abierta y antes de que se diera cuenta, Twickham, con la ayuda de un subalterno, guió hábilmente a ambos hasta la calle cerrando luego la pesada puerta a sus espaldas

Inclinándose con respeto ante Regina, Twickham dijo solemnemente:

-Si se me permite decirlo, señora, eso estuvo muy bien dicho.

-Bien, Twickham, yo también lo creo así -admitió Regina .con su acostumbrada modestia -. ¿Simon, dónde estás? -llamó Regina -. Sé que con toda seguridad estás asomándote por el borde de la barandilla superior como un vulgar sirviente. ¡Baja de una vez!

-¡Ja! -ladró Simon, apareciendo tan deprisa que corroboró el sarcasmo de Regina. En tono ofendido, continuó-: ¿Qué otra cosa podía hacer cuando te mostraste tan mandona conmigo? ¡Y en mi propia casa! ¡Te diré una cosa, Regina, no toleraré tu actitud arrogante! - Infortunadamente, arruinó su carga de reproches soltando una carcajada divertida -. Fuiste muy lista al sacártelos de encima de esa manera -admitió-. ¡Siempre dije que eras demasiado rápida y eficaz para ser mujer!

Su hermana se limitó a soltar un resoplido impropio de una dama y preguntó:

- ¿Dónde está Nicole? - Aquí estoy - gritó ella y bajó detrás de Simon hacia el vestíbulo.

Consciente de las miradas curiosas de los sirvientes todavía reunidos allí, Simon llevó a las dos damas a su gabinete. Sabía que Twickham se encargaría de que nada de lo ocurrido durante ese escandaloso incidente de la mañana se divulgara entre los sirvientes, pero sospechaba que durante unos cuantos días habría muchas risitas disimuladas en la cocina y los establos. Al tiempo que le brindaba bastante regocijo, era consciente de que se trataba de un

asunto grave y eso le incomodaba.

Nicole también estaba al tanto de la seriedad de la situación, y sintiendo que se había degradado, estaba profundamente avergonzada de su propio papel en el altercado. En voz baja y mortificada, dijo:

-Quiero disculparme por mi contribución a esta escena deplorable. No debía perder la paciencia ni pegarle a mi tío. Si me echáis a la calle, no será más que lo que me merezco.

- Estoy completamente de acuerdo. Te comportaste como una verdulera, ni más ni menos - replicó Regina con cordialidad, mientras un destello cálido en las profundidades de sus ojos oscuros suavizaba el significado de sus palabras-. Pero admito que en este caso no puedo culparte. ¡Qué ser más vil y repulsivo es tu tío! No es de extrañar que no desees volver a su hogar. Pero -continuó Regina con el ceño fruncido-, lo que ha sucedido es un hecho grave. ¿Qué hemos de hacer ahora, Simon?

Las dos damas se sentaron en un sofá de brocado rojo mientras Simon lo hacía en un gran sillón de cuero negro de respaldo muy alto situado frente al diván. Se encontraba muy serio y pensativo y Nicole, llena de culpa por su comportamiento vergonzoso y segura de que, a pesar del guiño cómplice de la escalera, él estaba disgustado con ella, temió que decidiera echarla de su casa.

Hasta este momento no se dio cuenta de cuánto se había encariñado con lord Saxon y su hermana Regina. Si la expulsaban de allí sería un verdadero tormento, casi como volver a perder a su familia. Se arrepintió con amargura de sus acciones, y una vez más quiso disculparse. Pero Simon levantó una mano y no le permitió hablar. La midió severamente con la mirada y después, cuando ella creía no poder soportar su silencio mucho más tiempo, Simon le sonrió.

-¡Ajá! -resopló con satisfacción-. ¿Qué hemos de hacer, eh? ¡Bien, lucharemos! - Lanzó una mirada penetrante a Nicole-. ¿No es así, muchacha?

El miedo que había helado el corazón de la muchacha pareció derretirse y le sonrió trémulamente.

-Si usted lo dice, señor.

-¡Ya lo creo que lo digo! ¡Vaya, no le permitiría a ese sapo gordo y repugnante, como creo que le llamaste, que tocara ni uno solo de mis perros! -Se quedó pensativo unos segundos y luego añadió-: Ese hombre sí que se parece a un sapo, ¿no os parece?

Regina soltó un suspiro de exasperación.

-Sapo gordo o no -dijo resueltamente-, él es el tutor legal de Nicole. No teníamos derecho a rechazarle. Legalmente, puede sacarla de esta casa y ordenarle que haga lo que le plazca. -

Mirando a Nicole, Regina, siempre franca, preguntó-: No deseo herirte, querida, pero ¿cómo es posible que tengas dos seres tan viles y mezquinos por parientes?

- Ellos no están emparentados conmigo en realidad - respondió Nicole -. Tía Agatha es hermanastra de mi madre, y cuando mis padres murieron no hubo nadie más que me reclamara.

- Entiendo - comentó Regina lentamente -.Eso significa que se podría revocar su tutoría. En especial si alguien como Simon estuviera dispuesto a plantear el problema ante los jueces. ¿Lo estás? -le preguntó a Simon.

- ¡Por supuesto que sí! ¿No acabo de decirlo acaso? - gruñó con acritud -. Ahora que los Markham han llegado a la ciudad, daré una vuelta y visitaré a mi amigo, el juez White en Russell Square. Él sabrá exactamente lo que se debe hacer... ¡no tengo duda de ello! Es un tipo muy hábil y sagaz. Además - añadió, pensativo-, los Markham no van a hacer nada. Tengo la sospecha que tu tío ha estado despilfarrando tu fortuna, y apuesto lo que queráis a que no le hace ninguna gracia la idea de una investigación. No haremos nada y estaremos a la expectativa. Me atrevo a decir que por un tiempo al menos esperarán pacientemente y guardarán silencio.

- Hm. Por una vez estoy de acuerdo contigo. Particularmente si existe algo ilegal en sus manejos de la heredad -reflexionó Regina -. Desde luego, no buscarán una resolución por vía judicial. Y aunque lo hicieran, los contratiempos de hoy les pondrían en una posición desfavorable. Somos muchos los que podemos jurar que golpeó a Nicole en un arrebato de cólera, y creo que el hecho de no ser parientes directos pesará en contra suya. Especialmente si la fortuna de Nicole excede en mucho los recursos que ellos tienen. ¿Es así, querida?

-Así lo creo -respondió Nicole, insegura-. Realmente no tengo idea.

-Así es -replicó Simon, seco-. William Markham es apenas un campesino. La propiedad que posee proporcionaría a su familia una vida confortable, nada más. El padre de Nicole era un hombre rico. Podría haber comprado y vendido una docena de veces a alguien como Markham sin siquiera advertirlo. Según yo lo veo, todo lo que debemos hacer es esperar y desgastarlos con la espera. Nicole alcanzará la mayoría de edad dentro de tres años, y si se casa antes heredará su fortuna entonces.

- Pero no puedo vivir a costa suya durante tres años -exclamó Nicole, pues consideraba que Simon ya había hecho demasiado por ella.

- ¿Por qué no? - gruñó Simon -. No veo nada de malo en ello. Letitia y tú seréis mis protegidas y yo correré muy a gusto con todos los gastos. Es una nadería para mí y no me haréis cambiar de opinión, puedo asegurártelo.

Nicole se mordió los labios. Le atormentaba la conciencia por estar viviendo en Cavendish

Square mediante engaños, y esto la llevó a protestar aún más.

- No sería correcto. No puedo permitirle semejante cosa. Debe de haber una manera más simple.

-¿No puedes permitírmelo? -estalló Simon, irascible-. Escúchame bien, señorita, o me lo permites o te vas con tu tío. ¡Ésas son las alternativas, elige!

Dos manchas rojas ardieron en las mejillas de Nicole y sus ojos castaños adquirieron el brillo frío y duro del topacio cuando estalló su temperamento explosivo.

-¡Usted sabe que no hay posibilidad de hacer una elección! Pero debo insistir en que se lleve un registro estricto de todos sus gastos en beneficio de la señora Eggleston y mío, y cuando yo pueda disponer libremente de mi fortuna, le reembolsaré hasta el último penique. - Habiéndose olvidado nuevamente que las señoritas de alcurnia rara vez hablaban o actuaban como ella lo estaba haciendo, se puso de pie con ira y salió del salón a paso vivo.

Una vez que la puerta se hubo cerrado con firmeza detrás de ella, Regina y Simon se estudiaron el uno al otro en silencio. Finalmente, Simon sonrió apesadumbrado.

- ¡Tiene un espíritu bravío, esa muchacha! Supongo que no debí haber sido tan contundente.

-¡Exactamente! -respondió Regina, categórica-. En realidad, Simon, me espantas a veces. No había motivo para ser tan poco diplomático.

El arrepentimiento de Simon duró lo que un suspiro y de inmediato volvió a mirar a su hermana con ceño adusto.

- ¡Bah! ¡No empieces ahora con una de tus famosas regañinas! ¡La mañana ha sido ya bastante movida!

- Estoy de acuerdo - replicó ella. Poniéndose de pie, continuó-: ¿Cuándo verás al juez White? No considero conveniente que lo retrases demasiado tiempo. Después de todo, es posible que los Markham decidan recurrir a un abogado y entablar una acción contra nosotros.

- Esta tarde. Le enviaré una carta esta misma mañana para ver si tiene inconveniente. ¿Satisfecha? -Simon hizo una mueca.

-Sí, querido, muy satisfecha. Pero, recuerda, no abuses de tus fuerzas. Sé que te disgusta que se hable de tu salud, pero estuviste al borde de la muerte con el último ataque cardíaco que padeciste hace cinco años. Y tu médico dice que no debes fatigarte en exceso. - Ignorando la cólera creciente que reflejaba el semblante de su hermano, añadió-: ¿Por qué no permites que Christopher se entreviste con el juez?

- ¡Maldita seas, Gina! Si tú y ese zalamero de mi nieto vais a mimarme de este modo, más vale estar muerto. Además -terminó con una sonrisa muy juvenil-, me estoy divirtiendo enormemente.

Meneando la cabeza y sonriendo, Regina le besó afectuosamente en la cabeza.

- ¡Y a sé que es así, viejo cascarrabias! Pero por mí, no te excedas.

-¡Ja!

Soltando una carcajada en respuesta a su habitual réplica malhumorada, Regina salió del salón. Pero su sonrisa se desvaneció mientras subía lentamente la escalera. La situación era seria. Si la ley obligaba a Nicole a vivir con los Markham, no le cabía ninguna duda de que la vida de la joven sería un calvario. No sólo una vida miserable sino también peligrosa, consideró al recordar la expresión amenazadora y maligna que había asoma- do a los ojos de William y el modo salvaje en que la había golpeado. Sin embargo, al igual que Simon, consideraba que por el momento los Markham se contentarían con refunfuñar. Si fueran sensatos, reflexionó sin alegría, mostrarían sus rostros sonrientes y fingirían que Nicole, con las bendiciones de sus tutores, estaba de visita en casa de los Saxon y ni una palabra más. Mientras no se le exigieran cuentas de inmediato y no se le pidiera dinero, el señor Markham probablemente no presionaría demasiado para cambiar la situación. Era de lamentar que' tuvieran que pasar tres años para que cambiaran las circunstancias, porque estaba segura de que se repetirían varias veces las escenas con los Markham antes de que Nicole alcanzara la mayoría de edad... a menos que se casara.

Regina se detuvo con el pie en el aire y una sonrisa le iluminó el rostro. Sí. ¡Era exactamente lo que hacía falta! Con un objetivo a la vista, y para colmo uno placentero, Regina sonrío con alegría y se encaminó a sus habitaciones para terminar su acicalamiento, tan bruscamente interrumpido.

Descendió más o menos una hora más tarde sintiendo que presentaba su mejor aspecto, especialmente después de haber recogido el cabello veteado de blanco en un elegante moño y luciendo un vestido de sarga color castaño pardo que le sentaba a las mil maravillas y realzaba su cuerpo anguloso. Se detuvo un momento en la habitación de Nicole, pero la joven, según le informó Mauer, se encontraba abajo en el jardín de invierno. Mirando a la doncella con aire pensativo, le preguntó:

- ¿Cómo está Nicole?

Mauer titubeó al principio, pero luego habló sin ambages.

- Tendrá un horrible cardenal durante unos cuantos días donde ese monstruo la golpeó. Pero no comentó mucho al respecto.

Regina abandonó la habitación con el ceño fruncido. Pero por el momento, dejaría a Nicole librada a sus propios recursos y no la molestaría. Con esa idea, se dirigió al salón matinal sin saber a ciencia cierta qué haría, algo bastante inusual en alguien con el temperamento de

Regina. Pero antes de que pudiera meditar más profundamente sobre esta circunstancia o aburrirse de su propia compañía, la señora Eggleston y Christopher llegaron a la casa. Ella traía las mejillas arreboladas y se mostraba entusiasmadísima con los diversos libros que había elegido.

-Oh, Regina, fíjate lo que he traído. He sido de lo más afortunada al conseguir un ejemplar de El Corsario, de lord Byron, que como sabrás, acaba de ser publicado.

- Es maravilloso, querida. Aunque no me interesa demasiado la obra de ese joven escritor, sé que es muy popular desde que se publicó Childe Harold hace uno o dos años.

-Oh, sí, yo me entusiasmé cuando encontré un ejemplar de esa obra apenas llegamos. ¡Es un joven admirable!

- No discutiré contigo, pero has estado fuera del país mucho tiempo y no sabes nada de sus ilícitas relaciones amorosas. La manera en que se han comportado Caro Lamb y él es algo increíble. Aunque - añadió Regina con satisfacción -, me parece que esa aventurilla ya ha terminado. He oído que él piensa proponerle matrimonio a Annabella Milbanke. ¿Sabías que ya lo rechazó una vez?

Los ojos azules de la señora Eggleston estaban redondos de curiosidad.

-¡Vaya, no! ¿Cómo te las ingenias para enterarte de todas estas cosas?

Christopher, comprendiendo que las dos damas estaban a punto de sentarse cómodamente a intercambiar chismes sociales, reprimió una sonrisa.

-Si ambas tenéis a bien disculparme, tengo una cita pendiente con mi agente para visitar algunos alojamientos, y no deseo hacerle esperar.

La señora Eggleston le despidió con una sonrisa y repitió una vez más cuán feliz le había hecho su compañía, pero Regina, dejando el chismorreo de lado, le detuvo.

- Me gustaría tener unas palabras contigo primero, Christopher. Letitia, por favor discúlpanos un momento, ¿quieres?

Desconcertada, pero adivinando que Regina quería hablar en privado con su sobrino nieto, murmuró algo sobre el té y desapareció con rapidez.

Su partida dejó un silencio embarazoso en la habitación. La actitud relajada y sonriente de Christopher dejó paso a cierta tensión y cautela al preguntar unos segundos después:

- Bueno, tía, ¿de qué se trata?

Regina vaciló, pues creía conveniente dejar que Simon le informara de los acontecimientos de esa mañana, pero deseaba ver por sí misma cómo tomaba Christopher la noticia de la llegada de los Markham y en especial observar su reacción al enterarse del ataque sufrido por Nicole a manos de William Markham. Por lo tanto le narró lo sucedido de manera franca y

concisa. Pero por la reacción de él, más le hubiera valido ahorrarse el aliento. Sólo pudo captar aquella levísima sacudida del músculo de su mejilla derecha y el extraño destello que le iluminó los ojos para revelarle al menos que sentía algo. Regina observó con atención sus facciones morenas y atractivas esperando ver alguna señal que le indicara que el ataque de Markham a Nicole le había afectado, pero no descubrió nada. Y cuando hubo terminado de hablar, Christopher se limitó a preguntar con la mayor indiferencia:

- ¿Y dónde se encuentra Nicole ahora?

Frustrada por la insensibilidad que demostraba, Regina estuvo en un tris de no decírselo, pero recapacitando, contestó airada:

- Realmente no sé para qué quieres saberlo; está en el jardín de invierno.

Christopher arqueó las cejas al oír el tono iracundo de Regina, y añadió un eslabón más a la cadena de frustraciones de su tía, comentando sereno:

- Bien, entonces, si Nicole ha abandonado su habitación, no puede haberle perturbado tanto la visita de los Markham. -Con una irritante sonrisa burlona en la boca sensual, añadió-: Y si conozco a Nicole, probablemente se divirtió bastante con lo sucedido. Ahora, ¿quiere disculparme?

Regina le fulminó con la mirada, deseando con ardor poder descifrar lo que pasaba detrás de las espesas pestañas oscuras que bordeaban aquellos ojos impenetrables. Pero no podía, y tuvo que consolarse con esas mínimas señales de emoción que había vislumbrado.

Cuando dejó a su tía se desvaneció el aire de indiferencia que adoptara con ella y su rostro se convirtió de súbito en una máscara fría y cruel. Subiendo la escalera de dos en dos llegó rápidamente a sus habitaciones. Rechazó la ayuda de Higgins y se cambió de ropa poniéndose los pantalones de cuero y botas de montar. Sólo le llevó un segundo, y cuando estaba a punto de salir, dijo por encima del hombro en tono tajante:

-Averigua dónde están alojados los Markham. En cuanto haya visto a Nicole, le haré una visita al señor William Markham.

El jardín de invierno estaba en la parte posterior de la gran mansión y era el orgullo del jefe de jardineros de lord Saxon. El techo abovedado de cristales y el exuberante follaje de plantas exóticas y las flores multicolores que se veían por doquier, constituían un regalo para la vista, además de excitar agradablemente los sentidos. En el inmenso salón se había construido una cascada en miniatura cuyas aguas caían a un estanque para peces y se veían bancos de piedra a los lados de los senderos aparentemente naturales que serpenteaban por el área en todas las direcciones. Por desgracia, se exhibía o utilizaba en muy contadas ocasiones, sólo cuando se preparaba un gran baile o alguna función importante. Nicole había descubierto que era el único

sitio donde podía hallar un poco de intimidad, y a menudo se escapaba allí en busca de paz y silencio.

Christopher la encontró sentada en uno de los bancos de piedra junto al estanque. Ella no le oyó acercarse y por unos momentos la contempló mientras Nicole parecía estar absorta en los pececillos anaranjados y dorados que nadaban en el agua poco profunda. Aún vestía el mismo traje lavanda y el cabello, que hoy llevaba suelto, ocultó parte de su rostro cuando se inclinó hacia el agua.

Él pronunció su nombre en voz baja, y ella dio un respingo al oírlo. Sus miradas se cruzaron y Nicole supo al instante que ya le habían contado lo sucedido esa mañana. Sin embargo, no pudo decir cuál había sido su reacción pues tenía las facciones bajo cuidadoso control. Por otra parte, Christopher siempre tenía, un perfecto dominio de sí mismo en cualquier situación, pensó con amargura. ¡Nada le perturbaba ni le arredraba... maldito fuese!

Nicole le saludó con frialdad, manteniendo firmemente las riendas de sus emociones. Todo lo que necesitaba ahora, decidió nerviosa, era otra escena desagradable para volverse completamente loca.

Mas Christopher no parecía interesado en originar otra situación penosa al dejar que sus ojos contemplaran el rostro de la joven. Sin hacer comentarios advirtió la tez empalidecida y el rictus amargo de la boca normalmente suave y generosa. Luego estiró la mano y lentamente le levantó la barbilla. Sus ojos se clavaron entonces en el oscuro cardenal que desfiguraba una mejilla perfecta. Sus dedos, increíblemente suaves y gentiles, la rozaron con suavidad, y cuando ella se encogió de dolor, los labios de Christopher se afinaron y le brillaron de furia los ojos. Pero Nicole, incapaz de soportar su silencio o su roce, era demasiado consciente de sus propias emociones como para reparar en las de él, y apartándole la mano con brusquedad, exclamó:

- Ya me han magullado una vez esta mañana, ¿te propones ahora regodearte en ello?

La expresión de Christopher no varió, salvo para volverse quizás un poco más dura, y resurgió en ella su viejo resentimiento por la habilidad que tenía él de permanecer insensible y distante. Y ese resentimiento no disminuyó ni un ápice cuando con una mirada burlona, comentó en tono frío:

- No recuerdo haberme regodeado jamás en tus infortunios, Nick.

Lanzando chispas por los ojos y con un ligero rubor de ira tiñéndole las mejillas, le provocó:

- Al menos tendría que estar acostumbrada a ser golpeada... ¡tú mismo lo hiciste bastante a menudo! ¿Crees que William lo hace tan bien como tú?

Por un segundo Nicole se preguntó si no habría ido demasiado lejos. Mas Christopher no tomó ninguna medida, salvo decir en tono mordaz:

-¡Es posible que te haya dado unos buenos tirones de orejas, los cuales tenías bien merecidos en algunas ocasiones, pero me temo que no recuerdo haberte golpeado nunca tan fuerte como para magullarte la cara de esa manera!

-¡No! -respondió ella dulcemente-. En lugar de eso, me sedujiste.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Christopher y ella tuvo la vana satisfacción de ver que había conseguido irritarle. Con todo, la sensación de triunfo duró poco, pues Christopher replicó con serenidad:

-Sí, lo hice. Pero creo que soy más bien el ofendido que el ofensor. ¿Cómo podría saber que no eras sólo una buscona tras una aventura o que no fuiste la amante de Allen? No hice nada más que lo que habría hecho cualquier hombre en mi situación. Y -añadió con crueldad y fanfarronería a pesar de sí mismo-, me parece recordar que tú también disfrutaste con ello.

Se demudó el semblante de Nicole y sin pensar, se levantó de un salto y dio una palmada con todas sus fuerzas en la boca de Christopher.

Instintivamente, él cerró los ojos y retrocedió, sorprendido y colérico. Al abrir los ojos una fracción de segundo después, la irritación era evidente en ellos.

Nicole, con más rebeldía que nunca, aguardó su reacción, odiándose y odiándole por la aparente facilidad que tenía para enfurecerla y cegarla de rabia. ¿Qué tenía ese hombre, se preguntaba con furia, que la impulsaba a desafiarle, a azuzarle hasta hacerle reaccionar tan ciegamente como ella?

Christopher la contempló largamente hasta que sus labios se torcieron en una sonrisa tensa. Por último, dijo socarrón:

-¡No me extraña que tu tío te haya pegado! ¡Si te comportas con él como lo haces conmigo, creo que debería felicitarle en lugar de ofrecerle la punta de mi espada!

Nicole le observó con cautela ahora, pues lo conocía lo suficiente para saber que, a pesar de esas palabras indiferentes, estaba furioso y que la bofetada enloquecida que le había dado no le sería perdonada con facilidad.

- ¿Qué quieres decir con eso? - inquirió con el ceño fruncido.

- No pensarás que William va a lograr escapar con sólo una regañina de mi abuelo - respondió tranquilamente y con la expresión imperturbable.

- ¡No irás a retarle a duelo! - susurró Nicole con la boca seca y los ojos redondos de miedo.

Christopher sonrió, pero sus ojos permanecieron fríos e implacables y ella leyó la respuesta en ellos. Olvidando al instante la discusión que acababan de mantener y posando una mano trémula sobre su brazo, suplicó casi sin aliento:

- ¡Oh, Christopher, no lo hagas! ¡Es un hombre peligroso, y no se enfrentará contigo a menos

de haber tomado sus medidas para salir vencedor! ¡Te matará! Sólo fue un golpe... no un insulto mortal. ¡Olvídalo!

Le apartó la mano sin demostrar emoción alguna.

- Más bien creo que me corresponde a mí decidir si fue un insulto mortal o no - replicó, tajante.

-Oh, pero...

Se ensombreció su rostro de ira apenas contenida cuando interrumpiéndola, la tomó por los hombros y la regañó:

- ¡Cállate la boca, Nick! Puede que estés dispuesta a pasar por alto sus acciones, pero yo no. Nadie puede atreverse a golpe arte mientras estés bajo mi protección. ¡Es posible que yo lo haga si me incitas a ello, pero no se lo permitiré a esa basura! -Con los labios curvados en una expresión desdeñosa al ver la incredulidad con que ella le miraba, añadió-: ¡Oh, sí, ni siquiera a ti te habría maltratado... excepto quizá por mí mismo!

Confundida, se quedó mirando fijamente su rostro enojado, deseando con desesperación poder comprenderle, pero aparte del enojo frío que reflejaban sus ojos, sus facciones no revelaban absolutamente nada. No pudo remediar sentir una punzada de miedo por él y dijo en voz apenas audible:

- Ten mucho cuidado, Christopher.

Le apretó más los hombros casi hasta hacerle daño y su boca se curvó en un rictus irónico.

-¿Te preocupas por mí? ¡Caramba, eso sí que es difícil de creer!

Volvió a invadirla la ira y luchó con violencia para soltarse de las manos que le tenían prisionera.

-¡Eres una bestia! -jadeó-. ¡Suéltame!

- Oh, no, querida. Me debes algo por ese despliegue de malos modales de hace unos minutos. - Bajó la cabeza y contempló el rostro acalorado de Nicole con los ojos brillantes y casi risueños.

Nicole se quedó inmóvil, pero levantó la barbilla en actitud desafiante.

- Adelante, entonces, ¡golpéame! ¡Es obvio que no existe mucha diferencia entre mi tío y tú! - se burló con desdén.

-¡Oh, sí que la hay, mi pequeña zorra! -dijo él suavemente-. Muchísima diferencia. - Y atrayéndola bruscamente hacia él, le capturó los labios con su boca dura y cruel en un beso rudo y desapasionado.

Desesperada, Nicole intentó sofocar el intenso placer que corría por sus venas por la presión casi dolorosa de aquella boca sobre sus labios, pero aun sabiendo que la estaba besando para

castigarla, para herirla, se fundió contra su cuerpo vigoroso y caliente y entreabrió los labios sucumbiendo al apremiante asalto de sus sentidos. El cuerpo de Christopher respondió de inmediato a la suave presión y con algo semejante al triunfo Nicole sintió crecer el deseo en él mientras los cuerpos se apretaban más y más. La mano de Christopher comenzó a deslizarse provocadoramente a lo largo de su espalda, urgiéndola a presionarse más contra él mientras le acariciaba las caderas. El sordo dolor de pasión que sentía en sus costados se tornó casi intolerable cuando la lengua de Christopher exploró y saboreó el dulce vino de su boca. Entonces supo que si él la deseaba, ella no le detendría.

Cuando Christopher levantó la cabeza lentamente y la con- templó con ojos nublados de pasión y deseo Nicole comprendió que él también experimentaba esa emoción insensata y desenfrenada que le hacía hervir la sangre. En algún recóndito lugar del cerebro de Christopher sonaba una alarma advirtiéndole que en cualquier momento podrían descubrirlos, pero ya no podía retroceder, y soltando un gemido apretó contra él el cuerpo frágil de Nicole sin importarle si el mismo rey los descubría. Su boca buscó la de ella con impaciencia, y olvidados ambos del mundo que los rodeaba, se dejaron caer suavemente al suelo junto al estanque.

Avasallada por un deseo ardiente, Nicole se limitó a exhalar un murmullo de resistencia cuando Christopher le levantó la falda y echó a un lado la camisa interior de encaje mientras su mano caliente y apremiante buscaba la suave femineidad entre sus muslos. Encontró a ciegas el delicado triángulo y cuando los dedos hábiles comenzaron a frotar y a acariciar introduciéndose en profundidad dentro de ella, el último resto de cordura se desvaneció y sólo quedó en ellos la necesidad imperiosa de fundirse en uno solo.

Entonces la poseyó rápidamente y la presión turgente de su masculinidad al penetrar compulsivamente en la tibia y húmeda morbidez acogedora colmó a Nicole de placer y sació su apetito carnal. Los cuerpos se fundieron al compás de un ritmo sensual precipitándose al encuentro de las embestidas y acometidas del otro, olvidados de todo lo que los rodeaba, excepto de aquella despiadada llamarada de pasión que los devoraba. Ese deseo imperioso e impulsivo que ardía en ellos tenía mucho de placer exquisito y de amargo tormento, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a admitir que sus raíces eran algo más profundo, más hermoso y duradero que el mero apetito carnal.

En este momento Christopher sólo tenía conciencia del suave cuerpo sinuoso que se retorcía debajo de él, y Nicole de esa fuerza musculosa, palpitante y dura que estaba dentro de ella. Las primeras nieblas turbulentas de la culminación le nublaban ya la mente y cuando el placer punzante convulsionó su cuerpo mientras la boca ávida de Christopher acallaba su gemido de supremo éxtasis. Colmada, permaneció allí tendida sin poder moverse, sintiendo la erupción de

placer de Christopher con una sensación de extraña ternura. Permanecieron abrazados durante largos minutos mientras las bocas se fundían y se saboreaban.

Finalmente Christopher se movió y comenzó a levantar el cuerpo muy despacio, separándose de ella, y por un segundo interminable la miró con fijeza a los ojos. Una expresión indecisa y preocupada asomó a sus facciones al decir:

- Nicole, yo... - Luego, como si advirtiera de improviso la situación en que se hallaban, se levantó con precipitación. Ya de pie y tras arreglarse la ropa, se inclinó displicente y le bajó las faldas. Sin decir palabra todavía y con el rostro pétreo una vez más, la ayudó a levantarse.

Desvanecida la pasión, Nicole sintió vergüenza y furia contra sí misma por lo que acababa de pasar. Nunca antes había odiado tanto a Christopher ni se había aborrecido de esa manera a sí misma. Con manos que temblaban de angustia y turbación terminó de enderezarse el traje, incapaz de mirar a Christopher, temiendo que su rostro reflejara la misma expresión burlona de siempre. Y cuando por fin se preparó para enfrentarse a su mirada, lo que vio la llenó de ira y desesperanza.

El semblante de Christopher estaba vacío y helado, sus ojos dorados se veían yermos y remotos. Hasta su voz cuando habló pareció sin vida, como si hubiese librado una terrible batalla y la hubiese perdido.

- Te pido disculpas por lo que ha sucedido. Te prometo solemnemente que nunca más volverá a ocurrir.

Esas palabras no hicieron nada para apaciguar la confusión de vergüenza y cólera que hervía en ella. Quería algo más de él que una mera disculpa que sonaba como si ella no significara nada para él, como si fuera un formulismo más. Lágrimas contenidas dieron un brillo inusitado a sus ojos al replicar con violencia:

-¡No aceptaré eso! ¡Pareces creer que puedes hacerla todo a tu antojo y que luego unas pocas palabras de disculpa son suficientes! ¡Bien, no es así! - Tenía las emociones tan en carne viva que ni siquiera consideró las de Christopher, sin comprender que él estaba tan avergonzado y se odiaba tanto o más que ella por lo que había ocurrido.

Sin embargo, las palabras punzantes le hirieron y con un destello salvaje en la mirada, gruñó:

-¿Y qué me dices de ti, querida? ¡No advertí que lucharas denodadamente contra mí! ¡Maldita sea, Nick, soy nada más que un hombre! Lo siento. No tenía la intención de que esto sucediera. Puedes estar bien segura de que lo lamento más amargamente de lo que jamás puedas imaginar. Hice la promesa de no volverte a tocar nunca, y la he roto. ¿Cómo piensas que me siento? - Luego añadió con más amargura aún -: ¡Eres la última mujer con quien

quisiera enredarme!

Se enfrentaron cara a cara, furiosos ambos sin pensar en lo que decían o siquiera en lo que hacían. Herida y perpleja por el odio que él parecía sentir hacia ella, Nicole le cruzó la mejilla de una bofetada.

Christopher no se desquitó, pero se endureció su mandíbula y sus ojos se volvieron de hielo.

.

- ¡Eso, creo, es suficiente! ¡Admito que te provoqué, pero no abuses demasiado de tu buena suerte!

Horrorizada por lo que estaba haciendo, Nicole se dio la vuelta y clavó la mirada vacía en otra dirección, manteniéndose erguida y rígida como una estatua.

- Déjame, Christopher. Parece que no somos capaces de actuar como personas normales cuando estamos juntos y a solas. O peleamos o... - Pareció acometerla una risita histérica antes de continuar- ... o hacemos algo parecido a hacerse el amor. -Se volvió bruscamente y le miró con tristeza -: Pero no es eso, ¿verdad? Nosotros no nos amamos, nos odiamos.

Con el semblante sombrío, Christopher no intentó negar sus palabras. Se limitó a asentir, pero ella no supo decir si lo hizo para afirmar lo dicho o para despedirse. Después, andando a pasos largos y elásticos, la dejó sola en el jardín de invierno.

Pero no pudo dejar atrás lo que había sucedido entre ellos. Lo llevaba consigo y no encontró alivio para la guerra sangrienta que se libraba en su pecho. Ella era como Annabelle. Lo era. Era su hija. De tal madre, tal hija, tronó en su cerebro. Y como dos poderosas serpientes se trenzaron las dos emociones más violentas y contradictorias que existen, el amor y el odio, revolviéndose y retorciéndose en una batalla a muerte dentro de él. Tan entrelazadas estaban que Christopher, ciego a la realidad, era incapaz de distinguir una de otra, el amor del odio, el presente del pasado.

CAPÍTULO XXV

La mansión de Cavendish Square parecía desierta cuando Christopher la atravesó al salir del jardín de invierno. Preguntó la razón a Twickham y éste le respondió que su abuelo había ido a visitar al juez White en Russell Square y que las damas habían ido a ver a la señora Bell, la modista de Regina. Christopher vaciló unos momentos y consideró la idea de reunirse con su abuelo, pero luego, decidiendo que sacaría más satisfacción y alivio para su furia enfrentándose a Markham, asintió con frialdad y subió corriendo la escalera.

-Los Markham están alojados en un hotel de Piccadilly. Aquí tengo la dirección -le dijo Higgins al tiempo que le entregaba un trozo de papel.

-Gracias -dijo Christopher. Luego, recordando repentinamente la cita con el agente, refunfuñó-: Higgins, ve a ver a este tal Jenkins. ¡Debía encontrarme con él hace una hora! Discúlpame ante él. Piensa en algo y luego encárgate de ver los alojamientos que tiene que ofrecerme. ¡Pero por el amor de Dios, encuentra algún sitio donde pueda vivir que no sea éste antes de que me vuelva loco!

Sorprendido, Higgins miró a su patrón sin comprender por qué no se mostraba tan imperturbable como siempre.

-¿Tan mal van las cosas?

Christopher sonrió con sorna.

- ¡Peor! ¡Estoy a un tris de perder la poca cordura que me queda y la retirada no sólo es necesaria sino además deseada con desesperación! - Sin más, dio media vuelta y salió apresuradamente de la habitación dejando a Higgins atribulado y desconcertado, con la mirada clavada en la espalda que se alejaba.

Christopher no tuvo dificultad en encontrar a William Markham, ni éste se sorprendió cuando le anunciaron su visita. Había estado preparándose para algún otro encuentro con los Saxon, pero no imaginó la presencia del joven ni le esperaba tan pronto.

William calculó que a los Saxon les llevaría un día o dos decidir cuáles serían sus acciones futuras. Había esperado que ese movimiento tomara la forma de un reconocimiento de sus derechos por escrito de parte del abogado de lord Saxon. En consecuencia, cuando llevaron a Christopher a su presencia y vio el peligroso destello de sus ojos, William no sólo se sobresaltó sino que comenzó a inquietarse de verdad.

Ese joven fornido, de hombros anchos y caderas estrechas, que entró en el recibidor con paso firme, poseía un aire tan amenazador y turbulento que desasosegó por un momento a

William y le hizo desear que Edward no se hubiese ido precisa- mente esa tarde a Long Acre a comprarse un carruaje.

Christopher se paró al cruzar el umbral sin esforzarse en ocultar su desprecio por William. En tono perentorio, inquirió:

-¿Visitó usted la casa de mi abuelo esta mañana?

-Bueno, sí -empezó William a la defensiva-. Sí, le visité. - Reavivado su sentimiento de injusticia, continuó en tono más enérgico-: ¡Y le diré que me trataron con la mayor descortesía y arrogancia! La señorita Ashford es mi pupila, y su abuelo, a pesar de ser un lord, no tiene ningún derecho a interferir.

- ¿Aun cuando usted le pegue? - preguntó Christopher con voz sedosa.

William tragó saliva nerviosamente.

-Ella se comportó con descaro, y como su tutor -empezó a decir con cólera -, como su tutor legal, tengo el derecho de reprender a mi pupila. ¡Fue una impertinente, señor!

Christopher hizo correr la fusta entre sus manos casi como si la acariciara mientras su mirada no se apartaba ni un segundo del rostro cada vez más rojo de William.

-Usted está equivocado -dijo por fin, tajante-. Nicole Ashford no es de su incumbencia... no lo ha sido desde que huyó de su tiranía hace cinco largos años.

William se puso rígido de ira, pero Christopher le ignoró.

- Le daré un buen consejo, señor Markham - dijo Christopher plácidamente-. Yo en su lugar me olvidaría de Nicole Ashford para siempre y volvería a la granja. Mi abuelo sabrá cuidarla como se merece. Y por supuesto, si no sigue mi consejo - hizo una pausa y una sonrisa desagradable le curvó los labios-, me temo que nos veremos en el infortunado deber de solicitar una investigación sobre el manejo de la herencia de Nicole durante su tutela.

William estuvo a punto de atragantarse de ira.

-¡Cómo se atreve a amenazarme! ¡Le haré arrojar de este hotel, y cuando vea a mi abogado, descubrirá usted que es una imprudencia difamar a un hombre inocente!

- ¿Inocente? - se burló Christopher-. No lo creo. Y estoy seguro de que podremos probar lo contrario.

Sabiendo muy bien que su administración de los bienes de la joven no resistiría la más somera investigación, protestó:

-¡Espere, aguarde un minuto! ¡Discutamos eso!

- Yo creía que era eso lo que estábamos haciendo - murmuró secamente Christopher.

-Sí. Sí, claro. -Intentado salvar las apariencias, continuó en tono conciliatorio-: Siéntese, por favor, y veamos si podemos llegar a un acuerdo.

- Existe una única línea de conducta aceptable para mí. Usted y su esposa regresan a su granja y se olvidan de Nicole Ashford. También pasará todo el control de la fortuna de la joven a mi abuelo -continuó en tono duro e inflexible-. Si no lo hace, le prometo que lo lamentará profundamente - gruñó con aire amenazador.

Una rabia sorda sacudió el cuerpo de Markham y pareció amordazarle dejándole sin respiración. Se le amoratá el rostro, y haciendo un supremo esfuerzo habló con voz estrangulada:

- Entiendo.

Le irritaba, pero estaba paralizado. No podía permitirse el lujo de que revisaran sus cuentas. Era mil veces preferible perder a Nicole y su fortuna y guardar lo que pudiera antes que arriesgarlo todo luchando contra los Saxon.

-¡Perfecto! -replicó con aspereza Christopher. Giró sobre sus talones; luego, como recordando algo, se volvió lentamente y miró de frente a William una vez más-. Ah, sí, sólo una cosa más. - Y deliberadamente cruzó la mejilla de William con la fusta. Sus ojos eran ahora dos rayas de oro al gruñir con suavidad-: ¡No vuelva jamás a poner una mano encima de Nicole Ashford! ¡La próxima vez, le mataré!

William, perplejo y mudo, vio a Christopher inclinarse con exagerada cortesía y marcharse a continuación. Una vez que se quedó solo en la habitación, apretó los puños y casi gritó a voz en cuello de furia y mortificación. Pero reprimió sus emociones, sospechando que era afortunado de que el joven Saxon no le hubiese retado a duelo. Y si escapaba a una investigación legal de sus manejos sería doblemente afortunado.

El latigazo ardía en su mejilla y pulsaba dolorosamente cuando irrumpió con violencia en los aposentos de Agatha para ordenarle que se pusiera a hacer las maletas: partirían al campo en cuanto regresara Edward. No le dio ninguna explicación, y cuando ella le preguntó con timidez qué harían respecto de Nicole, le contestó bramando con tanta cólera que ella sufrió un desmayo.

Amilanada por completo su esposa, William salió como una tromba de su habitación y se dedicó a ahogar su resentimiento y humillación con varias copas de cerveza oscura y amarga. Con el paso de las horas se fue resignando más y más y contemplaba el futuro con ojos más serenos. La ira no había menguado, pero podía ver las ventajas de abandonar la ciudad y poder salvar lo que pudiera de la fortuna de Nicole, que ya había pasado a sus arcas.

Edward, sin embargo, al enterarse del cambio de planes, miró a su padre con estudiada indiferencia y comentó con languidez:

- Muy bien. Mamá y tú podéis retiraros al campo.

-¿Y tú? -estalló William haciendo resaltar la marca lívida en su mejilla.

Edward sonrió con dulzura y se sacudió una imaginaria mota de polvo de la manga antes de responder en un murmullo:

-Oh, me propongo probar suerte y casarme con la heredera.

- Bien, te deseo que te diviertas mucho con ella. Es toda una gata rabiosa. Será una arpía como esposa, y te lo advierto, podría no valer la pena a pesar de toda su fortuna - refunfuñó William.

Edward observó, imperturbable, a su padre.

- Puede ser, pero dudo mucho que mi desposada sobreviva a la luna de miel.

Al estudiar con atención los ojos cándidos y azules de su hijo, William se estremeció. Edward tenía un no sé qué que le asustaba de vez en cuando.

- Haz lo que creas conveniente.

- Eso es lo que me propongo.

Edward se había convertido en un joven muy deseable y atractivo. Hasta podría decirse que era hermoso, con ese cabello rubio y rizado de reflejos de plata y ojos azules de mirada lánguida bordeados de pestañas sedosas y arqueadas, nariz aguileña de proporciones clásicas y boca apasionada de labios carnosos y sensuales. Era más alto de lo común y su cuerpo era tan envarado como el resto de su persona. Oh, sí, Edward, un joven extremadamente hermoso, podía ser muy simpático y seductor. Era la esperanza de muchas madres con hijas casaderas y la desesperación de muchas señoritas ansiosas. Pero bajo aquella apariencia pulida escondía una naturaleza perversa; excesiva y ponzoñosamente egoísta, no quería a nadie excepto a sí mismo.

William era consciente de ese rasgo desagradable de su hijo, y levantándose pesadamente de la silla, repitió:

- Haz lo que te parezca. Pero recuerda, de ahora en adelante los Saxon controlarán su fortuna. Yo no me atrevería a pelear con ellos sobre ese tema. Tu madre y yo salimos mañana para la granja.

Su hijo desechó los consejos con un ademán negligente de la mano.

- Adiós entonces.

A solas en sus aposentos, Edward reflexionó largamente sobre los pasos a seguir. Primero se encargaría de encontrar un alojamiento permanente, por supuesto, pero de ello podría encargarse algún sirviente. Lo más importante por el momento era Nicole Ashford.

Se deslizó por su apartamento con la gracia y la elasticidad de una serpiente, desgarrado entre la necesidad de presentarse ante Nicole cuanto antes y la prudencia de esperar hasta que

hubiese pasado el disgusto provocado por la visita de sus padres.

Pero al final ganó la necesidad. Era vital para él reencontrarse con Nicole antes de que ella fuera presentada en sociedad, ya que una heredera jamás carecía de admiradores, y Edward lo sabía muy bien.

Descontó por completo a Christopher como amenaza, pues para la manera de pensar de aquel joven ambicioso, si Saxon tuviera la mirada puesta en la heredera, habría comprometido su reputación y la habría obligado a casarse con él antes de hacerla regresar a Inglaterra

El ataque a su padre no le inquietaba en absoluto, ni despertaba en él deseo de venganza alguno. Estaba furioso con William por su torpeza en el manejo de la situación y maldecía la ineptitud de sus progenitores.

Después de pasar varias horas planeando con sumo cuidado los pasos a seguir, decidió que, después de todo, visitaría de inmediato a su prima, fingiendo que acababa de llegar a la ciudad. Por supuesto se mostraría escandalizado y mortificado por lo sucedido en cuanto se le informara. Se miró al espejo y ensayó una expresión dolida y horrorizada. Eso era exactamente. ¡Había conseguido la expresión perfecta! Le daba a su perfil esa apariencia de turbación varonil que cautivaba tanto a las damas.

Empeñado en producir una impresión favorable sobre su prima, Edward se acicaló con gran esmero a la mañana siguiente. Escogió una chaqueta elegantísima azul oscuro, pantalones de dril de color crudo, corbata blanca almidonada a la perfección, y un alto sombrero de castor con ala rizada, completando su atuendo con un lustroso bastón de caña. Se contempló complacido en el alto espejo de su cuarto y después se dirigió adonde estaban sus padres para despedirlos.

Depositó un beso tibio en la mejilla de su madre, estrechó la mano de su padre de forma mecánica, los acompañó hasta el carruaje y se quedó mirando hasta que desaparecieron de su vista por la calle empedrada. Después, giró y subió sin prisas a su propio vehículo, un tílburi comprado la tarde anterior. Como ya eran las once pasadas, condujo el coche directamente a Cavendish Square. Estaba tan seguro de sí mismo que nunca le pasó por la imaginación que pudiera ser mal recibido en casa de lord Saxon.

Twickham leyó la tarjeta de presentación con algo semejante al asombro, pues no se podía negar que aquel joven adonis no se parecía en nada al resto de la familia. Con ciertos remilgos, Twickham llevó a Edward a una sala de recibir fuera del vestíbulo principal.

Edward se lo agradeció con una inclinación de cabeza y esperó a que Twickham se fuera para pasear la vista por el saloncito, tasando mentalmente el valor de todos los muebles y cuadros que veía. Acababa de decidir que lord Saxon debía de tener las arcas repletas de dinero a juzgar por la lujosa alfombra y los sillones de terciopelo, cuando Simon entró en la

habitación.

- ¿Para qué desea ver a la señorita Ashford? -le gritó él sin preámbulos.

Edward permitió que sus facciones adquirieran una expresión simpática y atractiva.

-Oh, le ruego que me disculpe, señor, pero si no es un gran inconveniente para usted, desearía ver a mi prima. - Mostrándose algo turbado, continuó-: Debo disculparme por la conducta de mis padres ayer por la mañana. Acabo de llegar a Londres y lamento mucho no haber estado aquí para impedir que ocurriera una escena tan lamentable como ésa. Espero con sinceridad que mi prima no me culpe por ello.

Inquieto, Simon estudió al joven que tenía delante. Twickham ya se lo había advertido, pero las meras palabras no podían transmitir con exactitud la buena apariencia de Edward. Simon, como la mayoría de los de su generación, desconfiaba de una belleza masculina tan evidente y chillona. Le habría impresionado más si Edward tuviera algún defecto que echara a perder la perfección de sus facciones. Pero Simon era un hombre justo y el muchacho parecía sincero. Además, era el primo de Nicole.

- ¡Ella no le culpa! - respondió finalmente Simon a regaña- dientes-. Pero usted no puede tomárselo a mal si ella no se muestra ansiosa de recibirle. Su padre, lamento decirlo, fue sumamente grosero ayer. Es indudable que usted ya se ha enterado de lo que sucedió.

Exhibiendo un semblante avergonzado, Edward se mordió el labio.

- Por supuesto. Comprendo. Y puede decirle de mi parte que he convencido a mis padres de que regresen al campo. Como yo, ellos están muy afligidos por lo sucedido.

- ¡Es mejor que así sea! - bufó Simon. Y como Christopher no había comentado con nadie lo acaecido entre William Markham y él, Simon miró con más simpatía al joven por haber conseguido que sus padres abandonaran la escena. Echó otra mirada penetrante a Edward, y habiendo decidido que a Nicole podría complacerla reunirse con su primo, le dijo:

- Venga conmigo entonces. Su prima está en el salón de la mañana con lady Darby, mi hermana, y la señora Eggleston.

Cuando entró en el saloncito momentos más tarde, Edward hizo gala de su máximo encanto. Fingiendo un profundo respeto se inclinó ante las señoras y dirigiéndose a la señora Eggleston, comentó:

- Hemos sido muy afortunados de que mi prima estuviera bajo su cuidado, señora. Jamás podré agradecerle lo suficiente por haberla traído ilesa de regreso a Inglaterra. Debo añadir, también, que a usted la echamos terriblemente de menos cuando se marchó de Beddington's Corner.

La señora Eggleston, aunque con cierto recelo al recordar que de muchachito había sido

bastante malvado en su trato con Nicole y con ella misma, se mostró dispuesta a dejarse deslumbrar por sus modales exquisitos y su sonrisa en apariencia sincera. Regina, sin contar con otros antecedentes que la deplorable actitud de sus padres, también estaba dispuesta a dejarse encandilar por su fascinación. Sólo Nicole le estudió con reticencia cuando por fin se acercó a ella. Se encontraba de pie cerca de una ventana abierta que miraba sobre el parque, los rayos del sol al derramarse sobre su cabello oscuro arrancaban reflejos de fuego de las profundidades de sus rizos. Tenía la apariencia de una diosa con su vestido de suave muselina amarillo claro que se adhería a sus pechos para caer en graciosos pliegues hasta los pies.

Fue casi natural que Edward quedara desconcertado ante aquella visión, no sólo por la figura alta y esbelta de la joven, sino también por la belleza perturbadora de su rostro de delicadas facciones.

-¿Nicole? -preguntó con cierta inseguridad.

Era tan evidente el asombro, que ella sonrió llena de júbilo mostrando sus dientes perfectos y blancos y dos graciosos hoyuelos en las mejillas.

- Sí, primo, soy yo.

Edward consideró de inmediato que un matrimonio con su prima podría resultar más agradable de lo que había imaginado en un principio, así que le sonrió con deleite.

- ¡Simplemente no puedo creerlo! Sé que es una descortesía mencionarlo, pero, mi querida prima, estás absolutamente irreconocible -comentó Edward con risa fácil.

- Mejor que antes, espero.

-¡Oh, sí! -exhaló Edward, sincero por una vez, aunque nada atontado. Admitiría sin reserva que Nicole era hermosa. Admitiría también que más de un hombre sería muy afortunado de desposarla, dinero aparte, pero todo lo que ella representaba para él era una gran riqueza. Una esposa no estaba entre las cosas por las que suspiraba Edward, ni siquiera una tan hermosa. Durante la hora siguiente empleó todo su encanto y seducción para congraciarse no sólo con su prima, sino también con lord Saxon y lady Darby. Y sus esfuerzos no fueron en vano, ya que al salir de allí una hora más tarde rebosaba de satisfacción por haber conseguido una de las invitaciones bordeadas de oro para el baile de presentación en sociedad de la joven.

Las damas de Cavendish Square estaban muy consternadas por el buen aspecto de Edward.

-¡Es inconcebible! -exclamó Regina con irritación-. ¡Creía que Simon tendría más sentido común que el que ha demostrado permitiendo un encuentro entre Nicole y ese primo tan seductor y espléndido que tiene! ¡A veces me pregunto dónde está su inteligencia!

- ¡Oh, querida! Él es tan guapo - se lamentó la señora Eggleston. Luego animándose, añadió-: Pero Christopher es mucho más... - Buscó desesperadamente una palabra para

definirle.

-¿Viril? ¿Masculino? ¿Vigoroso? ¿Potente? ¿Sensual? -preguntó con sequedad Regina.

-¡Todas esas cosas! -exclamó la señora Eggleston ruborizándose.

- ¡Bien, tanto mejor si es así, pero las jóvenes decentes no deben reparar en tales cosas! -replicó Regina -. ¡Se supone que se las ha de cortejar con galanterías y exquisitos modales, y no que pierdan la cabeza por un hombre como Christopher!

- Lo sé. Lo sé - musitó la señora Eggleston, agitada -. Pero algunas veces, Gina, me pregunto...

Entrecerrando los ojos, Regina la instó:

-¿Te preguntas qué?

Turbada y con el rostro encendido, admitió:

- Es que no puedo por menos que sentir que...

- ¿Qué? - insistió Regina, impaciente.

-¡Que han tenido relaciones íntimas! -exhaló de un tirón la señora Eggleston sintiéndose como una traidora para con Nicole y Christopher. Con ansiedad creciente aguardó a que Regina irrumpiera en un torrente de agravios y de palabras de desaprobación.

- Hmm, ¿eso crees? – preguntó con interés.

-Sí. Sí, eso creo -confesó la señora Eggleston, perpleja al ver que una sonrisa complacida curvaba los labios de Regina -. ¿No estás disgustada? - preguntó con curiosidad.

- Naturalmente que sí. ¡Es muy deplorable! ¿Pero no lo ves, tonta? Si Nicole y Christopher ya están comprometidos no tenemos nada que temer de hombres como Edward Markham. Si mi sobrino nieto verdaderamente ha comprometido la reputación de esa jovencita, no será muy difícil arrancarle una propuesta de matrimonio. Es lo que debe hacer un caballero como él.

-¿Tú crees? -preguntó su amiga con incertidumbre-. A mí no me parece -añadió con franqueza-, que a Christopher se le pueda forzar a hacer algo que no desea, caballeroso o no.

Sonriendo bondadosamente, Regina tomó la mano de la señora Eggleston.

- No te preocupes, querida. Déjalo todo a mi cuenta. Recuerda que hasta ahora Christopher ha tenido, por decirlo así, a Nicole para él solo. Pero si descubre que hay otros hombres interesados en ella, interesados y proponiéndole matrimonio, bueno... -dijo confiada-, estoy segura que se mostrará más dispuesto a declarársele. Los celos - añadió sabiamente -, han incitado a más de uno a hacerlo. ¡Y de nosotras depende que Christopher se muera de celos!

- ¡Oh, Regina, eres tan sagaz! - suspiró la señora Eggleston con admiración.

-Sí, por supuesto que sí, querida.

Mas estas damas no tenían por qué haberse preocupado por la reacción de Nicole. Edward

era en verdad un hombre guapísimo de modales muy atractivos, que se granjeaba la simpatía de muchos, pero la joven tenía una memoria excelente. Sin el más mínimo esfuerzo podía enumerar todas y cada una de las jugarretas malévolas y mezquinas que le había hecho cuando eran niños. Nadie podía haber cambiado tanto, concluyó pensativamente.

Recordaba demasiado bien los costados sangrantes de su caballo cuando Edward lo montaba; los codazos y golpes furtivos y las veces que, deliberadamente, le había creado problemas con sus padres; y sobre todo, podía recordar aquel sórdido asuntillo con la criada en los establos de Ashland. Y Nicole era lo bastante astuta como para comprender que sería más prudente dejar que Edward hiciera su juego que enviarle sin más a paseo.

Apartó los pensamientos de su primo con signo de impaciencia, pues su mente volvía sin poder resistirse al desastroso encuentro que había tenido con Christopher. «Qué te pasa» se preguntó con desesperación. «En cuanto te toca, o muestra la menor preocupación o cariño, ¡te derrites como una imbécil enferma de amor!» Angustiada, contuvo la respiración al recordar la manera inexcusable y licenciosa en que se había entregado a él. Era consciente de que Christopher la consideraba ya poco menos que una vulgar ramera, pero ella con sus propios actos le había dado toda la razón.

Cerró los ojos, angustiada, y elevó una plegaria: «¡Oh, Dios mío, permite que se rompan los lazos que nos unen! Permíteme vivir sin tener siempre su sombra a mis espaldas. ¡Por favor!».

Corrió ciegamente a su cama y arrojándose de bruces, golpeó la colcha de seda con los puños cerrados para descargar toda su impotencia mientras pasaba de una emoción dolorosa a otra peor aún. Odiaba a Christopher por lo que le hacía, aborrecía el poder que parecía ejercer sobre ella. Le detestaba, pensó con apasionamiento, por despertar en ella la poderosa emoción del amor y luego echárselo en cara, le odiaba por excitar su sensualidad desenfrenada, por ser capaz de arrastrarla a abismos insondables de imprudencia e irresponsabilidad.

Pero Nicole era una joven de voluntad férrea; no perdería el tiempo lamentándose por cosas que no podían cambiar. Suspirando, se sentó en la cama. Su furia había desaparecido con la misma rapidez con que había llegado. Se arregló los rizos con mano trémula, pensando que estaba perdiendo el tiempo al pensar en Christopher Saxon. Él no era el único que podía ser tan exasperadamente indiferente. También ella era capaz de actuar de la misma forma, y un día, algún día, se prometió con seriedad, se recobraría de aquel falso hechizo.

Las habitaciones que había examinado Higgins mientras Christopher mantenía su confrontación con William Markham habían recibido primero su aprobación y la del joven poco después.

Una semana más tarde ya no vivía en la mansión de los Saxon y estaba particularmente feliz

por haber salido de la órbita de Nicole.

El desenfreno con que se había entregado a ella en el jardín de invierno lo avergonzaba, y deseaba volverse indiferente a aquella emoción inexplicable que se desencadenaba entre ellos. Ese deseo fue un incentivo más para acelerar el plan original de buscarse un alojamiento privado, pues estaba decidido a poner la mayor distancia posible entre Nicole y él.

Podría encontrarse con Simon en alguno de los clubes o acompañar al anciano caballero cuando acudía a sus sitios de diversión favoritos. Requería poco esfuerzo averiguar cuándo las damas no estaban en la casa, y entonces podría visitarle en Cavendish Square sin temor a enfrentarse con Nicole. Si se encontraba con ella al pasar, podría actuar con ecuanimidad, charlar de cosas intrascendentes durante unos minutos y después separarse de forma amigable.

Regina, ajena como todos los demás a lo que había sucedido, estaba furiosa con la situación; Christopher resultaba más escurridizo que una anguila. Para colmo de desgracias, cada vez que Nicole se ausentaba de la casa para probarse algún vestido en la tienda de la modista o para cabalgar en Hyde Park en compañía de Robert o de Edward, aparecía Christopher y pasaba largas horas con su abuelo o con la señora Eggleston y ella misma, y desaparecía minutos antes de la llegada de Nicole. No importaba las veces que había deseado reunirlos, demorar la partida de Christopher, exigirle que la acompañara, o averiguar cuándo volvería a visitarlos. Éste siempre conseguía burlarla y no era extraño que Regina se sintiera muy molesta e irritada con él.

Por su parte, si Christopher estaba enterado de los planes casamenteros de su tía abuela para unirle con Nicole, no lo demostraba. Hasta cuando Regina, puesta entre la espada y la pared, empezó a alabar a Edward Markham, insinuando solapadamente que Nicole parecía estar muy interesada en él, Christopher la desconcertó aún más murmurando con marcada indiferencia:

- ¿De veras?

Al no recibir ninguna satisfacción por ese flanco, Regina procedió a hablar de Robert, a quien aborrecía con toda el alma, como posible pretendiente a la mano de Nicole, explayándose en sus encantadores atributos hasta la náusea. Pero todo fue en vano. Christopher permanecía insensible y parecía indiferente a ella y sus pretendientes.

En realidad, el joven no visitaba Cavendish Square más de lo estrictamente necesario. Instalado con comodidad en un lujoso apartamento en Ryder Street, Con su propio círculo de amigos que aumentaba día a día, vivía Como la mayoría de los jóvenes aristócratas de la ciudad, y visitar a los parientes no era una recreación muy deseable.

Y así empezaron a pasar las semanas y los meses: mientras Nicole ocupaba su lugar en la

sociedad londinense, esforzándose por olvidar a Christopher, él pasaba sus días y sus noches cultivando la amistad de la camarilla militar, prestando mucha atención a cualquier chisme que pudiera indicarle dónde hallar pruebas sobre los planes británicos para invadir Nueva Orleans. En mayo se llevó a cabo el gran baile de presentación de Nicole y fue proclamado corno el acontecimiento social del año. Hasta acudió el príncipe regente, cuyo corsé crujió de manera alarmante alrededor de su voluminoso vientre al inclinarse para besar la mano de Nicole. La jovencita estaba más hermosa y radiante que nunca con su elegante traje de raso blanco bordado con hilos de oro, perlas alrededor del cuello y el cabello rojo oscuro recogido en lo alto de la cabeza. Se convirtió de inmediato en la mujer más admirada y cortejada desde hacía años.

Christopher por supuesto estuvo presente, pero no formó parte de su corte de admiradores esa noche y sólo la acompañó durante un baile, una alegra danza escocesa, antes de partir con discreción en dirección al salón de juego.

La aprobación para Almack's se consiguió sin un solo murmullo de desacuerdo de parte de la condesa de Lieven, y el éxito de Nico1e se dio por descontado. En el campo político, Wellington entró triunfalmente en mayo en la ciudad de París Corno embajador británico, y por fin llegaron las credenciales oficiales de Albert Gallatin como miembro de la delegación de paz. Éste y Bayard, apoyados por Alexander Baring, habían sido bien recibidos en círculos privados y hacían lo posible para abrir canales de comunicación extraoficiales, Con la esperanza de acelerar el comienzo de las conversaciones de Gante. Finalmente, después de semanas de inactividad, los británicos designaron su comisión: tres hombres de tal penosa mediocridad que hasta Gallatin quedó consternando. El panel de negociadores británico estaba formado por un oscuro abogado, William Adams

Henry Coulbourn, un anodino subsecretario de guerra; y el vicealmirante lord Gambler, el jefe de la misión, un marino competente, si bien bastante falto de inspiración. Y tal vez lo más desalentador de todo fue el nombramiento como secretario de Anthony St. John Baker, detestado ya en Washington.

Las perspectivas de éxito de las negociaciones de paz no eran muy halagüeñas.

En junio Christopher observó con aire sombrío, al igual que la mitad de Inglaterra, el desembarco en Dover de los pasajeros del *HMS Impregnable*, una procesión de soberanos, estadistas y comandantes militares de la Cuádruple Alianza: el zar de Rusia luciendo un uniforme profusamente adornado con cordones de oro; el rey de Prusia, cuyos pantalones blancos parecían a punto de reventar las costuras en su voluminoso trasero, el príncipe von Metternich, canciller del Imperio Austríaco; el mariscal de campo von Blücher, canciller de Prusia. Todos estaban allí, avanzando por el muelle engalanado para la ocasión con magnífica

pompa militar y la presencia de los Scott Grey y tres regimientos de la admirable infantería ligera, el 43°, el 52° y el 95°, héroes del victorioso ejército británico. Era un espectáculo grandioso y la muchedumbre aplaudía y gritaba con entusiasmo, pero Christopher se sentía impaciente y con una persistente sensación de incapacidad e impotencia.

Fue en junio también cuando éste recibió la primera de las cartas cifradas de Jason Savage, y la abrió sorprendido y complacido a la vez. Pero al echar un vistazo a la misiva se aguó su alegría y soltando un reniego por lo bajo leyó acerca de la detención de Pierre Lafitte en abril a manos de un pelotón de dragones. Se le había denegado la posibilidad de ser puesto en libertad bajo fianza: los funcionarios de la aduana se habían encargado de ello. John Grimes, el fiscal de distrito, originó un gran escándalo al dimitir y unirse a Edward Livingston para preparar la defensa. Christopher se preguntaba cómo habría reaccionado Jean ante el arresto de su hermano, pero luego se encogió de hombros: la noticia era de hacía meses y él estaba a un océano de distancia. Un rumor particularmente insistente acerca de la partida inmediata de veinticinco mil soldados británicos hacia América hizo que fuera a entrevistar por última vez a Gallatin. La reunión fue desalentadora; basándose en la información de Christopher, Gallatin le escribió a Monroe haciendo hincapié en sus propias deducciones de que esas tropas se usarían para atacar Washington, Baltimore y Nueva York. Gallatin y Christopher coincidieron en que era una insensatez que los norteamericanos, una vez iniciadas las conversaciones de paz, no aceptaran al menos algunas de las concesiones exigidas por los británicos. Éstos eran demasiado fuertes, y debido a su victoria en la larga guerra contra Napoleón, se creían invencibles. Gallatin reconoció al fin que no podía hacer nada más en Inglaterra, y el 6 de julio de 1814 se reunió con los demás miembros de la comisión de paz norteamericana en Gante, dejando a Christopher en Londres para que hiciera todo lo que estuviera a su alcance.

Nicole continuaba siendo la reina de la temporada; ninguna reunión de moda estaba completa sin su presencia. La rivalidad entre Edward y Robert por la mano de la joven heredera no había pasado inadvertida, y ya se apostaba en los clubes de caballeros por el posible ganador. El ingreso del heredero de un ducado al círculo de admiradores de Nicole hizo elevar las apuestas a cifras astronómicas con el correr de los meses. Hasta Christopher había depositado su apuesta en el libro de Waiter's con una sonrisa sardónica en los labios: apostó su dinero al ducado.

Pasaban semanas sin que se encontraran Nicole y Christopher y cuando lo hacían era sólo por un momento. Cada uno inclinaba cortésmente la cabeza o sonreía con frivolidad mientras continuaban librando sus batallas privadas.

Por fin el 8 de agosto de 1814 comenzaron las conversaciones de paz en Ghent. Christopher

sintió alivio, pero crecían sus frustraciones a cada segundo. Estaba convencido más que nunca de que los británicos planeaban un ataque decisivo a alguna de las ciudades más importantes de Norteamérica, pero ya ni siquiera tenía la seguridad de que Nueva Orleans fuera el verdadero objetivo.

Una noche, cuando se encontraba más deprimido que de costumbre, uno de los amigos que cultivaba deliberadamente entre la camarilla militar, un tal capitán Buckley a quien el coñac había soltado la lengua, empezó a dar la lata a Christopher sobre los lazos que le unían a los norteamericanos. Buckley hizo algunas alusiones de embarques de tropas e incluso dio a entender que una poderosa ofensiva en la región de los Grandes Lagos sólo sería una maniobra fingida: la verdadera batalla habría de ser librada en Nueva Orleans. Christopher disimuló la mezcla de excitación y consternación que le asaltó y sonrió con indiferencia:

- ¿Qué me importa eso a mí, amigo? Yo estoy aquí en Inglaterra. ¿Otra copa? - Pero en cuanto llegó a su apartamento poco después, se sentó y escribió toda la información para Gallatin con la esperanza de que pudiera usarse en las negociaciones.

Las largas noches en vela bebiendo botella tras botella de coñac, el aire viciado de humo de cigarros y cigarrillos de los salones de juego y la vida licenciosa que llevaba estaban empezando a dejar huellas en él. Se le había enflaquecido el rostro y parecía tenso, la piel estaba tirante sobre los huesos, su genio se había vuelto más vivo y estallaba por cualquier cosa. Los rumores y los chismes estaban bien, pero él no tenía nada sólido en qué basarse para establecer una prueba contundente.

En el colmo de la desesperación le había dado por visitar el Ministerio de Guerra y la brigada de caballería de la Casa Real de Inglaterra, donde se había vuelto una figura familiar, pero esperaba no ser un rostro sospechoso. Recorría los pasillos y visitaba las diversas oficinas conversando con uno y otro mientras se preguntaba si lo que andaba buscando estaría detrás de alguna de aquellas puertas. Era una tarea que le llenaba de frustración y, peor aún, su conciencia había adquirido la costumbre de atormentarlo en los momentos más inesperados.

Aunque se las ingenió con astucia para mantener a sus variadas amistades en dos niveles bien diferenciados, de vez en cuando se superponían. Era precisamente en esas ocasiones cuando se sentía más incómodo y desasosegado, porque le hacía ver a las claras que él era en realidad un espía que los empleaba a todos para sus propios fines.

Pero podía pasar por alto tales remordimientos de conciencia con cierta desenvoltura cuando recordaba cómo se sentiría si Nueva Orleans llegara a caer en manos de los británicos. Hasta cierto punto, la actitud hacia la guerra en América de la mayoría de los ingleses reforzaba su propia convicción de que a una inmensa mayoría no le importaba en absoluto lo que sucedía al

otro lado del océano. En cierto modo fue una sorpresa para él descubrir que gran parte del pueblo era indiferente y hasta estaba mal informado sobre la guerra en Norteamérica.

En general la población británica se había interesado más en ponerse al día de la terrible guerra con Napoleón, y no dejaban vagar sus pensamientos hacia un asunto tan insignificante como el de aquellos obstinados colonos. El conocimiento de que casi todos veían la guerra como una simple revuelta interna, que pronto sería resuelta por Gran Bretaña, sólo acrecentaba la determinación de Christopher de encargarse de que sucediera todo lo contrario.

Su abuelo no había sido de gran ayuda tampoco cuando él, por pura curiosidad perversa, hizo mención del tema. Simon, mostrándose sorprendido, preguntó:

-¿Estamos en guerra con Norteamérica?

Exasperado, Christopher elevó sus ojos al cielo y replicó:

-¡Sí, desde hace dos años!

Simon, incómodo, musitó:

- Bien, sabía que algo andaba pasando por allí -lo cual resumía la actitud generalizada en Inglaterra.

Para mediados de agosto Christopher ya estaba casi dispuesto a admitir la derrota. Había estado casi cinco meses viviendo en Inglaterra, tenía suposiciones en abundancia y rumores a carretadas. ¡Pero ninguna maldita prueba! Ese pensamiento reverberaba en su cerebro día a día como un cañón, y supo que estaba dispuesto a emprender cualquier fechoría o crimen sin importar cuál, ya que tan sólo algo así aliviaría su creciente sensación de ineficacia y futilidad.

CAPÍTULO XXVI

Durante esos meses Nicole se convenció de que la atracción que había existido alguna vez entre Christopher y ella había muerto para siempre. Ahora podía encontrarle en las reuniones sociales sin perder la compostura, y si el corazón todavía le daba un brinco en el pecho cuando sus miradas se cruzaban de improviso, se repetía que a la larga también eso desaparecería.

En gran medida Robert Saxon era responsable de aquel cambio aparente. Ingenioso y cortés, y lo bastante parecido a Christopher como para cautivar su atención e interés, era para Nicole una forma agradable de separarse de sus jóvenes y ardientes admiradores. Provocador y reservado, sin embargo, se las ingeniaba con habilidad para hacerle saber a Nicole que ella era el objeto de su deseo.

A ella le gustaba la compañía de Robert. Él podía hacerla reír con sus comentarios extravagantes, y con todo, cuando sus ojos verdes se iluminaban con un brillo inusitado al mirarla, la sangre corría un poco más rápido por las venas de la joven y varias veces se encontró preguntándose cómo serían sus besos.

Si encontraba atractivo a Robert, mantenía a distancia prudencial y deliberada a su primo Edward. No se dejaría cautivar por su encanto, pero tampoco deseaba enfurecerle. Recordaba demasiado bien las mezquinas venganzas durante su infancia. Pero Edward parecía sordo a sus indirectas, y si no quería dar pie a una escena desagradable, la joven tendría que someterse a sus galanteos. Le resultaba una tarea muy pesada, y más de una vez tuvo que morderse la lengua para no gritar su incredulidad ante la adulación evidente de Edward. Le encontraba encantador en exceso, demasiado condescendiente y se mostraba tan obviamente prendado de ella que no podía pensar que fuera sincero. Además era en extremo vanidoso y proclive a acicalarse. Se creía muy galán y valiente, asegurándose de que Nicole supiera que su bastón de malaca era en realidad un estoque hábilmente construido, y dando a entender con fanfarronería que ella no tenía nada que temer cuando él la escoltaba. Nicole se encontró en un verdadero aprieto tratando de no echarse a reír a carcajadas. ¿Pensaba ese individuo acaso que lord Saxon o lady Darby permitirían que ella fuera a alguna parte donde existiera el más mínimo riesgo? En cierto modo paseando por Hyde Park con todos los conocidos saludándolos amablemente, era ridículo que alguien hiciera alarde de un bastón de estoque. Pero por otra parte, Edward era bastante grotesco. Después de mantenerlo a raya, aburrida de posturas afectadas y de su charla banal, no era de extrañar que se volviera con alivio hacia Robert y su galanteo maduro y excitante.

Con éste no estaba en guardia, podía sentirse tranquila y se descubrió esperando con ansia

esos momentos en que podían escapar a la mirada vigilante de Regina. Los ojos de Robert la volvían consciente de ser toda una mujer y de que él era un hombre en extremo seductor y atractivo.

Seductor y descarado también, pensó divertida una noche en Vauxhall Gardens, cuando él la arrebató hábilmente de la presencia de lady Darby y de la señora Eggleston llevándola por uno de los senderos serpenteantes que ofrecían solitaria intimidad.

Ella estaba particularmente hermosa esa noche con un diáfano vestido blanco y el cabello arreglado en una nube de suaves bucles que caían alrededor de sus hombros tersos y lechosos. Su mano descansaba con ligereza sobre el brazo musculoso de Robert, y sus ojos color topacio se veían iluminados por la risa al decir alegremente:

-¡Te estás comportando de un modo muy escandaloso! Quiero decir, muy indecorosamente... ¿Sabes que lady Darby se va a poner furiosa con nosotros?

- Mientras tú no desapruebes mis actos, eso es todo lo que me importa - respondió Robert. La luz de la luna acentuaba las atractivas vetas plateadas de su pelo oscuro, y con aquel traje oscuro con botones enjoyados estaba muy distinguido.

-A mí no me importa -respondió sinceramente-. Algunas veces me siento tan limitada que me reiría a gritos de esa tontería. ¡No veo por qué no puedo dar un paseo siquiera sin una acompañante! ¡Es del todo ridículo!

Nicole estaba acostumbrada a la libertad, una libertad que habría escandalizado a aquellos que la conocían ahora, y los rígidos convencionalismos de la aristocracia inglesa la hacían sentirse oprimida con frecuencia. Le disgustaba profundamente la constante vigilancia de lady Darby y de la señora Eggleston, o de su doncella si no había nadie más disponible. Ni siquiera podía caminar sola por Hyde Park, ir a la biblioteca o a la tienda de la modista sin escolta, y cuando recordaba la despreocupada libertad de sus días en La Belle Garce, algunas veces su indignación no conocía límites.

Su expresivo rostro dejó traslucir algunos de estos sentimientos, y Robert, con los ojos clavados en sus tempestuosas facciones, sintió encogérsele el corazón en el pecho, y sin pensarlo dos veces, estrechó a Nicole entre sus brazos. Contemplando su expresión sorprendida, dijo a la ligera:

-Se necesitan acompañantes para damas tan bellas como tú, querida. Y jamás permiten que salgas de su vista por temor a que suceda algo como esto. - Y deliberadamente la besó en la boca.

Fue un beso tibio y vacilante y no asaltó sus sentidos como los de Christopher, pero muy grato a pesar de todo.

Cuando la soltó asomó una sonrisa tímida a los labios de Nicole y preguntó en tono recatado:

-¿Y qué hay tan terrible en esto?

Robert creyó que podía controlarse, pero la suave dulzura complaciente de la boca de Nicole fue su perdición, y musitó:

- ¡Lo malo es que conduce a esto! - Y con esas palabras la envolvió en un abrazo pasional mientras sus labios forzaban los de Nicole tratando de entreabrirlos para poder beber con avidez la miel que guardaban.

Nicole le devolvió el abrazo generosamente, su corazón herido pareció revivir y cicatrizar sus heridas con los besos apasionados de Robert. La besó largo tiempo, y por último, con los ojos casi negros de pasión y con una nueva llama de ternura en sus profundidades, la soltó por un instante. Contempló el rostro adorable mente joven que tenía delante y con voz pastosa de emoción, murmuró:

- ¡Te amo, Nicole! ¡Te adoro, mi vida! - Estrechándola una vez más contra su cuerpo alto y musculoso, le cubrió la cara de besos apasionados, encontrando por último la boca y apoderándose de sus labios con un beso ardiente que pareció eterno. Fue así como los encontró Regina.

Escandalizada primero y furiosa después, observó con incredulidad los cuerpos entrelazados antes de estallar en tono imperioso:

-¿Te has vuelto loco, Robert? ¿Qué significa esto?

Las dos figuras se separaron, si bien lentamente, y Nicole, cautivada por la idea de que alguien tan guapo y perfecto como Robert Saxon pudiera amarla, miró a Regina sin comprender, mientras él, con una sonrisa complacida, avanzó Y quiso tranquilizar a su tía.

- Lo sé, mi querida tía, sé que esto es del todo irregular, pero Nicole y yo...

Regina, lanzando rayos por los ojos, dijo con irritación:

-¡Hablaré contigo dentro de un minuto! ¡Nicole, vuelve inmediatamente con lord Saxon y la señora Eggleston! Contigo hablaré en cuanto lleguemos a Cavendish Square. Me has decepcionado, señorita, puedo asegurártelo. ¡Vete ahora!

Bruscamente Nicole volvió a la realidad, pero levantando la barbilla de modo rebelde, se aprestó a presentar batalla, hasta que Robert intervino:

- Vete, querida. Es mejor que lady Darby y yo discutamos esto entre nosotros.

Lanzando a Regina una mirada elocuente, Nicole obedeció y desapareció al instante por el sendero. Apenas se había perdido de vista, cuando Robert, volviéndose para enfrentarse a su tía, dijo con frialdad:

-¿Era necesario hablar en ese tono a mi prometida?

La sorpresa hizo a Regina perder el hilo de sus pensamientos, y repitió como atontada:

- ¿Tu prometida?

-Sí. Aún no he hablado con mi padre como debe hacerse, pero supongo que no habrá ningún inconveniente -explicó Robert, impaciente -. Y si lo deseas, esperaré hasta después de haber conversado con él antes de hacerlo formalmente con Nicole, pero me parece una situación bastante ridícula. Me propongo casarme con ella y estoy casi seguro de que me aceptará.

-¡Estás muy equivocado! -exclamó Regina en tono glacial al tiempo que se erguía con orgullo-. Existe un compromiso previo entre Nicole y Christopher; tu padre ya ha dado su aprobación para la boda. - Era una mentira flagrante, pero Regina jamás permitía que tales minucias se interpusieran en su camino. Había tomado la decisión de que Nicole y Christopher debían casarse y nada la detendría.

El semblante de Robert se ensombreció de furia y mortificación.

- ¡No lo creo! - estalló furioso-. Christopher no se acercó a ella más de media docena de veces en todo el verano. Yo he sido el único que la ha acompañado constantemente, ¡no él! ¡Es a mí a quien ella acude, no a él!

Regina adoptó un gesto de impaciencia.

- ¡Mi querido sobrino, eso no tiene nada que ver! Si quieres hacer el ridículo por una jovencita mucho menor que tu propia hija, allá tú, pero olvídate de Nicole Ashford porque ella no es para ti. Se casará con Christopher, ten presente lo que digo.

El odio brilló en sus ojos y sus labios se afinaron en una sonrisa tensa y desagradable cuando Robert se inclinó con rigidez.

- Lo veremos, mi queridísima tía, lo veremos.

Regina le observó con detenimiento mientras él se alejaba a grandes zancadas furiosas. Podía ver que Robert le presentaría muchas dificultades. Era una verdadera lástima, pensó con frialdad, que sus preferencias tuvieran que caer sobre Nicole. Pero luego se encogió de hombros con indiferencia: un revés como éste le haría muchísimo bien a su sobrino del alma. Pero si no quería que sus propios planes sufrieran un contratiempo semejante, debía abordar a Simon de inmediato. Era imprescindible convencerle de que debía corroborar la mentira que acababa de inventar. Tenía la esperanza de que su hermano no resultara un hueso demasiado duro de roer.

Simon no resultó nada difícil de manejar, aunque sí dio un susto momentáneo a Regina. Ella, por su lado, se mostró fría y cortés con Nicole durante el resto de la velada, y como la

tirantez entre ellas era evidente y Robert había abandonado la tertulia tan de improviso, no les resultó difícil a la señora Eggleston y a lord Saxon deducir que algo fuera de lo común había pasado.

Ya en Cavendish Square, Regina en tono tajante envió a Nicole a su cuarto, aparentemente como castigo, y luego, mientras los tres se acomodaban en el salón azul para charlar durante unos minutos antes de retirarse a dormir, Regina lo reveló todo, hasta su embuste. La señora Eggleston soltó un grito ahogado al oír el relato del comportamiento vergonzoso de Nicole y terminó de escuchar el resto de lo sucedido con una expresión azorada en su dulce rostro. Luego, frunciendo levemente el ceño, preguntó con timidez:

- ¿Has aprobado ese enlace, Simon?

-¡Por supuesto que no! -declaró Regina-. ¡Yo lo inventé!

Simon permaneció en silencio cuando su hermana terminó de hablar; simplemente se quedó con la mirada fija en la copa de coñac. Por último levantó los ojos y miró con fijeza a Regina por debajo de las espesas e hirsutas cejas negras.

- ¿Alguna vez te detuviste a pensar que la jovencita podría elegir a Robert en lugar de Christopher? - preguntó con serenidad.

Pasmada, Regina lo miró boquiabierta.

- ¡Simon! ¡No puedes decir en serio que prefieres ver a Nicole casada con Robert! No es mi intención herirte, y sé que él es tu hijo, pero no negarás que le hizo la vida imposible a su primera esposa. ¡A menudo pienso que ella se murió sólo para escapar de él!

Simon asintió con la cabeza. No se hacía ilusiones con su hijo menor, pero se sintió en la obligación de decir unas palabras en su favor:

- Robert no quería casarse con esa pobre criatura pálida y enfermiza, pero yo insistí con terquedad en ello. Era -continuó sonriendo con tristeza -, una excelente unión. Le forcé a aceptarla, creyendo que estaba haciendo lo mejor para él. - Con el rostro serio y súbitamente turbado, echó una mirada a la señora Eggleston -. Habrías pensado que aprendí mi lección, considerando que yo hice exactamente lo mismo.

La señora Eggleston le sonrió con los ojos húmedos.

- No dejes que te aflija, querido, todo eso pertenece al pasado.

Regina los observó largamente, indecisa entre retroceder y permitirles que arbitraran el asunto o quedarse y luchar por Nicole, aun cuando esa muchachita no deseara su intervención.

Se decidió por la joven, simplemente porque cualquier tonto podía ver con claridad que sólo era cuestión de tiempo que Letitia y Simon resolvieran su propio futuro, algo que

ambos podían hacer sin su ayuda, reconoció con cierto pesar, mientras que Nicole...

-¡Todo esto está muy bien! -afirmó con energía y nuevos bríos-. Pero no convierte a Robert en un esposo adecuado para Nicole.

- Hmm, no, es verdad. Pero no toleraré que se fuerce a esa jovencita a contraer matrimonio con mi nieto sólo porque nosotros tres creemos que es una idea magnífica. Si quiere a Robert, no nos pondremos en su camino -dijo Simon con pesadumbre.

Regina podría haberle sacudido. ¡Qué momento elegía su hermano para ponerse romántico! Las personas de su posición se habían estado casando sin amor durante siglos, y ahora él presentaba objeciones como si se propusieran casarla con un hombre que tuviera un pie en la tumba y fuera más feo que un sapo, en vez del magnífico animal que era Christopher.

-Muy bien -recalcó ella con frialdad-. Si no estás dispuesto a ayudar, no hay nada que yo pueda hacer. - Pero luego se desvaneció al instante su frialdad y gimoteó-: Pero, Simon, Nicole no quiere a Robert, ¡sólo lo cree! Hasta Letty opina que la joven y Christopher están enamorados, pero que son demasiado estúpidos y orgullosos para reconocerlo.

Simon echó una ojeada a la señora Eggleston.

-¿Es verdad lo que dice, Letty?

La señora Eggleston plegó nerviosamente la falda de su traje de raso azul claro y sin atreverse a mirarlo a los ojos, dijo en tono apagado:

-Creo que sí. Nosotros fuimos como ellos una vez y permitimos que nuestro orgullo nos cegara.

Simon palideció, pues era la primera vez que ella hacía un comentario tan directo sobre la ruptura de su propio compromiso matrimonial. Pero cada cosa a su tiempo, reflexionó.

-Que esto quede en un término medio. No le negaré ni le confirmaré a Robert que existe un acuerdo entre Nicole y Christopher, y por ahora rehusaré mi consentimiento a una unión entre Robert y ella.

Eso era lo más que podía esperar Regina y tenía que darse por satisfecha. Al menos, pensó reconfortada, por el momento Simon no permitiría que tuviera lugar un compromiso matrimonial entre Nicole y su hijo.

El día de Christopher comenzaba de manera sencilla: practicaba la esgrima todas las mañanas en Angelo's. Había pasado varias horas a lo largo de aquellos meses practicando boxeo en el salón Gentleman Jackson, en el número 13 de Old Bond Street, pero aunque disfrutaba de los guantes, su verdadero amor era la espada. Se le encontraba con frecuencia en Angelo's con un espadín en su mano fornida mientras descargaba parte de

sus energías reprimidas.

Esa mañana se quedó allí con el capitán Buckley y el teniente Kettlescope para pasar una hora o dos practicando con los floretes. Tal vez había una docena o más de caballeros en el gimnasio, varios de ellos observando al menudo francés Angelo mientras éste les revelaba los detalles intrincados de una parada bastante complicada.

Hubo un intercambio de saludos y el capitán Buckley y Christopher se dirigieron a los vestuarios. El teniente Kettlescope, un joven delgado de soñolientos ojos azules, decidió de repente que no quería fatigarse demasiado y se sentó junto a una ventana que daba al patio.

El capitán Buckley sonrió divertido.

- Me temo que Anthony es un verdadero haragán. Me pregunto cómo se las arregla para cumplir sus funciones a bordo del barco.

Christopher se encogió de hombros. No estaba de ánimo para charlas banales. Todavía luchaba con su conciencia por usar a esos dos oficiales para sus propios fines, y algunas veces le resultaba difícil entablar una conversación despreocupada y alegre. Hoy no era distinto, pero cuando se encontraron en la arena minutos después, parte de su malhumor había desaparecido.

Christopher era un oponente formidable, un espadachín consumado a quien pocos querrían enfrentarse en un verdadero duelo de destreza. El capitán Buckley, algunos años mayor que él, tampoco era un novato, pero era más bajo y de complexión robusta; lo que le faltaba de altura lo compensaba en furia.

Se saludaron con una reverencia burlona, luego las puntas de los floretes se besaron brevemente y se oyó gritar: «¡En garde!» Durante la media hora siguiente sólo se oyeron los silbidos y los choques de las hojas de acero manejadas por manos expertas.

El capitán Buckley, jadeando e impotente contra la hoja de Christopher, pidió una tregua.

- Maldición, Chris, ¿es que nunca bajas tu maldita guardia? Creí que te tenía con esa *flanconade*, pero fuiste demasiado veloz para mi ¡maldita sea!

Eran los únicos que usaban el estrado de madera. Advirtieron que los demás caballeros, incluso Angelo, estaban reunidos cerca del frente del edificio riendo e intercambiando chanzas.

El capitán Buckley, siempre curioso, se dirigió de inmediato al grupo y preguntó en son de broma:

- ¿Qué es lo que os divierte tanto que estáis todos graznando como una manada de

gansos por una corteza de pan?

- ¡Es Daventry! Sabe una historia de lo más divertida sobre Brummel y el regente. ¡Venid a escuchar!

Christopher no estaba demasiado interesado en el último conflicto entre Prinny y su petimetre preferido, así que se quedó donde estaba. No prestaba mucha atención a la historia que contaban y su mirada recorrió el grupo. Súbitamente vio allí a Robert.

Éste estaba ocioso fuera del círculo de hombres y era evidente que había acompañado al chismoso Daventry, pues Christopher podría jurar que su tío no había estado allí más temprano. Aparentemente, a Robert tampoco le interesaba demasiado la historia que estaban contando, porque cuando sus miradas se cruzaron, comenzó a avanzar con resolución hacia Christopher.

La presencia de Robert en Angelo's esa mañana era accidental. Pasados ya los años de bríos juveniles, rara vez sentía la necesidad de agotarse en tales actividades. Pero era un excelente jugador de esgrima y había observado con suma atención los últimos minutos del lance entre su sobrino y Buckley.

Su afán por perseguir y conquistar a Nicole le había hecho dejar para un momento más oportuno la lucha encarnizada que tenía con Christopher, pero la discusión de anoche con Regina indicaba dolorosamente que su sobrino aún podía torcer sus planes. La idea de que Nicole pudiera ser la esposa del joven despertó toda su furia dormida. Al ver al objeto de su odio de pie en actitud negligente frente a él, mucho más cercano a la edad de Nicole que él mismo, una cólera cegadora le invadió. La dominó, pero sus ojos eran hostiles.

- Manejaste ese florete bastante bien para alguien obviamente tan poco entrenado -se burló Robert casi enloquecido de celos.

Christopher le miró con frialdad.

-¿Y cómo sabes si estoy o no estoy entrenado? A mí me parece que lo hice muy bien.

Robert se encogió de hombros y como al descuido tomó uno de los floretes que colgaban de la pared.

- No hay duda de que has aprendido uno o dos trucos de salón - comentó con desdén haciendo correr la hoja flexible y mortal por la palma de la mano-. Pero yo, sobrino, he matado a un hombre en un duelo.

-¿Cómo? -inquirió irónicamente Christopher-. ¿Con una estocada por la espalda?

- ¡Maldito seas! - gruñó Robert con los dientes apretados. Y sin detenerse a considerar sus actos, arrancó el botón de la punta del florete y luego, sin dar siquiera la consabida advertencia al adversario, arremetió contra Christopher con la hoja desnuda.

Con agilidad felina éste se apartó de un salto e instintivamente paró el bárbaro ataque de Robert. Siguió un rabioso intercambio de movimientos rápidos, pero Christopher se recobró con rapidez.

Concentrándose en esquivar la hoja desnuda que blandía su tío, retrocedió sin prisa ante varios amagos, parándose hábilmente, casi con indolencia. Después de un momento, cuando fue evidente que Robert tenía la intención de continuar aquella lucha desigual, Christopher comentó sin emoción:

- Tu florete no tiene botón, ¿o es que no lo habías advertido?

-¿De veras? Me temo que no sé de qué estás hablando. - Embistió con violencia apoyándose sobre el pie derecho y le lanzó una estocada al pecho, pero Christopher desvió la hoja sin dificultad.

Los contendientes quedaron momentáneamente cara a cara y el joven, que empezaba a encolerizarse, le provocó con soma:

- Tendrás que esmerarte más que eso, tío. ¿O sólo puedes aventajar a los débiles y los necios?

Su tío soltó el aire de sus pulmones con un silbido de rabia retrocedió.

- Te prometo que lamentarás lo que has dicho.

- ¿Algún otro encuentro con una patrulla de leva o tenías en mente algo más honorable esta vez?

Las hojas chocaron con violencia y Robert, con ojos helados y furiosos, comenzó a lanzar una serie de estocadas mortales y deliberadas con la intención de inducir a Christopher a un quite prematuro.

Fríamente, éste evaluó la situación. Era inconcebible que Robert hubiera perdido la razón hasta el extremo de intentar matarle en un salón de caballeros, pero algo estaba consumiendo a aquel hombre, volviéndose del todo irracional. Christopher se arriesgó a echar una ojeada en dirección al grupo de hombres que, indiferentes a lo que sucedía en el estrado, seguían charlando animadamente en el otro extremo del salón. Nadie les estaba prestando atención por el momento. El podría pedirles ayuda, pero desechó la idea en el mismo instante en que cruzó por su mente: su orgullo no se lo permitiría.

Mientras continuaban luchando ferozmente, Kettlescope dio un súbito grito de alarma:

- ¡Dios mío! ¡Señor Saxon, se ha caído el botón del florete! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Kettlescope estaba contemplando una mosca en el antepecho de la ventana cuando el ritmo furioso de la lucha entre Christopher y Robert llamó su atención. Alguna que otra vez los botones se soltaban por accidente y Kettlescope supuso naturalmente que eso era lo

que había ocurrido aquella vez, así como varios caballeros que ahora miraban en dirección a los combatientes.

Creyendo que Robert detendría su ataque ahora que habían atraído la atención de los presentes, Christopher bajó la guardia. Pero Robert, incapaz de resistir un blanco tan tentador, con deliberación y maldad lanzó una estocada con la velocidad de un rayo; Christopher se recobró con rapidez y desvió la hoja del blanco, pero la punta del florete se deslizó a lo largo de su brazo dejando una roja herida de donde empezó a manar abundante sangre.

Kettlescope fue quien se acercó primero a ellos y Buckley le siguió a dos pasos de distancia. Los otros, alarmados ahora, corrieron hacia los duelistas.

Sin embargo, todos estaban convencidos de que había sido un accidente desafortunado; un accidente terrible que podría haberle sucedido a cualquiera. Las apariencias dejaban entrever que Robert, ajeno a la falta del botón en su florete, no había podido detener la última embestida. El instinto de conservación se sobrepuso alodio que albergaba en el corazón e hizo que aprovechara de inmediato el equívoco. Arrojando la hoja a un lado y con una expresión trágica en el rostro, gritó:

-¡Oh, Dios mío! ¡No tenía idea! Sobrino, ¿estás malherido?

Con un gran esfuerzo, Christopher resistió la tentación de ensartarle el florete en el pecho en ese mismo instante, pero la herida no era tan leve como parecía y estaba perdiendo sangre a ritmo alarmante. Kettlescope extrajo un gran pañuelo blanco y estaba vendándole el brazo para detener la sangre cuando Christopher dijo en voz baja y tensa:

-¡Viviré! ¡Por desgracia para ti!

Kettlescope levantó la cabeza, asombrado, pero Robert ya se alejaba diciendo en tono preocupado:

- Debo encontrar un médico. Angelo, ¿cuál es el cirujano más próximo? ¡Mi sobrino debe recibir asistencia médica de inmediato!

Ignorando los ruegos del grupo, Christopher, inflexible, procedió a cambiarse de ropa poniéndose el traje de calle y sólo consintió en permanecer quieto cuando llegó el médico.

Éste frunció los labios y se mostró preocupado al examinar la herida larga y profunda en el brazo musculoso, pero después de curarla con un polvo antiséptico y vendarla de nuevo con suave muselina blanqueada, afirmó con mirada ceñuda que no había nada que no curaran unas semanas de reposo. Después de darle instrucciones precisas sobre el cuidado que debía recibir la herida dos veces al día durante una semana y sobre el uso de

un cabestrillo para evitar que volviera a abrirse, el médico cerró su negro maletín de cuero y partió.

Robert había aprovechado bien el tiempo y lucía ahora una expresión tan apesadumbrada de tío consternado que hizo rechinar los dientes a Christopher. Nadie puso en duda su aparente preocupación, y una vez que éste, acompañado de dos caballeros, hubo partido, el incidente pasó al olvido... después de todo, era sólo un desafortunado accidente.

La noticia de la herida de Christopher llegó a Cavendish Square a mediodía y al oírla, Nicole sintió que se le aceleraban los latidos del corazón. Por su mente pasó fugazmente la idea de que ella era responsable de lo que había ocurrido, pero luego trató de convencerse de que no fue nada más que un accidente, como decían todos. Sin embargo, tuvo que admitir que Christopher todavía podía conmoverla.

Lord Saxon no perdió tiempo y fue rápidamente a Ryder Street a ver cómo estaba su nieto. Robert, empeñado en eximirse de culpa, había sido quien llevara la noticia a su padre, pero tras un agrio intercambio de palabras entre ellos, nadie puso en duda de que lord Saxon culpaba a su hijo del accidente.

Christopher estaba descansando de mala gana en la cama cuando llegó su abuelo. Estaba pálido por la pérdida de sangre y la fiebre le pesaba en los ojos, pero al ver la preocupación en el rostro del anciano, se animó un poco y le sonrió con cierta indolencia.

-¡Vaya, qué cosa más absurda ha pasado! -dijo con la nota justa de pesar-. No sé cuál de los dos se sintió más necio... Robert por no darse cuenta de que el botón se había caído de su florete o yo por no ser más ágil.

Aquellas palabras frívolas y dichas en tono ligero calmaron el temor del abuelo, como había sido su intención. Lo último que deseaba Christopher era que Simon supiera que el ataque fue premeditado. Ese conocimiento sólo afligiría al anciano y por lo tanto se esforzó por convencerle de que había sido un accidente. Con Robert arreglaría cuentas más adelante.

Regina, aunque se inquietó un poco por la herida de Christopher, estaba encantada con la situación. Gracias al contratiempo de hoy quedaba descartada por completo cualquier posibilidad de que Robert pudiera pedir la mano de Nicole y ser bien recibido por Simon. ¡Su hermano jamás daría su consentimiento ahora! ¿Y el tierno corazón de Nicole no se encogería de pesar cada vez que pensara en el pobre Christopher confinado en su lecho de dolor?

Pero con gesto resuelto decidió que no era suficiente abrigar la vaga esperanza de que

la enfermedad de Christopher conmoviera a Nicole. Ella, Regina, debía encargarse en persona de que Robert ya no pudiera entrar y salir a su gusto de la casa y cortejar a la joven cuando se le antojase.

No fue sino hasta el jueves por la mañana, dos días más tarde, cuando le hicieron ver clara y firmemente a Nicole que ya no podría mantener más conversaciones con Robert. Como éste por lo general la llevaba a cabalgar al parque, esa mañana durante el desayuno la joven comentó:

- ¡Me alegra tanto que el día sea hermoso! Disfrutaré mucho cabalgando con Robert en el parque hoy.

Pero se desconcertó bastante cuando Regina replicó en tono helado:

- Me temo que no pasearás a caballo en el parque ni en ninguna otra parte en compañía de Robert durante algún tiempo.

- Perdone, ¿cómo ha dicho? - preguntó sin comprender. Sabía que Regina se había molestado por su conducta durante la velada de Vauxhall Gardens, pero después de recibir una gran regañina por haber hecho gala de principios indignos de una dama, creyó que a Regina se le había pasado el enfado.

Esta, echando chispas por los ojos, dijo sin reservas:

- Ambos habéis mostrado una deplorable falta de buenos modales y es obvio que no se puede confiar en vosotros. Hemos decidido que es mejor que no veas tan a menudo a mi sobrino.

Los ojos de Nicole se entre cerraron y su boca adoptó un rictus duro.

-¿Me estáis prohibiendo que le vea? -preguntó en tono ominoso.

-¡Oh no, querida! - se apresuró a contestar la señora Eggleston amablemente-. ¡No pienses tal cosa! Lo que sucede es que la persecución de la que te hace objeto es en exceso notoria y consideramos que no deberías permitirle que absorbiera tanto tu tiempo. No está bien visto, ya sabes.

Furiosa y bullendo de rebeldía y resentimiento, Nicole terminó su comida; la tostada sabía a arena y el té a agua de sentina. Si antes se sentía oprimida, la conversación de esa mañana le había revelado con crudeza la poca libertad que gozaba una joven de posición social. Le temblaron los dedos de rabia contenida al dejar la taza en el plato con un golpe sordo.

Ocultando su ira, preguntó sin expresión en la voz:

- Entonces, si no he de cabalgar en el parque, ¿me podéis decir qué haré?

La señora Eggleston le sonrió con cariño.

- Vamos, querida, ¿has olvidado que lord Lindley mencionó que vendría de visita esta mañana?

Nicole hizo una mueca indigna de una dama. Lo había olvidado y no estaba muy segura de querer alentar el marcado interés de lord Lindley en ella. Pero poco después, cuando éste y un conocido suyo entraron en el salón matinal, no demostró ninguna desgana al saludar a los dos jóvenes con la mayor amabilidad. La señora Eggleston, observándola con cariño, le sonrió rebosante de júbilo, y Nicole tuvo ganas de dar una patada en el suelo de pura rabia.

Normalmente lord Lindley era un joven tímido, pero esa mañana estaba lleno de entusiasmo; todo se debía a la presencia del retraído caballero que había traído consigo. Casi farfullando se disculpó:

- Espero de corazón que me perdonéis por traer a Jennings-Smythe conmigo. Pero acaba de regresar de Norteamérica y estoy haciendo todo lo posible para hacerle sentir cómodo en Londres. Es algo así como un héroe, como sabréis. - Al ver la mirada inquisitiva de Nicole, continuó-: ¡Es verdad! Vaya, si precisamente el año pasado, un corsario muy notorio, un tal capitán Sable, atacó su barco y le capturó. Sólo gracias a su gran ingenio pudo Jennings-Smythe escapar ileso.

Ocultando la agitación y el miedo que le sacudían el cuerpo, Nicole sonrió con debilidad al joven callado que estaba al lado de lord Lindley. Con la esperanza de haber entendido mallas palabras de éste, preguntó estúpidamente:

- ¿Es verdad? ¿Le capturó a usted ese hombre?

Jennings-Smythe le dedicó una amplia sonrisa.

-Oh, sí, el capitán Sable de La Belle Garce casi hundió mi barco y nos obligó a rendimos. Me llevaron junto a todos los demás a una sórdida islita de donde al fin me las ingenié para escapar. No huí de una prisión sino de la madriguera de un contrabandista.

-¿De veras? -respondió Nicole con una vaga sonrisa, y más atemorizada de lo que quería admitir, preguntó como al descuido-: ¿Y vio usted a ese capitán Sable?

Jennings-Smythe mostró un gesto adusto y casi pomposo.

- Bueno, una vez tan sólo, pero puedo asegurarle a usted que le reconocería sin dificultad. No es un hombre que pueda olvidarse fácilmente.

Nicole sonrió con languidez y comentó algo sin importancia. Luego se sintió profundamente agradecida cuando Regina y la señora Eggleston intervinieron en la conversación tratando con gran deferencia al recién llegado.

Cuando por fin pudo escapar, Nicole corrió a sus habitaciones con una sola idea en

mente, avisar a Christopher. Temerosa de revelar demasiado por escrito, decidió que sería mejor hablar con él en persona. Gracias a un soborno consiguió que Mauer llevara la nota a las habitaciones de Christopher, pero en ella sólo le decía que debía verle de inmediato.

Había vacilado mucho acerca de cómo firmarla y temiendo que él pudiera no advertir la urgencia e importancia de la situación, la firmó Nick, esperando que comprendiera que esa petición tenía que ver con el capitán Sable.

Fue sólo entonces cuando se percató con un sobresalto que fue mitad alegría, mitad miedo que si Jennings-Smythe había escapado de Grand Terre, Allen también podría haberlo hecho. Por primera vez la asaltaron la culpa y los remordimientos. Había estado tan absorta en Christopher, en Londres, que ni siquiera había pensado una vez en Allen. La llenaba de júbilo la idea de que éste pudiera encontrarse en libertad, pero en Inglaterra era algo completamente diferente.

«¡Oh, Allen, perdóname!», pensó angustiada, «pero por favor, por favor, quédate a salvo y libre en alguna otra parte, en cualquier sitio menos en Londres, donde podrías reconocer a Christopher»

Nerviosa e inquieta se paseó por sus habitaciones aguardando la respuesta. Cuando ésta llegó se sintió aliviada y enfadada al mismo tiempo. El señor Saxon, le informaba, estaba con su sirviente personal en Sussex para pasar allí un período de tiempo indefinido.

CAPÍTULO XXVII

La decisión de viajar a Sussex había sido bastante difícil de tomar para Christopher. Era solamente en Londres donde tenía esperanzas de averiguar alguna información útil, pero la capital no era el mejor lugar para pasar una convalecencia.

Tenía verdadero horror de su tía abuela y de la señora Eggleston, que sin duda caerían sobre él con sus famosas tisanas y pociones caseras, y tampoco deseaba sufrir las visitas casi diarias de su abuelo, ante quien se veía obligado a fingir para no intranquilizarlo más de lo debido. Además, pensó contrariado, lo más probable era que sus amigos retrasaran su cura antes que acelerarla. Absolutamente determinados a levantarle el ánimo, se habían apiñado en sus habitaciones, bebido su coñac, reído y hablado hasta agotarse y al final caer borrachos como cubas sobre el suelo de su dormitorio. No, definitivamente, Londres no era el sitio adecuado para alguien que necesitaba varios días de reposo y tranquilidad.

Pero, sobre todo, decidió que había estado persiguiendo una quimera. Había sido descabellado tanto de parte de Jason como de él mismo pensar que podría descubrir algo importante. Aun antes de aceptar este plan improbable, estimó que sería difícil tener éxito, pero había tenido la esperanza de superar los obstáculos con un poco de suerte. Ahora llegaba a la triste conclusión de que había perdido demasiado tiempo en Londres. En Nueva Orleans podría estar haciendo cosas de más provecho y con mejores resultados de los que conseguía en Inglaterra. Era una decisión amarga, pero ya la había tomado; si tuviera que embarcarse de regreso, primero tendría que establecer un punto desde donde partir, de ahí su elección de Sussex.

La herida del brazo le proporcionaba un pretexto excelente para abandonar la ciudad, ya que a nadie le extrañaría que deseara pasar unos días de paz y quietud en la costa. Emplearía ese tiempo en provecho propio, a pesar del dolor y la incomodidad del brazo, y alquilaría una cabaña solitaria en la playa.

Finalmente decidió que una vez curado el brazo intentaría por última vez averiguar sobre los planes británicos sobre Nueva Orleans. Alquiló la vivienda hasta el primero de octubre, ya que el treinta de septiembre era una de las fechas fijadas de antema- no con Jason para comunicarse con el corsario. Si para entonces no hubiese logrado nada, le haría señales al barco y partiría de allí con las manos vacías, salvo los rumores y las últimas noticias que tuviera.

Sintiendo que por fin estaba asumiendo el control de la situación, guardó su carruaje y los caballos en el establo de la posada más cercana y se dedicó de lleno a reposar y relajarse. El

tiempo transcurría rápidamente para Higgins y para él en la cabaña; poco a poco Christopher fue recuperando las fuerzas y el vigor perdidos. Pasaba los días recorriendo y explorando la costa y hasta se arriesgó algunas veces a nadar en el agua helada para ejercitar con suavidad los músculos del brazo herido; por las tardes descansaba en los afloramientos rocosos cercanos a la playa de guijarros y después de toda una jornada al aire libre, dormía profundamente por las noches. La única nota discordante fue cuando descubrió a poca distancia de la cabaña, sobre la costa, una elegante residencia que reconoció al instante como la que solía alquilar Robert cuando iba a Brighton.

Había olvidado ese hecho y la casa le trajo reminiscencias de su primera juventud, cuando venía con frecuencia a Brighton con su abuelo a fines del verano para visitar a la esposa de Robert y sus hijos en esa misma casa. Era extraño que lo hubiese olvidado, pero ahora trató de desechar esos recuerdos, pues no deseaba que algún pensamiento sobre Robert perturbara la paz que había encontrado.

Christopher tenía mucho tiempo para reflexionar. Tendido en la arena con la espalda apoyada contra los acantilados situados frente al mar y el viento revolviéndole el pelo oscuro, pasaba horas observando el océano siempre cambiante, algunas veces del todo absorto en sus pensamientos, que parecían seguir el ritmo indolente de las olas al romper en la playa. Durante aquellas largas meditaciones descubrió con sorpresa que no se arrepentía de nada de lo que había hecho hasta ahora. Salvo, tal vez, no haber sido tan tonto con Annabelle o haber tratado con mayor delicadeza a Nicole, pero hasta esas cosas eran mero caprichos pasajeros. Desechó con cinismo la aversión que creía sentir por el papel que estaba desempeñando en Inglaterra; si en realidad le hubiese disgustado, simplemente no lo habría hecho.

Sus pensamientos sí volvían de vez en cuando a Nicole, pero él era, a pesar de todo, un hombre insensible y despiadado y había encerrado aquel recuerdo en las profundidades más recónditas de su mente. Debería agradecerle todo lo que había hecho por ella, pensó con ironía, pues le había brindado suficientes aventuras y excitaciones como para que le durasen el resto de su vida. Cuando estuviese casada con algún caballero respetable y aburrido, rodeada de chiquillos malcriados, probablemente le recordaría con nostalgia. Al pensarlo dejó escapar una súbita carcajada áspera y cruel que ahuyentó a una gaviota curiosa. ¿Qué importancia tenía? En menos de un mes él estaría navegando de regreso a su hogar y Nicole probablemente decidiendo a cuál de sus pretendientes le entregaría su mano y su cuerpo esbelto y flexible.

Ante sus ojos apareció de repente la visión inesperada de aquella figura cimbreante de formas perfectas, y furioso sintió la respuesta instantánea de su propio cuerpo. Maldiciendo, se puso en pie de un salto, se desnudó y se arrojó al mar. El agua estaba helada y entumecedora y

la herida del brazo le impedía nadar con brazadas vigorosas y rápidas, pero sin arredrarse en lo más mínimo se internó hasta que el sentido común le hizo nadar de nuevo hacia la playa. Caminó despreocupadamente hasta donde había dejado la ropa y se dejó caer sobre una gastada manta. La zambullida desterró a Nicole de sus pensamientos y ahora, sentado una vez más frente al mar, sus reflexiones giraron alrededor de Simon.

Habiendo decidido ya que partiría a fines de septiembre, se preguntaba, realmente afligido, cómo se lo comunicaría a su abuelo. No podía hacerse a la mar sin decir palabra, escapándose como un ladrón nocturno.

Le habría gustado desterrar la idea de su partida inminente como hizo con la de Nicole, pero esto era algo a lo que debía enfrentarse. Disgustado por el giro que tomaban sus pensamientos, tomó un guijarro con mano impaciente y lo arrojó al agua espumosa de la orilla, deseando desembarazarse de sus problemas con la misma facilidad.

No podía asumir un aire indiferente y decir con la mayor tranquilidad: «He pasado momentos muy gratos en tu compañía durante esta visita, abuelo, pero ahora debo regresar a Nueva Orleans». ¡Eso sería imposible! No encontró ninguna solución a aquel verdadero problema y después de un rato, frustrado y encolerizándose cada vez más, se dio por vencido. Y a pensaría algo cuando llegara el momento: no tendría más remedio.

Los largos paseos que daba por la playa oyendo el murmullo acompasado de las olas y el revoloteo de las gaviotas sobre su cabeza le habían hecho mucho bien. La brisa marina lo despojó de los vahos de tantas noches de bebidas en salones llenos de humo; el sol ardiente acentuó el bronceado de su piel y sus ojos perdieron aquella expresión de hastío, tan evidente en los últimos tiempos.

Pasó una semana y luego otra y Christopher se encontró curiosamente reacio a volver a la vida ruidosa y al gentío de Londres. Higgins y él habían estado solos y tranquilos todo el tiempo, salvo los viajes forzosos de Higgins hasta Rottingdean para abastecerse de víveres. Mientras tanto él se encargaba de mantener la pequeña cabaña tan limpia y ordenada como su camarote de La Belle Garce.

Mas, al finalizar la segunda semana, Christopher, viendo que su herida no era nada más que una línea roja sin importancia, tomó la decisión de regresar a Londres. Con una fecha de partida para Nueva Orleans fijada con firmeza en su mente, sintió la necesidad imperiosa de hacer el último intento para convertir en éxito la misión que había resultado hasta ahora un fracaso.

Al llegar a sus habitaciones al atardecer del día siguiente, Christopher encontró un cúmulo de notas, tarjetas e invitaciones aguardándole. Sin demasiado interés echó un vistazo a algunas de ellas y se encogió de hombros. Ya vería si había algo importante después de cenar. Tomó un

largo baño para relajarse del viaje y luego, vistiendo tan sólo una bata de brocado, se sentó a degustar una de las excelentes comidas que preparaba su casera. Al terminar de comer encendió un cigarro y se sirvió una copa de coñac, y sólo entonces recordó la pila de correspondencia amontonada en una esquina del aparador de caoba. Además, no fue sino hasta después de las diez de la noche cuando descubrió el mensaje de Nicole.

Lo releyó con el ceño fruncido. ¿Qué demonios significaba? Mientras miraba la firma, las arrugas de la frente se ahondaban más y más. Sólo se le ocurría un motivo para que ella hubiera firmado «Nick». Fuera cual fuese la razón por la que necesitaba verle, debía relacionarse con el capitán Sable. ¡Y la maldita nota era de hacía dos semanas!

Arrojó a un lado el cigarro a medio fumar y llamando con impaciencia a Higgins, empezó a vestirse con rapidez. En un tiempo sorprendentemente corto se encontró camino de Cavendish Square. Pero para su gran frustración, ella no estaba en casa en esos momentos. Twickham le informó que la señorita Ashford había acudido a una reunión en Almack's con lady Darby y la señora Eggleston.

Maldiciendo por lo bajo, Christopher descendió rápidamente por la escalera y echó una ojeada a su reloj. No eran las once todavía y con suerte llegaría a King Street antes de que se cerraran las puertas para impedir el acceso de los rezagados. No se admitía a nadie después de esa hora en punto de la noche, ni siquiera al gran Wellington en persona. Por suerte llevaba puestos los pantalones cortos hasta la rodilla, pues su uso era obligatorio y una de las reglas inflexibles de la institución. Más de un caballero vestido con pantalones largos había sido despedido con altanería de la misma puerta. Christopher llegó a Almack's cuando faltaba sólo un minuto para las once. Dejando el sombrero y los guantes, entró en el salón de baile unos segundos después y buscó con la mirada la cabeza rojiza de Nicole. La encontró sin dificultad ya que estaba en un extremo del salón rodeada de un verdadero enjambre de admiradores. Sus hombros desnudos resaltaban gracias a su piel de suave tono damasco, y llevaba un vestido de seda opaca color oro cubierto por otro de tenue gasa brillante. El resplandor de la lámpara de araña que pendía sobre su cabeza arrancaba reflejos de fuego de sus bucles oscuros. La contempló largo rato desde el otro extremo del vastísimo salón sin reparar en el calidoscopio de mujeres con brillantes vestidos de seda y de raso y de caballeros con blancas corbatas almidonadas y chaquetas de terciopelo que pasaban constantemente ante sus ojos. Con algo semejante a un sobresalto, comprendió que Nicole no era sólo una muchacha provocativa y tentadora que había perturbado sus sueños y le había obsesionado en contra de su voluntad. Y volvió a ocurrírsele la desagradable idea de que fue un necio al ponerla fuera de su alcance. Mas se encogió de hombros enseguida: las mujeres eran mujeres. Sin embargo, en cuanto esa

cínica premisa cruzó por su mente, advirtió a Robert de pie junto a ella, y se entrecerraron los ojos de Christopher. Se le ensancharon las ventanas de la nariz como las de un tigre a punto de defender su territorio contra un merodeador intruso y una emoción violenta y poderosa le recorrió el cuerpo. No reconoció esa emoción avasalladora, sólo supo que tenía que rodear el cuerpo gentil de Nicole con sus brazos y apartarla de Robert. Cruzó el gran salón a grandes zancadas resueltas y firmes y llegó junto a Nicole en el momento preciso en que Robert estaba a punto de llevarla a la pista de baile para un vals que empezaba a sonar. Con un destello burlón en sus pupilas doradas, Christopher les bloqueó el paso deliberadamente y después de inclinarse con cortesía, murmuró:

- ¡Mi baile, según creo! - Y antes de que Robert o Nicole pudieran adivinar sus intenciones, llevó a la joven con prontitud a la pista. Lo inesperado de su presencia en el salón, así como la sensación grata que le producía su mano familiar alrededor de la cintura al bailar al compás de la música melodiosa y vivaz, hizo que el corazón de Nicole latiera con rapidez en su pecho y tuvo miedo de que Christopher pudiera oírlo. Pero al levantar los ojos y descubrir el brillo malicioso de aquellos ojos bordeados de espesas pestañas oscuras clavados en ella, no pudo controlar su risa cristalina.

- Christopher -le regañó tratando de permanecer seria-, ¡cómo has podido! ¡Robert se pondrá furioso!

Reprimiendo una sonrisa de triunfo, el joven se encogió de hombros mientras seguían girando por el piso brillante.

- No me importa en lo más mínimo mientras tú no estés enfadada. ¿Lo estás?

Un tanto desconcertada, observó las facciones oscuras que estaban apenas por encima de su cabeza. Esa noche él tenía un no sé qué de extraño que le hacía verlo diferente, algo que no podía definir con palabras, y mientras seguía observándole una expresión extraña pasó fugaz por sus ojos turbándola de inmediato.

- No - respondió ella por fin -. No, no estoy enfadada en absoluto. - Y le sonrió tan alegre y naturalmente que Christopher sintió un latido raro y sorprendente en sus venas y murmuró con voz pastosa:

-Cuando me sonríes de esa manera es una suerte que estemos en medio de una multitud o me temo que no sería responsable de mis acciones.

Despreocupada y alegre, Nicole le lanzó una mirada candorosa por debajo de las largas pestañas arqueadas.

- ¿Oh? Por favor, explícate - bromeó ella. Se agitó más su respiración al ver el brillo que ardió en las pupilas doradas de Christopher y confundida, desvió la vista cuando él le ciñó más

la cintura. Pero luego, al recordar que estaban bailando en los sagrados recintos de Almack's, Christopher se relajó y sonrió con indolencia.

- ¡Sabes muy bien a qué me refiero, mi pequeña zorrita! ¡Afila tus uñas con algún otro! -dijo con voz sin inflexiones, si bien en sus ojos seguía brillando la chispa de fuego.

Bailaron en silencio durante un momento, pero Nicole tuvo absoluta conciencia del cuerpo viril que se movía sin ningún esfuerzo aparente al compás del de ella. Él le sostenía la mano sin apretarla y el roce de su otra mano sobre la cintura era seguro y diestro. Mientras se deslizaban alrededor del salón la asaltaron recuerdos de esas mismas manos, duras y acariciantes, moviéndose sobre su cuerpo, y se tensó inconscientemente. Como si le leyera los pensamientos, Christopher le aconsejó:

- Relájate. No tengo la intención de abalanzarme sobre ti. - Y añadió en tono seco-: ¡Estás a salvo, aquí!

Incapaz de contenerse, Nicole replicó en tono mordaz:

- ¡Pero no, me temo, en el jardín de invierno de tu abuelo!

Se endurecieron las facciones de Christopher y su expresión se tornó fría y burlona al responder de inmediato:

-Siempre tuviste una lengua rápida, Nick. Sin embargo, me parece recordar que ese día, precisamente, no me rechazaste.

Nicole tragó saliva con esfuerzo, desgarrada entre la furia y la vergüenza. Sin mirar a los ojos burlones de Christopher siseó:

- ¿Por qué me recuerdas lo que sería mejor que olvidáramos los dos?

-¡Porque -gruñó con fiereza-, yo no puedo olvidarlo! ¡Eres una tentación de todos los diablos -continuó con voz dura-, para cualquier hombre, y a pesar de todos mis defectos, yo soy desde luego un hombre!

Los dos quedaron desconcertados por la vehemencia con que había dicho esas palabras. Christopher, consternado por su confesión, desvió la vista y preguntó con brusquedad:

- ¿Por qué motivo deseabas verme?

-¡Jennings-Smythe, el oficial de aquel paquebote inglés que apresaste el año pasado, está aquí en Londres!

El semblante de Christopher no delató sorpresa alguna, aunque se unieron levemente sus cejas. Pero después, al recordar que muchos pares de ojos curiosos los seguían mientras bailaban, se mostró despreocupado.

- ¿Estás segura? -le preguntó, tajante. Nicole asintió con vigor sin pensar en aquellos que podrían estar observándolos.

- ¡Oh, sí! - Luego recordó de repente lo difícil de la situación en que se encontraban y le apretó la mano con fuerza-. Esta noche está aquí, Christopher. Le vi hace un rato.

Él no pareció conmoverse por la revelación, y ella le habría abofeteado con gusto por su indiferencia. Pero sonrió dulcemente para beneficio de los espectadores y dijo con los dientes apretados:

- Él puede reconocerte como Sable, ¿has pensado en ello?

- No. Pero es obvio que tú sí. ¿Crees que me denunciará? ¡Si lo hace, cómo disfrutarás! ¡Qué magnífica revancha te tomarás entonces al verlos llevarme a rastras y cargado de cadenas! Todavía hay, creo, un precio por mi cabeza. ¡Vaya, hasta podrías cobrarlo!

-¡Oh, cállate! -exclamó con irritación, amándole y odiándole al mismo tiempo. Alzó luego la vista, suplicante, y se enfrentó a aquellos ojos de mirada sarcástica -. Christopher, ten cuidado. Jennings-Smythe está aquí esta noche, ¿no puedes entender eso? y si llegara a verte y reconocerte como Sable, no hay ninguna duda de que serías arrastrado de aquí cargado de cadenas.

-¿Y a ti te importaría? -inquirió él dulcemente con la mirada fija en los ojos topacio. Toda la compostura ganada a costa de grandes esfuerzos, su encaprichamiento por Robert, todo se desmoronó en un instante mientras pensaba con pena que sería sublime poder reconocerlo. «¡Sí! ¡Sí! ¡Me moriría si algo te sucediera!» Pero la cautela frenó su pasión, la ayudó luchar contra sus instintos y respondió como al descuido:

- Bueno, sería embarazoso como comprenderás. Después de todo, si te arrestaran, alguien podría tener curiosidad acerca de mi relación contigo.

A Christopher se le heló la sonrisa en los labios y sus ojos adquirieron un brillo glacial.

-Oh, Christopher... -exclamó ella, contrita. Se odiaba por haber roto la intimidad del momento y deseó haberse mordido la lengua antes de decir una mentira tan flagrante. Pero el daño ya estaba hecho y al terminar el vals ella devolvió con prontitud a Robert e hizo una reverencia sin decir palabra. Mientras se alejaba, volvió la cabeza y le dijo:

-Gracias una vez más por informarme de la presencia del teniente Jennings-Smythe. ¡Ahora debo ir y ser presentado!

Alarmada por su temeridad y consciente sólo del peligro; Nicole replicó severamente:

- ¡No seas necio!

Christopher le sonrió, aunque su sonrisa no fue agradable, y se alejó dejando a Nicole furiosa y muerta de miedo al mismo tiempo. «¡Ese imbécil tozudo y cabeza hueca!», pensó estremecida de rabia. Pero su corazón angustiado gritaba en silencio: «¡Oh, por el amor de Dios, Christopher, no lo hagas!»

Sin embargo, no había forma de detenerle, y sin importarle que Robert la estuviera observando con franca especulación, lo siguió con la vista, apesadumbrada, mientras él buscaba que le presentaran a Jennings-Smythe. Nicole se estrujó las manos y la rigidez invadió su cuerpo ansioso al ver a un Christopher sonriente estrechar la mano de un Jennings-Smythe ligeramente sorprendido.

No podía oír lo que decían, pero daba la sensación de que su aprensión y miedo habían sido innecesarios. Jennings-Smythe no reconoció al caballero alto y gallardo que estaba de pie ante él.

Colérica pero aliviada, pudo por fin desviar la mirada. Robert Saxon, a quien nada había pasado inadvertido, comentó con cautela:

- Mi sobrino parece haberte turbado. Nicole se dio cuenta de que era imprescindible desviar la atención de Robert de lo que acababa de pasar entre Christopher y ella, pero estaba tan aturdida que no podía pensar en nada que decir. Pero luego, al darse cuenta de que así como Robert la miraba con curiosidad, lo mismo estaban haciendo otros en el salón, dominó sus emociones violentas y encontradas y le devolvió una sonrisa radiante.

- ¡Oh, qué disparate! Reconoceré, sin embargo, que tu sobrino es en exceso arrogante. Imagínate, llevarme de esa manera, ¡qué divertido y bromista!

Robert la sometió a una mirada inquisitiva y severa, pero Nicole mantenía una estrecha vigilancia sobre sus emociones una vez más y su semblante despreocupado y candoroso calmó los celos de Robert. Pero el recuerdo abrasador de que Nicole había de casarse con Christopher casi le lleva a preguntarle ahí mismo si en verdad existía un compromiso matrimonial entre ella y su sobrino. Sin embargo, un salón de baile atestado de gente no era el sitio ideal para semejante pregunta y estaba seguro de que Regina les abrumaría con su presencia en cualquier momento, así que cambió de tema.

Nicole se sintió muy agradecida cuando lady Darby se acercó con andar majestuoso un momento después y sugirió en tono que no admitía réplica que partieran. La siguió con docilidad a través del salón y fuera del edificio. Una vez en Cavendish Square Nicole rechazó la taza de chocolate que le ofrecieron y se retiró a la intimidad de su alcoba.

Si estuvo aturdida y se mostró poco comunicativa con Mauer mientras la desvestía, ésta no le dio mayor importancia al hecho. La señorita debía de tener dolor de cabeza, y volvería a mostrarse animosa y alegre por la mañana. Sola, vestida con un suave camisón de batista de Holanda, Nicole rondó, apesadumbrada, por sus habitaciones; el sueño se mostró esquivo mientras los pensamientos bullían con furia en su cabeza.

¡Qué necio condenado era ese hombre al cortejar el peligro de modo tan evidente!, decidió

con absoluto desdén. Y ella era más estúpida que nadie por haberse preocupado por él. «¡Que le cuelguen! Bailaré jubilosamente debajo de la picota», se dijo a sí misma con los ojos brillantes de cólera y lágrimas contenidas.

Mientras Nicole echaba humo en sus habitaciones, Christopher trataba de batirse en rápida retirada de Almack's. Después de su primer arranque de ira cegadora debido al parloteo provocativo de Nicole, comprendió que estaba provocando el peligro yendo en busca de Jennings-Smythe. Sin embargo, acercarse a ese individuo cuando él estaba preparado y el otro hombre desprevenido había sido el procedimiento más sagaz de todos. Pero tras ser presentados y salido indemne del encuentro, decidió evitar su trato en el futuro.

Estaba casi del todo seguro de que Jennings-Smythe no le había reconocido. Pero con el tiempo era probable que relacionara al corsario capitán Sable con el londinense Christopher Saxon, y Christopher no deseaba tener parte en el desenlace que sobrevendría.

Era una hora avanzada, pero la idea de dormir no le atraía demasiado y buscando alguna forma de pasar el tiempo fue tras Buckley y Kettlescope.

Después de una búsqueda infructuosa por varios clubes, los encontró a los dos en las habitaciones de Kettlescope. Con ellos estaban dos guardias montados de la brigada de la Casa Real de Inglaterra y los cuatro habían bebido más de la cuenta.

Kettlescope le lanzó una mirada turbia y le ofreció una copa de vino. Aunque se resignó a quedarse con ellos, bebió el vino con poca alegría. Pero el desagrado que sentía por la escena se desvaneció y entrecerró los ojos para concentrarse cuando Buckley murmuró:

- Estamos celebrando que Kettlescope se hace a la mar.

- ¿De veras? ¿Hacia dónde? - preguntó Christopher, indiferente.

Kettlescope sonrió con somnolencia.

- ¡Eso es un secreto! ¡Pero debo presentarme y estar listo para zarpar en cualquier momento!

Buckley, con mejor cabeza para el licor, se rió con disimulo.

- ¡A otro perro con ese hueso, zarparéis para Norteamérica! Todo el mundo sabe que lanzaremos otra ofensiva.

Un fornido guardia montado habló inesperadamente en tono juicioso:

- Nadie sabe todavía quién dirigirá el ataque, pero he oído que Wellington rechazó el ofrecimiento y que Pakenham tiene la esperanza de librarse de la campaña de Norteamérica. Todos se preguntan quién será el comandante en jefe.

Con la vista clavada en el vino de su copa, Christopher murmuró en tono seco:

- Me pregunto si alguien realmente conoce algo concreto acerca de ese ataque a

Norteamérica. Durante meses he estado oyendo que se prepara ese bendito ataque, pero nadie parece saber con certeza cuándo o dónde. -Sonriendo seductoramente, añadió-: ¡Creo, amigos míos, que sólo estabais buscando un pretexto para emborracharos como cubas!

-¡No es así! -gruñó Buckley en tono desagradable-. Te digo que vi el memorándum por casualidad sobre el escritorio del mayor Black.

-¡Oh, sí, otro memorándum famoso! -se burló Christopher, pero con ojos alertas y la mente muy activa. Buckley estaba lo bastante ebrio como para ser indiscreto, y la conversación había surgido con tanta naturalidad y en un momento tan oportuno que Christopher no pudo por menos que tener la certeza de que esa noche se enteraría de algo importante.

-¡Es la pura verdad! ¡Estaba todo allí, las tropas, el destino, y la fecha!

- ¿Es posible? - inquirió Saxon con evidente incredulidad-. Si es así, lo cual dudo, mi amigo, cuéntanos lo que decía.

- Ésa es información secreta - musitó recordando su deber-. No debí mencionarlo.

-¡Precisamente! -concordó Christopher. Luego, como una ocurrencia tardía, añadió-: Pero si el mayor Black deja ese memorándum sobre su escritorio con tanta negligencia, es un verdadero milagro que no se haya perdido.

Uno de los guardias se echó a reír.

- ¡Por Dios, Saxon, eso sí que es jugoso! El Ministerio de Guerra siempre está perdiendo esos preciosos documentos. Justamente el mes pasado se perdió uno concerniente a un embarque de provisiones que se necesitaban con suma urgencia; les llevó casi dos semanas encontrarlo. Mientras tanto uno de los oficiales de más alto rango gritaba a los cuatro vientos que lo habían robado. Fue muy embarazoso para él cuando se lo encontró en una pila de papeles sobre su escritorio.

Christopher se unió a las risotadas generales, pero por dentro maldijo la interrupción. Sin que resultara demasiado evidente tenía que llevar la conversación de nuevo a ese dichoso informe. Era la primera prueba concreta que había oído desde su llegada a Inglaterra, y bajo ningún concepto dejaría que se le escurriera de entre los dedos. Riendo aún comentó a la ligera:

-¡Bien, confiemos en que al memorándum del mayor Black no le ocurra lo mismo!

Y la suerte pareció acompañarle a él, pues Buckley mordió el anzuelo.

- ¡Ja! ¡Eso es sumamente improbable! ¡El mayor lo ha guardado bajo siete llaves, como una virgen en un convento de monjas!

-¡Oh! -exclamó irónicamente Christopher-. Me parece recordar que más de una ruborosa virgen logró escabullirse de algunos de esos viejos conventos de piedra.

- Puede ser, pero en este caso nuestra pequeña virgen está cerrada herméticamente en una

caja fuerte en la oficina del mayor -dijo Buckley con suficiencia.

Perdiendo interés tan sólo en apariencia, Christopher se encogió de hombros.

-Quizá sea así, amigo mío. Quizá sea así.

Hizo un gran esfuerzo por permanecer allí una hora más, riendo y bebiendo, pero ya estaba elaborando un plan. Mientras caminaba con lentitud hacia su alojamiento, casi al alba decidió que robaría ese dichoso memorándum. Robarlo y pronto. Pero no tan rápido, caviló lleno de frustración, recordando que el próximo barco norteamericano no se acercaría a la costa hasta el treinta de septiembre.

Con la cabeza llena de pensamientos confusos entró en sus habitaciones y se desvistió distraídamente. Si había de robar ese documento de inmediato, se encontraría sin lugar a dudas en la situación poco envidiable de tener en su poder un papel que lo podría mandar a la horca. ¡Retenerlo casi treinta días era una locura!

Pero esperar podría ser desastroso. Conocía el sitio donde se guardaba ese informe en aquellos momentos, ¿pero podría decir lo mismo dentro de una o dos semanas?

Tendido en la cama y sin lograr dormir, meditó sobre las revelaciones de aquella noche y buscó la manera de utilizar lo que sabía en su provecho. No cabía duda de que tendría que dejar pasar uno o dos días antes de volver a pasearse por el Ministerio de Guerra y meterse por casualidad en la oficina del mayor Black para inspeccionarla, así como también echar un vistazo a la caja fuerte. Ésta no le preocupaba demasiado: sus dedos ágiles y sensitivos podían abrir cualquier cerradura.

Robar el memorándum presentaba pocos problemas; pero la oportunidad era en realidad su mayor obstáculo. Con un gruñido de rabia maldijo su suerte, ya que el destino ponía en sus manos aquella ocasión dos días después de la cita de agosto. No se atrevía a esperar demasiado para sacar el documento por razones obvias, pero ¿de qué demonios le serviría si tenía que aguardar casi treinta días antes de poder hacerse a la vela rumbo a Nueva Orleans?

CAPÍTULO XXVIII

La noche en vela no le proporcionó ninguna solución y a la mañana siguiente Christopher estaba sentado con la vista perdida en el vacío buscando todavía alguna manera de resolver el dilema. Sólo una cosa era segura: antes de que terminara la semana tendría ese memorándum en su poder. La única manera posible de ocultar el robo era reemplazar el original con uno falsificado y confiar en que nadie advirtiera la diferencia. Para llevar a cabo tal falsificación, sin embargo, tendría que compro- meter en el plan a otra persona y era eso, precisamente, lo que no deseaba hacer.

La línea de acción más obvia era introducir a Higgins. No sólo estaba del todo convencido de su lealtad a los Estados Unidos, sino que también era un experto falsificador; precisamente por ese gran talento dio con sus huesos en aquel barco de la Armada Británica, ya que la otra opción era la cárcel.

Aunque Christopher no había confiado a Higgins la misión a cumplir en Inglaterra, sospechaba a menudo que el hombre sabía muy bien cuál era. Pero como era reacio a involucrar a alguien más en lo que podía resultar una intriga muy peligrosa, Christopher había excluido adrede del secreto a su ayuda de cámara y amigo personal.

Pero no le llevó mucho tiempo comprender que no le quedaba otra alternativa que incluir a Higgins; era la única persona en quien podía depositar su absoluta confianza.

Una vez que los británicos descubrieran la desaparición del memorándum, o cuando llegaran a la conclusión de que había sido robado, no cabía duda de que alterarían sus planes, con lo cual el documento se volvería inservible en sus manos. Así que por fuerza tendría que haber una falsificación dentro de esa maldita caja fuerte.

Por un momento consideró hablar con Higgins de inmediato, pero lo postergó con la esperanza de que se presentara alguna otra solución. Si no llegaba a ocurrírsele otra idea cuando estuviera a punto de consumar el robo, entonces y sólo entonces se lo diría.

Sacudiéndose de su ensimismamiento, se vistió rápidamente e intercambió con Higgins los comentarios habituales. Sin embargo, el criado advirtió el malhumor de su amo. Casi con indiferencia, preguntó:

- ¿Hay algo en el aire, jefe?

~ Christopher le echó una mirada afectuosa y exasperada.

- Nada que no pueda esperar. Hablaré de ello contigo más tarde. En este momento voy a

visitar a mi abuelo. Ya estará enterado de que regresé a la ciudad y a menos que desee recibir una bronca atronadora, será mejor que vaya y le tranquilice. -Mientras se ponía la chaqueta, añadió-: Dile a la casera que no cenaré aquí esta noche y haz lo que te plazca el resto del día. No me esperes antes de la medianoche.

Christopher llegó a Cavendish Square mucho antes de la hora en que comenzaban las visitas sociales. Además, encontró a Nicole y a Simon sentados aún a la mesa, desayunando; Regina y la señora Eggleston todavía no habían bajado de sus habitaciones.

Simon se mostró encantado de verle y muy aliviado al comprobar que su aspecto era saludable y vigoroso. Ya había dado la orden de que colocaran otro juego de desayuno para su nieto, cuando Christopher se adelantó y dijo en tono ligero:

- No te preocupes. Ya he comido esta mañana. Con todo, no me vendría mal una taza de café.

Nicole le ignoró concentrándose con fiereza en el tocino y el huevo escalfado que tenía en el plato. La repentina agitación que la asaltó al verle la enfureció y afirmó más su resolución de no tener nada que ver con él.

Anoche había prometido que bailaría debajo de la picota y mantendría su palabra, pensó sombríamente. No iba a seguir con ese amor obsesivo por un hombre que, obviamente, no quería a nadie.

Por desgracia, no podía levantarse de la mesa y salir con paso majestuoso del saloncito de desayuno, pues sería muy penoso para Simon. Y a pesar de la aparente buena voluntad de éste por tolerar los intentos de Regina de mantenerla apartada de Robert, Nicole quería mucho al anciano y no deseaba perturbarle. Con toda deliberación, mantuvo los ojos cuidadosamente apartados de la cabeza oscura de aquel demonio que tenía enfrente.

Aunque no pareció prestarle atención, Christopher advirtió el gesto intransigente en el rostro de facciones delicadas de Nicole. Había visto a Nick adoptar esa actitud demasiadas veces a bordo de La Belle Garce como para no reconocerla. Pero si la expresión obstinada le recordaba a Nick, desde luego nada más en ella lo hacía.

Casi con indolencia, prestando apenas oído a los comentarios de su abuelo, Christopher la estudió mientras ella seguía sentada fingiendo que él no estaba sentado a la mesa. Lucía un vestido de chacona color albaricoque con un volante rizado de encaje marfil a lo largo de la pechera y sus bucles lustrosos enmarcaban su semblante borrascoso. Estaba muy atractiva. Y Christopher supo lo que era sentir un impulso avasallador de tomarla entre sus brazos y hacer que ella fuera tan consciente de él como él de ella. Mientras la seguía contemplando, la curva voluptuosa de sus labios atrajo la mirada involuntaria de Christopher y su mente quedó

cautivada sin prestar ya más atención a las palabras de Simon.

Consciente de la falta de interés de su nieto, Simon titubeó y luego empezó a divagar mientras los observaba con creciente curiosidad. Y continuaba hablando como si Christopher estuviera escuchándole en vez de ser apenas consciente de su presencia en el saloncito. Simon descubrió, satisfecho, que era tan obvio como la nariz de su rostro que esos jovencitos estaban perdidamente enamorados. También saltaba a la vista, pensó con fastidio, que o eran demasiado obstinados para admitirlo o demasiado estúpidos para darse cuenta. ¡Qué par de necios testarudos!

Simon se echó atrás de inmediato. No, que le condenaran si iba a convertirse en un viejo entrometido. Sería mucho mejor que los dos encontraran su propia solución: él no iba a meter la cabeza en ese avispero. Pero sí le consoló saber que la afirmación de Regina de que existía algo entre Christopher y Nicole tenía una base sólida. Eso le facilitaba seguir alimentando el enojo que sintió contra Robert al enterarse del accidente en que había herido a su nieto. Y mientras permaneciera furioso contra Robert, éste no se animaría a preguntarle si existía en verdad un compromiso matrimonial entre Christopher y Nicole. Además, admitió a regañadientes, anhelaba que esos dos jovencitos con- trajeran matrimonio. En lo más profundo de su corazón reconocía que no quería, bajo ninguna circunstancia, que Robert se ganara el afecto de Nicole.

Christopher, al darse cuenta de que sólo había estado escuchando a medias a Simon, apartó bruscamente la mirada del rostro de Nicole y dijo:

-¿Perdone usted? ¿Cómo ha dicho? Me temo que estaba pensando en otra cosa.

Con un brillo malicioso en los ojos, Simon gritó:

- ¡Bien, presta atención entonces! Preguntaba si ibas a reunirte con nosotros en Brighton para el resto de la temporada. Partimos el lunes y no creo que regresemos a Londres hasta la primavera. - Al ver la expresión sorprendida de Christopher, Simon añadió a modo de explicación -: Después de pasar unos meses en la costa de Brighton, siempre me traslado a Baddington's Corner para pasar el invierno, y juro que no volveré a abandonarlo nunca más. Pero en cuanto llega la primavera, el impulso de venir a Londres se vuelve demasiado fuerte para mí y me encuentro una vez más en Cavendish Square. Después, el maldito círculo vicioso vuelve a empezar. Probablemente descubrirás que a ti te pasa lo mismo.

Christopher, con una sonrisa evasiva en los labios, asimiló pensativamente esa nueva información.

Brighton era la playa favorita del príncipe regente, y como había empezado a prestigiarla con su presencia desde hacía varios años, el pequeño pueblo se había convertido en el lugar

predilecto de los miembros de la aristocracia durante los meses de otoño. Y Brighton, recordó Christopher con una confusa mezcla de sentimientos y emociones, estaba a muy pocos kilómetros de Rottingdean y su punto de reunión con el barco corsario. Casi pensando en voz alta, dijo lentamente:

-Tengo una cabaña cerca de Rottingdean; como sabrá es donde estuve estas últimas semanas. A lo mejor paso una temporada allí en vez de compartir su casa de Brighton, pero iré todos los días para gozar de los deleites y diversiones que pueda ofrecer el pueblo.

- ¡Eso es ridículo! Pude entender el deseo de intimidad que tenías en Londres, pero realmente, Christopher, es una verdadera tontería que tengas que viajar todos los días desde alguna cabaña ruinosa cuando puedes vivir rodeado de comodidades y como corresponde a tu rango. He estado esperando ansiosamente poder tenerte conmigo bajo el mismo techo otra vez al menos durante unos pocos meses.

La idea tentó a Christopher, aunque sólo fuera para complacer a su abuelo, pero se excusó con suma amabilidad y cortesía.

- Agradezco su invitación, abuelo, pero ya tengo una residencia en las cercanías y preferiría conservar mi casa como he hecho en el pasado. - Un destello burlón bailoteó en sus ojos al añadir-: Si usted lo permite, sin embargo, estaré encantado de pasar algunas noches allí de vez en cuando. ¿Será eso satisfactorio?

No era lo que Simon tenía en mente, pero fue lo bastante sagaz como para aceptarlo sin más discusiones. Hundiendo la nariz en el London Times, comenzó a rezongar diciendo cosas desagradables contra los jóvenes y su falta de respeto a sus mayores. Christopher sonrió y murmuró-:

-He dicho que me comprometo a pasar la noche de vez en cuando.

Simon le fulminó con la mirada un momento antes de estallar, irritado:

-¡Cuídate muy bien de faltar a tu palabra! -y luego volvió a meter la nariz en el periódico.

Nicole, después de esforzarse por terminar la comida que tenía en el plato, dejó muy cuidadosamente la servilleta sobre la mesa y, poniéndose de pie, dijo con voz queda:

- Disculpadme, por favor. Tengo que tratar algunos asuntos con Mauer.

Christopher la miró sin rodeos a la cara con un curioso destello en los ojos dorados, y sorprendiendo tanto a Nicole como a él mismo, dijo lentamente:

-¿Debes marcharte ahora mismo? Tenía la esperanza de poder persuadirte a acompañarme de paseo. Es una mañana hermosa y tengo una calesa nueva que me gustaría probar. ¿Vienes conmigo?

El semblante de Nicole no traicionó el aluvión de emociones que desató la invitación. En sus

labios tembló un anhelante sí, pero lo reprimió con fuerza. ¡No! No iba a permitir que el tono de ruego de su voz la hipnotizara, pensó con furia, recordando la angustia que había padecido temiendo por su seguridad y el cinismo y crueldad que él había demostrado al pavonearse ante el teniente Jennings-Smythe. ¡No! No volvería a ser una tonta por segunda vez: quien no desea quemarse huye del fuego. Pero vio que Simon, a pesar de su aparente interés en el periódico, estaba pendiente de la conversación, así que dio a su voz una nota de hondo pesar al decir con el mayor candor:

-Oh, cuánto lo lamento, pero debemos ocupamos de estos asuntos sin falta esta mañana, y ya he hecho planes para la tarde.

Christopher captó la falsedad de su pesar y replicó con sorna:

-Otra vez será, entonces. ¿Tal vez en Brighton?

Sonriéndole y sintiendo que había dado el primer paso contra su misteriosa fascinación, respondió con vaguedad:

-Tal vez.

Antes de que pudiera presionarla más o pensar en una réplica adecuada, la señora Eggleston entró en la habitación; estaba especialmente atractiva esa mañana con un elegante vestido a la moda de batista francesa azul y una pequeña cofia de encaje sobre sus rizos plateados. Al ver a Christopher se le iluminó la cara y le sonrió con calidez. Sus bondadosos ojos azules reflejaron toda la alegría que sentía. Era la personificación de la dulce hada madrina de los cuentos infantiles, pensó Christopher sin poder remediarlo. A la señora Eggleston se le sonrojaron las mejillas de placer y dijo con voz dulce y melodiosa:

- ¡Cuánto me alegro de verte, Christopher! Parece que con tantos bailes y fiestas rara vez tenemos el placer de tu compañía. Me hace feliz que vinieras esta mañana. Debes hacerlo más a menudo.

Simon que había bajado el periódico al entrar la señora Eggleston, refunfuñó:

- ¡Eso es una tontería, Letty! El muchacho acaba de regresar anoche a la ciudad como bien sabes. Y no puede venir de visita muchas veces más porque también sabes que nos marchamos a Brighton el lunes. - Lanzándole a su nieto una mirada ceñuda, añadió con sarcasmo-: Por fortuna se ha dignado en ir a visitamos y pasar alguna noche que otra con nosotros en Brighton.

Sin perturbarse en lo más mínimo por el humor endemoniado de Simon, la señora Eggleston aprobó la decisión del joven con una amplia sonrisa.

- ¡Qué agradable! Al menos te veremos más a menudo que aquí en Londres.

Nicole, cuya retirada se había aplazado por la entrada de la j señora Eggleston, aprovechó el

intervalo de silencio y dijo apresuradamente:

- Disculpadme, por favor. - Y tras sonreír vagamente a los tres, salió de la habitación. Christopher se quedó mirando la puerta por donde ella había salido, un tanto perplejo ante su propia invitación impulsiva y el sentimiento de disgusto que le embargaba por la respuesta que ella le había dado. Se quitó de encima la vieja sensación de fracaso y decidió que era mucho mejor que hubiese rehusado. Al fin y al cabo ella no significaba nada para él, pensó, no del todo convencido.

La señora Eggleston no prestó atención alguna a la mirada casi perdida de Christopher tras la desaparición de Nicole, sino que indagó ansiosamente acerca de su herida y de su estancia en Sussex.

- Me sentí muy decepcionada cuando Nicole mencionó que habías estado en Almack's anoche y yo no te vi. ¿Te quedaste mucho tiempo allí? - preguntó de súbito.

Christopher dio una respuesta vaga, ya que no deseaba comentar ese tema en especial. Pero la señora Eggleston parecía estar interesada en no hablar de otra cosa. Intentó ignorar las preguntas de la dama, pero ella atrajo su atención al comentar casi de pasada:

-Claro que lord Lindley no estuvo allí anoche, pero sus atenciones a Nicole han sido demasiado obvias últimamente y no me sorprendería si hiciera una proposición de matrimonio a nuestra adorable Nicole.

Ocultando su conflicto íntimo tras una sonrisa imperturbable, Christopher preguntó aparentando poco interés:

- ¿El hijo del duque de Strathmore? - Ante el gesto afirmativo de la señora Eggleston, añadió jovialmente -: Bueno, eso es excelente para ella. Imaginaos, Nicole duquesa.

- Estoy segura de que será una duquesa adorable - replicó la señora Eggleston con una aspereza desconocida en ella. Christopher sonrió, pues sabía muy bien por qué estaba tan enfadada con él. Al ponerse de pie, comentó en son de broma:

- Pero no confiéis plenamente en conseguirlo. Quién sabe, algún otro, hasta yo mismo, podría ocupar el lugar del respetable lord Lindley.

Tanto Simon como la señora Eggleston reaccionaron levantando de súbito las cabezas y él deseó haberse mordido la lengua. Irritado consigo mismo, presentó sus excusas y partió poco después. Una consternada señora Eggleston miró ansiosamente a Simon sin saber qué pensar.

Si Regina hubiese estado presente habría sabido cómo interpretarlo, pero por ahora su mente estaba ocupada con Letitia y Simon. Durante todos esos meses la relación entre Letty y su hermano no había progresado como era de esperar yeso la exasperaba. Y lo que más la irritaba era que Simon, al tener por fin a Letty bajo su mismo techo, parecía contentarse dejando

las cosas como estaban. Sentándose a la mesa, Regina reflexionó que si al menos Letitia pusiera un poco más de empeño para que Simon se le declarara, todo sería más fácil.

La señora Eggleston, sin embargo, no era ni vanidosa ni ambiciosa, ni dada a los coqueteos o flirteos fáciles. No se le había ocurrido que podría casarse de nuevo, ni que Simon pudiera pensar en desposarla. Cuando cada mañana se miraba al espejo, todo lo que veía era una mujercita marchita y descolorida con el pelo plateado por los años. Echaba de menos la dulce serenidad de sus ojos azules, y la curva sensual y atractiva de los labios. Casi a los setenta años su rostro de delicadas facciones aún conservaba el rastro de la joven encantadora que había sido y de la calidez y bondad genuinas que irradiaba. Pero Regina I había decidido que aquella situación inaceptable entre Letitia y Simon no se podía prolongar por más tiempo. ¡Ella en persona se encargaría de ello!

Una vez que Regina se sentó y el callado Twickham le hubo servido el desayuno, la señora Eggleston exclamó llena de deleite:

-Oh, querida mía, creo que por fin Christopher va a hacer un esfuerzo para fijar su interés en nuestra querida Nicole. Acaba de estar aquí y por lo que ha dicho, pienso que está considerando con seriedad desposar a Nicole. - Añadió soñadoramente -: Una boda en diciembre sería lo ideal, ¿no estás de acuerdo?

Simon permaneció callado detrás de su periódico, pero Regina miró a su amiga con un brillo calculador en los ojos. La señora Eggleston, caviló Regina con buen criterio, parecía más encantadora que nunca aquella mañana; el placer por lo de Christopher y Nicole añadía un resplandor rosado a sus mejillas y aumentaba el brillo de sus claros ojos azules. «Es la persona más dulce que conozco», pensó con cariño Regina. Su mirada se desplazó con rapidez al otro extremo de la mesa y allí, pensó enojada, estaba Simon escondido detrás de su maldito Times en lugar de cortejarla.

Se le ocurrió de súbito un plan tortuoso y dijo después de un instante:

- ¡Qué encantador! ¡Y qué maravilloso para ti! Supongo que estarás loca de alegría por ser independiente una vez más y no tener que estar a la entera disposición de Nicole.

Regina sabía que ésa era la mentira más grande de su vida. Letitia no estaba a entera disposición de la joven; se la trataba como a un miembro querido de la familia. Y Regina, después de haber sonsacado deliberadamente a la señora Eggleston parte de la historia de aquellos últimos años, tenía una idea aproximada de su verdadera posición económica.

Sabía que partes de la historia de su amiga eran oscuras. ¿Por qué arrastrar a una criatura como Nicole con ella cuando no disponía de ningún dinero? Y debía de haber sido extremadamente afortunada de que algunos de sus señores le permitieran quedarse con la niña.

Estaba segura de que se encontraba en una situación de extrema pobreza y que sin la asistencia de Nicole y de Christopher se hubiese quedado en la calle.

También sabía que no había ningún peligro de que eso llegara a ocurrir, puesto que éstos no lo permitirían, ni ella misma si fuera el caso, y Simon, bueno, Simon movería cielo y tierra para impedirlo si lo supiera. Regina era bien consciente de que la señora Eggleston jamás diría una sola palabra a su hermano sobre su estado financiero.

Su afirmación tuvo un efecto sorprendente en Simon.

-¿Qué tontería es ésta? -exclamó golpeando la mesa con el periódico-. ¡Letty no tiene ninguna necesidad de pensar siquiera en irse!

-¡Oh, qué disparate! -replicó Regina al descuido-. Una pareja de recién casados con toda seguridad no querrá tener una vieja con ellos, por mucho que la aprecien. ¿No estás de acuerdo, querida? - inquirió mirando directamente a los ojos de Letitia.

La sonrisa de la señora Eggleston se desdibujó al pensar que no tendría más a sus queridos Nicole y Christopher cerca de ella y la idea de no ver a Simon cada día fue para ella un tormento. Sobreponiéndose a duras penas, respondió:

-¡Oh, sí, desde luego!

Lo que decía Regina, comprendió llena de desdicha, era verdad. Sin duda no podría entrometerse en la luna de miel, ni permanecer en Cavendish Square sola con Simon. El futuro risueño que había imaginado se desvanecía en un momento dejándola helada y atemorizada. ¿Qué podía hacer?

Regina ignoró con firmeza la mirada afligida de su amiga y dijo con la mayor desfachatez:

- ¿Lo ves, Simon? Letty comprende. No me cabe duda que ya ha hecho planes para una contingencia semejante. ¿Piensas volver a viajar al extranjero, querida, tal vez a Norteamérica? Estoy segura de que después de todos los sitios interesantes que has visto no querrás quedarte en Inglaterra.

Se ensombreció aún más el semblante de Simon y sus ojos se volvieron oscuros y tormentosos, mientras la señora Eggleston luchaba con valentía por mostrar una compostura y serenidad que no sentía. Se encogía en su interior, incapaz de creer que la querida Regina, que conocía bien su situación, pudiera ser tan cruel. Se dio cuenta, consternada, que había cifrado sus esperanzas en el sostén de su amiga para esos días lejanos en que Nicole no necesitara más de sus servicios. Pero aquellos días “lejanos” estaban, repentina y aterradoramente, frente a ella, y era obvio que Regina no pensaba tomar parte en su futuro. Reuniendo sus desfallecientes fuerzas con un esfuerzo sobrehumano, dijo en tono alegre:

-Sí. Claro. ¡Eso es precisamente lo que haré! - Luego, temerosa de caer en el ridículo si se le

saltaban las lágrimas, se levantó de pronto de la mesa y murmuró-: ¡Disculpadme, tengo algunas cosas que hacer! - Y huyó de allí tratando de esconder su aflicción, que era bastante evidente.

Pretendiendo que no había ocurrido nada de verdadera importancia, Regina untó con cuidado la mantequilla en una tostada y a continuación la mordió con deleite mientras aguardaba el estallido de cólera de Simon sobre su cabeza. No tuvo que esperar mucho.

-¡Vaya! -tronó Simon después de un momento de silencio aterrador-. ¡Espero con sinceridad que estés satisfecha de ti misma! Nunca pensé que vería el día en que tratarías con tanta frialdad a una vieja amiga. ¡Me siento avergonzado de ti, Regina! ¡Caramba, es lo mismo que si le hubieras dicho directamente que hiciera las maletas y se marchara de inmediato! ¿Cómo has podido?

- ¡Oh, qué va! - replicó Regina sin poder contenerse -. Letty lo entiende. Además, ¿qué otra cosa puede hacer? ¡Con toda seguridad Nicole no la necesitará cuando se case!

- ¡Ja! ¡Sólo porque Christopher hizo un comentario de pasada no es ninguna razón para suponer que Nicole y él se casarán! ¡Y en diciembre para colmo!

- Fue Letty quien sugirió diciembre -contestó Regina en tono melifluo. Simon estaba visiblemente agitado y furioso y ella cruzó los dedos por debajo de la mesa esperando que fuera porque al fin comprendía que algún día no muy lejano, el agradable grupo familiar de Cavendish Square se había de separar.

Condenada Gina, pensó Simon contrariado, ¡por qué no podía ocuparse de sus propias cosas! ¡Todo había sido tan perfecto y maravilloso y ahora esto! ¡Al diablo con las mujeres entrometidas! Recogió el periódico con un humor pésimo, pero Regina no iba a permitir que aquella conversación tan interesante languideciera.

Su voz sonó clara y muy razonable al decir:

- Tal vez todos estamos equivocados al cifrar nuestras esperanzas en ese único comentario de Christopher, pero Letty debería pensar qué hacer en el caso de que Nicole se case pronto. Todos podemos ver que es muy improbable que esta jovencita comience el nuevo año, si no casada, desde luego no sin haber sido prometida en matrimonio.

- Oh, no voy a negarlo, ¡pero ésa no es razón para meter en la cabeza de Letty la idea de que tiene que salir a dar vueltas por el mundo! - replicó Simon acaloradamente.

Abriendo mucho los ojos, Regina preguntó con asombro fingido:

- ¡Vaya! ¿Qué puede hacer si no eso? ¡Nada la retiene en Inglaterra! Espero que me visite de vez en cuando y también a Nicole. Pero realmente, Simon, no está atada a nosotros.

Mirando a su hermana con manifiesto desagrado, Simon dijo mordiendo las palabras:

-¡Ya lo sé! Pero no veo por qué no puede encontrar una casita cómoda y acogedora cerca de la tuya en Essex. - Entusiasmándose con la idea y muy contento de sí mismo, continuó-: Sabes, Gina, nunca me preocupé porque vivieras sola, pero si Letty estuviera contigo me complacería mucho.

- Estoy convencida de ello - respondió su hermana, tajante. Y eso era precisamente lo que estaba decidida a evitar. Si Simon pudiera colocar a Letty en su casa, podrían pasar meses antes de que él se le declarara y ella no estaba dispuesta a permitirlo. Con absoluta frialdad continuó mintiendo-: Pero jamás resultaría, Simon. Disfruto de la compañía de Letty, pero me temo que tenerla conmigo día tras día me volvería loca. Sabes bien cómo aprecio mi libertad y hacer siempre lo que quiero, cómo vivo viajando de un lado a otro todo el tiempo. La pobre Letitia terminaría con los huesos molidos siguiendo mi tren de vida. No, eso sería inaceptable.

Simon le echó una mirada feroz, disgustado por la crítica implícita a Letty.

- ¡Qué curioso, Letty no te ha aburrido en estos meses! -estalló, agresivo.

- Puede que eso sea verdad, querido, pero ha habido tanta excitación, ya sabes, entre la temporada y todo lo demás, que nadie en el mundo podría haberme aburrido -respondió con soltura. Una vez más la conversación parecía a punto de languidecer cuando Simon recogió el periódico con gesto adusto. Desesperada y jugando su última carta, comentó en tono afligido-: ¡Oh, qué tonta que soy, Simon! Me olvidé por completo. ¡Oh, pobre Letitia, qué atrocidad he cometido con ella! ¡Pobre, pobre querida!

-¿Qué sucede? ¡Maldición, dímelo! -exigió Simon.

Adoptando una expresión de desconsuelo, Regina murmuró:

-¡Pobre Letty! Sabrás que no le quedó absolutamente nada de su fortuna. El coronel murió dejándole sólo deudas y ella ha estado trabajando para ganarse la vida estos últimos años. Y yo, como una tonta, parloteaba incitándola a viajar por el mundo. ¿Qué debe pensar de mí? - Dejó escapar un suspiro-. Es una pena que sea así, pero supongo que tendrá que empezar a buscar alguna colocación para mantenerse. Debo escribir a varias de mis amistades... una de ellas sin duda necesitará una ama de llaves o una dama de compañía. -Simon abrió la boca y sospechando lo que iba a decir, continuó hablando deprisa-: Por desgracia, yo nunca podría ofrecerle ese empleo conmigo porque enseguida adivinaría que es por caridad y ya sabes lo susceptible y orgullosa que es. - Pensativa, añadió -: Ahora déjame ver... ¡Oh, ya lo tengo, justo lo que necesitamos! Precisamente la semana pasada la señora Baldwin mencionó que estaba pensando en buscar una dama de compañía. - Poniéndose de pie, continuó-: ¡Se lo diré a Letty ahora mismo! ¡Pobrecita mía, sé que debe estar anonadada imaginando que yo no haría nada para ayudarla!

- ¡Siéntate! - atronó Simon y la violencia con que subrayó esa palabra fue inconfundible -. ¿La señora Baldwin? ¡Esa vieja bruja es la mujer más grosera y dictatorial que conozco en Londres y tú pondrías a Letty a su merced!

- Pero Simon, ¿qué otra cosa puedo hacer? - preguntó Regina con sensatez-. La señora Baldwin le pagará generosamente, debes admitirlo.

- ¡Bah! - bufó Simon y con ágiles zancadas sorprendentemente juveniles salió de la habitación dando un estruendoso portazo a sus espaldas.

Con una beatífica sonrisa en los labios, Regina se dispuso a beber su té.

Simon no buscó a Letitia de inmediato. Se retiró a su gabinete para meditar sobre todo lo que su hermana le había revelado. La idea de su pequeña Letty trabajando todos esos años para mantenerse le resultaba abominable, y que pudiera verse forzada a hacerlo de nuevo era intolerable.

Simon había enviudado hacía más de veinticinco años y durante todo ese tiempo nunca había pensado en volver a casarse. Su matrimonio no fue infeliz, pero no llegó a apreciar la vida conyugal. Y la señora Eggleston, la única mujer que podría haberle hecho cambiar de parecer, había abandonado el país antes de que a él se le ocurriera que ahora los dos, en el crepúsculo de sus vidas, estaban libres para casarse.

Las revelaciones de Regina despertaron en él todo su instinto protector. Y tenía miedo de que Letitia partiera nuevamente de manera tan furtiva como lo había hecho de Beddington's Comer cinco años atrás. Recordando su pena e incredulidad de entonces, aquel hombre alto y todavía gallardo a pesar de faltarle pocos meses para cumplir setenta, se paseó agitadamente por la habitación.

El matrimonio era la única respuesta. Había querido desposar a Letitia desde que él tenía sus vigorosos diecisiete años y ella unos tímidos dieciséis. Pero ahora que el momento había llegado, le asaltaban los mismos temores e incertidumbres que a cualquier hombre de cualquier edad en los momentos previos a una declaración: ¿Le amaba ella? ¿Aceptaría su proposición de matrimonio?

Debía casarse con él, pensó con furia. Él la había amado durante toda su vida y no toleraba la idea de pasar el resto de su vida sin Letty a su lado.

Resuelto, la buscó y la descubrió al cabo de un rato en una pequeña habitación al fondo de la casa. La señora Eggleston estaba de espaldas a él, frente a una ventana con vista a una plaza con la mirada perdida en el vacío y pensamientos sombríos en su mente. Sus hombros frágiles y pequeños habían adquirido una postura abatida y al verla de aquel modo, Simon sintió el impulso irresistible de protegerla con toda su ternura. Pero vaciló. Por primera vez en su vida

sin saber qué hacer, los miedos y las dudas ocupaban ahora el lugar de su habitual seguridad y confianza en sí mismo. Y mientras seguía preso de la incertidumbre, el sonido desgarrador de un sollozo quedo llegó a sus oídos. Instantáneamente arrojó al viento todas las otras consideraciones y corrió al lado de la señora Eggleston.

-¡Letty, Letty, querida, no debes llorar! -le rogó. Sus facciones duras y surcadas de arrugas se suavizaron y expresaron todo su dolor cuando la hizo volverse cariñosamente y sus manos fuertes y nudosas se posaron con calidez sobre los hombros frágiles y temblorosos de la señora Eggleston.

-¡Oh, querido mío! -tartamudeó ella, intentando valientemente recobrar la compostura. Pero fue en vano: se sentía tan sola, tan innecesaria y por completo desolada que el rostro de Simon, tan preocupado y ansioso, fue su perdición. Sus grandes ojos azules se llenaron de lágrimas y los pudorosos preceptos practicados a lo largo de toda una vida se desvanecieron cuando se arrojó a sus brazos y sollozó:

- ¡Oh, Simon! ¡Soy tan desdichada! ¿Qué puedo hacer?

Los brazos de Simon se cerraron instintiva y posesivamente alrededor de su cuerpo menudo.

-Letty, Letty -murmuró tiernamente con los labios contra los sedosos rizos blancos que reposaban contra su pecho. Sintiéndola por fin entre sus brazos después de tantos años interminables, volvió toda su confianza y exclamó casi con agresividad -: ¡Vaya, te casarás conmigo! ¡Y esta vez no aceptaré un no como respuesta! - Luego, en un tono increíblemente tierno, añadió-: Piensa en los años que hemos perdido, mi amor. Por favor, no permitas que también perdamos los que aún nos quedan.

- ¡Oh, Simon, no! ¡No lo permitiremos! Siempre te he amado y no podría soportar que nos separáramos otra vez - dijo con sinceridad la señora Eggleston con la cara pálida. Simon, incapaz de resistir la tentación, bajó la cabeza y besó con fervor a su Letty por primera vez desde la juventud.

Tal vez el beso no tuvo el fuego y la pasión de hacía cincuenta años, y desde luego Letitia había perdido las gráciles curvas de una doncella de dieciséis y Simon los poderosos músculos de un joven de diecisiete, pero fue tan dulce para ambos como cualquier beso entre amantes.

-¡Oh, Letty, te amo tanto! ¡Fuimos tan necios! -dijo él por último sosteniendo amorosa y protectoramente a la señora Eggleston entre sus brazos.

Una mano de dedos delicados y finos se alzó y le acarició la mejilla con cariño.

- Oh, sí, lo fuimos, Simon, pero al menos tenemos el presente; - susurró la señora Eggleston con el rostro radiante de felicidad, los ojos azules más brillantes que nunca y un rubor muy atractivo en las mejillas. Pero entonces se abrió paso un pensamiento inoportuno que le hizo

arrugar la frente. Clavándole la mirada en los ojos, preguntó-: Simon, ¿te ha dicho algo Regina?

La contempló con semblante inexpresivo y preguntó fingiendo sorpresa:

- ¿Regina? Caramba, ¿qué tiene que ver ella con nosotros?

La señora Eggleston dejó escapar una risita sofocada, segura ya de que ni la piedad ni la caridad habían llevado a Simon a de- clarársele.

-Oh, nada, Simon querido. Nada en absoluto.

Ella volvió a levantar la cabeza para mirarle a los ojos y Simon no pudo menos que besarla de nuevo. Pero debajo de la felicidad que le inundaba corría el temor de que Letty descubriera que Regina sí había hablado, y cuando la hubo ayudado a sentarse en un pequeño sofá de terciopelo rosa, dijo con energía:

- Nos casaremos de inmediato. ¡Obtendré una licencia especial y el domingo te tomaré por esposa!

-Oh, pero Simon, ¿es aconsejable eso? ¿Qué pensará la gente? -protestó la señora Eggleston genuinamente escandalizada por semejante prisa.

Simon le tomó una mano entre las suyas e imploró:

- Letty, ¿tiene alguna importancia? ¿A nuestra edad?

- ¡Oh, Simon, no! ¡Claro que no! - respondió casi sin aliento y los ojos brillando de amor.

¿Y qué otra cosa podía hacer él sino besarla de nuevo después de una capitulación tan dulce y anhelada?

CAPÍTULO XXIX

Nicole había abandonado el saloncito donde desayunaban sin un objetivo particular en mente, buscando sólo escapar de la presencia perjudicial y destructiva de Christopher Saxon. Después de vagar sin rumbo por sus habitaciones sin encontrar nada que le hiciera olvidar el rostro burlón de Christopher, tocó la campanilla para llamar a Mauer. Tras ponerse una capa roja de lana, dejó dicho que iba a dar un paseo por Hyde Park. Era costumbre, siempre que salía de la casa de Cavendish Square, que la acompañara un sirviente, circunstancia que ella consideraba irritante. Pero como la criada casi siempre era Galena, se las ingeniaba para soportar su compañía sin demasiado resentimiento. Después de todo, se recordaba una y otra vez, no era culpa de la pobre Galena.

La criada caminaba sosegadamente detrás de Nicole, que paseaba con aire pensativo por uno de los agradables senderos del parque sin mirar siquiera los acianos de floración tardía ni las margaritas de penetrante perfume que alegraban el suelo. ¡Cómo se habían enredado las cosas en su vida!, pensaba en un arrebato de ira.

Huyó de Inglaterra para escapar de una trampa y estaba descubriendo que había caído en otra mucho peor. Ahora las cosas que en otras circunstancias había aceptado sin protestar la exacerbaban y la irritaban de tal modo que a veces creía que se volvería loca. Las acompañantes, la falta de intimidad, el tener que dar cuenta de cada minuto, que sus conocidos tuvieran que ser aprobados primero por lord Saxon y lady Darby, más los lugares que ella simplemente no podía visitar porque «Querida mía, ¡es imposible», le daban la sensación de estar marchitándose.

Absorta en sus pensamientos, continuó el paseo sin advertir las miradas admirativas a su paso o el calor del sol que brillaba en un cielo sin nubes.

Reconoció con desconsuelo que no podía seguir viviendo así por mucho tiempo más. No soportaba aquel rígido e inflexible orden social que dominaba las vidas de sus semejantes. Añoraba con desesperación la libertad que había conocido, anhelaba poder dejar caer la máscara de Nicole Ashford y dejar que Nick, el Nick de lengua vivaz y modales atrevidos, que se vestía como quería y complacía a quien le interesaba complacer, pudiera salir de su prisión.

Más desolada que nunca, admitió que el matrimonio era su única salida, a menos que estuviera dispuesta a que todos los que la conocían le dieran la espalda. No era de extrañar que Nicole no quisiera vivir como una reclusa o permitir que a los chismosos se les fuera la lengua

más de lo que ya se les había soltado por su regreso tan poco ortodoxo. Lo que deseaba era una solución y tal vez se la brindaría un matrimonio, reflexionó con aire melancólico. Las mujeres casadas gozaban de más libertad, se les permitían más licencias y si fuera a vivir al campo, donde la vida cotidiana era más informal, más sosegada y libre, entonces no se sentiría tan sofocada y atrapada.

Una sonrisa irónica le curvó el suave y carnoso labio inferior. Matrimonio... ¿con quién? Sólo podía pensar en un hombre, y el casamiento con Christopher era impensable. ¡Ojalá estuviera todavía viviendo en esa felicidad engañosa que le había brinda- do su encaprichamiento por Robert! Pero desgraciadamente lo que había sentido por él era eso nada más, un capricho infantil. El matrimonio con un hombre a quien no amara era inaceptable. Además, se recordó con pesar, Robert había estado más cerca de ser excluido de Cavendish Square que ningún otro. Desde luego nadie aceptaría su enlace con él. Y en cuanto al resto de sus pretendientes, bueno, Edward ni merecía ser contado entre ellos, y aunque le agradaba la compañía de lord Lindley, no tenía deseo alguno de pasar el resto de su vida con él. Había otros, pero ninguno le rompería el corazón si decidiera apartarse de su vida.

Quizás en Brighton se sentiría mejor, pensó. Pero luego suspiró. ¿A quién creía que estaba engañando? Christopher estaría allí y siempre que Christopher se encontraba en las inmediaciones no había paz para ella. Deseando poder amarlo plenamente o detestarlo con toda su alma y no vivir desgarrada por el conflicto que bullía en su pecho, sacudió con resolución esos pensamientos de la cabeza. Debía pensar en Brighton, se recordó con firmeza, y se repitió que era una tonta por amargarse por cosas que no podía alterar.

Decidiendo que hacía mucho rato que faltaba de Cavendish Square, se dio la vuelta, y estaba a punto de decirle a Galena que regresarían de inmediato, cuando la detuvo la voz de Robert.

- ¡Por todos los cielos! ¡Nicole! - El placer que le producía aquel encuentro inesperado fue evidente, y con una sonrisa Nicole alzó la vista y le vio conduciendo con pericia la calesa en dirección a ella.

- Hola, Robert. ¿Cómo estás esta mañana? -le saludó con soltura, consciente de que era la primera vez que se encontraban sin la presencia vigilante de Regina desde la fatídica noche en que él la besara.

Robert también era muy consciente de ello y sin vacilación, dijo:

-¿Quieres dar un paseo conmigo? Puedes ordenar a tu sirvienta que nos espere en la puerta sur. Y aunque es posible que mi tía no apruebe mi compañía, no creo que encuentre nada impropio en un paseo por Hyde Park a la vista de todos.

Nicole aceptó de inmediato, dominada por una ola de rebeldía contra Regina y lord Saxon que la inducía a reafirmar su propia independencia. Sentada al lado de Robert un momento después, soltó una carcajada cristalina.

- Ya sabes, ambos estaremos deshonrados en cuanto concierne a lady Darby.

Los ojos verde mar brillaron extrañamente y Robert replicó:

-¿Y qué nos importa? Es un hermoso día y estamos juntos... eso es todo lo que interesa.

Hubo una época en que tal franqueza habría complacido a Nicole, pero no aquella mañana, al menos sabiendo que nunca podría devolverle el afecto que él sentía por ella. Percibió súbitamente que pasear con Robert no había sido lo más sensato por su parte, en especial ya que podría tener que rechazar sus requerimientos de amor, y deseó no haber aceptado su invitación con tanta precipitación. Con una ligera nota de reticencia en sus palabras, respondió:

-Sí, es sin duda un día encantador y fue muy gentil por tu parte invitarme a dar un paseo.

Robert advirtió una nota de reticencia y se desvaneció su entusiasmo. Ceñudo, preguntó sin rodeos:

-¿Preferirías no pasear conmigo?

Nicole tragó saliva penosamente, sabiendo a la perfección que en el pasado había inducido a Robert a creer que sus atenciones no eran recibidas con desagrado. Y ahora se enfrentaba al terrible problema de tratar de hacerle entender que por más que su compañía le resultaba muy grata, él nunca sería otra cosa que un buen amigo para ella.

Robert captó con rapidez su embarazo, pero atribuyéndolo a otros motivos, antes de que ella pudiera pensar una respuesta adecuada preguntó con aspereza:

-¿Es verdad entonces? ¿Vas a casarte con Christopher?

Nicole se puso pálida y sus ojos se convirtieron en dos inmensos topacios mientras susurraba:

- ¿Casarme con Christopher? Con la vista clavada en las orejas del caballo, él replicó con furia:

-Oh, sí, ¿no te lo han dicho todavía? Mi querida tía se aseguró bien de que yo lo supiera aquella noche en Vauxhall Gardens.

Durante varios segundos Nicole se quedó sin habla, entre una ola de furia ciega y otra de deliciosa esperanza. El enojo ganó, desafortunadamente, y asiendo el brazo de Robert con los dedos crispados y el rostro desfigurado por la cólera, exigió:

-¿De qué estás hablando? ¡Christopher es el último hombre con quien me casaría! ¡Cómo se atreven a decir que me casaré con él! ¡No sé nada... nadie me ha dicho una palabra!

Robert la miró con ojos calculadores que se detuvieron en el pecho agitado de la joven y en

el rictus airado de su boca sensual. Relajándose levemente, muy complacido y tranquilizado por su reacción, dijo arrastrando las palabras:

- Así parece. - Con más curiosidad en su mirada penetrante, preguntó-: ¿No tenías la menor idea de esto? ¿Ninguna sospecha de que mi tía y, presumo también, mi padre habían concertado ya un acuerdo matrimonial con Christopher?

Apretando los dientes, Nicole respondió, irritada:

-¡Desde luego que no! Vaya, deben de estar locos si piensan que yo podría... Y Christopher precisamente, que apenas tolera verme.

-Oh, yo no diría eso -masculló Robert secamente-. ¡Anoche en Almack's pareció hacer algo más que tolerarte!

Nicole desechó esa idea sacudiendo la cabeza con vehemencia.

- Christopher es capaz de fingir cualquier emoción que considera necesaria en ese momento. ¡No te dejes engañar por él!

- Muy bien, querida. Pero ¿qué vas hacer tú? Regina dice que el matrimonio ya está arreglado.

-¡Ya veremos qué pasa! -estalló Nicole, furiosa-. Llévame con Galena. ¡Me propongo averiguar de inmediato lo que se ha estado haciendo a mis espaldas! Tu tía y tu padre me explicarán en detalle lo que planearon y disfrutaré informándoles que pueden empezar a anular esos proyectos.

Robert se encogió de hombros y obedeció sin más comentarios. No envidiaba a Regina y a Simon la tormentosa entrevista que se les avecinaba y una parte del nudo de furia que le había acompañado aquellas semanas se aflojó. Nicole estaba demasiado enojada, demasiado sorprendida para no decir la verdad. Era obvio que no sabía nada de lo que proclamaba Regina y que no quería tener parte en un matrimonio con su sobrino. Sintiéndose más esperanzado de lo que había estado desde hacía semanas, vio con satisfacción cómo Galena y ella emprendían el regreso a Cavendish Square.

Nicole marchaba con paso airado por la calle, tan indignada estaba que ni siquiera prestaba atención a los ruegos de Galena para que aminorara la marcha. Más airada que nunca en toda su vida, según podía recordar, subió precipitadamente por los escalones de piedra de la residencia y después de echar una mirada de odio al pobre Twickham, exclamó:

-¿Dónde está lord Saxon? ¡Deseo verle en el acto!

Algo desconcertado por aquella jovencita de mal genio y ojos que despedían rayos, Twickham buscó torpemente una respuesta y por fin dijo:

- Lord Saxon ha llevado a la señora Eggleston a una entrevista con el obispo. - E incapaz de

contenerse, desvaneciéndose de súbito su aire altanero y majestuoso, mostró una sonrisa radiante -. Señorita, van a casarse el domingo.

Por un momento Nicole no creyó lo que oía; luego, desapareciendo parte de su enfado, antes de sentir una oleada de deleite corriendo por sus venas, repitió en tono estupefacto:

-¿Lord Saxon se casa con la señora Eggleston?

Asintiendo vigorosamente con la cabeza, Twickham casi farfullaba:

-¡Oh, sí, señorita! ¡Es todo tan romántico! Él se le declaró no hace más de una hora y ella aceptó. Puedo decirle que nada podría complacerme más. - Recobrando al instante la compostura, continuó con voz envarada -: Han ido a encargar una licencia especial y lady Darby está en estos momentos en la imprenta hablando con el grabador con la esperanza de encontrar una participación adecuada para enviar a sus muchas amistades. - Luego, olvidando otra vez sus modales, dijo con franqueza -: Será una boda íntima, ya sabe usted. No hay tiempo para hacer preparativos para más de unos cuantos parientes y amigos.

Algo aturdida, Nicole asintió, y como en un trance subió la escalera rumbo a sus habitaciones. ¡La señora Eggleston y lord Saxon casados! No era del todo inesperado, pero por otro lado estaba casi pasmada de asombro. Pensar que alguien de esa edad se enamorara y se casara era algo difícil de entender en un principio, pero cuanto más examinaba la idea más lógica le parecía. ¿Qué podía ser más razonable que lord Saxon deseara hacer su esposa a la mujer a quien había amado toda su vida? ¿Qué tenía que ver la edad con el amor? Al menos para ellos el futuro se presentaba luminoso y tentador, reflexionó con cierta melancolía. De pronto, recordó para qué había vuelto a casa.

La noticia de la boda inminente y la ausencia de Regina y de lord Saxon la habían distraído por el momento e impedido desahogar sus objeciones al supuesto acuerdo matrimonial con Christopher, y ahora se paseaba por sus habitaciones esperando el momento propicio para hacerlo. ¡Qué cinismo! ¡Y Christopher! ¡Ya vería cuando lo encontrara! ¡Ya vería! De pronto, entrecerrando los ojos, se paró en seco. Lord Saxon y lady Darby podían estar ahora fuera de su alcance, pero no Christopher.

Una vez tomada la decisión, pidió una vez más su capa y sin detenerse a considerar si era prudente o no, ignoró la sorprendida protesta de Twickham y salió volando por la puerta principal.

Con la barbilla levantada y agresiva, y pensamientos ardientes, furiosos e irracionales nublándole la mente, emprendió el camino rumbo a Ryder Street, donde se encontraba el alojamiento de Christopher, con andar beligerante. La perfidia de la que él era capaz la cegaba de furia. Pensar que mientras él se había complacido en hacer comentarios despectivos sobre

ella y que, después de haberla ignorado durante meses y tratado como si fuera una buscona codiciosa, tuviera la desfachatez de aceptar casarse con ella, hacía a Nicole arder como yesca, y la joven bramaba de furia al llegar a Ryder Street.

Fue un Higgins pasmado de asombro quien le abrió la puerta y la dejó pasar a las habitaciones de Christopher.

- ¡Cielos, señorita Nicole! ¿Qué hace usted aquí? ¡No debería estar en esta casa, especialmente sin compañía! ¿No ha venido nadie con usted? ¿Ninguna criada? ¿Ningún sirviente?

Nicole arrojó su bolso de mano sobre un enorme sillón de cuero.

- ¡Quiero ver a Christopher! ¡Y quiero verle en este mismo instante! ¡Lo que tengo que decirle es privado y estoy harta de que me acompañen dondequiera que vaya! -Con los ojos ardiendo de furia, continuó con calor-: ¡Soy perfectamente capaz de andar sola por la ciudad, como sabes muy bien! Ahora, ¿dónde está Christopher?

Higgins respondió con toda sinceridad:

- No tengo ni idea. Partió esta mañana para visitar a su abuelo y no me dejó dicho adónde iría después. Dijo, eso sí, que no le prepararan cena para esta noche, así que no le espero hasta la medianoche.

Frustrada, pero todavía furiosa, miró con fijeza a Higgins y con una voz que temblaba de indignación, exigió:

- ¿Qué sabes acerca de esta absurda idea de que Christopher va a casarse conmigo?

Los ojos redondos de Higgins se volvieron más redondos aún y su rostro mostró una expresión del más absoluto asombro y se quedó con la boca abierta.

- ¿Christopher y tú vais a casaros? - preguntó al fin con una nota de inconfundible placer en la voz.

Nicole le echó una mirada de total desdén.

- ¡En absoluto! ¡Eso es ridículo! Pero Robert Saxon me contó esta mañana que ya se han hecho arreglos para casarme con Christopher, y me propongo dejar bien claro que bajo ninguna circunstancia voy a aceptar semejante cosa.

Nicole percibió nebulosamente, a pesar de su temperamento fogoso, que se vengaba con perjuicio de sí misma, pero estaba tan enfurecida y ciega de rabia que le importaba muy poco.

-¿Y bien? ¿Sabes algo al respecto? -increpó al perplejo Higgins. Éste se recobró con rapidez, y al oír el nombre de Robert frunció la frente con disgusto.

- ¿Robert Saxon te contó ese cuento?

Y olvidando que era la señorita Nicole Ashford, la heredera, y que Higgins sólo era un ayuda

de cámara, se oyó a sí misma contestar:

-Sí. Le encontré por casualidad esta mañana en Hyde Park y me dijo que lady Darby le había comunicado hacía algún tiempo que se ha concertado la unión de Christopher conmigo, y que lord Saxon ha dado su aprobación.

Higgins la miró con una mezcla de decepción y hastío.

-¿Y tú le crees? -inquirió en tono cáustico olvidando el trato formal.

Con un relámpago de duda en sus ojos y la primera señal de incertidumbre en la voz, Nicole respondió:

-¿Por qué no debo hacerlo? ¿Por qué me mentiría en algo así? ¡Es el tío de Christopher como sabrás, y no un bribón chismoso!

Higgins la estudió pensativamente, muy contento de pronto por el desarrollo de los acontecimientos. Por un momento había creído que Christopher no le había confiado sus intenciones matrimoniales, pero en cuanto apareció en la conversación el nombre de Robert, supo de qué se trataba. Entonces decidió que había llegado el momento de aclararle varias cosas a Nicole. Contarle la historia de su madre iba a ser un tanto difícil, pero tenía que hacerse. Después de todo, ya hacía siete años que Annabelle estaba muerta y Nick sólo era una criatura cuando perdió a su madre; estaba convencido de que el tiempo debía de haber atenuado sus emociones.

Adoptando la actitud autoritaria del segundo oficial de a bordo de La Belle Garce, Higgins le ordenó que dejara de pasearse por la habitación como una gata enjaulada y que se sentara de una vez. Tras una silenciosa batalla interior, Nicole bufó y se sentó con el cuerpo rígido contra los cómodos cojines del sofá de la sala de estar de Christopher. En sus ojos topacio brillaban las llamas de la rebeldía al decir:

- ¿Por qué no debo creer a Robert Saxon? ¡Él ha sido para mí la bondad personificada, cosa que no puedo decir de Christopher!

Higgins se sentó enfrente a ella, las manos sobre los muslos y los codos en ángulo recto con su cuerpo nervudo. Se inclinó hacia delante y un destello severo brilló en sus ojos castaños, que parecían haber perdido su habitual brillo risueño. Entonces empezó a hablar con lentitud y en tono cariñoso:

- Ahora voy a contarte algo que creo que no sabes. No te va a gustar, y no puedo censurarte por ello. Sucedió hace mucho tiempo y es posible que una vez lo sepas no te muestres tan ansiosa de hablar de las virtudes de Robert Saxon. Ni, podría agregar, pensar tan mal de Christopher.

Nicole no pudo por menos que mostrarse escéptica; con todo, el respeto que sentía por ese

hombrecito que tenía enfrente le hizo guardar silencio. Confiaba en Higgins. Nunca le había mentido y siempre la trató con imparcialidad y justicia. Y por lo tanto, esperó confiada lo que tenía que decir sabiendo que no sería un embuste. Sin embargo, en cuanto comenzó y mencionó por primera vez a su madre, su madre y Robert, Nicole se echó atrás y luchó contra su relato objetivo y frío de que el hombre con quien había considerado por un momento casarse y su propia madre fueron amantes adúlteros. Le dejó un desagradable: sabor amargo en la boca, pero después de librar una terrible batalla emocional, aceptó la palabra de Higgins. Tenía que hacerlo, puesto que explicaba el porqué del asedio' repentino y perseverante de Robert, ese peculiar destello que asomaba a sus ojos verde mar y la fuerza que había volcado en aquella declaración apasionada en Vauxhall Gardens. Sintiéndose ligeramente asqueada al saber que ella no debía de haber sido nada más que el reflejo de su madre para él, clavó la mirada desdichada en el semblante bondadoso de Higgins.

-Continúa -pidió en voz queda y tirante-. Supongo que lo que sigue será peor, ¿verdad?

- Así es, Nick, así es - respondió Higgins apesadumbrado, y con ademán inseguro pasó distraídamente la mano por la cabeza donde el entrecano cabello castaño ya comenzaba a clarear.

Finalmente, endureciendo su corazón, miró a Nicole a los ojos y le contó sin rodeos el resto de la historia: de cómo su madre había seducido a Christopher, la manera en que ella y Robert le habían usado como pantalla y para acabar el último acto monstruoso de Robert.

Cayó un pesado silencio en la habitación cuando terminó de hablar, e incapaz de seguir mirando el rostro de Nicole, que estaba congelado en una expresión de horror, se levantó y nerviosamente comenzó a ordenar algunas cuentas y comprobantes que estaban sobre el aparador de caoba.

-Comprenderás ahora por qué Robert Saxon no es de fiar. Y ¿entiendes ahora por qué a menudo Christopher parece actuar de modo tan irracional contigo?

No había censura en su voz, sólo una especie de melancólica compasión, y perdida en su propia pesadilla Nicole casi no le escuchó. Intentó hablar; pero las palabras no acudieron a su boca; estaban apretadas en la garganta. Tragó saliva convulsivamente tratando de apartar de su mente las cosas terribles y monstruosas que Higgins había dicho acerca de su madre y Christopher y de la vileza de la conducta de Robert. Pero los espantosos pensamientos seguían agolpándose en su mente sin darle sosiego, traspasándola como cuchillos afilados mientras ella seguía sentada allí con el rostro pálido y tenso y ojos que parecían suplicar a Higgins que se retractara de aquellas palabras abominables. Un estremecimiento de horror y asco le sacudió el cuerpo ante la idea repulsiva de que su propia madre se había acostado con Christopher y

conocido la magia misteriosa de aquel cuerpo viril moviéndose sobre ella; de hecho, era su propia madre quien lo había iniciado. Temblaron sus labios al intentar una vez más hablar, censurar lo que le acababa de relatar Higgins, pero las palabras rehusaban salir. Y entonces comprendió con angustia que jamás saldrían, porque en lo más hondo de su corazón sabía que todo era verdad. Tenía que ser verdad, ninguna mentira podía ser tan monstruosa y aborrecible. Aclaraba las razones de cosas de otro modo inexplicables: la animosidad apenas contenida entre Christopher y Robert, las raras veces en que aquél la había mirado como si la odiara. Revelaba las motivaciones ocultas detrás de aquellos momentos de deliberada brutalidad entre ellos: Christopher la había estado castigando por los actos de su madre.

Hundió la cabeza entre las manos con un sollozo angustiado y Higgins, profundamente afectado por su evidente aflicción, sirvió con rapidez coñac en una copa y la obligó a tomarlo con tosca ternura.

- Vamos, Nick, no hay motivo para que te pongas así. Sucedió hace mucho tiempo y no se te puede culpar de nada -la consoló Higgins deseando no haber abierto la boca.

Después de forzarse a tragar uno o dos sorbos de coñac, clavó la mirada en el rostro bondadoso de Higgins y habló con torpeza:

- Christopher sí me culpa.

-Sí, no me cabe duda de ello -confesó con dolor Higgins-. ¿Pero no lo ves, Nick? -empezó a decir ansiosamente-. Ahora que conoces la verdad, tal vez no te inclinarás a considerar a Christopher como una bestia salvaje. Y en cuanto pienses mejor de él, te comportarás de otra manera y bueno, Nick, debes admitir que cuando eres amable con Christopher, él te corresponde del mismo modo.

Su entumecimiento empezaba a ceder y preguntó irónicamente:

- Higgins, ¿por casualidad estás tratando de hacer de casamentero?

Éste tuvo la candidez de sonrojarse y mostrarse culpable.

- Bueno, vamos, Nick, no puedes negarme que Christopher y tú hacéis una buena pareja -replicó con descaro.

Nicole tragó el resto del coñac y poniéndose de pie, observó con severidad:

-¡Puede ser tan buena como conveniente, pero hasta tú mismo admitirás que lo que él y yo hacemos no está nada bien! Creo que has estado bebiendo demasiado vino, Higgins. -Como no le respondió, ella continuó en tono fatigado-: No te preocupes, no debí hacer una broma tan mala. No sé si agradecértelo o maldecirte. Sin embargo, creo que por el momento voy a agradecértelo, aunque no sea más que porque ahora entiendo las razones que explican muchas cosas que resultaban incomprensibles. -Calló y se formó una arruga en su frente. Casi como

pidiendo disculpas, murmuró-: Puedo ver bien por qué se duda de la palabra de Robert, pero, Higgins, creo que en este caso me estaba diciendo la verdad, y me propongo llegar al fondo de esto. Alguien debe de haberle dicho que había matrimonio. - Hizo una pausa tratando de recordar las palabras exactas de Robert-, Lady Darby -murmuró lentamente y con convencimiento.

Ambos estaban demasiado absortos en la conversación como para prestar mucha atención a lo que pasaba alrededor y en consecuencia se sobresaltaron cuando se abrió la puerta de golpe y Christopher en persona entró de repente.

Sería imposible decir cuál de los tres estaba más asombrado. Sin duda, Higgins y Nicole no le esperaban, y por la expresión de Christopher se veía claramente su extrañeza al encontrar a la joven en sus habitaciones. También resultaba evidente que estaba muy disgustado por lo que halló al entrar.

- ¿Qué diablos estás haciendo aquí? - exigió directamente al tiempo que echaba una mirada inquisitiva en derredor buscando a lady Darby o a la señora Eggleston.

Nicole se humedeció los labios buscando con ansia las palabras adecuadas. Higgins de pronto recordó algo que reclamaba atención urgente y mascullando una excusa salió con precipitación. Los dos se encontraron cara a cara y Christopher volvió a preguntar:

-¿Y bien? ¿Puedes hacerme el favor de explicar tu presencia aquí?

Ojalá no fuera tan consciente de su masculinidad, pensó con desesperación, una hombría que su propia madre había despertado y seducido y que ahora ejercía una atracción casi irresistible en ella. Nicole vaciló y al ver que los ojos dorados la estudiaban con impaciencia creciente, soltó con brusquedad:

- He hablado con Robert esta mañana y me dijo que se había concertado un arreglo matrimonial entre tú y yo.

Como si un rayo hubiese caído sobre su cabeza, Christopher se quedó mirándola mientras docenas de ideas alocadas cruzaban por su cabeza.

-¡No seas ridícula! -estalló finalmente-. Créeme, no hay ningún acuerdo, al menos - añadió con sinceridad -, ninguno que yo conozca.

Rechazando el recuerdo de su pasado que seguía obsesionándola, insistió con terquedad

- Robert aseguró que lady Darby le dijo que todo estaba arreglado. Y que hasta tu abuelo había dado su consentimiento.

Asomó una mueca de burla al rostro de Christopher al comentar con escepticismo

- ¡Eso sí que me parece dudoso! Puede que Simon sea dominante, que quiera salirse con la suya en todo, pero no le falta sentido común. ¡Y sólo alguien que carezca totalmente de sentido

común sería tan temerario como para arreglar un matrimonio entre nosotros dos!

Nicole se tragó la réplica violenta que estaba a punto de salir de sus labios y musitó:

- Es posible, pero Robert estaba muy seguro de lo que le había dicho lady Darby.

Resignándose a lo inevitable, Christopher le ofreció un asiento a Nicole, y una vez ella se hubo sentado, él preguntó con serenidad:

- ¿Qué te parece si empiezas por el principio y me cuentas lo que sabes? ¿Cuándo le dijo Regina eso a Robert?

Nicole vaciló sin ganas ya de seguir aquella conversación I embarazosa. Desvió la mirada al hablar.

- Hace unas pocas semanas fuimos a pasar la velada a Vauxhall Gardens. Lady Darby charló unos momentos a solas con Robert y se lo dijo entonces.

Entrecerrando los ojos, él se inclinó descuidadamente contra el aparador de caoba con los brazos cruzados sobre el pecho y escudriñó el rostro que Nicole trataba de ocultar a su vista.

- Veamos, ¿por qué te parece que ella haría semejante cosa? - inquirió en tono melifluo.

- ¡No tengo la menor idea!

La respuesta no pareció satisfacerle y acercándose le tomó la barbilla con dedos inflexibles y la obligó a mirarle.

- ¿No sería que os encontró a los dos en una situación comprometida? ¿Y tal vez quería alejar a Robert con esa advertencia?

Las mejillas arreboladas de Nicole fueron respuesta suficiente, y con algo parecido a la repugnancia asomándole a los ojos, le soltó la barbilla con brusquedad, como si su piel de súbito le quemara. Su voz sonó fría ahora:

-Conociendo a mi tía abuela, si os pescó a Robert y a ti comportándoos de modo indiscreto, sería perfectamente capaz de mentir para favorecer sus propios propósitos. Desde hace varias semanas me he dado cuenta de que por alguna extraña razón le gustaría vemos casados. Y sospecho que dijo lo primero que se le ocurrió. Pero tranquilízate: por el momento no tengo ninguna intención de casarme contigo. ¡Así que esa cabecita frívola que tienes puede olvidar ese cuento de Robert y no prestar atención a los chismes en el futuro! -Con mirada dura y burlona, siguió provocándola -. Créeme, si quisiera casarme contigo, ya te lo haría saber.

Se endurecieron los labios de Nicole y se levantó de un salto. Aferrando el bolso con tanto fuerza que sus nudillos se pusieron blancos, le escupió a la cara:

-¡Muchísimas gracias! ¡Me tranquiliza lo indecible saber que puedo afrontar el futuro sin un cerdo canalla como tú!

Contemplando las facciones enérgicas y vivaces de la muchacha y sus ojos topacio lanzando

chispas de fuego, una curiosa expresión cruzó por el semblante de Christopher y en tono suave, casi amenazador, murmuró:

- ¡He dicho que por el momento no tenía intenciones de casarme contigo!

Nicole contuvo la respiración con un jadeo de pura rabia. Olvidando que lo que más anhelaba su corazón era casarse con Christopher o que sólo minutos antes se había sentido desgarrada y angustiada por el enorme daño que le habían hecho Robert y su madre, gritó con furia:

- ¡Animal! ¡Crees sinceramente que sólo tienes que cambiar de idea! ¿Que yo no tendré nada que decir al respecto?

Una sonrisa indolente jugueteó en los labios de Christopher cuando se enderezó apartándose del aparador, y antes de que Nicole tuviera tiempo de adivinar sus intenciones, estaba encerrada en el anillo de acero de sus brazos. Con la boca burlona a escasos centímetros por encima de la de ella, la atormentó:

- ¡Oh, estoy seguro de que tendrás mucho que decir! Pero hay formas de habérselas con jovencitas recalcitrantes que no saben lo que es bueno para ellas.

Nicole pegó un brinco como si la hubiesen picado, pero Christopher se limitó a apretar más los brazos y diestramente se posesionó de su boca con labios duros y calientes, exigiendo que ella correspondiera a su caricia. El beso fue el asalto a sus sentidos ya familiar para ella, mitad salvaje, mitad tierno, y con un suave gemido de vergüenza y de deseo mezclados, le entregó sus labios entreabiertos sin resistencia mientras la lengua de Christopher exploraba su boca. Dolorosamente consciente de la solidez de aquel cuerpo pegado al de ella, de la enérgica embestida de sus muslos contra sus piernas y de la fuerza brutal de esos brazos que la rodeaban sin darle respiro, Nicole luchó con valor contra el deseo traicionero de devolverle la caricia, de permitir que ese abrazo voraz y salvaje terminara como ordenaba la naturaleza; permitirle que la levantara en sus brazos y la llevara a la cama que estaba en la otra habitación y sentir otra vez ese exquisito misterio del cuerpo de Christopher poseyéndola.

Pero entonces, cuando sus manos empezaban a acariciarle febrilmente la cabeza oscura, el recuerdo insidioso de lo que le había contado Higgins revivió como un reptil venenoso que saltara de una oscura caverna y de súbito, llena de repugnancia de que su madre hubiese conocido aquella misma magia, se retorció con furia para escapar de sus brazos.

Christopher no intentó abrazarla otra vez; en cambio, con ojos que eran meras rayas doradas en su rostro moreno y el pecho subiendo y bajando con agitación, dijo en tono glacial:

-Si es así como actúas con Robert y si es así como te pescó Regina, no me sorprende que mintiera como lo hizo.

Nicole le fulminó con la mirada:

- ¡Al menos Robert tuvo la decencia de no imponerse a una mujer que se resiste!

-¿Que se resiste? -bromeó sin poder contenerse-. ¡No intentes esa línea de defensa! ¡Estabas tan deseosa como yo!

-¡Basta ya! -gritó Nicole con enfado-. ¡No he venido aquí para reñir contigo! Créeme, a pesar de lo que pudieran indicar mis acciones en sentido contrario, no tenía deseos de que me sedujeras. Y si de verdad fueras todo un caballero no me colocarías en una situación tan denigrante.

Una triste sonrisa de arrepentimiento arrugó la mejilla de Christopher.

- Estoy de acuerdo, pero ambos ya hemos convenido en que ni yo soy un caballero ni tú, mi pequeña revoltosa, eres una dama. Creo que ambos somos igualmente culpables de esta situación.

El ánimo belicoso se desvaneció rápidamente en Nicole gracias a la actitud conciliadora de Christopher y con voz fatigada dijo:

- ¡Al menos hay algo en que sí podemos estar de acuerdo! Y ahora creo que es mejor que me marche antes de que digamos algo que pueda destruir este acuerdo momentáneo.

Él se quedó mirándola por unos segundos que parecieron interminables y advirtió la nube de tristeza que empañaba sus ojos topacio. Era consciente de la necesidad imperiosa que tenía de tomarla de nuevo entre sus brazos y exigirle que le permitiera disipar aquel aire de tristeza que parecía envolverla. Pero luego, burlándose de sí mismo por ser un tonto y un loco, encogió los anchos hombros y dijo en voz alta:

-Ordenaré un carruaje para ti y te escoltaré de regreso a Cavendish Square; con suerte nadie adivinará jamás que has estado aquí. ¿Qué dijiste cuando abandonaste la casa?

- No dije nada, sólo salí a la carrera - respondió en tono quedo sin decidir todavía si la ayuda de Christopher era lo que deseaba realmente. Se daba perfecta cuenta de la deuda que tenía con él, del enorme daño hecho por su madre y por primera vez se sintió avergonzada y contrita por algunas de las cosas que había pensado de él. La revelación de Higgins había puesto a Christopher bajo otra luz y todavía no había tenido tiempo de aceptar la idea de que él fuera vulnerable, de un Christopher Saxon incauto y víctima de engaños, con los mismos defectos y debilidades que cualquier persona. Una extraña oleada de ternura la invadió oprimiéndole el corazón, y por un segundo casi se olvidó de sí misma y trató de expresar algunas de las emociones conflictivas que peleaban en su interior. Pero con una mirada al rostro varonil su impulso murió. En un estado de ánimo curiosamente dócil dejó que él se encargara de ella y le siguió.

Pudieron regresar a Cavendish Square sin contratiempos. La inusual actitud obediente de Nicole molestó a Christopher, y con cierta exasperación dijo en el momento en que quedaron a solas:

-¡Quieres hacerme el grandísimo favor de dejar de mortificarme con ese aire lánguido! No te sienta bien, te lo puedo asegurar.

Arrancada bruscamente de sus desagradables pensamientos, Nicole le dirigió una mirada ceñuda.

-¡Si no te gusta, puedes marcharte! -replicó.

Él apretó la boca con enojo, pero no dijo más sobre el tema. En cambio preguntó:

-¿Dónde están mi abuelo y las damas?

Con gran sobresalto Nicole recordó las noticias que le había comunicado Twickham anteriormente. Olvidando momentáneamente su enfado y con los ojos brillantes de malicia, exclamó casi con alegría:

- ¡Oh, Christopher, no te lo he contado! ¡La señora Eggleston y tu abuelo van a casarse! ¡Este domingo!

Si había esperado sorprenderle sufrió una desilusión, pues él no exhibió extrañeza ni asombro.

-¡Me preguntaba cuándo se decidiría! - comentó él jovialmente.

-¡Lo esperabas! -exclamó ella en tono acusatorio.

Sonriendo con ironía, comentó:

-Claro que sí. Cualquiera que los conociera se habría dado cuenta de que sólo era cuestión de tiempo que Simon le propusiera matrimonio. Y jamás existió ninguna duda de que la señora Eggleston lo aceptaría. ¡Hasta yo podía darme cuenta de eso!

Un tanto ofendida, dijo con resentimiento:

- Bien, no tienes por qué presumir tanto de ello. Yo estoy encantada con la noticia y no permitiré que tu cinismo me la eche a perder.

Tajante, con los ojos duros e incrédulos, replicó:

- ¿Podría acaso echarte yo algo a perder, Nicole?

Con horror se oyó diciendo en tono torturado:

-¡Bien sabes que sí puedes, Christopher! Lo has sabido siempre.

El joven quedó paralizado; sus ojos eran como dagas de oro que trataban de desgarrar el velo que cubrió de súbito las facciones de Nicole. El aire mismo de la habitación pareció crujir mientras él asimilaba esas palabras impulsivas, poco dispuesto a aceptar lo que parecían insinuar. Y Nicole, incapaz de soportar por más tiempo la intensidad de su mirada penetrante e

inquisitiva, aterrorizada de que pudiera arrancar el secreto de su corazón, musitó distraídamente:

- No me agrada estar siempre en desacuerdo contigo... especialmente en vista de que estoy viviendo con tu abuelo y de que te debo tanto. Ojalá pudiéramos ser aliados, dejar a un lado el pasado y tratarnos uno al otro con la cortesía y el afecto que se les tiene a aquellos que son amigos queridos.

-¡Amigos queridos! - bufó él con sarcasmo. El loco anhelo de interpretar algo vital y revelador en sus palabras murió al instante, como un copo de nieve bajo el sol tórrido del desierto.

Cruzando la habitación con ágiles zancadas, la agarró del brazo con fuerza y con su mano de largos dedos aristocráticos le levantó la cabeza con brutalidad.

-¡Amigos! -escupió-. ¡Jamás podrá haber amistad entre nosotros! ¡Olvidas que me debes algo, Nick! ¡Recuerda esto la próxima vez que te remuerda tu sórdida conciencia!

La soltó con desdén, y encaminándose a la puerta dijo en tono sarcástico:

- Ahora que has expresado tu gratitud y se han calmado tus temores de un posible matrimonio conmigo, creo que es hora de que me marche. Felicita por mí a la pareja recién comprometida cuando reaparezcan, ¿me harás el favor?

Salió dando un portazo empeñado en poner todo Londres entre Nicole y él, pero la entrada intempestiva de Regina hizo que se parara en seco.

-Oh, Christopher, estás aquí. ¿Has oído la noticia? ¿No es emocionante? -dijo Regina, preguntándose por qué tendría aquel gesto tan adusto.

-Sí. Me he enterado -respondió con rigidez-. Acaba de contármelo Nicole.

Ignorando el hecho de que él obviamente estaba a punto de salir y encantada de que en apariencia hubiese venido a visitar a Nicole, Regina continuó:

-Quédate un rato más, ¿quieres? Tengo miles de planes para la boda y como eres su nieto, me gustaría discutirlos contigo. Casi con grosería Christopher replicó:

- Estoy seguro de que Simon puede manejar su propia boda y lo que él no pueda hacer, tú, mi queridísima tía, serás muy capaz de resolverlo a tu modo. Ahora discúlpame, por favor.

Observándole con exasperación, Regina estalló:

- Realmente eres el hombre más grosero que conozco ¡Es una lástima que Robert no te hiciese perder un poco más de esa sangre caliente que corre por tus venas! Christopher le hizo una reverencia de insultante cortesía.

-Señora, ¿debo buscarle y pedirle que rectifique su error?

- ¡Oh, no seas tonto! Sabes bien que no lo he dicho en serio -respondió Regina, malhumorada-. En realidad, Christopher, harías perder la paciencia a un santo. Dime ahora,

¿cómo está tu brazo?

- Muy bien, gracias. Fue sólo un rasguño. - Y agudizándose su mirada súbitamente, con la atención presa en algo que había dicho ella, añadió-: Quizá me quede. Hay algo que quisiera preguntarle a Nicole.

Muy contenta con el cambio de opinión, Regina comentó con amabilidad:

- Bien, vuelve con ella y me reuniré con vosotros en un momento. Tengo que desembarazarme de esta capa y tener unas palabras con la cocinera sobre la cena de esta noche.

Christopher volvió a entrar en la sala de estar tan bruscamente que Nicole dio un salto. Todavía algo aturdida por el modo grosero en que él había recibido su débil intento de restañar las heridas del pasado, le miró con ojos suspicaces cuando él cerró la puerta y se acercó a ella. Y no fue del todo irrazonable que pusiera uno de los sofás de damasco rosado como barrera protectora entre ellos al verlo avanzar resueltamente.

Con una sonrisa desdeñosa en los labios, murmuró:

- ¡No te escapes! Quiero unas palabras contigo y no tenemos mucho tiempo. - Luego añadió a modo de explicación -: Regina ha regresado y se reunirá con nosotros en unos momentos.

Apretando los dientes de rabia por su tono desconsiderado y modales arrogantes, Nicole replicó, tensa:

- ¡Creo que tú y yo ya hemos hablado demasiado hoy!

- Mm, es posible, pero a menos que desees que se desencadene una terrible trifulca sobre tu cabeza, será mejor que me escuches.

Desconfiada, preguntó:

-¿Qué quieres decir con eso?

-Sólo esto: creo que es aconsejable no mencionar lo que te ha dicho Robert. - Ante su expresión de duda, comentó razonablemente -: Regina lo inventó de improviso, no me cabe duda, y sacarlo a relucir sólo causaría complicaciones de las que, creo, ambos podemos prescindir. -Con seductora franqueza, admitió-: No me seduce la idea de decirle a Regina, o a mi abuelo si vamos al caso, que viven una felicidad engañosa si piensan que pueden concertar un matrimonio entre nosotros. En especial si consideramos que puede no ser nada más que un íntimo deseo de Regina. Para ahorramos a todos un momento embarazoso, es mejor ignorar ese rumor por ahora, porque, créeme, Nicole, eso es todo lo que es.

Después de un momento de vacilación, Nicole asintió con la cabeza.

- Muy bien, no diré nada -le aseguró, apática, pues todo lo que quería ahora era la intimidad de su habitación y tiempo para reenfocar sus pensamientos y asimilar lo que había averiguado

en aquella tarde traumática. Pero Christopher no parecía tener ninguna prisa por partir. Nicole le miró inquisitivamente Y él añadió:

- Hay algo más que deseo discutir contigo. Dime exactamente cuándo se enteró Robert de ese supuesto compromiso entre tú y yo. ¿Recuerdas qué noche fue con exactitud?

Nicole, perpleja, frunció ligeramente el ceño y preguntó con curiosidad:

- ¿Por qué tanto interés en eso?

- Porque creo que me aclararía algo que me ha tenido desconcertado desde hace dos semanas más o menos. ¿Te acuerdas cuándo fue?

Nicole se quedó un momento más mirándole con fijeza tratando de descubrir por qué era tan importante la fecha para él. Y entonces, con claridad pasmosa relacionó dos incidentes en apariencia inconexos. Una garra le apretó el corazón, sus ojos topacios se dilataron de horror y susurró.

- Fue la noche previa a tu accidente. La noche anterior a la mañana en que te hirieron.

-Gracias, querida, eso explica muchas cosas -sonrió Christopher.

-¡Oh, Christopher! ¡Él no lo hizo! ¡No lo habría hecho deliberadamente! ¿Sería posible? - Fue casi un grito pidiendo que aquietara sus temores, pero Nicole, a quien aún le quemaba el recuerdo de las anteriores acciones viles y rastreras de Robert, no esperaba, en realidad, que Christopher lo hiciera.

Los ojos dorados de Christopher se volvieron fríos e impenetrables al responder arrastrando las palabras:

- Eso queda por verse, ¿no te parece?

CAPÍTULO XXX

Después de averiguar lo que quería, Christopher habría preferido alejarse de Cavendish Square de inmediato. Pero ya se había comprometido, y se hubo de reconciliar con lo ineludible. Aquella tarde le proporcionó una curiosa sensación de regocijo; tanto fue así que hasta llegó a aceptar la invitación de Regina a cenar esa noche en la mansión. Era lo menos que podía hacer, ya que la comida sería una celebración y no aceptarla hubiera sido una grosería imperdonable. Por un rato pudo olvidar ese memorándum tan tentador que seguía fuera de su alcance.

Había sido a causa de éste que regresó tan inesperadamente a sus habitaciones. Por precaución, recelaba de acercarse a Buckley demasiado pronto después de la indiscreta conversación de la noche anterior y por ello había evitado acudir a los lugares donde siempre se reunían. Pero al no encontrar sitio donde poder concentrarse en el dilema, había vuelto a Ryder Street con la intención de delinear un plan de acción. La presencia inoportuna de Nicole malogró su propósito y una vez que hubo relacionado el ataque intempestivo de Robert con la noticia de Nicole acerca de un supuesto arreglo matrimonial, supo que no podría alejarse de Cavendish Square sin averiguar si su deducción había sido correcta.

Esa noche, observando a Regina durante la cena, se preguntó con cierta ironía si ella tendría alguna vaga noción del resultado de esas afirmaciones deliberadamente falsas que le había hecho a Robert, o si se daba cuenta de que era precisamente ella la que le había ayudado a relacionar los dos hechos con su pregunta acerca de la herida, formulada casi por compromiso. De hecho no había sido necesario que Nicole le confirmara la fecha para convencerse de los motivos que impulsaran a Robert a atacarlo de aquella manera. Jugueteó por un momento con la idea de hacerle saber a éste que Regina le había mentido para quitárselo de encima, pero la descartó de inmediato; desgraciadamente, Christopher era lo bastante incorregible como para dejar que su tío siguiera sufriendo por esa información errónea. Le producía un placer perverso pensar en los celos y envidia que debía de estar padeciendo su amantísimo tío.

La cena resultó muy agradable; Christopher y Robert fueron los únicos invitados en Cavendish Square; este último tomó la noticia de la boda inminente de su padre con cierta indiferencia y murmuró todas las felicitaciones apropiadas en un tono que no ayudó mucho a ocultar su desinterés más absoluto. Christopher, por el contrario, fue muy sincero y cálido al expresar su beneplácito por la boda. También se sintió culpable cuando comprendió que el matrimonio de su abuelo le servía para sus propios planes. Con Letitia a su lado como esposa,

Simon no iba a echar tanto de menos al nieto cuando partiera de Inglaterra y ese pensamiento alivió los remordimientos de su conciencia.

Si Robert no demostraba atracción alguna por la noticia del segundo matrimonio de Simon, desde luego no desplegaba el mismo desinterés por Nicole. Encantado por la invitación a cenar en Cavendish Square, pasó toda la velada tratando de llamar la atención en la joven, pero Nicole se mostraba muy esquiva y nada receptiva. Ceñudo, la observaba desde el otro extremo del salón, puesto que por segunda vez esa noche ella había frustrado su intento de mantener una conversación privada. Naturalmente, se preguntaba si el súbito y evidente desagrado que manifestaba por su compañía tendría algo que ver con la conversación de aquella mañana. Nicole había sido tan firme, tan categórica y vehemente al negar cualquier tipo de compromiso entre Christopher y ella, que ahora esta actitud le desconcertaba en gran medida. ¿Existiría acaso ese acuerdo y su tía y su padre habrían ejercido presión sobre ella hasta hacerla ceder a sus requerimientos? Era un pensamiento perturbador, pero tras un momento de reflexión, lo descartó. Entonces, ¿por qué le esquivaba y desviaba la mirada cada vez que él la buscaba? ¿Por qué le demostraba tanta reserva en el trato, casi como si encontrara repugnante su compañía?

Mirando furtivamente a Christopher, captó el destello de perspicaz regocijo que brillaba en sus ojos dorados, y la ira le cegó. Era obvio que su sobrino conocía la razón de la extraña conducta de la jovencita y una vez más Robert le odió con todas sus fuerzas. ¡Algún día, se juró ferozmente, algún día se libraría de él, lo mismo que se había librado de su padre! Y sería pronto, muy pronto.

Casi como si pudiera leerle los pensamientos, Christopher le sonrió y levantó su copa de vino en un brindis burlón.

Ahora que sabía toda la verdad acerca de Robert, Nicole sentía tanto asco por él que casi no podía soportar tenerle cerca. La idea de que alguna vez hubiese considerado casarse con él le daba náuseas. Observó con disimulo a los dos hombres por entre sus espesas pestañas y se preguntó cómo podía Christopher comportarse con tanta indiferencia y mirar a su tío a la cara con esa sonrisa fría e imperturbable sin dar rienda suelta a su furia.

Pero esa habilidad era el fruto de muchos años de ocultar sus verdaderos sentimientos, de dominar un odio oscuro y salvaje que corroía su alma como un cáncer insaciable. Christopher había vivido muchísimo tiempo con la traición de Robert y como un tigre al acecho, podía esperar. No existía ninguna duda en su mente de que andando el tiempo su tío caería en sus manos y entonces no tendría piedad. Por eso le sonreía. Más tarde, una vez que se hubo hecho el último brindis por la felicidad de la pareja, Christopher se preparó para partir, no sin antes

prometer que asistiría a la boda ese domingo.

Fue sólo mientras Christopher estaba en el vestíbulo despidiéndose una vez más de su abuelo, cuando surgió el tema:

- Los planes para ir a Brighton siguen aún en pie -comentó Simon al pasar-, aunque Letty y yo no llegaremos hasta finales de septiembre. -Con un desafío en la mirada, continuó-: Ella y yo iremos a Beddington's Corner el lunes. Juzgué que sería mejor que tuviéramos unas semanas de intimidad antes de reunirnos con Gina y Nicole en la casa de Kings Road.

Christopher reprimió una risotada y con cierta malicia en los ojos, murmuró secamente:

- ¡Y no puede esperar para presumir de ella ante sus amistades!

-¡Bah! ¡Eso no tiene nada que ver! Todos los hombres tienen derecho a una luna de miel y yo no soy diferente. Además, Letty me ha expresado su deseo de visitar Beddington's Corner y no veo ninguna razón para negárselo. Tiene muchas amistades que no ha visto desde hace años. No olvides que crecimos juntos en ese lugar. Y allí fue donde fuimos novios la primera vez. –Su mirada se tornó casi soñadora cuando terminó en voz suave-: Es un lugar lleno de recuerdos para nosotros.

Christopher no contestó, pues no había necesidad de hacerlo. Un momento después, Simon pareció volver a la realidad y comentó en su malhumorado tono habitual:

- Edward Markham y Robert van a acompañar a Gina y a Nicole a Brighton. ¿Vas a reunirte con ellos?

Ante la mención de Robert se desvaneció en él todo deseo de ir a la costa. La única razón para encaminarse hacia allí había sido la presencia de su abuelo en el lugar y con él ausente no tenía ningún motivo para viajar a la popular playa. Había estado reflexionando mucho sobre la inconveniencia de abandonar Londres con tanta anticipación a la cita con el corsario norteamericano. Tenía alguna posibilidad, aunque remota, de averiguar algo más acerca de los planes británicos si permanecía donde estaba. Sabiendo que Robert estaría en Brighton no titubeó más.

-No lo creo. Tengo demasiados compromisos por el momento como para abandonar Londres. –Al ver la mirada ceñuda bajo las espesas cejas negras, añadió precipitadamente-: Pero pierda cuidado, estaré en Brighton cuando la señora Eggleston y usted hayan terminado la luna de miel.

-¡Demasiados compromisos, eh! –gruñó Simon-. ¡Una rubia bailarina de opereta estaría más cerca de la verdad!

Christopher se mordió el labio y se preguntó cómo habría llegado ese chisme a oídos de Simon… creía haber sido de lo más discreto.

-Eso pudo ser verdad la semana pasada, pero Sonia y yo nos separamos: ella era, me temo, excesivamente codiciosa.

Simon se limitó a bufar mientras Christopher se dirigía hacia la puerta.

- ¡Bueno, supongo que debo sentirme honrado de que siquiera vayas a Brighton cuando yo esté allí!

-¡Ni más ni menos! –replicó rápido el joven sonriéndole afectuosamente.

-¡Bah! ¡Sal de mi vista, bribón del diablo, y asegúrate de estar aquí el domingo!

Christopher se marchó, y como no era demasiado tarde y la noche era agradable, estaba completamente despabilado cuando su carruaje lo dejó delante de su domicilio. Para su sorpresa, al entrar en sus habitaciones descubrió allí a Buckley, paseándose de un lado a otro como un lobo enjaulado.

-¡Ah, al fin llegas! ¡Pensaba que nunca lo harías! Tu sirviente me dijo que estabas en una cena familiar, pero nunca imaginé que volverías tan tarde - rezongó Buckley a modo de saludo.

Christopher le sonrió amablemente, aunque se puso enseguida en guardia. Cuando Higgins entró en la habitación, ordenó que trajera una botella de coñac de la excelente bodega de la casa. Con los ojos clavados en el rostro rojizo de Buckley, preguntó como con descuido:

- Vaya, ¿qué te trae por aquí?

Buckley parecía incómodo y un poco turbado, lo cual aumentó los recelos de Christopher. ¿Qué mosca había picado al capitán?

No lo averiguó hasta bastante tiempo después, durante el cual Buckley, obviamente con una gran preocupación en mente, daba vueltas con desasosiego mientras hablaba de los temas más triviales.

Higgins regresó con el coñac, y después de servir a los dos caballeros se mantuvo ocupado en el otro extremo de la habitación, sin prestar atención en apariencia a lo que hablaban, pero con los oídos muy abiertos. Christopher podía decir que no flotaba nada en el aire, pero a él no le engañaba.

Buckley echó una mirada aprensiva en dirección a Higgins y por un momento Christopher tuvo la impresión de que le pediría que echara de allí a ese hombre. Pero pensándolo mejor se inclinó confidencialmente hacia Christopher, que estaba repantigado en el sofá, y dijo en tono apremiante y bajo:

- Acerca de anoche, espero que olvidarás la conversación que tuvimos. Todos teníamos unas cuantas copas de más y no me agradaría pensar que se dijo algo indebido.

El semblante de Christopher fue una hábil máscara de perplejidad al mirarle.

- Mi querido Buckley, ¿de qué diablos estás hablando?

La tez rojiza del capitán pareció enrojecerse aún más cuando murmuró a la defensiva:

-¡Es por ese maldito memorándum! ¡Jamás debí mencionarlo y me gustaría tener tu palabra de caballero de que no dirás nada al respecto! Adoptando un gesto altanero y desdeñoso, recalcó con deliberada rigidez en el tono:

-¡Perdone usted! ¡No soy una vieja chismosa! ¿Por qué había de mencionar tal cosa? Fue una conversación privada entre nosotros y no tengo la costumbre de repetir todo lo que oigo por casualidad.

La indignación de Christopher y su tono ofendido aliviaron notablemente al capitán Buckley, que trató de calmarle en voz baja y se desvivió por restañar sus sentimientos heridos. Christopher se lo permitió con gran gentileza mientras se preguntaba si Buckley tenía idea de la necedad de sus actos. Aun cuando él no hubiese estado tan vitalmente interesado en ese documento, el comportamiento de Buckley esa noche habría acrecentado su curiosidad al extremo. Y durante un momento de pura tensión, consideró la posibilidad de que le estuviera tendiendo una trampa, de que alguien deseaba que se interesara con viveza en lo que sucedía en Whitehall. No, decidió tras reflexionar, Buckley era sincero en su afán por enmendar cualquier desliz de su lengua, y si Christopher hubiese sido lo que aparentaba, todo habría concluido allí mismo.

El único deseo del capitán había sido asegurarse del silencio de su amigo, y en cuanto éste le hubo convencido de que nada trascendería de lo conversado la noche anterior, se preparó para partir. Al acompañarlo a la puerta, Christopher preguntó con indiferencia:

-¿Te veremos mañana por la noche en el baile de lady Bagely?

- ¡Oh, no, amigo mío! De hecho, estaré fuera de la ciudad durante dos semanas a partir de mañana.

Luego, ante la muda pregunta de Christopher, añadió con cierta vergüenza:

- Mi madre ha caído en cama y afirma con vehemencia que será su lecho de muerte. Como el comandante de mi compañía es un buen amigo de la familia, me ha enviado de permiso a casa por dos semanas para tranquilizarla.

- Espero que no sea nada grave.

- No, desde luego que no; mi madre hace esto por lo menos tres veces al año y creo que se ofendería muchísimo si cayera gravemente enferma de verdad... ¡Disfruta demasiado de la atención que le brindamos!

Christopher le despidió y su sonrisa se desvaneció en cuanto Buckley se hubo perdido de vista. Parecía que había elegido sus instrumentos sabiamente, después de todo, cuando

decidiera cifrar sus esperanzas de averiguar algo sobre la invasión de Nueva Orleans en Buckley y Kettlescope. Había tenido razón al pensar que el primero sería el más indiscreto, meditó con regocijo. Gracias a Dios había sido dotado de una lengua suelta.

Sin percibir el brillo especulativo de los ojos de Higgins, despidió a su ayuda de cámara y se marchó a la cama, pero no para dormir. Se acostó y permaneció en vela mirando el techo mientras consideraba la mejor manera de apoderarse del documento.

Obviamente tendría que robarlo, y un ladrón solitario tendría mayores posibilidades de escapar sin ser descubierto que dos. No le diría nada a Higgins, ya que de ese modo no habría discusiones ni peleas si simplemente se le presentaba un *fait accompli*. No dudaba en absoluto de Higgins, pero deseaba evitarle a su amigo la preocupación y la consternación que le causaría aquel plan. Ya tendría tiempo de solicitar su colaboración para falsificar el memorándum cuando éste estuviera en sus manos. Además, si le apresaran y le colgaran, prefería morir solo. Era mucho mejor mantener en la más absoluta ignorancia a Higgins el mayor tiempo posible.

A la mañana siguiente, antes de que se despertara su criado, Christopher saltó de la cama y sin afeitarse se vistió deprisa con ropas de cuando era el capitán Sable. Rápidamente emprendió el camino a Newton y Dyott Street, en la parroquia de St. Giles. En un principio había considerado ir al famoso distrito de Whitechapel en Londres, pero después de meditarlo concienzudamente, llegó a la conclusión de que St. Giles era el lugar a propósito para lo que necesitaba. Después de todo, las calles Newton y Dyott eran el centro de operaciones de todos los ladrones y carteristas de Londres, y a pesar de no necesitar de sus servicios tendría que aprovisionarse de útiles y herramientas para abrir la caja fuerte de la oficina del mayor Black. Los habitantes de St. Giles sospecharían de un hombre engreído y a la moda, pero un tipo desaliñado y con ropa andrajosa como la que vestía hoy no despertaría curiosidad alguna. Después de varios tropiezos, encontró lo que buscaba, un juego de herramientas que enorgullecería a cualquier cerrajero o ladrón de dedos ágiles. Antes de volver a Ryder Street con su curiosa adquisición, tuvo también la precaución de comprar diversas cerraduras de distinto tamaño y complejidad.

Poco después, al regresar a sus habitaciones, escondió con precipitación sus adquisiciones de esa mañana en el último cajón de la cómoda de roble que tenía en su alcoba y con rapidez se despojó de su raído atuendo. De inmediato tiró del cordón de la campanilla llamando a Higgins para que le preparara una nueva muda de ropa y trajera agua caliente para el afeitado.

Una hora más tarde nadie habría relacionado al joven caballero alto y bien vestido que bajó a la calle y se dirigió a la papelería con el desarrapado y tosco bribón que acababa de hacer varias compras en las callejuelas de la parroquia de St. Giles. Compró plumas de escribir de

diverso grosor y una gran variedad de tintas, así como también una amplia selección de papeles. De regreso una vez más a Ryder Street a la hora de almorzar, lo escondió todo en uno de los compartimientos del aparador de caoba antes de tocar la campanilla para que Higgins le sirviera la comida.

Inmediatamente después de comer, se dirigió a su alcoba, y abriendo el cajón donde estaban todos los guantes, rebuscó entre ellos hasta encontrar un par que no le importaba perder, lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y avisándole a Higgins de que regresaría a cenar esa noche, salió con paso indolente en dirección a Whitehall y el Ministerio de Guerra. Una vez allí averiguó el camino a la oficina del mayor Black sin darle demasiada importancia y poco después, tras echar una ojeada a la oficina desierta de Buckley, se encontraba en los dominios de aquel caballero.

Christopher se había topado una o dos veces con el mayor al visitar a Buckley, así que le conocía de vista, pero hasta ahora nunca estuvo en su oficina. Al encontrarla, golpeó la puerta para ser admitido en su interior. Reuniendo todo el aplomo y la despreocupada arrogancia de un aristócrata de cuna, entró con mucha calma.

- Lamento interrumpirle, pero pensé que el capitán Buckley se encontraría aquí -murmuró echando una mirada vaga alrededor del cuarto.

El mayor, un tipo cordial y fanfarrón, exclamó:

-¡Vaya, no! A Buckley le han dado licencia por dos semanas. ¿Puedo ayudarle en algo?

Christopher, habiendo observado con detenimiento la pesada, caja de hierro en un rincón, adoptó una expresión de fingido fastidio. :

-Oh, tiene usted razón. ¡Qué tontería haberlo olvidado! En realidad no era nada importante; es que cuando vino a mi casa anoche dejó olvidados este par de guantes y como pasaba por aquí, pensaba devolvérselos - respondió restándole toda importancia y depositando los guantes sobre el escritorio del mayor.

- Puede dejármelos a mí, si quiere - sugirió el mayor.

- No, no será necesario. Es probable que pueda verle antes que usted. Gracias de todos modos.

Cumplida la misión, volvió a guardar los guantes en el bolsillo interior de la chaqueta y, como el mayor era bastante locuaz, perdió unos cuantos minutos más de charla con él. Sin embargo, Christopher utilizó ese tiempo a su favor estudiando con discreción la caja fuerte que supuestamente guardaba el documento. Por lo que podía ver, no resultaría demasiado difícil de abrir, en especial si pasaba los días siguientes familiarizándose con las herramientas y útiles que había adquirido esa mañana.

Al regresar otra vez a Ryder Street mandó a Higgins a hacer varias diligencias por la ciudad; trámites que estaban destinados a mantenerle lejos de sus aposentos durante unas cuantas horas. Cuando se encontró solo, abrió el paquete de herramientas de cerrajero y pasó toda la tarde refrescando todo lo que sabía acerca de cerraduras y las distintas formas de abrirlas. El regreso de Higgins puso fin a esas actividades, y Christopher fingió mostrarse muy complacido con las nuevas corbatas, la mezcla especial de rapé encargada en la farmacia y las muestras de tela que había pedido del sastre. Higgins no se engañaba; sabía que le habían enviado a recorrer todo Londres deliberada- mente, pero por el momento guardó silencio.

Los dos días siguientes parecieron cortados por el mismo patrón tanto para Christopher como para Higgins. Uno se pasaba hora tras hora en la intimidad de su alcoba practicando con las distintas cerraduras y el otro recorriendo inútilmente las calles de Londres. Después de cenar temprano, Christopher se envolvía en una capa oscura y pasaba toda la noche observando los movimientos de los guardias en las inmediaciones del Ministerio de Guerra. Hacía tiempo ya que, en conversaciones intrascendentes, logró averiguar las diversas rutinas de los cambios de guardia, pero ahora cerciorarse de los procedimientos era de vital importancia.

Finamente, llegó la noche en la que había decidido que debía dar el golpe. Tras darle permiso a Higgins para que se fuera a descansar hasta el día siguiente, pasó las horas que faltaban hasta las dos de la madrugada paseándose por sus habitaciones y ardiendo de impaciencia. Cuando el reloj dio la hora, se puso en movimiento rápidamente, casi con fiereza, despojándose del elegante atuendo que vestía y poniéndose unos oscuros pantalones y una camisa entallada de basto algodón negro. En el bolsillo llevaba yesca, una vela y el juego de herramientas que había comprado en St. Giles.

Al acercarse al Ministerio de Guerra, localizó la ventana por la que se introduciría al edificio. Escogió el momento oportuno, eludió a los guardias y entró con la agilidad de un gato. Estaba seguro de que nadie había detectado sus movimientos, y después de borrar todo rastro de su entrada, corrió por los silenciosos pasillos y subió los dos tramos de escaleras que llevaban a la oficina del mayor Black.

La puerta estaba cerrada con llave. Pero ya se lo había imaginado; rápidamente se arrodilló ante ella. Vigilando el angosto pasillo en penumbras, trabajó con rapidez hasta que se abrió la puerta con un suave «click». Entró, y tras cerrar colocó una silla de madera debajo del picaporte: eso serviría para darle aviso y un momento de respiro. Luego cruzó la habitación y echó una ojeada a la calle iluminada con gas dos pisos más abajo. Un salto peligroso, pensó. Suavemente descorrió el cierre de la ventana.

Una vez hubo dejado libre la vía de escape, se arrodilló delante de la imponente caja fuerte.

Con sumo cuidado extrajo los utensilios de cerrajería y encendió la vela. A pesar de tantas horas de práctica, Christopher quedó sorprendido y complacido por la facilidad con que la abrió.

Una vez que hubo cedido la cerradura, vaciló y luego hizo girar la pesada puerta sobre sus goznes dejándola abierta de par en par. A la luz de la vela vio que estaba llena de docenas de documentos sellados y encintados. «¡Ojalá que el que busco no esté sellado!», rogó interiormente. Después de meses de menospreciarle, la suerte estaba de su parte, pues el memorándum fue el tercer documento que tocó.

Sólo era una simple hoja de papel, pero tenía en su poder el futuro de Christopher. Al echarle una ojeada, se le secó la boca, y sin perder un segundo más deslizó el documento en su bolsillo interior; poniéndose en movimiento con suma rapidez y sigilo, cerró la caja fuerte, volvió a trabar la ventana, retiró la silla de la puerta y la colocó exactamente donde la había encontrado. Ya en el pasillo cerró la puerta a sus espaldas y con rapidez volvió a cerrarla con llave. Salvo por el memorándum que le quemaba como una brasa en el pecho, todo lo demás estaba exactamente como antes de su llegada.

Sin hacer un solo ruido y manteniéndose en las sombras del edificio en penumbra, llegó a la planta baja sin ser visto. Salió por el mismo camino por donde había entrado hacía escasos minutos y se dejó caer silenciosamente a la calle empedrada.

Cuando sus pies tocaron el suelo se sintió invadido por una súbita oleada de entusiasmo, pero la dominó con ferocidad; cuando entregara el documento a Jason en Nueva Orleans, entonces y sólo entonces podría disfrutar de su triunfo. Aun así, siguió acompañándole una deliciosa sensación de satisfacción mientras caminaba con rapidez y decisión en dirección a Ryder Street.

Una vez en el interior y en la seguridad de sus habitaciones, depositó el documento sobre la mesa y casi distraídamente mojó un paño con el agua de la jarra que estaba sobre el lavamanos de mármol y empezó a limpiar los rastros de corcho quemado de la cara. Pero el memorándum se le hacía irresistible, y con el rostro todavía manchado se sentó a leerlo.

El general de división sir Edward Pakenham estaría al mando de la expedición. Mientras asimilaba esto, Christopher soltó un silbido. Así que sería el cuñado favorito de Wellington, después de todo. Pakenham, que había abrigado la esperanza de haberse «librado de América». Él con la plana mayor y tropas y provisiones adicionales zarparía de Spithead en la primera semana de noviembre, obviamente bajo órdenes secretas. El destino inmediato sería Jamaica, donde en Bahía Negril se unirían a la flota del almirante Cochrane y a las tropas que se estarían agrupando bajo las órdenes del general de división John Lambert. Nueva Orleans y los territorios circundantes serían el objetivo final. En Jamaica les aguardarían nuevas órdenes.

Con aire pensativo, Christopher dejó el memorándum de nuevo sobre la mesa. Si le favorecía la suerte y cualesquiera de los dioses que velaban por bribones como él mismo, llegaría a Nueva Orleans alrededor de la misma fecha en que Pakenham se hacía a la vela rumbo a Jamaica, a condición de que no hubiera ningún cambio de última hora en el plan actual. Si todo iba bien, Nueva Orleans tendría seis semanas, y ese lapso podría ser tiempo suficiente para demostrarles a los británicos lo que podían hacer los norteamericanos cuando se les hostigaba.

El suave ruido de la puerta del dormitorio al abrirse de par en par le indicó al instante que ya no estaba solo y Christopher, protegiendo el memorándum que estaba sobre la mesa con su cuerpo, giró en redondo y se enfrentó a un Higgins sorprendido y azorado.

- ¡Señor! - gritó obviamente confundido no sólo por el atuendo de Christopher sino también por las rayas que manchaban su rostro.

«Ahora llega lo inevitable», pensó Christopher, irritado. La hora de informar a Higgins del verdadero motivo que les había hecho regresar a Inglaterra. Pero seguía siendo reacio a involucrar al otro hombre. Sin embargo, no podía hacer otra cosa, ya que necesitaba la habilidad y el arte de Higgins.

Los dos antiguos amigos se observaron mutuamente hasta que Higgins rompió el silencio.

-¿Encontraste el memorándum? -Se dilataron los ojos de Christopher, pero recuperándose con rapidez, preguntó:

-¿Cuánto hace que lo sabes?

- Sólo desde la visita del capitán Buckley la otra noche cuando alcancé a oírle hablar de cierto memorándum - murmuró Higgins adoptando una expresión de inocencia. Luego añadió con afabilidad -: Te conozco demasiado bien, Christopher, y no pude menos que deducir que deseabas ese documento más que cualquier otra cosa en este mundo.

- ¡Bien, espero sinceramente que nadie más pueda leer mis pensamientos como tú! - replicó Christopher exasperado.

- ¡Oh, no, señor! No tienes nada que temer. Es sólo que, bueno... - Higgins se encogió de hombros-, los dos hemos luchado contra los británicos demasiadas veces y estado juntos en demasiados aprietos como para no conocernos el uno al otro.

Las oscuras facciones de Christopher se iluminaron brevemente con una sonrisa afectuosa.

- Eso es verdad, amigo mío, eso es verdad.

El momento de embarazo pasó y Christopher puso a Higgins al tanto de todo antes de sacar a relucir el tema de las habilidades de su criado. Cuando hubo terminado, Higgins asintió lentamente.

- Me figuraba que ése era el plan, pero no estaba muy seguro. ¿Creíste en realidad que yo te dejaría solo?

- ¡No! ¡Sólo sucede que me disgusta involucrarte en algo por lo cual bien podrían colgamos!

- No tengas ningún temor por eso, soy un viejo demasiado pícaro para dejarme pescar como un vulgar patán de prisión. Saldremos bien de ésta, ya lo verás -añadió con confianza. Con un brillo malicioso de risa en los ojos, añadió-: Yo era uno de los más hábiles y mañosos en este negocio hasta que Bow Street se interesó de manera desmedida por mí.

Dándole una palmada en el hombro, Christopher preguntó.

- Bien, amigo, ¿crees que aún eres el mejor?

- ¡Por supuesto que sí! Y te lo probaré cuando termine con ese documento. No podrás distinguir uno del otro.

Varias horas después, cuando Christopher comparó las dos hojas de papel, vio que eran idénticas, hasta en la leve mancha que cruzaba la esquina superior izquierda del original. Ahora todo lo que quedaba por hacer era devolver el documento falsificado a la oficina del mayor Black.

Los dos hombres discutieron ese punto minuciosamente. Era arriesgado, tan arriesgado como había sido robarlo en primer lugar, pero juntos llegaron a una decisión; en lugar de volver a tentar la suerte intentando repetir la hazaña de aquella noche, Christopher visitaría la oficina del mayor al día siguiente por la tarde y en un descuido de éste, o en algún otro momento oportuno, deslizaría la hoja de papel entre las pilas de documentos que atestaban el escritorio. El motivo para esta nueva visita presentaba algunas dificultades, pero finalmente Christopher decidió que ya pensaría en algo; aunque fuera un pretexto tan débil como necesitar la dirección particular de Buckley.

Albergaba la esperanza de que la falta del memorándum no se descubriera ni se echara de menos en uno o dos días, ya que para entonces la visita de Christopher habría pasado al olvido si le acompañaba la suerte. Sin duda surgirían algunas especulaciones, pero como todo el mundo estaba enterado de cómo se 1traspapelaban los documentos en Whitehall y en el Ministerio de Guerra, apostaba la cabeza a que se atribuirían a la negligencia de alguien al archivarlos cuando se descubriera el memorándum sobre el escritorio del mayor en lugar de estar bajo llave en la caja fuerte.

Al día siguiente, Christopher se presentó ante el mayor Black y preguntó por la dirección del capitán Buckley en la campiña. Perdió tanto tiempo como le fue posible sin despertar sospechas, pero no se presentaba ninguna oportunidad para devolver el documento. Ya se había despedido con toda ceremonia y seguía pensando con furia y desesperación en otro lugar

donde dejarlo, cuando chocó con el asistente del mayor que entraba en la oficina con una brazada de carpetas. Todos los papeles volaron por los aires y mientras se disculpaban mutuamente y se precipitaban a recoger y reunir los papeles, Christopher aprovechó para deslizar la hoja de papel de su bolsillo en una de las carpetas.

Nuevamente ofreció sus disculpas, pero el asistente, un joven caballero muy agradable, alegó:

-Fue culpa mía, señor. Tenía tanta prisa que no miraba por dónde iba. ¡Bien me lo merezco! Ahora tendré que pasar horas y horas ordenando estos informes, porque no hay forma de saber dónde va cada cual.

Christopher lo compadeció profundamente, pero al alejarse de allí sus pies parecían volar y una sonrisa le curvaba las comisuras de los labios. Encontrarían el memorándum, y nadie estaría del todo seguro de dónde había estado.

De ahora en adelante todo lo que le quedaba por hacer era esperar, lo cual sin duda se le haría interminable. Higgins y él no abandonarían Londres hasta el día anterior a la cita. Viajarían hasta Brighton por la mañana, y horas después de la llegada, pero antes de la velada siguiente, tendría que enfrentarse a su abuelo. No era una perspectiva de su especial agrado, sobre todo porque no podía darle ninguna explicación ni tan siquiera excusas.

¿Qué demonios le diría? Por un momento pensó en escribirle una carta, pero desechó la idea de inmediato. No, no se comportaría como un cobarde, de alguna manera debía preparar a Simon para que aceptara su partida y sin embargo evitar a toda costa darle siquiera un indicio de que con la información que ahora tenía en su poder, era imprescindible que regresara a los Estados Unidos.

Rehusó pensar en Nicole. Ella podía conmoverle de manera insoportable, llenarle de anhelos salvajes, de ardientes añoranzas, pero era inflexible en cuanto a no caer en las sutiles redes que ella sabía tejer con tanta naturalidad y candor. Sin embargo, la idea de casarse con ella no le abandonaba; muy por el contrario, como una tentadora promesa de dicha rondaba una y otra vez en su cabeza, hasta llevarle al borde de la locura. Aturdido por el hilo que habían seguido sus pensamientos, se convenció de que vivirían mejor separados, de que cuando zarpara para Norteamérica el último lazo que aún quedaba se cortaría definitivamente. No era fácil pedirle que esperara a que él volviera... ¿Y si lo hacía? Como si le hubiese picado un escorpión, Christopher dio un respingo. ¡Eso seria inaceptable!

Y esa misma noche, perdiéndose en los encantos de otra rubia bailarina de opereta, estuvo seguro de haber tomado la decisión más acertada. Una mujer servía tanto como otra, y el tiempo destruiría los curiosos dardos de algo semejante al dolor y la pena que se clavaban en su

corazón cada vez que vislumbraba un futuro sin esa mujer de ojos topacio entre sus brazos.

CAPÍTULO XXXI

La boda de lord Saxon y la señora Eggleston se fijó para la una de la tarde y fue una fiesta íntima puesto que Letitia y Simon sólo tuvieron dos docenas de invitados. De hecho, éste había abogado por casarse en el despacho del juez White contando con Regina y Christopher como los únicos testigos, pero su hermana prontamente había puesto fin a ese desatino.

Por lo tanto, Simon y Letitia recitaron sus votos en la sala más hermosa y elegante de la mansión de Cavendish Square, adornada profusamente con enormes jarrones de plata llenos de flores, crisantemos tempranos de grandes cabezas plumosas y crespas amarillas y blancas, rosadas campanillas de brezo silvestre, margaritas, acianos azules de floración tardía, rosas rojas que impregnaban el aire con su fragancia, aromáticos claveles y majestuosos racimos de gladiolos. Las puertas de vidriera estaban abiertas de par en par permitiendo que se vislumbrara el jardín clásico como telón de fondo. La terraza adyacente estaba rodeada de enormes tiestos de porcelana que rebosaban de todas las flores imaginables.

La ceremonia fue breve. Nicole, al contemplar el gesto tierno, casi reverente con que Simon colocaba el anillo en el dedo de Letitia, sintió un nudo en la garganta y por un momento atroz, temió echarse a llorar ruidosamente, como acababa de hacer Regina.

Sin embargo, una vez que se dijeron las palabras finales, lady Darby recobró con rapidez la serenidad y volvió a ser la mujer enérgica y franca de siempre, rebosante de alegría y sonrisas para con los recién casados.

El banquete nupcial que siguió a la ceremonia se desarrolló en medio de un ambiente alegre y cordial; todas las tensiones se relajaron y se hicieron numerosos brindis por los novios mientras anochecía lentamente.

Con el correr de las horas, sin embargo, Nicole se habría sentido mucho más feliz si tres de los invitados se hubiesen marchado. A Robert le esquivaba por razones obvias; el gesto burlón de Christopher y la risa sarcástica que le iluminaba los ojos cada vez que se encontraban sus miradas la enfurecían y la angustiaban como si le estuvieran clavando la hoja de un cuchillo en el corazón. Y Edward, con su actitud aduladora y servil y poses ridículas, le atacaba aún más los nervios ya de por sí sobreexcitados. Como una zorra acosada por tres peligrosos perros de caza, Nicole se deslizaba de un pequeño grupo bromista y risueño a otro vigilando con cautela a sus tres torturadores.

Christopher era el más fácil de eludir, pues no hacía ningún intento de solicitar su compañía

y la trataba con su indiferencia habitual. Y con todo, el que la perturbaba más era sin remedio Christopher, tan hermoso y gallardo con su chaqueta de terciopelo negro ceñida al cuerpo y la corbata blanca almidonada que realzaba sus enjutas facciones morenas. Por más que se esforzara, sus ojos iban, de forma inexorable, en dirección a él. Estaba furiosa consigo misma por aquella manifestación de debilidad y con Christopher por poder dar al traste tan fácilmente con el control de sus emociones.

Robert, cada vez más perplejo por la frialdad con que lo trataba Nicole, la observaba constantemente con el entrecejo fruncido, extrañado por su cambio de actitud. Experto como era en el arte de la caza, no intentaba imponerle su compañía. Tal vez era un capricho pasajero, pensaba con impaciencia, o quizá su ardor la había asustado. Cualesquiera que fuesen los motivos, Robert estaba dispuesto a esperar confiando en que a la larga terminaría siendo su esposa.

Edward también había advertido la falta de interés de Nicole por la compañía de Robert y se regocijaba en su interior por el aparente rechazo que había sufrido su rival. Ahora, con seguridad, Nicole cedería a sus lisonjas y requerimientos, se jactaba entusiasmado, y su temor creciente a languidecer en prisión por deudas pasaba a segundo plano.

Edward se encontraba en verdaderos aprietos. Acostumbrado a las enormes sumas de dinero procedentes de la fortuna de Nicole y desdeñando cualquier intento de vivir de acuerdo a sus modestos ingresos, sus extravagancias le habían enterrado en deudas hasta el cuello.

Su sastre favorito ya no le concedía más crédito; su zapatero había afirmado con cierta grosería que de no recibir un pago sustancial dentro de treinta días, le demandaría por deudas; y su casero comentó con inequívoca intención que si el señorito Markham no se presentaba con el dinero para pagar los tres meses de alquiler que le debía, muy pronto se encontraría con todas sus pertenencias embargadas y con sus huesos en la cárcel. Los reclamos de sus acreedores aumentaban en intensidad y turbulencia, y la alusión al compromiso con una heredera bien relacionada ya no bastaba para contenerles. Lo único que ahora podría salvarle de la ruina era un matrimonio urgente con Nicole.

Pero ella, aun después de desterrar a Robert, no parecía inclinada a favorecerle con sus preferencias y Edward se debatía entre la furia y el miedo de lo que le depararía un fracaso en sus planes. Era verdad que había otras herederas en Londres, pero desde que empezaron sus reveses de fortuna, los tutores se cuidaban muy bien de impedirle a Edward Markham que empleara su evidente belleza masculina para granjearse los favores de sus adineradas pupilas.

Pasando por alto las lánguidas miradas que echaba en su dirección, Nicole deseó por enésima vez que no hubiesen incluido a su primo en la invitación. La acosaba y le seguía los

pasos representando tan bien el papel del esclavo prendado de su belleza, que ansiaba abofetearlo con todas sus fuerzas. Rechinando los dientes, se prometió que haría exactamente eso si Edward volvía a acompañar uno más de sus comentarios triviales con un: «¡Qué ingeniosa eres, prima! Pensar que a una belleza como la tuya se une un cerebro ágil y agudo me deja realmente pasmado».

Desesperada por escapar de sus atenciones que la asfixiaban, se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras sonreía inflexible a los ojos azules de Edward, y le dijo con tirantez:

- ¿Quieres traerme un vaso de limonada, Edward? - Y cuando su primo, desempeñando su papel a la perfección, obedeció la orden, salió disparada hacia el jardín, donde esperaba hallar paz y soledad.

Era una noche deliciosa, el aire estaba tibio pero la brisa insinuaba ya la cercanía del otoño. Los jardines estaban engalanados con farolillos de alegre colorido y luces brillantes que eran como guirnaldas de resplandecientes zafiros, rubíes y esmeraldas en medio de la oscuridad, creando un mundo aparte y mágico. Unas cuantas parejas más jóvenes, aprovechando el interés de sus mayores en los novios, se paseaban lentamente por los largos senderos. Nicole, al hallar un banco de piedra aislado y parcialmente oculto detrás de un rosal trepador cubierto de flores fragantes, se dejó caer con desgana, esperando que a Edward no se le ocurriera buscarla en los jardines. Sentada allí en silencio y muy quieta con los ojos cerrados, disfrutaba de la noche hasta que de súbito añoró el mar con tanta intensidad que por un momento creyó sentir el rítmico balanceo del barco, el suave silbido de las olas al azotar el casco y el olor penetrante del aire marino. Pero la voz de Edward rompió el hechizo y soltando un suspiro le vio acercarse con un vaso alto de limonada en la mano.

-Gracias, primo -dijo al recibirlo, pero añadió en tono tajante -: Me extraña mucho que los invitados se queden hasta tan tarde. Se diría que debían haberse marchado hace horas.

Sordo a la insinuación evidente de la joven, sonrió con vaguedad y se sentó junto a ella, cuidando de no arrugarse los pantalones de color marrón ceñidos estrechamente al cuerpo como una segunda piel.

-¡Oh, no, querida! ¡Todo el mundo se está divirtiendo demasiado para pensar en irse! Y no puedes culparlos en realidad: lord Saxon ha ofrecido una variedad increíble de exquisiteces. Debes admitir también que no se da una boda como ésta con frecuencia - murmuró Edward y terminó con una risita afectada que irritó los nervios de Nicole.

- Puede ser - replicó con acritud -, pero son las nueve pasadas y nadie ha sugerido siquiera que es hora de retirarse. No olvides que todos viajamos mañana a Brighton después de que lord

Saxon y la señora Eggleston... quiero decir lady Saxon salgan para Beddington's Corner. Todavía debo hacer mis maletas y pienso que tú tendrás también tus propios asuntos de que ocuparte.

Edward fingió no entender el giro que Nicole le daba a la conversación.

- Ya he hecho todos los arreglos con el casero; mi criado ya ha hecho mis maletas y no temas, estaré aquí aguardándote mañana, a más tardar a las diez.

El traslado a Brighton contaba con la plena aprobación de Edward. No sólo escaparía de los acreedores inoportunos que habían empezado a hacer guardia ante su puerta sino que también alejaría a Nicole de sus pretendientes más fervorosos. Edward estaba resuelto a casarse con Nicole antes de salir de Brighton. La idea de seducirla jamás se apartaba de sus pensamientos, y al observar a su alrededor los jardines casi desiertos, el pensamiento de crear una situación comprometida cruzó de inmediato por su cabeza.

Reprimiendo la sonrisa maliciosa que le curvaba la comisura de la boca, sugirió con indiferencia:

- ¿Damos un paseo, prima? Los jardines son una tentación deliciosa.

Nicole estuvo en un tris de decirle que se fuera a paseo pero, dominando sus sentimientos, reprimió el impulso y aceptó la invitación. Después de todo, razonó, caminar le daba algo que hacer y era una noche encantadora.

Pasaron los minutos siguientes deambulando por los jardines iluminados por la luna en sorprendente armonía; los farolillos multicolores irradiaban un resplandor carnavalesco y el aire suave de la noche era embriagador. Cuando se acercaron al pabellón plateado por la luna, Edward exclamó lleno de entusiasmo:

- ¡Qué inteligente ha sido lord Saxon al mandar construir un pabellón en los jardines! ¡Vamos, acompáñame al interior!

Nicole no vio ningún riesgo en entrar, aunque le llamó poderosamente la atención ese súbito interés de Edward por el edificio. Muy pronto descubrió, sin embargo, que su primo al parecer había interpretado mal su complacencia, pues apenas habían entrado cuando la agarró entre sus brazos.

-¿Estás loco? -exclamó ella sacudiéndole con violencia por los hombros.

Y Edward, consciente de que sólo tenía unos minutos para llevar a cabo su plan, musitó:

- ¡Sí! ¡Estoy loco por ti! - Y con deliberación le arrancó el fino encaje que le cubría los pechos desgarrándole el vestido por el hombro.

Enfurecida más que asustada, Nicole luchó ferozmente para escapar de su abrazo, pero

Edward era mucho más fuerte de lo que sugería su figura cimbreante y delgada. . Los rizos arreglados tan laboriosamente horas antes cayeron en un seductor desorden alrededor de sus hombros y sus ojos topacio brillaron de cólera cuando Nicole le escupió:

- ¡Suéltame, sapo inmundo! ¿Has perdido el poco seso que tienes?

Edward, contemplando aquellos hombros de color crema, así como la suave curva insinuante de los pechos que habían quedado al descubierto por su ataque, se sintió de pronto poseído de una pasión genuina. Sin fingir más, sin siquiera importarle si los pasos que había oído se acercaban o alejaban, dijo con voz pastosa por el ardor:

- ¡Sí! ¡Tú me has convertido en un necio, querida prima, y me temo que tendrás que pagar las consecuencias!

Su boca asaltó la de Nicole y ella quedó pasmada por un instante por la temeridad de las acciones de aquel imbécil. Luego, casi temblando de asco y de furia luchó con denuedo por librarse del doloroso ataque de los labios de Edward, de la lengua que forzaba su entrada violándola y ultrajándola, mientras las manos masculinas se clavaban dolorosamente en sus brazos. Edward no le daba respiro; por el contrario, las convulsiones de su cuerpo al retorcerse le excitaban aún más, y con un movimiento deliberado y brutal, la empujó arrojándola sobre uno de los divanes cercanos para luego dejar caer todo el peso de su cuerpo sobre ella.

Completamente aturdida y sin poder creer lo que estaba pasando, Nicole trató de aclarar sus pensamientos. Edward era demasiado fuerte para ella y las dos alternativas que tenía eran gritar para atraer a todo el mundo o ganar en astucia a su atacante. Le atemorizó gritar al imaginar el escándalo en que se vería envuelta. Bien, ya había vencido en astucia a su primo varias veces antes y con toda seguridad podría hacerlo de nuevo. Obligando a su cuerpo a permanecer laxo, soportó los besos y le dejó creer que se había resignado a su suerte. Al sentir que la belicosidad la había abandonado, Edward se sintió exultante, seguro de que sus encantos masculinos habían ganado la batalla. Entonces bajó la guardia: sus manos codiciosas buscaron torpemente deslizarse debajo de las faldas y sus labios le soltaron la boca en busca de la tentadora curva satinada de los pechos. El roce hizo correr un hormigueo de asco por la piel de la joven y sólo concentrándose con determinación en su próxima jugada pudo evitar que se delatara toda la repugnancia que sentía por él.

A la débil luz del pabellón detectó una botella de champán medio vacía y dos copas en una mesita cercana. Sin duda lo que quedaba de un encuentro de amantes, pensó con amargura. Pero con el arma a la vista, empezó a levantar lentamente un brazo acariciando al mismo tiempo a Edward para evitar que adivinara sus intenciones. Con el brazo libre, movió poco a poco una pierna dejándole creer que era para facilitar los torpes tanteos de sus manos codiciosas, y

cuando lo consideró oportuno, atacó como una tigresa en celo. Clavó a fondo los dientes en la oreja de Edward y con toda frialdad levantó la rodilla flexionada abrupta y dolorosamente entre las piernas de su atacante.

Edward soltó un chillido de extremo dolor, olvidando en ese instante toda idea de seducción, entre la agonía que le quemaba entre los muslos y el dolor entumecedor de la oreja. Se dobló en dos, arrancando literalmente la oreja de los dientes de Nicole y con las manos protegiéndose las ingles. Nicole aprovechó ese instante de sorpresa y le empujó con violencia antes de saltar al suelo. Cogiendo la botella por el cuello, la golpeó con fuerza contra el borde y con las puntas afiladas la dirigió a Edward y gruñó con ironía:

-¡Tócame otra vez, primito, y esa bonita cara que tienes será la pesadilla de los niños durante el resto de tu miserable vida!

Edward se encontraba en un estado de conmoción y asombro de que alguna mujer pudiera resistirse a sus encantos, estupefacto de que una joven de la condición de Nicole no se hubiese desmayado de pura vergüenza ante su ataque. No salía de su asombro por el brusco e inexplicable cambio de tornas, y sólo pudo quedarse tendido allí gimiendo con el rostro pálido y la oreja sangrando profusamente sobre los cojines de raso. Nicole le contempló con desdén por un instante y luego en un tono de voz que transmitía todo el asco que sentía por él, le ordenó:

-¡Domínate de una vez, idiota! ¡Incorpórate, no te he matado, imbécil!

- Es indudable que no le has matado, querida, pero estoy convencido de que tu pobre primo se siente como si lo hubieras hecho -comentó en tono tajante Christopher desde el umbral de la puerta, con el rostro inescrutable a la luz de la luna.

Sorprendentemente, la sensación de Nicole fue de alivio al ver que había sido Christopher quien los había sorprendido. Dejó la botella con gesto de fatiga sobre la mesa.

- La noche y el exceso de vino abrumaron a mi primo. Sugeriría que le acompañaras a su carruaje mientras yo regreso a la casa y reparo los daños que ha hecho en mi vestido.

Edward, al ver que se le escapaba la oportunidad de las manos, se puso de pie con esfuerzo y gritó con voz enronquecida:

- ¡No! ¡Me casaré con ella! - Y al comprobar que Christopher permanecía curiosamente impasible, tartamudeó-: ¡No podéis desear un escándalo! ¡La desposaré en el instante en que pueda obtenerse una licencia especial y nadie se enterará jamás de lo que ha ocurrido esta noche! ¡Su honor estará a salvo!

-¡Y tu fortuna hecha! -exclamó Nicole, furiosa-. Yo, por mi parte, no tengo ninguna intención de casarme contigo, Edward.

Christopher se adentró en el pabellón y después de examinarla fugazmente, preguntó:

-¿Te encuentras bien?

Echando hacia atrás uno de los bucles caídos, respondió con sinceridad:

-Sí. Un poquito desaliñada y turbada, pero ilesa.

- Entonces sugiero que subas a tu habitación y que Galena o Mauer te arreglen el peinado y el vestido mientras yo me encargo del señor Markham.

Con la sensación de ser echada como una criatura molesta, Nicole se irguió y sus ojos topacio brillaron de indignación.

-¡No me des órdenes! -dijo con los dientes apretados-. Por si no lo recuerdas, eso es precisamente lo que yo sugerí hace sólo un momento.

-Claro está. ¿Por qué no lo haces entonces? ¿O es que me equivoqué al evaluar la situación? ¿Que esto no es nada más que una pelea de amantes? -ronroneó en tono amenazador, y entonces Nicole cayó en la cuenta de que, a pesar de su actitud impasible, Christopher en realidad estaba hecho una furia. Y era peligroso.

Un presentimiento atroz hizo que se estremeciera de espanto cuando vio la mirada que le lanzó a Edward. Corrió entonces a través del pabellón y se aferró al brazo de Christopher. Casi a rastras consiguió sacarlo afuera y cuando estaban a un paso de distancia del pabellón, dijo en voz queda:

- ¡Mi primo es irritante y molesto, pero no me ha hecho ningún daño! Crecí con él, Christopher, y sé manejarlo. Lo que has presenciado ahí dentro es un ejemplo típico de cómo terminaban todas nuestras peleas de niños. - Luego, en tono pensativo, añadió sinceramente -. Aunque Edward generalmente encontraba la manera de vengarse después.

Examinándose las uñas a la luz de la luna, Christopher preguntó sin expresión en la voz:

-¿Quieres que lo mate?

-¿Lo harías? - inquirió sin pensar y al leer la respuesta en sus ojos dorados como los de un tigre, se le secó la garganta. Tragó saliva con dificultad -. No quiero que le hagas daño, Christopher. Es un idiota y apenas puedo soportarle, pero no le hagas daño.

-¿Te das cuenta de que si persiste en pedirte en matrimonio, si va a Simon con el cuento de lo sucedido esta noche, puedes muy bien encontrarte encadenada a él de por vida? ¡Voto a Dios! -estalló él mirándola fijamente a los ojos-. Si alguna otra persona te hubiese encontrado en esa situación comprometida, en este mismo instante estarías ante Simon, y no habría otra alternativa que darte en matrimonio a Edward.

Sacudida por esa inesperada posibilidad, Nicole desvió la mirada del odio desnudo que reflejaba el rostro del hombre.

- No lo había pensado - masculló estudiándose los zapatos de raso-. Pero nadie nos

encontró -dijo por fin mirando a Christopher otra vez. Apoyó la mano sobre su brazo y suplicó-: Déjame ir a la casa y contárselo yo misma a Simon. Y si tú fueras a ayudar a Edward...

-Simon puede creerte, ¿pero cómo vas a mantener cerrada la boca de tu primo? ¿Cómo vas a asegurarte de que no serás la comidilla de todos los clubes de Pall Mall? ¿De que no se te cerrarán todas las puertas de la sociedad? - exigió Christopher con ira. Tomándola por los hombros, la sacudió con fuerza-. ¿No te das cuenta de que puede arruinarte?

- ¿Ya ti qué puede importarte? - replicó ella a la defensiva, pues estaba confundida por la preocupación que veía en sus ojos y aturdida por la proximidad de su cuerpo caliente y duro.

Christopher le echó una mirada desdeñosa y apartándola de él, dijo salvajemente mordiendo las palabras:

- ¡Sólo Dios lo sabe! - Pasándose la mano por el pelo oscuro y rebelde, musitó-: Vete a la casa y no digas una sola palabra a nadie. Deja a Edward a mi cuidado y cambia esa expresión de tu cara, no voy a hacerle daño ¡Sólo le daré un susto mayúsculo!

Nicole no perdió más tiempo conversando y se deslizó como un fantasma perdiéndose en la oscuridad. Sin expresión en la cara, Christopher esperó hasta verla desaparecer, luego giró sobre sus talones y volvió a entrar al pabellón con resolución.

Edward había recobrado un poco el aplomo y estaba de pie apoyado con cautela sobre una de las mesas. Al ver a Christopher que entraba en ese momento, balbuceó:

-¡Sé que hice mal, pero la amo! ¡Tengo la intención de casarme con ella! ¡Me comportaré honorablemente con ella, créame!

Los ojos de Christopher eran meras rajas doradas en el rostro moreno y amenazador.

-¡No lo harás, amigo, si en algo aprecias tu vida! Saldrás de aquí y no dirás nada en absoluto de lo que ha ocurrido esta noche. Por alguna razón tu prima desea protegerte, pero déjame decirte esto, si no fuera por Nicole, serías hombre muerto. ¡Ahora sal inmediatamente de mi vista y mantén la boca bien cerrada! Y, Markham, si llego a oír un solo susurro, una sola insinuación, una sola palabra de lo que ha pasado esta noche, te mataré, sin duda alguna. ¡De todos modos puede que lo haga, así que mantente lejos de mí!

La valentía no era precisamente uno de los puntos fuertes de Edward, así que perdió el poco ánimo que había recuperado y como un conejo asustado se escabulló del pabellón, agradecido de escapar con vida y sin importarle por el momento haber fracasado en su intento de casarse con la rica heredera.

Por desgracia, esa disposición de ánimo no le acompañó por mucho tiempo y cuando hubo alcanzado la seguridad de sus habitaciones y bebido varias copas de coñac, se convenció de que la intervención de Nicole en su beneficio había sido porque ella, de hecho, le guardaba

cierto cariño oculto y que las terribles amenazas de Christopher habían sido sólo eso, amenazas. Christopher no podría herirle, pensó con desdén, acariciando abstraído el bastón de estoque que siempre tenía a su lado, pero que hoy no había llevado porque no lo aconsejaba la etiqueta. Si lo hubiese llevado consigo esa noche, Saxon no se habría mostrado tan arrogante y valiente. ¡Él se hubiese encargado de ello!, se repitió hasta que, convencido de que Christopher Saxon era un matón arrogante de quien podría encargarse cuando quisiera y sus planes respecto a Nicole iban prosperando, Edward planeó continuar como si nada hubiese ocurrido.

Christopher permaneció en el pabellón varios minutos más después de la partida precipitada de Edward, luchando por dominar el impulso primitivo de seguirle y romperle todos los huesos del cuerpo. Cómo se atrevía a ponerle una mano encima a Nicole, pensó con ira apenas contenida. Y con todo, al recordar lo ridículo que se había visto Edward doblado en dos y la fiereza y rapidez que había mostrado Nicole para defender su honor, la risa le sacudió el cuerpo. ¡Era astuta como una zorra! ¡Probablemente, Edward sufriría menos en sus manos que en las de ella! ¡Él sólo le habría matado, mientras que Nicole le hubiese lisiado de por vida! Riéndose, se recostó contra el quicio de la puerta del pabellón y clavó la mirada en el sendero por el que Edward había huido a toda prisa.

Intervino entonces la fatalidad: Robert y el amigo de lord Lindley, el teniente Jennings-Smythe, habiéndose escapado para fumar un cigarro, se encaminaban al pabellón por uno de los tantos senderos que desembocaban allí. Christopher no los había advertido. Al acercarse por uno de los costados vieron a Christopher de perfil con la parte inferior de la cara sombreada y la luz de la luna reforzando la negrura de su pelo, haciendo resaltar las espesas cejas y las ventanas de la nariz. El parecido con el capitán Sable era del todo inconfundible.

Christopher no les oyó acercarse, absorto como estaba en sus propios pensamientos, y Jennings-Smythe tuvo varios segundos para observar con atención su recio perfil. El teniente no podía creer lo que veían sus ojos, y estaba tan sorprendido que dijo sin pensar:

- ¡Capitán Sable! ¡Su sobrino es un maldito corsario norteamericano!

Christopher, oyendo voces lejanas pero sin entender lo que se decía, miró en aquella dirección y reprimió un gruñido de exasperación. Había sido para eludir a Jennings-Smythe que había salido a los jardines, consciente de que tarde o temprano podría reconocerle. Hasta ahora se las había ingeniado para evitar las confrontaciones cara a cara y en general siempre había habido un salón lleno de gente entre ellos. Parecía, sin embargo, que su suerte acababa de abandonarle. Enderezándose, se alejó con pereza del pabellón y encaminó sus pasos con lentitud hacia donde ellos estaban detenidos en el centro del sendero.

-¿Tomando el aire nocturno? -inquirió en tono ligero.

Dudando de inmediato de sus sentidos al contemplar las facciones aristocráticas de Christopher, el teniente masculló una respuesta trivial.

Christopher no perdió mucho tiempo con ellos. Hizo un comentario amable y luego con engañosa indolencia empezó a caminar hacia la casa.

Ceñudo, se deslizó en el interior de un saloncito desierto de la parte trasera de la mansión. Tendría que elaborar un plan alternativo en caso de que Jennings-Smythe le hubiese reconocido. Lo más importante era que alguien, ya fuera Higgins o él mismo, estuviera en la costa para subir al barco a fines de septiembre y pudiera hacer llegar el memorándum a manos de Jason en Nueva Orleans. Si le arrestaban, Higgins tendría que llevarlo a Norte amé rica. Y si él, Christopher, no era lo bastante hábil o listo para convencer a todos de que Jennings-Smythe estaba del todo equivocado, entonces se merecería que le colgaran, se dijo con cinismo, sin dudar ni por un momento de su propia habilidad para impedir el desastre. Su razonamiento era correcto hasta ese punto, pero lo que no había tomado en consideración era que Jennings-Smythe le había delatado sin darse cuenta delante de Robert.

Éste observó la escena con marcado interés, seguro de que por fin había dado con algo que ocasionaría la ruina definitiva de Christopher. Guardó silencio hasta que hubo desaparecido su sobrino de vista y luego, mirando fijamente al teniente, preguntó con indiferencia:

- ¿Dice usted que mi sobrino es un corsario? ¿Ese tal capitán Sable? ¿Por qué no le comentó algo al respecto?

La idea de que el capitán Sable y el nieto del barón Saxon pudiera ser el mismo hombre era tan descabellada que Jennings- Smythe temió hacer el ridículo y dijo en son de disculpa:

- Debo de haberme equivocado y me siento como un verdadero tonto. Sólo fue un truco de la luz, ya me comprende usted, porque ahora que le he visto de frente y con plena claridad, caigo en la cuenta de que no hay nada más que un parecido superficial.

Si hubiese sido cualquiera menos Robert, aquella explicación habría bastado, pero éste anhelaba encontrar cualquier cosa que pudiera desacreditar a Christopher, hasta una mentira. Ya en sus habitaciones, Robert repasó lo que había oído y por primera vez desde hacía meses sintió un relámpago de triunfo.

Habría preferido investigar la verdad de la información de Jennings-Smythe de inmediato, pero ya estaba todo listo para el traslado a Brighton y no había tiempo suficiente para visitar esa mañana el Ministerio de Marina, al menos no si deseaba acompañar a Nicole y a su tía en el viaje. Ciertamente, no tenía intención de dejar a Edward como único acompañante durante el viaje, especialmente cuando estaba claro como el agua que el primo miraba con codicia a Nicole.

Robert había aguardado todo ese tiempo para vengarse y estaba dispuesto a esperar un poco más -sobre todo porque en ese momento en particular para él era más importante recuperar a Nicole -, descubrir qué había pasado entre ellos, conseguir que volviera a sonreírle con cariño. Eso y nada más que eso era mucho más importante que quedarse en Londres haciendo averiguaciones sobre alguna información deshonrosa acerca de su sobrino. ¡Ya habría tiempo para eso! Valdría la pena hacer una visita al Ministerio de Marina y averiguar qué se sabía del capitán Sable.

QUINTA PARTE

Vestigios de amor

«Le cour à ses raisons que la raison ne connaît point.»
«El corazón tiene razones que la razón desconoce.»
Proverbio francés.

CAPÍTULO XXXII

Brighton no guardaba recuerdos felices para Nicole. Había sido allí donde sus padres y hermano fallecieron en el naufragio del velero, y cuando Regina y ella pasaron por delante de la elegante mansión Ashford un día, no pudo reprimir un escalofrío de horror y pena que le sacudió el cuerpo al recordar aquel día nefasto. Regina había sugerido que podrían visitar la casa para ver si los Markham habían efectuado modificaciones o la habían dañado en alguna forma durante su tutoría, pero ella se negó sacudiendo con ardor la cabeza. No creía poder soportar caminar por esa casa y menos asomarse a aquel balcón donde había estado sentada aquel día terrible mirando con los ojos agrandados por el espanto cómo se hundía en el mar el reluciente balandro blanco.

El tiempo fue aliviando su pena, pero no podía por menos que asociar a Brighton con la desdicha. Echaba terriblemente de menos a la nueva lady Saxon, aunque Regina era la bondad personificada: había olvidado, sin duda, su desliz con Robert. Pero Gina no podía reemplazar la comprensión y dulzura de Letitia ni la rudeza sarcástica de lord Saxon. Además, la casa parecía triste y vacía sin los recién casados.

Sin embargo, Brighton tenía ciertas ventajas, reconocía en su fuero interno. Por un lado, podía oír las olas al estrellarse contra el dique y en compañía de Galena encontraba un poco de consuelo y cierto solaz paseando por la playa mientras la brisa marina le despeinaba los rizos y le acariciaba las pálidas mejillas. La vida en Brighton era tranquila, a pesar de la afluencia de aristócratas y gente adinerada que venían de la ciudad en esa época del año tomando el pequeño pueblo por asalto, y Nicole descubría día a día que tenía un poco más de libertad y menos restricciones que en Londres.

Tal vez, pensaba irónicamente, por fin se había acostumbrado a aquella clase de vida y de ahora en adelante se iría marchitando en una insípida existencia sin rebelarse más contra las estúpidas limitaciones impuestas por la buena sociedad.

Sentada en su habitación una tarde de mediados de septiembre, se puso a meditar sobre Robert y la situación tan extraña que existía entre ellos. Toleraba su compañía tanto como la de Edward, pero la frialdad de su trato de ningún modo parecía molestar a Robert tanto como a su primo, quien continuaba cortejándola, pero que ahora era más propenso a revelar su verdadero carácter, después de haber comprendido por fin que su ardiente demostración la noche de la boda no le había servido de nada y que Nicole no se dejaba engañar por su fingido

enamoramiento. Además, cada vez que ella rechazaba sus invitaciones a bailar o prefería otras compañías antes que conversar con él en privado, tendía a enfurruñarse y mostrar su disgusto, pero con Robert era harina de otro costal.

Este aceptaba todos sus desaires de buen modo, sonriéndole con ironía mientras sus ojos inquirían con afabilidad el porqué de aquel cambio de actitud. No podía decirle que no confiaba en él o que jamás podría olvidar que había sido el amante de su madre, y peor aún, que había traicionado de manera tan brutal a Christopher. Robert nunca la importunaba, pero al igual que Edward, no cejaba jamás en su galanteo, si bien más refinado y seductor.

A primera vista parecía que Robert había tomado el rechazo de Nicole sin señales de enojo, pero interiormente ardía de celos. Había intentando sonsacar más información a Jennings-Smythe sobre ese tal capitán Sable, pero él siempre desviaba la conversación con algún comentario jocoso burlándose de sí mismo por su equivocación. Se enteró de algunas cosas más en charlas informales, pero nada que pudiera relacionar a Christopher con el corsario norteamericano. Finalmente, Robert decidió que su única opción era contratar un investigador privado y a mediados de la segunda semana de septiembre fue eso precisamente lo que hizo.

El 24 de septiembre Simon y Letitia llegaron a Brighton irradiando felicidad. Con su regreso la casa de Kings Road pareció despertar súbitamente de su letargo y se llenó de risas alborozadas y comentarios alegres mientras amigos y conocidos iban de visita para felicitar a la pareja y darles la bienvenida a Brighton.

El aire de melancolía que había envuelto a Nicole se disipó con el retorno de la pareja y descubrió que ahora podía soportar con ecuanimidad el persistente y cada vez más fastidioso galanteo de Edward y que hasta podía sonreírle de tanto en tanto a Robert Saxon. Con firmeza se dijo una y otra vez que ese nuevo vigor, esa burbuja de excitación que tenía en el pecho se debía a que lord Saxon y su esposa habían vuelto a formar parte de la familia, pero fue únicamente su corazón ingobernable y turbulento el que reconocía que ese sentimiento podría tener algo que ver con el hecho de que en menos de una semana volvería a ver a Christopher.

Simon y Letitia habían advertido al instante que ya no recibía a Robert con las mismas muestras de afecto y cordialidad de tiempo atrás y ambos estaban llenos de curiosidad por saber los motivos que habían impulsado a Nicole a cambiar de actitud hacia él. Simon, creyendo que era obra de Regina, la había increpado a la primera oportunidad:

- Vamos, Gina, ¿qué le has dicho a Nicole para que eluda a Robert de esa manera? Te advertí que dejaras en paz a esa chica, que si quería a Robert, yo no le pondría obstáculos en el camino. ¡Y lo dije en serio! No deseo que se case con Robert, pero he aprendido la lección y no quiero ser partícipe de una confabulación para separarlos.

Regina se irguió cuan alta era en actitud desafiante e indignada.

- ¡Eso no es justo, Simon! ¡No sé de qué estás hablando! Puedes tener la certeza de que no le he dicho nada a Nicole para que le cogiera manía a Robert. ¡No tuve por qué hacerlo! ¡Se había desencantado de tu hijo desde antes de la boda y lo habrías advertido si hubieses prestado atención!

- ¡Así que no te has estado entrometiendo! - gruñó después de un momento.

-¡Entrometiéndome! -exclamó Regina-. ¡Vaya, jamás haría semejante cosa!

- ¡No me vengas con eso! ¡Eres una mujer sin escrúpulos, Gina! ¡Y eres perfectamente capaz de mentir con el mayor descaro si te conviene! - Mas, al ver que su hermana se encolerizaba cada vez más, añadió con precipitación-: ¡Bueno, basta ya de todo esto! Tal vez Letty pueda averiguar por qué la chiquilla le ha tomado tanta aversión a Robert.

Letitia pudo en efecto averiguar lo que había ocurrido: Nicole se desahogó con ella. Regina había ido a visitar a su íntima amiga, lady Unton, y Simon estaba encerrado con su agente de negocios dejando a Letitia y Nicole solas. Estaban las dos sentadas bebiendo limonada bajo las frondosas ramas de un olmo a un costado de la casa cuando Nicole, entre titubeos y suspiros, relató a Letitia todo lo que le había revelado Higgins.

No había pensado contárselo a nadie, pero el cariñoso interés de Letty acerca de Robert le soltó la lengua y el relato brotó de su alma atormentada. Todo, sin omitir nada.

Lady Saxon, con los pálidos ojos azules dilatados de asombro y consternación, escuchó en silencio, y su único comentario cuando Nicole se detuvo fue:

- ¡Oh, Dios mío! ¡Qué barbaridad!

-Sí, es cierto. También ha sido horrible para mí saber que mi madre fue una criatura tan depravada. - Bajando la cabeza, dijo con la voz estrangulada-: He intentado buscarle excusas, he tratado de recordarla como yo creía que era, pero es imposible. ¡Todo en lo que puedo pensar es que no sólo fue la amante de Robert sino también de Christopher! -Una angustia atroz se reflejaba en sus ojos cuando los clavó en el semblante compasivo de Letitia y gimió-: ¡Cómo pudo! ¡Cómo pudo Robert compartirla con Christopher! Oh, sé que fue para distraer a mi padre, pero lo lógico hubiese sido que, amándola Robert como la amaba, no hubiera querido compartirla de ese modo.

Letitia desvió la mirada y dijo con muchísima cautela:

-Tal vez Robert no lo sabía.

Nicole se quedó mirándola con fijeza. Por fin preguntó, desolada:

- ¿Quiere decir que mamá también traicionaba a Robert? ¿Que él creía que esos encuentros eran arreglados sólo para servir de pretexto?

-Sí, querida, me temo que eso es precisamente lo que quiero decir. - Letitia apretó la mano de Nicole -. ¡Querida, escúchame! Tu madre era una malcriada. La conocí desde niña y siempre deseaba ser adorada por todos los hombres que le presentaban, jóvenes o viejos. No creo que en realidad amase jamás a ninguno de ellos, pero eso no quiere decir que fuera totalmente malvada y cruel. Oh, querida, lo que estoy tratando de explicarte es que no era malévola, no obraba con malignidad, simplemente hacía esas cosas. -Continuó en tono desdichado-: ¡Christopher adolecía de un amor juvenil tan evidente que creo que a ella le resultó imposible resistir la tentación de seducirle! Es probable que Robert y ella pensaran usarle como pantalla, pero fue su vanidad la que la indujo.

- ¡Señora Eggleston! - estalló Nicole tan escandalizada que hasta olvidó su nuevo título-. ¡Cómo puede decir eso! ¿Está usted disculpando lo que ambos pensaban hacer?

Turbada, se retorció las manos.

- ¡Oh, no! Lo que intento aclararte es que tu madre era egoísta y atolondrada y que usaba a las personas, pero como lo haría una criatura malcriada y consentida. No pensaba en el mal que le estaba haciendo a Christopher. Robert y ella necesitaban un chivo expiatorio y él estaba a mano. A tu madre sólo le interesaba lo que la afectaba personalmente. ¿Puedes entender lo que quiero decir?

-Creo que sí. Pero eso no disminuye su culpa ni empequeñece lo que hizo.

- ¡Oh, no, jamás he dicho eso! Sólo estaba tratando de explicarte cómo veía las cosas Annabelle. Probablemente nunca se le ocurrió que era injusta con tu padre por serle infiel o que estaba traicionando a Robert al tomar como amante a Christopher. Ella no pensaba en esas cosas.

-¿Y Robert? -inquirió Nicole sin ánimo.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró Letitia con desconsuelo-. No deseo ser cruel, querida mía, pero Robert jamás te habría convenido. Era celoso y malévolo de niño y debo admitir que nunca simpaticé con él. Por lo que me has contado, le culpo por todo lo que sucedió. Probablemente fue idea suya utilizar a Christopher y enviarlo fuera de Inglaterra. Y en este caso no puedo decir que fuera algo improvisado ni impulsivo. Robert quería que Christopher muriera y estoy segura de que deseaba desacreditarlo y deshonrarlo más que... -se interrumpió de pronto como si hubiese ido demasiado lejos.

Nicole sonrió con melancolía.

- Pero no podemos decirle eso a tu esposo.

- ¡Por Dios, no! Robert ya le ha causado suficientes pesares tal como están las cosas. Eso pasó ya, se acabó; no hay nada que podamos hacer por cambiarlo. Sólo nos queda olvidar y

seguir adelante. - Con los ojos empañados de lágrimas, se inclinó hacia adelante y dijo con absoluta sinceridad -: ¡Querida, no dejes que esto te destruya! Quítatelo de la cabeza y olvídalo.

Nicole le brindó una sonrisa triste y desolada.

-Creo que lo haré ahora que lo he discutido con usted. Me siento más aliviada, menos confundida y enojada. Quizá con el tiempo podré verlo con más objetividad.

- ¡Sí, eso es, mi amor! ¡Inténtalo! -la instó lady Saxon con cariño.

Nicole descubrió que había dicho la verdad: era como si esa conversación hubiese aliviado su resentimiento y su dolor.

Pero si la pena de Nicole se había aliviado con esa charla, lady Saxon estaba ahora en el paroxismo de la aflicción. La presencia de Robert la llenaba de ira y sin ser siquiera consciente de ello, echaba fuego por los ojos cada vez que él miraba a Nicole. Aquella revelación la atormentaba y le causaba horror sólo pensar en el daño atroz que había hecho Robert a aquellos a quienes ella amaba.

Esa noche, después de la conversación con Nicole, la aflicción de Letitia era tan grande que no podía conciliar el sueño. De pronto vio claro que tenía que hacer algo para enfrentarse a Robert con lo que sabía, pero no veía la forma de llevarlo a cabo sin involucrar a Simon de alguna manera.

Se revolvía, preocupada, en la cama tratando de no molestar a su esposo que en apariencia dormía profundamente. Casi dio un salto cuando la voz de Simon taladró la oscuridad:

- ¡Letty! ¿Qué sucede? ¡Has estado inquieta y removiéndote en la cama desde hace horas!

- No es nada, Simon. He tenido un terrible dolor de cabeza toda la noche y no puedo dormir. Esperaba no turbar tu sueño. - La voz le tembló ligeramente.

Simon percibió ese ligero temblor y la estrechó entre sus brazos.

-¿Qué sucede, querida, por qué estás tan afligida? Resuelta a ocultarle la verdad, hizo un comentario trivial, pero Simon no quiso darse por satisfecho y con una intuición asombrosa preguntó:

-¿Es por Robert? He advertido que te has mostrado tensa en su compañía desde ayer.

Letitia se puso rígida y consciente de ello de inmediato, Simon exclamó en tono perentorio:

-¡Cuéntame qué ha hecho! ¡Y Letty, no lo eludas con excusas como un dolor de cabeza! Te conozco demasiado bien y es obvio que Robert ha hecho algo que te ha alterado. Ahora dime qué es y nada de mentiras.

Letitia vaciló un momento más, pero Simon la besó con ternura en la mejilla y suplicó:

- Por favor, amor, dímelo.

¿Qué más podía hacer salvo contárselo todo después de eso? Cuando concluyó, Simon

guardó silencio por unos cuantos segundos. El corazón de Letitia sufría por él. Luego la apartó un poco y dejó escapar un suspiro de angustia.

- Todo este tiempo temía que fuera algo así -dijo al fin, pesaroso-. Lo sospechaba, pero no quería creerlo. ¿Por qué? ¿Por qué, Letty, es así Robert? Siempre traté de ser justo con él y Dios sabe que en todo momento le he querido y protegido. ¡Tratar a un muchacho de esa manera! ¡Su único sobrino! ¡Venderle a una muerte segura! -Atormentado, estalló-: Te lo aseguro, Letty, no creo que pueda soportar su presencia nunca más. Esta vez no puedo perdonarle.

- Simon, Simon. No te tortures de esta manera. Por favor, intenta dormir. Recuerda que sucedió hace mucho tiempo.

Distraídamente, él arregló las sábanas con movimientos lentos y penosos y Letitia le compadeció con toda su alma. Ahora era ella quien le acunaba entre sus brazos amorosos y le besaba la sien con infinita ternura.

- Simon, no permitas que te consuma el dolor. Robert es como es y no puedes culparte de ello. Confórmate con saber en lo hondo de tu corazón que siempre has hecho todo lo posible por él. Es un hombre hecho y derecho y ya lo era cuando Annabelle y él planearon sus actos criminales. No es culpa tuya; le enseñaste lo que pudiste y si él prefirió no aprender, no hay nada que tú puedas hacer al respecto. Olvídalo -le suplicó.

- Lo intentaré, Letty. Lo intentaré. Pero dudo que pueda ser tan indulgente como tú o como parece ser Christopher.

- No creo que él le haya perdonado, Simon. Algunas veces pienso que sólo está esperando que cometa un error como un tigre que acecha a su presa - se revolvió Letitia, inquieta.

En Londres, Christopher parecía en efecto un tigre, un tigre enjaulado. No le resultaba fácil esperar, y la idea de que Jennings-Smythe pudiera causar alguna calamidad en cualquier momento no mejoraba en nada su malhumor.

Anticipándose a la partida, Christopher había hecho correr la voz de que se marcharía de Londres e iría a Brighton. No había querido precisar más sus planes, comentando como al descuido que tal vez efectuaría algunos viajes al continente.

Había saldado sus deudas, informado ya al casero de la fecha de su partida y prácticamente cerrado sus maletas. El memorándum se encontraba en una faltriquera de cuero muy delgado atada a su cintura. Estaba listo.

Los días de septiembre parecían no pasar nunca. Todavía no había decidido con exactitud qué le diría a su abuelo y eso le atormentaba con creciente y dolorosa frecuencia. No se avergonzaba de lo hecho, pero ¿sería Simon un hombre comprensivo si lo supiera? Más que

nunca, Christopher tenía conciencia de lo odiosa y denigrante que era su posición, pero el peor momento de todos fue el 28 de septiembre.

Se había levantado tarde después de una noche de juerga con el capitán Buckley y el teniente Kettlescope, como una especie de despedida de Londres. Le dolía terriblemente la cabeza y tenía mal sabor de boca. Acababa de beber la cuarta taza de café negro muy fuerte y amargo cuando entró Higgins y puso el London Times sobre la mesa bajo sus narices.

-¡Han incendiado Washington!

Con una sensación de incredulidad creciente, Christopher leyó los titulares: ¡WASHINGTON INCENDIADA! Pálido como la muerte, devoró el artículo.

El capitán Harry Smith acababa de regresar de Norteamérica. Había hecho el viaje en un tiempo extraordinariamente corto -veintiún días- y con él llegaron los despachos que informaban sobre la captura e incendio de Washington. Durante la semana del 19 de agosto, los británicos habían hecho retroceder las líneas norteamericanas expulsándolas de la capital y habían hecho presa de la ciudad, saqueándola a discreción. El general de división Robert Ross había ordenado en persona la destrucción de la Casa Blanca, el Capitolio, el Ministerio de Hacienda, el de Guerra y el Archivo Nacional.

Christopher, cada vez más furioso, continuó leyendo acerca de los terribles estragos que habían hecho las tropas británicas invasoras en la capital norteamericana y los remordimientos que pudiese haber tenido se desvanecieron.

Con la muerte en el alma, cerró el periódico dando un golpe sobre la mesa al tiempo que exclamaba con rabia:

-¡Voto a Dios, lamentarán haber cometido esta infamia! -Conteniendo apenas la ira, prometió solemnemente-: ¡Que vengan a Nueva Orleans y les enseñaremos que nadie ataca nuestra capital impunemente!

Christopher y Higgins salieron de Londres temprano a la mañana siguiente y llegaron a Brighton poco después de mediodía. Simon estaba encantado de ver a su nieto y no intentó ocultarlo.

- ¡Cielos, muchacho, cómo me alegro de verte! - atronó cuando Christopher entró en la biblioteca donde Simon estaba hojeando distraídamente las últimas revistas de hípica.

-¡Lo mismo digo, señor! Puedo ver que la vida conyugal es muy amena y saludable. ¡Se le ve muy feliz y satisfecho, y lady Saxon rebosa de dicha!

-¿No es verdad? -comentó el anciano con placer-. Disfrutamos mucho nuestra visita a Beddington's Corner y hemos decidido regresar allí el primero de octubre. Gina puede llevar a Nicole a ver los lugares de interés aquí en la ciudad si la chica no quiere enterrarse en el campo

tan pronto.

Christopher sonrió evasivamente y se preguntó si no debería aprovechar ese inesperado momento íntimo con su abuelo para comunicarle que al día siguiente por la noche se marcharía de Inglaterra. Buscó las palabras en vano pues se atascaban en su garganta. No podía, a pocos minutos de su llegada, salirle al anciano con que volvería a estar ausente por un período indeterminado. Deliberadamente dejó a un lado esa tarea desagradable y en cambio se acomodó en el sillón y saboreó esos preciosos minutos a solas con su abuelo.

Simon también había estado luchando por encontrar palabras adecuadas, pero de muy diferente naturaleza. Deseaba con toda el alma decirle a su nieto que estaba al tanto de cuanto había sucedido durante esos últimos años, pero por alguna razón desconocida le resultó imposible sacar el tema a colación. Obviamente, Christopher no había querido que él lo supiera y Simon estaba convencido de que a su nieto no le agradaría saber que la sórdida historia había llegado a sus oídos a través de las mujeres de la familia. Por un segundo Simon frunció el ceño al comprender de súbito que el pasado podría ser un obstáculo insalvable entre Nicole y Christopher y se le endureció aún más el corazón contra su hijo. Robert no sólo había estado a punto de ocasionarle la muerte a su nieto, sino también parecía que su perfidia e iniquidad podrían destruir cualquier esperanza de dicha que albergaran los dos jóvenes. «¡Ah, maldición!», pensó con fastidio.

- ¿Sucede algo, señor? - preguntó Christopher observando el gesto de preocupación de su abuelo.

- ¿Eh? - gruñó Simon dominándose rápidamente -. No, sólo estaba soñando despierto. - Sonriendo con aparente timidez, añadió-: Me encuentro divagando en los momentos menos apropiados. Debe de ser que me pesan los años. ¡El próximo estaré completamente senil!

- ¡Es muy difícil! - refutó Christopher, no muy satisfecho con el pretexto de Simon, pero dejándolo pasar. Si era algo importante, lo averiguaría bastante pronto.

Nicole no se había enterado de la llegada de Christopher hasta que se reunió con las personas que había invitado Regina a tomar el té. Al verle inesperadamente le dio un vuelco el corazón, pero se esforzó por sonreír con amabilidad cuando él se le acercó.

- Bueno, estás guapísima. Brighton te sienta a las mil maravillas - bromeó él mientras su mirada apreciaba el encantador vestido que lucía y el brillo de sus ojos.

-¿Brighton? -exclamó ella con una sonrisa radiante-. ¡Oh, yo lo atribuyo a estar lejos de ti!

Se oscurecieron los ojos de Christopher y por un segundo angustioso ella creyó que él se desquitaría. Pero Christopher se limitó a encogerse de hombros.

-Sigues teniendo la misma lengua de siempre, Nick -comentó con sequedad y luego, sin más

conversación, se alejó de allí.

En ese mismo instante llegaba Edward y Nicole perdió de vista a Christopher al tratar de ignorar cortésmente a su primo.

Edward Markham estaba desesperado, y más tarde, al pasearse por su habitación, repasó mentalmente las pavorosas deudas que tenía y llegó a la conclusión de que estaba sin recursos financieros de ninguna clase. Mientras ponderaba su situación una y otra vez, sólo una cosa quedó en claro: debía casarse con una heredera. Y la única con la que quería casarse rechazaba con desdén sus galanteos. «Maldita Nicole», siseó, furioso. Antes del incidente en el pabellón había estado muy seguro de que ganar la mano de su prima sería una tarea facilísima, pero ahora era obvio que se había equivocado al juzgarla.

Maldijo a Nicole una vez más, pero maldijo más la insensatez que le llevara a aquella desafortunada partida de naipes la noche anterior. Había estado seguro de que por fin la suerte le acompañaría y que podría recuperar suficiente dinero para mantener a raya a los acreedores inoportunos. En cambio, al levantarse de la mesa de juego en las primeras horas de la madrugada, estaba endeudado en varios miles de libras más.

Era imposible ignorar la deuda. Se precipitaría a la ruina si no la pagaba antes de finalizar la semana.

En realidad, hasta se le había ocurrido asesinar a Nicole, tan grande era su resentimiento contra ella, pero al evaluar su situación comprendió que le sería más fácil desposarla: forzarla a casarse con él.

Una vez tomada la decisión, se dedicó a perfeccionar un plan precipitado y temerario. El alquiler de un carruaje con cuatro caballos le costaría hasta el último penique que le quedaba, pero estaba dispuesto a arriesgarse tomando en cuenta la fortuna que estaba en juego.

¿Cómo lograr que Nicole subiera al carruaje? ¡Era difícil raptarla en la calle en pleno día! Ella no aceptaría encontrarse con él en ningún lugar adecuado a sus propósitos, pero ¿y con otra persona? Pero, ¿quién? ¿Y por qué un encuentro secreto? Se devanó los sesos con desesperación, y después de varias horas no había llegado a solución alguna. Nicole no iría al encuentro de cualquiera y por cierto menos aún de forma clandestina. Con todo, él tenía que hacer que fuera a algún sitio solitario. Se le ocurrían docenas de lugares adecuados a sus propósitos, pero la pregunta espinosa aún seguía en pie: cómo demonios hacer que Nicole fuera allí sola. .

Finalmente, dio con una estratagema bastante ingeniosa. Nicole tenía la costumbre de pasear por el parque todas las tardes acompañada de una de las criadas de la casa de lord Saxon. Todo lo que tendría que hacer era salir a su encuentro cuando ella emprendiera el

regreso a la mansión, comunicarle el mensaje desesperado de que lord Saxon había sufrido un ataque fulminante y mortal y entonces, sin darle tiempo a pensar, la subiría al carruaje sin la criada que la acompañaba. Para el momento en que Nicole empezara a preguntar por qué tenía a su disposición un carruaje con cuatro caballos y cayera en la cuenta de que iban en dirección a Kings Road, sería demasiado tarde. Se sentía bastante complacido con esta última estrategia. El único fallo que podía prever era la incertidumbre de que Nicole estuviera sola con su criada. Tendría que correr el riesgo... eso y la remota posibilidad de que por alguna razón desconocida su prima no fuera a dar su paseo habitual por el parque. Pero la suerte no podía seguir siendo tan mezquina con él.

CAPITULO XXXIII

Christopher encaró su último día en Inglaterra con excitación y temor a la vez. Lo que más temía era tener que decirle a Simon que partiría para Norteamérica y la idea de la despedida le acongojaba hasta lo insoportable. No sabía cómo le explicaría que en algún momento entre las horas del atardecer y la medianoche embarcaría de regreso a su tierra de adopción.

El anciano ya se estaba explayando acerca de las deliciosas y felices navidades que pasarían ese año en Beddington's Corner. Hasta había dejado caer indirectas de que tal vez pasaría la mansión de Londres a poder de Christopher, ya que Letitia y él preferían la paz de la aldea donde se encontraba la casa solariega.

De mal talante, Christopher vagaba por la casa de Brighton. Una vez hasta se rió a carcajadas de sí mismo. Pensar que él, como cualquier jovencito, temía enfrentarse a su abuelo en esa entrevista inminente e imperiosa le resultaba ridículo. Era indudable que Inglaterra le había cambiado, pensó con no poca ironía. Descubrió que se había vuelto demasiado civilizado, y de algún modo menos hombre. ¿Por qué otro motivo tenía esos esporádicos remordimientos de conciencia y esa aversión a partir, esa aflicción tan terrible por tener que despedirse de su abuelo? En cuanto a Nicole...

De momento ésta estaba leyendo en la biblioteca, pero como era común últimamente, cada vez que la dejaban sola sus pensamientos volaban a Christopher. Suspirando con resignación cerró el libro. ¿De qué servía pensar en él? ¿Para qué torturarse por alguien a quien no podía cambiar?

De repente no soportó más la soledad y se dirigió a la puerta.

Casi había llegado cuando ésta se abrió de golpe, y por poco no le dio de lleno.

- ¡Cielos, Nicole, haberme avisado que estabas aquí! Podría haberte hecho daño al abrir la puerta -estalló Christopher, exasperado, parándose en seco.

- ¿Y cómo iba a saber que estabas a punto de irrumpir como un toro con una avispa en la oreja? - replicó Nicole, airada.

Ambos se estudiaron con cautela. Luego Christopher le sonrió con socarronería antes de soltar una carcajada.

-¡En paz! Guarda tus colmillos afilados.

- ¡Tú has comenzado! - respondió a la defensiva, furiosa, consciente de su presencia masculina. Le pareció que su rostro estaba más delgado, más recio y duro y que tenía un no sé

qué que ella no podía definir, una aureola de temeridad imprudente que le hizo preguntarse qué estaba haciendo exactamente en Brighton. Se las ingenió para preguntar con calma:

- ¿Cuánto tiempo pasarás con nosotros?

Christopher vaciló un momento, luego se encogió de hombros y respondió con desenvoltura:

- Me temo que no me quedaré aquí en absoluto. - Ante la mirada de asombro de la joven, dijo lentamente-: Higgins y yo pasaremos esta noche en mi casa cerca de Rottingdean. - Sonriéndole con tranquilidad, terminó en tono ligero-: En cuando a mañana, quién sabe dónde estaremos. - Fue lo más cerca de la verdad que pudo llegar.

Pero Nicole le conocía demasiado bien y una horrible premonición le heló la sangre. Clavándole la mirada en los ojos dorados, preguntó con voz tirante:

-Os marcharéis, ¿verdad? Vais a regresar a Louisiana.

Christopher tragó una gran bocanada de aire como si hubiese recibido un golpe mortal, pero su semblante permaneció impasible.

-Sí. Sí, nos vamos, Nick. - La admisión de su viaje le chocó. No había pensado decírselo a Nicole bajo ningún concepto, y mucho menos antes de comunicárselo a su abuelo. Sin embargo, cuando ella lo adivinó no pudo mentirle. «Me pregunto si esto es un adelanto», pensó con cinismo «ya que la incapacidad de mentir se considera una virtud».

Una terrible sensación de pérdida invadió todo el cuerpo de la joven y quedó paralizada. Él se marchaba. Christopher no estaría más allí para azuzarla y volverla: loca de pasión y de furia. Debería alegrarse, se dijo con firmeza. El orgullo le tensó la espalda y replicó con soltura:

- ¡Vaya, qué buena noticia! - Con los grandes ojos topacio inexpresivos detrás de las largas pestañas negras y una sonrisa en la boca generosa, continuó en tono forzadamente alegre-: Debes de estar encantado de librarte de mí por fin. Nunca te he agradecido todo lo que has hecho por mí y espero que ahora que nuestros caminos van a separarse me permitirás...

-¡Cállate, Nick! -estalló Christopher con tirantez mientras un músculo se crispaba en su mejilla.

Nicole meneó la cabeza y sus oscuros rizos de fuego bailaron alrededor de sus hombros cuando continuó con obstinación:

- ¡No! ¡Debes permitírmelo! Debo decirte...

Christopher la calló de la única manera que podía hacerlo: tomándola rudamente de los brazos con manos firmes la atrajo con brusquedad contra su cuerpo y le cubrió la boca con sus labios. La besó largo tiempo. Fue un asalto largo, voraz y apasionado que la dejó temblorosa y débil entre aquellos brazos poderosos que la rodeaban dejándola sin aliento. Luego, apoyándole la cabeza contra su hombro mientras su boca se movía con dolorosa ternura sobre los rizos

suaves de la muchacha, dijo con voz pastosa:

- No digas nada más. Las palabras no significan mucho para ti y para mí. Decimos cosas que no queremos ni sentimos y demasiado a menudo dejamos que nuestro mal genio nos domine. Algún día, tal vez, podremos ser capaces de hablar como seres humanos sensatos, pero que Dios me perdone, porque en lo concerniente a ti, no soy un ser racional.

Nicole alzó de pronto la cabeza y le miró a los ojos, asombrada de sus palabras. Abrió la boca, pero no salió ni un solo sonido y Christopher, impulsado tanto por la idea de que al día siguiente pondría un océano entre ellos como por el cuerpo dócil y en actitud de entrega, no pudo resistirse a saborear una vez más la dulzura de su boca. Los labios de Nicole se separaron dulcemente y ante aquella entrega tan inesperada escapó de su pecho una ahogada maldición. Christopher estrechó aún más ese cuerpecito frágil contra su pecho; sus manos le acariciaron la espalda y las caderas haciendo que Nicole comprendiera a la fuerza que la deseaba. Pero entonces, al recordar contra su voluntad dónde se encontraban, la apartó con suavidad y comentó con una sonrisa irónica:

- Eres más potente y eficaz que el vino, Nick. Haces que un hombre pierda la cabeza y haga cosas que luego lamenta.

Nicole, naturalmente, interpretó mal lo que él estaba diciendo y se puso tensa, pero Christopher no le dio oportunidad de contestar; en cambio la instó a tomar asiento. Después de sentarla en el centro de un elegante sofá de terciopelo color cervato, se repantigó con descuido sobre uno de los brazos. Lanzándole a Nicole una mirada extraña de desolado arrepentimiento y a la vez de firme determinación, una mirada burlona y arrogante, empezó a hablar muy despacio:

- No siempre te he tratado como merecías. No me disculparé, sin embargo, por lo que he hecho. - Mirándola con malicia, confesó descaradamente -: Que el cielo me ayude, pero dadas iguales circunstancias, es probable que hiciera lo mismo. Te deseaba entonces, te deseo ahora, y debo admitir que ninguna otra mujer me ha tenido tan enredado y confundido como tú. ¡Créeme, coqueta descarada, me alegraré de perderte de vista!

Sus palabras desconsideradas fueron como una bofetada en la mejilla de Nicole. Siempre había sabido que le haría feliz no verla más, pero la dejaba pasmada que pudiera admitirlo con tanta facilidad. Jugueteó con la seda del vestido para ocultar el temblor de sus manos y miró hacia otro lado para que él no viera el dolor reflejado en sus ojos, temiendo delatar cuán hondo la hería su indiferencia.

Christopher estaba observándole el semblante con atención, pero las pestañas oscuras no dejaban ver la expresión de sus ojos dorados. Era dolorosamente consciente de que estaba

llevando mal la situación, pero se sentía incapaz de cambiar. Su habitual soltura y facilidad de palabra le abandonaban por completo delante de Nicole. Decía lo que no debía, hacía lo que no debía y aunque fuera lo último que deseara en este mundo, siempre parecía provocar una terrible disputa. Intentar responder con frivolidad no pareció tampoco ser la respuesta a juzgar por la rigidez de sus facciones.

Nicole, ajena a la mirada penetrante e insistente de Christopher, sabía que debía hacer alguna observación informal y desprovista de seriedad, una réplica graciosa, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Finalmente, resurgió su orgullo y se dominó. Con una radiante sonrisa, dijo:

- ¡Bien, supongo que confundirte, como dices que he hecho, debe de ser una especie de victoria para mí!

-¡Maldición, Nicole! ¡No estamos en guerra! -gruñó Christopher deseando de parte de ella algo más que un comentario fácil y frívolo, aunque no muy seguro de lo que realmente quería y buscaba.

Pero ella, perdida en su propia y amarga batalla contra su corazón, no percibió la curiosa nota de súplica de la voz de Christopher; todo lo que registraba su mente era la ira apenas oculta que reflejaba su rostro. Con amarga resignación supo por qué jamás podría haber otra cosa que ira y recriminaciones entre ellos: por culpa de su madre. Las náuseas le revolvían el estómago al pensar en la traición brutal que había sufrido él a manos de su madre. ¿Podía culparle por odiarla? ¿Por herirla? Con resignación dijo entonces:

- ¡Oh, Christopher! ¡Basta ya de mentiras entre nosotros! Sé lo que te sucedió hace años y sé por qué me odias. Dices que no estamos en guerra, pero mientes. - Recobró un poco sus bríos y continuó con pasión -: ¡Siempre estaremos en guerra! ¡Mi madre se encargó de ello! Yo podría intentar hacértelo olvidar durante miles de años, podría dejar que me pisotearas en el polvo, pero jamás calmaría todo el odio que has acumulado.

Christopher se quedó inmóvil, tan inmóvil como una estatua de hielo con las espesas cejas negras unidas en un ceño sombrío sobre sus ojos entrecerrados.

- Exactamente, ¿de qué estás hablando? -preguntó con frialdad.

Nicole se puso en pie de un salto y con los puños apretados a los lados del cuerpo, afirmó con franqueza y sin reservas:

-¡Higgins me lo contó todo acerca de mi madre y de ti! Acerca de cómo Robert y ella te engañaron y cómo él te vendió a una patrulla de leva.

Christopher, dominado por una furia glacial como nunca le había visto antes, maldijo con fluidez desconcertante. Los ojos dorados brillaron peligrosamente y su boca se redujo a una

línea dura en su semblante al exclamar con cólera incontenible:

-¿Y es por eso que eres tan comprensiva? ¿Por eso es que estás tan dispuesta a dejar que te bese? ¿Porque esa vieja historia ha despertado tu simpatía? ¡Bien, ahórrame eso!

Se levantó de un salto y echándole una mirada de sumo desagrado, musitó con fiereza:

-¡Olvida lo que sucedió en el pasado! ¡Yo ya lo hice! ¡Y con toda seguridad no necesito a la hija de Annabelle lloriqueando por mí como si yo fuera un gatito medio ahogado!

-¡Lloriqueando! -repitió Nicole. Todo remordimiento, todo pesar por las acciones de su madre, hasta su propia angustia por la partida de Christopher se desvanecieron al ir montando en cólera. Con el rostro pálido y los grandes ojos oscuros lanzando chispas de fuego, dio con rapidez un paso adelante y antes de que él pudiera adivinar sus intenciones le dio una sonora bofetada -. ¡No eres más que un estúpido! - gritó, enojada y con lágrimas de rabia brillándole en los ojos.

Iracundo también él, la tomó de los hombros aprisionándola con deliberada brutalidad mientras ella luchaba por soltarse.

- Ahí, creo -dijo él, tenso- es donde entro yo. Y como parece que nos hemos dicho todo lo necesario, me despido ahora de ti. Con suerte, no tendremos que volver a vemos de nuevo antes de que me vaya. ¡Ten la plena seguridad de que me cuidaré muy bien de estar fuera de tu camino!

Apenas consciente de que se estaba escondiendo detrás de su cólera, Nicole, en un arranque de ira ciega y sorda, lanzó a Christopher una mirada de desesperanza y desafío mezclados.

-¡Haz eso! -exclamó con beligerancia-. ¡Voto a Dios, bendeciré el día que zarpes! ¡Nunca será demasiado pronto para satisfacerme!

Un fulgor extraño relampagueó en los ojos de Christopher mientras le estudiaba las facciones tormentosas por un momento; casi, pensó ella con extrañeza, como si las estuviera memorizando; luego los labios aristocráticos de Christopher se torcieron en una mueca burlona y dijo con frialdad:

-Ésta es la Nick que recuerdo. ¡Y aquí hay algo más para que tú me recuerdes!

Atrayéndola de golpe entre sus brazos y capturando posesivamente los labios apenas entreabiertos, apretó su cuerpo contra el de él. Sus labios abrasaban los de ella como una llama, ordenándole, exigiéndole que respondiera a aquella deliberada incitación despiadada a sus sentidos. Nicole luchó ciega y desesperadamente contra la languidez insidiosa, contra las llamaradas de deseo imperioso y apasionado que le lamían el cuerpo. La boca de Christopher no le daba tregua; sus labios la impelían a rendirse, a ceder al anhelo físico que corría por sus

venas. Inconscientemente, amoldó sus formas a aquel cuerpo duro y musculoso, adhiriéndose más a él. «¡Maldito sea!», pensó con furia con una parte de su mente.

Christopher estaba librando su propia batalla; rígido de deseo apenas contenido, ansiaba intolerablemente a Nicole por esa única y última vez; sólo una vez más podría perderse en esa carne, podría sentirla estremecerse debajo de su cuerpo, podría tener en la boca el sabor incomparable de esa piel tersa y sedosa y oler su perfume peculiar y exquisito. «¡Ay, Jesús!, ¿por qué ella de entre todas las mujeres? ¿No había aprendido ya que una Ashford era una hermosa hechicera con poderes sobrenaturales y misteriosos, una criatura de lujuria y mentiras, de pasión y traición?» Frenético ahora por romper la tenue telaraña de seda que le envolvía, Christopher separó bruscamente la boca de los labios de Nicole y con un empellón la apartó de su lado. Respiraba con dificultad, tenía los ojos nublados por el deseo, pero su voz sonó fría y remota al hablar.

-Creo que ambos tendremos algo que recordar del otro, Nick, lo queramos o no. -Giró raudamente sobre sus talones pero entonces, como si recordara algo, se detuvo en seco y la miró por encima del hombro-. Todavía no he hecho planes definitivos para mi partida y no le he dicho nada a mi abuelo. Apreciaría que no dijeras ni una palabra a nadie hasta que yo se lo haya comunicado en persona.

Nicole no pudo soportar mirarle a la cara, temerosa de sus propias emociones. Asintió, aturdida, concentrándose en reprimir las lágrimas que pugnaban por rodar por sus mejillas.

Incapaz de resistirse, Christopher la miró largamente por última vez sellando en algún recóndito lugar del corazón y de la mente el hermoso cuadro que se presentaba a sus ojos. Casi como un hambriento la devoró con los ojos asimilando las facciones perfectas, la mata de oscuros rizos llameantes, los grandes ojos rasgados y separados bajo las cejas arqueadas y brillantes, la boca voluntariosa y apasionadamente carnosa y sensual y ese cuerpo alto y esbelto de admirables formas. «¡Oh, Dios!», pensó con un dolor desgarrador en el alma, «¿por qué tiene que terminar así?» Le echó una última mirada y sin otra palabra, se encaminó a la puerta a grandes zancadas y salió de la habitación.

Con el sonido del portazo retumbando en los oídos, Nicole se dejó caer con lentitud en el sofá. Se había ido, pensó estúpidamente. No, no era verdad, argumentó febril, faltaban algunos días todavía. Unos cuantos días en los que tendría que actuar de manera normal, sonreír y reír y pretender que no se estaba muriendo por dentro. Angustiada, cerró los ojos con fuerza meditando sobre la amarga fachada que tendría que presentar en el futuro. «Lo haré. ¡Puedo lograrlo! Y algún día le olvidaré. ¡Lo haré! Tengo que hacerlo.»

Impulsado por distintas emociones que las que acosaban a Nicole, Robert Saxon había

estado investigando por todo Londres en busca de ese escurridizo capitán Sable. Averiguó que en efecto existía un capitán Sable, que era un corsario norteamericano y que su cabeza tenía precio. Pero aparte del comentario de Jennings-Smythe, Robert no tenía nada en qué basarse para continuar. No le cabía duda de que Christopher era ese corsario y anhelaba arrojar esa información a la cara de Simon. Se encargaría de que todos conocieran la verdad, de que todos supieran de una vez por todas la clase de bribón que era realmente Christopher.

Robert visitó la casa esa tarde para hablar con Nicole con la esperanza de poder inducirla a aceptar dar un corto paseo por el campo. El hecho de que fueran casi las cinco cuando se acercaba a la casa de Kings Road no le preocupaba en absoluto. No anochecería hasta casi las siete, y devolvería a Nicole a la mansión mucho antes de eso.

Pero sufrió una desilusión. Nicole, se le informó, había ido a caminar por el parque y no regresaría hasta dentro de media hora. Sin desanimarse, estaba a punto de ir en su busca, decidido a convencerla de que le acompañara, cuando Simon le habló.

- Robert, ¡me gustaría tener unas palabras contigo, si no te importa! -le ordenó.

- ¿Tiene que ser en este preciso momento? Iba a ir en busca de Nicole - respondió mirándole con enojo.

- Ella puede esperar - replicó Simon, irritado. -¡Tengo que decirte algo y quiero que sea ahora!

Robert se encogió de hombros y siguió a su padre al gabinete, una habitación pequeña y agradable con paneles de roble en las paredes. Un armario de ébano con incrustaciones de exóticos diseños daba un toque oriental al aposento, pero el escritorio de arce rizado detrás del cual se sentaba Simon era de puro estilo inglés. Robert, impaciente por marcharse, se quedó de pie en el centro del cuarto con los guantes y el sombrero de ala estrecha en una mano.

- Bien, ¿de qué se trata? - preguntó con irritación -. No tengo mucho tiempo.

-Siéntate -dijo tranquilamente Simon con ojos fríos y desdeñosos, señalándole una silla cercana. Con cierta reticencia, Robert obedeció, pero el extraño tono de su padre le alertó de que algo no andaba bien.

Lord Saxon había pasado en agonía los dos días desde que Letitia le contara lo sucedido entre su hijo y su nieto años atrás. Había amado a la oveja negra de la familia a pesar de las muchas decepciones a lo largo de los años, pero no podía perdonarle lo de Christopher. Cuando el primer sentimiento de horror y repugnancia se hubo desvanecido, creyó que lo enterraría en el olvido; que aunque su afecto por Robert jamás sería el mismo, podría, en cierto modo, continuar viéndole con algo de cariño. Pero después de dos noches de insomnio, atormentado por lo que había hecho aquel hijo de su carne, supo que no era verdad. Todo el amor que albergara por él

había muerto y creyó que era no sólo justo sino también correcto informarle de por qué no sería nunca bien recibido en su hogar. Era la decisión más difícil y dura de su vida, pero al fin tuvo que reconocer que Robert era un hombre perverso y vil y que él jamás podría cambiar eso. No cabía ignorarlo, ni tampoco tolerar las acciones despreciables de su hijo. Había sido un trago penoso y amargo pero ahora, llegado el momento decisivo, descubría que ya nada le conmovía. Aun temiendo ese instante, con aprensión de no ser capaz de llevarlo a cabo, supo que no era así.

Con semblante frío y pétreo se dirigió a su hijo sin ninguna emoción:

- Ésta será la última vez que entrarás en mi casa, en cualquiera de mis casas. Te he tolerado muchísimas cosas a lo largo de los años, he sufrido un escándalo tras otro por ti; pagado tus deudas, intercedido en innumerables ocasiones. Pero se acabó. Fuiste demasiado lejos, Robert, con lo que le hiciste a Christopher. Que Dios me perdone, pero yo no puedo perdonarte por ello. Ya era bastante terrible que Annabelle Ashford y tú le usarais para ocultar vuestras relaciones adúlteras, ¡pero venderle! ¡Venderle para que fuera a una muerte segura! ¡Eso no lo puedo tolerar! -Se quebró entonces el formidable dominio que había ejercido sobre sus emociones y casi suplicando, preguntó-: ¿Por qué, Robert? ¿Por qué, en el nombre de Dios? Era un joven tan guapo y alegre, un verdadero gozo para mí. Él no te hizo ningún daño. Te lo aseguro, jamás llegaré a entender cómo pudiste haberlo hecho. -Simon hizo una pausa. Su rostro parecía haber envejecido en un instante y reflejaba toda la tristeza que inundaba su alma -. Podrías haber sido la causa de su muerte. ¿No tienes ninguna clase de remordimientos?

Robert palideció en cuanto oyó las primeras palabras de su padre. Sus peores temores se confirmaban finalmente: Christopher había puesto a su propio padre en su contra. Una oleada de rencor se abatió sobre él y de pésimo humor replicó:

- No le hizo ningún daño. Puede usted verlo por sí mismo, él se ha beneficiado por lo sucedido.

Simon le miró sin poder creer lo que oía. Un estremecimiento de repugnancia le sacudió el cuerpo al comprender que Robert no veía ningún mal en lo que había hecho. Una sensación de impotencia corrió por sus venas y admitió con cansancio:

-Sí, parece que se ha beneficiado. Pero no era eso lo que tenías en mente, ¿verdad? - Conociendo la respuesta y hastiado de la escena, dijo ásperamente -: Adiós, Robert. Agradezco a Dios que, a pesar de todas las penurias que ha soportado, Christopher se haya convertido en un joven tan magnífico. Al menos puedo enorgullecerme de un nieto, si no de un hijo.

Robert se puso de pie de un salto, dominado por la sensación de injusticia en el trato, y decidió romper hasta la última barrera de contención. Con una mirada feroz en los ojos, gritó:

- ¡Se equivoca! Usted cree que es maravilloso. ¡Ja! No es más que un pirata común. Un bribón de los mares buscado por nuestro almirantazgo por sus crímenes contra nuestros propios barcos. ¡Pregúntele a su preciado Christopher sobre el capitán Sable! ¡Pregúntele! Ya verá. Ya verá que no es el ser angelical que usted cree. ¡Es un maldito pirata!

-¡Silencio! -atronó Simon con el semblante distorsionado por la furia -. Estás mintiendo, lanzando calumnias en su contra para disculparte. ¡No lo toleraré! ¡Sal de esta casa en este mismo instante! ¡En este instante, he dicho, o te arrancaré con mis propias manos esa lengua mentirosa de la garganta!

Más allá de toda actitud racional, Robert colocó ambas manos sobre el escritorio y adelantando el torso puso la cara delante de la de Simon para seguir despotricando:

-¡No es justo! Es a él a quien debe tratar así. ¡Es un pirata! El teniente Jennings-Smythe le reconoció. - Inventando con frenesí la historia mientras iba hablando, continuó acaloradamente-: ¡Es verdad! ¡Él me lo dijo! ¡Si no me cree, pregúntese lo! ¡Ya verá!

Simon le contempló por más de un minuto en silencio. Robert parecía tan seguro que le hizo vacilar. Con cierto asombro reconoció que sus acusaciones no le perturbaban en lo más mínimo. Era muy factible que Christopher fuera un pirata, pero eso tenía poca importancia para Simon. ¿Acaso no habían tildado de tal a sir Francis Drake? Sin embargo, como una última concesión a su hijo consideró que debía hablar con Christopher.

- Muy bien, lo haré -admitió en tono sereno-. Pero ya sea verdad o mentira, no cambia en nada la situación entre nosotros. Una vez que haya hablado con él, abandonarás esta casa y me ahorrarás el dudoso placer de volver a verte en toda mi vida. - Levantándose del sillón, Simon salió a toda prisa del gabinete, resuelto a poner punto final a ese penoso asunto lo antes posible.

Lleno de rencor y exultante de regocijo perverso, con una sonrisa de satisfacción curvándole los labios, Robert volvió a hundirse en el sillón. Ahora, que Christopher se las arregle para salir de aquélla, pensó con malevolencia. Puede que a él le volviesen la espalda y le prohibiesen pisar las casas de su padre, ¡pero Christopher compartiría la misma suerte!

Simon, negándose a mandar a uno de los sirvientes a llamar a Christopher a su presencia, al cabo de una corta búsqueda dio con él en su habitación. Cuando Simon entró, Christopher estaba cómodamente sentado sobre la esquina de una mesa de caoba observando a Higgins mientras éste lustraba un par de botas adornadas con borlas.

Ante la entrada intempestiva de su abuelo, el joven se puso de pie al instante, alerta y cauteloso al mismo tiempo.

Lord Saxon echó una mirada feroz a Higgins y con su acostumbrada acritud y mal genio,

ordenó:

- ¡Tú, afuera! Quiero hablar cuatro palabras con mi nieto.

Higgins echó una ojeada a Christopher y al ver la leve señal de asentimiento de su cabeza, se inclinó y salió.

-¿Era necesario hablarle con tanta rudeza? Tengo en muy alta estima a Higgins, señor - inquirió.

- ¡Bah! No trates de eludirme con tonterías. Lo que tengo que decir es muy privado y personal y no quiero que nadie nos oiga. Si lo deseas, me disculparé con él más tarde.

Arqueando una ceja con ironía, Christopher repitió:

-¿Disculparse con él? Eso sería digno de verse. Usted jamás se ha disculpado con nadie.

- ¡Maldita sea, deja de tratar de desviarme de mi propósito! Robert está abajo en el gabinete y ha hecho una afirmación terrible y perjudicial en tu contra. -Observando a su nieto por debajo de las espesas cejas fruncidas, dijo-: Dice que eres un pirata, un tal capitán Sable y que tu cabeza tiene precio. ¿Es verdad?

Las miradas se encontraron, oro contra oro.

- Bien, ¿eres realmente ese tal capitán Sable?

La penetrante mirada de Christopher no se desvió ni un segundo cuando éste asintió con una breve y fría inclinación de cabeza.

- Sí, es verdad - respondió lacónico y categórico, sin ofrecer explicaciones, ni excusas. ¿Qué podía hacer? ¿Expresar remordimientos hipócritas? ¿Gritar a los cuatro vientos que no había sido culpa suya sino de las circunstancias? Nadie le creería, pensó con furia.

La confesión, a pesar de la indiferencia que sintiera momentos antes, fue un rudo golpe para Simon. No lo había creído del todo, no había querido creerlo. Los ojos dorados del anciano se empañaron y con lentitud, como si fuera un anciano agotado, se dejó caer en un sillón cercano.

-Temía que fuera así -dijo con pesadumbre.

Sabiendo que tenía que dar alguna explicación, si bien no toda la verdad, Christopher había temido aquel momento. Había tenido la esperanza de poder abandonar Inglaterra sin que su abuelo llegara a enterarse de la existencia del capitán Sable. Ciertamente, jamás pensó decírselo, ya que había anhelado con fervor no tener que herirle con eso. Por mucho que hubiera ensayado esa escena en su mente, la realidad del dolor y la pesadumbre de Simon era mil veces peor que lo que pudo imaginar. Apretó los dientes y un músculo se crispó en su mandíbula; clavando la mirada en él buscó con desesperación las palabras que pudieran aminorar el golpe.

Incapaz de soportar verle tan desolado, sin el fuego y la pasión arrolladora que le

caracterizaban, Christopher musitó con voz apagada:

- Abuelo, le habría ahorrado este gran dolor si hubiese podido. No puedo cambiar lo que soy o lo que he sido. - Dejándose caer sobre una rodilla cubrió la mano aristocrática de venas azules que todavía aferraba el bastón de ébano con su mano fuerte y tostada, en un gesto del infinito cariño-. No puedo ni siquiera pedir perdón por lo que he hecho. Pero no lo hice para herirle ni avergonzarle. - La voz grave, profunda, adquirió un tono de súplica al seguir hablando-: Cada uno de nosotros debe vivir como estime conveniente. No espero que usted apruebe lo que he hecho, pero por amor de Dios, no me condene por ser yo mismo, por ser lo que soy: un corsario norteamericano, primero por las circunstancias y luego por elección.

La cabeza de Simon se levantó como un resorte al oírlo y los descoloridos ojos dorados del anciano sondearon los de su nieto, más brillantes e intensos, fijos en los de él con seriedad y determinación.

- ¿Norteamericano? - gritó con irritación. Christopher asintió con firmeza; luego sin apartar la mirada del rostro adusto de su abuelo, declaró con vehemencia:

-¡Ahora Nueva Orleans es mi hogar! Mis tierras, mi fortuna, mi futuro, todo se encuentra en los Estados Unidos. En efecto, he sido un corsario, el capitán Sable que proclama Robert. Sí, ataqué barcos británicos, hasta... -añadió deliberadamente-, los he hundido. Pero sea como fuere, no fue para causarle sufrimiento ni angustia. -En tono desolado, terminó-: Durante mucho tiempo creí que nunca más volvería a verle; fue una época en que odiaba todo lo que fuera británico. He vivido mi vida de acuerdo a mis propias reglas y no puedo alegar ahora que lo lamento.

-Admirable -comentó secamente Simon. Christopher se puso tenso y se irguió cuan alto era.

- No fue mi intención aburrirle - replicó, tajante.

- ¡Ja! Nunca dije que me aburriera, ¿lo he dicho, muchacho? -estalló Simon, irascible-. ¡Ahora me vas a escuchar a mí, fanfarrón del diablo! Puede que seas norteamericano, puede que hayas sido corsario, ¡pero eres mi nieto antes que todo y mi heredero también, si vamos a eso!

Christopher le estudió alentado en parte por el tono airado de la voz, pero inseguro todavía acerca de cuánto había apenado su confesión al anciano. Simon parecía estar recobrándose un poco, aunque la confidencia que acababa de hacerle debía de haberle herido profundamente. Sin embargo, Simon no le dio oportunidad de decir nada más. Alzándose de golpe del sillón con el bastón sostenido con firmeza en una mano, miró ceñudo a su nieto que estaba atento y alerta.

-¡Ahora bien -empezó Simon agresivamente-, tengo algunas cosas que decirte, cabeza hueca! ¡Primero, eres mi nieto y jamás lo olvides! Segundo, maldito lo que me importa lo que

has hecho... -Se detuvo de pronto recordando a Robert y lo que le había dicho-. Siempre que no hayas perjudicado adrede a gente inocente... y no me refiero a aquellos que pudieron sufrir calamidades en el curso de tus actividades de corsario. Eso es la guerra y lo entiendo. A menos que hayas luchado de modo contrario a las reglas y sin justicia o sido un cobarde en tus ataques. - Vaciló y miró sombríamente a Christopher-. No estoy diciendo que no preferiría que no hubieras sido ese capitán Sable o que no desearía que tu lealtad se inclinara hacia Inglaterra. Pero como no es así, no puedo afligirme por lo que no soy capaz de cambiar. Lo único que importa es que eres, como dijiste, lo que eres y yo sería el imbécil más grande del mundo si te negara porque discrepamos en política.

Christopher sonrió con cierta tristeza.

- ¿Considera factible que Robert comparta esa opinión tan comprensiva?

- Déjalo de mi cuenta. Ese cuento no saldrá de esta casa. ¡Yo me encargaré de que así sea! - bufó Simon.

- No me parece que pueda ser así de fácil, señor. Existe... -hizo una breve pausa y luego continuó-: ... una cierta enemistad entre nosotros dos y no creo que guarde silencio simplemente porque usted se lo ordene. - Vaciló unos segundos.

No estaba seguro del próximo paso a dar. No había planeado el desenlace de esa situación tan difícil, pero al pensar en el tiempo que se le escapaba de las manos y que en cuestión de horas se reuniría con el corsario norteamericano, ésa parecía ser su única oportunidad para comunicarle a Simon su partida inminente. Pero no podía revelar sus planes sin más: Simon deduciría al instante que aquel viaje a Inglaterra había tenido otro propósito que una mera visita personal y le causaría aún más sufrimientos. Era posible que pudiera perdonar al capitán Sable, pero ¿a un espía? Christopher consideraba que no. En un momento de inspiración comprendió que podía usar a Robert como pretexto para su partida y así ahorrarse otras explicaciones.

-Creo -comenzó a decir lentamente-, que sería aconsejable que yo partiera para Norteamérica. Esta misma noche. Antes de que Robert tenga oportunidad de causar problemas. Una vez que esta guerra haya concluido... - Una sonrisa burlona asomó a sus labios mientras continuaba-: ... esta guerra a la que usted le presta tan poca atención, mis antiguas actividades de corsario dejarán de ser un peligro. Entonces podré regresar. Hasta entonces, me temo, señor, que no puedo arriesgarme a permanecer aquí.

Al ver la expresión decepcionada de Simon, Christopher adujo:

- Jennings-Smythe sabe quién soy. Me reconoció y puede identificarme como el capitán Sable.

No muy convencido y levantando el mentón con obstinación, Simon preguntó:

- ¿Cómo viajarás? Ningún barco sale rumbo a Norteamérica.

- Puedo partir esta noche para Francia. De allí tomaré un barco que vaya a las Antillas, o a Cuba. No importa el puerto que sea; en algún momento me las arreglaré para llegar hasta un navío norteamericano que navegue por esas aguas o que decida burlar el bloqueo del Golfo. No se preocupe, llegaré a Nueva Orleans de una forma u otra. Sólo llevará tiempo. - Fría y deliberadamente reprimió los remordimientos por aquellas mentiras: era mucho mejor que su abuelo creyera eso antes que conocer la existencia de ese corsario norteamericano en aguas inglesas.

A Simon no le gustaba, pero veía con claridad el peligro que corría su nieto. Con todo, reacio a dejarle partir, argumentó:

- ¿Por qué debe ser esta noche? ¿Por qué no mañana o pasado mañana? -Él mismo se dio cuenta de las respuestas en cuanto pronunció aquellas palabras. Cualquier retraso ahora que Robert estaba hablando abiertamente del capitán Sable, podía ser fatal. Una garra helada le aprisionó el corazón al pensar en Christopher encadenado y condenado a la horca, y cuando habló sus palabras casi no se oyeron -: Tienes razón. Debes partir esta noche.

El murmullo desgarró a Christopher sabiendo como sabía cuánto debía Simon estar temiendo esa separación... ¿y acaso no la temía él tanto como su abuelo?

- Esta vez - dijo persuasivamente -, no será como la última. Ahora usted sabe adónde me dirijo y también sabe que volveré pronto: es una promesa.

Simon se puso de pie sin ninguna prisa. No podía decir las palabras de despedida, todavía no. Tendrían otro momento a solas antes de que terminara la velada y partiera Christopher. Entonces, tal vez, podría decirle adiós al muchacho sin esas tontas lágrimas que le empañaban los ojos.

- Esta noche, después de la cena, quiero hablar contigo un poco más en mi gabinete. Después de eso podrás escabullirte de la casa. Mientras tanto, hablaré con Robert. Le diré que no pude encontrarte y que su historia es una farsa digna de representarse en Covent Garden. Le diré que tendrá que decírtelo a la cara delante de mí para convencerme de que no es nada más que un cuento para perjudicarte. Eso lo mantendrá callado hasta mañana, por lo menos. Para entonces ya deberías haber llegado a Dover. Te advierto, sin embargo, que no pierdas tiempo. Trataré de mantener a Robert callado todo el tiempo posible, pero sólo lograré engañarlo durante uno o dos días a lo sumo.

Christopher asintió.

-¿Ya las damas qué les dirá usted?

- Simplemente que te han llamado con urgencia de Francia por asuntos de negocios y que

no han de comentarlo con nadie. Cualquier otra persona que pregunte por ti, obtendrá la misma respuesta. Tarde o temprano dejarán de preguntar. - Luego, estudiándose las botas, musitó ferozmente -: Lo único que tienes que hacer es regresar aquí en cuanto te sea posible.

Christopher se quedó contemplando a su abuelo sin molestarse en ocultar lo que sentía por él. Con esa cálida sonrisa seductora que tan pocos habían visto alguna vez en sus labios, y los ojos dorados, normalmente tan duros, reflejando ahora toda la ternura de su amor por él, dijo titubeando un poco:

- Lamento en el alma que haya tenido que ser así. Y lamento que usted tenga que presentar excusas por mí. La próxima vez, se lo prometo, no habrá necesidad de una separación precipitada como ésta.

- ¡Voto a Dios, más te valdrá que no sea así! - gritó Simon, irascible. Le brillaban los ojos de emoción contenida y salió pesadamente de la habitación, gruñendo-: ¡No sé por qué pierdo mi tiempo contigo! Ahí está Robert esperándome en el gabinete y gracias a ti tendré que volverme manso con él para mantener su boca cerrada. ¡Y justo cuando estaba preparando una grandiosa escena para desheredarle!

Durante largo rato, Christopher se quedó mirando la puerta por donde había salido Simon. Le invadía una gran tristeza y sintió que se le desgarraba el corazón. Se recobró bruscamente e hirviendo de impaciencia tiró de la campanilla para llamar a Higgins a su lado. Pensó con ironía que se estaba volviendo una damisela sensiblera, y con deliberación cambió el hilo de sus pensamientos preguntándose cómo estaría tomando Robert las órdenes de su padre.

Por desdicha, cuando Simon llegó a su gabinete, éste estaba vacío. Al preguntarle a Twickham qué había pasado, recibió la sorprendente información de que el señorito Robert se había marchado con Galena, la criada de Nicole.

-¿Con una de las criadas? -repitió Simon-. ¿Qué está haciendo con una de ellas?

- En realidad, no podría decirlo, señor - respondió con cortesía Twickham, pero al ver fuego en los ojos de lord Saxon, se apresuró a añadir-: Si bien oí mencionar el nombre de la señorita Nicole y el de Edward Markham. Era algo que tenía que ver con el parque de Brighton. Tal vez la señorita Nicole envió un mensaje a alguno de los cocheros para que fuera a recogerlos en el parque y el señorito Robert decidió ir él en su lugar.

-Tal vez -admitió Simon evasivamente. Parecía improbable, aunque en efecto su hijo había hablado de ver a Nicole. Quizá habían ido a dar un paseo. ¿A esas horas? ¿Con Edward Markham? Decididamente eso sonaba extraño. Muy extraño.

CAPÍTULO XXXIV

Y en realidad era muy extraño. Edward Markham estaba con Nicole, pero no debido a una invitación suya o siquiera para complacerla. Él, efectivamente, había puesto en marcha su plan para raptarla y la suerte parecía estar de su lado por una vez.

Había alquilado el carruaje con un mínimo de esfuerzo. Hasta el tiempo le sonreía. La tarde era una encantadora sinfonía otoñal de aire fresco y vivificante y de hojas escarlata y oro. Nicole, en efecto, había ido al parque escoltada tan solo por Galena. Exultante, Edward las había visto desaparecer por una de las muchas alamedas. Desde su lugar ventajoso a la salida, acechó, impaciente, que Nicole terminara de dar su paseo habitual, rehusando pensar en la deprimente posibilidad de que pudiera encontrarse con amigos durante la caminata.

Nicole dio un paseo más largo que de costumbre, meditando sobre Christopher y la escena que habían tenido en la biblioteca. La enérgica caminata aclaró algo su mente y liberó parte de su frustración y desdicha reprimidas.

Se alegraba, se dijo con severidad, de que Christopher se alejara de su lado. Era mejor. Con él fuera de su vida, sin la posibilidad de verle de nuevo, sabiendo que se hallaba al otro lado del mundo y probablemente con un considerable número de conquistas femeninas, ella por fin estaría libre de esa absurda emoción que sentía por él.

Por último fue Galena quien acortó el paseo. A ella no le gustaba caminar y creía loca a su ama por desear hacerlo cuando podía ir en coche, y después de sufrir en silencio durante bastante tiempo, finalmente se acercó a la joven y le habló:

-Señorita Nicole, ¿no cree que deberíamos emprender el regreso? Son casi las cinco y usted no ha dado órdenes para que nos vinieran a buscar en carruaje.

-Supongo que tienes razón, Galena. Muy bien, regresemos. Poco después llegaban a la gran puerta principal del parque de Brighton y comenzaron el largo paseo hasta la casa de Kings Road. No habían dado más de unos cuantos pasos en esa dirección, cuando la súbita aparición de Edward, frenético y afligido la desconcertó.

-¡Querida! -gritó él patéticamente-. ¡Tengo una noticia espantosa! ¡No sé cómo decírtela! Pero ellos creyeron que sería conveniente que la oyeras de labios de alguien de tu familia.

Nicole palideció y su primer pensamiento fue para Christopher. Con los ojos topacio casi negros de aprensión, agarró el brazo de Edward con desesperación.

- ¿Qué sucede? ¡Dímelo ya, maldito seas! ¿Qué es?

-¡Lord Saxon! -dijo Edward con dramatismo-. ¡Ha muerto! Sufrió un ataque fatal hace no mucho tiempo. ¡Ven, te necesitan! ¡Apresúrate!

Aturdida por completo, Nicole se dejó conducir dócilmente por Edward, que le hizo cruzar casi a empellones la calle hasta el carruaje que esperaba al otro lado. Era tan grande su dolor y tan genuina su aflicción que ni siquiera reparó en que habían dejado a Galena frente al parque, ni se preguntó por qué los habitantes de Kings Road habían juzgado conveniente que fuera un familiar quien se lo comunicara.

Casi paralizada por la asombrosa y dramática noticia, Nicole, como había calculado Edward, prestó poca atención a la dirección en que iba el carruaje. Con la mirada vacía clavada en la ventanilla del coche no se dio cuenta al principio de que iban con gran rapidez en dirección contraria a la mansión de Kings Road.

Edward la observaba con disimulo desde su asiento del otro lado del carruaje. «Ahora, querida primita, ¡no te librarás de mí con excusas!», pensó con perversidad. Dentro de dos días o menos, quizás, estarían casados, y mucho antes que eso Nicole dejaría de ser la virgen inocente que era ahora. ¡Él se encargaría de ello! Una sonrisa malvada asomó a sus labios mientras consideraba las delicias y placeres que pronto serían suyos. Tiempo suficiente para doblegarla a su voluntad, pensó con satisfacción, y una expresión malévola cruzó, fugaz, por su semblante.

Nicole la advirtió y reaccionó al instante constatando varias cosas: Galena no estaba con ella; deberían haber llegado a Kings Road hacía varios minutos; y finalmente, al incorporarse en el asiento y echar un rápido vistazo al paisaje, se dio cuenta de que ni siquiera iban en la dirección correcta. ¡Se dirigían al norte!

Lentamente volvió a recostarse en el asiento con el semblante en blanco; conteniendo la furia de la sangre que hervía en sus venas, su cerebro funcionaba a un ritmo casi frenético. Era obvio que Edward la había embaucado y con amargura maldijo su propia estupidez. Debía haber comprendido que él intentaría un ardid semejante tarde o temprano, era tan típico de él, pensó con desdén. Debía proponerse casarse con ella en Gretna Green... a menos que tuviera pensado matarla. No podía desestimar del todo esa posibilidad y Nicole le dirigió una mirada calculadora. No, decidió por último, no la asesinaría... ¡Era demasiado cobarde para eso! Pero hasta los miedosos asesinan si se les empuja demasiado, se recordó, inquieta, y Edward debía de estar desesperado para haber acometido una empresa tan descabellada y precipitada.

Frunció el ceño de súbito. No tan precipitada si lord Saxon había sufrido un verdadero ataque fatal. Pasarían horas antes de que alguien, en algún momento, pensara en ella, se extrañase por su tardanza. ¿Habría aprovechado Edward esa circunstancia dolorosa para sus propias

necesidades? Era una idea horripilante, y todo el miedo y el pesar que había sentido volvieron a acosarla.

-Edward -dijo por fin-, sé que no vamos a la casa de lord Saxon. Adivino que nos fugamos para casarnos en Gretna Green. Pero dime la verdad, ¿lord Saxon está en efecto muerto o sólo lo inventaste para hacerme subir al carruaje?

Edward había esperado toda suerte de recriminaciones de parte de su prima. Desde luego no había imaginado que reaccionaría con tanta calma ni que le afectaría de esa manera la suerte de lord Saxon. Y como su pregunta le tomó desprevenido, le dijo la verdad:

-Que yo sepa, lord Saxon está tan vigoroso y saludable como siempre.

Ante la mirada de desprecio de Nicole, añadió con precipitación:

- Tenía que decirte algo que te conmoviera profundamente, que te hiciera perder la serenidad. ¿Qué más podía hacer?

-¡Eres una víbora rastrera! -escupió ella con absoluto desdén-. ¿Qué otra cosa podías hacer? Te diré qué otra cosa puedes hacer: ordenar que detengan este coche inmediatamente y yo fingiré que este episodio tan irritante Y desagradable no ha sucedido jamás. Puede que me tengas en tu poder por el momento, pero voy a decir algo, querido primo -dijo arrastrando las palabras con sarcasmo-, ¡nada hará que me case contigo! Vas a estar bastante ridículo cuando rehúse repetir las promesas sacramentales.

Los ojos azules de Edward reflejaron odio y rencor cuando éste refunfuñó:

- ¡En tu lugar yo no hablaría con tanta intrepidez! Cuando lleguemos a Gretna Green estarás más que contenta de casarte conmigo, especialmente en vista de que para ese momento podrías estar llevando mi hijo en tu vientre. Por cierto, yo habré cumplido mi papel para asegurar que así sea. ¡He previsto hasta el más pequeño detalle, querida prima, así que no esperes ayuda de los Saxon! A menos que nos den alcance dentro de las próximas horas, lo cual es improbable, no te servirán de nada. Ni siquiera lord Saxon te respaldaría en cuanto comprendiera que ya no eres virgen y que podría existir la posibilidad de un hijo.

Nicole se tragó las palabras furiosas que se agolpaban en su garganta, pues no deseaba sacarle de quicio y que uniera la acción a la palabra... todavía no. Edward era un imbécil si creía que podría cometer esta locura impunemente. ¡Jamás se casaría con él! y no le resultaría fácil violarla. Pero aun en el caso de que lo lograra, aun cuando ella quedara embarazada, no se casaría con él jamás. Arrostraría el escándalo, las murmuraciones, la deshonra Y de alguna manera se libraría de la criatura antes de que naciera.

- ¿No tienes nada que decir, querida? - se mofó Edward interrumpiendo sus pensamientos.

Nicole se encogió de hombros, no rompería las hostilidades hasta haber decidido con

exactitud qué pensaba hacer. Respondió entonces casi con indiferencia:

- ¿Qué puedo decir? Obviamente has pensado en todo.

-Así es -concordó Edward, complacido-. Así es. Y eres muy lista al entender que sería insensato tratar de entorpecer mis planes. Todo este asunto te resultará menos penoso si cooperas. - Una mueca egoísta le torció los labios al añadir con jactancia-: Se dice que soy muy competente en el arte de hacer el amor y estoy seguro de que apreciarás muchísimo más mi destreza y experiencia si no te resistes. Hay muchas mujeres, como sabrás, que estarían contentas de tomar tu lugar.

-Oh, ¿es posible? -replicó Nicole evasiva, mientras con disimulo echaba una ojeada al interior del carruaje en busca de algún objeto que pudiera utilizar como arma. Si oponía su propia fuerza a la de Edward podría ganar unos minutos de respiro; existía la remota posibilidad de salir victoriosa en una contienda de voluntades entre ellos, pero no desdeñaría nada que pudiera poner la ventaja de su lado.

Al principio le pareció que no había nada que le sirviera. El carruaje estaba vacío aparte de ellos; si Edward había traído equipaje estaba atado con correas sobre el techo. Su sombrero estaba sobre el asiento a su lado, pero lo descartó de inmediato, pues no tenía nada que pudiera serle útil. Mordiéndose los labios, echó una última y desesperada ojeada en derredor y entonces lo vio: el bastón de malaca de Edward. El bastón estoque. Sus ojos acariciaron con codicia el objeto delgado y mortal que reposaba inocentemente al lado de su primo.

Nicole nunca se había sentido tan sola e impotente en toda su vida y al ir cubriendo la distancia, mientras la mortecina luz del; atardecer daba paso al resplandor plateado de la luna, se sentía cada vez más frustrada y furiosa. No estaba asustada ni le temía a Edward, pero comprendía que con cada hora que pasaba se iba acabando su tiempo, que pronto su primo cumpliría sus amenazas y la forzaría a aceptar sus repugnantes atenciones. Se estremeció de asco al imaginar la sensación de las manos de Edward vagando libremente por todo su cuerpo.

Como si adivinara sus pensamientos, Edward le sonrió en la penumbra del carruaje.

- ¿Nerviosa, querida? - preguntó con suavidad -. No te preocupes, te quedan aún unos cuantos minutos antes de que me deje llevar por mis más bajos instintos.

Con la boca reseca, Nicole preguntó sin expresión en la voz:

- ¿Qué estás esperando? ¿Que la luna brille con todo su fulgor para llevar a cabo tu actuación?

- ¡Ésa sí que es una posibilidad! Pero no, estás equivocada. Se aproxima un trecho del camino particularmente angosto y lleno de curvas y me disgustaría que mi cuerpo fuera arrojado de un lado a otro en el momento más crucial. Apreciarás mi consideración cuando veas lo que

quiero decir.

Hastiada de ocultar su ira y desprecio, de pretender una resignación que no sentía, replicó con ironía:

- ¡Dudo que hayas tenido consideración por alguien en toda tu egoísta vida! - En tono casi coloquial, continuó-: Deberías saber, Edward, que estás arriesgando esa vida con lo que estás haciendo. ¿Crees acaso que un matrimonio le impedirá a uno de los Saxon que te reten a duelo? -Soltó una cristalina carcajada al ver la repentina expresión de incertidumbre de Edward. Era, obviamente, un punto que no había considerado. Brilló un reflejo dorado de burla en los ojos topacio de Nicole al continuar lentamente y saboreando las palabras-: Veamos: primero está el mismo lord Saxon, muy diestro todavía con una pistola según el decir general. Y luego viene Robert. Robert debe ser excelente con la espada, ¿no lo crees? ¡Y en cuanto a Christopher, bueno, he oído que lo es con ambas! - La voz sonó áspera de improviso reflejando toda su repugnancia al estallar-: ¿En realidad crees que te dejarán salirte con la tuya con impunidad? Especialmente si nos alcanzan.

Edward soltó una risotada nerviosa.

- ¡Oh, no seas ridícula! Ninguno de ellos es tan tonto ni se preocupa tanto por ti como para retarme a duelo. ¡Y nadie nos alcanzará!

En ese momento, como para refutar sus palabras, el carruaje se ladeó peligrosamente arrojando a Edward contra la puerta y a Nicole hacia el otro lado, buscando, desesperada, una agarradera de cuero para asirse. No tuvieron oportunidad de recuperar el equilibrio antes de que otro vaivén más peligroso y súbito que el anterior hiciera rodar por el suelo a Edward que maldecía a gritos mientras que Nicole, aferrada a una agarradera, apenas podía mantenerse en el asiento. Al ver que su primo estaba luchando por recuperar el equilibrio, no perdió un segundo e inclinándose velozmente, recogió el bastón que había rodado a sus pies. En un abrir y cerrar de ojos estuvo escondido entre los pliegues de su capa. .

El carruaje, después de un ominoso chirriar de ruedas y de una sacudida que les agitó los huesos, se detuvo de golpe y a duras penas en equilibrio. Afuera Nicole podía oír al cochero gritándole al postillón con voz agitada y Edward, enderezándose por fin, abrió la puerta de golpe. El carruaje estaba tan inclinado que le obligó a trepar hasta el techo para poder salir del coche. A salvo finalmente en el suelo, Edward exigió en tono furioso:

-¿Qué demonios pasa?

Se produjo un intercambio de voces que Nicole trató de escuchar con toda atención. En apariencia, había habido un inesperado y profundísimo bache en el camino y al girar de repente para evitarlo, el coche se había desviado hacia la cuneta. Una de las ruedas traseras se había

salido del camino y estaba profundamente enterrada en la tierra.

En el coche vacío Nicole sonrió. No sabía en realidad si alguno de los Saxon había salido en su busca, pero cualquier retraso la beneficiaba. Más bien creía, sin embargo, que la ayuda estaría en camino, pues Galena sin duda habría regresado a Kings Road esperando encontrarla allí... ¡Y a lord Saxon muerto! Cuando se descubriera que éste estaba sano y salvo, sonaría la alarma y alguien -el corazón brincó alocadamente en su pecho cuando recordó el rostro moreno y furioso de Christopher- ; alguien, con seguridad, deduciría lo que había sucedido. Estaban en la carretera principal rumbo hacia Escocia y era la primera que tomaría cualquiera que fuera a rescatarla.

Los minutos pasaban y los hombres seguían luchando para liberar el coche atrapado. Nicole se sentía cada vez más animada. Edward, por lo que podía oírse, no se estaba congraciando con los cocheros al gritar y maldecir sin cesar por sus desafortunados esfuerzos por volver a colocar el carruaje sobre el camino. Al contemplar el paisaje iluminado por la luna deseó con fervor que su puerta no estuviese obstruida. Tal vez, pensó, tendrían que pasar allí toda la noche. Eso sería muy conveniente para el complot miserable y ruin de Edward. Pero al minuto siguiente sus esperanzas rodaron por tierra cuando el coche se sacudió de súbito con violencia; la rueda giró locamente por unos segundos, luego se liberó de golpe y entre enérgicas sacudidas y tambaleos el pesado vehículo rodó triunfalmente hacia el camino. A Nicole se le cayó el alma a los pies cuando el coche se enderezó, pero se consoló acariciando el bastón de estoque que seguía ocultando debajo de la capa. Edward iba a recibir una desagradable sorpresa, pensó apretando los labios.

El objeto de sus pensamientos subió gateando al coche un momento más tarde y exclamó en tono desagradable:

-¡Esos imbéciles incompetentes! Se pensaría que por el dinero que les estoy pagando tendrían que saber conducir.

Nicole no comentó nada; el corazón le palpitaba alocadamente en el pecho. Tenía que actuar ahora, mientras él estaba algo agitado aún por el inesperado accidente y antes de que viajaran mucho más lejos. Con ojos brillantes de determinación, aguardó hasta que Edward se hubo sentado. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, Nicole atacó al instante sosteniendo la espada con absoluta firmeza en la mano y él se encontró con medio metro de hoja desnuda ante los ojos. Instintivamente se encogió contra el respaldo del asiento y Nicole ordenó con engañosa suavidad:

- Quieto, Edward. No me des un sobresalto pues podría herirte sin querer.

Edward se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la hoja brillante a escasos centímetros de

la cara. Nicole había elegido acertadamente el rostro como blanco, sabiendo que Edward haría cualquier cosa con tal de proteger sus hermosas facciones.

La joven le observaba con sorna mientras él trataba en vano de fundirse en los cojines del asiento de cuero. Inexplicablemente volvió a su memoria la escena en la cárcel de Grand Terre. Revivió la insolencia de Christopher cuando ella había apuntado la pistola a su cabeza delante de Allen en su propia celda.

Sin molestarse en ocultar el desprecio que sentía por aquel cobarde que tenía delante, Nicole ordenó:

- Llama a tu cochero y ordénale que dé la vuelta. Regresamos a Brighton.

Al ver desvanecerse todas sus esperanzas de un futuro rosado y feliz, se consternó tanto que hasta olvidó su rostro y se incorporó con violencia, pero se paró en seco de inmediato cuando la punta afilada le pinchó el pómulo muy delicadamente.

- ¡Maldita seas, Nicole! - renegó con fiereza mientras se tocaba ligeramente la herida con un fino pañuelo de lino-. ¡Maldita seas si me has marcado! Se entrecerraron los ojos de la joven y sus labios fueron sólo una línea inexorable al responder en tono monótono:

- ¡Y maldito seas tú, querido primo, por lo que tratabas de hacerme! Ahora ordena que den vuelta al carruaje o la próxima vez te marcaré para toda la vida. ¡Hazlo! ¡Ahora mismo!

Edward obedeció con reticencia y dio unos golpes para que el cochero detuviera la marcha. El vehículo hizo un alto y Edward, con los ojos ardiendo de odio, escupió rabiosamente la orden de regresar a Brighton.

El cochero y el postillón intercambiaron miradas resignadas: ¡esos aristócratas! Eran locos de atar que nunca sabían lo que querían. Pero como a ellos ya se les había pagado por hacer el largo viaje hasta Gretna Green, paga que no devolverían, y sin discutir la contraorden se mostraron dispuestos a recorrer la distancia mucho más corta que los separaba de Brighton.

El coche giró y Nicole se permitió un breve suspiro de alivio cuando los caballos comenzaron a galopar a mayor velocidad rumbo a Brighton y al hogar. Se mantuvo alerta sin permitirse bajar la guardia, pues Edward era más peligroso ahora que en cualquier otro momento. Si de algún modo llegara a controlar la situación, ¡que Dios la ayudara! Instintivamente la mano apretó i con más firmeza aún la empuñadura del estoque. Le mataría antes que caer de nuevo en su poder.

Viajaron en silencio: Edward hosco y malhumorado en su asiento y los ojos de Nicole clavados en él, mientras la espada alzaba una barrera mortal entre ellos.

No tenía la menor idea de la hora que era, ni de cuánto tiempo o cuánta distancia recorrieron; pero había anochecido hacía mucho tiempo y la luna plateada estaba alta en el cielo. Segura de que la ayuda debía de estar en camino, pues Galena habría regresado

enseguida y dado la alarma, confiaba en que Christopher o Robert estarían ya tras ellos. Aunque había logrado intimidar a Edward por el momento, conocía demasiado bien a su primo. Aunque confiaba en sus propias fuerzas, especialmente con la ayuda del estoque, se sentiría más aliviada si pudiera contar con la protección de los Saxon una vez más. Qué dependiente de ellos se había vuelto, pensó con ironía.

El rítmico balanceo del carruaje ejerció un efecto sedante sobre Nicole que se relajó ligeramente, pero de inmediato se enderezó y observó con atención a Edward, que se movía, inquieto, enfrente de ella mientras la espada seguía cada uno de sus movimientos.

-¡Oh, baja esa maldita cosa! -exclamó él, irritado-. No voy a intentar nada mientras sostengas esa espada. ¡No soy ningún necio!

-¡Oh, por supuesto lo eres! Nadie sino un necio habría intentado resolver sus dificultades de una manera tan estúpida. ¿De verdad me consideras tan idiota como para consentir vivir contigo? Podría verte intentando este ardid ridículo con alguna criada medio tonta y que ya estuviera enamorada de ti. ¡Pero, Edward, de todas las mujeres tuviste que pensar en mí! ¿Cómo pudiste ser tan absurdo?

Edward le echó una mirada de puro odio.

- Porque - dijo furioso - me despojaste de una fortuna. Era mía, toda mía, y entonces tuviste que regresar. ¡Yo la necesitaba, tú no! Vaya, podrías casarte con cualquier hombre rico, más rico que tú, y no tendrías necesidad de tus bienes.

Con voz dura, Nicole replicó:

-Creo que me corresponde a mí decidir si necesito mi fortuna o no. ¡No a ti, con toda seguridad! Tu familia ya se ha enriquecido bastante a costa mía durante todos estos años y creo que eres demasiado codicioso al quererla toda para ti. Recuerda que nosotros de ninguna manera estamos emparentados. Puedo llamarte primo, pero sólo como un título de cortesía. Desear toda la fortuna que mi familia ha amasado a lo largo de los años es, me temo, el colmo de la avaricia. No te «despojé» de ninguna fortuna, sólo regresé a reclamar lo que legalmente me pertenece, y harías bien en recordarlo.

Edward no pudo responder nada a aquellas palabras hirientes y volvió la cabeza para mirar por la ventanilla con aire resentido, maldiciendo su sino desgraciado. Era injusto que habiendo llegado tan lejos se viera frustrado en sus propósitos por una simple mujer, se indignó. Si sólo pudiera arrancar le la maldita espada de las manos, entonces todo volvería a arreglarse. Sólo que esta vez no perdería tiempo en desflorarla ni la trataría con cortesía. Esta vez ella aprendería que no era prudente obstaculizar sus planes.

Recobró un poco de confianza, y sacudiéndose de encima parte de la cobardía que le había

dominado, estudió furtivamente a su prima. Era sólo una mujer.

Nicole, siempre alerta como una zorra acosada, advirtió de inmediato el cambio en la actitud de Edward. Lo percibió en el aire como lo hace un animal y su cuerpo se tensó. Sin intimidarse en lo más mínimo, le miró de frente sin que sus bellas facciones delataran que sospechaba alguna artimaña de su parte.

- Edward, yo en tu lugar no intentaría hacer nada. No soy ninguna jovencita remilgada que se desmaya al ver sangrar: he visto mucha sangre antes y he visto morir a muchos hombres en el pasado. Puedo matarte y lo haré si me veo obligada a hacerlo: tuya es la elección. Pero entiende bien que no estás tratando con una histérica cualquiera... presióname y te atravesaré sin miramientos.

Edward tragó saliva con dificultad, desconcertado por el tono resuelto de su voz. Le hizo vacilar, pero la situación era demasiado desesperada ahora para prestar atención a sus advertencias. Si Nicole se le escapaba, no sólo seguiría endeudado sin poder pagar nada, sino que estaría completamente arruinado por el escándalo de aquel intento de rapto... hasta podría tener que enfrentarse a una acusación criminal si los Saxon desearan afrontar los rumores que originaría semejante acción. Ésta no era una broma que pudiera explicarse así como así, ni podría librarse de la cárcel sobornando gente; una vez en Brighton tendría que hacer frente a las consecuencias de sus actos, algo que nunca había hecho en toda su egoísta vida, algo que no tenía intención de hacer. Él le enseñaría a esa perra estúpida la lección de su vida; su momento llegaría antes de alcanzar Brighton. Y él estaría preparado, ya lo vería ella. «Espera, querida prima, sólo espera, ¡tú no me ganarás esta vez!», pensó con malevolencia.

Y el momento llegó menos de cinco minutos después aunque no era lo que esperaba. La rueda que se enterrara en tierra había quedado dañada. El impulso del carruaje y una curva particularmente cerrada fueron su perdición; como el cubo de la rueda no pudo soportar la violenta embestida combinada con un giro brusco, se resquebrajó con un crujido ensordecedor mientras los radios saltaban por los aires hechos añicos. Sin éstos, el borde de la rueda se arrugó como un pergamino viejo; entonces el eje posterior, sin apoyo de ninguna clase, cavó un surco antes de que el cochero pudiera frenar los caballos.

Muera reinaba el caos: los caballos tiraban de las riendas, la pareja delantera de animales estaba enredada en sus arreos y el carruaje se inclinaba peligrosamente en el mismo centro del angosto camino. Adentro Nicole y Edward estaban trenzados en una batalla campal por el bastón de estoque; ninguno sabía cuál había sido la causa de esa inesperada y violenta sacudida, antes de que el eje diera en tierra. Al primer chirrido Edward había reunido coraje y saltado sobre Nicole y ésta, sacudida de un lado a otro del habitáculo, luchaba como una zorra

acorralada con los ojos casi desorbitados por la tremenda concentración. El movimiento errático del vehículo dio una ligera ventaja a Edward y él la aprovechó de inmediato lanzándose con todo el cuerpo sobre el de Nicole al tiempo que esquivaba diestramente la hoja de la espada. Era una lucha desagradable; Edward maldecía mientras ella se retorcía entre los brazos asesinos que la rodeaban sintiendo todo el peso de aquel cuerpo sobre el suyo como si quisiera clavarla en el asiento. Cuando sintió su aliento caliente sobre la mejilla, se estremeció de asco y luchó con más violencia que nunca para liberarse.

Edward la tenía aprisionada por las manos y ejercía toda la presión sobre la que sostenía el arma, pero Nicole, respirando penosa y agitadamente, ignoró el dolor que le agarrotaba el brazo y revolviéndose con violencia consiguió levantar una rodilla y con la mayor crueldad dio de lleno en la ingle de Edward; ella sonrió inflexible al oír su aullido de dolor. Él aflojó ligeramente la mano que le aprisionaba la muñeca y Nicole, sin darle oportunidad de que se recuperara, con la velocidad de una víbora al ataque hundió con rapidez la espada en el hombro de su adversario.

Otro aullido de dolor escapó de su garganta y cayó de espaldas con una mano cubriendo las ingles y la otra el hombro. Sin creer lo que veía miró a la joven desgreñada que seguía sosteniendo la espada lista para volver a atacar. Al ver las pocas gotas de sangre que habían salpicado su capa, Edward cerró los ojos y gimió:

-¡Me estoy muriendo! Lo sé. ¡Tú me has matado, prima!

- Ni lo pienses - replicó ella, tajante -. Sólo estás herido, primo, y no es una herida fatal, lo aseguro. Te lo advertí, así que no puedes culpar a nadie sino a ti mismo. Agradece que no te haya matado, porque desde luego la idea cruzó por mi mente.

El ruido repentino de un vehículo que se acercaba la distrajo momentáneamente e, ignorando a Edward, se inclinó hacia adelante escuchando con suma atención. Le llevó sólo un segundo reconocer la voz de Robert en la oscuridad y echando una última mirada de desdén a Edward, le arrojó el bastón de estoque y saltó del coche.

- ¡Robert! ¡Espera! ¡Soy Nicole! - gritó casi regocijada, agradecida por aquella ayuda tan oportuna. No la habría deleitado tener que pasar toda la noche con un hombre herido y petulante como Edward en un coche destrozado mientras el cochero o el postillón iba a buscar ayuda, y aunque hubiese preferido a cualquiera antes que a Robert Saxon como salvador, no estaba de humor para hacer objeciones de poca monta. A la luz de la luna Robert la miró y exclamó:

-Querida, ¿eres tú realmente? No había imaginado que pudiera alcanzarte hasta dentro de una hora o más.

Nicole soltó una carcajada nerviosa.

- Hemos tenido una serie de accidentes; el último puedes verlo por ti mismo. -Luego, con un sollozo de alivio, añadió-: ¡Oh, Robert, me siento tan feliz de verte! ¡Por favor, llévame a casa! ¿Están muy preocupados en Kings Road?

Éste empezó a contestar, pero Galena, que estaba sentada a su lado, no pudo contenerse más y saltando de la calesa de Robert, corrió hasta donde estaba su señora.

- ¡Señorita Nicole, he estado tan asustada! Corrí a casa en cuanto usted desapareció con el señorito Edward. Me encontré con el señorito Robert y allí me enteré de que lord Saxon estaba vivo. -Echando una mirada preocupada a Robert, continuó-: Cuando le conté lo que había pasado, adivinó inmediatamente que el señorito Edward estaba planeando un matrimonio clandestino y partimos en su búsqueda. Nadie sabe siquiera dónde estamos. El señorito Robert consideró que no se debía perder ni un segundo y dijo que cuando alcanzáramos el carruaje, usted me tendría a mí para salvar las apariencias.

Nicole le sonrió para tranquilizarla al ver su rostro preocupado.

- Has hecho lo correcto, Galena. Abandonemos este lugar y vayamos a casa. Estoy realmente agotada y me parece haber vivido con los nervios de punta durante todo este tiempo.

Sus palabras dieron pie para que Robert interviniera y bajándose de la calesa, ayudó a Nicole a subir. Ella echó una última mirada al coche inservible y se estremeció. ¡Gracias a Dios había escapado de las garras de Edward!

Después de acomodar a las mujeres, Robert, con una expresión tenebrosa en el rostro, se encaminó al otro vehículo, pero Nicole le llamó:

- ¡Robert! ¡No! ¡Déjalo en paz!

Ante su aturdida expresión de incredulidad, dijo en tono persuasivo:

- No puede hacer nada más por esta noche. Le he herido con su propia espada y mañana habrá tiempo suficiente para tomar medidas. Por favor, vámonos ya por mi propio bien.

-Querida, haría cualquier cosa por ti, pero no puedo soportar la idea de que ese tipo escape nada más que con una herida infligida por una mujer. ¡Necesita enfrentarse a un hombre!

- Lo hará Robert, lo hará. Pero mañana, por favor. Se hace muy tarde y como nadie sabe dónde estoy, deben de estar muy preocupados por mí, así que por favor, por favor, ¿me llevas a casa?

Robert volvió la cabeza hacia otro lado de modo que ella no advirtió la peculiar expresión que cruzó por su semblante. En apariencia echando una última mirada al vehículo de Edward, dijo:

- Muy bien, querida, si eso es lo que deseas. Le exigiré satisfacción más tarde. ¡Eso no puedes negármelo!

- Ni querría hacerlo.

Sin discusión, Robert trepó a la calesa, hizo dar la vuelta a los caballos y Nicole emprendió el camino de regreso a Brighton, esta vez en compañía de una persona mucho más sociable. La muchacha casi disfrutó del camino de vuelta, a pesar del asiento estrecho y la fuerza cortante del viento nocturno. No pensó más en Edward y sólo agradecía haber escapado ilesa.

Nicole se había equivocado con respecto al estado de salud de Edward, y debía haberse dado cuenta de que estaba realmente desesperado. Él reconoció la voz de Robert Saxon y asiendo el bastón de estoque se escabulló fuera del coche por el otro lado, ocultándose detrás de él. Enfrentarse a un Saxon furioso era más de lo que podía soportar en ese momento. Necesitaba tiempo para reunir el poco coraje que le quedaba. Oh, lucharía para recobrar a Nicole, mas no en ese lugar, en una carretera principal y delante de cuatro testigos.

Desde su escondite vio cómo Saxon subía a la calesa y emprendía el regreso. Sintiéndose ahora a salvo de un ataque, salió osadamente de su refugio e ignorando el dolor del hombro y las manchas de sangre que estropeaban su chaqueta azul claro cortada a la perfección, exigió que soltaran uno de los caballos, pues deseaba ir en busca de ayuda. No iba a pasar la noche sentado en un carruaje frío e incómodo esperando que los demás hicieran algo.

Discutieron con acritud durante unos minutos, pero a la larga Edward se salió con la suya. Un rato después, montado de forma precaria sobre un corpulento caballo de tiro sin montura, partió, según dijo, en busca de ayuda.

Pero ésa no era en realidad su intención. Ahora era imposible casarse con Nicole, pero no asesinarla. Con el estoque atado firmemente a la cintura con una tira de cuero del arnés del carruaje, partió en pos de ellos.

Sería una tragedia, pensaba, orgulloso, una tragedia rodeada de misterio. ¡El hijo de lord Saxon, la señorita Nicole Ashford y su doncella asesinados en Brighton Road por un asaltante desconocido! La respuesta perfecta a todos sus problemas. Y sin testigos molestos. Exactamente cómo conseguiría que le permitieran atravesarlos con tranquilidad con el estoque era un punto que Edward aún no había considerado. En el peor de los casos, ocultaría su identidad con un pañuelo atado en la nuca que le taparía la mitad de la cara, trataría de matar solamente a Nicole y escaparía.

Ajenos al perseguidor desesperado que iba tras ellos a muy corta distancia, Robert y sus acompañantes seguían camino de Brighton, sólo que éste, como Edward, tenía planes muy diferentes a los expresados.

Había emprendido aquel viaje con la única intención de rescatar a Nicole de las viles garras de su primo. No fue sino hasta después de tenerla a salvo cuando tomó la decisión de no regresar a Kings Road. En cambio, la llevaría a su casa cerca de Rottingdean. ¡Y allí la

convencería de su amor y le haría comprender que debía casarse con él!

Nicole no tenía la menor idea de lo que planeaba Robert, pero estaba inquieta desde el momento en que le habían confirmado que nadie más sabía lo sucedido. Su admiración y simpatía por Robert habían desaparecido hacía mucho tiempo y no sólo recelaba de él sino que le temía un poco. Pero la rescató de una situación en extremo peligrosa y se lo agradecía. Resueltamente reprimió el absurdo deseo de que su salvador hubiese sido cualquier otro menos Robert Saxon. Y mientras recorrían la campiña a la luz de la luna, Robert desvió sus pensamientos con habilidad del mal trago que había pasado conversando de cosas triviales y placenteras. Nicole sintió remordimientos de conciencia, pues se estaba comportando de una manera tan encantadora...

Pero sus remordimientos duraron exactamente treinta y cinco minutos. Entonces, cuando Robert sacó los caballos de la carretera principal y los guió hacia un camino lateral a la izquierda, inquirió, incisiva:

- ¿A dónde vamos? ¡Brighton queda más adelante, no es por este camino!

- Lo sé, querida, pero pensé que sería conveniente detenemos un rato en mi casa. Estás helada hasta los huesos y mi ama de llaves te preparará vino caliente con especias para que entres en calor - respondió en tono tranquilizador, con los ojos clavados en los caballos-. Encenderemos un buen fuego en el hogar para calentarte y enviaré de inmediato a uno de mis sirvientes con la noticia de tu paradero. Como dijiste, todos deben de estar locos de ansiedad por ti. Cuando el mensaje llegue a manos de mi padre, no me cabe ninguna duda de que no pasará mucho rato antes de que todos lleguen a mi casa para buscarte. Entonces, en lugar de una calesa fría y ventosa para llevarte a casa, viajarás cómoda, rodeada de mi familia.

Era un cuadro tentador, pero Nicole desconfiaba. Y a menos que la casa de Robert apareciera a la vista muy pronto, desconfiaría aún más de sus palabras.

Edward, helado hasta los huesos pero siguiéndolos aún con obstinación, soltó un silbido de sorpresa cuando Robert sacó la calesa de la carretera principal. ¿Qué se proponía hacer Saxon?

Una mueca de burla y desprecio le torció la boca y se rió en 'silencio. ¿Un poco de seducción, quizá? ¡Bien merecido lo tendría!, pensó con rabia. Fuera cual fuese la razón que había impulsado a Saxon a desviarse por aquel camino secundario, servía admirablemente a los oscuros propósitos de Edward. Un sendero que atravesaba un paraje desierto a aquellas horas de la noche era mucho más apropiado para sus crueles designios que la carretera principal a Brighton.

Acariciando el bastón de estoque, espoleó sin miramientos al caballo con la intención de

alcanzar la calesa y terminar de una i vez con las vidas de esas personas. Pero su cabalgadura, entrena-da como caballo de tiro, resultó ser muy testaruda. El animal no sólo no respondía a las espuelas de Edward sino que además comenzó a hacer cabriolas luchando contra las riendas. Temiendo caer al suelo, ya que no era un jinete experto, desistió de inmediato y con furia creciente tuvo que permitir al caballo que continuara al paso lento y can sino al que estaba acostumbrado.

Por momentos Edward temía perder por completo de vista a su presa, pero aunque la calesa desaparecía a veces detrás de una curva o en algún declive del terreno, siempre se las ingeniaba para azuzar a su caballo y no perderles el rastro.

Al ver que pasaban los kilómetros, era cada vez más evidente para Nicole que Robert le había mentido descaradamente. Si hubiesen seguido por el camino principal, en aquellos momentos ya estarían en la casa solariega. Su inquietud aumentó. Galena debía de haber percibido esa intranquilidad, porque como una criatura temerosa, deslizó la mano en la de Nicole.

Robert se dirigía hacia el sudeste, hacia el mar, y Nicole podía oler el aire cargado de sal. Volviéndose para mirarle, preguntó:

- ¿Exactamente dónde está tu casa?

- A sólo un kilómetro de aquí - respondió sonriéndole seductoramente-. Está junto al mar. Muchas noches las paso en vela escuchando el rítmico batir de las olas. - Bajando la voz, dijo con suavidad-: Tu madre afirmaba que era una de las casas más encantadoras que había visitado en su vida.

Nicole sintió náuseas por lo que insinuaba, pero como de momento no deseaba traer a colación toda aquella horrenda historia, se obligó a sí misma a encogerse de hombros con fingida indiferencia. Por fortuna, avistaron la casa de Robert a poca distancia.

CAPÍTULO XXXV

La casa de Robert no era muy grande, pero sí acogedora y confortable en extremo. El vestíbulo de entrada era diminuto, pero el salón adonde la había conducido uno de los sirvientes estaba amueblado con elegancia. En el hogar de piedra crepitaba alegremente el fuego y muy pronto el ama de llaves se presentó con una humeante taza de vino bien caliente y aromatizado con especias.

La pelliza manchada había caído descuidadamente sobre un sillón cercano y ahora Nicole, de pie frente al fuego, trataba de calentarse mientras bebía a sorbos el vino. Mirando a Robert por encima del borde de la taza, preguntó con firmeza:

-¿Cuándo vas a escribirle a tu padre? ¿No deberías hacerlo antes de que se haga demasiado tarde?

- Por supuesto, querida, le escribiré en este mismo momento - respondió al instante, y sentándose detrás del escritorio de palisandro comenzó a hacerlo de inmediato. Al terminar se levantó sonriente y llevándose la nota doblada, se encaminó a la puerta y salió al vestíbulo. Sospechando de él, Nicole atravesó el salón al vuelo, abrió con cuidado la puerta y le observó con suma atención por el resquicio.

Robert estaba solo en el vestíbulo de espaldas a Nicole, que le observó mientras él rompía la nota en pequeños pedazos que luego arrojó al interior de una enorme urna de cobre. Robert se dio la vuelta tan deprisa para regresar al salón, que Nicole no tuvo tiempo de cerrar la puerta y apenas el suficiente para correr de regreso a su sitio frente al fuego.

Cuando él entró en el salón ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para enfrentarse a su sonrisa de inocencia. Pero por dentro hervía y se maldecía por lo estúpida que había sido al no comprender que no se podía confiar en Robert bajo ninguna circunstancia. Bajando las pestañas para ocultar la expresión de j furia que tenía en los ojos, recorrió el salón con la mirada. A simple vista no había nada que le sirviera. Era una habitación muy masculina con un aire de comodidad y elegancia. Los muebles estaban tapizados en cuero y damasco en tonos oscuros, los tapetes eran sólo manchas apagadas en tonalidades doradas y castañas y las ventanas tenían cortinas de terciopelo color granate, corridas ahora para evitar el frío viento otoñal. Nicole estudió con atención un par de puertas acristaladas que en apariencia daban al exterior. Una cortina de tela plegada artísticamente las cubría. Sólo por un instante que la llenó de inquietud, creyó que alguien la estaba espiando, pero desechó la idea como una absurda fantasía.

Si las puertas no estaban cerradas con llave, sería sólo cuestión de recoger su pelliza y salir corriendo a la campiña en medio de la oscuridad. Aquel trecho de la costa, según recordaba, era rocoso y lleno de baches, lo cual le ofrecía varios escondrijos donde podría esperar la mañana. Empezó a deslizarse hacia donde descansaba la capa, pero Robert, sin querer, se interpuso en su camino. Acercándose a ella, le tomó una mano y la llevó a sus labios.

-Querida, no sabes las veces que he soñado tenerte aquí conmigo. Las veces que te he imaginado como estás ahora con el cabello iluminado por el fuego, brillando como las mismas llamas y con la piel bañada en oro.

Nicole tragó saliva sin saber si debía echarse a reír o abofetearle. Desvió, rápida, la vista, temerosa de que la delataran sus ojos y con absoluta frialdad retiró la mano de la de Robert al tiempo que daba un paso atrás. Sin mirarle, murmuró:

- ¡Espero sinceramente que lord Saxon llegue sin tardanza! Estoy exhausta, y me temo que está empezando a dolerme muchísimo la cabeza. Debes perdonarme si no aprecio debidamente tus cumplidos, pero estoy tan angustiada por los acontecimientos de esta noche que no puedo pensar con claridad. - Era una mentira flagrante y si Robert no hubiese estado tan embobado, la habría reconocido como tal. Christopher se hubiera mostrado incrédulo, y le habría dicho que dejara a un lado ese aire de señorita remilgada. Pero Robert estaba ciego en lo que concernía a Nicole, así que dijo con ternura:

-Si quieres recostarte un rato, puedo llamar a la señora Simpkins, el ama de llaves, para que te conduzca a una de las habitaciones.

No era precisamente lo que ella había planeado, pues una alcoba era el último lugar en que deseaba estar con Robert Saxon. Sin esperanzas, echó una mirada alrededor del salón y súbitamente atrajo su atención un par de espadas para batirse a duelo que colgaban cruzadas encima de la repisa de la chimenea.

Pero incluso la mente de Nicole se nubló y vaciló ante la idea de atravesar con la espada a otro hombre aquella noche absolutamente increíble. Además, razonó con realismo, no era probable que pudiera alcanzar una de las espadas y arrancarlas de la pared antes de que Robert se lo impidiera.

Iría a la habitación, pero en compañía de Galena. Llevándose una mano a la frente, gimió débilmente:

- ¡Oh, cómo me duele la cabeza! Sí, creo que me acostaré un rato. Pero, por favor, por favor, llama a mi doncella. Ella sabe cómo atenderme en estos casos.

Su petición se vio cumplida con una facilidad que la asombró. En cuestión de segundos el ama de llaves la estaba conduciendo por la escalera seguida muy de cerca por Galena.

Actuando como una beldad consentida, Nicole musitó quisquillosamente:

- ¡Oh, por favor, señora Simpkins, déjenos solas! Mi doncella sabe a la perfección cómo curarme de estos terribles ataques.

Galena casi se quedó boquiabierta al oír semejante mentira, ya que la señorita Nicole no había estado enferma ni un solo día desde que la conocía. Pero era una muchacha lista y no dijo nada, limitándose a mover afirmativamente la cabeza cada vez que Nicole decía una palabra.

La señora Simpkins, creyendo que estaba en presencia de la futura esposa de su patrón, hizo exactamente lo que le pidió. De nada servía enfadar a la nueva señora; aquél era un buen empleo y no quería perderlo. Y sin más, bajó a la planta principal y se retiró a la cocina.

Nicole apenas pudo esperar a que se cerrara la puerta y dejaran de oírse los pasos del ama de llaves, antes de sentarse bruscamente en la cama y echar a un lado el paño perfumado con lavanda que con tantos cuidados le habían puesto sobre la frente minutos antes.

Galena la observaba, nerviosa, al ver que corría a una de las ventanas y se quedaba contemplando el jardín de abajo. Un momento después Nicole, soltando una exclamación de júbilo, regresó junto a la cama y arrancó las colgaduras de seda. Incapaz de contenerse por más tiempo, Galena estalló:

- Señorita Nicole, ¿qué está haciendo? ¿Qué sucede?

-Nos vamos a escapar -dijo con indiferencia-. ¡Ven aquí, ayúdame! Esta tela debe ser lo bastante fuerte como para resistir nuestro peso. - Ante la mirada de incomprensión de la jovencita, Nicole añadió precipitadamente-: ¡No debemos confiar en Robert Saxon! Me temo que desea comprometerme tal como quiso hacerlo Edward, así que debemos escapar. Ata estas tiras a la pata de ese armario.

Galena la ayudó en silencio, no muy convencida todavía.

Cuando miró el suelo, que quedaba tres pisos más abajo, se echó atrás.

- ¡Señorita Nicole, no puedo hacerlo! Me caeré, sé que me caeré. ¡Está demasiado lejos!

Nicole la miró con severidad. Podría amedrentar a la criada, pero no le serviría de nada. Si Galena estaba convencida de que se caería, lo haría sin remedio y, con toda seguridad, soltando un alarido de terror.

-Muy bien -se resignó-. Lo haré sola. Dame sólo unos minutos después de que haya tocado suelo y luego baja a la cocina como si nada hubiera pasado. Dile a la señora Simpkins que me he dormido y que nadie debe molestarme. Eso me dará una hora de ventaja más o menos. Para entonces ya habré encontrado a alguien que lleve un mensaje a lord Saxon.

- ¡Señorita Nicole, usted no puede marcharse y dejarme sola!

- ¡Galena, no me ofreces otra alternativa! - replicó exasperada -. Ahora, haz lo que te digo. Estarás a salvo. Sólo recuerda que debes actuar como si nada pasara y cuando descubran mi desaparición, muéstrate tan sorprendida como todos los demás. ¿Entiendes?

Con los ojos tan grandes como platos, Galena asintió lentamente con la cabeza.

- Pero, señorita Nicole - protestó -, no tiene ni la pelliza ni un manto. Con toda seguridad cogerá una pulmonía.

Echándole una mirada feroz, Nicole respondió con aspereza:

- ¡Si creyera que caminar desnuda por el centro de Brighton el día de Navidad me iba a salvar de Robert Saxon, lo haría sin titubear! ¡Ahora deja esas tonterías y ayúdame!

La ventana se abrió fácilmente y Nicole se deslizó sin vacilar por el alféizar asiendo la cuerda de tela con todas sus fuerzas. Se quedó colgada allí por un momento y luego hizo descender el cuerpo hacia el suelo. Le llevó sólo unos minutos. Las innumerables veces que había trepado como un gato en *La Belle Garce* vinieron en su ayuda ahora. El corazón le retumbaba, ensordecedor, en el pecho, en parte por el esfuerzo y en parte por el júbilo, al llegar por fin al suelo debajo de la ventana. En lo alto apareció el rostro sonriente de Galena que la saludó antes de volver a desaparecer. Nicole se recogió las faldas alrededor de las caderas y emprendió la carrera hacia el mar con la idea de regresar al camino cuando estuviera lo bastante lejos de la casa. Sabía que Rottingdean quedaba a dos kilómetros al este de la casa de Robert y llegaría allí en menos de una hora. Seguramente encontraría a alguien que llevara un mensaje a lord Saxon.

Caminando por la playa contempló el océano y observó sin demasiado interés el barco de altos mástiles anclado a cierta distancia de la costa. Se sonrió. ¡Oh, los despreocupados días de *La Belle Garce*! Aquellos primeros tiempos antes de que tuviera conciencia de Christopher como hombre, antes de que Allen y ella trazaran aquellos planes descabellados. Y con un sobresalto, recordó que no había pensado en él desde hacía semanas, desde hacía meses. Christopher había dicho que le liberaría. Tal vez en ese mismo momento ya estaba libre, reflexionó esperanzada, forzándose a creerlo.

Se sentía curiosamente alegre y despreocupada al caminar por la playa iluminada por la luna mientras la brisa le despeinaba los cabellos. Pero la realidad la despertó de su ensueño y volviendo la espalda al mar empezó a trepar por las rocas del acantilado para subir al camino.

Cada vez más consciente del frío cortante del viento, dirigió sus pensamientos hacia el fuego acogedor que la estaría aguardando cuando llegara finalmente a la casa de Kings Road. ¡Qué contenta estaría entonces! Sin embargo, razonó apesadumbrada, las explicaciones serían espantosas, pues cómo decirle a lord Saxon que su propio hijo había tomado parte en los

desagradables y deshonestos acontecimientos de aquella noche.

No era una perspectiva muy placentera, ni tampoco lo en enfrentarse a los ojos despectivos e irónicos de Christopher. Él pensaría lo peor, discurrió entre enfadada y entristecida.

Al principio ni Simon ni Christopher habían prestado gran atención a la afirmación de Twickham respecto de lo sucedido. Parecía bastante razonable, aunque un poco excéntrico por parte de Robert, abandonar la casa en aquellas circunstancias simplemente porque deseara dar un paseo con Nicole y Edward Markham en su calesa. Pero cuanto más lo pensaba Christopher, más le intrigaba. ¿Cuatro en la calesa de Robert? ¿O tal vez después de llegar con Galena, Nicole la enviaría de regreso a casa? Parecía improbable.

Para las siete de la tarde tanto Simon como él estaban algo más que preocupados. No habían comentado nada con las damas para no alarmarlas y cuando Regina preguntó por Nicole, Simon había murmurado con precipitación:

- Ah, olvidé decírtelo... le di mi permiso para ir a cenar a casa de Unton. Ya sabes lo impresionada que está esa heredera con Nicole y no vi ningún daño en ello. Después de todo, tú misma estuviste allí anoche, así que no puedes decir que lo desapruebas.

- Bien, no, no lo desapruebo. Es que no es típico de Nicole salir de esta manera. ¿Dejó dicho a qué hora regresaría?

Simon titubeó y Christopher intervino entonces:

- Más bien tarde, sospecho. Se hablaba de una fiesta de medianoche bajo la luna llena. Yo no me preocuparía por ella; Unton y su hijo se encargarán de cuidarla.

Simon le agradeció su intervención con la mirada y se dejó de lado el tema, pero los dos caballeros no lo olvidaron cuando se sentaron a solas en el gabinete unos minutos más tarde. La cena se serviría a las ocho y Christopher, después de mirar la hora en su reloj de bolsillo, comentó:

- Iré a dar una vuelta por el parque con el coche y después visitaré las habitaciones de Markham. Quizá él esté allí y pueda decirnos algo. -Se levantó, caminó hacia la puerta y se detuvo de golpe. Volviéndose a su abuelo, añadió con firmeza-: También vaya averiguar si Robert está en su casa, así que no me esperéis para cenar.

- ¡Christopher! ¿Crees que eso es prudente considerando lo que él siente por ti?

Se endureció la mirada del joven, y se tensó su boca al responder:

-¡No le temo a Robert! Obviamente es el único que sabe lo que dijo Galena y el único que puede decimos qué le sucedió a Nicole y dónde está. No me llevará más de una hora ir hasta su casa, así que estaré de regreso antes de las diez. Descuide: he estado cuidándome solo por

mucho tiempo.

Higgins, al enterarse del plan, mostró más disgusto aún.

- ¡Te digo que estás loco! Nick puede cuidarse sola. Si no tuviéramos que tomar ese buque estaría a favor de averiguar lo que ha sucedido. ¡Pero, maldita sea, tenemos que zarpar con la marea de medianoche! ¡No deberías de estar retozando por la campiña en busca de una bribona tan curtida como ella! Es probable que esté perfectamente a salvo.

Con semblante inescrutable, Christopher replicó con serenidad:

- ¡Cállate la boca, Higgins, y haz lo que te ordeno! ¿Has hecho todas las maletas?

Sabiendo que no podía hacerle cambiar de opinión cuando estaba con ese humor del diablo, Higgins respondió en tono agrio:

- Sí. No había tantas cosas, después de todo.

- Muy bien entonces. Vendrás conmigo. La casa de Robert no queda a más de un kilómetro de distancia del sitio del encuentro. Yo iré por delante y os llevaré a ti y al documento hasta ese sitio.

Observando con intensidad las facciones oscuras de Christopher, Higgins preguntó lentamente:

- ¿Me estás diciendo que no te marcharás? ¿Que te quedarás y que yo he de regresar solo?

-¡No! -gritó furioso Christopher-. Estaré allí, pero a lo mejor me veo en dificultades y si... -calló y luego continuó-: si por alguna razón me retraso, tú y el memorándum tendréis que llegar a Nueva Orleans sin ningún impedimento.

No hubo forma de hacerle cambiar de opinión, por más que Higgins hizo lo imposible para convencerlo durante todo el tiempo que les llevó examinar el parque desierto y cerrado, el alojamiento de Edward a oscuras y vacío y especialmente durante el recorrido de casi una hora hasta la casa de Robert. Las exhortaciones apasionadas, las maldiciones e insultos que Higgins le arrojaba a la cara, dejaron al viejo marinero agotado y al joven impasible.

En casa de Robert, Christopher averiguó por uno de los sirvientes que atendió la puerta, que el señorito Robert no se encontraba en la casa en esos momentos, pero que se le esperaba a cenar más tarde. Christopher no dejó ningún recado y comentó que vería a Robert al día siguiente. Como de pasada dijo que no sería necesario mencionarle su visita. El sirviente se inclinó cortésmente, y un momento más tarde, los dos estaban camino de la cabaña donde Christopher había pasado su convalecencia.

Los dos hombres se separaron entonces. Al dejar a Higgins en la cabaña, Christopher dijo solamente:

- Regresaré a medianoche. Si no, no me esperes. Encárgate de que el memorándum sea

entregado a Jason Savage en cuanto llegues a Nueva Orleans. - Al ver la expresión dolida de su criado y amigo, añadió-: Higgins, llegaré a tiempo, pero si no es así haré lo que ya le he dicho a mi abuelo y me dirigiré a Francia. Pero estaré allí a tiempo para la batalla, eso te lo prometo.

Hizo el viaje de regreso a Kings Road bastante temprano sin poder apartar a Nicole de sus pensamientos ni por un instante. Seguro que se encontraba sentada cómodamente junto al fuego, pensó con irritación al llegar a las afueras de Brighton. «Y si es así, será mejor que tenga una buena excusa por haber desaparecido de esta forma», pensó furioso.

Simon se le abalanzó en cuanto entró en la casa disipando cualquier ilusión de que la joven estuviera allí y le preguntó con ansia:

- Bien, ¿has averiguado algo?

Se quitó despacio los guantes y se calentó las manos delante del fuego, en el gabinete de su abuelo, antes de admitir:

-Nada. El parque desierto, Markham no estaba en su aloja- miento, pero esperan a Robert para la cena.

Respirando profundamente y con la mandíbula apretada, Christopher miró a su abuelo.

- Todavía quiero marcharme esta noche. La desaparición de Nicole no altera mis planes. - Luego, volviéndole la espalda, gruñó-: ¡Me encantaría estrangularla por esto! Si no la conociera, diría que lo ha hecho a propósito. -Soltó entonces una carcajada áspera y desagradable-. ¿Qué estoy diciendo? ¡Diablos, precisamente porque la conozco!

Simon le estudió con recelo.

-Me parece -dijo con calma-, que te estás tomando esto muy a pecho. No veo razón para que alteres tus planes. Encontraremos a Nicole y seguramente tendrá una explicación lógica para su ausencia.

Christopher soltó un resoplido.

- Tiene usted razón, y si he de partir tendré que hacerla antes i de que se haga demasiado tarde. ¿Las damas están aún levantadas? Si es así, será mejor que les diga buenas noches, es lo menos que puedo hacer, ya que no saben que es un adiós.

Simon asintió y se quedó solo en el gabinete mientras su nieto se dirigía al saloncito azul para despedirse de su nueva abuela y de su tía abuela. Ninguna de las damas sospechó que era una despedida, aunque Regina se extrañó al verle abrazar cariñosamente a Letitia antes de salir de la habitación. Pero luego lo descartó: Christopher era propenso a esos arranques y despedidas; cualquier hombre joven que le volviera la espalda a una heredera tan encantadora como Nicole debía de ser un poco raro.

Christopher entró lentamente en el gabinete con el rostro serio y algo desencajado puesto

que había llegado el temido momento del adiós. Simon, sentado detrás del escritorio, también sabía que el momento de la separación estaba sobre ellos y con el corazón dolido observó avanzar a ese joven alto y apuesto que le llenaba de orgullo.

Los largos dedos de Christopher acariciaron la superficie brillante de la mesa y con el gesto adusto clavó la mirada en las facciones del anciano, tan parecidas a las de él.

-Abuelo -empezó, vacilante-, no me agrada partir en estas circunstancias, pero debo hacerla dentro de unos pocos minutos. Higgins ya me está esperando en Rottingdean y de allí nos iremos a Dover y luego a Francia. - Por dentro se maldecía por ser un mentiroso y deseó con el alma poder dejar de lado las mentiras y verdades a medias por una vez. Pero era imprescindible que Simon creyera que iban a Francia, así que reprimió violentamente su conciencia. Dicho ya el embuste, pudo seguir con más facilidad -: Le echaré de menos ¡y también a mi nueva abuela! - Más serio, agregó-: Creo con firmeza que en Gante se negociará muy pronto una paz duradera entre Inglaterra y los Estados Unidos. Puede que esté de regreso el próximo verano y aunque ahora me estoy despidiendo, recuerde que sólo será por algunos meses.

Simon, dominando la emoción por un momento, replicó:

- ¡Bah! ¡No me vengas con ésas ahora! ¡No me malcríes de esa forma! Creo que a Letty y a mí nos irá muy bien sin ti. -Sin mirar a Christopher, pero lanzando miradas feroces al tablero del escritorio, dijo como de pasada-: He estado pensando en ello y creo que es lo mejor. Letty y yo estamos recién casados y no es bueno para un hombre esperar la vida conyugal rodeado de parientes. Cuando regreses el próximo verano, estaremos establecidos y entonces, sólo entonces, tendremos tiempo para apreciar tu compañía. No creo que comprendas lo que te digo, ya que nunca has estado casado, pero dudo que Letty y yo te echemos mucho de menos durante los próximos meses.

Christopher apenas pudo reprimir las carcajadas que le sacudieron el cuerpo ante las palabras extravagantes de su abuelo.

- Ah, sí. Ese punto de vista no se me había ocurrido - respondió en tono un tanto risueño-. Tal vez hasta sea una suerte que las cosas hayan sucedido de esta manera.

-Sí. ¡Sí, es verdad! ¡Y ahora, si te vas a marchar, vete!

Simon le fulminó con la mirada. Al oír el tono angustiado del anciano, desapareció la risa de la cara de Christopher y acercándose al escritorio, extendió la mano y cuando Simon se la estrechó con fuerza, dijo simplemente:

- Adiós, abuelo. Espéreme hasta el próximo verano.

- ¡Lo haré... y será mejor que estés aquí!

Ninguno de ellos habló de los peligros del mar en un viaje tan largo, ni Christopher quiso

pensar en la edad de Simon.

- Aquí estaré. ¡Puedes contar con ello! - Las manos siguieron estrechadas un momento más y luego el joven se marchó.

La noche estaba cada vez más fría, pensaba Christopher, cuando por fin dirigió su caballo hacia Rottingdean. Si todo salía: como había sido planeado, en menos de dos horas Higgins y él estarían camino de Nueva Orleans.

El paradero desconocido de Nicole le inquietaba y aunque probablemente había una explicación lógica para su ausencia, le habría gustado saber con certeza qué le había impedido regresar a casa. Se le ocurrían docenas de razones plausibles, pero ninguna le satisfacía. Le acosaba la desagradable premonición de que Nicole se encontraba en algún tipo de peligro y por más que se repetía que había ido de paseo con Robert y que quizá habían perdido una rueda o se habían quedado más tiempo del debido en casa de amigos, seguía sin quedar satisfecho. Y como se preocupaba y no quería admitirlo, echaba pestes contra ella por comportarse de manera tan censurable: «¡Esa muchacha! ¡Corriendo de un lado a otro de la campiña en compañía de dos hombres como una vulgar ramera!». No desperdiciaría ni un solo momento más pensando en Nicole. Que Edward Markham y Robert se pelearan por ella... él iba a desaparecer cuanto antes.

Después de seguir la calesa de Robert hasta su casa, Edward estuvo acechando allí afuera durante unos minutos, sin decidir cuál sería su siguiente paso. No había descartado el asesinato y estaba buscando una entrada a la casa cuando vio a Nicole y a Robert a través de las puertas acristaladas. Rodeado por la oscuridad observaba con atención la escena que se desarrollaba en el interior: Robert escribiendo una nota, Nicole siguiéndole a través del salón y a continuación retirándose a descansar. Desenfundó el estoque con una sonrisa feroz. Qué buena actriz era su prima: iba a disfrutar de su actuación cuando le clavara la espada en su negro corazón. Pero primero estaba Robert. Probó el picaporte de la puerta ventana y para su deleite descubrió que no estaba cerrada con llave. La abrió sin ruido y se deslizó en el interior del salón mientras Robert estaba de momento ausente.

Unos pasos se acercaban y Edward se ocultó detrás de un par de cortinas color granate. Desde allí observó con satisfacción el regreso de Robert para ir a sentarse delante del fuego a espaldas suyas. Rápidamente aprovechó aquella circunstancia y saliendo del escondite cruzó la habitación sin hacer ruido hasta que la punta del estoque apuntó directo al cuello de Robert.

- ¡No se mueva! ¡Si lo hace, le mato! Robert se enderezó, pero permaneció completamente sereno.

-¿Es usted, Markham? -preguntó por fin al reconocerle la voz.

Edward se rió entre dientes con malévola satisfacción.

- ¿Es usted, Markham? -le remedó. Con la punta rozando la piel de Robert, lo rodeó hasta quedar frente a él-. ¡Por supuesto que sí! ¿Quién creyó que podía ser? ¿De veras pensó que dejaría escapar a Nicole tan fácilmente? - Embriagado de triunfo, con una mirada febril en los ojos azules, se burló-: ¿Ahora no está tan ansioso de enfrentarse a mí? Oí lo que le dijo a Nicole en la ' carretera a Brighton: que yo necesitaba enfrentarme a un hombre. Bien, ya he encontrado un hombre y ese hombre se limita a quedarse sentado.

Robert le estudiaba con frialdad, examinando su chaqueta manchada de sangre y el ligero balanceo de las piernas que delataba la pérdida de sangre. Casi con amabilidad, preguntó:

- ¿Puedo ponerme de pie? Si vamos a hablar preferiría estar más cerca del fuego.

Edward le observó con suspicacia, pero decidió que era una petición inocente, y sintiéndose magnánimo por su poder, asintió complaciente. Siguió cada movimiento de Robert con los ojos mientras este, con una copa de vino en la mano, se ponía de pie y caminaba lentamente hacia el hogar.

- Ahora dígame, Markham, ¿qué es lo que desea realmente? : -preguntó en tono calmado.

Edward soltó una risita tonta pues la pérdida de sangre le había debilitado bastante y se sentía mareado.

- Le diré lo que deseo - dijo con voz pastosa y balanceando el estoque de modo errático-. Quiero a Nicole. ¡Envíe a buscarla!

Sin apresuramiento, Robert bebió un sorbo de vino y entonces, cuando el intruso dio un paso amenazador hacia él, le arrojó la copa y su contenido a la cara. Mientras Edward gritaba, furioso y sorprendido, Robert dio un salto, y tomando una espada de la pared lo persiguió por el salón con los ojos del color del mar brillando de excitación.

Las tomas habían cambiado tan velozmente que Edward, todavía mareado, retrocedió ante el avance de su oponente. Sin orden ni concierto paró el ataque asesino de Robert, pero la hoja corta del estoque era inadecuada contra la espada larga y afilada que el otro blandía sin ningún esfuerzo. Era como matar un conejo en la trampa, y el dueño de la casa sonrió cuando traspasó la garganta desprotegida de Edward con la hoja de su espada.

Se oyó un extraño gorgoteo que escapó de la boca de Edward y después cayó redondo al suelo. Robert limpió la sangre de la hoja con displicencia y miró, ceñudo, el cadáver. ¿Qué demonios iba a hacer con él? El ruido del mar atrajo su atención y volvió a sonreír. Naturalmente, el mar.

Pero cuando estaba arrastrando el cuerpo hacia las puertas acristaladas abiertas de par en par, oyó el galope de un caballo que se acercaba. Esperó que el animal pasara y se alejara,

pero no lo hizo.

Christopher no había pensado volver a detenerse ante la casa de Robert aquella noche, pero no podía olvidar a Nicole. ¿Adónde diablos había ido y por qué? Sin embargo, Simon tenía razón: Nicole no tenía que alterar sus planes; ella regresaría a la casa en algún momento ya estuviera él o no. Esa reflexión debió de haber arrancado a la muchacha de su mente, pero no lo hizo, y cuando su caballo se aproximó a la casa de su tío, no pudo resistir el impulso de satisfacer su curiosidad. Desmontó y ató el caballo al poste. Le llamó la atención el animal de tiro de gran alzada que estaba cerca de una esquina de la casa y se preguntó qué hacía en ese lugar. La fachada de la residencia de un caballero no era precisamente el sitio apropia- do para dejarlo pastar.

Todo aquello era muy extraño, pensó con impaciencia: la desaparición de Nicole, la salida intempestiva de Robert en medio de una discusión importante con Simon y ahora ese caballo sin silla de montar, pero aún con el arnés atado, mordisqueando tranquilamente la hierba que crecía cerca de la casa. Lleno de curiosidad, se acercó al animal y le palpó el ancho lomo con manos expertas, que de inmediato percibieron su sudor y agitación. Le habían hecho correr una gran distancia, concluyó. Examinó al animal una vez más y cuando emprendía ya el camino hacia la puerta principal, advirtió un resplandor que partía de un costado de la vivienda.

Era evidente, por la intensidad de la luz que iluminaba el jardín, que las puertas estaban abiertas, y después de una breve vacilación Christopher siguió el mismo sendero que había recorrido Edward momentos antes. Se detuvo antes de llegar al borde mismo de la zona iluminada, y desde la penumbra recorrió el salón con la mirada.

Por extraña coincidencia, cuando el joven escudriñó la habitación, lo primero que vio no fue a Robert ni el cuerpo desplomado de Edward, sino la pelliza de Nicole arrojada como al descuido sobre uno de los sillones, junto a las puertas. La reconoció al instante ya que la había elegido y pagado en Nueva Orleans. ¡Zorra!, pensó salvajemente, ¡era una maldita zorra! Enfurecido dio un paso adelante, y en ese instante se dio cuenta de que la habitación no estaba vacía.

Su tío estaba allí y también Edward Markham. Un Edward Markham muy quieto y bien muerto, descubrió sin sorpresa, cuando Robert volvió a inclinarse y comenzó a arrastrar el cadáver hacia las puertas abiertas.

Por un momento Christopher estuvo a punto de volver la espalda a toda esa escena, asqueado por la terrible deducción que ardía en su cerebro. Obviamente Nicole estaba con su amante y parecía ser que éste había matado a su rival por su cariño. Era algo tan vergonzoso y sórdido que le daba náuseas, y era justo la clase de situación en la que la madre de Nicole, Annabelle, se habría deleitado. Su hija, al parecer, no era mucho mejor. Retrocedió un paso,

pero al recordar el semblante preocupado de Simon y sus temores, decidió intervenir no por el bien de Nicole, sino por el de su abuelo, o al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo. No desperdició mucho tiempo pensando qué hacía Robert con el cadáver, pero la aparente relación entre su tío y Nicole le corroía el alma como un ácido y acarició la idea de tener el esbelto cuello de la jovencita entre sus manos.

Christopher quizás hizo algún ruido, o tal vez Robert, con los nervios alterados por haber matado a Edward a sangre fría, percibió su presencia en el jardín y levantó la cabeza. Las miradas se encontraron y se sostuvieron durante un momento que pareció interminable. Luego, con una sonrisa entre complacida y diabólica, Robert soltó el brazo inerte de Edward y se incorporó.

- Así que parece que por fin nos batiremos - dijo con jactancia.

No se necesitaban explicaciones entre ellos; ambos eran conscientes de que aquella noche vería la última y decisiva batalla mortal entre ambos. Todos los viejos agravios, el odio implacable que existía entre ellos y las otras cuentas pendientes se saldarían con sangre.

Christopher asintió y entró en el salón con pasos largos y ágiles. No miró a Robert mientras se despojaba de su abrigo; por el contrario, su mirada recorrió casi indolentemente el salón, como si lo estuviera evaluando. Mientras se subía las mangas de la camisa blanca de lino, preguntó, escueto:

- ¿Qué usaremos, espadas o pistolas? ¿Aquí o en la playa?

Con la misma formalidad e indiferencia, respondió:

- Espadas. La tuya está ahí encima de la repisa de la chimenea. Yo ya tengo la mía. Como puede que hayas advertido, ya me ha servido muy bien esta noche.

Los labios de Christopher se curvaron en lo que podía haberse considerado un esbozo de sonrisa.

- Lo había advertido. Pero ¿dónde terminamos esta farsa? ¿Aquí?

- ¿Por qué no? Podemos desalojar el salón haciendo los muebles a un lado.

Los dos hombres se pusieron a trabajar con tétrica amabilidad empujando los pesados efectos contra las paredes de la habitación hasta dejar un amplísimo espacio vacío en el centro. En el más absoluto silencio ambos se sentaron y se sacaron las botas y los calcetines con el fin de disfrutar del equilibrio y movilidad que les brindarían los pies descalzos.

Christopher se dirigió enseguida a la chimenea y arrancó la espada que aún quedaba. La sopesó y luego la deslizó levemente sobre la mano para verificar la perfección de la hoja y su filo. Volviéndose hacia Robert, que sostenía la suya en la mano, dijo en tono ecuánime:

- Mereces un aplauso por las armas que escoges. Ésta es una hoja de extraordinaria calidad.

Su tío hizo una reverencia burlona y contestó con sorna:

- ¿Acaso no he tenido siempre lo más fino y mejor en mi poder, fueran armas o mujeres?

Un brillo glacial iluminó los ojos dorados de Christopher, haciéndolos brillar a la luz del fuego. Deliberadamente, murmuró:

- Pero, ¿tienes a Nicole, tío? ¿O más bien debería preguntar... podrás retenerla a tu lado?

Fue un insulto premeditado y la mano de Robert apretó la empuñadura de la espada mientras se afinaba de furia su boca. .

-¡Voto a Dios, pagarás por esto! -escupió-. ¡*En garde*!

El joven fue ansioso a su encuentro haciendo restallar la hoja en el aire. Dando un ágil salto para esquivar la furiosa estocada de Robert, Christopher le provocó burlón:

-¡Vamos, tío, tienes que ser capaz de hacerlo mucho mejor que eso! Después de todo, esta vez combatimos en igualdad de condiciones. ¿O es que sólo demuestras tu superioridad cuando tu oponente está desarmado?

Robert rechinó los dientes de rabia, pero dominó su genio, en la sospecha de que su rival le estaba enfureciendo a sabiendas. Con una sonrisa grotesca, siseó:

- Valientes palabras para un hombre que le dispara a mi espada. Acércate más, sobrino, y entonces sabremos la verdad de nuestros retos y provocaciones.

Christopher no replicó; toda su actitud era engañosamente indolente cuando con absoluto desdén paró una estocada y, bailoteando, se alejó del hombre mayor.

-¡Maldito seas! ¡Ven a mí y pelea! -estalló Robert con la respiración entrecortada.

- Lo haré, tío, lo haré, pierde cuidado - respondió fríamente

Christopher y entonces, abandonando sus movimientos defensivos atacó, haciendo centellear la hoja al surcar el aire con la velocidad de un rayo y empujando al hombre que tenía delante de él. Luchaban sin piedad y en silencio, excepto por el ruido sordo de los pies descalzos sobre la alfombra y el sonido metálico de las espadas al entrechocar reflejando la luz roja del fuego en sus relucientes hojas. La atmósfera del salón estaba cargada de muerte y parecía tornarse más tétrica a cada segundo, mientras Robert lo único que podía hacer era desviar las rápidas y feroces embestidas de Christopher. Pero el tío se estaba fatigando y lo sabía; sabía también que no había escapatoria a aquel ataque, que no era ninguna exhibición de maestría en la defensa personal, ningún duelo al uso, sino un reto a muerte.

Para cada uno de ellos no existía nada más en el mundo que el hombre que tenía enfrente y el odio que compartían; nada era real excepto la espada del otro, haciendo fintas, embistiendo y parando, cada uno evitando siempre bajar siquiera un poco la guardia, lo cual permitiría que aquel encuentro inevitable llegara a su fin. Eran dos hombres altos, dos hombres gallardos y

elegantes, muy parecidos en infinidad de aspectos, y la ira que ambos habían contenido por tanto tiempo había estallado y ardía ahora como fuego líquido por sus venas.

Al avanzar el duelo mortal, las respiraciones se volvían más agitadas y penosas. De pronto, Robert apenas pudo parar una furiosa estocada dirigida a su corazón. Se movió con demasiada lentitud y la espada de Christopher chocó contra la otra para deslizarse por encima de su guardia y correr a lo largo de su brazo dejando un tajo largo, profundo y sangrante a su paso.

Sonriendo con ferocidad, como un tigre, Christopher preguntó:

- ¿Dónde está ella?

- Arriba en mi cama... ¿dónde si no? - Fue el turno de Robert de sonreír.

Lamentó sus palabras de inmediato, pues la espada de Christopher le cortó la mejilla con toda deliberación.

-¿Y cómo llegó ella aquí? ¿Qué estaba haciendo Edward en esta casa?

A Robert ya no le quedaban fuerzas para desperdiciarlas atacando; sólo podía parar los ataques cada vez más peligrosos de Christopher. El brazo le dolía desde el hombro a la muñeca y el sudor le corría por la cara.

- ¡Contéstame! ¿Cómo es que Nicole se encuentra aquí y con Markham?

Entre jadeos violentos y entrecortados, gritó:

- Markham la raptó y yo me enteré por la doncella. Les di alcance y traje a Nicole a mi casa.

Christopher pudo deducir la mayoría de las lagunas de aquella historia, pero no todas. Sus ojos se entrecerraron para concentrarse más; la punta de su espada relampagueó debajo de la guardia de su oponente, frenó y se retiró.

-¿A tu cama?

En tono insolente y burlón, Robert jadeó:

-¿Me has oído alguna vez... alardear... de mis... conquistas?

Fue lo último que dijo Robert Saxon en su vida. Ya no le quedaba aliento para hablar; todas sus energías estaban concentradas en esquivar esa última estocada mortal que sabía pondría fin a aquella lucha a muerte.

Un momento después Robert la vio venir: una estocada dirigida en línea recta a su corazón; hizo un intento desesperado para pararla, pero fue demasiado tarde. Certeramente, la punta de la espada del sobrino se hundió con profundidad en el corazón de Robert poniendo punto final al duelo entre ambos.

Christopher contempló impasible el cadáver, sorprendiéndose al descubrir que no sentía nada. Robert había sido alguien a quien había odiado y despreciado durante casi toda su vida; ganarle debería haberle dado una agradable sensación de victoria, pero se encontraba vacío,

insensible, indiferente al cuerpo que yacía en el suelo.

Debió de haber permanecido allí varios minutos y nunca supo qué fue lo que le arrancó con violencia de ese letargo. Quizá fue el crepitar de un leño encendido en el hogar o el estruendo de la rompiente en la playa. Sea como fuere, se sacudió mentalmente comprendiendo que por fin ese odio monstruoso entre Robert y él se había acabado para siempre, si bien a un precio terrible y amargo.

Las campanadas del reloj desde la repisa de la chimenea le devolvieron a la realidad, haciéndole consciente del paso del tiempo, del barco que le estaba aguardando más allá de esa misma rompiente donde se estrellaban las olas antes de morir en la playa, cerca de la casa de Robert. Examinó la escena sombríamente, su tío muerto a sus pies y el cadáver de Edward tendido en el suelo a algo más de un metro de distancia. Fue la proximidad de los cuerpos lo que le dio la idea en un principio, eso y el deseo de no lastimar más a su abuelo. La muerte de Robert sería un golpe lo bastante duro y terrible sin el conocimiento adicional de que había sido su nieto quien había matado a su hijo. Resolvió llevar a cabo su idea sin dilación. Se acercó al cuerpo de Edward y sustituyó el arma de éste por su propia espada, metiendo, sin percatarse, el bastón de estoque debajo de su cinturón.

Le llevó unos minutos más bajarse las mangas, calzarse las botas y ponerse el pesado abrigo. Echó otra ojeada alrededor de la habitación, cada vez más consciente de que debía partir, ya que estaba cambiando la marea y el tiempo pasaba veloz. Pero la imagen de Nicole profundamente dormida en el lecho de Robert no se apartaba de su mente, y supo que antes de partir tenía que verla, que comprobar con sus propios ojos que era la mujerzuela falsa y mentirosa que él creía y que execraba.

Un golpecito tímido a la puerta lo sacó de sus pensamientos. Cruzó el salón corriendo y se aplastó contra la pared cerca de la puerta. Volvió a oírse el golpe y después de una breve vacilación la puerta se abrió lentamente.

Galena entró en la sala con cierta cautela; sus ojos color café se veían dilatados de aprensión e inquietud. Lo que iba a hacer era inaudito y sin precedente, pero casi enferma de miedo y ansiedad por lo que le podía pasar a su temeraria señora, había reunido coraje y se proponía confesarle al señorito Robert lo que había hecho Nicole. Debatiendo mucho con su conciencia, había ganado la preocupación por su ama. Tal vez, se repetía con firmeza, la señorita interpretó mal la situación. Sin duda el señorito Robert no era de la misma índole que ese perverso y vil señor Markham. Y además, se excusaba, si no hacía algo, la señorita Nicole se congelaría en la playa sin manto ni pelliza.

No había dado más de dos pasos dentro de la habitación cuando Christopher, moviéndose

con la agilidad de una pantera, cerró la puerta con el hombro y le tapó la boca con la mano.

- ¡Chitón! -le ordenó con calma al oído. Echando un vistazo al lugar donde estaban los cuerpos, vio con satisfacción que desde ese ángulo los ocultaba uno de los enormes canapés del salón. Rápidamente llevó casi a rastras a Galena, petrificada de espanto, hasta el escritorio de Robert y sin dejar de cubrirle la boca con la mano le dio la vuelta para que le mirara.

Los ojos de Galena se dilataron más aún si era posible y formó el nombre de Christopher con los labios.

Llevándose un dedo a la boca en señal de silencio, la soltó lentamente.

-¡Señorito Christopher! -exhaló con un suspiro de alivio-. ¡Yo sabía que usted vendría! - Recordando entonces el motivo que la había llevado allí, gimió-: ¡Oh, señorito Christopher, debe salvarla! Ella huyó hacia la playa. ¡Debe encontrarla y traerla de regreso! - Luego añadió-: Ni siquiera tiene una capa para abrigarse del frío.

Christopher, suponiendo erróneamente que Nicole se había I enterado de alguna manera de su presencia y que estaba huyendo para escapar del justo castigo que él sin duda le daría, al ver de pronto una hoja de papel y una pluma sobre el escritorio, garabateó apresuradamente una nota para su abuelo.

«Abuelo:

Le escribo apremiado por el tiempo. Parto para Francia como estaba planeado. Tengo a Nicole a salvo, ¡pero a un precio terrible!

Christopher»

Arrebatando la pelliza del sillón, arrastró a Galena fuera del salón, asegurándose de que no viera los cadáveres, y la hizo caminar por el sendero que él mismo había recorrido poco tiempo antes. Al llegar donde estaba su caballo, prácticamente obligó a Galena a ponerse la pelliza de Nicole, metió la nota en su mano y alzándola en el aire la colocó sobre la silla de montar.

- Ruego al cielo que sepas cabalgar, Galena - dijo sonriente-. Vas a regresar a casa de lord Saxon y le entregarás esta nota en propia mano. No te inquietes por tu señora... yo cuidaré de ella. - Vaciló un momento, pero continuó-: Galena, apreciaría mucho que no le dijeras a nadie que me viste aquí esta noche. Si alguien pregunta, di le que escapaste por tus propios medios. ¿Has entendido?

Como si estuviera en un trance hipnótico, Galena asintió con la cabeza; entonces Christopher dio una palmada al caballo en el anca y ella se aferró a las riendas mientras el animal saltaba hacia adelante y emprendía una veloz carrera. Christopher la siguió con la mirada hasta que desapareció en la oscuridad, luego giró en redondo y se lanzó a correr hacia

la playa pensando únicamente en encontrar a Nicole y cuando lo hiciera...

La señorita Nicole Ashford estaba en esos momentos en una situación muy difícil. La confianza en sí misma la había vuelto descuidada: había tropezado con una roca medio enterrada en la arena y se había torcido el tobillo. El dolor era atroz, pero eso no era nada comparado con la humillación que sentía por un accidente tan tonto y femenino. Encolerizada, se sentó en la arena después de intentar en vano trepar hasta la cabaña que se veía a corta distancia por encima de su cabeza. El tobillo no soportaría su peso y aparte de arrastrarse sobre el vientre, no podía hacer mucho excepto maldecir su suerte. Estaba decidida a continuar y había considerado seriamente la posibilidad de avanzar a gatas cuando de pronto advirtió un destello azul procedente del barco que había visto antes. Confundida, levantó la mirada hasta el borde del acantilado, y a la tenue luz de la luna pudo vislumbrar la silueta de un hombre.

Por un segundo creyó reconocerla, pero desechó la idea como una tontería. Higgins no estaría allí a esas horas de la noche intercambiando señales con un barco desconocido. ¿O tal vez sí?

Súbitamente se incorporó al recordar que Christopher había mencionado que tenía una cabaña cerca del mar, eso y el hecho de que pensaba marcharse. Desvió la mirada hacia el mar y se quedó mirando fijo hasta que, no del todo sorprendida esta vez, después de unos minutos vio descender un bote por el costado del barco y los hombres a bordo empezaron a remar vigorosamente hacia la playa.

Casi la hizo reír la aparición de Higgins descendiendo desde la cima del acantilado un segundo después. Ésta era, sin duda alguna, su noche para meterse en un aprieto tras otro. Christopher la mataría si la encontraba allí, pensó con una risita medio histérica, pero prefería que él la estrangulara a convertirse en la esposa de Robert.

Higgins estaba justo a su mismo nivel cuando le llamó:

-¡Higgins! Sé que no es una hora apropiada para llamarte, ¿pero me harías el favor de decirle a Christopher que estoy aquí?

Naturalmente, Higgins se llevó el susto de su vida.

-¡Señorita Nicole! - gritó en tono agitado cuando la reconoció a la luz de la luna -. ¿Qué está haciendo aquí? Christopher salió en su búsqueda... de hecho, ¡va a perder el barco por encontrarla!

Con una sensación de horror, Nicole observó su semblante aprensivo.

- ¡Dios mío! - musitó al comprender lo que debía de haber ocurrido. Ya no la divirtió la idea de que Christopher pudiera matarla, especialmente desde que existía la posibilidad real de que lo hiciera cuando la alcanzara.

Mordiéndose el labio miró el pequeño bote que se acercaba.

- ¿Qué vas a hacer? - preguntó por fin - ¿Decirles que no vas con ellos?

- No. Regresaré con ellos al barco, que zarpa rumbo a Norteamérica, a Nueva Orleans. Christopher me ha dado órdenes de subir a bordo para llegar allá sin falta.

- Ya veo - respondió lentamente, comprendiendo muchas cosas que no quería comprender. Aquel encuentro debía de haberse planeado con bastante antelación a la salida siquiera de Nueva Orleans, y la idea de que ella era la causa que le impedía llegar a tiempo le llenaba de consternación. Pero «¡maldita sea!», se rebeló con furia, «¡ella no tenía la culpa! ¡Ella no le había pedido que corriera por toda la campiña buscándola como un desesperado!»

-¡Mire! -gritó excitado Higgins interrumpiendo sus pensamientos. Con el ánimo por los suelos, Nicole reconoció inmediatamente la alta figura de largas piernas que caminaba a furiosas zancadas por la playa. Estuvo junto a ellos en un momento y su rostro reflejó una expresión curiosa al reconocerla sentada en la arena.

-Bueno, vaya -exclamó sarcásticamente-. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una doncella en apuros? ¿O la amante fugitiva de mi tío? - Sin darle tiempo para contestar, la cogió del talle y la puso de pie en un santiamén.

Ignorando el dolor del tobillo, Nicole le miró con cautela y casi con humildad, dijo:

- Me he hecho daño en el tobillo; de otro modo no estaría aquí ahora. Y Christopher -añadió con desesperación-, no fue mi intención que sucediera esto.

Él la contempló en silencio, víctima de tantas emociones conflictivas que no estaba seguro de lo que realmente sentía en ese instante. Había creído que las únicas emociones que le podía despertar eran aversión y lujuria, seguro de que se había despedido de ella para siempre en la biblioteca. Pero descubría que otro sentimiento desconocido e indefinible le estaba desgarrando el pecho. Soplaba una brisa fuerte y fría que le levantaba los rizos de oscuro fuego y los dejaba caer con fuerza alrededor de sus hombros, haciendo que la fina tela del vestido moldeara su esbelta figura, lo que le recordaba a Christopher cosas que deseaba olvidar. No la quería ni la deseaba, se dijo salvajemente. Ella no era otra cosa que una molestia en su vida -lo había sido desde que la descubriera por primera vez en aquella cala de las Bermudas- y ahora casi había echado por tierra meses de planificación. Como el tiempo pasaba y él no decía nada, Higgins, con una discreción que hizo aumentar el cariño que Nicole sentía por él, los dejó solos y se alejó caminando hacia la orilla para esperar el bote que ya estaba rebasando la rompiente.

Nicole tragó saliva, ligeramente acobardada por as reacciones duras e implacables de Christopher. Por una vez la había abandonado su temperamento de fuego ante la furia contenida a duras penas que emanaba de Christopher y tartamudeó:

- Yo... yo...

-¿Tú qué? -estalló él-. ¿Lo sientes? ¿No es un poco tarde para eso? ¡Dos hombres han muerto por tu culpa! Por todos los cielos, Nicole, te dejo sola menos de un mes, ¿y qué encuentro? Caos y crímenes. Y ahora, ¿qué he de hacer contigo?

Los ojos eran dos topacios tormentosos a la luz de la luna cuando estalló colérica:

-¡Tú no vas a hacer nada conmigo! ¡Me las he ingeniado como pude para llegar hasta aquí sola y con toda seguridad no necesito ninguna ayuda de gente como tú! ¡Ve al encuentro de tu maldito barco!

Olvidó por un instante el tobillo dislocado y giró en redondo, pero un dardo de dolor desgarrador se lo recordó a la fuerza, y ahogando el jadeo agónico que le subió a la garganta, dio otro paso tambaleante antes de que las fornidas manos de Christopher la tomaran por los hombros.

Un grito de Higgins hizo que Christopher volviera la cabeza en esa dirección antes de que pudiera continuar hablando. Soltó una maldición y levantó en sus brazos a Nicole, que pateaba y luchaba por liberarse, y la llevó hacia la orilla. Poniéndola de pie sin muchos miramientos sobre la arena mojada, refunfuñó:

-¡Ahora te quedas aquí y me escuchas! ¡Tanto Robert como Edward están muertos! Y aunque no los mataste con tus propias manos, eres directamente responsable de sus muertes. - Luego terminó con amargura-: ¡Eres tan igual que tu madre!

El semblante de Nicole se demudó y sus ojos fueron dos inmensos pozos oscuros. La noticia de las muertes le causó conmoción, ¡pero lo que más la anonadaba era que Christopher la culpara a ella! Había estado segura de que interpretaría las cosas de la peor manera posible pero, ¿eso? ¡Era tan típico de él ponerla en un plano de igualdad con su madre, pensar que no se diferenciaban en nada!

-Si yo fuera un hombre, ¡no dirías eso! ¡Y si fuera un hombre, te enfrentarías a mí en el campo de honor antes de la salida del sol! ¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a condenarme! Condenarme sin escuchar mi defensa, sin saber qué sucedió realmente. ¡Eres una bestia arrogante, y espero que tu maldito barco se hunda! - Fue un reto infantil y Nicole se mordió los labios de furia y frustración, deseando disponer de una maldición tan terrible que le dejara mudo.

Lo que había dicho era bastante para hacer vacilar a Christopher, pero no quedaba tiempo para conversar, ni para resolver; las diferencias entre ellos. Atormentado, desgarrado por emociones que no podía o no quería nombrar, estaba por primera vez en su vida debatiéndose en medio de la incertidumbre y la indecisión. Y esa única mujer era la causante de todo. No podía negar más que la seguía deseando; aun creyendo que Robert se había acostado con ella,

que había probado la dulzura de su boca, anhelaba sentir el esbelto cuerpo desnudo pegado a su piel, percibir ese exquisito temblor que la estremecía entera cuando él la penetraba. Y súbitamente le asaltó una idea descabellada... ¿por qué no?

El solo pensamiento era una locura, pero una vez que nació la idea no pudo librarse de ella. En vista de ello, midió la distancia a la que estaba el bote. Ya había pasado la rompiente y dentro de unos segundos él tendría que tomar una decisión. Higgins ya iba rumbo al bote con el agua por las rodillas sorteando las olas y él debería hacer lo mismo en cualquier momento. Volvió la cabeza y miró las facciones tormentosas de Nicole dejando que sus ojos se deleitaran en su boca carnosa y sensual. Y en ese instante ya no fue Christopher sino el capitán Sable. Christopher había planeado dejarla a salvo con su abuelo. Sabiendo que estaba segura con Simon, podría haber zarpado para Norte amé rica e intentado olvidarla. Pero Sable jamás se privaba de nada que deseaba, y deseaba desesperadamente a aquella mujer alta y delgada como una diosa.

El viento le azotaba el rostro y revolvía su largo cabello negro azulado; sus ojos dorados brillaban con emociones e instintos que habían sido sofocados y negados durante aquellos largos meses en Inglaterra. Su mirada acarició toda la extensión de ese cuerpo frágil que tenía ante él. Entonces tomó una decisión y abalanzándose sobre Nicole antes de que ella siquiera pudiese adivinar sus intenciones, le dio un beso prolongado y violento en la boca entreabierta y luego sin ningún esfuerzo la levantó y la alzó sobre sus hombros.

Ignorando los chillidos de pura rabia de Nicole, sin pensar en los puños que le aporreaban la espalda y las piernas que se sacudían en el aire, se metió resueltamente en el mar y avanzó a grandes zancadas hacia el bote. Cuando llegó tenía el agua hasta los muslos y casi con júbilo arrojó la carga sobre los tablones de madera. Un segundo después, con la ayuda de un Higgins entusiasta, subió a bordo. Echo una última mirada a la playa desierta bañada por la luna, consciente de que ahora podía dejar Inglaterra sin pesadumbre. Volviéndose a uno de la tripulación dijo jovialmente:

- Ya estamos todos a bordo. ¡Vámonos ahora antes de que nos encuentre algún barco de guerra británico!

Los hombres vacilaron un poco y luego, encogiéndose de hombros, empezaron a remar hacia el navío. Uno de ellos no pudo por menos que murmurar:

- Nadie dijo nada acerca de una mujer. ¡El capitán Baker no va a ponerse muy contento cuando la vea!

Christopher bajó los ojos y contempló el rostro enfurecido de Nicole. Acariciándole los rizos como al descuido, replicó sin alterarse:

- Lamento mucho lo de la pasajera adicional, pero esta dama y yo tenemos que discutir un asunto de suma importancia... y Nueva Orleans es el sitio indicado para hacerlo.

CAPÍTULO XXXVI

El largo viaje de regreso a Nueva Orleans fue una pesadilla. Dos veces se vieron amenazados por barcos de guerra británicos, una vez estuvieron bajo el fuego enemigo y sólo se salvaron por la aparición de un banco de niebla que permitió al capitán Baker alejarse y escapar sin ser vistos. El tiempo era desagradable: ventarrones y borrascas dieron en perseguir al barco milla tras milla agudizando aún más el genio vivo y la mala voluntad de los tripulantes.

Era comprensible que el capitán se sintiera irritado por la presencia inesperada e inoportuna de una mujer en su barco, y Nicole pasó todo el viaje aislada, encerrada en un camarote diminuto que más bien parecía un armario. No gozaba de intimidad, la comodidad era un lujo desconocido y como había abandonado Inglaterra precipitadamente, empezó a odiar el vestido de seda color bronce que lleva puesto. Christopher y ella intercambiaban el mínimo de palabras, pues eran conscientes de que aquél no era ni el lugar ni el momento para comenzar otra de sus ásperas discusiones. Higgins resultó ser un mediador imprescindible para ambos, cambiando la conversación rápida y I eficientemente cada vez que amenazaba estallar una verdadera batalla campal.

Día tras día, Nicole medía con paso airado la pequeña prisión donde la habían confinado ardiendo de ira e indignación. Estaba atrapada como un animal en una trampa, una trampa de la que deseaba ansiosamente escapar y sin embargo...

Christopher no viajaba en mejores condiciones, aunque sí tenía libertad para andar por todo el navío, y como se había preparado para el viaje, al menos tenía mudas de ropa. La prolongada travesía le parecía interminable; las millas y millas de mar agitado se extendían sin límite ante sus ojos.

Su única satisfacción era saber que la empresa aventurada en la que habían cifrado sus esperanzas Jason y él había dado sus frutos: era portador de una prueba concreta de los planes británicos para invadir Nueva Orleans. Pero por otra parte se reía irónicamente de sí mismo, pues durante las últimas semanas los periódicos habían estado llenos de ese tipo de noticias.

No podía hacer nada con respecto de Nicole excepto maldecir ese loco impulso que le había llevado a tales extremos de imprudencia. ¿Qué demonios iba a hacer con ella?, pensaba enojado mientras el barco se abría paso con dificultad por los mares turbulentos. ¿Qué le escribiría a su abuelo? Ese aspecto particularmente desagradable no se le había ocurrido antes, y con gesto adusto y la mirada perdida en la inmensidad del océano, reflexionaba con amargura.

Simon debía de sospechar que Nicole estaba con él. La nota que le había enviado a su

abuelo lo insinuaba, y él mismo le había dicho a Galena que se encargaría de cuidar de su ama.

Fugazmente pasó por su cabeza la increíble idea de que ya entonces tenía planeado, en su subconsciente, llevarse a Nicole con él si la encontraba. Pero aún más absurda y desagradable era la sensación de que no se habría marchado de Inglaterra sin encontrarla.

Christopher se hallaba ante el dilema más angustioso de toda su vida: despreciaba el capricho que le había dominado de improviso y condenaba a Nicole por ser una tentación tan irresistible, pero no podía negar que aún la deseaba, la deseaba hasta tal punto que no imaginaba la vida sin ella. Y eso era lo que realmente le corroía el alma, enfureciéndole y torturándolo hasta que casi no podía mirarla sin sentir el deseo feroz de tomar su cuello esbelto y grácil entre las manos y romper de una vez por todas aquella telaraña de deseo y emociones sin nombre que le encadenaban a ella.

Las largas semanas en el mar en nada contribuyeron a resol- ver sus dificultades. La proximidad de Nicole y la incapacidad de Christopher de saciar su apetito camal le llevaban compulsivamente a rondar como un fantasma por cubierta noche tras noche, mientras sus pensamientos volaban hacia Nicole, acostada en su pequeño camarote.

Podría haber forzado la entrada y tomarla, haberle ordenado a Higgins que saliera del camarote a cualquier hora que quisiera durante el día y satisfacer su apetito, pero había alcanzado el punto en el cual ya no le bastaba la rápida satisfacción física de la pasión que ardía en su interior, anhelaba algo más. Violentamente, como un hombre que ase de golpe un atizador al rojo vivo, rechazó la idea absurda de que quería el amor de esa mujer. El pensamiento era ridículo y con frustrado hastío dejó el problema fuera de consideración, reacio a afrontar lo que contenía su corazón, lo que había estado en él desde la noche de la tempestad en Thibodaux House, meses y meses atrás.

Todos sin excepción sintieron un gran alivio al llegar a Nueva Orleans en la segunda semana de noviembre. El tiempo en la ciudad, con todo, no era más atractivo que lo que había sido en el mar. Una lluvia particularmente fría y torrencial había llegado de la costa y estaba azotando el área, haciendo que el día fuera en extremo inclemente. Los caminos eran verdaderos lodazales.

En la elegante mansión de Christopher en Vieux Carré, un fuego chisporroteante y acogedor ardía en el hogar del salón principal cuando sus dos acompañantes y él llegaron allí poco después de haber atracado el barco en el puerto. Una misiva escrita precipitadamente y que uno de los tantos holgazanes que vagaban por los muelles había llevado a la casa de Vieux Carré alertó a Sanderson de la llegada de los tres viajeros, y en cuestión de segundos Nicole se encontró en la habitación en la que se había alojado hasta su partida a Inglaterra, mientras que a Christopher le servían al instante una humeante taza de ponche bien caliente, que se dispuso

a beber de pie junto al fuego.

Sin perder tiempo terminó la bebida mientras intercambiaba las últimas novedades con Sanderson, y casi de inmediato partió para la casa de los Savage. Había dudado si sería preferible enviar un sirviente primero para ver si ellos estaban allí, pero inquieto e impaciente, decidió no perder un minuto más, y se abrió paso a través de la lluvia torrencial por las pocas calles que lo separaban de la casa que los Savage tenían en la ciudad.

Afortunadamente, Jason se encontraba en su casa, y cuando condujeron a Christopher a la biblioteca lo halló revisando algunos papeles de negocios sin ningún entusiasmo. Una ansiosa sonrisa de bienvenida iluminó sus severas facciones por un segundo mientras se levantaba y le extendía la mano.

-¡Voto a Dios -exclamó entre burlón y serio-, era hora de que regresara! Ya empezaba a preguntarme si mi instinto me había fallado.

Mientras se estrechaban las manos, Christopher se limitó a sonreír.

- ¡Créame, hubo momentos en que me preguntaba si ambos no estuvimos completamente locos por haber considerado llevar a cabo semejante intriga! - Luego, incapaz de contenerse por más tiempo, anunció con júbilo-: ¡Funcionó, Jason! Estaba desesperado, casi seguro de que había fracasado, cuando las cosas empezaron a salir bien y todo se resolvió espléndidamente. Léalo usted mismo. - Entregándole el memorándum, se sentó con informalidad en la esquina del escritorio y añadió-: No es mucho, pero es una prueba concreta de la invasión y nos proporciona una información que necesitábamos desesperadamente.

- Hm, sí, claro, ya veo lo que usted quiere decir -comentó Jason mientras leía por encima los detalles del memorándum-. ¡Pero esto es precisamente lo que yo estaba esperando! Debo llevar este documento a Claiborn de inmediato: ha estado frenético estos últimos meses. Y los periódicos no han sido de mucha ayuda. Todos los días leo algo acerca de un ataque inminente a Nueva Orleans, y sin embargo no se ha hecho nada al respecto. La ciudad todavía carece, lamentablemente, de guarniciones para defenderla, y las pocas existentes son del todo inadecuadas.

- Nada parece haber cambiado, entonces, en los meses que he estado ausente -observó Christopher, disgustado.

-¡Oh, yo no diría eso! -replicó Jason, sonriente-. Sabrá que han sucedido cosas. John Armstrong renunció a su cargo de ministro de Guerra y Monroe ocupó la cartera. A pesar del incendio de Washington, no nos ha ido del todo mal en estos meses. Puede que la noticia no haya llegado a Londres antes de su partida, pero la campaña de George Prevost para invadir los Estados Unidos por el lago Champlain y el valle del Hudson se redujo a la nada. Uno de

nuestros jóvenes tenientes fue el responsable de esa pequeña victoria. Sólo con una flotilla provisional de cuatro barcos y diez lanchas cañoneras destruyó todo el apoyo naval británico cerca de Plattsburgh, y Prevost se vio obligado a abandonar su plan y volver a Canadá. Y aunque esta noticia es aún más vieja, creo que del mes de agosto, el general Andrew Jackson puso fin a la guerra contra los Creeks, así que ése es un problema menos. Por otra parte, habrá oído usted sin duda que el país se encuentra en un gravísimo problema financiero: el Ministerio de Hacienda está en quiebra y cada vez es más difícil conseguir el dinero suficiente para hacer frente a este fiasco. Pero con todo, nos las estamos ingeniando para mantenernos unidos y con tiempo y un poco de suerte saldremos de ésta.

Christopher gruñó curvando los labios irónicamente.

- ¡Si no podemos defender Nueva Orleans contra las fuerzas de Pakenham, jamás saldremos de ésta! A los británicos nada les gustaría más que apoderarse de todo el estado de Louisiana y controlar el río Mississippi. A menos que consigamos traer algunas tropas pronto, ellos tienen una excelente posibilidad de hacerlo. La flota del almirante Cochrane en el Golfo de México suministrará apoyo naval, y en combinación con el ejército, es muy probable que los británicos nos arrollen y nos pasen por encima como lo haría una manada de lobos con las ovejas en su redil.

- No tanto - acotó Jason con lentitud -. Hay otra noticia que he olvidado comentarle: el general Ross ha muerto. Le mataron en septiembre durante el ataque a Baltimore, que, podría agregar, fracasó. Como podrá apreciar, hemos estado enseñando un poco los dientes.

- Quizá tenga razón, pero las perspectivas no son del todo alentadoras. No olvide que las conversaciones de paz en Gante caminan a paso de tortuga. Yo personalmente no esperaría de allí una pronta solución al problema.

- De acuerdo. Pero con este memorándum tenemos la certeza de convencer a Andrew Jackson de que Nueva Orleans está realmente en peligro. Y una vez convencido, él y su ejército estarán aquí. Jackson no va a permitir que los británicos tomen Louisiana.

- Abrigo la esperanza de que esté usted en lo cierto. Mientras tanto, ¿qué aconseja usted que se debe hacer? -dijo Christopher en tono escéptico.

-Quiero que usted venga conmigo cuando le entregue este memorándum al gobernador -dijo tras meditarlo unos momentos-. Ya que ha colaborado para obtener la información, considero que es justo dar crédito a quien se lo merece. Y sobre todo, el gobernador necesita a todos los hombres capaces a su lado. -Sonriendo amargamente, continuó-. Nuestra población criolla está, como de costumbre, ignorando la situación, y excepto unos cuantos norteamericanos, la mayoría de la gente pretende que no existe ningún peligro. Y eso es parte de lo que Claiborn

está tratando de combatir: la apatía y la ignorancia.

- Espero sinceramente que sepa lo que está haciendo al apadrinar a sabiendas a un corsario canalla como yo ante el propio gobernador. ¿No tiene miedo de que si se descubriera mi relación con Lafitte podría arruinar su reputación y perder la posición que ocupa? - Christopher hizo una mueca.

Una expresión peculiar cruzó, fugaz, por el rostro de Jason, pero pareció recobrarse rápidamente, pues con los ojos verdes brillando de burla dijo arrastrando las sílabas:

- ¡Mi querido amigo, se necesitaría algo más que un bribón como usted para arruinar mi carrera! Y debe recordar que gran parte de mi utilidad para el gobernador se basa principalmente en el mismísimo hecho de conocer tantos corsarios canallas como usted.

Un destello burlón también brilló en los ojos de Christopher.

- ¡En ese caso estoy a su servicio, señor!

Se concertó de inmediato un encuentro con el gobernador. Mientras Christopher observaba a Claiborn leer el documento, no pudo decidir si el contenido le complacía o le alarmaba. Su semblante se mantuvo totalmente inexpresivo hasta que terminó de leer el memorándum y lo dejó con cuidado sobre la superficie pulida y lustrosa del escritorio. Tranquilo, enlazó las manos sobre el papel y miró con fijeza a los dos hombres que estaban ante él.

-Bien -dijo con calma-, si esto no induce a Jackson a tomar medidas nada lo hará. Sólo espero que se dé cuenta de que el objetivo de los británicos es, indudablemente, Nueva Orleans y no Mobile. Tanto Monroe como él piensan que los británicos atacarán por Mobile y, por lo tanto, están concentrando todas sus fuerzas en esa zona. - El suave acento de Virginia, a pesar de sus once años de residencia en Nueva Orleans, era todavía evidente al continuar-: Yo personalmente considero que el ataque vendrá de la costa. Pero me temo que sólo soy un civil - terminó, abatido. .

No había mucho más que pudieran agregar Jason y Christopher a lo que él ya sabía, y después de varios minutos más de charla cortés durante los cuales, para gran incomodidad de Christopher, el gobernador elogió sus logros, los dos hombres salieron de la mansión de Claiborn en Toulouse Street.

Había cesado la lluvia, pero después de echar un vistazo al cielo plomizo, Christopher comentó:

-Si nos apresuramos podríamos llegar a nuestras respectivas casas antes de que se descargue otro diluvio. Sugiero que a menos que desee discutir algo más, hagamos precisamente eso.

Lanzando una mirada recelosa a los negros nubarrones, Jason estuvo de acuerdo.

-¡Por el aspecto que presenta el cielo, podríamos terminar nadando, *mon ami*! Y por el momento, creo que hemos hecho todo lo que podemos. Claiborn se encargará de hacer lo que debe, y en cuanto me entere de algo, se lo comunicaré. - Jason vaciló y una curiosa expresión pasó por su rostro. Casi con timidez, preguntó-: ¿Querría venir a cenar con Catherine y conmigo el jueves? Han sucedido ciertos acontecimientos en el área de Nueva Orleans que me agradaría discutir con usted. Éste no es el momento y no estaré libre hasta entonces.

Pasando por alto las gotas de lluvia que empezaban a caer, Christopher observó atentamente a Jason.

- ¿Es algo importante? ¿Algo sobre lo que yo deba tomar medidas?

Una vez más advirtió aquella extraña vacilación en el otro hombre y el joven tuvo la impresión de que le estaba ocultando algo. Pero antes de que pudiera exigirle que le aclarara de qué se trataba, Jason dijo:

- Usted quizá lo considere importante y puede sentirse compelido a hacer algo. - Al ver la expresión ceñuda de Christopher, añadió-: No me propongo ser misterioso, pero con toda franqueza debo decirle que ahora no tengo tiempo para entrar en detalles. Es posible que se entere antes de que yo se lo diga, y le ruego desde este mismo instante que sea ecuánime y no monte en cólera. Recuerde que los criollos adoran el chismorreo y que los rumores no siempre están basados en la verdad.

Christopher apretó las mandíbulas y entrecerró los ojos al decir, irritado:

- Es posible que no quiera ser misterioso pero desde mi punto de vista está haciendo un trabajo excelente para serlo.

Un esbozo de sonrisa curvó las comisuras de la boca generosa de Jason.

- Lo sé, amigo mío, lo sé, sea indulgente conmigo. ¿Está de acuerdo, entonces? ¿Vendrá a cenar el jueves?

- ¡Sabe perfectamente que estaré allí!

Jason se despidió y Christopher empezó a caminar lentamente hacia casa pensando en Nicole.

Nicole era temperamental, tenía un genio de mil demonios, era hechicera y fascinante, tan hermosa como veleidosa y vivaz, y además no podía verle ni en pintura, pero Christopher no deseaba a ninguna otra mujer, al menos no por ahora, se apresuró a agregar, reacio a pensar más allá de las semanas siguientes...

Se negaba en redondo a mirar hacia el futuro lejano, tercamente determinado a encarar los días uno a uno, sin molestarse en lo que pudiera pasar entre ellos. Jamás lo había hecho con ninguna mujer, ¿por qué entonces hacerlo con Nicole?

Como era de esperar, ella no estaba de humor para imitar su conducta de esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Estaba furiosa con el comportamiento de Christopher y era comprensible... furiosa y sin embargo, por otra parte, consciente de que lo que más anhelaba era estar a su lado. Pero no así, pensó con ira, cargada sobre su hombro como una pieza de botín y arrastrada a la vergüenza y la deshonra.

Si ella lo hubiese decidido, si hubiera elegido deliberadamente zarpar con él; si él le hubiera dicho «Ven», y ella hubiera tomado la decisión de seguirle, entonces no juzgaría tan amargamente la posición en la que se hallaba. Quizás afrontaría la vergüenza y la deshonra con gusto si Christopher le hubiera dado posibilidad de elección. ¡Pero no lo había hecho! Con la mayor falta de sensibilidad había ignorado sus deseos, sus emociones y sentimientos y prácticamente la había arrancado de Inglaterra. Eso era, decidió con calor, otro ejemplo de su arrogancia y de su carácter arbitrario y despótico.

No muy versada en el arte de ocultar sus sentimientos, su semblante reflejó la tormenta de pasiones que se había desatado en su alma y fue sólo al advertir la expresión de miedo de la muchachita negra convertida con premura en doncella a su servicio, cuando se obligó a sí misma a pensar en otra cosa.

Sonriéndole cariñosamente a la joven, dijo:

- ¡Por favor, no me tengas miedo! A veces frunzo el ceño como si estuviera muy enojada y tengo muy mal genio, pero rara vez lo descargo sobre mis sirvientes. Ahora, dime, ¿cómo te llamas?

La muchacha murmuró tímidamente:

- Naomi, señora. El señor Sanderson dice que he de ser su doncella hasta que él pueda contratar a otra.

Al observar a Naomi hacer todos los preparativos para el baño con suma eficiencia y viendo con qué reverencia depositaba sobre la cama uno de los varios vestidos que por diversas razones había dejado allí cuando se embarcaron para Inglaterra, Nicole decidió secretamente que los servicios de aquella muchacha eran todo lo que iba a necesitar. No había ninguna razón para contratar otra Mauer, ya que esta vez no alternaría con la buena sociedad. Una amante -y sospechaba que ése era el papel que Christopher había elegido para ella- estaba en una posición muy distinta a la de una pupila. Una sonrisa cínica le curvó la boca y decidió sombríamente que Christopher descubriría muy pronto que podía ser una amante muy incómoda. ¡Se aseguraría de eso!

La voz de Naomi informándola de que el baño estaba listo interrumpió sus pensamientos, y dejando de lado su futura batalla con Christopher, permitió que la muchacha la desnudara y la

introdujera en la enorme tina de bronce.

El baño fue tocar el cielo con las manos. Después de largas semanas en el mar, conformándose con apresurados lavados con esponja y agua salada, el agua dulce caliente era una verdadera delicia. Nicole sumergió sensualmente su cuerpo esbelto en el agua perfumada, deleitándose en la caricia que le proporcionaba. Suspirando de placer, se recostó y apoyó la cabeza en el borde de la bañera, decidiendo que casi valía la pena pasar l varias semanas sin baño para gozar de uno como ése. A la larga, sin embargo, el agua empezó a enfriarse y después de lavarse el cuerpo frotándolo de pies a cabeza, solicitó la ayuda de Naomi para lavarse el pelo.

Sintiéndose más relajada que desde hacía muchas semanas, Nicole se sentó envuelta en una enorme toalla esponjosa delante del fuego de la habitación y dejó que Naomi, pacientemente, le cepillara y peinara las largas guedejas hasta secarlas por completo. El movimiento constante y sedante del cepillo la amodorró y en cuanto el cabello ondulado estuvo seco a satisfacción de la doncella, Nicole decidió acostarse un rato.

La tarde ya estaba muy avanzada y el cielo encapotado prometía más lluvia antes de terminar el día, y la idea de acostarse en una verdadera cama era más de lo que podía resistir. Durmió profundamente, despertándose horas después en la habitación oscura y silenciosa. El grueso colchón de plumas era como una nube y con un ronroneo de deleite volvió a arrellanarse en su acogedora suavidad, reacia a dejar el calor y la comodidad que le brindaba. Pero la entrada de Naomi en ese momento con una vela encendida en la mano hizo que olvidara sus intenciones de volver a dormir.

-¿Sí? ¿Qué sucede? -preguntó.

- ¡Oh, señora, no fue mi intención despertarla! El señorito Christopher sólo quería que averiguara si aún seguía dormida.

- No me has despertado. Estaba a punto de llamarte - mintió.

Sintiéndose más tranquila al saber que no había cometido ninguna falta y decidiendo que servir a la señorita Nicole iba a ser una tarea muy agradable, Naomi encendió las lámparas y procedió a ayudar a vestirse a su nueva ama con destreza y alegría.

El vestido que había puesto a la vista anteriormente era de muselina bordada de color verde pálido. Era una hermosa prenda, pero aunque hubiese estado hecha de sacos de algodón, Nicole la habría adorado lo mismo, agradecida como estaba de haberse librado, por fin, del odiado vestido de seda color bronce que había usado a lo largo de varias semanas.

Lo único que no había dejado allí era calzado, y al contemplar sus pies descalzos asomándose por debajo de los volantes de la falda, volvió a su memoria el recuerdo penoso y

conmovedor de aquella velada en las Bermudas. Qué distinto podría haber sido su destino si hubiese seguido los consejos de Allen, meditó con pesar. Y una vez más se preguntó cuál habría sido su suerte. Christopher le prometió que le liberaría y en ese instante ansió con fervor creer que había cumplido su palabra. Ya existía bastante amargura entre ellos como para agregarle la carga de la muerte de Allen. Él debía de estar libre y con los británicos. Nicole cerró su mente deliberadamente a toda otra explicación.

Se negaba a pensar que Christopher pudiera mentirle adrede y entregar a Allen con frialdad a los norteamericanos para que le colgaran por espía. Podía creer muchísimas cosas terribles de Christopher Saxon, pero no esa.

Resolvió el problema de la falta de calzado usando los escarpines de seda color bronce bastante gastados que había traído de Inglaterra. Un chal adornado con lentejuelas dispuesto con descuido alrededor de los hombros completaba su atuendo, y después de echar una mirada fugaz al espejo y viendo con satisfacción el brillo limpio de los rizos que caían graciosamente hasta los hombros, Nicole descendió con lentitud por la escalera para dirigirse al salón principal.

Christopher ya se hallaba allí, como ella había esperado, pero lo que no había previsto fue la oleada de placer y de dolor que la bañó cuando le vio de pie delante del fuego en actitud displicente, con un brazo descansando sobre la repisa de mármol de la chimenea.

Levantando la cabeza y desviando la mirada de las llamas saltarinas, Christopher preguntó cortésmente:

-¿Has dormido bien?

-Sí. Una auténtica cama ha sido todo un lujo después de las comodidades que nos ofreció el capitán Baker - respondió en tono apacible, no muy segura de sí misma ni del humor de Christopher.

Él parecía muy tranquilo; su rostro moreno de facciones aristocráticas permaneció impasible mientras ella lo observaba tratando de descifrar sus emociones. Vestía pantalones amarillos muy ceñidos y una chaqueta verde botella exquisitamente cortada, y su aspecto bastaba para que el corazón de cualquier joven diera un brinco en el pecho; desafortunadamente, Nicole fue en extremo consciente de su cuerpo nervudo y alto cuando él cruzó con paso elástico el salón y le ofreció con cortesía un sillón junto al fuego. Vaciló, pero al llegar a la conclusión de que ella también podía comportarse como si no existiera nada entre ellos, consintió amablemente en que la acompañara hasta su asiento.

Los modales de ambos eran afectados y la conversación formal y artificial, comportándose como dos extraños que se encontraran por primera vez. Christopher volvió a preguntar con suma urbanidad:

-¿Te apetece una copa de jerez? Creo que tenemos tiempo de l sobra antes de que se sirva la cena.

Sintiéndose como una muñeca de trapo con una sonrisa vacía pintada en los labios, Nicole murmuró serenamente:

-Sí, una copita de jerez es buena idea.

Christopher cruzó el salón hasta donde se hallaba una gran bandeja con varias botellas de cristal, y en silencio sirvió el pálido líquido ambarino. Todavía callado volvió al lado de la joven y le entregó la copa rozándole los dedos cuando la depositó sobre su mano extendida. Ambos reaccionaron como si hubiesen sentido una descarga: la mano de Christopher cayó de golpe a un lado y los dedos de Nicole casi le arrancaron la copa de la mano.

El silencio que reinaba entre ellos era incómodo; los dos estaban insoportablemente conscientes del otro, esperando cada uno que el otro hiciera el primer movimiento, que dijera la primera palabra. Ninguno lo hizo.

El silencio era como una tercera presencia en el elegante salón; el crepitar del fuego que ardía en el hogar resonaba en la embarazosa quietud, intensificando el silencio. Al pasar los minutos, Nicole se removió incómoda en el sillón y, por hacer algo, sorbió con parsimonia el jerez sin verdaderos deseos de tomarlo.

Christopher había vuelto a su lugar al lado del fuego, y su perfil se destacaba mientras, ignorándola en apariencia, parecía fascinado una vez más por las saltarinas llamas amarillas y anaranjadas. Una copa de coñac medio vacía descansaba sobre la repisa de la chimenea. Mientras le observaba, a Nicole le pareció que se encrespaba aún más su pelo negro azulado en ese clima húmedo; él levantó la copa y bebió todo su contenido de un solo trago. Enderezándose, se volvió y la miró a los ojos.

Sonriendo con aire de misterio, preguntó en tono ligero y burlón:

- ¿Y bien? ¿No tienes nada que decir? Durante todo este rato estuve esperando que tu lengua mordaz me aniquilara. No me digas que perdiste el poder de la palabra. ¡Vamos! ¡Escupe tu rencor y descarga tu bilis como estoy seguro de que has estado anhelando hacer desde hace semanas!

Nicole se enderezó y sus ojos topacio comenzaron a lanzar chispas de ira. Con dificultad controló el deseo imperioso de hacer exactamente lo que él decía, pero en cambio dijo en tono mesurado:

- Reñir contigo no me servirá de nada. He superado, espero, algo de mi necedad y no tengo propósito alguno de perder la paciencia a pesar de tu provocación.

Una espesa ceja se arqueo con ironía.

- Por el momento acepto tu palabra al respecto – replicó tajante -. Pero estoy seguro de que tienes algo que decir. ¿Alguna censura a mI comportamiento?

Nicole se puso de pie y con toda deliberación dejó la copa de jerez casi llena sobre una mesa cercana.

-Sí, tengo algo que decir, con más exactitud tengo una pregunta que formular. ¿Puedo? - preguntó, sarcástica. Ante la breve inclinación de cabeza de Christopher, demandó sin rodeos-: ¿Qué piensas hacer conmigo?

Los ojos de Christopher vagaron desde las puntas de los escarpines bronceados que calzaba hasta los rizos recogidos sobre la coronilla, casi acariciándola con la mirada, haciendo un breve alto sobre los pechos erguidos y los reflejos de fuego del pelo oscuro, antes de volver y detenerse en la boca generosa de labios sensuales.

-Puedo pensar en varios planes para ti, querida -murmuró-, pero dudo que estés de acuerdo con ellos. - Con la mirada clavada aún en su boca, caminó hasta donde estaba ella y se quedó tan cerca que apenas había unos centímetros entre sus cuerpos-. Te deseo, Nicole -murmuró con absoluta sinceridad-. Te deseo como nunca he ansiado a ninguna mujer que haya conocido en toda mi vida. - Y los ojos dorados de Christopher brillaron de súbita pasión al decir con rapidez-: Estabas dispuesta a ser la amante de Robert, ¿por qué no mía?

Al ver que una ira glacial la dejaba petrificada ante sus ojos, continuó precipitada y atolondradamente:

- Te di la oportunidad de llevar una vida respetable. Me encargué de que te presentaran en sociedad sin problemas, pero no, no era eso lo que querías. ¡Oh, no! Estabas dispuesta a desechar todo eso sólo para convertirte en el juguete de Robert. Bien, querida, estarás en mejor posición siendo mi juguete que el suyo. Créeme, seré generoso en extremo contigo: tendrás tu propia casa, tu propio carruaje, sirvientes, lo que se te antoje. Sólo dime tu precio.

Los ojos topacio de Nicole, como dos gemas enormes en el pálido rostro, brillaron de ira al escupirle en la cara:

- ¡Estás sobreestimando tu encanto! Si me estuviera muriendo y poseyeses el don de dar la vida, mi respuesta seguiría siendo la misma... ¡un rotundo no! ¿Ser tu amante? ¡Ja! ¡Antes preferiría ejercer la prostitución en Tchoupitoulas Street, sometiéndome a cualquier hombre que me deseara, que sufrir tus abrazos!

Todo el cuerpo de Christopher se tensó y se afinaron sus labios cuando la tomó con furia.

- ¡Eso es lo que tú dices! - gruñó contra la boca de Nicole-. ¡Eso es lo que dices, pero tu cuerpo me dice algo diferente!

Su boca se cerró sobre los labios de Nicole con brutalidad, forzándola a abrirlos. Sus brazos

la envolvieron en un círculo de hierro, despertando en ella recuerdos de otras veces en que había estado en sus brazos, de otros momentos compartidos y más placenteros. Si él hubiese continuado besándola con tanta crueldad, ella podría haber sido capaz de resistirle, pero percibiendo que la fuerza no le serviría de nada, la boca de Christopher moderó el doloroso asalto y empezó a moverse con suavidad sobre los labios doloridos de Nicole, incitándolos y a la vez exigiéndoles una respuesta a su creciente pasión.

Sintiendo cómo se enroscaba el deseo en su estómago, Nicole luchó denodadamente contra él, decidida por una vez a no dejarse envolver en su misterioso y poderoso hechizo. Pero Christopher era demasiado para ella; sus manos le apretaron la cintura acercándola más al calor de su cuerpo, haciéndola físicamente consciente, aun a través de la barrera de las ropas, de cuánta era su necesidad de ella. Las manos de Christopher le soltaron la cintura y le exploraron delicadamente las caderas, vagando a lo largo de su espalda en una sola caricia ininterrumpida y tentadora; sus labios, calientes y húmedos, la anonadaron de deseo sin apartarse un segundo de la boca y Nicole sintió que perdía el control.

Christopher, ciego a todo menos al deseo que le quemaba las venas, ajeno a la batalla que se libraba en el interior de la mujer que tenía en sus brazos, la empujó suave e inexorablemente sobre el sofá de al lado del fuego, mientras sus manos encontraban instintivamente la carne satinada debajo del vestido de muselina. Al sentir el roce de la mano caliente sobre su muslo, Nicole dejó escapar un gemido de angustia, deseando con todas y cada una de las fibras de su cuerpo que él la tomara y sabiendo sin embargo que si efectivamente lo hacía estaría perdida. Luchando contra sí misma tanto como contra Christopher, Nicole se retorció frenéticamente debajo de él, buscando en vano escapar del pozo de deseo en el cual iba cayendo. Los movimientos de su cuerpo sólo sirvieron para exaltar en él la pasión apremiante de volver a sentir el éxtasis de unir su cuerpo con el de ella y siguió besándola con mayor ardor que antes.

De repente, un golpe a la puerta hizo que Christopher se pusiera tenso, y maldiciendo entre dientes, se incorporó en el sofá y exigió:

- ¡Sí! ¿Quién es?

-Sanderson, señor -fue la respuesta-. La cena está servida.

Se puso de pie y arreglándose la ropa, replicó:

-Muy bien. Estaremos allí en un instante. -Se volvió a Nicole y musitó mitad en broma y mitad con enfado-: Parece que esta interesante conversación tendrá que esperar hasta más tarde. ¿Estás lista?

Nicole se alisó las faldas con manos temblorosas y la mirada gacha y contestó con la voz ligeramente alterada:

- ¡Para cenar, sí!

- Pero, querida, ¿para qué si no? - Christopher le sonrió con malicia.

La muchacha dominó el impulso de abofetearle y caminó rígidamente hasta las puertas talladas que comunicaban con el vestíbulo principal. Permitió que Christopher las abriera para ella y posó la mano sobre su brazo.

Durante la cena los dos charlaron con ridícula urbanidad y cortesía, en parte debido a la presencia constante de Sanderson mientras les servía y además porque a ninguno se le ocurría nada que decir, a no ser algo totalmente injurioso y provocativo. Ambos, empero, reflexionaban sobre la velada que les aguardaba y tal vez por eso la cocinera se sintió un tanto decepcionada por la cantidad de comida que fue devuelta a la cocina.

Después de cenar, sintiéndose saciada pero también llena de recelo, permitió con coquetería que él la condujera otra vez al salón que habían ocupado antes de la cena. Sentada en el mismo sofá que casi había sido su perdición, aceptó la taza de café solo que le ofreció Sanderson en una bandeja de plata. No así Christopher, quien con un ademán displicente despidió al mayordomo prefiriendo una copa de coñac.

La cena había sido un momento de tregua, embarazosa y precaria, pero tregua después de todo. Y Christopher lo dejó bien claro en el mismo instante en que la puerta se cerró detrás de Sanderson:

- ¿Bien? - inquirió perentorio -. Mi proposición aún sigue en pie. Y ahora que has tenido el tiempo suficiente para considerarla, ¡no intentes apartarme del tema con la excusa tan femenina de que necesitas tiempo para pensarlo!

Era un ataque injusto y desleal, ambos sabían perfectamente que Nicole jamás había aceptado meditar sobre el tema. Sus ojos brillaron de resentimiento y su terca resolución endureció su gesto al replicar enojada:

- ¡En ningún momento se habló siquiera de que consideraría tu propuesta vergonzosa! Te lo dije entonces y te lo diré ahora: no me convertiré en tu amante. - Se levantó con brusquedad. La respiración agitada hacía subir y bajar su pecho y su voz tembló al continuar hablando acaloradamente-: ¡Me sorprende que quieras tener a tu lado una criatura tan depravada como yo! ¡Después de todo, soy tan desagradecida que he vuelto las espaldas a la vida tan agradable y placentera que dispusiste para mí, he insultado la hospitalidad que me brindó tu abuelo, me he puesto al lado de un hombre indigno de ser llamado así, un hombre que fue el amante de mi madre! - Los ojos topacio se empañaron de lágrimas y tembló por el esfuerzo de contenerlas. Entonces gritó angustiada y furiosa -: ¡Oh, sí! ¡No olvidemos que soy la hija de mi madre! Y ambos sabemos bien cómo era: una mentirosa, una seductora traidora y una adúltera. ¡Y

Christopher, si me obligas, te juro por lo más sagrado que te demostraré lo parecida a mi madre que puedo ser! ¡Por Dios déjame ir! ¡Dame un pasaje para Inglaterra! Échame de tu lado para que los dos podamos encontrar la paz.

Christopher palideció y con amargura, gruñó.

- ¡No puedo! ¡He pensado en todo lo que dices, me he desgarrado día tras día, noche tras noche! ¡Pero dejarte ir me resulta imposible! - Era una confesión que no había querido hacer y una admisión que había intentado ocultarse a sí mismo. Y enfurecido por haberle dado, según creía, una nueva arma en su contra, tragó el coñac de un sorbo. Dejó la copa sobre la mesa con un golpe sordo y tan fuerte que casi la hizo añicos y sin decir palabra cruzó el salón en dirección a la puerta, demostrando toda su rabia en cada paso que daba. Ya con la mano sobre el picaporte, echó otra mirada a Nicole, que seguía petrificada al lado del sofá; luego sólo se oyó el portazo cuando salió. Esa mirada que le envió en último momento antes de salir como una tromba fue de tal desprecio y furia que ella retrocedió instintivamente, y sin embargo, por sólo un instante fugaz, había visto en las profundidades de esos ojos de oro un destello de algo, algo como... como...

Esa noche, mientras se revolvía inquieta en la cama, Nicole revivió esos momentos tensos y reveladores, incapaz de creer que él hubiera dicho lo que dijo. Saber que también Christopher sentía ese lazo invisible que los unía era alentador, pero que asimismo se sentía agraviado por eso, y lo odiaba con todo su ser, era absolutamente obvio. «¿Qué he de hacer?», se preguntaba con tristeza. «¿Quedarme? ¿Esperar que llegue a amarme con el tiempo, si es capaz de amar? ¿O continuar luchando contra el y tratar de que comprenda que es mejor para los dos vivir separados? ¿Pero, tú te sentirías en realidad mejor?», susurró su mente insidiosamente.

Su dilema no tenía ninguna solución obvia. La prudencia, el sentido común, las experiencias pasadas y un vigoroso instinto de conservación le ordenaban con claridad que huyera. Pero su corazón, un órgano siempre indigno de confianza, se retorcía en su pecho ante la idea de apartar a Christopher deliberadamente de su vida.

Inquieta, desconsolada, indecisa y confundida, se dio por vencida y renunció a su intento de dormir. Se levantó de la cama y se paseó por la habitación descalza y sólo con un camisón casi transparente de color crema. El fuego casi se había apagado y para hacer algo, añadió unos leños pequeños que sacó de una pila ordenada que siempre estaba cerca del hogar. Lo atizó y sopló las brasas hasta que el fuego prendió y empezó a chisporrotear con vida propia. La habitación estaba a oscuras excepto por el débil resplandor de las llamas al bailotear y pintar sombras en las paredes. Un suave destello plateado se filtraba por los postigos de madera de las ventanas y al abrirlos descubrió una plateada luna llena muy alta en el cielo. La lluvia había

cesado una vez más, pero la humedad seguía haciendo cosquillas en la nariz de Nicole cuando respiraba hondo.

Exhalando un suspiro, regresó a la cama a sabiendas de que esa noche el sueño no la visitaría. Se sentó en la cama y recogió las piernas apoyando la barbilla en las rodillas y rodeando los tobillos con los brazos. En esa posición clavó la mirada vacía en el fuego que crepitaba ahora en el hogar. No tenía dinero propio. No tenía adónde ir. Inglaterra estaba demasiado lejos para ofrecerle una solución inmediata a su problema. Melancólica y desconsolada, reconoció que en tanto siguiera amando a Christopher Saxon jamás podría resolver su dilema.

Nunca había dejado de amarle, admitió, desdichada. Sí, había intentado convencerse de lo contrario, pero no se podía negar que la única engañada había sido ella misma, ella y su tonto corazón. Aun siendo como era - brutal, arrogante, tierno en un instante y salvaje al siguiente - por desdicha le seguía amando. ¿Qué podía hacer al respecto?

Sorprendentemente, considerando el estado caótico de su corazón, anhelaba partir. No ganaría nada quedándose, salvo mayores sufrimientos y más desilusiones. Christopher jamás la amaría. La deseaba, no podía negarlo, pero desear tenía muy poco que ver con amar y amor era lo que ella anhelaba más que nada.

Reprimió una risita histérica al pensar en la expresión azorada del rostro de Christopher si ella le dijese: «¡Ámame! Deséame no sólo con tu cuerpo sino también con tu corazón. ¡Ámame, maldito seas».

Pero, ¿de qué le serviría? Ni siquiera estaba segura en lo más íntimo de su ser de que pudiera perdonarle todo lo que había pasado entre ellos, especialmente sus últimas acciones. Luego sonrió con cinismo; ya volvía a las andadas, engañándose como una tonta. Por más que deseara fingir lo contrario, si Christopher levantaba un dedo, si le daba un indicio de que quería algo más que un cuerpo caliente en su lecho, dejaría a un lado todas sus dudas, la amargura, el pasado, todo y se arrojaría a sus brazos de buen o mal grado. ¡Le amaba con toda el alma!

Absorta en esos pensamientos desagradables, la tomó por sorpresa la apertura súbita de la puerta y no pudo controlar el gritito sofocado que se escapó de su garganta. Con asombro vio la figura erguida y ligeramente tambaleante de Christopher en el umbral.

Era evidente que había estado bebiendo de más; el pelo, atractivamente despeinado, se derramaba sobre la frente; la corbata blanca almidonada ya no estaba en su lugar; llevaba la chaqueta verde botella echada con descuido sobre un hombro y el faldón de la camisa caía libremente sobre los pantalones amarillos. Mirándola de soslayo con verdadera lascivia dio tal portazo que hizo a Nicole encogerse y mirarle con recelo. Sólo haciendo uso de todo su dominio

pudo permanecer exactamente donde estaba, rehusando con obstinación dejar que la intimidara su amenazadora presencia. Todos sus instintos le gritaron que escapara al ver que avanzaba, pero la cautela le aconsejó no hacer nada que pudiera encolerizarle o provocar su hostilidad y, serena exteriormente, levantó la mirada y preguntó con frialdad.

- ¿Qué deseas, Christopher?

- Ah, vaya, ésa es una muy buena pregunta, querida - respondió sin inflexiones y pronunciando claramente. Luego, como si lo hiciera con frecuencia, se sentó en la esquina de la cama, arrojó la chaqueta al suelo y empezó distraídamente a quitarse la corbata. Entonces dijo con voz pausada -: He meditado mucho sobre eso durante toda la velada. ¿Exactamente qué es lo que quiero? -Sin mirarla terminó con la corbata, se quitó de un tirón las botas y empezó a desprenderse de la camisa.

Con la boca seca, Nicole le observaba como un conejo ante una serpiente de cascabel, temerosa de moverse, sabiendo que una retirada precipitada era la única salvación, y sin embargo petrificada en su sitio por el poder hipnótico del adversario. Cuando la camisa se reunió con las demás prendas en el suelo, él se puso en pie y al comenzar a desprenderse de los pantalones amarillos, Nicole perdió un poco de su control y gritó con voz ronca e indignada:

- ¿Qué crees que estás haciendo?

Sin detenerse ni vacilar en lo más mínimo, volvió la cabeza y le echó una ojeada.

-Bueno, vaya -murmuró-, esa pregunta tiene una relación directa con lo que deseo. Yo te deseo a ti, querida. ¡Y creo que voy a tenerte!

-¡Estás borracho! -acusó Nicole al tiempo que empezaba a apartarse casi sin darse cuenta.

-No. Te equivocas en eso -respondió sin animosidad-. He estado bebiendo, bebiendo muchísimo, pero no estoy borracho. Atontado, loco tal vez, y lleno de deseo por una criatura fascinante y hechicera que no me da paz. - La voz perdió parte de su desinterés y se endureció-. ¡Vaya, eso sí!

Apartándose centímetro a centímetro de él, Nicole tragó saliva nerviosamente; nunca le había visto así antes. Quizá no estaba borracho, como había dicho, pero se estaba comportando de una manera muy extraña. Christopher se inclinó para quitarse los pantalones y Nicole intentó dar un paso hacia la puerta. Pero con la rapidez de una serpiente que ataca, él estiró la mano y le aprisionó la muñeca.

-No -dijo tranquilamente-. No te irás a ninguna parte, al menos hasta que haya terminado contigo.

Se sonrojaron las mejillas de la joven no sólo de rabia sino también de miedo y luchó contra esa mano de acero.

- ¡Maldito seas, suéltame! Y sal de mi habitación. - Las miradas se encontraron y lo que ella leyó en las profundidades doradas de los ojos de Christopher aumentó su deseo de liberarse cuanto antes de él.

Sin alterarse por las palabras ni las acciones de su prisionera, Christopher se limitó a repetir:

-No.

Y muy, pero muy deliberadamente, le arrancó el camisón con la otra mano.

Ya no había ninguna posibilidad de escape para ella, por más que luchó con tanta fiereza como le fue posible. Ignorando los golpes que llovían sobre su cabeza, ajeno a los movimientos bruscos y malintencionados de la rodilla de Nicole, simplemente la estrechó entre sus brazos. Al arrojar su cuerpo desnudo contra el de él sólo consiguió exacerbar más su deseo de poseerla. Sin esfuerzo encontró la boca sensual y se alimentó en sus labios como un hombre que desea calmar una larga hambre mientras la lengua exploraba y saboreaba el dulce vino interior.

Despreciándose, Nicole pudo sentir que su cuerpo empezaba a despertar a la magia sensual que emanaba de ese hombre a quien amaba, mientras él seguía besándola sin cesar. Las manos viriles, cuando no sostenían a su prisionera, la acariciaban con dulzura. La boca se apartó de sus labios y descendió por su cuello dejando una estela de fuego a su paso hasta llegar a su seno y entonces, sin aliento, Nicole susurró:

- No lo hagas, por favor, Christopher, no me hagas esto a mí.

Él se detuvo y la miró a los ojos, seducido y hechizado por las bellas facciones de la mujer que tenía entre sus brazos.

-¿Detenerme? -murmuró pastosamente-. No puedo hacerlo. Pero mientes, Nicole, siempre has mentido. Si no me desearas, esto no sucedería. - Y con mano gentil le acarició los senos; los pezones, traicionándola, se endurecieron al instante como dos diminutos montículos de deseo-. ¡Ni esto! -agregó suavemente mientras su mano insidiosa se deslizaba entre sus piernas tocando con ternura la suavidad aterciopelada que encontró allí.

Con un gemido de placer casi inaudible y vergonzante, Nicole se derritió, sin poder ni querer negar que ella también deseaba la unión física de sus cuerpos.

Fue como la noche de la tempestad de truenos. Ambos ahogaron todas las dudas y los interrogantes; tan sólo existían los roces y las caricias del otro. Nada más existía salvo este mundo de calor y suavidad, de ternura y salvajismo... de amor y odio.

Nicole no le negó nada; su cuerpo respondió como siempre lo hacía a la más leve caricia. No fue capaz de permanecer pasiva dejando simplemente que él se saliera con la suya. Ella también le deseaba, deseaba esa gloriosa liberación que sólo Christopher podía brindarle. Una vez que hubo perdido la batalla contra él, las manos de la muchacha exploraron ansiosamente

el cuerpo musculoso y firme que estaba tendido junto al de ella.

Como una criatura curiosa y sorprendida al descubrir una maravillosa tierra encantada, sus dedos vagaron por el vello suave del pecho varonil, por el estómago tenso y plano mientras se deleitaban al sentir los estremecimientos que provocaban sus caricias.

- Nicole... - gimió suavemente cuando ella al fin encontró su dureza pulsante y rígida-. Eres una hechicera, mi amor. Una hechicera con un gran poder sobre mí.

La atrajo contra su cuerpo con desesperación, pegándose a ella mientras sus manos febriles se movían a lo largo de su espalda delgada acariciando suavemente las curvas esbeltas de sus caderas, hasta que no contento con esto, desplazó los cuerpos para quedar casi encima de ella y que su boca tuviera la libertad suficiente para saborear la tentadora miel de aquel cuerpo tibio.

Era como un hombre hambriento en un banquete; su único sustento era el cuerpo de largos miembros y delgadas formas de Nicole mientras su boca hambrienta encendía un sendero de deseo sobre aquella carne satinada. Besando el pulso enloquecido debajo de la garganta, los labios descendieron lentamente por el pecho hasta los senos y los dientes mordisquearon los pezones endurecidos y enhiestos. Enredó una mano en el fuego oscuro y lustroso del pelo, la otra acarició el liso vientre con delicadeza, enardeciéndola, atormentándola al dejar deliberadamente de avanzar hacia donde ella más lo deseaba, donde pulsaba de pasión por la caricia que la haría perder la razón.

Estaba encendida de deseo; su abstinencia había sido demasiado larga y anhelaba ser poseída por él como jamás antes lo había anhelado; se sentía impulsada por una emoción tan vieja como el mundo; sin que mediara voluntad de su parte, su cuerpo delató el deseo que sentía con sus movimientos rítmicos y sensuales, la espalda se arqueaba para encontrar la mano de Christopher y las caderas se retorcían con impotencia siguiendo un ritmo erótico.

Lentamente, Christopher deslizó el cuerpo sobre ella metiéndose entre sus muslos mientras con las rodillas mantenía sus piernas separadas. Pero no la tomó, ni su boca trató de apoderarse de los labios entreabiertos que la aguardaban; en cambio, los labios viriles descendieron remolonamente por la piel sedosa, dejando atrás el estómago, el vientre tembloroso, llenándola de una impaciencia embriagadora y vertiginosa mientras la boca ardiente se deslizaba hacia abajo, cada vez más abajo hasta...

Todo el cuerpo de Nicole dio un salto de placer que fue una mezcla de sobresalto y de aturdimiento cuando los labios encontraron la delicada carne sedosa entre sus muslos mientras las manos la levantaban para que se encontrara con su boca inquisitiva. Instintivamente, se echó atrás negándose a este nuevo y embriagante estrago que provocaba Christopher con tanta prodigalidad, pero él no la dejó escaparse; sus manos le aferraron las caderas apretándola

contra él mientras su lengua la acariciaba y exploraba. El roce de la boca caliente donde ella jamás la había imaginado era una exquisita agonía. Casi a punto de enloquecer por las sensaciones desconocidas y sin embargo, bien recordadas que la envolvían en sus redes, Nicole era una criatura entregada al placer, consciente únicamente de Christopher y de lo que le estaba haciendo; movía la cabeza de un lado a otro, arqueando el cuerpo desesperadamente para encontrarlo y recibir con ansia las caricias de su lengua. Sollozando de intenso placer, temblando con la proximidad del éxtasis que empezaba a sacudirla, trató ciegamente de alcanzar a Christopher, deseando tocarle el cuerpo, saborearlo, sentirlo, comunicarle de alguna manera aquel hechizo feroz y salvaje que la dominaba. A tientas sus dedos encontraron la masa espesa de pelo de la cabeza envuelta entre los muslos de su propio cuerpo y con un ronroneo de satisfacción casi salvaje, agarró los mechones de pelo moreno deleitándose en su textura sedosa y firme. Inconscientemente le urgió a seguir, sin darse cuenta de que sus suaves gritos de placer eran más potentes y excitantes que cualquier caricia, impulsando a Christopher a acelerar el ritmo hasta que una marea de éxtasis, la más turbulenta, poderosa y devastadora que hubiese experimentado jamás, fue subiendo por su cuerpo oleada tras oleada, dejándola jadeante y temblorosa, con la sensación de estar flotando en un deleitoso mundo de placer sensual recién descubierto.

Aturdida y saciada, demasiado satisfecha para moverse, apenas tenía conciencia de que la cubría el cuerpo de Christopher besándola en la boca mientras la penetraba rápida y tiernamente. Ahora podía gustar el sabor de su propio cuerpo en los labios viriles, oler el débil efluvio almizcleño que le pertenecía mientras él la besada profunda y apasionadamente y su cuerpo se movía con lentitud sobre el de ella. Con un sobresalto advirtió que el deseo volvía y la desbordaba otra vez; el letargo en el cual había caído se desvaneció de súbito y se encontró embistiendo hacia arriba, impaciente y ansiosa, para ir al encuentro de la acometida ardiente del cuerpo duro de Christopher mientras las bocas se codiciaban y la lengua de Nicole era como una pequeña brasa encendida al devolverle las caricias.

Con el sabor femenino aún en la lengua, Christopher era ajeno a todo menos al cuerpo esbelto y cimbreante debajo de él y de las ardientes caricias de sus manos al vagar a voluntad por la espalda surcada de cicatrices hasta las caderas que se movían vigorosamente. Y en ese instante, todas las otras mujeres que había conocido en su vida se desvanecieron para siempre de su mente y sólo quedó Nicole, Nicole con su acogedora suavidad, sus jóvenes pechos orgullosos aplastados contra el pecho viril y musculoso y sus manos volviéndole casi salvaje, hasta que no pudo aguantar más y con un gruñido profundo y ronco desgarrándole la garganta se derramó dentro de ella.

Nicole sintió la erupción de la pasión retenida durante tanto tiempo y el salto y la convulsión de aquel cuerpo largo y flexible contra ella la colmó de agridulce felicidad. Su propio cuerpo pulsaba y se sacudía incontrolablemente con la fuerza de otro ramalazo de satisfacción sexual, probando una vez más con qué facilidad podía aquel hombre elevarla a las cimas de la pasión y qué impotente era ella entre sus brazos.

CAPITULO XXXVII

El frío amanecer de un día invernal se anunciaba con la luz grisácea que se filtraba dentro de la habitación cuando Christopher despertó. Durante varios segundos permaneció sin moverse y sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba. Entonces, al I moverse Nicole en sueños y apretar su cuerpo más contra el de él, tomó conciencia y el recuerdo de la noche anterior cruzó como un rayo por su mente.

Poco a poco, para no perturbar su sueño, empezó a alejarse, y apoyándose en el codo contempló absorto el rostro tranquilo de Nicole, y se preguntaba una y otra vez por qué, entre todas las mujeres, tenía que ser precisamente ella a quien él deseara más que a nadie en este mundo. Y era indudable que la deseaba. Con sólo contemplarla mientras dormía le bastaba para que se le acelerara el pulso, se alterase el ritmo de su respiración y se le endureciera el cuerpo de deseo.

Casi sin saber lo que hacía, la destapó lentamente dejando que la acariciaran sus ojos. «Oh, Dios, está modelada por el demonio para enloquecer a los hombres y carezco de defensas contra ella. ¿Qué voy a hacer en el nombre del cielo? No puedo arrancarla I de mí, me ha hincado sus colmillos demasiado hondo, se ha enroscado a mi alrededor, hasta que todo lo que sé es que la deseo… que es mía.»

Durante mucho tiempo lo único que hizo fue contemplar el rostro de Nicole, advirtiendo la forma en que las largas pestañas arqueadas semejaban sombras oscuras sobre sus pálidas mejillas. De pronto sonrió con soma ante su propio embeleso, mas siguió estudiándola, Los labios se habían vuelto rubí por los besos y parecían tan suaves y tentadores que sólo con un gran esfuerzo reprimió el impulso de inclinarse y tomarlos.

El frío mordió el cuerpo desnudo de Nicole, que se agitó en sueños. No quiso despertarla y con mucho cuidado volvió a taparla con las mantas, y a continuación abandonó el lecho con determinación. Si se despertaba volvería a hacerle el amor y aunque su cuerpo estaba ansioso de ella, su mente necesitaba tiempo para pensar, para resolver ese dilema en que se encontraba.

Christopher se vistió con rapidez con las prendas esparcidas por el suelo, salió en silencio de la alcoba, caminó por el largo corredor alfombrado y cruzó con apremio hacia su propio cuarto. Arrojó la chaqueta y la corbata arrugada sobre una silla y dejó las botas cerca de la puerta. Moviéndose ágilmente se despojó de las prendas restantes y se metió entre las sábanas de su

propio lecho.

Dormir era lo que estaba más lejos de sus pensamientos mientras yacía con las manos debajo de la oscura cabeza y la mirada perdida en el pesado dosel de damasco. Había esperado resolver algo anoche y en cambio estaba más enredado que nunca en sus propias emociones.

La noche anterior, cuando dijo que no estaba borracho, había dicho la verdad. Había salido a pasear por los muelles para alejar a Nicole de sus pensamientos, pero descubrió horrorizado y no poco enfadado, que ella aún seguía en ellos, tentadora y exasperantemente inaccesible. Cuanto más pasaban las horas más se convencía de que sólo tenía que poseerla una vez más, sentir una única vez más ese exquisito estremecimiento que la sacudía cuando, a pesar de sí misma, se entregaba al acto de amor, para librarse de ella para siempre y ser libre. Después la dejaría de lado y volvería a hacer la vida que había llevado en el pasado.

Con esa determinación firme y obstinada en la cabeza, procedió a hacer exactamente eso. Desgraciadamente nada de todo aquello le había dado la respuesta que buscaba. Su boca se curvó de disgusto al reconocer con amargura que todavía deseaba a Nicole, la deseaba con tanta o más desesperación que la noche anterior.

Y creció la nueva y sorprendente noción de que no sólo ansiaba su cuerpo... ¡la deseaba a ella! Toda ella, sus pensamientos, su risa, sí, hasta sus tormentosos arrebatos de mal genio. Durante un instante trató de imaginar una vida en la cual no hubiese una enfurecida mujer de ojos color topacio lanzándose sobre él y soltando invectivas en su contra. No era posible. Fuera Nicole lo que fuese, él la deseaba y la quería a su lado. Y se despreció a sí mismo por ello.

Como Nicole, no había hallado solución a su dilema, sólo más confusión e incertidumbre. Continuaba acostado aún con la mente exhausta y hastiada por aquel dilema insoluble, cuando Higgins entró.

Al mirar hacia la cama y ver que Christopher estaba despierto, le saludó alegremente:

-¡Muy buenos días! ¿Ordeno que traigan café o prefieres esperar hasta después de vestirte?

Christopher se limitó a soltar un gruñido y Higgins, tomándolo como una respuesta negativa, empezó a recoger las prendas diseminadas por la habitación. Una vez ordenado el cuarto el hombre cruzó hasta las ventanas cerradas con postigos y las abrió con prontitud para que la débil luz de la mañana se filtrara en el interior. Mirando el cielo, observó:

- Hm, creo que tendremos otro día lluvioso a juzgar por el tamaño de esos oscuros nubarrones que cubren el horizonte. Si tenías planes de salir, sugeriría que los cancelaras.

Sabiendo que sería inútil tratar de seguir concentrándose en su problema, Christopher echó a un lado las mantas y se encaminó al lavabo de mármol. Se echó agua fría en el rostro y dijo en

tono desagradable:

- ¿Desde cuando el mal tiempo ha sido un impedimento para mí? Y ahora, ya que estás tan ansioso de que el día comience, vamos a trabajar y prepárame la ropa.

Una hora más tarde un Christopher Saxon recién bañado y afeitado sorbía con lentitud una taza de fuerte café solo y observaba mientras Higgins preparaba la vestimenta para el día. Era un traje de vestir muy elegante y a la última moda: chaleco de seda floreada, pantalones de velarte oro pálido pegados a la piel y un largo abrigo de paño verde oscuro.

Salió de la casa alrededor de las nueve y se dirigió a Maspero's Exchange. A esa hora de la mañana no estaba muy atestado de gente. Con tranquilidad encontró una mesa en un rincón del largo edificio de madera y ordenó *café au lait*.

No permaneció solo por mucho tiempo; apenas le habían servido cuando Eustace Croix entró en el salón y se dirigió resuelto, hacia su mesa.

- Ah, así que estás de vuelta -dijo Eustace a modo de saludo con una amplia sonrisa que dejó al descubierto dos hileras de dientes asombrosamente blancos y brillantes-. *Mon ami*, posees una manera desconcertante de desaparecer y luego reaparecer con la misma calma. Lo he notado y comentado a menudo durante años, pero siempre me sorprendes de nuevo. ¡Esta vez quiero una respuesta! ¿Dónde diablos has estado estos últimos seis meses? En nuestra ciudad han sucedido cosas muy interesantes, puedo asegurártelo. - Eustace terminó con un guiño picaresco. Los ojos negros destacaban sobre su tez aceitunada.

Christopher arqueó una ceja.

-¿Oh? ¿Qué? -inquirió, seco-. ¿Un nuevo gallo de riña que es el más fuerte y feroz de los alrededores? ¿Un caballo que puede correr como el viento? ¡Sí, eso debe de ser! ¡Tienes una nueva amante mulata! -terminó Christopher con una sonrisa burlona.

-¡*Mon ami*, me hieres en lo más vivo! -gritó dramáticamente Eustace, pero la risa también bailaba en sus ojos. Serio de repente, agregó-: ¿Has oído algo de Lafitte? ¿O qué le ha sucedido?

- No - respondió, indiferente -. ¿Qué ha estado haciendo nuestro amigo Jean últimamente?

- Escondiéndose -llegó la tajante respuesta -. Los dignos y patrióticos capitán de escuadra Patterson y coronel Ross del ejército destruyeron Barataria. En septiembre atacaron la ciudadela y arrasaron el lugar. -Con satisfacción, añadió-: Pero la victoria no fue tan completa como debió haber sido, pues ni Jean ni Pierre estaban allí.

- ¿Pierre? - inquirió asombrado Christopher-. Lo último que supe de él era que estaba en la cárcel.

- Ah, sí, por un tiempo quizá, pero, ¿has oído alguna vez que los Lafitte no se las ingeniaran

para liberarse? Pierre y tres negros escaparon no muchos días antes del ataque a Barataria, lo cual consternó a los militares. Según los rumores, sin embargo, Pierre está muy enfermo. Y Jean oculto. Dominique You y los otros esperan con impaciencia en la cárcel y Barataria está en manos de los militares.

La expresión de Christopher era sombría e inflexible al preguntar:

- ¿Y Claiborn? ¿Debo suponer que está complacidísimo consigo mismo?

- De eso no sé nada en absoluto, *mon ami*. Debo aclararte que existe cierto misterio alrededor de todo ese asunto. - Inclinándose para conversar en tono confidencial, Eustace añadió-: He oído decir que Lafitte le escribió al gobernador antes del ataque. Es bien sabido que éste convocó a sus asesores a una reunión para discutir algo muy importante respecto de Lafitte, eso sí lo sé. Según los rumores circulantes, se ofreció para ayudar a defender nuestra hermosa ciudad, en el caso de que efectiva- mente los británicos intentaran invadimos. -Con negligencia, Eustace revelaba el desdén que sentían los criollos por semejante idea -. Por mi parte, no creo que eso sea posible. Claiborn es una vieja histérica que ve cosas donde no las hay.

Dominándose con dificultad, Christopher permaneció callado, furioso tanto por la actitud de Eustace como con Savage por no haberle informado, deliberadamente, de la suerte corrida por Lafitte. Savage debía haberlo sabido, hasta debió de haber estado presente en esa reunión a la que aludía Eustace. Y con probabilidad, pensó con rencor, decidido junto con todos los demás autorizar el ataque a Barataria. ¡Condenado fuese!

Siempre había sabido que Jason y él estaban en diferentes bandos cuando se trataba de Lafitte y de sus actividades, pero jamás creyó que la situación de Barataria presentara un problema tan grande como para requerir los esfuerzos del ejército de los Estados Unidos para resolverlo. Supuso que no estaba pensando con claridad, pero aquella noticia inesperada y desagradable le había conmovido mucho, ya que sentía cierta lealtad hacia Lafitte. Estaba enfadado y resentido de pensar que mientras él estaba en Inglaterra, claramente con el mismo objetivo que Jason y el gobernador, ellos habían estado conspirando para destruir a su amigo.

Le costó un gran esfuerzo, pero después de unos momentos habló con Eustace con cierta indiferencia.

- Así que Lafitte ya no está en Barataria y sus hombres se encuentran en chirona. Muy interesante, amigo. Como has dicho, han sucedido muchas cosas mientras he estado ausente.

-Sí. Yeso hace que vuelva a mi pregunta original. *Mon ami*, ¿dónde has estado todo este tiempo?

Christopher dio una respuesta vaga desviando la conversación con destreza a temas menos

personales y poco después Eustace estaba ocupado contándole chismes que él casi no escuchaba, pues seguía rumiando la noticia de la destrucción de Lafitte y su imperio. Terminó de beber su café y como no estaba para escuchar sandeces, se disculpó alegando un compromiso previo.

Recordó entonces el comportamiento extraño de Jason el día anterior y con una sonrisa irónica pensó en su consejo de no sacar conclusiones apresuradas. Bien, no lo haría, pero sería mejor que Jason tuviera una buena explicación y con toda seguridad que no aguardaría hasta el jueves para oírla.

Jason estaba en su hogar en medio de una reunión cuando le presentaron la tarjeta de Christopher minutos más tarde. Le echó una mirada irritada pues tenía bien claro a qué se debía la visita de Saxon. No quería ni pensar lo que podría hacer el joven si se le empujaba demasiado lejos. Murmurando una excusa, salió del salón y caminó con impaciencia hasta el saloncito donde le aguardaba.

Una mirada a sus facciones tensas y sombrías fue suficiente para que Jason supiera que no se había equivocado. Con gesto resignado, preguntó:

- Ha oído algo acerca de Lafitte, supongo.

-¡Exactamente! -estalló Christopher con los ojos echando chispas entre las pestañas oscuras-. ¿Por qué demonios no me lo dijo ayer? ¿Por qué tuvo que comportarse con tanto misterio?

- Porque, *mon ami*, simplemente no tenía tiempo para alisarle las plumas encrespadas de indignación. Ahora tampoco lo tengo, pero usted ha forzado este encuentro. Desfrunza ese ceño mientras le explico unas cuantas cosas.

Disgustado por el tono de Savage, Christopher se sentó, rígido, en un canapé rojo de cuero marroquí. Recuperando la calma, dijo con frialdad:

- Le pido disculpas por imponerme a usted de esta manera. Y lo siento mucho si es una visita inoportuna. Si lo prefiere, podría presentarme en un momento más apropiado, pero tengo la intención de verle hoy mismo. Quiero saber exactamente qué sucedió y estoy dispuesto a atender a razones - agregó con una fugaz sonrisa de ironía.

Tranquilizándose al ver que Christopher estaba más sereno, Jason respondió con franqueza:

- Yo también le debo una disculpa. Debí haberle contado el problema de Lafitte de inmediato y no dejar que se enterara por otro lado y con las verdades a medias que corren por ahí.

Sacando un pequeño reloj de oro del bolsillo del chaleco, Jason comentó al mirar la hora:

- Estaré reunido hasta la hora del almuerzo con esta gente. ¿Puede venir usted, digamos, a

las dos de la tarde? Me temo que no estaré libre hasta esa hora. - Luego agregó sombríamente -: Claiborn está tan agitado e inquieto con ese maldito memorándum que no sé qué hacer.

Christopher aceptó con una inclinación de cabeza y ambos salieron juntos al vestíbulo. Después de un breve saludo, Jason marchó de regreso a la reunión y Christopher salió de la casa.

No tenía deseos de regresar a Maspero's y tampoco volver a Dauphine Street y al problema sin resolver que le aguardaba allí. En cambio, caminó sin rumbo por las aceras de madera enlodadas, dejando que sus pies le llevaran adonde quisieran mientras Lafitte ocupaba todos sus pensamientos.

El primer arrebato de cólera había pasado y ahora podía ver lo ocurrido con más sensatez. Lafitte era, a pesar de su posición en la ciudad, un contrabandista, y violaba las leyes todos los días. Y nadie negaría que entre su gente había hombres a quienes sólo se podía calificar de verdaderos piratas. «Se lo advertí», pensó con furia mientras seguía caminando.

Desgraciadamente, el saberlo le brindaba poco consuelo y sin sorpresa descubrió que había llegado a las murallas de la ciudad. Lafitte tenía una casita en las inmediaciones y unos momentos después Christopher se encontró ante su puerta.

El edificio de madera parecía desierto, pero mientras seguía allí sin moverse, creció en él la convicción de que le observaban. Un débil movimiento apenas discernible detrás de los postigos de las ventanas le convenció de ello, y con paso decidido se encaminó a la puerta principal.

Al comienzo no recibió respuesta, pero cuando volvió a llamar por segunda vez, la puerta se abrió muy lentamente. Al entrar vio sin asombro a Lafitte de pie en actitud displicente junto a la entrada, que fue el primero en hablar:

-¡Vaya, *mon ami*! ¡Volvemos a encontramos! -Con un destello indomable en los vivaces ojos negros, murmuró-: Pero en circunstancias sumamente distintas, ¿eh?

- Muy diferentes - respondió Christopher tajante, mientras observaba a Lafitte cerrar la puerta y acomodarse detrás de una sencilla mesa.

Indicándole con un amplio ademán una de las fuertes sillas de madera que había alrededor de la mesa, Lafitte insistió:

-¡Toma asiento, *mon ami*! Siéntate y dime por qué has venido a visitarme. No creo estar en gracia con la mayoría de la gente de la ciudad en estos días y me asombra hasta que te hayas molestado en buscarme.

Con una franqueza rayana en la brutalidad, respondió:

- No sabía que te encontrabas aquí, sólo tuve la corazonada de que así sería. Y no podía imaginarte huyendo con la cola entre las piernas.

- Después de que Patterson y Ross terminaran con Barataria, casi no me quedó cola para poner entre las piernas.

- Lo sé. Y lo siento, Jean - dijo Christopher con pesar y añadió lentamente -: No quiero insultarte ofreciéndote dinero, pero si lo necesitas, sabes que te lo daré, eso o cualquier otra cosa.

- No he llegado al punto todavía en que deba vivir de la caridad. Pero te agradezco el ofrecimiento y me complace ver que a pesar de tu anhelo por ser respetable no estás dispuesto a abandonarme.

- Me ayudaste cuando lo necesitaba, sólo te estoy devolviendo el favor. -Christopher hizo una mueca.

-Sí, es verdad. Pero vamos, hablemos de otras cosas. Presumo que te gustaría saber qué pasó con el buen Allen Ballard, ¿o me equivoco?

Con un brillo burlón en sus ojos dorados, Christopher admitió con frescura:

- ¿La verdad? No he vuelto a pensar en el señor Ballard. ¿Lo liberaste como acordamos?

Lafitte hizo gala casi de presunción al decir con grandilocuencia:

- ¡Hice algo mejor que soltarlo, *mon ami*! No entraré en detalles, pero se me presentó la oportunidad de ponerle cortésmente en manos de unos oficiales británicos amigos suyos y como no soy proclive a dejar pasar una buena ocasión, me apresuré a aprovecharla. Me imagino que ahora ya está camino de Inglaterra... o tal vez ya cómodamente instalado en algún barco de la flota británica que en estos momentos nos hostiga en el golfo. - Echándole a Christopher una risueña mirada de reproche, murmuró-: ¡Las artimañas que me veo obligado a usar por mis amigos!

Éste hubiera querido formular una docena de preguntas sobre el regreso de Allen a las fuerzas británicas, la primera acerca de las circunstancias en que Lafitte había tenido contacto con los oficiales de ese país. Pero el corsario ya había adelantado que no entraría en detalles y por experiencia Saxon sabía que no ganaría nada insistiendo. Lafitte le había dicho todo lo que pensaba decirle por el momento. Sin embargo, no podía alejar el tema de su mente, pues había allí algo que no le gustaba, algo que no podía definir con exactitud. Dejando de lado la cuestión de Allen, el comportamiento de Lafitte le tenía muy molesto. Se mostraba demasiado indiferente, demasiado displicente y alegre. Un hombre que había perdido todo no podía actuar como lo hacía él, y menos aún cuando se había visto reducido a ocultarse en una casita en las murallas de la ciudad. Frunciendo el ceño, exigió francamente:

- Jean, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Dejar que los norteamericanos te echen de Nueva Orleans? ¿Y qué hay de Dominique You y todos los demás?

Al instante el rostro de Lafitte se volvió impenetrable y en sus ojos brilló un destello calculador.

- ¿Me lo preguntas para tu información o para tu amigo Jason Savage? ¿Savage el que susurra en los oídos del gobernador?

Con el gesto súbitamente adusto y enfadado, Christopher respondió sin inflexiones en la voz:

-Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta. Te he dicho antes cuál es mi posición.

- Así es, *mon ami*, pero considerando las circunstancias, me perdonarás si me he vuelto algo suspicaz. Después de todo, no tengo motivos para apreciar al gobernador y han circulado rumores de que el señor Savage y tú le visitasteis ayer. Me pregunto si me contarás sobre qué fue la reunión.

Pillado por sorpresa y habiendo olvidado que los espías de Lafitte eran algunos de los más expertos, se quedó mirándole con fijeza: deseaba fervientemente no haber empezado aquella conversación. Informarle del tema de la reunión era del todo imposible, pero si no lo hacía Lafitte no volvería a confiar nunca más en él. Y por alguna razón desconocida e incomprensible, necesitaba que siguiera considerándole su amigo. Atrapado en una situación desagradable y espinosa, Christopher siguió el único camino que podía seguir alguien como él. Apretando con obstinación los dientes, respondió:

- No puedo.

Para sorpresa suya, la respuesta pareció complacer a Lafitte.

- Lo sé, *mon ami*. Si me hubieses dicho lo que sabes, jamás habría vuelto a confiar en ti. El hombre que es capaz de revelar un secreto, revelará muchos más.

- Te estás convirtiendo en todo un filósofo - ironizó Christopher.

-Oh, sí, sucede alguna que otra vez -acordó Jean a la ligera. Estudiándose las manos que tenía enlazadas sobre la mesa, dijo lentamente -: Me preguntas qué vaya hacer y te respondo que no lo sé. Barataria está en ruinas; han quemado mi almacén y mis barcos están en manos de los norteamericanos; muchos de mis hombres se pudren en las celdas de la prisión. Pero no estoy derrotado. Los norteamericanos no saben nada de los hombres que escaparon y que están esperando mis órdenes en las Islas Derniers, ni siquiera sospechan que existe otro almacén secreto lleno de municiones y pedernal, muy accesible para mí. -Con amargura y una mirada inflexible en los negros ojos, terminó-: Lamentarán terriblemente, *mon ami*, haber desdeñado mi ofrecimiento de ayuda.

Alerta y algo desconcertado por sus palabras, Christopher preguntó al instante:

- ¿Ofreciste tu ayuda?

Lafitte le brindó una sonrisa melancólica.

- ¿No lo has oído? Los británicos me abordaron con la intención de tenernos a mis hombres y a mí de su lado y que nos alistáramos en sus fuerzas. Como puedes imaginar fue entonces cuando les entregué a Ballard. No respondí de inmediato a esos oficiales; en cambio, como un necio, notifiqué a Claiborn que estaba dispuesto a rechazar la propuesta británica y luchar del lado de Nueva Orleans si él me permitía hacerla. - La injusticia que había padecido hizo que se le enronqueciera la voz al decir con irritación -: ¡Ya ves el resultado de mi ofrecimiento!

Al ver su expresión cruel, Christopher pensó, exasperado:

«Por todos los cielos, Savage, ¡espero que Claiborn y usted sepan lo que han hecho!».

Le dijo otro tanto a Savage cuando se reunieron algo más tarde. En cuanto los dos hombres estuvieron solos en la biblioteca de Jason, Christopher estalló:

- He visto a Lafitte. ¿Le molestaría mucho decirme por qué el gobernador rechazó su ayuda? Necesitamos toda la asistencia que podamos conseguir y usted sabe muy bien que sus hombres ya están curtidos en la guerra. Por Dios, Jason, por lo que sabemos, nos sobrepasarán en número casi tres a uno, y Claiborn y usted desdeñan una fuerza de casi mil hombres.

Jason suspiró, apesadumbrado:

- Lo sé. Y todo lo que puedo decir es que no voté con los otros a favor del ataque a Barataria. Yo creí que esas cartas que envió Lafitte eran genuinas. Pero Patterson y Ross se habían estado preparando para el ataque a Barataria durante semanas y ellos predominaron sobre todos los demás.

Las facciones duras y atractivas de Christopher reflejaron incredulidad al tiempo que preguntaba agriamente:

- Cuénteme exactamente qué sucedió. Desde el principio, si me hace el favor.

Acomodándose en el sillón, Jason obedeció:

-Lo primero que oí sobre este asunto -empezó lentamente-, fue cuando recibí una misiva donde se me ordenaba ir de inmediato a la casa del gobernador el cuatro o el cinco de septiembre. Cuando llegué, descubrí que algunos otros también habían recibido un mensaje similar. El mayor Jacques Villere, Patterson y Ross estaban presentes como asesores de Claiborn por la marina y el ejército; el recaudador Duborg a cargo de la aduana por el gobierno de Nueva Orleans por supuesto también se encontraba allí, así como uno o dos más y yo, además de John Blanche, cuya presencia, supongo, no le sorprenderá en absoluto.

Era verdad. Era bien sabido que John Blanche, abogado, banquero y miembro de la legislatura, era extremadamente comprensivo y estaba bien dispuesto hacia los Lafitte. Corrían rumores fundados de que había financiado varios de los barcos pertenecientes a los hermanos y no se podía negar que era muy amigo de ambos.

Christopher, asintió con un breve movimiento de cabeza y Jason continuó:

- Lafitte había enviado ciertas cartas a Blanche sobre una supuesta proposición británica por sus servicios junto con una misiva al gobernador donde le expresaba su deseo de «regresar al rebaño». Y escribió, creo recordarlo textualmente: «que la única recompensa que pido es que se ponga fin a mi proscripción y a la de mis seguidores». Todos lo encontramos un poco difícil de creer -comentó Jason con sequedad-. Pero antes de que finalizara la reunión, yo por lo menos estaba convencido de que las cartas sobre la propuesta británica eran genuinas. Aún tenía mis dudas acerca de la sinceridad de Lafitte, pero, como usted bien dice, un millar de hombres armados, hasta de dudosa lealtad, era mejor que ninguno en absoluto. Estaba dispuesto a considerar el asunto, así como también uno o dos hombres más. Por desgracia, Claiborn se fiaba únicamente de los asesores militares y les formuló sólo dos preguntas: ¿Creían que las cartas eran genuinas? ¿Y era conveniente y digno que el gobernador participara en cualquier clase de correspondencia con Lafitte o sus seguidores? - Jason hizo una pausa y miró a Christopher con el semblante ensombrecido. Luego con cierto hastío en la voz, continuó-: Villere votó con vehemencia por el sí, mientras que Patterson y Ross lo hicieron por el no. Y ahí terminó todo, *mon ami*. El gobernador decidió que la expulsión de Lafitte de Barataria era preferible a dar crédito a lo que sólo podría ser un ardid por su parte.

- Usted no pensaba eso.

-No, en absoluto -respondió Jason-. Pero no soy el gobernador. Él actuó como estimó conveniente. Y no se le puede culpar por hacer caso a sus asesores militares. ¡Después de todo, para eso los tiene! Patterson y Ross no creyeron que las cartas fueran genuinas y no puedo decir que les culpe por ello. Ahora, sin embargo, con lo que usted ha traído de Inglaterra, estoy más convencido todavía de que los británicos intentaron sobornar a Lafitte y que esas cartas eran, de hecho, lo que dijo que eran. Por desgracia, Jean ahora es nuestro enemigo y es muy posible que lleguemos a lamentar amargamente haber actuado como lo hicimos -terminó Jason, desalentado.

Cuando Christopher retomó la palabra lo hizo en voz queda y tono pensativo:

- Desde luego, Lafitte no rebosa de júbilo por lo que ha sucedido, pero es posible que podamos traerlo de nuevo a nuestro bando. Dios sabe que le necesitamos. Tiene hombres y cuenta con un almacén abarrotado de municiones y armas.

Christopher había reflexionado mucho acerca de la conveniencia de comentar aquello con Jason, pero como no revelaba nada que pudiera usarse en contra de Jean, consideró que no supondría demasiado riesgo mencionar los hombres y las armas. Y hasta podría ayudar si Savage estuviera dispuesto a escuchar el plan que iba tomando forma en su cabeza.

- ¿Le importaría averiguar si el gobernador sigue siendo reticente en negociar con Lafitte? -inquirió a título de ensayo-. Es posible que aún podamos darle la vuelta a la situación para nuestro provecho.

Los ojos esmeralda de Jason se pusieron alertas y estudiaron con atención a Christopher.

- ¿Tiene algo en mente?

-Así es. Pero todo depende del gobernador. -Christopher frunció el ceño-. O de Jackson -concluyó lentamente.

Jason meneó la cabeza con firmeza.

- Nada por ese lado. Jackson ya está enterado de todo el asunto y ha descartado a Lafitte y sus hombres tachándolos de «endiablados bandoleros». Considera que debieron haber sido expulsados del Golfo de México hace años y aplaude lo que han hecho Patterson y Ross. No le encontrará proclive a tratar con Lafitte, eso puedo asegurárselo. Al menos -acotó Jason pensativo-, no por ahora. Tal vez cuando vea lo pobremente pertrechados que estamos para repeler un ataque combinado de todas las fuerzas británicas piense de otro modo. Ese memorándum que usted ha traído con toda seguridad ayudará a convencerle de cuán poderosos serán los esfuerzos para tomar Nueva Orleans. A propósito, Claiborn se lo envió por mensajero especial ayer mismo en cuanto nosotros nos fuimos. Así que ahora todo lo que podemos hacer es esperar qué decide el general.

-Es lo mismo -replicó, molesto, Christopher-, lo único que he estado haciendo durante meses en Inglaterra; ahora parece que es lo que estaré haciendo en Nueva Orleans: esperar a ver qué sucede. Ése debe de ser mi destino.

Jason se echó a reír.

- Entiendo perfectamente cómo se siente. Ha sido una época muy difícil para todos nosotros. Sabemos que el ataque británico es inminente; sabemos que hay mucho movimiento y actividad de la flota británica en el Golfo; pero cuándo o siquiera dónde pueden llegar a atacar, es algo que nos tiene a todos muy nerviosos.

- Al menos espero que ahora todos sean conscientes de lo que está ocurriendo -comentó Christopher con acritud. Abandonando su relajada postura, se enderezó y dijo-: Bien, no le entretengo más y le ruego me disculpe por estar tan enojado esta mañana. En vista de que ya hemos discutido la situación de Lafitte, ¿todavía desea que le acompañe a cenar el jueves?

- ¿Por qué no? No le invité sólo para discutir el tema del corsario, como sabrá. - Una sonrisa maliciosa arrugó las comisuras de sus labios al añadir-: Estoy ansioso de enterarme de todo sobre Nicole y su conquista de Londres. Dígame, ¿la dejó bien establecida y con todos los jóvenes elegibles a sus pies?

La actitud desenvuelta y natural de Christopher se desvaneció en un instante y su comportamiento tuvo cierto aire de recelo y cautela. «Oh, Jesús», pensó furioso, «¿por qué no pensé en todas las preguntas embarazosas que me formularían?» Era inútil mentir sobre la situación, no había intentado ocultar la presencia de Nicole en su hogar y Jason se enteraría tarde o temprano.

Con voz desprovista de toda emoción, respondió lentamente:

- A decir verdad, no la dejé en Inglaterra. Está conmigo en Dauphine Street.

Jason estudió con astucia el semblante hermético y duro de Christopher y deseó no haberse metido donde no le llamaban. Christopher no había hecho mención de ningún matrimonio ni hablado de una esposa, y de hecho su comportamiento indicaba otra cosa: evidentemente Nicole se había convertido en su amante. Y eso, decidió con pesar, iba a ser un problema. A él le había gustado esa joven y también a Catherine, y había sido presentada a algunas de las familias más prominentes y orgullosas de Nueva Orleans, pero ahora... ¡Qué calamidad! A Jason no le molestaba en absoluto que la muchacha se hubiese convertido en la amante de Christopher, pero no se podía, por pura cortesía, ofender a otras amistades menos tolerantes que él y su esposa. Existía una rígida línea social entre una joven elegible y una amante y se encresparían muchas plumas cuando ciertas personas cayeran en la cuenta de que la que habían conocido y admirado como pupila de Christopher Saxon había regresado en calidad de concubina.

La pausa que siguió a las palabras de Christopher se volvió muy embarazosa, y casi con altanería, éste exigió:

- Bien, ¿no tiene usted nada que decir? ¿No hay más preguntas?

- ¿Qué quiere usted que diga? - preguntó, evasivo, recordando súbita e inexplicablemente cómo se había sentido en sus primeros tiempos con Catherine cuando había estado desgarrado entre retorcerle el cuello con las manos y el deseo imperioso de poseerla. Percibía, por instinto, que Christopher se hallaba en una situación muy similar y se compadeció de él. Era una exquisita tortura que no le desearía ni a su peor enemigo.

Consciente de que Christopher era como una pila de leña reseca a punto de estallar en llamaradas, y sabiendo que pisaba terreno peligroso, preguntó:

- ¿Desea hablar de ello?

- ¡Dios, no! - estalló Christopher poniéndose de pie de un salto y empezando a pasearse por la habitación con pasos cortos y agitados. Luego dijo con amargura -. Hablar no servirá de nada. - Un momento más tarde, como contradiciéndose, echó a Jason una mirada arrogante desafiándole a compadecerse de él y musitó-: Me encuentro ante el dilema más espantoso de

mi vida y no importa hacia dónde me vuelva, no veo ninguna salida.

«Sin duda es así, mi joven amigo, sin duda es así», pensó Jason, comprensivo, recordando con toda claridad su propia frustración y angustia.

La situación en que se encontraba Jason no sólo era difícil sino también extremadamente delicada. No podía estar seguro, pero sospechaba que aquellos dos jóvenes habían caído en la misma trampa en que lo hicieran Catherine y él hacía años. Pero sin saberlo a ciencia cierta no podía decir: «Mire, Saxon, lo mismo me sucedió a mí y esto fue lo que hice». Si estuviera equivocado, revelaría más cosas de sí mismo de lo conveniente y sin ningún motivo válido. Naturalmente, por otra parte si leía bien las señales y le daba su opinión podría mostrarle a aquel joven la manera de salir del atolladero en el que se hallaba.

Observó con mirada escrutadora al otro hombre mientras éste, de espaldas a la habitación y con los hombros cuadrados como para entrar en combate, contemplaba el jardín por la ventana. «Eres un cabezota», pensó Jason con súbito afecto, «eres tan parecido a mí en tantos aspectos que sé perfectamente qué es lo que te está corroyendo las entrañas. Somos unos imbéciles en lo que concierne a nuestras mujeres. Y para tu propio bien, mi joven amigo, te brindaré un sano consejo. Me pregunto si serás lo bastante sensato como para seguirlo.»

Sin embargo, antes de que Jason pudiera decir una palabra, Christopher giró sobre sus talones y, como una pantera inquieta de ojo dorados, se encaminó al escritorio. Furioso consigo mismo por haber estallado de aquel modo, ahora sólo quería escapar de allí, negar una vez más que Nicole presentara alguna dificultad en su vida. Ciertamente no deseaba discutir el tema con nadie, y menos con Jason Savage, a pesar de esa rara corriente de entendimiento que parecía fluir entre ellos. En ese momento se sentía desnudo y vulnerable y era demasiado arrogante y orgulloso para decir simplemente: «Por Dios, hablemos de ello. ¡Necesito alguien con una cabeza más clara que la mía». En cambio, como siempre que se enfrentaba a la adversidad, se replegó sobre sí mismo.

Mostrando indiferencia, se detuvo delante de Jason y sin mencionar el tema en cuestión, dijo con desenvoltura:

- Le veré el jueves como hemos quedado, a menos que usted cambie de parecer. Ahora, si me disculpa, me temo que debo reanudar mis actividades. Si se entera de alguna novedad que considere interesante, por favor no vacile en enviar un mensajero a Dauphine Street. Y si puedo ser útil en alguna otra cosa al gobernador o a usted, ya sabe que estaré más que dispuesto.

Casi divertido por la terca negativa de Christopher por afrontar aquello que le confundía y obsesionaba, Jason asintió con la cabeza y respondió a la ligera:

- Bien, Catherine y yo estaremos esperándole con gusto. Y pierda cuidado, si llegara a

necesitarle, reclamaré su presencia de inmediato.

Christopher se inclinó cortésmente y ya había llegado hasta la puerta cuando la voz cadenciosa de Jason le paró en seco.

-Sabrá que es usted un joven bastante terco -comentó Jason pensativo y sin pasión. Con una pizca de risa latente en la voz, añadió-: Voy a violar una de mis reglas fundamentales y le daré un pequeño consejo, aunque no me lo haya pedido, mi testarudo amigo. Una vez me encontré en un dilema muy parecido, sospecho, al que tiene usted ahora. Y solucioné el asunto -terminó Jason casi complacido consigo mismo-, simplemente casándome con él.

Lanzándole a Jason una mirada exasperada que combinaba enojo y burla, Christopher salió del salón a paso vivo, no deseando hablar más del asunto. Maldito fuese aquel hombre, pensó molesto, mientras caminaba bajo la lluvia, ¿no habrá nada que se le escape?

Reacio a considerar en serio la sugerencia de Jason, la dejó de lado y volvió a pensar en el problema de Lafitte; Lafitte y Nueva Orleans y la batalla inminente con los británicos.

Al encontrar a su paso uno de los cafés más pequeños y , tranquilos de la ciudad, entró y se situó en un rincón oscuro.

Con la mirada perdida en la lluvia que seguía cayendo y silbando contra las ventanas, reflexionó sobre lo que había oído aquel día.

A primera vista todo parecía una calamidad. Claiborn se había enemistado con Lafitte al ignorar su ofrecimiento de ayuda. Éste, furioso y con razón, tenía los hombres y las armas que podrían cambiar el curso de los acontecimientos en la batalla contra las fuerzas británicas. ¿Cómo demonios lograría reconciliarlos? Jason, estaba seguro, haría cuanto estuviera a su alcance con respecto al gobernador, pero sospechaba que la respuesta definitiva dependía más bien del corsario. ¿Estaría dispuesto a perdonar a Claiborn y luchar del lado de los norteamericanos?

El problema parecía insoluble. Pero ¿y que había de Jackson? Como militar que era y al no haber estado involucrado en la lucha encarnizada entre Claiborn y Lafitte, tal vez podría dar una respuesta, siempre y cuando estuviera dispuesto a dejar de lado sus sentimientos con respecto a «esos endiablados bandoleros». Christopher sonrió inflexible. Cuando Jackson viera cuáles eran las defensas de la ciudad, era más que probable que abriera sus brazos al diablo en persona antes que inquietarse por las peculiaridades de algunos de los hombres de Lafitte. Las armas y municiones ya le predispondrían a hacer la vista gorda a las actividades ilegales del pasado. Sí, Jackson era la respuesta. De algún modo, tendría que arreglar un encuentro entre el general y Lafitte... ¡con éste predispuesto al diálogo y con el estado de ánimo apropiado, por supuesto! Jackson no necesitaría ningún aleccionamiento por parte de nadie; la falta de tropas y

la carencia de armamentos de Nueva Orleans serían argumentos suficientes.

Perdió poco tiempo, en cambio, en las novedades concernientes a Allen Ballard. Su único pensamiento fue que Nicole se sentiría dichosa al saber que había vuelto con los británicos.

Eso lo enfrentó precisamente con lo que había estado evitando todo el día: Nicole. Maldijo por lo bajo cuando su imagen surgió ante sus ojos expulsando todas las otras ideas de su mente. Y volvieron las palabras de Jason, ardiendo con luz propia... ¡casarse con ella!

Fríamente se forzó a considerar el asunto y haciendo memoria recordó que en aquella misma época del año anterior había estado en las Bermudas, en un tris de proponerle matrimonio a Louise Huntleigh. Y ésta nunca le conmovió, enfureció ni deleitó como Nicole. Entonces, ¿por qué no casarse con ella? Complacería a su abuelo. Y si la boda se arreglaba de inmediato y en el mayor secreto, acallaría el alboroto social y las críticas que la soltería de Nicole podría agitar. Los Savage no revelarían el hecho de que el matrimonio se había celebrado después de la llegada a Nueva Orleans. Si actuaba con rapidez, para mañana por la noche Nicole podría ser su esposa. La cena del jueves sería entonces la primera aparición social de la recién casada.

Todavía existían las mismas razones que le habían impulsado a considerar un matrimonio con Louise, reflexionó objetivamente. Y Nicole estaba muchísimo mejor relacionada y poseía una fortuna que empequeñecía los bienes de los Huntleigh hasta hacerlos parecer insignificantes. ¿Por qué no casarse con ella?

Era hermosa, tentadora y todo lo que él deseaba en el mundo. Ya no le importaba si se había entregado o no a Robert. Con impaciencia dejó de lado el hecho de que fuera la hija de Annabelle y con horror descubrió que hasta había empezado a encontrar excusas para el comportamiento despreciable y ruin de aquella mujer. «Oh, Dios mío», pensó con enojo, «en realidad soy un imbécil que está loco por Nicole. Cásate con ella, necio, pero por amor de Dios, nunca le dejes saber con cuánta facilidad podría meterte en el bolsillo y hacer contigo lo que le diera la gana. Nunca, jamás, le permitas descubrir que has cometido la locura atroz de enamorarte perdidamente de ella.» Y entonces reconoció con tristeza que estaba, de manera apasionada e irrevocable, enamorado de Nicole Ashford.

Sin embargo, la idea no le causó placer, júbilo, ni alivio, sólo el sabor amargo de la derrota. Cómo se reiría si lo supiera. Se reiría y se mofaría de él, hasta hacer de su vida un verdadero infierno. Pero, a pesar de todo, se casaría con ella. Y hasta intentaría que ella llegara a amarle. Que considerara esa remota posibilidad era una demostración cabal de lo comprometido que se encontraba su corazón.

Todas las emociones salvajes, turbulentas y tiernas a la vez que tanto había menospreciado latían ahora en su pecho con toda la violencia imaginable por causa de una sola mujer, y esa mujer no quería nada de él excepto su libertad. ¡Qué ironía cruel, qué jugarreta despiadada del destino! Se había reído y burlado del amor no correspondido, se había mofado del amor, negando que existiera tal emoción, y ahora él era su víctima.

Tendría sus compensaciones, se recordó, sombrío. Nicole sería suya y algún día le daría el hijo que él deseaba. Oh, sí, habría compensaciones, decidió, mientras la imagen de una hija de ojos color topacio surgía en su mente. Una hija a quien prodigaría todo el amor y la ternura que no se atrevía a revelarle a su madre por temor a un rechazo desdeñoso y cruel.

Una vez tomada la decisión, se levantó de la silla, arrojó unas cuantas monedas sobre la mesa y se encaminó hacia Dauphine Street. Si habían de casarse más le valdría ponerse de inmediato a hacer los preparativos. Con toda deliberación rehusó imaginar la reacción de Nicole.

Le propuso matrimonio con arrogancia y una absoluta falta de tacto. No se molestó en preguntarle si se casaría con él: se lo dijo. Para empeorar aún más las cosas no dio ningún indicio de que el matrimonio fuera otra cosa que un asunto de conveniencia. Complacería a su abuelo, le dijo. Les ahorraría situaciones violentas y embarazosas, opinó. Era hora de que él se casara y tuviera un heredero, concluyó.

Ignorando la luz relampagueante que brillaba en los hermosos ojos topacio de Nicole, ciegamente continuó cavando un foso bajo sus pies, mientras, imperturbable, sacaba a relucir una razón práctica tras otra para explicar por qué Nicole debía caer en sus brazos llena de gratitud.

Ese día Christopher no fue el único en tomar decisiones. Nicole, al despertar mucho después de que él abandonara su lecho, había llegado a algunas conclusiones amargas. Amaba a Christopher Saxon y le quería a su lado cualesquiera fueran sus términos, o al menos así pensaba cuando podía reflexionar con frialdad. Esa misma mañana, con una calma asombrosa, había decidido que si él la quería como su amante, la tendría. Era inútil protestar amargamente contra él, gritarle que le odiaba cuando todo lo que él tenía que hacer era tocarla y ella se derretía como nieve al sol. No podía olvidar los raros momentos en que ella vislumbraba esos curiosos destellos en los ojos dorados que la dejaban sin aliento, pero ocurrían sólo de tanto en tanto. Era posible que todo lo que él deseara de ella fuera su cuerpo, pero alguna que otra vez cruzaba por su cabeza la extraña idea de que una emoción distinta a la lujuria guiaba los actos de ese hombre. Era una impresión reconfortante a la cual aferrarse, y ese pensamiento más que cualquier otro la ayudó a tomar una decisión. Algún día él aprendería a amarla y ella estaba dispuesta a arriesgar todo su futuro basándose tan sólo en esa frágil esperanza.

A lo largo de todo el día se había paseado de un lado a otro de la casa esperando su regreso, decidida a quemar todas sus naves, resuelta a comunicarle su decisión antes de perder el valor y huir despavorida como un animal salvaje a refugiarse en su guarida. Se puso muy nerviosa cuando, poco después del crepúsculo, Christopher regresó a Dauphine Street. Cuando Christopher le pidió que se reuniera con él en la biblioteca, Nicole se encaminó hacia allí alzando la barbilla con altivez.

Christopher la esperaba de pie con la mirada fija en el fuego del hogar y cuando entró, después de echarle una mirada apreciativa que abarcó desde el pelo sedoso recogido con elegancia sobre la coronilla hasta el engañosamente recatado vestido de seda color esmeralda, le ordenó al instante que tomara asiento.

Por un momento reinó entre ellos un silencio embarazoso y Nicole tuvo la curiosa sensación de que Christopher estaba inquieto, hasta nervioso.

Cuando él le hubo informado de que se iban a casar, a Nicole le dio un vuelco el corazón; la conmoción se mezcló entonces con la esperanza y el alivio. Si Christopher la hubiese tomado entre sus brazos en ese instante, le habría confesado que le amaba con todo su ser. Pero él procedió a socavar su propia causa explicándole fríamente las razones prácticas para esa unión.

Temblando de decepción tanto como de rabia, olvidando su resolución previa, Nicole se puso de pie de un salto antes de que él terminara de pronunciar las últimas palabras. Con los brazos colgando a los lados del cuerpo, los puños apretados y los ojos brillantes de furia, estalló:

- ¿Estás loco? ¿Casarme contigo? ¡Antes prefiero la muerte! - La voz reflejaba una ira tan genuina que despojó sus palabras de toda trivialidad y Christopher, montando en cólera, gritó:

-¡Maldición, mujer!, ¿qué diablos quieres de mí? Te he ofrecido matrimonio, ¿qué más puedo hacer? - Una nota extraña en su voz que fue mitad de ira y mitad de desconcierto escapó totalmente a Nicole. Y como estaba iracunda, habló sin pensar:

- ¿Qué me dices del amor, Christopher? - gritó pálida y con un rictus amargo en su boca sensual-. ¿El amor no tiene nada que ver con el matrimonio? ¿Todo ha de ser calculado y hecho por las ventajas que uno logra?

Christopher se quedó petrificado y clavó su mirada penetrante y asombrada en el rostro borrascoso de Nicole. Como un hombre en estado hipnótico, levantó lentamente la mano y acarició la mejilla de Nicole.

-¿Amor -susurró-, qué sabes tú de amor?

Azorada de repente por lo cerca que había estado de traicionarse, apartó los ojos de los de Christopher y se perdió el destello de emoción desnuda que había cobrado vida en sus ojos dorados. Sin mirarle, y con todo, insoportablemente consciente de la tibia caricia en la mejilla, se

echó atrás con brusquedad y musitó:

- ¡Oh, no tiene importancia! No deseo hablar de ello.

- Pero yo sí - replicó él con desconsuelo y atrajo contra su cuerpo aquel otro rígido y casi frágil. Rodeándola con los brazos la estrechó contra su cuerpo e, inclinando la cabeza, le murmuró al oído-: ¿Será posible que ya estés enamorada? ¿Que haya alguien que haya conquistado ese corazón rebelde y obstinado que tienes? - Luego, con toda deliberación, dijo con lentitud-: ¿Que haya triunfado donde yo fracasé?

Nicole se quedó rígida y empezó a juguetear con la seda del vestido, deseando confesárselo todo a esa voz persuasiva, deseando con todo su corazón creer en esa nota de ternura en el tono de Christopher. Se habían peleado demasiado a menudo y con demasiado rencor para poder confiar en él y sin embargo, era incapaz de apartarse de su lado, de destruir ese momento de súbita magia, de frágil paz entre ellos. El silencio se prolongó más de la cuenta y Christopher se sentó en un canapé delante del fuego colocándola sobre sus rodillas. Ella no se resistió. Estaba atemorizada, asustada y al mismo tiempo llena de una exquisita premonición, de un tentador sentimiento de expectativa; adivinaba que si ella quisiera, si fuera lista y por una vez no montara en cólera, descubriría algo increíblemente importante.

Con cierto aire de burla, Christopher la aguijoneó:

- ¿No vas a contestarme? ¿O no sabes la respuesta?

Nicole tragó saliva con los ojos clavados en las llamas saltarinas, vertiginosamente consciente de los brazos fornidos que la sujetaban contra él, de los muslos musculosos debajo de ella y del cálido aliento que le acariciaba la sien. La mano de Christopher empezó a explorarle el brazo lentamente y ella masculló.

- ¿Tiene alguna importancia? Quiero decir, ¿es importante si estoy enamorada de alguien o no?

- Podría ser - murmuró él-. Depende de quién sea.

- Bien, supón que estoy enamorada de alguien.

- Hmm, si no es de mí, entonces supongo que tendría que dejarte ir -replicó Christopher y añadió, seco-: Dejarte ir y de algún modo ayudarte a que te reunieras con tu amado.

El asombro hizo girar en redondo a Nicole y mirar las facciones morenas de Christopher.

- ¿Harías eso? Si te dijera que estoy perdidamente enamorada de... de... -buscó, sin conseguirlo, un nombre, y al no encontrar ninguno, terminó sin convicción -: ... bueno, de alguien, ¿me dejarías marchar?

Christopher la contempló sereno, durante un largo momento y luego, sosteniéndole la mirada, dijo suavemente:

-Tendría que hacerlo, ¿no es así? Verás, cuando me case no quiero fantasmas en mi lecho matrimonial. Quiero que la mujer que lleve mi nombre y con el tiempo mis hijos en su vientre, me quiera sólo a mí, que cuando duerma sueñe sólo conmigo. - Estaba jugando con fuego, jugándoselo todo a la loca posibilidad de no haber interpretado mal la causa del súbito arranque de furia de Nicole y de la razón que se ocultaba detrás de su estallido de cólera.

Los dos se miraron con cautela, Christopher comprometido hasta donde había podido sin más aliento de Nicole y ésta insegura de la respuesta que debía dar. Anhelaba con todo su joven cuerpo arrojarse a sus brazos y rogarle que le permitiera ser esa mujer, pero el pasado le había enseñado cautela, y con sumo cuidado preguntó:

-Cuando me dijiste que debíamos casamos hace un momento, ¿pensabas de esa manera respecto de mí?

Se entrecerraron los ojos de Christopher y con un hilo de risa apenas discernible en la voz replicó:

-¿Qué crees tú?

Un gesto de preocupación ensombreció el semblante de la joven al escudriñar sus facciones burlonas.

-No sé qué pensabas - admitió sinceramente -. Nunca he sabido qué sentías por mí. - Cuando él abrió la boca para hablar, le interrumpió-. Oh, bien, sé que me deseabas, siempre lo subrayaste de modo tajante. Pero nunca supe por qué razón me deseabas. Salvo para usarme como usarías a una prostituta comprada y ésa, me parece, no es una razón muy válida para el matrimonio. - La nota de amargura y tristeza que oyó en la voz de Nicole le hirió en lo más vivo.

Christopher replicó con aspereza:

- ¡Si hubiese querido una prostituta, la habría comprado! ¡Por todos los cielos, Nicole, no me digas que no puedes adivinarlo! ¿Tengo que decirlo con todas las palabras?

-Sí. En este caso, sí, creo que debes hacerlo -afirmó serenamente y con súbita confianza en él se acurrucó contra su pecho con la boca casi pegada a la de él al exigir-: ¡Dímelo, Christopher! ¡Dilo de una vez!

El cuerpo suave y tibio de Nicole fue demasiado para él, acabando con los últimos vestigios de orgullo obstinado que aún le quedaban.

-¡Hechicera! -susurró con voz pastosa-. Que Dios me ayude, pero te amo. Ahora, ¿te casarás conmigo?

La respuesta estuvo en el beso ardiente de los labios que se posaron sobre su boca y en el cuerpo esbelto y joven que se fundió contra él. Por una verdadera eternidad en la biblioteca reinó el silencio que sólo rompían los chisporroteos del fuego y las dulces palabras de amor que

se susurran los amantes.

CAPÍTULO XXXVIII

Se casaron al día siguiente, miércoles, en un pueblecito a unos veinte kilómetros al norte de Nueva Orleans, ante un juez de paz. Higgins, radiante de felicidad, fue uno de los testigos de la boda. Se reclamó la presencia de la esposa del juez precipitadamente para que actuara de segundo testigo, y como más tarde le dijo a su esposo, nunca había visto antes una pareja tan hermosa como aquélla ni dos jóvenes tan obviamente enamorados.

A decir verdad, Christopher no pudo apartar la vista de Nicole, casi como si temiese que se desvaneciera, y ella no hizo ningún esfuerzo por ocultar el amor que brillaba en sus ojos topacio. Podría haber deseado que lord y lady Saxon hubiesen estado allí, pero todo lo que le importaba, en verdad, era que Christopher la amaba, que la amaba lo suficiente como para desposarla, aun cuando fuera en una sencilla ceremonia, precipitada y secreta.

El trayecto de regreso a Nueva Orleans se hizo en silencio, pues el viaje resultó incómodo debido a la persistente lluvia, a pesar de los ladrillos caldeados para mantener los pies calientes y la construcción hermética del elegante carruaje de Christopher. Higgins, con el tacto que le caracterizaba, había optado por afrontar el mal tiempo; ignorando imperturbable las protestas de la joven pareja de recién casados, se sentó con el cochero durante las cuatro horas que duró el viaje a Nueva Orleans. No habría llevado tanto tiempo de ordinario, pero la lluvia convirtió los caminos en verdaderos lodazales que impedían al carruaje cobrar mayor velocidad.

En el interior del coche el silencio era compartido y afable y sus ocupantes estaban en armonía y en paz por primera vez en la relación que los unía. Aún habría obstáculos por delante, pero con paciencia, comprensión y amor, los sortearían, siempre que, según había dicho Christopher anoche con una carcajada, «podamos abstenemos de saltar a las gargantas para estrangulamos mutuamente en cuanto uno de nosotros se oponga con violencia a lo dicho por el otro».

Llegaron a Dauphine Street antes del anochecer y Christopher, sin pérdida de tiempo, reunió a todo su personal doméstico y presentó a Nicole como su esposa y la nueva ama de todos ellos. Más tarde, al hablar con Sanderson en privado, recalcó con suma claridad y énfasis que les estaría muy agradecido si se dijera que el matrimonio había tenido lugar en Inglaterra y que la ceremonia de hoy sólo había sido una reafirmación de sus votos.

Sanderson, arrugando el rostro en una amplia sonrisa de relucientes dientes blancos,

respondió:

- Comprendo perfectamente, señor. No habrá murmuraciones. ¡Me encargaré de ello en persona!

Christopher le sonrió y le indicó que se retirara con un simple ademán afectuoso. La posición de Nicole como su legítima esposa estaba asegurada y Sanderson vigilaría que nadie osara formular preguntas embarazosas ni en su propio hogar ni en los ajenos.

Antes de que pudiera dejar de lado el presente y concentrarse en el tema mucho más agradable de su muy reciente matrimonio, se sentó y escribió dos breves misivas. Una estaba dirigida a Jason Savage y contenía un escuetísimo mensaje donde le decía que su esposa, Nicole, y él estarían encantados de cenar con ellos la noche siguiente.

La segunda carta le llevó más tiempo y tardaría semanas y hasta meses en llegar a su destino, Inglaterra. Era para lord Saxon: escribía simplemente que estaba una vez más en Nueva Orleans y Nicole se hallaba con él, ya no como su pupila sino como su esposa. Después de preguntar afectuosamente sobre el estado de salud de su abuelo y de lady Saxon, concluyó la carta con la promesa de que el próximo verano su esposa y él regresarían a Londres. Al día siguiente le preguntaría a Jason si había algún barco dispuesto a salir y burlar el bloqueo del Golfo que pudiera llevar la carta a su abuelo.

Atendidas las dos tareas más apremiantes, pudo sentarse cómodamente en la quietud de la biblioteca y con expresión pensativa y absorta recordar que ahora era un hombre casado.

Sonriendo con ternura y con paso ansioso abandonó la biblioteca con la intención de encontrar a esa criatura tentadora que ahora era su esposa. La encontró sentada en el salón principal, examinando algunas láminas con diseños de vestidos.

Nicole levantó la vista al verle entrar y sonriéndole casi con timidez, dejó la lámina que tenía en la mano y preguntó:

- ¿Has terminado tus asuntos?

-Sí, ya está todo. Se lo he dicho a los Savage y estoy seguro de que se encargarán de allanar cualquier dificultad que pudiera surgir. No preveo ninguna: después de todo sólo hace tres días que hemos llegado y tú no has hecho ninguna aparición pública ni en sociedad. Dudo mucho que alguien, aparte del personal doméstico y de los Savage, sepa siquiera que estás en Nueva Orleans. Ya he hablado con Sanderson para asegurarme de que ninguno de los sirvientes rumoree al respecto. Muy pocas personas saben siquiera que he regresado a la ciudad, así que considero que podemos dejar de lado el temor a las habladurías.

Ligeramente sorprendida por lo que había constituido ese asunto tan importante que había afirmado tener que resolver de inmediato, preguntó con seriedad:

-¿Por qué te preocupas tanto por las habladurías? Jamás te han interesado.

- Tampoco había tenido antes una esposa por la cual inquietarme y no toleraré que seas la comidilla de todos los chismosos y propagadores de escándalos de la ciudad. Especialmente teniendo en cuenta que yo era, en gran medida, el culpable de que te encontraras en esa situación tan difícil.

Una suave tibieza le inundó el alma y se derramó por todo su cuerpo al oír esas palabras. Había temido, más de lo que quería admitir, el furor que causaría en la sociedad su boda nada convencional. Tampoco era de extrañar que le diera una sensación de protección el saber que Christopher, dejando de lado su habitual indiferencia por lo que podría pensar la gente, hubiera tomado medidas de inmediato para asegurarse de que nadie pudiera crearle una situación desagradable. Y con una sonrisa revoloteándole en los labios, recordó el viejo refrán que decía que los libertinos reformados resultaban luego los mejores esposos. Rogó con fervor que así fuera.

Al ver su sonrisa, Christopher dijo lentamente:

-¿Te divierte eso? ¿Te divierte que no quiera que nadie mancille tu nombre?

- ¡Eso no! Estaba pensando en ese viejo refrán sobre los libertinos reformados y me preguntaba si ibas a confirmar la regla.

Christopher se sentó junto a ella en el sofá y tomándole una mano se la llevó a los labios depositando un beso en la palma.

- Tengo el firme propósito de intentarlo, querida. Me propongo intentarlo.

Casi sin aliento, Nicole no encontraba palabras que decir y después de unos segundos, Christopher preguntó con ironía:

-¿No vas a afirmar lo mismo? ¿Que también vas a tratar de hacer que nuestro matrimonio funcione?

-¡Oh, seguro que sí! -prometió al instante recostándose sobre él y con la boca incitante cerca de sus labios. Y él no pudo por menos que abrazarla estrechamente entre sus brazos mientras sus labios ansiosos e inquisitivos exigían una respuesta de los de Nicole. Ella, por su parte, no se la escatimó, deslizando la punta ardiente de su lengua en la boca de Christopher, y entonces, con un gruñido ahogado, fue él quien puso fin al beso.

-¡Hechicera! -exclamó con voz ronca de pasión-. ¡Éste no es el momento para empezar esta clase de cosas! Ya tendremos la noche para hacerlo. ¡Desde ahora te digo que no tengo ninguna intención de dormir solo en mi cama como lo hice ayer!

Un destello burlón brilló en los ojos topacio de Nicole:

-¿Por qué lo hiciste? -murmuró-. Jamás antes permitiste que la falta de un anillo de boda te detuviera.

Christopher frunció el ceño al decir con lentitud:

- ¡Admito ser culpable de eso! Pero sabiendo que nos habríamos de casar hoy, no quise que el recuerdo de la noche anterior al casamiento estropeara la noche de bodas. -Casi con vergüenza, añadió-: Un sentimentalismo muy excéntrico por mi parte, pero ahí lo tienes, es la pura verdad.

En Nicole creció la sospecha más increíble de que debajo de la habitual fachada fría que Christopher Saxon mostraba al mundo se ocultaba un corazón lleno de romanticismo y en su garganta estalló una risa cristalina y alegre.

-¡Christopher! -balbuceó-. Luego me dirás que te arrepientes de haberme tratado sin miramientos en un principio.

Echándole una mirada burlona, replicó en tono contundente:

- No, no me arrepiento de nada que te haya hecho en el pasado. ¡Lo único que lamento es no haber reconocido mi destino en el momento en que te vi y no haberte llevado a rastras ante el pastor más cercano para casamos de inmediato! Me habría ahorrado muchos sufrimientos, celos y dudas.

Incapaz de reprimirse, Nicole le preguntó en tono zalamero:

-¿Y padeciste muchos celos?

Christopher la empujó suavemente sobre el sofá y reclinándose sobre ella con la boca casi tocándole los labios, refunfuñó:

- ¿Y qué te parece a ti? Primero estaba Allen para hacerme dar vueltas en la cama como un loco preguntándome si vosotros dos estaríais juntos en alguna parte durmiendo uno en brazos del otro. - El tono tierno y burlón se desvaneció cuando dijo con un acento grave en la voz-: Después estuvo nuestra vida en Inglaterra. -Con aspereza, rezongó-: Sí, por Dios, sufrí celos... celos, rencor, rabia, odio. ¡Los padecí todos, mi querida hechicera!

Ahora su rostro mostraba esa expresión fría y reservada que le había visto tantas veces en el pasado; sus ojos se habían vuelto de pronto helados y hostiles al mirarla. Pero esta vez ella se enfrentó a su mirada sin encogerse de miedo y le acarició muy levemente con las puntas de los dedos el borde de los labios.

-No tenías que hacerlo, hubiera bastado con darme un indicio de lo que sentías por mí. -Él empezó a separarse, pero ella se lo impidió, rodeándole el cuello con los brazos-. ¡Escúchame, grandísimo tonto! -le susurró al oído-. ¡Jamás existió nadie para mí, excepto

tú! Pero ¿cómo podía hacértelo saber? La única vez que lo intenté me rechazaste con todo el desprecio del mundo. Estaba segura de que no sentías nada por mí. - Curvando la boca con una mueca irónica, añadió-: Salvo una cierta cantidad de pasión animal.

- ¡Sentía una gran cantidad de pasión animal por ti, querida! No lo niego. Pero al mismo tiempo, jamás había deseado antes que una mujer me perteneciera sólo a mí. Nunca me sentí compelido a proteger a ninguna o a asegurar su futuro, aun cuando ello significara sacrificarme. Y jamás experimenté una emoción tan destructiva como los celos. Podría haber matado a Robert y a todos los demás sólo por mirarte. -Se le endureció otra vez el semblante, sus ojos dorados se volvieron súbitamente fríos y su mirada cortante al concluir-: Y podría haberte matado cuando descubrí que estabas con él aquella última noche en Inglaterra.

La mirada de Nicole escudriñó las facciones tensas de su amado y en tono prudente y cariñoso, dijo:

- Robert no era nada para mí, sólo un buen amigo, Christopher. Más tarde, al enterarme de lo que te había hecho, le aborrecí.

La expresión de Christopher no se alteró, ni demostró creer lo que le había dicho. Una garra apretó el corazón de Nicole. Se tendrían que decir muchas cosas, pero él no estaba dispuesto a discutir el pasado. Como confirmando sus pensamientos, se irguió en el asiento y dijo en tono ligero:

- Basta ya de todo esto. Sanderson aparecerá en cualquier momento para informamos que la cena está servida. ¿Quieres una copa de jerez o te sirvo algo más fuerte?

Siguiendo su ejemplo con reticencia, Nicole sonrió con falsa alegría y aceptó la bebida. Mientras Christopher, de espaldas a ella, servía coñac para él y jerez para ella, estudió, pensativa, el cuerpo alto y musculoso. Le amaba tanto y era tan guapo y generoso... pero ella bien sabía que no servía de nada fingir simplemente que no existía el pasado. Él podría haber confesado que la amaba y ella creía que era así, pero también sabía que se había resistido a amarla y que aún abrigaba ciertas sospechas y dudas respecto de ella. Dudas y sospechas que podrían destruir aquel frágil comienzo de una vida en común. Ni siquiera estaba convencida de que Christopher creyera en la declaración de amor que ella le había hecho. La noche anterior Nicole había percibido en sus ojos un débil destello de cinismo cuando ella le había abierto bruscamente su corazón. Y en aquel mismo instan- te, a pesar de la boda y de sus miradas llenas de ternura, advertía un dejo de cautela en su actitud. Con cierta tristeza se preguntó si él se estaba lamentando ya no sólo de lo que había dicho sino también del matrimonio.

Ese pensamiento predominó en su mente a lo largo de la deliciosa cena que Ruth-Marie les había preparado y en esa ocasión, meditando profundamente, no hizo los honores debidos a la serie de deliciosos platos que le sirvieron. Al tragar el último bocado de un exquisito soufflé de almendras que se derretía en la boca, se hizo la promesa solemne de que Christopher tendría que afrontar no sólo la verdad desnuda acerca de su madre sino también acerca de Robert. Pues en caso contrario no podrían compartir la clase de amor y de matrimonio que ella quería y estaba resuelta a tener. Le había dicho que no quería fantasmas en su lecho nupcial. Ella tampoco.

Entró en el salón principal con un brillo de determinación en los ojos topacio y esperó que Christopher la siguiera poco después. Le aguardó más de una hora y no se presentó. Ligeramente inquieta, llamó a uno de los sirvientes y le encargó que descubriera dónde estaba. Poco después, la escueta información de que el amo había salido la desconcertó bastante. Desgarrada entre el deseo de reír y el fuerte impulso de dejarse arrastrar a una pataleta, pasó el resto de la velada sola, haciendo docenas de conjeturas sobre adónde habría ido su flamante esposo.

A las diez de la noche y sin señales de Christopher todavía, se dirigió a su habitación subiendo la escalera con plomo en los pies. Se preguntaba si ahora que era su esposa él no la desearía más y estaría condenada de ahora en adelante a interminables veladas sola en la casa. El sentido común le decía que era una tonta, pero la relación era tan delicada y hasta ahora tan inexplorada que no se necesitaba mucho para debilitar su confianza. En el transcurso del día había mudado de habitación: toda su ropa y los efectos personales que poseía en ese momento habían sido trasladados a una serie de amplias y elegantes estancias contiguas a las de Christopher. En otro momento podría haber disfrutado de sus nuevas habitaciones llenas de espacio y elegantemente amuebladas, la espesa alfombra color rubí, las paredes con un suave viso amarillo y las suntuosas colgaduras azul zafiro, pero esa noche nada llamaba su atención. Ni siquiera el calor del fuego, cuyas llamas subían de repente y estallaban y volvían a danzar en el hogar de lustrosa pizarra color oliva, podía derretir el hielo que corría por sus venas.

Despidió a Naomi casi de inmediato e ignorando el salto de cama de seda ámbar que estaba sobre la colcha de terciopelo azul zafiro, se quedó mirando con amargura las puertas dobles de roble natural que separaban sus habitaciones de las de Christopher. Cómo se atrevía a hacerle aquello, se preguntaba con angustia creciente. Y solapadamente se deslizó un pensamiento en su mente: «Crees que te ama, ¿y es así como lo pruebas? ¿Dudando de él? ¿Tan pronto? ».

Furiosa consigo misma al instante por ser tan propensa a encontrar desaires e injusticias en su trato, dio media vuelta y se dirigió a la cama. Tenía que existir una razón para que Christopher hubiera salido de casa aquella noche y cuando volviera se la explicaría.

Aferrándose con firmeza a esa idea, se preparó para ir a la cama como si supiera que él volvería a ella muy pronto. No le recibiría con furiosas recriminaciones; al menos no hasta haberle dado la posibilidad de calmarle sus temores y dudas. Si no lo hacía...

Casi con despreocupación se quitó el vestido y, habiéndose bañado antes de reunirse con Christopher en el salón, se puso el salto de cama de seda ámbar y se deleitó con el delicado roce de la seda sobre la piel. Tomando un frasco de cristal, tallado lleno de perfume que olía a especias y claveles se refregó con generosidad el cuerpo. Luego se sentó sobre la alfombra delante del fuego con un cepillo de carey para el cabello en la mano y lentamente, como acariciándose, empezó a cepillarse la mata de pelo oscuro mientras las llamas hacían revivir su reflejo rojizo.

Así fue como la descubrió Christopher minutos después al abrir en silencio las puertas dobles que separaban las alcobas. Era una figura bañada en oro, la luz de las llamas parpadeaban sobre todo su cuerpo y su cabello, transformando la piel en oro fundido, el ámbar de la seda en dorado amanecer y el cabello en llamaradas de fuego fatuo. Al ver el cuadro inconscientemente sensual que se presentaba a su vista, contuvo la respiración de golpe. Ese sutil salto de cama a la lumbre del hogar dejaba traslucir las formas perfectas del cuerpo delgado y esbelto mientras el cepillo con sus movimientos rítmicos hacía bailar las largas guedejas heridas de fuego alrededor de sus hombros.

Debió de hacer algún ruido, aunque nunca supo con exactitud cuál, si fue que exhaló un suspiro nombrándola o el golpecito seco de las puertas al cerrarse, pero en ese instante Nicole se volvió despacio para mirarle. La sonrisa deslumbrante que le brindó entonces le hizo sentir curiosamente mareado.

Cruzó la habitación en un instante, y posando una rodilla en tierra, extendió la mano para tocarle el oscuro cabello rojo y con la voz entrecortada, musitó:

-¡Ah, Dios, eres tan hermosa! ¡Veo ahora en ti una diosa pagana que ha encadenado mi corazón con grilletes de oro y por más que lo intente no puedo romperlos! ¡Eres una adorable hechicera!.

El ardor y la ternura que irradiaban los ojos de Christopher arrasaron con sus dudas y temores. Y como estaba otra vez a su lado, acariciándole suavemente el cabello y su boca a un suspiro de distancia, pudo provocarle con burlona picardía:

- ¿Es por eso que te fuiste y me dejaste sola toda la velada? ¿Porque soy una hechicera adorable?

-¡Bruja! -se mofó-. ¡También tienes una lengua demasiado mordaz! -Sentándose en un sillón cerca del fuego, extrajo un pequeño estuche oblongo de debajo de la chaqueta y con cierta timidez que la asombró, dijo al entregárselo-: No te había hecho un obsequio de boda. Una recién casada, aunque contraiga nupcias con tanto apresuramiento como tú, merece algo del hombre que la desposa para marcar la ocasión. Y como, debo confesarlo, no pensé en ello hasta después de la cena, pasé las de Caín para despertar a un joyero. - Trató de disimular la intensa emoción que le embargaba y dijo-: No tienes idea del problema en que me has puesto para encontrar esta chuchería. Espero que sea de tu agrado.

Y así fue. Con mano temblorosa abrió el estuche y quedó deslumbrada al ver el magnífico juego de collar y pendientes que contenía. Colgando de una cadena de oro finamente trabajada había un hermoso topacio rodeado de centelleantes diamantes amarillos; los pendientes eran gemas de igual forma y menor tamaño con un lazo de diamantes amarillos que pendería y bailaría contra su mejilla cuando los llevara.

-¡Christopher! -exhaló por fin-. ¡Es lo más hermoso que he visto en mi vida!

- Mmm. Deseaba una gema rara para ti, pero cuando vi éstas, me recordaron tanto tus ojos que supe de inmediato que tenía que comprarlas. - Había dicho todo esto casi en un murmullo, pero ella le oyó y dejando de lado el estuche, le arrojó los brazos al cuello.

-Te amo -dijo casi con ferocidad-. Creo que siempre te he amado, hasta cuando era una criatura y te mostrabas tan cruel conmigo en *La Belle Garce*. Y te amaré hasta el día de mi muerte.

Christopher la estrechó más contra su pecho y sus labios buscaron su boca tentadora. Ella le pareció cálida y maleable entre sus brazos como nunca lo había sido antes. Se le subió a la cabeza como el vino más potente; con un gemido ahogado, la tendió ante el fuego acostándose junto a ella. Y como un hombre saboreando una pizca de cielo, dejó que su boca se deslizara sobre los labios carnosos y sensuales de ella mientras su lengua indagaba y sondeaba antes de seguir avanzando para explorar y tocar, incitar y excitar.

Con manos febriles Nicole le quitó la chaqueta; la corbata la siguió unos segundos después y luego con absoluto descaro le desprendió la camisa. Sus dedos fueron lenguas de fuego al acariciarle el pecho musculoso y la espalda ancha. Pero los pantalones le causaron serios problemas: sus dedos manipularon torpemente los botones hasta que, reprimiendo la risa, Christopher rodó a un lado y poniéndose de pie se quitó él mismo el resto de la ropa. Cayendo desnudo junto a ella, bromeó:

- Puedo ver que no has desvestido a muchos hombres, mi amor.

El tono fue ligero y bromista, pero las palabras la traspasaron como agujas de hielo. Se incorporó y apartando el cabello que le había caído sobre los ojos, dijo sin pestañear siquiera:

- Nunca en mi vida he desvestido a ningún hombre.

Se desvaneció el brillo burlón de los ojos de Christopher y preguntó ásperamente como por obligación:

-¿Ni siquiera a Robert?

Tras respirar a fondo, Nicole respondió en tono mesurado y sin inflexiones:

- Ni siquiera a Robert. - Pero él no la creyó del todo y ella lo supo por la forma en que se endureció su mandíbula y el relámpago de escepticismo que brilló fugazmente en los ojos amados.

Exasperada, agarrándole por los hombros, le sacudió r con violencia y en tono ahora acerbo, dijo impaciente:

- ¡Christopher, escúchame! ¿Por qué me condenas sin siquiera oír lo que sucedió aquella noche? Nunca hemos hablado de ello; nunca me has dicho cómo llegaste a enterarte de que tanto Robert como Edward estaban muertos, ni me preguntaste por qué fui a parar a casa de Robert. -Sus ojos llameaban de ira y dolor crecientes cuando dijo con suma amargura-: ¿Cómo es posible que digas que me amas cuando no confías en mí? ¿Cuando ni siquiera me crees?

El semblante de Christopher permanecía inexpresivo; de modo aterrador y deliberado le retiró las manos de los hombros y dijo:

- Muy bien, cuéntame qué sucedió.

-¡Maldito seas! -gritó enardecida-. ¡No! ¡No lo haré puesto que estás predispuesto a dudar de cada una de mis palabras! ¡Y lo estás! Conozco demasiado bien esa expresión de tu rostro. Ya has decidido que estoy mintiendo. -Clavándose aún más el cuchillo en su propio corazón, terminó en voz suave-: Que soy la hija de mi madre.

Las últimas palabras parecieron provocar cierta reacción en Christopher y un espasmo semejante al del dolor cruzó por su rostro. Con gesto nervioso se pasó la mano por el cabello.

-Ya no sé qué creer -admitió con torpeza-. Te amo. Te deseo. Pero no puedo remediar el recordar que tu madre casi me destruyó una vez, que me estrechaba entre sus brazos y también susurraba que me amaba. - Mirándola con repugnancia y aversión, dijo brutalmente-: Ella me enseñó a hacer el amor, cómo excitar a una mujer, cómo hacerle

suplicar por un hombre, y todo el tiempo decía que me amaba. Que yo era el único que la había hecho feliz. -Soltó una carcajada áspera e hiriente-. Y después de que yo la dejaba, se encontraba con Robert para decirle las mismas mentiras, para besarlo con el mismo fuego y pasión con que me había besado a mí, para entregarse a él con igual abandono. Y tú eres su hija. - Fríamente, exigió-: Dime, Nicole, ¿no serías tú misma un poco recelosa?

Nicole no pudo soportar mirarle, intuir sus sospechas, el odio y amargura que reflejaban sus ojos. Christopher la amaba, pero hasta que ella pudiera exorcizar el pasado para él, reducir a cenizas los malos recuerdos, no existiría paz para ninguno de los dos. Triste y pensativa contempló el fuego mientras buscaba con desesperación las palabras adecuadas para contestarle. Sus protestas de inocencia no le servirían de nada, podría llorar y gritar hasta el día del juicio final que Robert no había significado nada para ella y aun así Christopher no la creería, porque la comparaba con Annabelle. Así que tenía que convencerle de que su madre y ella eran dos mujeres por completo distintas, que ella era Nicole. Nicole, la del temperamento cambiante, Nicole que se entregaba ansiosamente a él, no Annabelle, que mintió y engañó y traicionó. Parecía una tarea ímproba y sin embargo, mientras seguía con la vista fija en las llamas danzarinas y consciente del cuerpo grande y viril de Christopher a sus espaldas, se le ocurrió una idea. Respirando hondo, dijo con i cautela:

- Vives recordándome a mi madre y lo que hizo. Y dices que yo soy su hija. Estoy de acuerdo. Annabelle, con todas sus vanidades y vicios, fue mi madre. No lo puedo remediar, pero porque haya sido mi madre, ¿es inevitable que deba ser igual a ella? ¿Alguna vez te he dado prueba de mi falsedad?

Christopher se agitó inquieto detrás de ella. :

-Sí -afirmó tajante-. Los libros de claves. ¿Los has olvidado?

Clavándose las uñas en las palmas de las manos, admitió:

-Sí. Los había olvidado. -Echándole una mirada furiosa, adujo con ardor-: ¡Muy bien, intenté robarlos, pero no te traicionaba a ti personalmente! El robo de esos libros no te perjudicaba. Ni siquiera te pertenecían; los habías robado tú en primer lugar. -Su honestidad la impulsó a añadir-: Sintiendo lo que sentía entonces, sabiendo de qué se trataba en ese momento y dadas las mismas circunstancias, es probable que volviese a hacerlo. No tenías ningún derecho a ellos. Allen y yo intentábamos sólo devolverlos a sus legítimos dueños. Además -añadió puerilmente-, quería vengarme de ti. Frustrar al omnipotente capitán Sable.

Con un hilo de risa en la voz, Christopher comentó:

- ¡Bueno, lo lograste, diablillo! No has hecho otra cosa que contrariarme desde las Bermudas.

Nicole lo miró entonces con lágrimas de rabia brillando en los ojos.

-¡No te atrevas a reír! ¡Te he dicho por qué intenté robar los libros, pero eso no significa que sea igual a mi madre! - Y con desesperación, jugó su última carta -. Dices que tengo que ser igual a ella, pero dime, ¿era Robert igual a tu abuelo? Ese proverbio que asegura que de tal palo tal astilla debería cumplirse no sólo en mi caso sino también en el de Robert. ¿Era él exactamente igual a lord Saxon?

-¡Por supuesto que no! -estalló furioso-. ¡Ni siquiera puedes compararles! Robert era vil y egoísta mientras que mi abuelo es... -Calló de pronto y en sus ojos hubo un destello de comprensión. La contempló largamente apretando los labios y con gesto ceñudo-. Comprendo lo que quieres decir -admitió finalmente.

- Lo comprendes, ¿pero estás de acuerdo? - Nicole sonrió, desolada.

Le tomó la cara entre las manos.

- Ya no sé qué creer. He fomentado este sentimiento contra ti durante tantos meses que es como si no pudiera liberarme de él. Dame tiempo, mi amor. Tiempo para llegar a discernir mis verdaderos sentimientos. ¿Me lo concederás?

Fue casi una súplica y aunque él seguiría librando una ardua batalla interior durante un tiempo, no podía negar el amor que veía en sus ojos. Asintió en silencio sabiendo que el tiempo estaba de su parte. Tiempo y amor. Y sintió cierta ternura por él, ya que a pesar de creerla tan lasciva y perversa como Annabelle, la amaba de todos modos. La amaba y se había casado con ella. Tal vez, reflexionó, ésa era una prueba de amor más grande que creer en ella explícitamente.

Christopher la atrajo con cariño a su lado y le pidió simplemente:

- Cuéntame lo que sucedió aquella última noche en Inglaterra. - Vacilante al principio, afirmándose la voz a medida que avanzaba en el relato, le contó aquella historia de raptos y perfidias. Cuando terminó de hablar hubo un largo silencio; ambos permanecieron con la mirada clavada en las llamas del hogar como si la respuesta que buscaran estuviera en esas lenguas de fuego. Ciñendo los brazos alrededor de Nicole, Christopher murmuró contra su pelo-: Te creo, mujercita indómita. Lo que me has contado es demasiado descabellado o improbable para ser mentira. Ojalá lo hubiese sabido para ser yo quien te rescatara y no Robert.

Revolviéndose entre sus brazos para mirarle a la cara, Nicole comentó con dulzura:

- Pero querido, lo hiciste al final. Si no hubieses aparecido en ese momento en la playa,

me habría encontrado en serias dificultades. Con toda seguridad Higgins no hubiese hecho nada por mí. Estaba demasiado empeñado en tomar ese barco. Así que, como verás, me salvaste de un destino peor que la muerte.

-Se le enronqueció la voz de emoción al decir contra sus labios-: La vida sin ti habría sido peor que la muerte.

Con un gruñido Christopher la atrajo más contra su cuerpo.

-Sigue amándome, Nicole. Soy un bruto, un demente celoso en lo que a ti concierne, pero te amo con locura. -Con la voz algo quebrada, continuó-: Me parece que te he amado desde siempre... siempre estabas en mis pensamientos. Primero, como aquel descarado grumete a quien no podía dejar de atormentar y después como la criatura caprichosa y sensual que me obsesionaba en todo momento. Despierto o dormido, constantemente estabas allí, como un tormento y una extraña clase de alegría. - Apartándola un poco, la miró fijo a los ojos -. No puedo olvidar por completo el pasado, pero dame tiempo. Enséñame a amar sin buscar los motivos, sin cuestionar, sin dudar de lo que veo con mis propios ojos. Enséñame a confiar en ti. Y por Dios -refunfuñó por lo bajo-, ámame y sigue amándome siempre.

La boca descendió vorazmente sobre la de ella, con impaciencia, y Nicole recibió con ansia y amor su caricia áspera y casi cruel. Tan pronto se unieron en ese beso apasionado el cuerpo de Nicole ardió de deseos de volver a entregarse a su salvaje y dulce posesión. Ya no había necesidad de contenerse, ni de ocultar sus emociones, sólo el dulce embeleso que él le brindaba.

Despacio, como si estuviera descubriéndole el cuerpo por primera vez, las manos de Christopher se deslizaron sobre ella, maravillándose de la satinada textura de la piel. Perezosamente su boca abandonó la de ella y con un brillo a las claras sensual y lascivo en los ojos dorados, le acarició todo el cuerpo. La luz oscilante del hogar le bañaba los pechos erguidos, sombreaba el vientre liso y convertía en oro sus largas piernas bien torneadas. Volvió a mirarla a la cara y quedó arrobado al ver el largo cabello oscuro extendido y rodeándola como una aureola veteada de fuego sobre la alfombra color rubí. Tenía los ojos entrecerrados, subrayados sus pómulos altos por el reflejo de las llamas y la boca generosa y sensual entreabierta a la espera de un beso. Ahogando otro gemido de deseo, buscó sus labios con renovado ardor, sus manos le acariciaron los pechos orgullosos con suma delicadeza y se deleitó cuando los pezones se endurecieron con un anhelo tan arrollador como el suyo propio.

Nicole, con la sangre bramándole en los oídos, se abandonó a él, deseando esta vez

más intensamente que nunca que él la poseyera por primera vez bajo el signo del amor, no de la lujuria.

No necesitó que la excitara más; su cuerpo ya estaba temblando por el hambre exigente que él provocaba en ella, arqueándose contra sus manos, indicándole sin palabras que estaba ardiendo por él. La cubrió enseguida, saciándole el hambre mientras el cuerpo de Nicole se expandía ansiosamente para recibirle en plenitud.

Fue la suma total de todas las veces que habían hecho el amor en el pasado en un único acto de unión apremiante: los cuerpos yendo ansiosa y vorazmente al encuentro de la embestida del otro, las manos buscando dar placer y goce al otro y las bocas mezclándose y saboreándose mutuamente. Y en esa ocasión, cuando ese exquisito y aniquilador estallido de los sentidos se estaba apagando, cuando volvieron a tener conciencia del mundo que los rodeaba, sólo estaban ellos dos; Christopher para mecerla contra su cuerpo susurrándole tiernas palabras de amor al oído y Nicole para apretujarse contra él besándole amorosa y dulcemente por toda la cara.

Era el comienzo para ellos. El inicio de algo tan frágil que el más leve suspiro podría destruir, y sólo los meses por venir y tal vez los años habrían de decir si lo que tenían ahora podría crecer y fortalecerse, florecer y echar raíces, hasta que ni siquiera la muerte pudiera destruirlo.

CAPÍTULO XXXIX

Ya prácticamente casi nadie ponía en duda la decisión británica de capturar Nueva Orleans, asumir el control del Mississippi inferior y hacer accesible a la corona británica el subcontinente cercano. Hasta las conversaciones de paz de Gante alentaban el deseo británico de arrebatar la ciudad de manos de los norteamericanos; lord Liverpool le había comentado al duque de Wellington que «sería muy conveniente que la guerra terminara con una resonante victoria».

Por fortuna, Andrew Jackson tenía ahora plena conciencia de las intenciones británicas con respecto a Nueva Orleans y le había escrito al coronel Butler que «sangrarían muchas narices» antes de que él permitiera que se llevara a cabo la conquista de aquella ciudad. Pero Jackson tenía la hipótesis equivocada y peligrosa de que el ataque no sería desde el mar. Estaba convencido de que se efectuaría por tierra desde Mobile, y basándose en esa premisa, ordenó la movilización de Mississippi, Tennessee y Kentucky.

Jackson se puso en marcha desde ese punto. Envió nuevos suministros y pertrechos, hombres y cañones a un fuerte estratégico ubicado en una larga lengua de tierra orientada de este a oeste que casi obstruía el paso de Mobile. Bay reforzó la ciudad de Mobile y envió más tropas a Baton Rouge. El siete de noviembre entró resueltamente en la Florida española y con unos cuatro mil hombres atacó Pensacola, capturando los fuertes St. Rose y St. Michael; la guarnición británica se retiró a los barcos que estaban a poca distancia de la costa después de volar el fuerte Barrancas. Esa victoria, además de tener repercusiones diplomáticas, hizo que, por primera vez desde hacía meses, los norteamericanos vieran a las tropas británicas en retirada. Considerando que había hecho todo lo posible para enredar a los británicos, Jackson partió para Nueva Orleans con el propósito de preparar la ciudad para cualquier contingencia.

El día que llegó la noticia de que el general estaba viajando hacia Nueva Orleans, Christopher estaba sentado en la biblioteca de Jason. Enderezándose en el sillón, comentó:

-¡Bueno, eso es algo! Tal vez ahora nuestros dignos ciudadanos se sacudirán esa terrible apatía que tienen.

- ¿Le parece? Le diré, *mon ami*, tengo mis serias dudas al respecto. Los legisladores están riñendo entre ellos, el comité de seguridad pública rivaliza con el comité de defensa y si bien Claiborn ha movilizado el ejército, todos los que no desean prestar sus servicios han

ignorado la orden. Estamos en una situación lamentable y me pregunto si un general tan extraordinario como Jackson podrá hacer algo por cambiar la situación -dijo Jason.

Sus palabras encerraban demasiadas verdades para desecharlas a la ligera y Christopher aún seguía rumiándolas cuando se reunieron nuevamente con las damas media hora después. Nicole, siempre tan perceptiva, le echó una mirada inquisitiva, y aunque su esposo le sonrió para tranquilizarla, no se dejó engañar.

En la visita a los Savage se combinaron el placer y los asuntos de Estado. Jason y Christopher habían desaparecido y se habían encerrado en la biblioteca para discutir los últimos acontecimientos y despliegues de tropas mientras Catherine y Nicole conversaban amablemente disfrutando de la amistad que había nacido entre ellas. No era de extrañar que ese apego hubiese surgido y se fuera afianzando, puesto que ambas eran inglesas y estaban casadas con hombres en extremo dinámicos. Al principio Nicole sintió cierta timidez ante la mujer mayor, pero con el correr de los días, descubrió que detrás de sus aires de gran dama se ocultaba un agudo y fino sentido del humor, además de algunas ideas que eran escandalosamente avanzadas para la época. No habían alcanzado el punto de revelarse todos sus secretos del pasado, pero Catherine hacía que se sintiera cómoda en su presencia y a menudo la hacía reír con las tácticas que usaba con tanto descaro para burlar a su autocrático marido.

Que Jason Savage era arcilla maleable en las pequeñas manos de su esposa y que ésta le adoraba era cada vez más evidente, y Nicole se preguntaba con anhelo si algún día Christopher y ella estarían tan unidos y tan obviamente enamorados como los Savage.

Al regresar de esa última visita a los Savage, Christopher y ella se sentaron ante el fuego del hogar en uno de los saloncitos más acogedores de la residencia de Dauphine Street. Nicole aún seguía inquieta por la preocupación que había visto en el rostro de su esposo tras la charla mantenida con Jason en la biblioteca, y le pregunto enseguida:

-¿Qué te dijo Jason que fue tan inquietante?

Christopher, sorprendido, levantó la vista de los papeles de negocios que estaba leyendo.

-No tiene importancia, cariño -respondió con descuido-. Simplemente algunas noticias políticas: nada que deba preocupar a tu hermosa cabecita.

Exasperada, Nicole le fulminó con la mirada y estalló:

- ¡No soy ninguna idiota! ¿Por qué me tratas como si lo fuera? Y si no deseas decirme de qué hablasteis, ¿por qué no eres franco conmigo y lo reconoces?

Christopher suspiró y contempló con deleite el encantador cuadro que presentaba

sentada frente a él en el canapé de damasco rosado. Su exuberante cabello estaba recogido con recato en un moño sobre la nuca, acentuando así las delicadas facciones del rostro; un bastidor para bordar que yacía abandonado cerca de ella proporcionaba al cuadro una engañosa apariencia de domesticidad. ¿Qué podía decirle?

Nada más lejos de su intención que intentar tratarla como a una tonta, En realidad no la culpaba por estar enfadada. La pregunta que le había formulado era pertinente y su respuesta demasiado evasiva. Pero no tenía intención de discutir la situación actual con Nicole por dos razones. Primero, no confiaba en ella plenamente, ya que no conocía con exactitud con qué bando simpatizaba. Sabía que era muy improbable que encontrara alguna manera de pasar información a los británicos, pero no quería correr ningún riesgo. La otra razón era que no deseaba intranquilizarla; de hecho, habría preferido instalarla a salvo en Thibodaux House hasta que pasara el peligro, pero intuía que Nicole querría estar en medio de los acontecimientos que tendrían lugar en la ciudad. Su modo de ser le impedía apartarse a un segundo plano donde estar segura, y él no querría por nada del mundo que fuera de otro modo.

Al ver su sonrisa, Nicole montó en cólera y exigió:

- ¿Bueno? ¿No vas a contestarme siquiera?

-¡Recobra la calma, cascarrabias! ¡Sí, contestaré tu pregunta! - Levantándose con cierta indolencia de detrás del escritorio cruzó la habitación y se sentó junto a ella en el canapé. Pasando el brazo sobre el respaldo, continuó-: Lamento mucho que hayas creído que te trato como a una tonta, pero no veo la razón para que te interese tanto lo que discutimos Jason y yo.

-No quiero ser una esposa fisgona y entrometida - aclaró un tanto avergonzada por su súbito arranque de cólera -, y en realidad no me interesa demasiado lo que hayáis discutido. Lo que sí me preocupa es que estuvieras tan preocupado tras esa charla. ¿Es censurable que deseara saber qué te preocupaba de esa manera? ¿Si estuvieses en mi lugar no sentirías lo mismo?

Lo había vencido. Considerando que lo que le habían comentado hoy sería del conocimiento público en cuestión de horas, dijo en tono ligero:

- El general Jackson por fin está camino de Nueva Orleans. Si todo va bien estará en la ciudad dentro de una semana.

-¿Y era eso lo que te molestaba tanto? -replicó con enojo-. ¿No le quieres aquí?

-Oh, sí, por supuesto que quiero que él y las tropas que trae estén en la ciudad. Lo que me preocupa es la apatía y el temor que reinan en Nueva Orleans. Hasta el mejor general

se vería en dificultades para luchar contra las fuerzas combinadas de un enemigo interno y otro externo. - Era más de lo que había querido decirle, pero parecía que no podía ocultarle nada, en especial cuando ella estaba resuelta a sonsacárselo.

Reclinando la cabeza sobre su hombro y jugueteando distraídamente con los botones dorados de la chaqueta verde botella, preguntó con vocecita trémula:

-¿Van a atacar la ciudad de verdad? Sé que lo han dicho los periódicos y también que el gobernador ha movilizado el ejército: se pueden ver las tropas entrenándose en la *Place d' Armes* todos los días. Pero no son muy numerosas, que yo sepa.

- ¿Qué pregunta debo contestar primero? - bromeó Christopher, súbitamente interesado en las guedejas sedosas que descansaban debajo de su mentón. Nicole le pellizcó y él respondió rápidamente-: ¡Muy bien! Sí, creo que atacarán la ciudad. Considero que Jackson se equivoca al pensar que los británicos nos embestirán desde Mobile, pero él es un militar y yo simplemente un civil. Y en efecto, las tropas no son numerosas. Pero Jackson traerá más soldados con él, así que no dejes que eso te preocupe. ¿Satisfecha ahora?

Nicole sacudió ligeramente la cabeza. Casi en un susurro formuló entonces la pregunta que había estado rondándole en la l mente durante aquellos últimos días:

-¿Participarás en la lucha?

Christopher suspiró y alisó dulcemente el pelo de fuego.

-Sí, me temo que sí -respondió con sinceridad-. ¿Contabas con que no lo hiciera?

- ¿Serás prudente y cauteloso? - Le miró con un nudo en la garganta.

Volvió a soltar otro suspiro y le acarició la mejilla.

- ¿Crees que correría riesgos innecesarios teniendo como tengo una esposa tan encantadora esperando mi regreso? - Luego la besó en la boca con ternura. Al menos el beso empezó siendo tierno, pero el cuerpo frágil y dócil que se abandonó al abrazo fue demasiado para él. Sus labios se endurecieron de deseo y sus manos, impacientes, buscaron los broches del vestido.

Nicole respondió a su ardor como siempre, pero consciente del lugar donde se encontraban, preguntó contra la boca devoradora:

- ¿Sanderson?

- ¡Si alguien abre esa puerta le romperé el cuello! - prometió con ojos que brillaban de pasión.

Nicole contuvo la risa que la sacudía y sin pensarlo más se entregó de lleno al cuerpo exigente de su amado.

Fue sólo después, mucho más tarde, cuando recordó la conversación que habían mantenido y se le heló el corazón. Tendida en la cama con el largo y fornido cuerpo de Christopher curvado contra el de ella como protegiéndolo, le tocó para asegurarse de que aún estaba allí, de que la batalla que todos sabían inminente no se lo había llevado todavía de su lado.

No era ésa la primera vez que habían estado bajo el fuego enemigo, pero en aquella ocasión sería diferente: él estaría entre los cañones y ella se quedaría en la retaguardia. Por un instante pensó en disfrazarse de muchacho y seguirlo, pero supo que era una idea descabellada y quijotesca. Además, si no la mataba una bala británica y Christopher la descubría, ¡él la mataría con sus propias manos!

Todo era muy confuso para ella en cuanto a la lealtad a uno u otro bando. Sabía que quería que Christopher saliera ileso, pero le resultaba indiferente si Nueva Orleans caía o no en manos de los británicos. Le había sorprendido y escandalizado un poco descubrir los fuertes sentimientos arraigados en Christopher por Norteamérica, y por Louisiana en particular. Suspiró con pesar por no haber podido adquirir la misma feroz lealtad que ardía en él. Aborrecía aquella guerra; era una lucha fratricida y la deprimía terriblemente pensar que algunos de los jóvenes oficiales que había conocido y con quienes había simpatizado durante su estancia en Londres fueran a entablar una batalla mortal con su esposo y los vecinos y amigos de Nueva Orleans.

No se sorprendió cuando de repente Allen se presentó en su mente. Había pensado mucho en él en aquellos últimos tiempos, no sólo porque Christopher le había contado como al descuido hacía algunas semanas que Lafitte lo había entregado a unos oficiales británicos, sino también porque le hubiese agradado que supiera que estaba casada con Christopher y que su aparente sacrificio no había sido tal. La mención de Allen demostró lo lejos que estaban de haber borrado el pasado. A Christopher no le había gustado que ella intentase interrogarle acerca del destino del joven oficial; se entrecerraron sus ojos y las sospechas y los celos brillaron en sus profundidades doradas.

Nicole se removió inquieta debajo del cobertor, pensando que aunque estaban más unidos que nunca, todavía quedaban varios escollos en el camino. Una y otra vez había visto cómo una palabra imprudente podía hacer añicos la paz que reinaba entre ellos.

A pesar de la afirmación de Christopher de que había creído la historia sobre la última noche en Inglaterra, se preguntaba a veces si realmente la había aceptado. Una mención inocente del nombre de Robert traía a su rostro esa expresión ceñuda y hermética que tanto la disgustaba y aún no sabía si él continuaba pensando que ella era igual a su madre.

Y aunque se habían amado con exaltación y pasión en esas últimas semanas, también habían peleado y discutido con calor, ambos orgullosos, ambos todavía un tanto recelosos de aquel nuevo sentimiento que habían reconocido y aceptado.

Christopher era el peor, decidió Nicole casi con enfado. La excluía cada vez que se mencionaba algo que él no deseaba afrontar y ella nuevamente tenía delante al frío y sardónico capitán Sable. Era para volverse loca. Pero luego se sonrió. Al menos era Christopher quien le hacía el amor, poniendo fin a la mayoría de las discusiones mediante la manera antiquísima y masculina de hacerle el amor con tanta violencia y ardor que ella acababa por olvidar cuál había sido el problema o quién tenía razón. Era sólo más tarde, como en aquel momento, cuando todas sus dudas volvían a asaltarla.

Desvelada y confundida, dio vueltas y vueltas en el lecho hasta despertar a Christopher. Irritado, él preguntó:

- ¿Qué demonios te sucede? ¡Pareces un cachorro en la cama!

Christopher se incorporó apoyándose sobre el codo y cuando Nicole vio el cabello revuelto que le caía sobre la frente y el ancho pecho musculoso, se sintió invadida por una oleada de amor y ternura. Él captó esa mirada y la irritación se desvaneció. Ahogando la risa la buscó debajo de los cobertores.

-Si querías que te hiciera el amor, ¿por qué no me lo dijiste? - bromeó y procedió a hacer eso exactamente.

El general Jackson llegó a Nueva Orleans el 2 de diciembre y los habitantes de la ciudad cobraron ánimos. Desapareció parte de la apatía, aunque los criollos todavía parecían no comprender que muy pronto tendrían que defenderse. Además, argumentaban, Nueva Orleans había visto ondear tantas banderas en el pasado que una más no tendría mucha importancia.

El 3 de diciembre el general Jackson pasó revista al vistoso batallón de voluntarios en la *Place d' Armes*. Alto, enjuto, con el largo cabello entrecano recogido en la nuca y sus duras facciones de halcón, observó con rostro inexpresivo el ridículo número de hombres que marchaban delante de él.

También Christopher contempló esas mismas escasas tropas y decidió volver a acercarse a Lafitte. Sin embargo, primero tendría que asegurarse de que Jason convenciera al general. En un principio, Savage se mostró escéptico.

- Mire, reconozco que necesitamos esos hombres, pero Jackson tomó partido por Claiborn la vez anterior ¿Qué le hace pensar que cambiará de opinión?

- Porque - replicó Christopher con cierto acaloramiento-, no quiero que Nueva Orleans caiga en manos de los británicos y sin esos hombres, caerá sin remedio.

- Muy bien. Hablaré con el general.

-¿Hoy?

-No -respondió, decidido-. Jackson debe ver por sí mismo primero que la única manera de salvar a Nueva Orleans es incluyendo a los hombres de Lafitte. Sólo entonces le abordaré para hablarle de él.

A Christopher no le agradó, pero Jason se mantuvo en sus trece.

- ¿Por qué no va a preparar a Lafitte primero? Eso debería saciar sus ansias de acción - dijo, sonriente.

No sabiendo si echarse a reír o desfigurar las facciones sardónicas de Jason de un buen puñetazo, Christopher salió furioso de la habitación y dirigió sus pasos hacia la casa de Lafitte, en los suburbios.

-Entra *mon ami* -le saludó con alegría-. Me estaba preguntando cuándo regresarías.

Torciendo los labios en una mueca desagradable, Christopher se desplomó sobre una silla de madera y dijo irritado:

-Supongo que ya sabes para qué he venido.

- ¿Digamos que tengo la esperanza de conocer el motivo de tu visita? - murmuró Lafitte con expresión angelical-. Los norteamericanos me necesitan con suma urgencia, ¿no es verdad?

- ¡Maldita sea, sí! - Y olvidando los argumentos cuidadosamente pensados para convencerle de incorporar sus fuerzas a las de ellos, preguntó-: ¿Vas a luchar con nosotros?

Fingiendo sorpresa, Lafitte arqueó las cejas y admitió:

- ¡Por supuesto! ¿Lo dudabas acaso?

- ¿Cuál es tu precio? Seguro que no es sólo la nobleza del propósito lo que te impulsa a ayudamos.

- Ah, bueno, hay un poco de eso, pero tienes razón, *mon ami*: tengo mi precio. -Muy serio súbitamente, añadió-: Quiero que dejen libres a mis hombres, quiero que me devuelvan mis mercancías y no quiero que Claiborn vuelva a entrometerse en mis asuntos.

- No puedo garantizarte nada de eso - confesó Christopher con franqueza -. Lo que sí puedo hacer, espero, es concertar un encuentro entre el general Jackson y tú. Vosotros mismos tendréis que zanjar vuestras dificultades.

- Es bastante justo. Jackson, según he oído decir, es un hombre razonable, y no está en

condiciones de hacer demasiados ascos a la procedencia de hombres y municiones que se sumen a sus fuerzas - asintió Lafitte.

Christopher estuvo de acuerdo con eso y después de confirmar la buena voluntad del corsario para encontrarse con el general tan pronto como fuera posible, partió de allí sintiéndose tan inútil como al principio.

De ahí en adelante toda el área de Nueva Orleans fue un verdadero hervidero de actividad. Una de las primeras disposiciones del general fue ordenar que brigadas de leñadores talaran los árboles necesarios para obstruir todos los canales bordeados de pantanos que rodeaban la ciudad. Como Christopher ardía en deseos de entrar en acción y conocía al dedillo la zona debido a la época que había pasado con Lafitte, por recomendación de Claiborn a Jackson, fue uno de los hombres a cargo del ejército de leñadores reunido a toda prisa. Aunque el trabajo era duro, estaba satisfecho, puesto que por fin veía que existía un esfuerzo conjunto por proteger la ciudad.

El capitán de escuadra, Patterson, se hallaba apostado en el lago Borgne con cinco cañoneros para servir de vigías del general en la defensa de las rutas orientales que llevaban a la ciudad. Habiendo decidido que no se intentaría defensa alguna del río más abajo del fuerte St. Phillip, Jackson inspeccionó la fortaleza, y siguiendo sus órdenes, se demolieron las viejas barracas de madera que podrían ser fácil presa de las llamas, y las piezas de artillería ya existentes se vieron reforzadas con un cañón del treinta y dos. Se erigieron dos nuevas baterías, una al otro lado del río, en el viejo y abandonado fuerte español Bourbon, y la otra río arriba.

En English Tum, debajo de la ciudad del río Mississippi, ordenó la inmediata construcción de baterías protegidas por terraplenes y otra que debía montarse en un punto desde el cual se cubriera parte de Bayou Terre aux Boeufs.

Jackson estuvo ausente de la ciudad durante los seis días que duró la inspección, pero hubo un constante flujo de órdenes enviadas por postas a sus ingenieros de Nueva Orleans, y exigencias al gobernador y peticiones de hombres y pertrechos. Por orden suya se puso a trabajar a todos los esclavos de las plantaciones de las riberas para ayudar a levantar rápidamente los terraplenes y construir baterías. Aceptó con agrado el ofrecimiento de Pierre Jugeat para reunir un batallón de indios Choctaw y aprobó la petición de Jean Baptiste Savary para formar un batallón de negros libertos de entre los refugiados de Santo Domingo.

En la ciudad, Nicole observaba todos los preparativos con creciente inquietud y desconcierto. Sentía terriblemente la ausencia de Christopher y vivía angustiada. Se

maldecía una docena de veces al día por su estupidez, ya que en el fondo, sabía que él estaba disfrutando plenamente de sus actividades en los pantanos y que habría detestado ser un mero espectador. Supuso que lo que la inclinaba a preocuparse por él era su propio desasosiego y con desconsuelo tuvo que admitir que le envidiaba.

Jackson retornó a la ciudad el diez de ese mismo mes, pero volvió a partir dos días más tarde para inspeccionar las rutas desde las fuentes del lago Borgne. Y como resultado de esa inspección se montó una batería en Chef Menteur Road y se reforzó y fortaleció el fuerte St. John. Había hecho todo lo que podía con los elementos que tenía a mano; ahora sólo le quedaba aguardar los acontecimientos.

Apenas hubo regresado Jackson por segunda vez a Nueva Orleans se recibió la noticia de que barcos británicos habían anclado a poca distancia de las islas Cat y Ship, en la desembocadura del lago Borgne. Al enterarse, Jackson escribió imprudentemente al general de División John Coffee en Baton Rouge: «Pienso que ésta es una maniobra fingida para llamar mi atención sobre ese punto cuando se proponen atacar por otro», sin llegar a comprender que los británicos tenían en efecto el propósito de atacar por el lago. Por consiguiente, Jackson se puso a esperar confiado, pues el lago no tenía la profundidad suficiente para que los barcos de gran calado fondearan a menos de sesenta millas de Nueva Orleans.

Christopher también estuvo de regreso en la ciudad en la segunda semana de diciembre, cansado e irritable. Mas todo su malhumor se disipó cuando Jason le informó de que el general estaba dispuesto a mantener una entrevista con Lafitte.

Los dos jefes se reunieron a solas en el Café Maspero's y ambos estuvieron de acuerdo en que el corsario lucharía por los norteamericanos. Al enterarse de la noticia, Christopher sintió renacer sus esperanzas. Contando con sólo cinco mil hombres para enfrentarse a un enemigo que los duplicaba en número, era sumamente alentador saber que tendrían abundantes recursos y municiones y que algunos de los guerreros mejor entrenados del mundo estarían de su lado.

Y ahora no les quedaba más que esperar... esperar y preguntarse por dónde atacarían.

Christopher, por recomendación del gobernador, entró a formar parte de la plana mayor del general como oficial de enlace entre éste y Lafitte y sus hombres. Esta designación le alegraba y complacía en extremo, puesto que ahora había algo en lo que podía hincar el diente.

Para Nicole la espera era un tormento y deseaba poder disfrutar como su esposo de todos los preparativos. Como las demás damas, había estado ocupada preparando

vendajes, pero a las mujeres no les cabía más que esperar y atender a sus aturdidos esposos, hermanos y amantes.

Entonces llegó a Nueva Orleans la sorprendente noticia de que los británicos sin lugar a dudas se proponían atacar por el lago Borgne y habían capturado los cinco cañoneros de Patterson. Jackson se enfureció. No sólo había perdido a sus vigías y otros hombres valiosísimos, sino que ahora el enemigo podría utilizar las embarcaciones de poco calado para transportar sus: tropas. Desde su cuartel general en Royal Street escribió frenéticamente al general de División Coffee: «No debe descansar 11 hasta llegar aquí»

La ciudad quedó paralizada de pánico ante la noticia del ti ataque británico en el lago, y el 16 de diciembre Jackson declaró la ley marcial.

El general de División Coffee y sus hombres llegaron el veinte de ese mes y el miércoles de esa misma semana Jackson convocó la plana mayor a una sesión para recibir informes y dar instrucciones. Christopher estaba de servicio, y como Nicole I tenía que acudir a la tienda de madame Colette para probarse unos vestidos y la tienda quedaba calle abajo, acordaron que él pasaría a buscarla por allí una vez terminada la reunión. La sesión duró más de lo que había calculado y Nicole, cansada de esperar, le dijo a madame Colette que explicara a su esposo cuando pasara a buscarla que se había ido a casa. Bien envuelta en la capa y seguida de Naomi salió de la tienda y al hacerlo chocó por accidente con un joven vestido con elegancia.

Riendo, retrocedió un paso y exclamó:

-¡Discúlpeme! ¡Lo siento terriblemente, pero no le vi, aunque no lo crea! - Y al segundo siguiente se le demudó el rostro cuando se encontró ante las facciones de Allen.

Ambos quedaron petrificados en sus lugares por un momento y ninguno dijo una sola palabra. El rostro de Allen Ballard estaba tan blanco como el de Nicole. Sin saber lo que hacía, Nicole alargó la mano y la apoyó sobre el pecho de Allen como queriendo cerciorarse de que no era una aparición.

- Allen - susurró, por fin.

Y éste, después de echar un vistazo alrededor en actitud misteriosa, la tomó de la mano y dijo en tono perentorio-: Tengo que hablar contigo. ¿Hay algún lugar donde podamos hacerlo en privado?

Todavía atolondrada por aquel inesperado encuentro, sin poder aún asimilar qué podría indicar la presencia de aquel hombre en Nueva Orleans en vísperas de un ataque británico, meneó lentamente la cabeza. Luego, mirando en dirección a la tienda de madame Colette, murmuró con reticencia:

-Supongo que madame nos permitirá usar uno de sus probadores.

No era lo que Allen habría deseado, pero tendría que servirles. Tanto o más desconcertado que Nicole, todavía estaba luchando por dominar su sobresalto al verla en Nueva Orleans y no en Inglaterra, donde le habían hecho creer que se encontraba. Debía silenciarla, al menos el tiempo suficiente para poder escapar de la ciudad e informar a su comandante en jefe acerca de las escasas e inadecuadas defensas con que contaba la ciudad.

Allen no quiso que le enviaran allí a reconocer el terreno, pero era el único que estaba familiarizado con la zona y se había visto obligado a aceptar a regañadientes. Temía ser reconocido, pero se aferraba a la débil esperanza de que no todo el mundo se hubiese enterado de que era un espía británico durante su encarcelamiento en Grand Terre. Además, vestido a la última moda como un joven de la ciudad, con una chaqueta ceñida azul marino, pantalones de ante y botas de charol, con el cabello castaño muy corto y un sombrero de tres picos, pensó que sería improbable que alguien le relacionara con el Allen Ballard que había navegado en *La Belle Garce*. Pero, por otra parte, tampoco contó con que Nicole Ashford estuviese paseándose alegremente por las aceras de Nueva Orleans. Era muy mala suerte, pensó con exasperación: media hora más y habría estado a salvo.

En ese preciso instante Christopher, que acababa de abandonar la reunión, encaminaba sus pasos en dirección a la tienda de madame Colette cuando se detuvo en seco disgustado al ver que su esposa parecía estar haciendo insinuaciones a un joven desconocido. Luego, cuando los dos se volvieron y entraron en el salón de la costurera, se entrecerraron sus ojos sin poder creer lo que veía. ¡Allen Ballard! ¿Qué demonios estaba haciendo en Nueva Orleans? Pero no le llevó más de un segundo comprender el motivo. Se le ensombreció el gesto al acercarse al salón de la modista.

¡Su esposa asociándose con un condenado espía! ¡Voto a Dios! Con seguridad no era la primera vez que se encontraban y quizás esa perra traicionera había estado pasando información a Ballard durante todo aquel tiempo. Dominado por la ira, Christopher parecía ciego a todo excepto al hecho de que Nicole estaba con Allen y comportándose de modo furtivo.

Por un segundo consideró la posibilidad de denunciar a las autoridades que un par de espías británicos se encontraban reunidos en la tienda de madame Caletre. ¡Dejaría que Nicole pagara el precio de su traición! Pero en el fondo de su corazón supo que no podría hacerlo. Fuera lo que fuese, era suya. Ese pensamiento se le clavó como un cuchillo en el alma destruyendo la paz y armonía de que había gozado aquellas últimas semanas,

haciéndole caer en la cuenta de lo fácil que le había resultado sucumbir a su encanto. Había empezado a creer en sus protestas de amor, a estar seguro de que era tan diferente de Annabelle como Robert de Simon, ¡Y ahora esto!

Vaciló sólo un segundo frente a la puerta de madame Colette y tomó una fría resolución. Nicole debía ser protegida de su propia traición y falsedad. Aún era su esposa y no permitiría que arrastraran su nombre por el fango por culpa de gente como Allen Ballard, quien tendría que morir antes de que pudiera implicar a Nicole.

Unos segundos después, Christopher estaba en el salón. Había decidido actuar con la mayor naturalidad hasta que pudiera poner sus manos alrededor del cuello de Ballard. Pero sus planes sufrieron un súbito contratiempo, pues madame Colette, con un dedo sobre los labios, le indicó que se mantuviera en silencio mientras le llevaba con rapidez hacia la trastienda.

La modista se había sentido profundamente escandalizada cuando madame Saxon regresara acompañada de un joven caballero. Y desaprobó aún más su actitud al ver que ésta despedía a su doncella y requería el uso de uno de los probadores para mantener una charla en privado con ese joven. Y aunque aquellos recintos habían servido con frecuencia como lugar de citas clandestinas de sus clientas casadas con sus amantes, no había sospechado jamás que madame Saxon fuera de la misma clase. El fajo de billetes que Allen le deslizó con rapidez en la mano la habría mantenido callada acerca de la cita si no hubiese aparecido de pronto monsieur Saxon en persona.

Monsieur Saxon había sido un cliente valioso en el pasado y era probable que volviera a serlo en el futuro - mucho más valioso que madame Saxon - y al momento tomó partido.

Sin andarse por las ramas, informó a monsieur que su esposa, lamentaba decirlo, estaba con un joven desconocido en el probador de delante.

Allí Nicole estaba pensando frenéticamente. Una vez que la primera conmoción había pasado, no le llevó mucho tiempo saber por qué Allen se encontraba en la ciudad. No debía permitir que se marchara sabiendo que tenía información que podría significar la muerte para su esposo. Tampoco le podía entregar a las autoridades, pues significaría enviarle directamente a la horca. Demasiado vívido en la memoria estaba el recuerdo de la espiral ascendente de aquel tiburón y no viviría en paz consigo misma si se convirtiese en la causante de la muerte de Allen. Tenía que hacer algo para impedirle abandonar la ciudad hasta después de la batalla.

Con cierta alegría vio por casualidad el ladrillo que servía de calentador de pies en un rincón del probador. Si pudiera agarrarlo y desplomar a Allen de un golpe en la cabeza,

entonces podría, con la ayuda de madame Colette, atarle y ocultarlo en algún sitio hasta que su información no sirviera de nada. Entonces y sólo entonces le liberaría.

Allen estaba pensando más o menos lo mismo, excepto que él llegó a la conclusión de que debía vencer a Nicole haciendo uso de su fuerza mayor, amordazarla y atarla y después batirse en rápida retirada de Nueva Orleans. Cuando descubrieran a Nicole él ya estaría a salvo.

Christopher estaba haciendo sus propios planes. Tenía que sacar a madame del salón y mientras ella estuviera ausente, silenciar a Allen; la única forma en que podía hacerlo era enviarla en busca de los militares. Por otra parte, suponía que todo saldría a pedir de boca, pues al llegar encontrarían a un espía muerto en lugar de uno vivo... alguien que no podría dar su propia versión de los hechos. Christopher le explicó a madame que cuando él irrumpiera en el camarín, ella debía salir corriendo en busca de las autoridades.

Pero ninguno de los tres pudo llevar a cabo su propio plan. Con el ardid de dejar caer su redecilla al suelo, Nicole se las había ingeniado para recoger el ladrillo y ocultarlo entre los pliegues de su capa. Allen estaba a punto de obligarse a sí mismo a dar un potente puñetazo en la deliciosa barbilla de Nicole con la esperanza de dejarla sin conocimiento al primer golpe, cuando Christopher, resuelto a matar, irrumpió con violencia en el lugar tras haber derribado la puerta y madame, siguiendo fielmente las instrucciones, salió corriendo de la tienda en busca de las autoridades.

El ruido de la madera astillada hizo que Allen volviera la cabeza hacia allí y Nicole, aprovechando aquella distracción por su parte, sacó el ladrillo de entre los pliegues de la capa y lo apuntó a la cabeza de Allen. Desafortunadamente, su puntería no fue buena y en vez de dar en la cabeza de Allen, dio de lleno en el pecho de su marido y lo dejó sin aire en los pulmones, lo que hizo que retrocediera tambaleándose hasta la habitación contigua.

Allen, cuyo único propósito ahora era escapar, se lanzó con precipitación fuera del probador mientras Nicole perdía un segundo precioso mirando horrorizada e incrédula a su esposo que retrocedía tropezando hacia el otro recinto. Pero luego, comprendiendo que Christopher no sería de ninguna ayuda por unos momentos, salió disparada tras Allen.

Éste casi había llegado a la puerta y la única forma en que podría detenerle sería arrojándose de un salto para tomarle de las piernas. Y lo hizo a pesar de las largas faldas; rodeándole las rodillas con los brazos como si en ello le fuera la vida, le hizo besar el suelo en medio de maldiciones que escapaban de la boca del hombre derribado.

Para Christopher, que estaba recuperando el resuello entre jadeos dolorosos, los dos habían estado intentando escapar, sólo que Nicole había tropezado y caído arrastrando a

Allen. Sin perder tiempo en conjeturas, se separó con gran esfuerzo de la pared en que estaba apoyado y cuando Allen luchaba por escapar del eficaz abrazo de Nicole y ponerse de pie, Christopher descargó un vigoroso puñetazo en su mentón, lo que le hizo desplomarse en tierra. Nicole aflojó los brazos con un suspiro de satisfacción. Christopher cayó de rodillas rabiando por ponerle las manos alrededor del cuello y callar su lengua para siempre, pero madame fue más que afortunada al toparse con una de las patrullas que Jackson había hecho acudir para hacer cumplir la ley marcial, y en el preciso instante en que Christopher estaba a punto de alcanzar su objetivo, madame y la patrulla entraron precipitadamente en la tienda.

Resignado y sabiendo que había perdido su oportunidad, Saxon se puso de pie con dificultad y dijo en tono inexpresivo:

- Este hombre es un espía británico: lo he reconocido. Llévenselo de aquí y comuníquenle al general que me presentaré ante él más tarde para darle mi informe.

Nicole, acongojada, vio con ojos nublados por las lágrimas cómo cumplían las órdenes de su esposo. Pero en ese momento no se le ocurrió pensar en las verdaderas consecuencias dolorosas que tendría lo que acababa de suceder. Tan sólo cuando los dedos de acero de Christopher se cerraron cruelmente alrededor de su brazo y Nicole lo miró con sorpresa, ella vio su desilusión, desprecio y cólera.

-Pero yo... -empezó a decir en voz baja.

Christopher apretó los dientes y replicó irritado:

- ¡Cállate! No digas una palabra más hasta que estemos en casa.

No había nada que pudiera hacer. Confusa y un tanto resentida, dejó que la sacara rápidamente de la tienda. Intentó darle explicaciones una vez más, pero Christopher volvió a silenciarla diciendo ásperamente:

- ¡He dicho después yeso significa después!

Cuando llegaron por fin a Dauphine Street, Nicole estaba hirviendo de indignación y furia. ¡Christopher no podía creer que se había encontrado a propósito con Allen en la tienda de madame Colette! ¡Era estúpido y del todo ridículo pensar en algo así! ¡Si ésa era toda la confianza que le tenía, ya no iba a tolerarlo más!

Erguida en el centro de su alcoba un rato después, se enfrentó a él resueltamente y exigió:

- ¿Cuál es el problema? ¿No quieres saber qué sucedió?

Tragando un largo sorbo de coñac de la copa que sostenía en la mano, Christopher replicó sombrío:

- No. Ya sé todo lo que sucedió y no necesito tus mentiras para tergiversar la verdad.

- ¡Entonces, cuéntame tú qué sucedió! Obviamente hay algo que yo no sé y no comprendo.

- En ese caso, madame, te lo contaré - empezó a decir Christopher en tono helado-. Esta tarde me dirigía a encontrarme con mi queridísima y amante esposa -continuó mordiendo las palabras-, cuando tuve la desagradable sorpresa de verla acariciando abiertamente a un hombre extraño en plena calle. Y luego, como si eso no fuera suficiente, los dos se escabulleron como gatos en el interior de un lugar de citas. Para colmo, el hombre con quien mi esposa estaba tan ansiosa de encontrarse era nada menos que un espía inglés. Dime -preguntó con desdén -¿le has estado proporcionando información? ¿Es por eso que te mostraste tan interesada en lo que yo estaba haciendo? ¿Estabas recogiendo datos para tu cómplice?

Nicole palideció por el odio que exhalaba, no sólo por el tono de su voz sino también el que reflejaban aquellos penetrantes y fríos ojos dorados clavados en ella. Que la creyera culpable de semejante perfidia le causaba náuseas y le quitaba todos los bríos para seguir luchando. En tono fatigado, contestó:

- Muy bien, si eso es lo que crees, no intentaré siquiera hacerte cambiar de opinión. Ahora dime tú, ¿te propones entregarme también a las autoridades? Me gustaría saberlo: así me pondría a hacer las maletas.

La calma total con que aceptaba las graves acusaciones dejó a Christopher del todo desconcertado y furioso. ¡No, no iba a entregarla a las autoridades, casi gritó, ella era su esposa! Pero ¿qué hacer? ¿Y creía él en verdad aquellas cosas terribles que le acababa de echar en cara? Cuando la coherencia regresó a su cabeza, se dio cuenta de que había ciertas cosas en los sucesos de esa tarde que eran en verdad extrañas. Por ejemplo, la locura de encontrarse en la tienda de madame cuando se esperaba que él pasara por allí en cualquier momento. Y ese ladrillo caldeado que le había arrojado al pecho. Nada les había hecho prever que él irrumpiría en el probador, así que, ¿para qué lo había cogido? Una horrible sospecha cruzó por su mente: tal vez Allen la había estado molestando y Nicole quiso proteger su honor. Y si fuera así... Christopher tragó saliva penosamente al ocurrírsele que esta vez sí había dado un salto al vacío sacando conclusiones por completo equivocadas. En tono balbuceante, dijo:

- Nicole, yo…

Pero era demasiado tarde. Desconsolada, más herida de lo que habría podido imaginar, Nicole le estudió con ojos hostiles.

-¿Qué? -estalló-. ¿Has pensado en otros crímenes para añadir a la lista?

-No. Yo... -farfulló. Y lo que pensaba decirle se le atragantó en la garganta al comprender la enormidad de sus acusaciones.

Los ojos de Nicole se volvieron desdeñosos al mirarle.

- ¿Lo has pensado mejor? - inquirió en tono melifluo. Ante su lacónica inclinación de cabeza, le ardió el rostro de furia y cruzando la habitación para detenerse delante de él, le gritó rechinando los dientes-: ¡Pues, es condenadamente tarde! Jamás te convenceré de que no soy igual a mi madre, ¿verdad? Tienes que aferrarte a esa idea, ¿no es así? Espero que te produzca placer. No te inquietes, no intentaré hacerte cambiar de opinión. ¡Antes prefiero tratar de hacer retroceder la marea que perder mi tiempo con personas como tú! - Quebrándosele un poco la voz, los ojos topacio brillantes con las lágrimas contenidas, terminó en tono fatigado-: Sal de mi alcoba y no vuelvas. En este momento creo que no quiero volver a verte nunca más.

Christopher intentó tocarla, pero ella se apartó furiosa de su mano, giró en redondo y, corriendo al lecho, se arrojó de bruces sobre él con el rostro bañado en lágrimas. Entre sollozos ahogados, dijo:

-¡Vete! Déjame en paz y no me molestes más.

Él aún vaciló, pero sabiendo que estaba demasiado herida, demasiado furiosa para escucharle ahora, hizo lo que le pedía cerrando con suavidad la puerta a sus espaldas.

Su propia angustia se había vuelto insoportable; era absolutamente consciente de que con una sola acción imprudente e impulsado por los celos, había hecho añicos el frágil lazo de unión que existía entre ellos. Pero la compensaría por aquello, pensó con desdicha. De algún modo le haría comprender y tal vez, si era afortunado, ella lo perdonaría.

Pero si debía atenerse a los días que siguieron, Nicole no tenía intención de perdonarle, decidió él con el alma destrozada de dolor. Le trataba como si fuera un leproso, y él, demasiado consciente del terrible mal que había hecho, era incapaz de salvar el abismo insondable que se ensanchaba cada día más entre ellos. ¿Sería éste el fin de un comienzo tan delicado y frágil como el de su matrimonio?

Christopher pasaba cada día más y más horas en el cuartel general de Jackson, en Royal Street, para huir de su propio hogar, y por ese motivo se encontraba allí el 23 de diciembre cuando el mayor Gabrielle Villere, el coronel de la Ronde y Dussan La Croix irrumpieron con la espantosa noticia de que los británicos estaban acampados en la plantación de Villere a sólo unos kilómetros de Nueva Orleans.

Jackson, con el cuerpo consumido por la enfermedad, el rostro demacrado y la tez

amarillenta de ictericia, se tambaleó momentáneamente al recibir la noticia, pero luego se enderezó con altivez. Para Christopher, que le observaba con atención desde el umbral de la puerta, fue como si de repente cobrara fuerzas; las líneas de dolor se alisaron en su rostro y una renovada vitalidad pareció surgir de quién sabe dónde, haciendo de él un hombre diferente: un guerrero con fuego en las pupilas y valentía e intrepidez en el corazón. Tomando un sorbo de coñac, con toda serenidad puso orden entre todos sus secretarios, ayudantes y demás miembros de su plana mayor que estaban reunidos allí en ese momento. Y de pie delante de todos, les dirigió la palabra.

- Caballeros, los ingleses ya están a las puertas de la ciudad. Debemos empezar a luchar contra ellos esta misma noche.

EPÍLOGO

CAPÍTULO XL

Lo que sucedió durante los días que siguieron en las praderas de Chalmette, al sur de la ciudad de Nueva Orleans, es historia: Andrew Jackson ganó la más decisiva de las victorias al vencer contundente mente a los británicos. Sin embargo, no se puede negar que el resultado podría haber sido muy distinto de no mediar la intervención de Jean Lafitte, sus hombres y sus municiones.

En realidad, lo que se dio en llamar la batalla de Nueva Orleans fueron dos batallas, sin contar las luchas y escaramuzas intermedias. El 8 de enero de 181 5 se libró la más importante y definitiva en los cañaverales de la plantación Macarty. La pérdida de vidas fue terrible; los británicos sufrieron más de dos mil bajas en sólo dos horas en el vano intento de abrir brechas en las fortificaciones de tierra que Jackson había mandado construir. Los norteamericanos apenas sufrieron setenta bajas, aunque aquellos setenta hombres eran tan importantes para los americanos como lo habían sido los dos mil para los ingleses.

Los británicos también perdieron a dos de sus jefes militares más capaces, el general de división Samuel Gibbs y el general de división sir Edward Pakenham. Las bajas entre los oficiales subalternos y los sargentos fueron devastadoras; un solo regimiento perdió veinticuatro oficiales, entre los que se encontraban su coronel y doce sargentos.

Las indecisiones y la falta de comunicación entre los coman- dantes les costó a los británicos la batalla de Nueva Orleans. Debían haberla ganado: los sobrepasaban en número en casi tres a uno; poseían una poderosa flota de abastecimiento y podían proteger la retaguardia; además, estaban luchando contra un ejército políglota de hombres inexpertos y sin entrenamiento adecuado: criollos y ciudadanos de Nueva Orleans de habla inglesa; altos y descarnados «kaintucks» con los rifles bajo los brazos; bronceados acadios de las praderas y pantanos; pequeñas compañías de mulatos y negros; dragones de Mississippi y hombres oriundos de Tennessee con sus bastas chaquetas de tela; los baratarianos de Lafitte y una reducida partida de indios Choctaw. Todos ellos constituían sin duda un variopinto ejército, pero que puso de rodillas al león británico.

Como una ironía del destino, la batalla de Nueva Orleans se libró después de firmado el tratado de Gante por los negociadores británicos y estadounidenses el 24 de diciembre de 1814. La noticia de la rúbrica del documento no llegó a los Estados Unidos hasta febrero y para entonces la batalla de Nueva Orleans era un hecho consumado.

Los Estados Unidos ratificaron el tratado el 16 de febrero de 181 5 Y es irónico que en el mismo no se hiciera ni una sola mención de la leva de marineros norteamericanos por los británicos cuando ésa, en teoría, había sido una de las razones dominantes de la guerra de 1812.

Christopher y Jason intercambiaron miradas irónicas cuando una copia del tratado llegó por fin a Nueva Orleans. Pero ninguno vio motivos para hacer comentarios sobre esa curiosa, y sin embargo no tan curiosa, omisión. América estaba en paz nuevamente y por el momento eso era lo único que importaba.

Poco tiempo después, mientras caminaba con lentitud hacia Dauphine Street, Christopher admitió con cierto pesar que ahora todo lo que quería era tener paz en su propio hogar... paz entre esa pequeña cascarrabias obstinada con la que se había casado y él, además de amor.

Ya hacía casi tres meses que vivían en perpetuo estado de hostilidad.

Nicole, inconmovible y fría, recibía sus intentos de reconciliación con un glacial desdén. Y Christopher, sin saber cómo proceder, se refugiaba tras una máscara de indiferencia.

Era perfectamente consciente de que la había juzgado con injusticia, tenía muy claro que el error había sido sólo suyo, y como temía más que nada en el mundo ofenderla y alejarla más de él, su comportamiento era precisamente lo opuesto de lo que debía haber sido.

Parecían vivir dos vidas separadas: Christopher ocupado en sus asuntos y Nicole envuelta en el bullicioso círculo social de Nueva Orleans. Acudían juntos a las veladas teatrales, pero sólo para guardar las apariencias, yendo y viniendo de los diversos acontecimientos sociales en profundo silencio y, ya en los distintos destinos, buscando sus respectivos grupos de amigos para pasar la velada; en la mayoría de los casos no volvían a reunirse hasta el momento de la partida.

En la casa se eludían mutuamente. Christopher se levantaba y salía muchas mañanas antes de que Nicole despertara y la mayor parte de las noches cenaba fuera con otros conocidos, dejando que Nicole se distrajese como pudiese.

Al principio, él había intentado romper el muro de silencio y desilusión que ella había erigido a su alrededor, pero como procedió con amabilidad y delicadeza en lugar de hacerlo con su habitual arrogancia e implacabilidad, Nicole consideró sus intentos faltos de entusiasmo y verdadero interés.

Sin embargo, él había hecho una cosa que le ablandó ligeramente el corazón, obligándola a preguntarse si quizá no todo estaba perdido. Poco después de la última

sangrienta batalla con los británicos, concretó arreglos para que Nicole se encontrara con Allen. Fue una visita muy corta, y mirando con desconsuelo a su antiguo camarada a través de las barras de la celda, consciente del guardia a tan sólo unos metros de distancia en el corredor, Nicole recordó vívidamente una circunstancia similar en Grand Terre.

Durante varios minutos ninguno de los dos supo qué decir, pero luego Allen, con una sonrisa irónica, murmuró:

- O soy un espía singularmente inexperto o tu esposo es mi vengador.

Nicole tragó saliva, pensando con dolor que esta vez ella era más responsable que Christopher del encarcelamiento de Allen, y un poco incómoda, dijo:

- Allen, lamento no haber dejado que escaparas cuando tuviste la oportunidad. -Sus ojos topacio, enormes y suplicantes al clavarse en los límpidos ojos azules de su amigo, añadieron en tono ronco-: Pero no podía dejarte ir sin saber si podrías ser la causa de la muerte de Christopher. ¡Por favor, compréndeme!

Allen le sonrió casi con cariño.

- Te comprendo, pequeña. Te comprendo. Aunque la idea de colgar en la horca no es de mi agrado, no puedo culparte por lo que hiciste. -Con un brillo burlón en la mirada, añadió-: si bien habría deseado que no fueras tan endiabladamente ágil y que no hubieses estado tan decidida a detenerme. ¡Saltaste como una perra de caza en pos de su presa!

- ¡No bromees! - gritó Nicole y cubriéndole la mano que asía una de las barras de la celda, murmuró-: Trataré de ayudarte. Tal vez no te cuelguen.

-Quizá no lo hagan. ¡Pero con toda seguridad tampoco me cambiarán junto con los otros prisioneros! Un espía no recibe el mismo trato que un soldado que ha luchado con honor en el campo de batalla. - La voz reveló cierta amargura que no pudo ocultar. Pero desechando la desolación que le sobrecogía, dijo en tono ligero-: Quizá podrías hacer algo para que ese esposo que tienes consiga reducir mi castigo. Por lo que he oído, es muy amigo de Claiborn y de Jackson, y una esposa amante bien puede influir en el ánimo de un hombre haciéndole cambiar de opinión.

Nicole sonrió con debilidad. Allen ya tenía bastantes problemas sin necesidad de saber que era el responsable directo de la terrible desavenencia entre su esposo y ella. Quedaba poco por decir, y con un fuerte apretón de manos se despidieron.

No habían vuelto a encontrarse y Nicole no se atrevía preguntarle a Christopher cuál sería el destino final de su amigo. No le pasó por alto el hecho de que detrás de la furia y las acusaciones de su esposo aquella noche fatal, los celos habían ocupado un lugar preponderante, y no deseaba despertarlos otra vez interrogándole acerca de Allen. Y por

eso, como sabía lo terriblemente celoso que era, resultaba más incomprensible su actitud de haber concertado aquel encuentro. ¿Qué había esperado..: que de algún modo le brindaran la prueba que necesitaba? SIn embargo, por sorprendente que pudiera ser, ella creyó ver por un segundo una expresión bondadosa en sus ojos al informarle de que iba a ver a Allen. ¿Christopher bondadoso? ¡Ridículo! Reprimiendo los dictados de su corazón, se atrincheró en su mutismo y legítima indignación, diciéndose que él era indigno de su amor y de su confianza.

Pero de esa forma, Nicole se puso entre la espada y la pared y ahora, horrorizada veía que no tenía ninguna salida para escapar de la difícil situación en que se encontraba. Estaba atrapada en su propio castillo de glacial desdén y Christopher no daba ninguna muestra de querer sacarla de allí

Durante las semanas que siguieron a la batalla de Nueva Orleans, olvidados ya los temores de un posible ataque, Nicole había tenido tiempo para reflexionar con más calma y frialdad. Libre ya su mente de miedos, quedó espacio suficiente para la introspección, y lo que encontró no fue muy agradable.

¿Realmente quería pasar el resto de sus días en ese estado de indiferencia hostil? ¿No deseaba volver a gozar entregándose al cuerpo viril y fogoso de Christopher? Las puertas entre las alcobas habían permanecido cerradas y él hasta se había privado de sus legítimos derechos de esposo. ¿Toda su furia valía la pena comparada con la risa y el amor de que había gozado durante esas pocas semanas antes de la crisis? ¿Valía más que esa visión fugaz que habían tenido ambos del edén? La respuesta fue un categórico y sincero no.

Y brutalmente honesta consigo misma, admitió que si hubiese encontrado a Christopher con otra mujer en una situación similar a la de ella con Allen, habría llegado a la misma conclusión que él. Y de pensar eso, ¿podía culparle en realidad por creer lo que había creído? Una vez más la respuesta fue un desagradable no. Sentada en su elegante cuarto contemplando con tristeza las frondosas ramas del nogal gigante que se veían desde la ventana, descubrió que estaba en una encrucijada.

Había rechazado todos los intentos de Christopher de explicar o de hacer las paces con tal desdén que éste había renunciado ya a insistir. Ella había sido tan orgullosa y vehemente en su desprecio que su esposo, gradualmente, se fue replegando en sí mismo, ignorándola y tratándola con fría cortesía. ¿Cómo salir de aquella torre impenetrable en la que se había encerrado?

Una soleada mañana de marzo llegó a manos de Christopher una nota que le enviaba Bartel, el encargado de la plantación. Mientras la leía, una idea empezó a tomar forma en su mente. La misiva era breve y mencionaba sólo que había comenzado la siembra de primavera y que deseaba discutir algunos aspectos con él. Normalmente Bartel venía a la ciudad para aquellos menesteres, pero Christopher, tomando una decisión instantánea, resolvió que por una vez se trasladarían todos a Thibodaux House. Tal vez allí, estando los dos solos y sin las distracciones de la ciudad, Nicole y él podrían encontrar el camino de la reconciliación. Una vez tomada la decisión, no dejó pasar ni un instante sin informar de ello a su personal y, sobre todo, a su esposa.

Cuando entró en el cuarto de Nicole unos minutos más tarde, ella vio de inmediato que venía resuelto a algo con nueva y peligrosa vitalidad. Había desaparecido el hombre cortés y frío que había sido su esposo en estos últimos meses y en su lugar estaba el hombre arrogante y exasperantemente atractivo con que se había casado.

Christopher la contempló con ojos enigmáticos mientras ella seguía sentada en la silla junto a la ventana que daba al patio. Un rayo de sol daba de lleno en sus cabellos oscuros haciéndolos brillar como fuego al tiempo que intensificaba los destellos topacio de sus ojos entre las oscuras pestañas arqueadas. Su mirada apreciativa vagó por todo aquel cuerpo adorable sin intentar siquiera ocultar su admiración.

El vestido de color granate que tenía puesto era más escotado que los demás y dejaba al descubierto su carne suave y lechosa.

Christopher sintió que un temblor de deseo le sacudía el cuerpo. Maldita fuese, bastaba con mirarla y su cuerpo ardía de pasión al instante, pensó en un arranque de ira. Y él se había privado de ella durante demasiado tiempo, decidió agriamente. Ya era tiempo de que madame supiera que no era ésta la forma en que él había imaginado que sería su matrimonio.

Sintiéndose un tanto incómoda por la mirada fija y penetrante de aquellos ojos dorados, Nicole se levantó, y sin poder desprenderse de sus aires altaneros, preguntó con indiferencia:

- ¿Sí? ¿Qué te trae por aquí?

Él sonrió y se reclinó con descuido contra uno de los postes de la cama.

- ¿Cómo? ¿Ningún abrazo de bienvenida? ¿Ningún saludo dulce y tierno de mi esposa?

Nicole levantó la cabeza con enfado olvidando su resolución de hacer las paces.

-Si sólo has venido aquí para provocarme, puedes marcharte de inmediato - replicó con calor y con un rubor muy favorecedor en las mejillas.

Le tentaba la idea de seguir azuzándola, pero reprimió el impulso y dijo con indolencia:

-Creí que te gustaría saber que la guerra con Inglaterra ha terminado oficialmente. Acabo de estar con Jason y hemos leído una copia del tratado. - Incapaz de remediarlo, añadió con desprecio-: Puedes quedarte tranquila, tu adorado Allen no será ahorcado.

A Nicole le resultó imposible ocultar el alivio que la invadió al oír aquellas palabras y al verla, todos los celos que había reprimido hasta aquel momento volvieron a la superficie con renovadas fuerzas, hasta que pudo sentir el amargo sabor de la hiel quemándole la garganta. No había sido fácil para él permitir que Nicole se entrevistara con Allen, pero quiso demostrarle que la amaba y que confiaba en ella, que podía, y lo había hecho, vencer sus celos feroces e incontenibles. Pero no sirvió de nada; todo el dolor sufrido durante aquella terrible batalla librada en su interior fue en balde: Nicole había ido jubilosamente a ver a Allen, pero no se había enternecido ni había dado muestras de comprender las razones, o tan siquiera el esfuerzo que le había costado permitirle ese reencuentro. Y ahora ya no podía controlar el amargo rencor y los celos que le habían estado consumiendo durante meses. Trató de ser compasivo, comprensivo, intentando justificar su conducta, ignorando sus instintos más bajos y comunicándose con amabilidad, a la espera de que con el tiempo ella pudiera ver su explosión de cólera como lo que había sido. Pero no le había servido de nada, y renunciaba a ser por más tiempo el caballero cortés y amable.

Mirándola casi con disgusto, dijo, cruel:

- En tu lugar, yo no me mostraría tan feliz... todavía está pendiente de juicio y es más que probable que pase varios años en prisión. La horca podría haber sido preferible.

Nicole, demudado el semblante, se apoyó sobre el respaldo de la silla para no caer. Sin mirarle, preguntó en voz queda:

- ¿No puedes hacer nada para ayudarlo?

-¿Por qué había de hacerlo? -replicó mordiendo las palabras-. ¡No puedo decir que él haya hecho nunca nada para congraciarse conmigo! Aunque tal vez tu caso sea diferente.

Mirando ahora de frente las facciones sombrías de su esposo, Nicole dijo lentamente:

- Él me salvó la vida una vez. Estábamos nadando en una de esas lagunas de las Bermudas y un tiburón... -Calló cuando el horror de esos momentos volvió a dominarla. Forzándose a continuar, dijo-: Allen no tenía ninguna obligación de zambullirse para salvarme. Estaba a salvo en tierra. Pero arriesgó su vida por la mía, y si no hubiese estado allí o vacilado un instante, yo no estaría ahora aquí: sólo sería el pobre Nick a quien se tragó un tiburón en las Bermudas. ¿Te das cuenta ahora por qué haría cualquier cosa por él? No .es amor, tonto –gritó con vehemencia incontrolable-. ¡Es gratitud! ¡Y tú eres

demasiado testarudo para comprenderlo!

El dardo dio en el blanco y Christopher se puso rígido al comprender, una vez más, adónde le había llevado su ceguera.

En lugar de arder de celos por el innegable afecto que existía entre Nicole y Allen, debería estar agradeciéndole a Dios que éste hubiese estado en la bahía con ella aquel día. Era irónico, pensó con amargura, que el único hombre a quien había considerado como su rival más peligroso, fue quien, de hecho, le había entregado a Nicole sana y salva.

Ella no podía leerle los pensamientos pues el rostro de Christopher no revelaba nada. Por su parte, él se apartó con cierta indolencia del poste de la cama y dijo en un tono cuidadosamente suave:

- Bueno, entonces, parece que sí debo hacer algo por el señor Ballard, ¿no te parece? Después de todo, si no fuera por él no estarías conmigo ahora.

Ella le observó con cautela, incapaz de sentir consuelo al oír sus palabras.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó con recelo.

Se enderezaron los hombros de Christopher, pero su voz sonó abatida:

- Hablaré con Jason y quizá con él podamos encontrar alguna manera de solucionarlo. Me ocuparé de ello esta misma tarde. - Ya iba a abandonar la habitación, cuando al llegar a la puerta se detuvo y se volvió a mirarla -. Sin embargo, para lo que realmente vine a verte era para decirte que nos trasladaremos a Thibodaux House a finales de esta semana. Por favor, haz que las criadas hagan las maletas que consideres necesario llevar.

Nicole asintió en silencio sin saber si la noticia debía alegrarla o no. En cierto modo sería un alivio abandonar Nueva Orleans, pero regresar a Thibodaux House con un futuro incierto ante ellos la intimidaba bastante.

Él no le había mentido al decir que hablaría con Jason acerca de Allen. Pero sabía que no se podría hacer mucho al respecto. Capturado Allen como espía, ni siquiera el fin de la guerra ayudaría para disminuir los cargos. Y esa tarde, cuando le presentó el caso a Jason, éste le contestó tal cual esperaba:

- Hmm. En realidad no creo que podamos hacer nada, *mon ami* -dijo Jason-. En este caso, me temo que la justicia debe seguir su curso. Monsieur Ballard no es un prisionero de guerra más, como comprenderá. Veré qué puedo hacer, pero dudo que mi intervención sirva para algo.

Y así pareció que sería. Pero Christopher no era hombre que se rindiese con facilidad y decidió hacer una visita a la prisión. No fue directamente a ver a Allen en un principio; en

cambio pasó una enorme cantidad de tiempo examinando los muros exteriores de la prisión y luego pareció mantener una larga, seria e importante conversación con uno de los guardias. Algún observador podría haber advertido el fajo de billetes que pasaron con rapidez de las manos de uno a las del otro, pero nadie les estaba prestando atención.

La entrevista que mantuvieron Christopher y Allen fue breve y hasta cierto punto bastante tirante. Ambos tenían muy poco que discutir y Allen tuvo la extraña sensación de que la visita estaba más interesada en la construcción de la celda que en conversar con él. Y las palabras de despedida del visitante dejaron a Allen mirándole con absoluto desconcierto. ¿Qué demonios había querido decir con: «Sinceramente espero que seas tan espabilado como yo creo»?

Esa noche madame y monsieur Saxon cenaron juntos en su hogar por primera vez desde hacía semanas. La conversación que sostuvieron fue afectada y precavida, pero era un diálogo, algo que no había ocurrido en meses. No se resolvió nada entre ellos; Christopher desapareció justo después de cenar, y ella supuso que había marchado en dirección a alguno de los cafés o salones de juego.

Sentada a solas en su alcoba, Nicole se miraba al espejo con enfado mientras se cepillaba furiosamente el largo cabello ondeado. ¿Qué diablos había de hacer? Tenía que derribar los muros que se levantaban entre ellos de alguna manera. Echando una ojeada al cuerpo alto y esbelto que reflejaba la luna del espejo, sonrió con una maliciosa sonrisa felina. Era un plan descarado y sin escrúpulos, pero de algún modo metería a su esposo en su lecho y le demostraría sin palabras la necedad que era seguir separados.

Decidirse a seducirlo adrede era mucho más fácil que llevarlo a cabo. Habría preferido realizarlo poco a poco, hacerle ver de diversas maneras que estaba lista para aceptar sus requerimientos de amor. Pero en lo hondo de su corazón sabía que habían rebasado ese punto. No, tendría que actuar de frente y sin tapujos de ninguna clase: Christopher no iba a permitirle que le resultara una tarea fácil. Se descorazonó un poco al pensar que pudiera rechazarla con desdén en sus adorados ojos y por lo tanto no hizo nada durante los días siguientes.

La víspera de la partida hacia Thibodaux House adquirió coraje y se preparó para la batalla. Perfumó el agua del baño con una esencia que olía a bosques y especias, se cepilló el cabello y eligió cuidadosamente un camisón de transparente seda verde esmeralda.

Esperó con impaciencia y creciente aprensión que su esposo regresara al hogar esa noche y cuando por fin oyó ruidos en la habitación vecina, el corazón saltó a su garganta.

Levantándose de la cama, echó una última ojeada al espejo y casi se quedó sin aliento al ver lo transparente que era el camisón. Su piel brillaba como marfil entre los pliegues, el rosado de los pezones era evidente, la sombra oscura entre sus muslos era imprecisa y misteriosa. Tragó saliva y enderezó los hombros. ¿No deseaba excitarle y enardecerle?

Sus pasos no vacilaron cuando iba acercándose a las puertas que separaban las alcobas; con mano firme asió el picaporte, pero de súbito las puertas se abrieron de par en par.

Allí estaba Christopher con una bata de seda color oro opaco, en apariencia tan sorprendido como ella, pero cuando ambos empezaron a comprender lo que estaba pasando, él sonrió y preguntó casi en un murmullo:

-¿Su cama o la mía, madame?

Nicole reprimió un estallido de risa que subió a su garganta y se sintió del todo feliz al ver que se habían encontrado a medio camino. Deshaciéndose entre sus brazos, susurró:

- En la tuya, creo. La mía guarda suficientes recuerdos, mientras que la tuya no tiene ninguno hasta ahora.

Con ojos que ardían del amor que había estado ocultando aquellos meses, Christopher la levantó en sus brazos y contra su boca, prometió:

- Esta noche le daremos recuerdos para guardar, amor. Le daremos recuerdos para toda una eternidad.

Y mantuvo su palabra. Su cuerpo viril tomó el de ella con tal dulce y apasionada fiereza que ella lo recordaría todos los años de su vida. Años que pasarían juntos llenos de amor y ternura. Ya no cabían dudas: estaba presente en cada beso y en cada caricia que se prodigaron.

A veces, pensó Nicole soñolienta, una vez que ambos quedaron saciados de amor, a veces era más fácil hablar sin palabras, expresar los sentimientos con acciones, con el cuerpo y los ojos, con...

Nunca supo cuánto tiempo durmió, sólo que el alba era apenas una promesa cuando Christopher la sacudió para despertarla. Amodorrada, le miró sin comprender, pero advirtió vagamente que él ya estaba vestido con pantalones de montar y botas altas.

Los dientes blancos de su esposo brillaron en la penumbra cuando bromeó:

- ¡Levántate, perezosa! Nos queda una última tarea hoy antes de abandonar la ciudad.

- ¿De qué estás hablando? - se quejó ella tratando de echarse de bruces y meter la cabeza debajo de la almohada.

Pero Christopher no quiso saber nada de eso y con toda crueldad le arrancó las mantas

de las manos y la tomó de los hombros.

-¡Despierta! Despierta de una vez o te dejaré atrás y jamás sabrás qué sucedió con Allen.

Completamente desvelada en un instante, Nicole le miró con asombro. Los ojos de Christopher estaban sonrientes y su boca curvada en una sonrisa temeraria.

Indicándole con un gesto la jarra de agua sobre el lavabo de mármol, murmuró.

-Si te das prisa no te lo perderás.

Ella saltó de la cama sin decir una palabra más, se lavó, presurosa, con agua y se puso el par de pantalones de montar que le tendía Christopher y una de sus camisas. Desconcertada, le miró al preguntar:

- ¿Pantalones?

- Pantalones, mi amor. No quiero que alguien sospeche de ti viendo esas curvas tan femeninas.

- Pero, ¿por qué?

- Ya lo verás -fue la irritante respuesta que recibió.

Segundos después abandonaban la casa y se deslizaban en silencio por el patio hacia los establos. Había tres caballos ensillados y con algo semejante a la estupefacción, Nicole se vio montada sobre uno de ellos.

Cabalgaron en completo silencio por las calles desiertas y fangosas. Christopher llevaba al tercer animal de las riendas, los cascos de los caballos no hacían casi ruido sobre el suelo mojado por la lluvia de la noche anterior. Fue sólo al vislumbrar la silueta de la prisión en el horizonte cuando Nicole tuvo la sospecha de las verdaderas intenciones de su marido y se dio cuenta de la importancia del tercer caballo y la gruesa cuerda que llevaba enrollada en la montura.

- ¡Estás loco! - siseó.

- Hmm, estoy de acuerdo, loco por ti - respondió suavemente acariciándole las facciones con la mirada. Nicole le agarró con fuerza del brazo.

- Escucha - dijo con sinceridad-, Allen es importante para mí, pero no a costa de tu vida. Te amo, Christopher, no tienes por qué hacer esto. Podrían dispararte, o peor aún, ambos podríamos terminar en la prisión con Ballard.

Él sonrió y sus ojos brillaron de excitación. Entonces Nicole se dio cuenta de que él se estaba divirtiendo con todo aquello, aunque su voz fue seria al decir:

- Es posible, pero el sargento a cargo ha recibido una suma suculenta por hacer la vista gorda con respecto a lo que pase en cierta celda. Hasta que Allen esté libre, por supuesto;

después disparará unos cuantos tiros al aire para dar la alarma y guardar las apariencias.

- Christopher, no tienes que hacerlo, lo sabes - repitió con pasión.

Una expresión curiosa cruzó por su semblante.

- Sí que debo, querida mía. Ahora saquemos al bueno de Allen de la prisión.

Nicole aguardó cerca de unos altos y añosos cipreses donde Christopher la había dejado sosteniendo las riendas del tercer caballo. Impotente, observó cómo ataba la cuerda a las rejas de una de las celdas y con el corazón en la boca, inconscientemente, asió con fuerza el caballo de Christopher mientras las rejas iban saltando una a una del muro.

Primero apareció la cabeza de Allen y luego los hombros, y siguiendo las instrucciones de Christopher, Nicole hizo avanzar su caballo con el otro detrás. Por el rabillo del ojo vio que un soldado doblaba una esquina del edificio y le arrojó con violencia las riendas al preso.

- Deprisa, han hecho sonar la alarma.

Allen no perdió ni un segundo y dando un salto montó el caballo que tenía destinado. Luego, girando rápidamente, los tres emprendieron un veloz galope por las calles desiertas justo cuando empezaban a sonar los disparos. Con horror, Nicole oyó relinchar su caballo de dolor, tropezar y caer al suelo. Por fortuna, dio un salto para no quedar atrapada debajo del animal moribundo, y antes de que tuviera tiempo de levantarse, el brazo de su marido, como una banda de acero, le rodeó la cintura y la levantó en vilo, sentándola a la grupa de su caballo.

Corrieron como el viento dejando Nueva Orleans a kilómetros de distancia. Por fin, Christopher le hizo una seña a Allen para que le siguiera y condujo los caballos a un lado del camino, debajo de un montecillo de cipreses entre un laberinto de pantanos. Continuaron en silencio durante un rato por un sendero apenas visible que corría paralelo a un oscuro y fangoso canal. Nicole se agitó incómoda en la silla y Christopher la colocó delante de él con la espalda apoyada contra su pecho vigoroso y caliente. Al rato, éste detuvo su caballo y desmontó. Se volvió para mirar a Allen con semblante inescrutable y dijo secamente:

- Encontrarás una muda de ropa en el fardo que tienes en la silla. ¡Sugiero que te cambies ahora mismo!

Allen asintió de la misma manera y desapareció con el envoltorio para reaparecer minutos después vistiendo un par de pantalones y una chaqueta modesta pero de buen corte.

Los dos hombres se estudiaron con recelo y fue Nicole quien rompió el embarazoso

silencio. Desmontando ágilmente, se acercó a Christopher y tomándole de la mano preguntó en voz queda:

- ¿Qué hacemos ahora?

La mano de su esposo apretó la de ella y le sonrió. La ternura que vio en sus ojos hizo que el corazón latiera como un tambor en su pecho.

Christopher echó un vistazo a Allen antes de decir:

- Ahora partimos por caminos separados. Nosotros iremos a Thibodaux House y el bueno de Allen encontrará la forma de volver a Inglaterra. - Dirigiéndose al otro hombre, dijo con frialdad -: Encontrarás dinero en la alforja de la derecha, comida y un arma en la de la izquierda. ¿Puedo confiar en dejar el resto de la huida en tus manos?

Ignorando adrede el tono provocador, Allen sonrió con ironía.

- Claro. Como la guerra ha terminado oficialmente, no tendré demasiados problemas para encontrar un barco con destino a Inglaterra y reunirme con lo que quede de mi regimiento.

Con rudeza, Christopher dijo:

- Me alegro. ¿Nos disculpas ahora? Tenemos un largo viaje por delante y todavía debo encontrar un caballo para mi esposa.

Giró sobre sus talones tirando de Nicole para que le siguiera, pero ella le miró con una súplica en los ojos, y soltándose corrió hacia Allen. Arrojó sus brazos al cuello y le dio un impetuoso saludo lleno de cariño.

- Ve con Dios, amigo mío. Quizás algún día volvamos a vernos.

Con mano gentil, él le alisó los cabellos rebeldes.

- Tal vez algún día. Sé feliz, Nicole.

Ella le devolvió una sonrisa deslumbrante y girando con rapidez sobre sus talones se reunió con su esposo, quien, a pesar de sus mejores intenciones, estaba con el ceño fruncido y los ojos relampagueantes. Nicole le acarició levemente la mejilla y él frunció los labios en una mueca de arrepentimiento. De inmediato montó y sentó a Nicole a la grupa. Allen siguió su ejemplo y montando su caballo, preguntó:

- ¿Cuál es el mejor camino desde aquí para escapar a la patrulla?

Christopher señaló con la cabeza hacia el este.

-Sigue por este sendero dos kilómetros más en esa dirección y verás que va a dar a una carretera principal. Tómala hacia el norte y finalmente te encontrarás en Baton Rouge.

Se separaron sin decir una palabra más, Christopher y Nicole alejándose al paso de la cabalgadura y sin rumbo fijo, Allen al galope hacia el este. Pasados unos cuantos minutos,

Christopher detuvo el caballo una vez más y, desmontando, bajó a Nicole de la grupa y ambos se sentaron sobre un tronco caído.

Sosteniéndole con cariño la mano mientras los ojos dorados le acariciaban el rostro con la mirada cálida y llena de amor, preguntó simplemente:

- ¿Alguna pregunta?

-Una -respondió sonriente y el amor casi fue tangible en su mirada-. ¿Por qué?

Él vaciló y luego admitió con expresión preocupada:

- En realidad ni yo mismo lo sé con exactitud. Pero supongo que es porque quería devolverle la vida en pago de haber salvado la tuya y para demostrarte cuánto te amo, para probar que en realidad nunca creí todas esas cosas de las que te acusé. Y por encima de todo, para decirte que lo siento, que siento mucho ser un asno testarudo como me has llamado tan a menudo y con tanta razón.

-¿Y nunca volverás a ser así? -preguntó ella con coquetería.

Christopher le lanzó una mirada pensativa.

- Eso no puedo asegurarlo; sólo puedo decirte que intentaré ser razonable, trataré de escuchar primero lo que tengas que decir, pero no puedo asegurar que no seré arrogante, en ocasiones, y que no te trataré sin miramientos por tus exigencias. Lo que sí puedo prometerte -dijo en voz enronquecida por la pasión -, es que te amaré hasta el día de mi muerte. Estás en mi sangre, Nicole, como una dulce magia salvaje que no quiero perder jamás.

Clavándole la mirada en los ojos, su propio amor brillando y llenando de deleite a su esposo, preguntó con curiosidad:

-¿Y el pasado? ¿Y mi madre?

A Christopher se le endureció el semblante.

- El pasado está detrás de nosotros. Y yo también estaba equivocado en eso: no eres como Annabelle, no te pareces a ella en nada. - Los ojos dorados se volvieron casi sombríos cuando él continuó lentamente-. No puedo decir que el futuro será todo rosas y vino; no es fácil vivir conmigo... he excluido de mi vida a la gente demasiado a menudo y durante demasiado tiempo para dejarte creer que cambiaré del día a la noche convirtiéndome en un esposo perfecto. Dudo llegar a serlo alguna vez. Pero, Nicole, déjame intentarlo. - De pronto la atrajo contra su pecho y buscó su boca con desesperación-. Oh, Jesús -exclamó en un suspiro un momento después-, te amo con locura... y eso es todo lo que puedo ofrecerte con certeza.

Pero era suficiente. Con el tiempo, el pasado quedaría totalmente borrado, y aunque los

días por delante serían borrascosos, turbulentos, llenos de pasión y fuego, Nicole no cambiaría uno solo de ellos por una vida entera de tranquilidad.

Volvieron a montar en silencio, ella sentada a la grupa del caballo rodeándole el ancho pecho en un abrazo apretado. Por un segundo volvió a su mente que había sido así como los dos comenzaron el viaje hacía muchos años en Beddington's Corner. Y sus brazos se apretaron con fiereza alrededor del cuerpo viril; en aquel momento habla sido para encarar un futuro incierto y lleno de peligros, pero ahora estaban Christopher y su amor y toda una vida por delante. Un inicio y el glorioso futuro que encontrarían juntos.

FIN